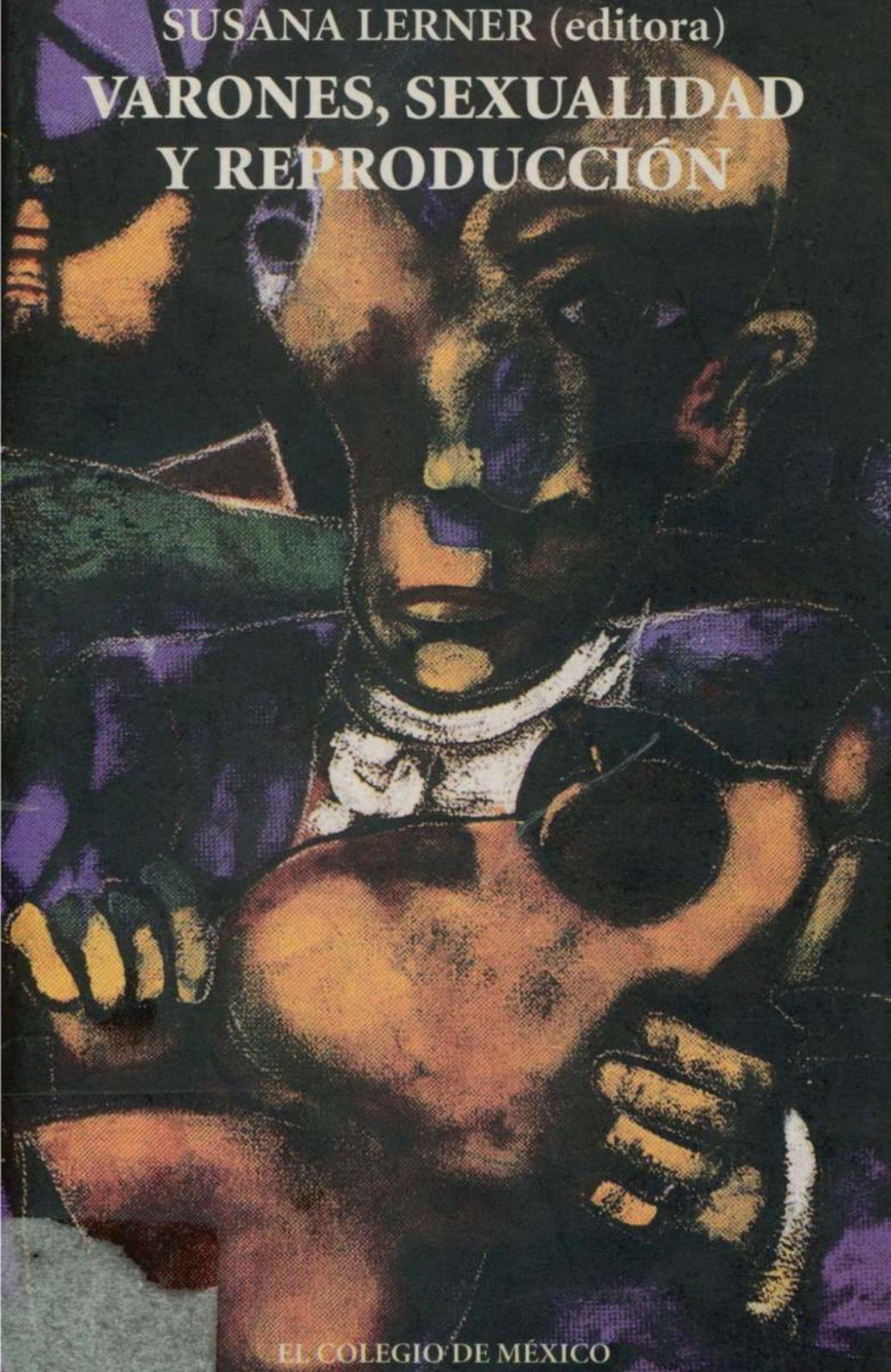


SUSANA LERNER (editora)

# VARONES, SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN



EL COLEGIO DE MÉXICO



# VARONES, SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN

Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS  
Y DE DESARROLLO URBANO

VARONES, SEXUALIDAD  
Y REPRODUCCIÓN  
Diversas perspectivas  
teórico-metodológicas  
y hallazgos de investigación

*Susana Lerner*  
editora



EL COLEGIO DE MÉXICO  
SOCIEDAD MEXICANA DE DEMOGRAFÍA

301.426063

V323

Varones, sexualidad y reproducción : diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación / Susana Lerner, editora. - México : El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano : Sociedad Mexicana de Demografía, 1998.

434 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-0916-8

1. Fecundidad humana-Congresos. 2. Natalidad, Limitación de la -Congresos. 3. Hombres-Sexualidad-Congresos. 4. Hombres-Conducta sexual-Congresos. 5. Masculinidad (Psicología). I. Lerner Sigal, Susana, ed.

Portada de María Luisa Martínez Passarge

Primera edición, 1998

D.R. © El Colegio de México  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D. F.

Sociedad Mexicana de Demografía  
Camino al Ajusco 377  
Colonia Héroes de Padierna  
10740 México, D. F.

ISBN 968-12-0916-8

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación, <i>Susana Lerner</i>	9
Fecundidad en el ciclo de vida masculina: apuntes sobre algunos temas para discusión, <i>Juan Guillermo Figueroa Perea</i>	47

## I. PERSPECTIVAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS SOBRE SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN MASCULINAS

Tendencias de la fecundidad masculina en los países industrializados: teorías en busca de alguna evidencia, <i>David Coleman</i>	59
Las tradiciones en el estudio de la paternidad en la antropología social, <i>Jane I. Guyer</i>	99
Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México, <i>Ivonne Szasz</i>	137
La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones, <i>Juan Guillermo Figueroa Perea</i>	163

## II. EL CONTEXTO CULTURAL Y LA DIVERSIDAD DE SIGNIFICADOS Y PRÁCTICAS EN TORNO A LA SEXUALIDAD, REPRODUCCIÓN Y PATERNIDAD

La semilla del hombre. Notas etnológicas acerca de la sexualidad y reproducción masculinas entre los mayas, <i>Mario Humberto Ruz</i>	193
La reproducción y la anticoncepción desde el punto de vista de los varones: algunos hallazgos de una investigación en Ocuituco (México), <i>Roberto Castro Pérez</i> y <i>Carlos Miranda Videgaray</i>	223
"Alguien que tome mi lugar": la fecundidad y el ciclo de vida masculinos entre los boikanos de la costa, provincia este de Sepik, Papúa, Nueva Guinea, <i>Philip Setel</i>	245

La fecundidad masculina: relaciones sociales en el transcurso de la vida. Contextualizando la reproducción biológica de los hombres en Botswana, <i>Nicholas W. Townsend</i>	275
--	-----

### III. LA ESPECIFICIDAD DE LA PARTICIPACIÓN DEL VARÓN EN LAS PRÁCTICAS SEXUALES REPRODUCTIVAS

Aborto: tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino, <i>Ondina Fachel Leal y Jandyra M.G. Fachel</i>	303
"A puro valor mexicano". Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la ciudad de México, <i>Rosario Arias y Marisela Rodríguez M.</i>	319
¿Qué razones exponen los hombres que están recurriendo a la vasectomía "sin bisturí" para limitar su fecundidad?, <i>Patricia Castro Morales</i>	341

### IV. CONTEXTUALIZACIÓN DE LOS CAMBIOS DE LA FECUNDIDAD Y PARTICIPACIÓN MASCULINAS

Rol masculino y disminución de la fecundidad. El caso cubano, <i>Juan Carlos Alfonso Fraga y Mayda Álvarez Suárez</i>	369
Padre y familia en la España contemporánea: de la dictadura a la democracia, <i>Pau Miret Gamundi</i>	391

### V. REFLEXIONES Y BALANCE

Sordos, miopes y mudos: la antropología y la demografía ante la sexualidad masculina, <i>Carlos Aramburú</i>	409
La relación entre los estudios sobre reproducción y los estudios de género, <i>Graciela Infesta Domínguez</i>	423
Algunas reflexiones sobre los varones y los derechos reproductivos, <i>Juan Guillermo Figueroa Perea</i>	431

# PARTICIPACIÓN DEL VARÓN EN EL PROCESO REPRODUCTIVO: RECUENTO DE PERSPECTIVAS ANALÍTICAS Y HALLAZGOS DE INVESTIGACIÓN

SUSANA LERNER\*

## OBJETIVO DE LA PRESENTE PUBLICACIÓN

El Comité Científico de Demografía y Antropología de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP), identificó como una de las actividades y temáticas prioritarias de su agenda de trabajo, correspondiente al periodo 1991-1996, el promover la reflexión y discusión en torno a la fecundidad masculina. Para ello, se llevó a cabo el Seminario Internacional sobre Fecundidad y Ciclo de Vida Masculina en la Era del Descenso de la Fecundidad en noviembre de 1995 en la ciudad de Zacatecas. Al término del mismo, se realizó el Coloquio Latinoamericano sobre Varones, Sexualidad y Reproducción cuya iniciativa responde a cierta tradición de El Colegio de México para aprovechar las reuniones académicas internacionales que en el campo de la población se organizan por parte de esta institución en México, con el fin de abrir un espacio más amplio de reflexión y discusión entre especialistas de América Latina, y en particular de este país, interesados en este campo. De este modo, el coloquio tuvo como propósito central rescatar la especificidad latinoamericana que ha caracterizado el estudio de la problemática de la reproducción humana y dar cuenta de la misma en relación con el lugar que ocupan los varones en ella. Esta iniciativa fue respaldada por el propio Colegio de México, la IUSSP y el Grupo de Trabajo sobre Población y Salud de la Sociedad Mexicana de Demografía.<sup>1</sup> La presente publicación incluye una selección de los trabajos

\* Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

<sup>1</sup> Además de estas instituciones, participaron en calidad de coorganizadoras la Oficina Regional de la Fundación Pathfinder en México y la Universidad Autónoma de Zacatecas, por medio de la Facultad de Medicina Humana y Ciencias de la Salud. Para la realización de ambas reuniones se contó con el apoyo brindado por el gobierno de Zacatecas, la Fundación John

presentados en ambos encuentros, con objeto de ofrecer al lector un panorama, no sólo de algunas reflexiones teórico-metodológicas y experiencias concretas de investigación realizadas en latinoamérica,<sup>2</sup> sino también un espectro más amplio, y por lo tanto una perspectiva comparativa, mediante las diversas aportaciones que desarrollan en el campo de la reproducción especialistas de otras regiones.<sup>3</sup>

LA PROBLEMÁTICA DE LA FECUNDIDAD Y REPRODUCCIÓN MASCULINA:  
ORIGEN DE SU MARGINACIÓN Y LA IMPORTANCIA ACTUAL DE LA MISMA

Como es obvio, el contenido de este volumen no representa todas las perspectivas teórico-metodológicas que se han desarrollado en torno a la participación del varón en el comportamiento de la fecundidad y la reproducción; en éste destacan las orientaciones demográficas y antropológicas, disciplinas que tradicionalmente han abordado estos temas como objeto de estudio prioritario. No obstante, y como ha sido ampliamente reconocido, a pesar del interés creciente por conocer el papel de los varones en este ámbito, es posible afirmar que se trata de un campo reciente y poco desarrollado, tanto bajo la perspectiva de estas disciplinas como de otras de las ciencias sociales. Más aún, éste se caracteriza en la actualidad por la proliferación de investigaciones empíricas y el desarrollo muy incipiente de marcos explicativos.

Existen diversas razones de carácter sustantivo y metodológico que explican la ausencia, marginación y negligencia de estudios sobre el varón en este campo. Entre las primeras, como se pone de relieve en la amplia literatura demográfica sobre la fecundidad, se observa el énfasis exclusivo que se ha otorgado a las mujeres, como objeto de estudio. Lo que es más, y ya sea de forma implícita o explícita, la responsabilidad del comportamiento reproductivo también ha recaído en ellas, relegando a los varones a una posición marginal en el proceso de procreación y gestación, o incluso ubicándolos como actores obstaculizadores del mismo, sobre todo en su

D. y Catherine T. MacArthur, el Fondo de Población de las Naciones Unidas para México y Cuba, la Fundación Ford y la Oficina del Population Council en México.

<sup>2</sup> De los 16 trabajos presentados en el coloquio, uno comprende los resultados de investigación para diversos países de América Latina, siete corresponden a experiencias particulares de otros países, y el resto se refiere a México. Nuestra intención inicial era incluir la totalidad de los trabajos presentados, sin embargo ello no fue posible por razones de tiempo, costo, y por el desfase en la entrega de la versión final de los mismos, entre otros motivos.

<sup>3</sup> Los trabajos de este seminario serán publicados próximamente por la IUSSP, edición a cargo de la Oxford University Press. Algunos de ellos fueron traducidos e incluidos en el presente volumen.

intervención en la adopción de prácticas anticonceptivas modernas por parte de las mujeres. Esta situación se advierte con claridad en los esquemas conceptuales clásicos acerca de la fecundidad, cuyos supuestos y dimensiones analíticas privilegian los factores determinantes que intervienen en el comportamiento reproductivo de las mujeres y, en especial, aquellos que entran en juego en el proceso de toma de decisiones respecto a la regulación del mismo por parte de ambos miembros de la pareja, y en particular en el caso de ellas.

Esta orientación es, a su vez, la que subyace en el diseño de la amplia gama de encuestas de fecundidad realizadas por varias décadas, y cuyo objetivo se ha centrado en caracterizar el comportamiento de las mujeres y, principalmente, mostrar los cambios en la fecundidad y en el ámbito reproductivo del conjunto de la población —explícitamente de las mujeres e implícitamente de los hombres. Asimismo, sus resultados han proporcionado, en gran medida, elementos para el diseño y ejecución de las políticas y programas de planificación familiar y de salud reproductiva, cuyas acciones orientadas y limitadas a las mujeres, hasta hace poco tiempo, se justifican ante la percepción del hombre como obstaculizador del control de la fecundidad y como controlador del proceso reproductivo de ellas. No es de extrañar, por lo tanto, que dichos programas también hayan relegado al varón, al otorgarle a las mujeres —aparentemente o no—, el poder de decisión en torno a la procreación y anticoncepción, o que éstos hayan adjudicado al ámbito médico (básicamente representado por varones) dicho poder de decisión para intervenir, directa o indirectamente, y en ocasiones en complicidad con los cónyuges u otros miembros de la familia de la pareja, sobre los cuales también ejerce su influencia.<sup>4</sup>

Otra explicación, vinculada a la anterior, reside en las condiciones de subordinación-dominación que caracterizan la relación entre hombres y mujeres en diversas esferas de la vida y, en especial en lo correspondiente a la sexualidad y reproducción, explicación que a su vez complementa la orientación y justificación de las acciones para controlar la descendencia de las mujeres. Son estas condiciones, en gran parte, las que han llevado a valorar y legitimar la maternidad como el papel prioritario asignado socialmente a ellas, a la par que indican que es de las mujeres de quienes se puede obtener un control más exitoso sobre su descendencia tal vez porque ellas son las que expresan su deseo de controlar la descendencia.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Véase al respecto, S. Lerner y A. Quesnel, "Instituciones y reproducción. Hacia una interpretación del papel de las instituciones en la regulación de la fecundidad en México", en F. Alba y G. Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México, 1994, pp. 85-118.

<sup>5</sup> Nuestra propia experiencia de investigación en la etapa piloto del trabajo de campo de las primeras encuestas de fecundidad, realizadas en el contexto rural mexicano en 1967

Otro elemento adicional, al que se alude frecuentemente, es la consideración de las mujeres como las únicas capaces de concebir y dar a luz, olvidándose el papel central que los varones desempeñan al menos en el primer caso. Una tercera y última explicación de carácter sustantivo es la limitada conceptualización acerca de la involucración de los varones en este ámbito, y que al ser restringido a algunas de las vivencias más cercanas a la procreación —el embarazo y el parto— excluyen la participación y responsabilidad de ellos en los otros procesos, próximos o no, que son parte del ámbito reproductivo: el propio proceso de conformación familiar, las relaciones y prácticas sexuales con anterioridad y durante su vida conyugal, su involucración en las actividades del hogar y de la familia, su relación y compromiso con su pareja y, en especial, con sus hijos, entre otros. Lo anterior se relaciona con el alcance y sentido del concepto de paternidad, cuyos significados y valoración social parecerían ser ambiguos, contradictorios y de menor relevancia social frente a la participación de los hombres en otros ámbitos de la vida y frente al otorgado socialmente a la maternidad y por excelencia a las mujeres.

En los estudios antropológicos las nociones de maternidad y paternidad han sido las categorías más sobresalientes o, como objeto de estudio, vinculadas con la reproducción humana. Éstas se han abordado como parte de los procesos y relaciones sociales más amplias, de la concepción del mundo y de sus representaciones simbólicas por parte de los propios actores, otorgando una importancia crucial a la voz de los actores y a la especificidad social y cultural de los contextos que se consideran. No obstante, el papel del varón en estos estudios más bien se ha centrado en el significado de la paternidad, con limitaciones similares y diferentes a las que se encuentran en la perspectiva demográfica. En ellos, dicho concepto —además de que se analiza en ocasiones al margen del proceso de procreación—, se identifica como eje analítico vinculado a los esquemas clásicos de parentesco que dan cuenta de las normas y reglas que gobiernan los derechos y responsabilidades de los hombres en relación con sus hijos, el acceso a los bienes productivos, la propiedad de la tierra y la herencia en particular, bajo el supuesto de que la participación y comportamiento de los hombres, en su calidad de padres, se limitaría simplemente al hecho de poseer el título de padres (véase al respecto el artículo de Guyer en este volumen). Otra limitación en un gran número de estudios antropológicos reside en la ausencia de toda consideración sobre las implicaciones de las

---

(FERU), fue muy ilustrativa de esta situación, ya que las mujeres entrevistadas manifestaron su insatisfacción acerca de su elevada y frecuente descendencia y, en particular, su interés y deseo por tener información y acceso a los medios para no tener más hijos o tenerlos más espaciados.

condiciones y cambios demográficos y, por tanto, donde los procesos demográficos se consideran a lo sumo como un dato para ser incluido.<sup>6</sup>

Por otra parte, en el nivel metodológico también subyacen razones que explican la ausencia y marginación del papel de los hombres en el ámbito de la fecundidad y reproducción; entre éstas, y como señalan varios autores de este volumen (Coleman, Figueroa y Guyer) destacan las siguientes: la ausencia o muy escasa existencia de información generada para ellos, las dudas sobre la confiabilidad de los datos existentes, y las dificultades técnicas de medición y generación de información sobre la fecundidad masculina, que obedecen en gran medida al desconocimiento sobre los hijos que los hombres han tenido, al reconocimiento o no sobre algunos de ellos, en especial de los nacidos de relaciones extramaritales o con cónyuges anteriores. Aunado a ello se advierte sobre la errónea utilización de las mismas preguntas elaborados para las mujeres, que tienen significado y respuestas diferentes para los hombres. También se reconocen las restricciones que imponen los análisis de corte transversal y de tradición demográfica, que llevan a visiones simplistas y reduccionistas, al no dar cuenta de la diversidad y multiplicidad de significados y prácticas a lo largo del curso de vida de hombres y mujeres; al enfatizar los aspectos técnicos que privilegian medidas centrales (promedios), que no sólo no reflejan la variabilidad del comportamiento, sino que también dejan de lado las situaciones de mayor vulnerabilidad y riesgo al restringirse aquellos comportamientos que adquieren mayor representatividad estadística; así como las estrategias analíticas que al dar prioridad a unidades de análisis administrativas y políticas, que si bien son relevantes para obtener un conocimiento del conjunto de la población de un país y para fines programáticos, no permiten contextualizar ni reflejar la diversidad sociocultural de actitudes, comportamientos y significados entre los distintos grupos de población en el espacio de la reproducción.

Sin embargo, estas limitaciones no sólo deben reducirse a los aspectos técnicos, sino a otras razones, como las mencionadas en párrafos anteriores, que se traducen a su vez en la inadecuación e insatisfacción de los conceptos, categorías e indicadores que se han construido en relación con la reproducción humana, y en particular para el caso de los varones. Las reflexiones y hallazgos empíricos en torno a la fecundidad o reproducción masculina posibilitarán elaborar nuevas formulaciones en los esquemas

<sup>6</sup> Para una reflexión crítica más amplia sobre las aportaciones de ambas disciplinas en el estudio de los procesos demográficos, véase S. Lerner y A. Quesnel, "Problemas de interpretación de la dinámica demográfica y de su integración a los procesos sociales", *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*, México, Pispal/EJ Colegio de México, 1986, pp.127-147.

explicativos de estas temáticas, al intentar dar respuesta al cuestionamiento e insatisfacción por las interpretaciones que se han hecho acerca de los elementos que han incidido en los cambios sobre la disminución de la fecundidad, así como en las transformaciones de las lógicas reproductivas.

Los esfuerzos de reflexión realizados por distintos especialistas interesados en estos temas, en la redefinición en torno a los diversos significados de la reproducción humana, la paternidad, la sexualidad y, hoy día, de la salud reproductiva; las contribuciones desarrolladas por otras perspectivas teórico-metodológicas y, sobre todo, los señalamientos de otras dimensiones relevantes al ser incorporadas en el análisis, ponen de manifiesto la importancia e interés crecientes por analizar la problemática de los varones en el ámbito reproductivo. Ello posibilitará además, el desarrollo de marcos analíticos y explicativos que proporcionen una visión menos parcial, más integral y satisfactoria de la fecundidad y la reproducción, tanto para las mujeres como para los hombres. Entre estos esfuerzos cabe destacar las aportaciones que se derivan de los estudios feministas (véase la contribución de Szasz al respecto), los hallazgos de investigaciones sociodemográficas que han privilegiado acercamientos cualitativos y los que se han generado por parte de los estudios antropológicos y de otras ciencias sociales, así como las reflexiones y manifestaciones del ejercicio de los derechos reproductivos y las normas y dilemas éticos. En éstos (como es el caso de los artículos incluidos en este volumen) se muestra la importancia de incorporar el concepto de género, como categoría relacional, las condiciones de desigualdad social y genérica, y las relaciones de poder entre hombres y mujeres. La sexualidad dissociada de la procreación, tema ausente hasta hace poco tiempo, adquiere un lugar preponderante. De acuerdo con lo anterior, se concibe el proceso reproductivo como un proceso más amplio, complejo y dinámico, inserto en una mayor y más variada red de relaciones sociales, resultado de la diversidad y multiplicidad de interacciones, transacciones y negociaciones que se establecen entre hombres y mujeres, y otros actores sociales que intervienen en el mismo y sujeto a las condiciones materiales de vida, a la heterogeneidad sociocultural y a la normatividad institucional cambiante en el tiempo y en la vida de los individuos de acuerdo con las características específicas de las sociedades. A ello se agrega la extensa gama de opciones de los acercamientos cualitativos en contextos culturales específicos, que otorgan mayor relevancia a los testimonios, voces y experiencias propias de los varones, mujeres y otros actores, así como a las representaciones simbólicas de la visión del mundo y en especial de la reproducción, que se derivan de creencias, valores y sus propias vivencias. Un énfasis especial se sitúa en la recuperación de la perspectiva longitudinal y diacrónica mediante la incorporación de las categorías analíticas de curso y trayectoria de vida, que dan cuenta

de la riqueza, diversidad y variabilidad de situaciones, percepciones, significados y comportamientos en la historia de los individuos, y en la cual los cambios en las condiciones demográficas —el aumento de la esperanza de vida, la disminución de la fecundidad y las modalidades de conformación familiar y migratorias— imponen a su vez nuevas y diferentes posibilidades en los comportamientos de los hombres y las mujeres a lo largo de su vida reproductiva. Una de las conclusiones que se obtienen de los artículos presentados es la enorme variabilidad de comportamientos del varón y, por lo mismo, de la multiplicidad y heterogeneidad de significados de la fecundidad, sexualidad, reproducción, maternidad y paternidad, responsabilidad hacia los hijos, por parte del hombre y de la mujer. Lo anterior pone de manifiesto la importancia de privilegiar estudios que muestren las divergencias y convergencias entre ambos géneros al respecto.

Por último, en la reformulación y avances de esta problemática también merecen una mención especial las diversas y múltiples iniciativas de organismos internacionales y de instancias gubernamentales nacionales para promover la participación del varón en los programas de regulación de la fecundidad, para desarrollar acciones que lo involucren como objetivo y meta explícita de ellos, y para incorporar la perspectiva de género en su agenda. Entre éstos cabe mencionar la iniciativa y los acuerdos de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo realizada en El Cairo en 1994 y los programas de planificación familiar o salud reproductiva iniciados recientemente por las instancias de salud de diversos países, como es el caso de México. También destacan las iniciativas de organismos no gubernamentales y de instituciones académicas, nacionales e internacionales, para crear espacios de reflexión crítica y promover investigaciones en torno al lugar que ocupa el varón en el ámbito sexual y reproductivo, para coadyuvar en la definición y puesta en marcha de políticas y programas en este campo y para realizar acciones educativas y proporcionar servicios a los varones conforme nuevas y diferentes perspectivas y modalidades.

#### LOS TEXTOS

Los trabajos seleccionados en el presente volumen ofrecen una gama amplia y diversa de perspectivas disciplinarias, estilos de investigación, temáticas específicas y hallazgos de investigación en diferentes contextos geográficos y sociales en el campo de la sexualidad y reproducción masculinas. Con base en ellos contamos con un material conceptual que enriquece la reflexión, a la vez que nos proporciona un conocimiento empírico muy rico y abundante que refleja las diversas, múltiples y cambiantes modalidades de comportamientos, significados y percepciones —disímiles y simila-

res—prevalcientes en espacios sociales e históricos muy variados. Dado el estado actual de la investigación en esta temática, dicha reflexión y una parte de los hallazgos empíricos no están exentos de ambigüedades, imprecisiones y contradicciones. Sin duda de estos textos se desprenden muchas interrogantes, lagunas y sobre todo caminos por recorrer en la formulación de marcos explicativos, en la construcción de conceptos, categorías analíticas e indicadores más adecuados, así como en la necesidad de producir innovaciones en la generación y recolección de la información pertinente para abordar el estudio de estos temas.

Las referencias que presentamos en los siguientes párrafos tienen como objetivo ofrecer al lector un panorama conjunto de las contribuciones que contiene esta obra.

Para complementar esta introducción incluyo uno de los documentos elaborados por Juan Guillermo Figueroa, "Fecundidad en el ciclo de vida masculino: apuntes sobre algunos temas para discusión" donde nos presenta un excelente recuento de algunas de las principales temáticas y aspectos metodológicos de los trabajos y discusiones del seminario internacional Fecundidad y Ciclo de Vida Masculino en la Era de la Disminución de la Fecundidad,<sup>7</sup> que antecedió a la realización del coloquio. Mediante la presentación de este texto se busca retomar algunos planteamientos teórico-metodológicos y los resultados de las investigaciones empíricas que pueden ser referencias importantes para la reflexión en este tema a la luz de la producción latinoamericana, y que en gran medida están presentes en los trabajos presentados en el coloquio. Su publicación permite hacer partícipe al lector de un espectro más amplio sobre el debate sostenido en ocasión de la celebración de ambos encuentros.

#### *Perspectivas teórico-metodológicas sobre la sexualidad y reproducción masculinas*

En esta sección se incluyen cuatro textos que abordan desde distintas orientaciones disciplinarias, una diversidad de marcos conceptuales, dimensiones y estilos de investigación que se consideran pertinentes para el estudio de la sexualidad y la reproducción de los varones. Uno de ellos se inscribe claramente dentro de la perspectiva antropológica que aborda el estudio de la fecundidad y reproducción, principalmente, mediante el uso de los conceptos de maternidad y paternidad y de las relaciones de parentesco. A través de diferentes acercamientos, esta perspectiva privilegia el

<sup>7</sup> Véase además la relatoría de este seminario publicada en el boletín de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, núm. 55, 1996, pp. 7-12, en el que se incluyen una síntesis de los trabajos presentados y los principales puntos de discusión generados a partir de los mismos.

recuento de las diversas y variadas vivencias de los hombres y las lógicas que subyacen en la conducta de los mismos. En ésta, los sujetos forman parte de una amplia red de relaciones y transacciones sociales y de un sistema de creencias, representaciones y acciones determinadas por un conjunto de normatividades culturales y condiciones materiales de vida, que a su vez se ve determinado por las primeras.

Otro de los trabajos se centra en las aportaciones de diversas corrientes del pensamiento feminista y sus contribuciones en la reflexión sobre la sexualidad de los varones, tema reconocido cada vez más, como necesario y fundamental para el análisis de la fecundidad y reproducción. Conforme esta perspectiva, la categoría de género, como dimensión relacional, que alude a las desigualdades genéricas y a las relaciones de poder-sumisión entre hombres y mujeres, surge como elemento analítico central en relación con los temas de sexualidad y reproducción.

Los dos textos restantes responden a tradiciones e inquietudes muy diferentes, pero a su vez comparten una buena parte de sus reflexiones al mostrar las limitaciones sustantivas y metodológicas en el análisis de la fecundidad masculina bajo la perspectiva demográfica. En uno de ellos se examinan las bases biológicas involucradas en la reproducción de los seres humanos, tema discutible y polémico, pero que no debe desecharse como parte de las contribuciones de distintas disciplinas en el estudio de esta temática. En este sentido, y como posible línea de investigación, en el futuro habría que indagar acerca de la influencia de las determinaciones sociales y culturales en dichas bases biológicas, así como el efecto de éstas sobre las anteriores. En el último texto, el énfasis radica en la incorporación de los derechos reproductivos como dimensiones cada vez más relevantes y que permiten ilustrar con claridad los procesos de negociación entre hombres y mujeres y las transacciones que se dan entre diversos actores en torno a la sexualidad y reproducción.

Rescatar y otorgar prioridad a un enfoque interdisciplinario adquiere, como muestran estos textos, dimensiones importantes. No se trata sólo de la riqueza que se obtiene de un diálogo entre disciplinas o perspectivas, sino de la articulación efectivamente interdisciplinaria para proporcionar elementos sobre la redefinición y elaboración de marcos explicativos que sean relevantes tanto en términos del propio estado de conocimiento como para fines programáticos. Este esfuerzo aún permanece como una tarea por ser explorada y en el camino por recorrer. Los trabajos que aquí se presentan ofrecen alternativas distintas de la manera en que ha sido o puede ser abordado el análisis de la temática que nos ocupa. Sus reflexiones se refieren a cuestiones básicas que, por otra parte, están a su vez presentes en los textos que analizan experiencias de investigación concretas y que se incluyen en las siguientes secciones.

Dentro de la literatura demográfica en general, y en especial en la latinoamericana, son pocos los esfuerzos realizados para dar cuenta de los diferentes paradigmas derivados de la teoría evolucionista y de la genética de la población, y que aluden a la influencia de las bases biológicas que subyacen en el comportamiento reproductivo del ser humano. La contribución de David Coleman resulta muy relevante en la medida que intenta confrontar las hipótesis de dichos paradigmas con los escasos datos demográficos disponibles. Su interés es mostrar en qué medida las inferencias de los modelos biológicos se pueden considerar en los sistemas de apareamiento humano. Entre éstas destacan las que dan cuenta de la ilimitada capacidad reproductiva de los machos frente a la limitada capacidad de las hembras, y que equivalen al potencial reproductivo de los seres humanos en términos del inicio y término de dicha capacidad; y las que se refieren a las reducidas formas y frecuencia de los apareamientos entre los sexos, que redundan en mayor número de parejas sexuales por parte de los machos, y remite a la diversidad en la forma y número de relaciones coitales o parejas sexuales entre los varones.

La tesis de Coleman considera que los sistemas de crianza y reproducción entre especies animales tienen su correlativo biológico en los seres humanos, por lo menos en la etapa que él denomina "pre-cultural", siendo que en otras etapas de la evolución de la humanidad, en aquéllas en donde la "superestructura cultural" impone un control sobre los mecanismos biológicos, los patrones de comportamiento sexual y reproductivo del ser humano se ven modificados como resultado de las determinaciones sociales y culturales.

Con base en las distintas fuentes de datos disponibles, el autor busca mostrar la amplia diversidad del potencial reproductivo. Selecciona dos contextos específicos. El primero, donde predominan sistemas poligíneos que se caracterizan por altos niveles de fecundidad, mayor número de uniones y de parejas sexuales por parte de los varones, diferencias sustanciales en la edad de unión, sobre todo en las posteriores a la primera, y amplias variaciones entre el tamaño de descendencia masculina que se advierten, con mayor claridad, en el transcurso del ciclo de vida de los varones. Al respecto muestra, por ejemplo, que los hombres de más edad son los que tienen mayor descendencia, lo cual obedece en gran medida a que dichos arreglos poligámicos se dan cuando los hombres se encuentran a la mitad de su ciclo de vida.

El segundo contexto corresponde a los países industriales de Europa occidental. En ellos destacan los bajos niveles de fecundidad y la prevalencia, aunque sea en teoría, de la monogamia. Condiciones que han llevado a reducir la variación de determinadas prácticas sexuales y reproductivas y el tamaño de la descendencia entre hombres y mujeres. También se observa

una edad promedio en la primera unión, relativamente similar entre los dos sexos, una reciente y creciente tendencia de ruptura de uniones que actúa como sustituto funcional de la poligamia y la mayor propensión de hombres divorciados y viudos a formar nuevas uniones. Como parte de sus hallazgos subraya que existe mayor presencia de varones sin hijos, situación que es diferente a la observada a principios de este siglo, donde la descendencia final era mayor, entre estos que entre mujeres. Coleman atribuye estos cambios a las condiciones adversas del mercado matrimonial masculino que se dieron desde la década de 1950 como resultado de la disminución de la emigración masculina, la maduración de las cohortes que no fueron afectadas por la segunda guerra mundial y a la permanencia de un patrón de matrimonio tardío entre los hombres. Sin embargo, ante las condiciones que caracterizan en la actualidad a estos países —mayor disolución de matrimonios, mayor número de uniones sucesivas o múltiples, mayor diferencia de edad entre hombres y mujeres en estas uniones—, es posible, según advierte el autor, que se revierta la tendencia en favor de mayor descendencia masculina.

Cambiando de enfoque disciplinario y desde la perspectiva de la antropología, el texto de Jane Guyer se centra en la problemática de la “paternidad” para dar cuenta de los aspectos subjetivos, simbólicos y valorativos que dan sentido y significado a las vivencias, motivaciones y prácticas sexuales y reproductivas de los varones. En respuesta a una de las preocupaciones crecientes en la literatura, en especial en la estadounidense, acerca del reconocimiento y compromiso de los hombres hacia sus hijos y como resultado de los cambios que se han observado en los patrones de nupcialidad y conformación de la familia, la autora sugiere trasladar la pregunta de Freud sobre ¿Qué quieren las mujeres? a ¿Qué quieren los hombres en relación con su fecundidad y paternidad?

Con este propósito la autora revisa la literatura respecto a diversas vertientes de la antropológica social con objeto de explorar sus contribuciones en torno al estudio de la paternidad. En la primera de ellas, que corresponde a los enfoques iniciales y tradicionales, resulta muy sugerente el significado clave de la paternidad y maternidad que subyace en la teoría clásica de los sistemas de parentesco: mientras el primero se considera como un elemento variable y como un derecho que el hombre debe “lograr o ganarse”, la maternidad es vista como un hecho “natural” donde las mujeres son las que “gestan o tienen” a los hijos.

Como parte de la segunda vertiente, que responde al acercamiento taxonómico o tipológico, la autora compara diferentes configuraciones sociales clásicas —las del linaje de África occidental actual (la Ashanti y la Yoruba) y las de las sociedades campesinas en países desarrollados en el siglo XVIII y XX (Suiza y Japón)— para mostrar cómo la paternidad es un

componente clave de las condiciones de la organización social y de los vínculos culturales de los arreglos familiares. Al contrastar los anteriores sistemas sociales, y no obstante las drásticas diferencias socioeconómicas y culturales entre ellos, muestra que frente a la existencia de similares niveles de descendencia femeninos se encuentran diferencias relevantes en la descendencia masculina. Guyer atribuye esta situación a las diferencias en la prevalencia de la monogamia y la poligamia, a las distintas trayectorias matrimoniales y reproductivas de los hombres y las mujeres, a las variadas prácticas sexuales y a la diversidad de significados y prácticas de la paternidad. Como ejemplo de esto último, señala que mientras en las sociedades de linaje los lazos de parentesco, y por lo tanto la paternidad, descansan en la identidad espiritual y continuidad ancestral, en las sociedades campesinas se apoyan en la identidad económica, atributo que también subyace en muchas sociedades contemporáneas. Ante las evidencias empíricas de niveles de descendencia femeninas similares, la autora cuestiona la interpretación y el significado de un número preciso de hijos o de una fecundidad alta (en las sociedades africanas) o baja (en las sociedades campesinas) que se desprende del discurso demográfico convencional, para concluir en la necesidad de interpretar las modalidades del comportamiento reproductivo de los varones de acuerdo con las lógicas culturales específicas que subyacen en cada sociedad en determinados momentos históricos.

En la vertiente de corte histórico-estructural, que otorga mayor énfasis a transformaciones y especificidades de los procesos sociales en las sociedades, la autora destaca las implicaciones de los movimientos migratorios que transcurren en la vida de los varones, en la conformación de los arreglos y relaciones familiares y en los significados de la paternidad, la responsabilidad de los padres hacia los hijos y la reciprocidad de estos últimos. Esta situación la ilustra con los estudios realizados en África (como también lo muestran Setel y Townsend) que dan cuenta de la variabilidad de situaciones y significados de estas dimensiones.

Como parte de las contribuciones de los enfoques feministas que han generado desafíos conceptuales y metodológicos de relevancia para el estudio de la sexualidad y reproducción de los varones, la autora considera que al privilegiar la perspectiva de género como parte de dichos enfoques; y mediante un acercamiento de índole cualitativa que otorga prioridad a las propias vivencias, percepciones y voces de los actores, será posible dar respuesta a la interrogante planteada acerca de lo que quieren los hombres en relación con dicho comportamiento y a su compromiso con su pareja y sus hijos.

Finalmente, entre sus conclusiones identifica varios elementos que se deberán considerar en torno a la paternidad, entre los que destacan: su significado biológico o genético y su significado social, que no necesaria-

mente coinciden, ya que los hombres asumen la responsabilidad y manutención de hijos de otros hombres.

Continuando con las aportaciones de la perspectiva feminista, el texto de Ivonne Szasz complementa y enriquece sustancialmente las contribuciones que se pueden derivar de los estudios realizados conforme dicha perspectiva en torno al tema de la sexualidad masculina, en especial desde la perspectiva latinoamericana y con referencia particular al contexto mexicano. En la primera parte de su trabajo nos ofrece un recuento de las distintas vertientes del pensamiento feminista y de sus planteamientos respecto de las diversas y cambiantes nociones de subordinación de la mujer, de dominación masculina, de desigualdades genéricas, de relaciones de poder, etc., y las implicaciones de éstos en relación con la masculinidad y el papel de los varones en la sexualidad y reproducción.

La autora señala que los estudios feministas de los años setenta se caracterizaban, en el nivel de sus formulaciones teóricas, por privilegiar la categoría analítica de patriarcado —en la que subyace el supuesto de dominación masculina— para explicar la subordinación de la mujer. En esta categoría, las referencias a la sexualidad masculina, según una perspectiva unilineal, se reducían a considerar el papel del varón en términos de dominio, agresión, opresión y cosificación de la mujer. En lo empírico, los esfuerzos iniciales estaban dirigidos a documentar las condiciones de vida de las mujeres y a mostrar su participación en diferentes esferas, sin referencia explícita al papel de los hombres. Posteriormente la orientación de dichos estudios se centró, por una parte, en el cuestionamiento a las formulaciones anteriores entre las que destacan: el reduccionismo en la conceptualización de la categoría de género que se refería de manera exclusiva a lo femenino, y la noción de subordinación de la mujer como proceso universal, unilineal y vertical. Por otra parte, como resultado de este cuestionamiento, se redefine la categoría de género, en tanto dimensión relacional y construcción social que alude a la diversidad de relaciones de poder entre ambos géneros, y a la construcción social de identidades femenina y masculina, no universales, en tanto representaciones simbólicas, normatividades, valoraciones y prácticas que se modifican por situaciones históricas y condiciones particulares de clase, etnicidad y de experiencias vividas por los propios sujetos en el tiempo.

A la luz de estas reformulaciones aparecen con mayor claridad las referencias al involucramiento del varón en los procesos de sexualidad y procreación, y las nociones en torno a la masculinidad. Son múltiples y muy variadas las orientaciones y argumentaciones que la autora expone al respecto. Muestra, por ejemplo, que mientras para algunas vertientes el origen de la desigualdad genérica reside en el control del cuerpo femenino, de la capacidad reproductiva y de la sexualidad de las mujeres por

parte de los hombres, para otras el origen de dicha desigualdad se sitúa en la distribución desigual de las tareas de producción, crianza y cuidado de los hijos, estas dos últimas actividades asignadas exclusivamente a las mujeres. Es en esta vertiente, en especial en la primera, donde se generan las principales aportaciones respecto a la identidad masculina y participación del varón. Unas consideran que esta identidad se adquiere en contraposición y rechazo de los rasgos que caracterizan a la identidad femenina. Otras se refieren a la existencia de masculinidades dominantes que generan comportamientos que son objeto de demostración permanente, ante los pares y otros hombres, es especial en cuanto al desempeño sexual y la procreación. A su vez se reconoce el papel protagónico en el significado de ser padre, que se expresa por el derecho del varón sobre otras personas y por mostrar con ello su virilidad, lo que se constituye en un elemento de poder y apropiación de otros.

Finalmente, Szasz sistematiza algunos de los resultados de las investigaciones sobre la sexualidad y la participación del varón en México, país que se ubica, al igual que América Latina, de acuerdo con la clasificación de sistemas socioculturales prevalecientes en la construcción de diversas sexualidades entre diferentes países del mundo, en el grupo de sociedades caracterizadas por un elevado control social de la sexualidad femenina y de la doble moral sexual, por una alta valoración de la virginidad y, en general, por la consideración de la sexualidad femenina como un valor de cambio, involucrando por consiguiente, una serie de transacciones en las relaciones sexuales. Entre los hallazgos de las investigaciones que se basan en orientaciones cuantitativas de la sociodemografía, la salud y la psicología, da cuenta de la diversidad de los patrones sexuales de los varones frente a las mujeres: menor edad al inicio de las relaciones, mayor número de parejas y de relaciones sexuales con anterioridad a la unión, mayor frecuencia de relaciones extramaritales y reducido uso de anticonceptivos y del condón por parte de los hombres, entre otros. En cambio, los resultados de los estudios que privilegian acercamientos cualitativos se centran en los significados, normatividades y prácticas sexuales. En éstos se evidencia que los principales determinantes que inciden en los comportamientos en la sexualidad entre los varones son resultado de los valores culturales prevalecientes, de las construcciones sociales sobre la identidad de género, de los discursos sobre la masculinidad y de la influencia y presión que ejercen los grupos familiares y las redes de amigos. A estos determinantes se agregan las condiciones de dominación étnica, desigualdades de clase, migración, pobreza, desempleo y el cuestionamiento del rol de proveedor asignado al varón. Lo anterior lleva a la autora a concluir que el control sexual se ejerce a través de la cultura, la organización social, la comunidad y la familia. Agrega que dicho control ha llevado a que las relaciones sexuales se

construyan como espacios de desigualdad y de poder; lo cual en el caso de los hombres ha implicado la prevalencia de una doble moral sexual que se expresa en dos ámbitos: el conyugal, caracterizado por mayores controles, límites y restricciones en sus prácticas sexuales y en condiciones adversas para la mujer; y el extraconyugal asociado con la transgresión de normas por parte de ambos y donde prevalece la actitud no procreativa frente al sexo. Es particularmente en este último ámbito, así como en el homosexual, donde las relaciones sexuales también se constituyen en espacios de silencio, prohibición, represión, transgresión, riesgo y abuso.

Asimismo, entre sus conclusiones, advierte sobre las consecuencias perversas, no previstas, en términos de riesgos para la salud y la procreación no regulada, que se traducen en el mantenimiento de sistemas de relaciones de asimetría y del ejercicio de poder, violencia y abuso, por parte del varón. Más aún agrega que estas consecuencias son ignoradas, sobre todo, por determinados grupos conservadores que manifiestan posiciones contrarias y que realizan acciones en contra, ante cualquier intento de liberalizar las prácticas y preferencias sexuales y de lograr relaciones genéricas igualitarias.

El texto de Juan Guillermo Figueroa nos ofrece reflexiones más recientes y de relevancia en el campo de la salud reproductiva, al incorporar los conceptos de salud y derechos reproductivos como dimensiones analíticas relevantes para interpretar la presencia del varón en el ámbito de la reproducción demográfica. Esta perspectiva analítica proporciona también opciones para reconsiderar las inequidades y contradicciones que se generan en el proceso reproductivo y para privilegiar otras dimensiones como la organización genérica, los roles de género, la identidad masculina y la femenina y el ejercicio de la sexualidad en dicho proceso. De acuerdo con estas reflexiones y con las interrogantes que plantea sobre el alcance del conocimiento derivado de la trayectoria de investigación de la fecundidad en México, su trabajo nos ofrece una propuesta sobre la manera de incorporar el análisis de la fecundidad de los varones como parte de las tradiciones analíticas de la demografía y la sociodemografía.

A partir de la revisión crítica de las referencias conceptuales y empíricas subyacentes en la investigación sobre fecundidad, Figueroa considera que, como parte de los esquemas explicativos tradicionales sobre los cambios en este fenómeno, si bien se asume que el proceso de responsabilidad reproductiva atañe a los dos géneros, en la práctica, la mujer sigue siendo el centro de atención de la reproducción tanto en las categorías de análisis, e indicadores que se utilizan como en las políticas y programas de población. Lo anterior lo lleva a cuestionar el origen y el objetivo de las numerosas encuestas que se han realizado sobre fecundidad, que buscan dar cuenta de las características y comportamiento reproductivo de las

mujeres con la intención de predecir e incidir sobre su comportamiento. Esta situación no parecería ajena al hecho, también cuestionable, de que la fecundidad es el único componente de la dinámica demográfica que se refiere de manera exclusiva a la mujer. En este sentido la ausencia de referencias sobre los varones no obedece sólo, como muchos otros autores reiteran, a las limitaciones y dificultades técnicas, de medición y de generación de información, sino más bien a la ausencia de definiciones de los conceptos de reproducción y fecundidad que den cabida a la participación y relación genérica que subyace en el comportamiento reproductivo.

Más aún, como advierte el autor, la ausencia de toda consideración sobre el significado de los procesos de interacción y negociación entre varones y mujeres como parte fundamental del espacio reproductivo de la pareja, y aun de uno de sus miembros, es una limitación inherente a los enfoques y esquemas interpretativos de la fecundidad y la anticoncepción. A partir de estos argumentos propone reformular y enriquecer dichos esquemas con dimensiones y categorías de análisis que permitan recuperar las dimensiones de poder —relaciones de dominación y sumisión, de procesos de negociación e interacción— que definen los roles genéricos, así como incorporar las expectativas, valoraciones, diferencias y conflictos de las identidades genéricas que posibilitan incorporar las experiencias de los varones. También como parte de esta reformulación subraya la importancia de recuperar las dimensiones de salud y de derechos reproductivos para dar cuenta de las relaciones de poder entre la pareja, los vínculos entre sexualidad y procreación, y las instancias sociales que han intervenido en el proceso reproductivo, definiendo e imponiendo una nueva normatividad en el ámbito de la reproducción.

Al examinar las complejas y conflictivas interacciones entre varones y mujeres con base en la relectura que hace de los resultados de algunas evidencias empíricas generadas por diversas investigaciones sobre fecundidad realizadas en México, Figueroa encuentra resultados interesantes. Señala por ejemplo, la alta coincidencia de la visión femenina de la masculinidad en torno a las posibilidades de autonomía de ambos géneros en diversos espacios sociales —escolaridad, trabajo, relaciones coitales, cuidado de los hijos, número de hijos, uso de métodos anticonceptivos, etc.—, frente a la de los varones (expresada por las mujeres), cuyas respuestas son ambiguas y remiten a una visión contradictoria: frente a la noción del deber ser —ambos miembros de la pareja deben participar y decidir— se superpone la noción del dominio del varón.

Para finalizar, propone un conjunto de elementos para ser considerados en los esquemas explicativos de la fecundidad cuyo énfasis consiste en recuperar y articular los procesos de diferenciación socioeconómica, cultural, demográfica y de intervención política, con las condiciones e

identidades masculinas, la organización genérica y los roles de género en el contexto de las relaciones entre varones y mujeres, incorporando la dimensión de la sexualidad y de derechos reproductivos. Lo anterior, según Figueroa, implica rescatar dimensiones culturales y sociales a partir de las propias experiencias, vivencias y percepciones de los actores de acuerdo con su condición genérica, con el contexto en el que viven y con su historia personal. La estrategia que sugiere y desarrolla el autor plantea dos opciones, no excluyentes: la primera consiste en una relectura de los marcos analíticos y de las evidencias empíricas existentes, que privilegia diferentes elementos y momentos que intervienen en el proceso de toma de decisiones —percepción de la posibilidad de influir sobre la fecundidad, motivaciones para hacerlo, valoración de los costos de la anticoncepción— desde una perspectiva que incorpore en el análisis los significados de las identidades masculinas y femeninas, y los derechos y responsabilidades reproductivos. La segunda, que comprende la obtención de nueva información y la construcción de categorías e indicadores diferentes respecto al marco conceptual que incluya las dimensiones antes señaladas y de cuenta de la visión de los varones a la par de recuperar el sentido relacional de la reproducción. Como parte de este marco, sugiere abordar los niveles macro y micro, identificando las dimensiones analíticas que caracterizan a cada uno de ellos.

Sin duda se trata de una propuesta muy sugerente y enriquecedora que, además de cuestionar el alcance y viabilidad de los paradigmas teóricos y metodológicos de los estudios demográficos, reconoce las contribuciones que otras disciplinas y acercamientos metodológicos pueden aportar para una mejor interpretación de la problemática reproductiva, tanto de los varones como de las mujeres.

*El contexto cultural y la diversidad de significados y prácticas en torno a la sexualidad, reproducción y paternidad*

La especificidad de los contextos socioculturales es sin duda una dimensión analítica que adquiere relevancia singular, como parte de la perspectiva antropológica, de las aproximaciones sociológicas de carácter cualitativo y, de manera creciente, de la vertiente de la demografía que se denomina estudios de población, sociodemografía, demografía social o sociología de la población.

Los trabajos que se presentan en esta sección aluden a diversos contextos geográficos, como ámbitos culturales que dan sentido, significado y profundidad a las prácticas sexuales, matrimoniales, y a las relacionadas con los procesos de procreación, a la noción de paternidad, a las percepciones y construcciones sobre la identidad genérica, a las modalidades de la relación entre padres e hijos y entre la pareja, etcétera.

En ellos, y con base en la interpretación de las voces y testimonios de los propios actores, el énfasis reside en conocer la génesis, lógica y funcionamiento que subyace en la diversidad de concepciones, significados y prácticas concretas que ellos atribuyen y experimentan en torno a la sexualidad y reproducción, de acuerdo con un orden simbólico en movimiento, con códigos y normas culturales que se ven determinados y modificados en el tiempo según las condiciones materiales de vida.

Por ello los textos que se presentan en esta sección son sumamente relevantes; su fuerza radica en que los hallazgos que encuentran dan cuenta de la relevancia de las representaciones simbólicas, dimensiones subjetivas y vivencias propias de los individuos para explicar los comportamientos reproductivos de hombres y mujeres. Estas dimensiones son difícilmente aprehendidas con acercamientos metodológicos de tipo cuantitativo, y por lo tanto representan una contribución importante para los estudios sociodemográficos tradicionales y para las acciones que se lleven a cabo como parte de las políticas de población.

De estos estudios se desprende una serie de reflexiones, entre las que destacan: *a)* El comportamiento demográfico, y por lo tanto el reproductivo, no pueden ser estudiados en forma aislada ya que están insertos en una red de relaciones sociales y forman parte de otros procesos sociales y culturales; *b)* Ante las diversas y múltiples prácticas que se observan en torno a la paternidad, a la vinculación de los padres con sus hijos, a la responsabilidad que los padres adquieren con los hijos o con hijos de otros hombres, a la identidad masculina o femenina, entre otras, parecería más pertinente referirse a estos conceptos en plural; es decir, se debe hacer referencia a identidades masculinas, paternidades, ya que no existe una sola modalidad que se pueda aplicar a todos los varones, asimismo, se deben incorporar las diferentes posiciones que ellos asumen respecto a estas dimensiones en el transcurso de su vida. Por ejemplo, la paternidad o el ser padre en edades adultas, en segundas nupcias, en distintos tipos de arreglos conyugales, no es lo mismo que ser padre cuando se es joven, en relaciones monogámicas, etc. Tampoco las relaciones que se tienen con los hijos son iguales, éstas varían según se trate de hijos en edades adolescentes o de hijos en las primeras edades, y *c)* Dada la diversidad de comportamientos y cambios que se dan en la historia de vida del varón, resulta fundamental realizar estudios longitudinales y que recuperen las categorías de curso y trayectoria de vida para evitar la imagen parcial y distorsionada que subyace en los estudios transversales.

El mundo de las representaciones simbólicas, las creencias, los rituales y las prácticas, así como el sentido y significado de la centralidad del lenguaje en el ámbito de la sexualidad y la reproducción de los varones y las mujeres, conforman la abundante y valiosa descripción que Mario

Humberto Ruz nos ofrece en su artículo. A partir de la revisión detallada de textos antiguos y contemporáneos, principalmente de la cultura maya mesoamericana, el autor ilustra la riquísima gama de conceptos, creencias y actitudes acerca de la fertilidad y la concepción, los caminos de la seducción, el ejercicio de la sexualidad y la representación de la infertilidad, además de otras patologías culturalmente asociadas a la esfera de lo sexual y lo reproductivo, vigentes en la época precolonial, y la forma en que fueron interpretados y modificados de acuerdo con los códigos y normas culturales que se introdujeron posteriormente en la colonia. A manera de ejemplo, nos muestra cómo determinadas prácticas sexuales, tales como las relaciones premaritales, la poligamia, la homosexualidad o el placer derivado de la sexualidad, adquieren la connotación de inmoralidad, de transgresión y de pecado según la doctrina católica impuesta por los españoles.

Resulta por demás interesante constatar, de acuerdo con sus descripciones, la relevancia de las representaciones culturales que regían la participación masculina en el ámbito de la reproducción y que expresan la concepción de roles de género y de identidad genérica en dicho ámbito. Así, por ejemplo, la noción cósmica del cuerpo dividido en una parte masculina y otra femenina; la fecundación como confluencia de lo masculino y lo femenino; la importancia del intercambio de fluidos de ambos géneros en el proceso de procreación; y la vinculación de las etapas de maduración de un hombre en relación con su capacidad reproductiva, son parte del simbolismo cultural e ideológico en torno a la reproducción que aún prevalecen en ciertos grupos de la población y espacios sociales. En este mismo sentido, la mayor valoración que se manifiesta hacia lo masculino, por ejemplo, en la preferencia por la descendencia de hijos varones, y que se explica por la importancia otorgada a la perpetuación del nombre, al reemplazo individual, a las reglas de herencia y tenencia de la tierra, así como a las creencias y expectativas de mayor apoyo económico por parte de ellos, o bien, la adopción, separación y prácticas poligámicas como estrategias para lograr la procreación de un hijo varón, son dimensiones culturales ilustrativas que influyen en las prácticas reproductivas de los varones y que, también en buena medida, están presentes en la actualidad tanto en México, como en otros contextos culturales.

Los testimonios que nos presenta nos permiten comprender mejor las actitudes y respuestas de un sector importante de la población indígena o rural ante las interferencias públicas contemporáneas en materia de regulación de la fecundidad. Como advierte Ruz, el desconocer las especificidades y realidades culturales propias de los grupos étnicos y de contextos regionales específicos y el imponer patrones de comportamiento ajenos a ellas se traduce en numerosas ocasiones en una inadecuación de políticas, programas y acciones que, si no redundan en un fracaso, sí llevan a un

retraso de las metas que se proponen en materia de salud reproductiva y regulación de la fecundidad.

Indagar sobre los significados sociales y la lógica subyacente en el comportamiento sexual y reproductivo de los varones es una de las vertientes analíticas centrales y más prometedoras, tal como se ilustra en el texto de Roberto Castro y Carlos Miranda, en el que nos presentan los resultados de una investigación realizada en una comunidad rural del Estado de México. Aunque el objetivo de este trabajo se centra en el punto de vista de los varones, incorpora testimonios tanto de éstos como de mujeres, mostrando con ello la relevancia de recuperar la perspectiva relacional de la categoría de género. En su análisis privilegian la perspectiva de la sociología interpretativa para comprender la forma en que la población estudiada atribuye sentido a sus experiencias de reproducción y anticoncepción en el proceso de construcción de significados, y en el cual incluyen no sólo las determinaciones estructurales que definen las condiciones de vida a las que están sujetos los individuos, sino también el contexto subjetivo al que éstos recurren para interpretar sus circunstancias y dar sentido a sus vivencias y acciones. Como parte de estas determinaciones, los autores identifican cuatro categorías analíticas que caracterizan el contexto social y que adquieren una fuerza explicativa muy poderosa: las condiciones de pobreza, la asimetría y dominación de género, el proceso de medicalización creciente que se ha observado durante los últimos años, y la permanencia de elementos tradicionales.

Entre sus principales hallazgos muestran que la manera en que los varones y las mujeres se construyen y se perciben a sí mismos tienden a reflejar las opresiones económicas y de género que caracterizan su cotidianidad y, más aún, que las concepciones que los varones tienen sobre diversos aspectos del proceso reproductivo tienden a expresar no sólo dichas autopercepciones, sino también los rasgos centrales del orden simbólico y social en el que viven. Así, por ejemplo, en relación con la identidad y autovaloración genérica observan que mientras las percepciones negativas que tienen las mujeres de los hombres responden más a sus experiencias vivenciales —los hombres son alcohólicos, malos, violentos y se constituyen en el origen de sus problemas—, para los hombres dicha percepción, también negativa, obedece a su condición económica o pertenencia a un grupo social específico —los hombres son campesinos, ignorantes y rudos—. En el ámbito de la sexualidad advierten que mientras el deseo sexual para los varones es concebido como una fuerza natural e incontrolable, para las mujeres es una fuerza que debe ser controlada, reprimida, lo que a su vez conlleva a visualizar a la mujer como objeto de uso, y a considerar el acto sexual como un servicio que la mujer tiene que prestar al marido.

En lo referente a la procreación, los autores destacan que en las percepciones de los varones se manifiesta el papel protagónico que tienen en dicho ámbito y que expresa a su vez las relaciones de subordinación que caracterizan a las mujeres. Entre estas percepciones se señalan las dudas que los varones tienen sobre la paternidad de los hijos, ante el temor permanente de que sus mujeres tengan un hijo de otro hombre, y que obedece a la visión del mismo en constante acoso; la valoración del varón respecto del embarazo, como elemento central de la identidad femenina; la visualización tanto de hombres como de mujeres de que el destino de éstas es el de procrear hijos para los hombres; la mayor valoración de los hijos varones; y la intervención de los hombres en las decisiones relacionadas con los procesos del embarazo, parto y la adopción de métodos anticonceptivos. En este sentido y ante la creciente medicalización durante la procreación, su argumentación sobre el papel protagónico de los hombres, que alude tanto a los esposos como a los médicos, es altamente sugerente, siendo los primeros quienes ejercen mayor control y logran imponer su decisión en dichos procesos. Es interesante advertir que en otros estudios de regiones rurales mexicanas, dicho papel protagónico en el ámbito procreativo, pero sobre todo en el anticonceptivo, es asignado en mayor medida a los médicos.

Resulta sumamente valiosa la observación de Castro y Miranda sobre el carácter ambivalente y contradictorio de los diversos significados construidos por los varones en torno a la práctica de la anticoncepción moderna relacionada con las distintas concepciones sobre la sexualidad, la reproducción y la paternidad, que se sustenta en las diversas formas de desigualdad económica y de género, así como en los distintos saberes médicos —moderno y tradicional— que prevalecen en dicho contexto. Ante la concepción negativa de dicha práctica como propiciadora de infidelidad, o sea ante la posibilidad de las mujeres de tener relaciones sexuales con otros hombres sin embarazarse, y por lo tanto, también de la pérdida de control sobre la sexualidad y el cuerpo de las mujeres por parte de los hombres, se contraponen la valoración positiva de la anticoncepción como un mecanismo para limitar el tamaño de la descendencia ante las crecientes dificultades económicas. En el trabajo de Ruz, Setel y otros autores, estos significados y concepciones no son ajenos a los resultados que se obtienen con la puesta en marcha de los programas de planificación familiar en ciertos contextos culturales.

En esta misma línea, Philip Setel indaga sobre la naturaleza, el significado y la representación propia de los hombres de Wavio, Papúa, Nueva Guinea, en relación con su comportamiento sexual y reproductivo. Mediante la común expresión simbólica de "alguien que tome mi lugar", los varones manifiestan no sólo el sentido y valoración que los hijos adquieren

para ellos, para su rol paterno y para sus condiciones de vida, sino, y en especial, el significado y alcance de la reproducción demográfica en el ámbito comunitario y social. Por ello la reproducción masculina en Wavio, más que una expresión de virilidad individual es una fuerza relacionada con las obligaciones y compromisos hacia el clan, el acceso y control generacional de la tierra y otros recursos, la obtención de estatus y poder político y los sistemas de intercambio y reciprocidad de relaciones sociales y de parentesco que se dan en el transcurso de la vida de los varones. Es decir, la reproducción masculina no es importante para el individuo o la familia, sino para el clan en la medida en que ésta se encuentra explícitamente articulada como una forma individualizada de transacción o intercambio generacional.

En su excelente estudio de corte etnográfico y antropológico, Setel da cuenta del peso de las dimensiones culturales, y las creencias y rituales, no exentos de tensiones y contradicciones, en relación con la diversidad de percepciones y experiencias en el ámbito de la sexualidad, la procreación y del rol paterno, que a su vez son los que ordenan y controlan en gran medida la vida sexual y reproductiva de los hombres. Así, por ejemplo, se ocupa de la paradoja cultural, en que viven la sexualidad los varones: a la par de los temores derivados de las relaciones sexuales subyacentes en las creencias tradicionales —intercambio de fluidos corporales o polución de la sangre menstrual— para la salud y masculinidad del individuo, la sexualidad es considerada como esencial para la obtención de su virilidad, aunque no para la formación de la identidad masculina. Dicha creencia ha llevado a considerar como ventajosos los programas de planificación familiar, en la medida que ayudan a los varones a mantener su fuerza, trabajar y no envejecer tan rápidamente.

Otro aspecto interesante de su estudio se relaciona con el concepto de paternidad social y biológica, ya mencionado por Guyer. En este sentido Setel encuentra que para los varones de Wavio el logro de ser padre —o el concepto de paternidad— se obtiene mediante la figura de “tío materno”. Dicha conceptualización expresa, por un lado, la importancia otorgada al reconocimiento del padre social, frente a la del padre biológico y, por el otro lado, da cuenta del mayor peso que ejercen los sistemas de intercambio y reciprocidad, así como el estatus y poder que los hombres adquieren a través de la descendencia.

Entre sus conclusiones advierte sobre las posibles expectativas futuras de cambio en el comportamiento reproductivo, y que son resultado, principalmente de la creciente monetarización de la economía, así como de la influencia que se deriva de la ideología cristiana. Sin embargo, el paso de una lógica que responde a la reproducción social y perpetuación del clan, a una que se enmarca como parte de un proyecto de vida individualizado,

se da dentro de una visión dual y problemática respecto del tamaño de la descendencia: si bien, un mayor número de hijos resulta relevante para disponer de más mano de obra familiar, mayor ingreso, apoyo a la vejez, etc., también el deseo por menor número de ellos obedece a los incrementos de los costos de vida y crianza de los mismos. Esta dualidad, como indica Setel, significa cuestionar si la fecundidad en el futuro será una respuesta a esta lógica individual o bien si continuará como parte del control que asegure la perpetuación de la identidad del sistema social.

La parte final de esta sección incluye el texto de Townsend, que también se ubica dentro de la perspectiva antropológica y la de la sociología de la población que consideran la fecundidad o reproducción demográfica masculina como proceso que forma parte de la reproducción social. Townsend hace hincapié en la diversidad y relevancia de las relaciones sociales que se dan entre los hombres, tanto con sus propios hijos como con otros, al examinar los significados de la paternidad a lo largo del curso de vida de un hombre de 58 años que reside en la zona rural de Botswana, que se caracteriza por una intensa movilidad geográfica y ocupacional de los varones hacia otras zonas del país o fuera de éste.

Bajo estas condiciones resulta sugerente el uso de la expresión de "paternidad ausente" que privilegia el análisis del funcionamiento y estructuración de los grupos domésticos extendidos; es decir, implica no restringir el análisis sólo a las relaciones sociales que se dan entre los padres biológicos y sus hijos, así como tampoco limitar la discusión sobre la responsabilidad y compromiso del varón exclusivamente al apoyo financiero que les otorga. Sin duda, como argumenta Townsend, y como se observa en otros estudios realizados en América Latina, esta perspectiva resulta fundamental aun en sociedades donde predomina la familia nuclear, ya que conduce a otorgar mayor importancia a las relaciones familiares y sociales más amplias, como dimensión central para entender la diversidad y variación de significados de la paternidad y de la participación del varón en el comportamiento reproductivo y en la crianza de los hijos.

Asinismo, explora la influencia de los cambios en las condiciones demográficas —tales como la prolongación de la esperanza de vida y la disminución en la fecundidad— sobre la trayectoria de vida de los individuos y, por lo tanto, en el comportamiento reproductivo de los varones. Cambios que han redundado, por ejemplo, en un aumento en el periodo de vida de un varón, en el que éste es potencial o sexualmente activo y que implica que los hombres puedan tener hijos y ser padres durante un periodo de su vida relativamente más largo, disminución y concentración de la fecundidad y de la crianza de los hijos en ciertas edades del periodo de vida reproductivo; y, la posibilidad de los varones de mantener relaciones con sus hijos a lo largo de la vida de ambos, relaciones que varían según

la edad de los padres, la de los hijos y la distribución de la edad de éstos. Lo anterior se traduce en mayor variabilidad en los significados de ser padre y en los vínculos y responsabilidades que los hombres establecen con sus hijos, situación que se ilustra claramente al incorporar la perspectiva analítica del curso de vida. En este sentido, en una de sus reflexiones finales, Townsend sostiene que en la medida en que la fecundidad masculina se extienda a lo largo del ciclo de vida, los análisis basados en estudios transversales podrán mostrar una imagen parcial y distorsionada de ella.

Al examinar las implicaciones de los diversos significados de ser padre biológico y padre social, en los diferentes momentos del curso de vida de un hombre, se hace patente que la composición familiar y los arreglos matrimoniales y residenciales cambian constantemente y son altamente aleatorios y flexibles, de acuerdo con el tipo de trabajo agrícola y no agrícola, la demanda de mano de obra migrante, el nivel educativo, el nivel de ingresos, etc. Más aún, estos cambios inciden en la manera en que los costos y beneficios de la paternidad son asumidos por el padre o compartidos por otros individuos, y en el tipo de relaciones que los varones establecen con sus diferentes hijos. La paternidad ausente le otorga un papel fundamental a la familia, y es en su seno donde la figura de padre social, sea adquirida por el tío materno, abuelos u otros familiares, en ausencia del padre biológico, se constituye en fuente de apoyo importante para los hijos, patrón que se reproduce al convertirse estos últimos en hombres económicamente activos.

#### *La especificidad de la participación del varón en las prácticas sexuales y reproductivas*

En esta sección se incluyen los textos que centran su interés en conocer aspectos muy particulares del involucramiento del varón en determinadas conductas sexuales y reproductivas, como son las relacionadas con la interrupción del embarazo o aborto, el uso del condón, y la práctica de la vasectomía. En dos de los textos de este bloque, al igual que en los del anterior, se rescatan y priorizan las representaciones, percepciones, significados y experiencias propias de los varones en contextos sociales y culturales específicos, y en uno de éstos se ilustra la relevancia de considerar la perspectiva de género, que involucra las relaciones entre hombres y mujeres. Además, como se puede constatar en la literatura al respecto, se trata de prácticas sexuales y reproductivas poco analizadas, pero que cada vez adquieren mayor importancia, tanto en términos del conocimiento que de ellas se obtiene, como, y en especial, de los elementos para considerar en las agendas políticas.

El texto de Ondina Fachel Leal y Jandira M.G. Fachel, se ubica como parte de la perspectiva antropológica, pero incluye un acercamiento metodológico no convencional que combina enfoques etnográficos con análisis estadísticos. Presentan las autoras algunos resultados de una investigación más amplia, realizada a personas que residen en sectores marginales urbanos en la ciudad de Porto Alegre, Brasil, para dar cuenta de las distinciones, tensiones y negociaciones de género que subyacen en las decisiones, tanto en hombres como en mujeres, relacionadas con la procreación y el aborto; igualmente exploran y sugieren dimensiones muy importantes sobre los significados y las percepciones diferenciales entre ambos géneros acerca del embarazo y del aborto. En su análisis, la organización familiar, las redes de relaciones de parentesco ampliadas y la conformación de alianzas, representan elementos centrales para entender la transacción que se establece entre hombres y mujeres en torno a esos procesos.

De su estudio surgen dos conceptos analíticos sumamente sugerentes. El primero se refiere a la distinción que establecen entre el embarazo socialmente asumido o reconocido, y el embarazo biológico como dimensión clave para comprender los procesos de toma de decisión en torno a la interrupción o no del embarazo, y para profundizar en las modalidades de participación de los distintos actores sociales involucrados en los procesos de conformación de la familia y de reproducción. El segundo, también estrechamente vinculado con las decisiones de tener o no el hijo, o de cuándo asumir la práctica del aborto, se refiere al proceso de circulación de los hijos o adopción informal de ellos entre la parentela consanguínea o política, proceso que se visualiza como alternativa a la práctica abortiva.

Respecto al aborto, cuya incidencia se presenta en 34% de la población estudiada, encuentran una mayor y fuerte oposición a dicha práctica en la mayoría de los hombres entrevistados, frente a la posición manifestada por las mujeres. Sin embargo, esta oposición se ve relativizada, aunque siempre es mayor para los primeros, en el caso de los hombres más jóvenes y sobre todo cuando entran en juego determinadas circunstancias como son las posibilidades de manutención y crianza del hijo. Por ello, los hombres que se oponen a dicha práctica prefieren, como alternativa, considerar la posibilidad de que algún miembro de la familia asuma la crianza del hijo. Lo anterior pone de manifiesto la importancia que adquiere la organización familiar extensa entre los grupos urbanos populares (como también sería el caso entre grupos de contextos rurales), en donde la circulación de los niños es recurrente —y nada despreciable ya que alrededor de 30% de las personas entrevistadas había dado o recibido a un hijo para su crianza— a la vez que representa un proceso que refuerza la importancia de dicha organización en el contexto estudiado. Sin embargo, como indican las autoras, estos procesos —la práctica del aborto y la circulación de los niños— constitu-

yen dos tipos de negociación muy distintos, que ocurren en dos momentos muy diferentes, aunque en ambos se da una negociación muy intensa.

Para las mujeres la situación respecto a la práctica del aborto es más ambigua y compleja, ya que adquiere particular importancia la legitimidad y el significado del reconocimiento social del embarazo: ante el rechazo de asumirlo socialmente, su interrupción no se concibe como un aborto sino que adquiere una connotación biológica que consiste en restablecer el desorden menstrual mediante el uso de diversos métodos, entre los cuales destaca el uso del cytotec. Medicamento que a pesar de ser un abortivo es percibido por las mujeres como un regulador de dichos desórdenes, hecho que no debe menospreciarse ya que, según indican las autoras, se presenta en casi la mitad de los casos de aborto investigados.

Con base en sus hallazgos queda claramente ilustrado que la negociación que se da en torno a la decisión de continuar o no con el embarazo es, con frecuencia, un proceso más complicado de lo que suele pensarse. Dicho proceso no se restringe al ámbito de la pareja sino que implica una discusión y negociación más amplia que involucra a otros parientes de uno o ambos miembros de la pareja. Si bien en esta negociación se privilegia la noción de asumir la responsabilidad social del embarazo o del hijo, no se limita a ella, ya que entran en consideración otros factores, como sería tener una unidad familiar establecida con las condiciones materiales mínimas para la manutención del hijo, entre otros elementos.

Rosario Arias y Marisela Rodríguez, exponen los resultados de una investigación cualitativa sobre el significado del uso del condón en hombres mexicanos de clase media, que residen en la ciudad de México y tienen entre 18 y 35 años de edad. Incurсионan en un tema poco conocido en general, pero más aún en un sector de la población mucho menos estudiado, y nos proporcionan información acerca de diversas dimensiones analíticas para ser consideradas en el estudio del papel de la construcción social de la masculinidad en torno a la sexualidad, la prevención de enfermedades de transmisión sexual (ETS), y la regulación de la fecundidad.

En esta investigación el principal interés reside en conocer, por un lado, las razones y circunstancias en torno a la visión dual que existe respecto al uso del condón, ya sea como método para evitar un embarazo o como protección contra las ETS y el sida en relaciones sexuales con diferentes tipos de parejas. Por el otro, exploran la permanencia o cambios en los valores tradicionales masculinos con relación a la sexualidad, tales como la doble moral, la virilidad asociada al número de parejas, la frecuencia de las relaciones sexuales, la castidad como valor central de la feminidad, etcétera.

Entre sus principales hallazgos, ellas destacan el significado ambiguo y dual que los varones atribuyen a su involucración y compromiso en las relaciones sexuales, y que depende de la valoración y discriminación del

tipo de pareja sexual y de mujeres, que identifican de la siguiente manera: las parejas y relaciones sexuales ocasionales y de mujeres que no respetan y las parejas formales que implican un compromiso afectivo, ergo con mujeres que respetan. En esta identificación de tipos de mujer, la percepción subjetiva de atributos personales, como la confianza, parecen desempeñar un papel importante, que en el caso de las parejas formales los lleva a no requerir del uso del condón, situación que no se da en el caso del primer tipo de parejas sexuales. En relación con el compromiso y responsabilidad que los varones adquieren, en cuanto a las relaciones sexuales y sus consecuencias, se refieren a las dimensiones estereotipadas y tradicionales asociadas a la identidad masculina, como el impulso incontrolable y natural del varón y el cumplimiento de su deber como macho, que se observa especialmente entre los jóvenes entrevistados. Sin embargo, encuentran que la responsabilidad final derivada de estas relaciones y de sus implicaciones recae exclusivamente en la mujer, que es a su vez quien puede frenar los impulsos del varón.

A pesar de la diversidad de motivos que las autoras distinguen para el uso del condón —como protección contra enfermedades de transmisión sexual, para evitar problemas familiares como resultado de relaciones extramaritales, y ante la posibilidad de un embarazo, o para prevenir dicho embarazo, entre otras— y de las circunstancias específicas que se dan en función del grado de compromiso, cercanía y afecto que se tiene con la pareja, concluyen que finalmente la respuesta respecto al uso del condón es altamente coyuntural, ya que no disponer del condón en determinado momento no impide a los varones tener relaciones coitales. De ahí el título tan sugerente del artículo de “A puro valor mexicano”, que alude a una lógica de responsabilidad muy frágil. No obstante, para los hombres casados dicha lógica parecería responder a mayor involucración y compromiso en la vida reproductiva y condiciones de salud de su cónyuge. Las razones que dan del uso del condón con sus parejas en estos casos obedecen a los problemas que encuentran en el uso de otros métodos anticonceptivos por parte de ellas, además de ser un medio que las protege contra posibles infecciones derivadas de las relaciones extramaritales que dichos hombres tengan.

Otros resultados novedosos se refieren a las percepciones negativas respecto al uso del condón —tales como la reducción del placer, la mayor rigidez, la presencia de dolor, etc.— que los varones entrevistados asocian con la noción de lo “natural”, como acción contra la naturaleza humana, interpretación que subyace en la doctrina católica y que se extiende también al uso de los métodos anticonceptivos modernos. Resulta muy sugerente la interpretación de las autoras respecto de esta expresión, al otorgarle un sentido de espontaneidad, de no planeación y de demostración de valor —de la disponibilidad de asumir riesgos en la vida— que son

rasgos que se asocian a la identidad masculina en el ejercicio de su sexualidad, y que se vinculan con la frágil responsabilidad y compromiso que los varones muestran respecto al uso del condón y las posibles consecuencias de sus relaciones sexuales.

Las autoras manifiestan la ausencia de cambios en los valores tradicionales respecto a la sexualidad masculina y su doble moral, en la medida en que aún permea como parte de la identidad masculina la visión del varón incontrolable, en constante disponibilidad para tener relaciones sexuales y mostrar su virilidad, dispuesto a asumir riesgos y no desperdiciar la oportunidad en sus encuentros sexuales. En todo caso, como muestran, la percepción distorsionada del riesgo que se asume es respecto a la conducta de otra persona y no a la propia, así como en la distinción que realizan de los tipos de mujer.

Como parte del acercamiento metodológico convencional en el análisis sociodemográfico, Patricia Castro nos presenta algunos resultados de una encuesta dirigida a varones vasectomizados "sin bisturí" en centros de salud del Distrito Federal. A pesar de las limitaciones del instrumental utilizado para obtener la información, reconocidas ampliamente, se trata de un intento de carácter exploratorio y propositivo para aproximarse al conocimiento del proceso en la toma de decisiones relacionado con una práctica anticonceptiva que lleva a regular la procreación y que representa una dimensión importante de la participación del varón en el comportamiento reproductivo. Si bien es importante advertir que se trata de un sector de la población que ya optó por dicho método, situación que no es generalizada para el conjunto de la población mexicana, resulta pertinente conocer sus características y actitudes con anterioridad a la puesta en marcha de una política explícita del Estado que busca, mediante un programa de amplia cobertura, como el puesto en práctica recientemente, incorporar directamente al varón en la práctica de la planificación familiar y la regulación de la fecundidad. Es decir, y a diferencia de la población femenina mexicana que ha estado sujeta al impacto y a la presión institucional y social de dicha práctica por más de 30 años, se trata de un momento en el que aún no existía un espacio masculino institucionalizado de la práctica anticonceptiva.

Los resultados de su análisis sobre el perfil sociodemográfico de los varones vasectomizados, la llevan a suponer que dicha población se caracteriza por una actitud de mayor compromiso, responsabilidad y participación en el ámbito reproductivo, ya que casi en su totalidad existía una experiencia anticonceptiva previa a la vasectomía, a través del uso de métodos propios del varón como son, por ejemplo, el retiro y el condón.

La autora busca dar respuesta a dos interrogantes: ¿Cuáles son las razones que llevan a los hombres a optar por la vasectomía sin bisturí y a

limitar su fecundidad con este procedimiento? y, ¿la decisión de los varones que utilizan esta técnica anticonceptiva es negociada con la pareja o responde a una decisión tomada por el hombre? Entre los principales motivos que dieron los hombres para haber optado por este método frente a otros, destacan las consideraciones hacia la pareja, en especial en cuanto a la salud de ella. En segundo término están los que se refieren al deseo de experimentar una vida sexual y de pareja más placentera, evitando el riesgo de tener un embarazo no deseado al usar otros métodos anticonceptivos modernos, cuyo uso es valorado como inconveniente, en particular por los efectos adversos de los mismos en las mujeres. Las respuestas respecto a los motivos que llevan a regular la fecundidad vía este procedimiento son indicativas de la influencia que ejerce el discurso institucional, ya que ellas se relacionan con los elementos prevalecientes en la justificación de la política de planificación familiar de México; haber alcanzado el número ideal —necesario o considerado como suficiente— de hijos y de tamaño de familia, la búsqueda de una vida sexual y de pareja más placentera, y una situación económica más satisfactoria para la familia.

Llama la atención el menor peso que los entrevistados otorgan a las condiciones económicas de la familia que, si bien, para los hombres ocupan un segundo plano, para las mujeres, según la opinión de ellos, es un elemento de mucha menor importancia. Esta situación, según la autora, podría explicarse por la prioridad que los varones otorgan al ámbito económico, o bien podría ser resultado de las propias características de los entrevistados, tales como su mayor nivel educativo, una posición económica menos desventajosa y una situación marital relativamente más estable. No obstante habría que agregar que otros estudios muestran que las crisis económicas y las precarias condiciones de vida familiar son una dimensión clave para las mujeres en la explicación del uso de métodos anticonceptivos para regular la descendencia.

En cuanto al proceso de negociación en el seno de la pareja, los datos indican que, en la mayoría de los casos, la decisión por la vasectomía fue tomada de común acuerdo, convergencia que se asocia a la similitud de actitudes de la pareja respecto a los ideales de familia y a la búsqueda de mayor bienestar para ella y la pareja. Además, destaca el deseo de las mujeres, expresado por los hombres, que ellos se involucren más en el ámbito relacionado con la procreación y la reproducción.

Estos resultados llevan a concluir, a manera de hipótesis, que existe la posibilidad de encontrarnos frente al inicio de un cambio importante en el ámbito de la planificación familiar y del comportamiento reproductivo, que significa no sólo mayor involucración de los varones, sino de ambos como pareja. No obstante, surgen algunas interrogantes ante la ausencia de otras dimensiones que den cuenta de este posible cambio, como serían,

la intervención de otras instituciones y actores sociales y el pleno ejercicio de los derechos reproductivos y, en general, de los derechos humanos en este ámbito y en otros que permitan constatar cambios en las desigualdades genéricas y sociales.

*Contextualización de los cambios de la fecundidad  
y la participación masculina*

En esta sección se incluyen dos trabajos que representan buenos ejemplos de análisis demográfico, al incorporar referencias puntuales sobre la población masculina a la luz de las características y cambios en la fecundidad, y en las modalidades de la conformación de familia. Se trata de un estilo de investigación que se enmarca dentro de los llamados estudios histórico-estructurales realizados en América Latina para dar cuenta de los cambios en las tendencias de la fecundidad, como resultado de las transformaciones en los procesos sociales, económicos, demográficos y políticos. Los esfuerzos de los autores son aún más loables ante las limitaciones de la información o la ausencia de evidencias directas para indagar sobre el comportamiento reproductivo de los varones.

Su atractivo es mayor ya que ambos textos, además, se refieren a Cuba y España, países que se caracterizan por una avanzada transición demográfica, en especial por una drástica disminución de la fecundidad, con tasas de reproducción de las más bajas del mundo, y a su vez con transformaciones en ámbitos estructurales y culturales muy diferentes. Posiblemente el desfase que se da entre las fuerzas que operan en éstos, explique en parte la divergencia que se observa entre estos países y sobre los cambios experimentados en la vida familiar, sus prácticas sexuales y sus roles de género y, en especial, la posición de la mujer. En el caso de la sociedad española, éstos se caracterizan por la permanencia de actitudes y prácticas conservadoras o modificaciones leves en éstas; en cambio en el contexto cubano, se identifican con el prototipo de valores y prácticas modernas que se encuentran en sociedades industriales, como son, por ejemplo, la alta frecuencia en la ruptura de uniones, de nacimientos extramaritales y de uniones múltiples, así como mayor autonomía e independencia por parte de la mujer. Si bien estos textos son de carácter exploratorio, ilustran una línea prioritaria de análisis en futuros estudios que tomen en cuenta distintas transiciones demográficas y transformaciones económicas y culturales para conocer los cambios de los varones en torno a su comportamiento sexual, procreativo, al ejercicio de su paternidad, y a su involucración con la pareja y con los hijos.

El trabajo de Juan Carlos Alfonso Fraga y Magda Álvarez Suárez resulta una aproximación valiosa que analiza desde una perspectiva demográfica

la participación masculina dentro del particular proceso histórico, político y demográfico, que ha acompañado la drástica disminución de la fecundidad en Cuba. A partir de una relectura de diversas fuentes de información, los autores contextualizan los procesos socioeconómicos y culturales que subyacen en la explicación de la acelerada y muy avanzada transición demográfica que ha caracterizado a este país —con una tasa de reproducción de las más bajas en el nivel mundial, 0.7 hijos por mujer, con niveles de fecundidad homogéneos entre la población, un rejuvenecimiento de la estructura de la fecundidad, pero con una fecundidad masculina más envejecida— y cuyos supuestos centrales para indagar acerca del papel de los varones, giran fundamentalmente en torno a las modificaciones que se han dado en las relaciones y condiciones de desigualdad entre los géneros.

En su contextualización de los procesos de cambio en la población cubana dan cuenta del paso de una sociedad donde operaban fuerzas conservadoras en la conformación familiar y en las pautas de nupcialidad y fecundidad —caracterizadas por la subordinación de la mujer y su confinamiento al rol materno—, a un nuevo régimen cuyos procesos de cambio político y social tuvieron una influencia decisiva en el replanteamiento de los roles genéricos y en su conducta reproductiva. La mayor participación económica de la mujer, su autonomía en el proceso de toma de decisiones en cuanto a su comportamiento reproductivo, el ejercicio de sus derechos, entre ellos los reproductivos, y el acceso a la tecnología anticonceptiva y a servicios médicos adecuados y eficientes, son los rasgos principales que subyacen en los cambios experimentados en la condición de la mujer cubana de la actualidad. Esta situación de autonomía femenina, de acuerdo con los autores, ha llevado a una marginación del rol protagónico que caracterizaba a los varones en este ámbito, a la vez que ha incidido en un comportamiento más participativo y menos autoritario por parte de los mismos, en especial en los más jóvenes y en aquellos que contraen nuevas nupcias. Es en estos casos donde se advierte mayor satisfacción sexual por parte de ambos miembros de la pareja, responsabilidad compartida respecto al embarazo y similares condiciones de participación en las actividades del hogar.

No obstante, como destacan Alfonso y Álvarez, a pesar de las tendencias en la disminución de la fecundidad y de los intensos cambios sociales observados que permiten hablar de una redefinición de las relaciones y los roles entre hombres y mujeres, aún persisten ciertos rasgos tradicionales. Al respecto, por ejemplo, encuentran que empero el amplio reconocimiento de la igualdad de géneros, los hombres tienden a dejar el cuidado, la educación y la responsabilidad de los hijos, así como las tareas domésticas, en manos de las mujeres. También observan la permanencia de una actitud de tolerancia, y en ocasiones de rechazo, por parte de los hombres hacia la

práctica anticonceptiva de las mujeres. Esta situación plantea interrogantes sustanciales acerca del desfase en la naturaleza y ritmo de cambio de determinados patrones culturales, en especial en cuanto a la legitimación social que la sociedad asigna a los roles paterno y materno, así como al significado específico de la paternidad. En este sentido ser un buen padre no es objeto de alta valoración, lo que según los autores obedece, en parte, a la poca claridad que se tiene sobre el significado de ser un buen padre.

Bajo esta misma perspectiva analítica, pero en un contexto social e histórico muy diferente, Pau Miret Gamundi muestra cómo, a pesar de los cambios en los procesos macroestructurales —industrialización, urbanización, altos niveles educativos, etc.—, aún subsiste un desfase en cuanto a la permanencia de dimensiones culturales de corte conservador que caracterizan la drástica disminución de la fecundidad que se ha observado en España a partir de la segunda mitad del presente siglo (con una tasa de fecundidad de alrededor de 1.2% en la actualidad). Si bien el autor hace eco de los elementos demográficos que explican dicha disminución y que se centran en la ruptura intergeneracional que se manifiesta por un retraso en el calendario, tanto en la edad de inicio de la primera unión como en la llegada del primer hijo en las generaciones más jóvenes, aun el comportamiento reproductivo actual está fuertemente asociado con el matrimonio, dada la poca aunque creciente frecuencia de cohabitación extramarital, y de nacimientos de hijos fuera del matrimonio.

Al analizar la trayectoria histórica en el presente siglo de los patrones de cambio de la fecundidad en España, en relación con los rasgos de identidad genérica que acompañan dichos cambios, el autor observa una estructura y un funcionamiento de las familias altamente conservadores, y la persistencia de valores y normas tradicionales asociados a la maternidad y a la paternidad, que tienen su origen más inmediato en las políticas de la época franquista, y que siguen bajo la amplia y continua influencia de la Iglesia católica, es decir, con ausencia de una práctica de regulación de la fecundidad masiva, prescripción del divorcio y de la práctica del aborto y permanencia de una relación genérica autoritaria con una fuerte valoración de la maternidad como papel principal de las mujeres. Otro rasgo conservador que caracteriza a esta sociedad, a diferencia de lo que se observa en otros países europeos, es la gran proporción de jóvenes, económicamente independientes, que continúan cohabitando en los hogares de la familia de origen hasta antes de contraer nupcias y conformar sus propias unidades familiares: 75% de los hombres de 25 años, 25% de los de 30 años y 10% de los de 35 años, todavía permanecen en el hogar familiar. Lo anterior, como concluye el autor, permite suponer que la autonomía o independencia económica de los varones adultos no los ha llevado a cambios en los patrones de residencia, siendo la crisis económica y, por ende, la percepción de una expectativa

incierta y menos prometedora, los elementos centrales que explican esta situación. Aunado a ello una elevada proporción de varones continúa viviendo con su primera esposa y sus hijos, lo que implica a su vez, una reducida frecuencia de ruptura de uniones que se vincula con la prescripción legislativa al respecto.

La situación de la sociedad española, contrasta con la existente en la mayoría de los países europeos, así como con el caso cubano, lo que nos lleva a reiterar la importancia de los cambios en las dimensiones culturales al analizar la divergencia o convergencia de lógicas que subyacen en la modificación o persistencia del comportamiento reproductivo, tanto de los varones como de las mujeres, y que finalmente son parte fundamental de las especificidades históricas de las distintas configuraciones socioculturales.

### *Reflexiones y balance*

Los trabajos que culminan la publicación, y que se incluyen en esta última sección, comprenden las reflexiones presentadas por Carlos Aramburú, Graciela Infesta Domínguez y Juan Guillermo Figueroa al finalizar este coloquio. Su objetivo no consistía en elaborar comentarios acerca de la variada, rica y compleja discusión durante el coloquio, sino en rescatar ciertos temas, observaciones metodológicas y perspectivas analíticas insuficientemente tratadas o ausentes que se consideran, a la luz de sus propios intereses y trayectorias profesionales, relevantes para el avance del conocimiento en la temática central de este evento.

Las preocupaciones de Carlos Aramburú, que se centran en el nivel conceptual-metodológico, resultan pertinentes, ya que expresan de manera muy clara y sistemática algunos de los retos y lagunas para ser considerados en el complejo e incipiente campo de estudios acerca de la sexualidad y reproducción masculinas, desde las perspectivas antropológica y demográfica, así como el señalamiento de alternativas y diversidad de caminos por recorrer.

Su primer comentario remite a las confusiones y tensiones sobre el diverso significado de algunos conceptos clave y a las divergencias de paradigmas metodológicos y estilos de investigación subyacentes en estas dos perspectivas disciplinarias. No obstante, como señala el autor, la miopía y la sordera conceptuales y metodológicas pueden ser superadas y enriquecidas mediante las aportaciones y el diálogo entre ambas disciplinas, señalamiento extensivo a otras disciplinas de las ciencias sociales. Un aspecto clave generalmente olvidado en los estudios antropológicos y que advierte Aramburú, es la falta de consideración de los mecanismos específicos que dan lugar a las transformaciones de los fenómenos demográficos

tales como el aumento de la esperanza de vida, el descenso de la fecundidad, la diversidad de patrones migratorios —o sea de las tres variables que conforman la dinámica demográfica— y sobre todo, de las implicaciones de dichas transformaciones que se manifiestan en las distintas modalidades de conformación de familias, en las prácticas sexuales de los individuos, en los diversos y variados roles paternos y maternos, en las construcciones sociales que subyacen en las identidades masculinas y femeninas y, en general, en otras dimensiones de la amplia gama de aspectos que conforman el ámbito de la sexualidad y del comportamiento reproductivo.

Un segundo comentario comprende diversas limitaciones en los aspectos clave presentes en los acercamientos metodológicos de la demografía, cuyo énfasis ha residido, hasta hace poco tiempo, en centrar el análisis reproductivo exclusivamente en la mujer y en privilegiar unidades de recolección de información y de análisis —como son las delimitaciones político-administrativas— que no reflejan la diversidad de significados específicos de los procesos sociales y demográficos, ni de los comportamientos en el nivel de los diferentes grupos sociales. Finalmente, en su argumentación acerca del sentido de la interdisciplinariedad, tema de antigua polémica, sugiere que resulta más pertinente un diálogo y la colaboración entre especialistas de distintas disciplinas que la pérdida de las diferentes especificidades disciplinarias.

Continuando con las reflexiones teórico-metodológicas, Graciela Infesta Domínguez se refiere a las confusiones en la incorporación de la perspectiva de género en los estudios sobre reproducción. Reitera las preocupaciones ya mencionadas por algunos de los autores de los trabajos aquí presentados, en cuanto a la utilización confusa, y en calidad de sinónimos, de los conceptos de sexo y género que es común encontrar en la literatura, y subraya la necesidad de precisar el significado del concepto de género en tanto categoría relacional, que alude a las relaciones entre los dos géneros y a las formas en que se construyen socialmente lo femenino y masculino. Por ello, hace hincapié en la necesidad de incorporar el concepto de género en todas las etapas de la investigación, desde la producción y construcción del dato, hasta el análisis del mismo, lo que presupone elaborar conceptos, categorías de análisis e indicadores que den cuenta tanto del comportamiento de los varones como del de las mujeres y de la relación entre ambos.

Otro comentario central de la autora remite a la necesidad de incluir los conceptos de curso y trayectoria de vida para dar cuenta de la diversidad temporal y social en el análisis de los comportamientos reproductivos entre ambos géneros. Lo anterior, además de reflejar la diferenciación y variación en dichos comportamientos, permite explicar, a la par de la desigualdad genérica, las desigualdades en las dimensiones de clase social,

etnia, generación, etc. Finalmente, señala que la incorporación de la perspectiva de género en todo proceso de investigación también supone advertir acerca del sesgo que dicha perspectiva introduce según el género del entrevistador e investigador, tema que es motivo de una atención creciente, en especial por parte de los especialistas en los acercamientos de tipo cualitativo.

En el último trabajo de esta sección, Juan Guillermo Figueroa reflexiona en torno a la importancia de introducir las dimensiones de los derechos reproductivos y de los dilemas éticos en la discusión y análisis de la sexualidad y reproducción. Subraya asimismo que dicho tema sólo puede ser tratado bajo la perspectiva relacional, lo que conduce necesariamente, en el caso de un análisis que privilegie lo ético, a abordar la normatividad en las relaciones humanas y a considerar la participación del varón en los procesos reproductivos como un proceso continuo de permanente interacción.

Su argumentación acerca del significado de las diversas dimensiones que son objeto de análisis en el ámbito de la reproducción, es muy sugerente y no sólo nos advierte de la ambigüedad, falsa dicotomía, y contradicción en ellas, sino de la riqueza y complejidad de su abordaje desde la perspectiva de los derechos reproductivos y el análisis ético. Ilustra su argumentación en torno a los procesos de toma de decisión, a las diferencias y ambivalencias que permean la relación entre sexualidad y reproducción, a las valoraciones morales y relaciones de dominación que subyacen en torno a la sexualidad, a las ambigüedades y contradicciones inherentes en las representaciones culturales y simbólicas del cuerpo, de la sexualidad y de la paternidad y la maternidad, y al significado y conflicto de conceptos como libertad, derecho y responsabilidad, entre otras dimensiones.

Resulta aún más atractiva la estrategia que propone Figueroa para llevar a cabo un análisis ético de la reproducción, centrado en la adaptación, aceptación y, en especial, en la transgresión de las normatividades; es decir, donde se recuperen los diversos tipos de conflicto y de diferencias que se observan en el comportamiento reproductivo.

Para finalizar, presento de manera resumida algunas de las preocupaciones que se plantearon en torno a las implicaciones de las políticas, programas y acciones, tema fundamental y de fuerte controversia en este campo.<sup>8</sup> Estas inquietudes se pueden resumir en cuatro puntos sustantivos no excluyentes entre sí. El *prí nero* se refiere a la participación del varón en el uso de métodos específicos de regulación de la fecundidad que le son propios, que se encuentran estrechamente relacionados con los desarrollos

<sup>8</sup> Estas reflexiones se basan fundamentalmente en la exposición desarrollada por Alfonso Sandoval.

tecnológicos al respecto y donde ya se presentan avances considerables. No obstante, aún se requiere de contribuciones desde la perspectiva de las ciencias sociales, en términos de las repercusiones que esta práctica tendría ante las conductas prevalecientes en diferentes ámbitos, como es la propia vida de los varones, de su pareja, familia y en general de otros sectores de la población. La segunda observación remite a la participación del varón en el proceso de toma de decisiones en torno a la sexualidad y reproducción que, como se ha reiterado, implica considerar la perspectiva relacional de género, así como la participación e interacción de y con otros actores sociales involucrados en estos procesos. Un tercer aspecto alude al porqué y para quién resulta de interés promover la participación del varón; es decir, cuáles son las razones que subyacen en la política social que busca impulsar dicha participación. Se trata de argumentos relacionados estrechamente con los objetivos de la política demográfica que propone el fortalecimiento de las acciones y medidas que llevan a un descenso en la fecundidad, y que se encuentran vinculados con elementos de la política social, entre los cuales destacan los que se encaminan a favorecer una participación más equitativa de los géneros y un mejoramiento de las condiciones de salud. Un último punto, que en parte engloba a los anteriores, corresponde a lo que se ha llamado una nueva cultura de género sobre la sexualidad y la reproducción, que supone la conformación y legitimidad social de una nueva lógica del comportamiento en estos ámbitos, así como la redefinición, modificación y explicitación de determinadas dimensiones sociales, éticas, políticas y jurídicas que intervienen en ella. En este sentido, los planteamientos en torno a la diversidad, al respeto, a la tolerancia, a la obtención de consensos básicos, o bien a otros elementos como los mencionados por Figueroa en el trabajo de esta sección, adquieren crucial relevancia, sin dejar de reconocer que no están exentos de ambigüedades, contradicciones y diferentes posiciones ideológicas e intervenciones entre los diferentes actores e instituciones.

Desde la visión programática también surgen varias preocupaciones que tienen que ver con cómo llevar a cabo esta participación del varón y esta conformación de una nueva cultura de género. Una de ellas se refiere, a diferencia de la práctica vigente que ha otorgado a las instituciones de salud un papel prioritario como ámbito de intervención, a la necesidad de una participación más activa de otras instituciones sociales, en especial de las correspondientes al sistema educativo, así como también de las organizaciones civiles, académicas y no gubernamentales. En esta misma línea, se advierte la importancia de reflexionar acerca de los avances y necesidades en términos de estrategias, tanto en el nivel macro como micro, que rescate las problemáticas de contextos y grupos específicos y que plantee la articulación entre ambos. En este sentido, la contribución de los resultados de la

investigación resulta sin duda indispensable, aun cuando subsiste el problema de la valoración y aplicación del conocimiento en el proceso de formulación, instrumentación y, en especial, de evaluación de las políticas, programas y acciones en materia de salud, sexualidad y reproducción.

### CONCLUSIONES

Esperamos con este volumen ofrecer al lector un panorama de las diversas perspectivas teórico-metodológicas, de la amplia gama de estrategias o caminos por emprender en el análisis acerca del papel del varón en el ámbito reproductivo, y de la variabilidad y riqueza de hallazgos en la investigación provenientes de diferentes paradigmas, que a su vez expresan la diversidad de retos e interrogantes por enfrentar en el futuro. La difusión del mismo, sin duda representará un incentivo adicional para continuar con la reflexión crítica y la realización de investigaciones en un tema tan relevante y poco conocido como es el de la participación del varón en el comportamiento sexual y reproductivo. Mostrar nuevas perspectivas, dimensiones y estrategias de investigación en un campo que tradicionalmente ha privilegiado a la mujer como sujeto de análisis y de intervención, representa una alternativa para ampliar e impulsar los estudios que conduzcan a un conocimiento más profundo, que contribuyan al diseño de agendas políticas más creativas e integrales, y que den respuesta a las necesidades de la población en el ámbito de la sexualidad y la reproducción.

La realización de la presente publicación fue resultado de la valiosa colaboración de todos los participantes quienes, además, tuvieron la paciencia de reformular sus trabajos de acuerdo con las sugerencias elaboradas por los dictaminadores, y en especial de Carlos Aramburú, Juan Guillermo Figueroa y Eduardo Liendro quienes formaron parte del comité organizador. Asimismo se contó con el apoyo financiero de la Sociedad Mexicana de Demografía, del Fondo de Población de las Naciones Unidas y de la Fundación Ford para culminar con esta tarea. Para todos ellos queremos dejar un testimonio de agradecimiento.

Un especial reconocimiento a Bruno Remiche, colega y entrañable amigo, quien estuvo al frente de la Secretaría General de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población por más de treinta años y con quien tuvimos la oportunidad de compartir la realización de numerosas reuniones y programas de trabajo, como la organización de las reuniones que se llevaron a cabo en la ciudad de Zacatecas, último evento en que participó antes de morir. A su memoria dedicamos la presente publicación.



# FECUNDIDAD EN EL CICLO DE VIDA MASCULINA: APUNTES SOBRE ALGUNOS TEMAS PARA DISCUSIÓN

JUAN GUILLERMO FIGUEROA PEREA\*

## INTRODUCCIÓN

El propósito de estas reflexiones es hacer un recuento de algunas ideas y planteamientos relevantes, compartidos durante el Seminario Internacional sobre Fecundidad y Ciclo de Vida Masculina en la Era de la Disminución de la Fecundidad; la selección de temáticas privilegió aquellas áreas que pudieran ser referencias importantes para iniciar la discusión en el Coloquio Latinoamericano sobre Varones, Sexualidad y Reproducción. Este encuentro internacional estuvo caracterizado por una búsqueda de diálogo entre demógrafos y antropólogos; en algunos momentos fue complejo, ya que al parecer se partió de categorías distintas, de unidades de análisis diferentes e incluso de concepciones diversas de los sujetos con los que estamos trabajando, todo lo cual define formas de investigar no siempre conciliables.

La primera pregunta que se propuso al iniciar el seminario fue: "¿Qué quieren los hombres?", en el caso concreto del espacio de la reproducción. A partir de ello surgieron interesantes discusiones sobre el sentido de la masculinidad, la paternidad y sobre la perspectiva de género. Se constató que los diferentes trabajos muestran una interpretación de la categoría de género en sentidos distintos, pero algo curioso es que parece existir un consenso entre investigadores de Latinoamérica en usarlo como referencia a relaciones de poder entre las personas de ambos sexos y un consenso, pero en otros términos, entre los participantes de Estados Unidos y Europa,<sup>1</sup>

\* Profesor-investigador, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

<sup>1</sup> Esto se puede ejemplificar a partir de la especificidad lingüística derivada del uso de idiomas diferentes y del hecho de que *gender* es más usado en el inglés para otros referentes temáticos.

quienes lo usan para distinguir a las personas de acuerdo con su sexo biológico. Algo que también se discutió y no quedó tan claro fue la forma en que se incorporó la dimensión de la sexualidad y el cuerpo con relación a la fecundidad de los varones. Al parecer existe mayor investigación sobre este tema en la antropología, aunque no se incluyó el análisis de la reproducción. En la investigación demográfica el estudio es aún más limitado.

En las discusiones surgió el tema de la violencia y el efecto de la misma en la morbilidad de los varones. Fue relevante la referencia, explícita o implícita, en los trabajos en el sentido que la racionalidad tiene en la discusión sobre fecundidad: las variantes no fueron tanto por disciplinas, sino por contextos regionales del mundo. A continuación se desarrollan un poco estos temas y al final se rescatan algunas de las problemáticas metodológicas e implicaciones éticas que se derivan de este tipo de discusiones.

#### DISCUSIÓN TEMÁTICA

Iniciamos el seminario con una pregunta de Jane Guyer (cuyo trabajo se incluye en el presente volumen), quien retomando a Freud sobre ¿Qué quieren los hombres?, creó varias inquietudes como ¿Qué quieren los hombres respecto a su fecundidad, a su paternidad y a su sexualidad?<sup>2</sup> A partir de esto se propuso considerar las necesidades de los diferentes tipos de hombre con los cuales se trabaja en investigaciones o en programas de intervención, ya que los trabajos presentados constatan que los hombres se involucran de manera muy diferente, por ejemplo, en la crianza de los hijos, en el control de la fecundidad y en el ejercicio sexual. Lo que confirma la necesidad de idear estrategias teórico-prácticas, con el fin de visualizar las diferencias y especificidades; lo cual tiene que ver con la necesidad de dar voz a las personas del sexo masculino en temáticas que han sido más trabajadas hasta el momento con las mujeres, como lo es la percepción que tienen de su entorno sexual, reproductivo y en el de la salud.

En este sentido se asume que para los varones<sup>3</sup> el involucramiento en la fecundidad y en el proceso reproductivo tiene un significado diferente

<sup>2</sup> Las sesiones del seminario internacional se estructuraron a partir de una revisión global de la paternidad y la fecundidad masculina (recuperando tendencias y momentos a lo largo del ciclo de vida), las uniones múltiples y su efecto en la fecundidad, los dilemas en la paternidad y la salud masculina, para concluir la relación entre masculinidad y cultura reproductiva (incluyendo la regulación de la fecundidad, a través de la anticoncepción y el aborto).

<sup>3</sup> Se usa la palabra varón en el título, en lugar de hombre, ya que se quiere evitar el uso de la segunda como sinónimo de humanidad. No obstante, en algunos casos sigue apareciendo para simplificar la redacción.

que para las mujeres; este supuesto estuvo presente a lo largo de la reunión, se comentó que los hombres desean una sexualidad no procreativa donde la fecundidad en la mayoría de los casos se vive como un resultado fallido. De ahí que la pregunta ¿qué queremos los hombres en torno a la reproducción y a la fecundidad? tiene que ver con ¿qué queremos respecto a la sexualidad y a la paternidad? Lo cual no se limita a la relación (física) con los hijos, ya que también se preguntó ¿por qué los hombres son necesarios para la reproducción en términos culturales y sociales? Ante lo que surgió una diversidad de respuestas, relacionadas con cuestiones económicas, manutención de los hijos y reproducción de normas y valores culturales.

Cuando preguntamos por los varones surge una diversidad de respuestas asociadas a las características de los diferentes países, la mayoría de los llamados en vías de desarrollo, en donde existe una diversidad cultural muy importante que hay que tener presente al hablar de hombres en plural.

Otra temática importante que se discutió fue la del género, la cual vinculamos con la del sistema sexo-género; se mencionó que el género alude a la construcción social y a los atributos que se asignan culturalmente a partir de la diferencia sexual biológica de las personas. No obstante, en algunos trabajos (y ello es una concepción generalizada) encontramos que género se usa como sinónimo de sexo, pues se hace una división de la información en relación con que si los informantes son hombres o mujeres. Por tal motivo se debe hacer hincapié en que la palabra género tiene una connotación diferente en el sentido de que alude a la construcción cultural que parte del sexo, pero que tiene que ver con los papeles que se espera que desempeñen las personas de cada sexo y que ello repercute en las relaciones sociales.

A lo anterior se añade que la concepción de género tiene diferentes raíces semánticas, ya que la palabra en inglés *gender* tiene un único significado lingüístico, diferente a género, término que tiene muchos significados en español. El género como categoría o perspectiva explicativa o de análisis, para las personas que hablan lenguas derivadas del latín, tiene que ver con las relaciones sociales entre hombres y mujeres y con los procesos de negociación y comunicación y no solamente con la asignación de atributos diferentes; es decir, parece existir en algunos investigadores una concepción de género un poco más dinámica y, sobre todo, como mencionamos, que se encuentra asociada a la relación entre hombres y mujeres.

Un tema que se consideró en varias de las sesiones tiene que ver con la sexualidad y el cuerpo, e incluye las representaciones culturales de éste y las relaciones que establecen hombres y mujeres con y desde su cuerpo. El cuerpo y su significado tienen relación con cosmovisiones culturales, con intercambio de fluidos, con concepciones de lo puro, de lo impuro, con la sangre y con el semen, además de que están íntimamente vinculados con

significaciones diferenciales en culturas específicas, lo que genera un punto de partida diferente en el momento de relacionar estos temas con la fecundidad y con la reproducción en general.

Al hablar de la sexualidad de los hombres se mencionaron algunas de sus características: la competitividad y las conquistas que, por ejemplo, son una respuesta al temor que produce la posibilidad de la impotencia o la infertilidad; se reconoció la necesidad de investigar sobre las transacciones individuales, de pareja, grupales y sociales con la sexualidad, con el erotismo y con el placer en los hombres, como dimensiones que podrían ayudar a explicar el comportamiento que deriva en la fecundidad.

Igualmente importante es el aspecto que tiene que ver con la masculinidad entendida como representación de género y como construcción cultural a partir del sexo de los hombres y, de una masculinidad hegemónica que tiene que ver más con estereotipos que con la práctica concreta del "ser hombre".

En Latinoamérica podríamos hablar del machismo como un estereotipo, como una concepción dominante de la masculinidad y como un referente ideológico, pero también se advirtió sobre la necesidad de hablar de *masculinidades* para lograr documentar las diferentes formas de vivir de los hombres. Al preguntarnos por la masculinidad y las formas concretas y experiencias de vida de los hombres, podríamos hacer visibles sus experiencias en relación con el género.

Otro punto de discusión relevante tiene que ver con la paternidad y la relación de los hombres con sus hijos e hijas; parece importante la diversidad de formas de relacionarse con los hijos, ya que se puede hablar de una paternidad biológica o genética que tiene que ver con quién es el padre biológico, pero también existe una asignación cultural o una paternidad social (véase el texto de Coleman). Existe un tipo de paternidad que incluye la participación en su crianza y no necesariamente coincide con la del padre biológico, además de que no implica que la relación con los hijos se establezca con una cercanía de cohabitación; por lo que al considerar estos diferentes tipos de paternidad tenemos una diversidad mayor que la relación unívoca entre "el padre y los hijos".

La pregunta de por qué algunos hombres se involucran más que otros en la crianza de los hijos fue reconocida como importante, así como la relación de los padres con los hijos, reconocidos ambos en proceso de crecimiento y en diferentes etapas dentro de su ciclo de vida; es decir, no es lo mismo un padre joven con un bebé, que el padre adulto con un adolescente o incluso cuando los dos (padre e hijo) son adultos. Existen diferentes tipos de relación dependiendo del momento del ciclo de vida en que se encuentra cada uno de ellos; la paternidad también tiene que ver con la relación con otras personas y la relación de los padres con otros hombres, que

pueden ser padres o no. En relación con esto se discutió sobre los costos implicados al asumir la paternidad.

Otro de los temas tiene que ver con la violencia masculina y su relación con la mortalidad, así como con el cuidado de los propios hombres, ya que remite a la posibilidad de poder cuidar también a otras personas y, en un caso concreto, a los hijos. Se mencionaron los costos que tiene la masculinidad dominante sobre la propia salud de los hombres, en su relación con otros hombres y con las mujeres; además de los problemas de salud como el alcoholismo, la violencia, e incluso, que entre las principales causas de muerte de los hombres entre 25 y 34 años se encuentran los accidentes, los homicidios y la cirrosis hepática. Ello ocurre en México y se extiende también a Latinoamérica, como un fenómeno altamente asociado a las experiencias de masculinidad dominante. Esto se relaciona con el estudio de las enfermedades, ya que los hombres no han sido educados para cuidarse a sí mismos, pues a veces saben más de las enfermedades o del cuerpo de las mujeres que de su propio cuerpo; también parecía importante vincular el proceso reproductivo con las experiencias de vida de los hombres, en este caso, la salud.

El último tema tiene que ver con la racionalidad y con la manera en que éste es abordado en los diferentes trabajos que se presentaron, varios de los cuales hicieron hincapié en una lógica sobre el costo-beneficio, donde el costo y el beneficio podrían ser lo económico y lo material, pero también de índole social y cultural; al preguntar ¿por qué los hombres quieren tener hijos?, resaltan diferentes argumentos económicos y sociales, los cuales desde una racionalidad económica de costo-beneficio suenan ilógicos, ya que hombres que viven situaciones de pobreza quieren ser padres y tener más hijos. Desde un punto de vista racional parece ilógico, por lo que es necesario utilizar "otras lógicas" para poder entender este comportamiento, de lo que se derivan las preguntas sobre la concepción del sujeto con el cual estamos trabajando: ¿con qué concepto de hombre estamos trabajando?, ¿Es un hombre que toma decisiones desde un punto de vista individual y racional, que calcula costos y beneficios antes de actuar? o bien ¿estamos considerando a un hombre que vive en una situación de redes sociales y en una cultura específica, con construcciones valorativas que combinan intuiciones, razones y emociones, entre otros elementos?

Como ejemplo se destacó que en África no se casa un hombre con una mujer, sino que se casan también las familias, por lo que gran parte de las conductas que en ocasiones no podemos explicar desde un punto de vista racional económico, se pueden interpretar al vincular a los hombres con su contexto social y cultural (Anarfi, 1995). Se mencionó también la alta frecuencia con que se toman decisiones, no a partir del beneficio que pueda

obtener un individuo o su pareja solamente, sino por una relación de lealtad cultural, que tiene que ver con la familia y con la comunidad (que puede ser el barrio, el clan o la aldea). Lo anterior se relaciona con diferentes cosmovisiones en los contextos culturales desde los cuales los hombres deciden en los momentos que conforman su reproducción.

#### DISCUSIÓN METODOLÓGICA Y ÉTICA

Si le hubiéramos pedido a un demógrafo que hiciera un recuento de los puntos relevantes sobre los trabajos y su discusión, seguramente destacarían elementos distintos; es decir, que de acuerdo con la perspectiva disciplinaria que se privilegie, encontramos distintas formas de interpretar los fenómenos reproductivos. Por lo tanto, mi interés es retomar y exponer elementos metodológicos que quedaron pendientes en las discusiones. Hubo una constante, y respecto a cierto consenso; es obligado hacer una revisión crítica de las formas usadas en las diferentes disciplinas para interpretar la realidad, e incluso se habló de la posibilidad de elaborar nuevos indicadores y de cuestionar los que estamos utilizando.

Una de las sugerencias en las discusiones era la necesidad de asegurar que las temáticas que influyen y conforman el entorno de la reproducción reflejen su interacción; es decir, no pensarlas de manera estática, sino como parte de procesos, del ciclo de vida de las personas y de las diferentes secuencias de la realidad que vamos construyendo. Es evidente la complejidad que esto implica para definir formas de abordar el objeto de estudio; en algunos trabajos se habla de representaciones de la sexualidad, la masculinidad, la paternidad y la fecundidad, lo que genera demasiado ruido a quien está más dedicado a la medición de los eventos demográficos.

Encontramos trabajos con el título de "Maternidad y paternidad", pero desarrollados desde el punto de vista del análisis demográfico en donde esas maternidad y paternidad se traducían en la medición de ciertos "eventos demográficos", como la edad en el momento de unirse, los hijos que se tienen, los deseados o ideales, o el uso de anticonceptivos. Estas realidades son abordadas con el mismo título o con las mismas palabras, desde la lectura más antropológica, pero centradas en historias completas a partir de pocos casos, y orientando la reflexión hacia cómo las personas o las normas consideradas en el análisis, estaban viviendo y reproduciendo ciertas representaciones, o incluso las estaban transformando.

El reto metodológico que se genera de los trabajos es, dicho de una manera muy simplista, cómo combinar los enfoques, si es que son combinables o cómo permitir interacciones que enriquezcan ambas partes; es decir, el estudio de las representaciones con el estudio de la medición de

los eventos demográficos. En uno de los capítulos de este libro, Leal y Fachel (1995) presentan un interesante trabajo sobre Brasil donde intentan hacer este ejercicio, ya que a partir de una visión demográfica, y basándose en una muestra representativa desde el punto de vista estadístico, se construye, a su vez, un conocimiento que respete las reglas de la antropología y el estudio de las representaciones.

La discusión tiene que ver con cuáles son los paradigmas que están utilizando para hacer la investigación. Asdar Ali (1995) destacaba que en los modelos que se están empleando para interpretar muchas realidades, "no hay opción para la no opción", es decir, aparece un modelo de racionalidad al cual se le quiere incorporar toda la discusión sobre fecundidad y reproducción de los varones, dejando de lado las posibilidades de no optar. Lo anterior se encuentra fuertemente relacionado con la categoría de la representación social y con la forma de establecer un vínculo más allá de los buenos deseos entre la antropología y la demografía.

En la última sesión se comentó que el análisis de los ciclos y los cursos de vida es una buena posibilidad para establecer un puente entre la antropología y la demografía, y así darle un carácter dinámico a los fenómenos que están siendo estudiados.

Una constante, que puede parecer una obviedad, es la necesidad de ser muy críticos con la teoría que se está utilizando, no obstante que el punto clave es que no existe desarrollo teórico para interpretar los procesos reproductivos de los varones. En este sentido, mientras algunos destacan como complicación insalvable las respuestas diferentes de varones y mujeres cuando se les preguntó sobre su fecundidad, otros señalan que el problema radica en que se les pregunta cosas diferentes, "aunque la pregunta sea la misma". Lo anterior, sin embargo, obedece a que se pregunta sobre realidades distintas, vividas de una manera diferente, ya que la fecundidad vivida por las mujeres no es necesariamente vivida de la misma forma por los varones. Por ello se sugiere identificar y recuperar la manera en que los unos y las otras vivimos la realidad en el espacio de la reproducción.

Un participante desarrolló su trabajo sobre nuevos indicadores que trataban de recuperar elementos del proceso en el cual se inserta la reproducción, y en esos nuevos indicadores se enfatiza la referencia a la sexualidad (Figueroa, 1995); tema que en mayor medida refleja el distanciamiento en las discusiones actuales entre la demografía y la antropología. En esta última disciplina se interpreta la sexualidad en un sentido de totalidad (Leal y Fachel, 1995) o bien como lo planteaba Ruz al referirse a determinados grupos indígenas en México, la sexualidad aparece como una dimensión de la totalidad en la que se desarrollan los procesos reproductivos, pero sin identificarla como sinónimo de la reproducción. Sin embargo, dado que en la perspectiva demográfica no parece haber

suficiente tradición en el estudio de la sexualidad, sí es necesario continuar otorgándole un lugar central al análisis de la reproducción. Bajo esta perspectiva, como parecería obvio, no únicamente hace falta revisar su propia teoría, sino ser explícitos en la inclusión o exclusión de la sexualidad.

Otro elemento que se mencionó es la necesidad de explicitar la fragilidad de las propias categorías de análisis, no aferrándose a las mismas, sino reconocer que para vincular eventos que están en proceso de modificarse, replantearse y repensarse, como lo es el lugar del varón en el espacio de la reproducción, obligadamente se debe admitir que estamos frente a categorías en proceso de transformación. Si se es capaz de reconocer ese sentido de fragilidad, se puede ser más crítico con las propias categorías y en consecuencia, ser capaz de interactuar y dialogar con otras aproximaciones disciplinarias.

Una cuestión adicional que se debe considerar es la de las dimensiones éticas relacionadas con el tema de la sexualidad, donde aparecen elementos de tipo moral y normativos. Se reconoció que son preguntas de naturaleza íntima y personal, a veces difíciles de obtener en una entrevista, por lo que incluso se cuestionaba si era válido investigar sobre el tema; se preguntó ¿para quién y para qué investigamos?, cuestionamiento que remite al uso de la investigación y al alcance y la repercusión de los resultados que se obtienen de la misma. Otro elemento de interés y gran complejidad comprende la doble moralidad subyacente a la vivencia de la sexualidad. No se trata de un tema nuevo a la luz de los datos actuales, ya que como se constata en el trabajo de la población indígena en México —en la tradición de los pueblos indígenas existe una doble moral que juzga de manera distinta a hombres y mujeres. Por ello, la cuestión es cómo recuperar ese tipo de referencias en un análisis del proceso reproductivo de los varones, cuando la reproducción de los mismos, al igual que la de las mujeres, no puede imaginarse al margen de la sexualidad y, cuando dicha sexualidad está permeada permanentemente, no únicamente por elementos moralizantes, sino por dobles morales.

Para concluir se insistió en la importancia de imaginar formas y recursos metodológicos para darle contenido a las llamadas transacciones en el espacio de la sexualidad, como el sustento o el supuesto de la vivencia de la reproducción.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Asdar Ali, ḵamān (1995). "What about men? A perspective on fertility control in Egypt", trabajo incluido en el *Seminario internacional sobre fecundidad y ciclo de vida masculina en la era de la disminución de la fecundidad* (en prensa).

- Anarfi, John y Clara Korkor (1995), "The male protagonists in the 'commoditization' of aspects of female life cycle in Ghana", trabajo incluido en el *Seminario internacional sobre fecundidad y ciclo de vida masculina en la era de la disminución de la fecundidad* (en prensa).
- Figuroa Perea, Juan Guillermo (1995), "Some reflections on the social interpretation of male participation in reproductive health processes", en *Seminario internacional sobre fecundidad y ciclo de vida masculina en la era de la disminución de la fecundidad* (en prensa). Una versión en español modificada se incluye en el presente volumen.
- Leal, Ondina Fachel y Jandyra M.G. Fachel (1995), "Male reproductive culture and sexuality in South Brazil: Combining ethnographic data and statistical analysis", en *Seminario internacional sobre fecundidad y ciclo de vida masculina en la era de la disminución de la fecundidad* (en prensa).



I

PERSPECTIVAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS  
SOBRE SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN  
MASCULINAS



# TENDENCIAS DE LA FECUNDIDAD MASCULINA EN LOS PAÍSES INDUSTRIALIZADOS: TEORÍAS EN BUSCA DE ALGUNA EVIDENCIA\*

DAVID COLEMAN\*\*

## INTRODUCCIÓN

Los patrones de "fecundidad" y reproducción de los hombres son diferentes de los de las mujeres. Existen buenas razones para suponer que son distintos. Algunas consideraciones fundamentales se derivan de la teoría evolucionista; otras son consecuencia de factores demográficos próximos más directos, como los patrones de nupcialidad y la relación de masculinidad, y de las distintas posiciones socioeconómicas de los dos sexos en varias sociedades humanas. Pero mientras que hay mucho que decir en términos de especulación evolucionista, sobre las estrategias reproductivas tanto de los hombres como de las mujeres, la poligamia, la variación en el tamaño de la descendencia entre sexos, la relación de masculinidad y el dimorfismo sexual, hay pocas evidencias demográficas con las cuales probar la hipótesis. Incluso en las sociedades desarrolladas, los datos demográficos son usualmente insuficientes para describir y analizar formalmente la contribución de los hombres a la fecundidad y la reproducción con el mismo detalle o exactitud que la contribución de las mujeres.

En este documento se explorarán algunas de las razones para interesarnos en la fecundidad masculina. En él se discute el relativo descuido del análisis y la descripción de las aportaciones del hombre a la fecundidad en contraposición con las de la mujer. Asimismo, se presentan algunos modelos biológicos de fecundidad de los que pueden deducirse ciertas expectativas y diferencias demográficas entre sexos; en la reproducción, la sobrevivencia

\* Traducción del trabajo presentado en el Seminario Internacional "Fecundidad y ciclo de vida masculina en la era de la disminución de la fecundidad".

\*\* Departamento de Estudios Sociales Aplicados e Investigación Social, Universidad de Oxford. Mis sinceros agradecimientos a Sara Beale por la búsqueda y recolección de información y a L. Clarke, L. Knudsen, a S. Blom, E. Eriksson, al doctor W.H. James, al señor A. Nilsson, I. Chappa, al doctor M. Wadsworth entre otros, por sus útiles comentarios y el envío de material valioso.

y la relación de masculinidad. Se revisan los datos disponibles de las sociedades industriales para analizar cómo los patrones reproductivos masculinos difieren de los femeninos y para examinar hipótesis biológicas contra datos demográficos. Entre éstas se incluye, por ejemplo, la expectativa biológica de que los hombres tendrán más parejas sexuales que las mujeres; y que comenzarán y continuarán procreando más tardíamente en el transcurso de su vida. La distribución de la contribución masculina a la siguiente generación deberá por tanto ser distinta a la de las mujeres, con más hombres sin hijos y más hombres con un tamaño de descendencia mayor. La fecundidad final y otras medidas de la fecundidad de los hombres que se reproducen, deberían ser mayores que las de las mujeres, aunque no, por supuesto, cuando se promedian sobre igual número de hombres y mujeres entre una misma población. De hecho, resulta casi imposible someter a prueba las teorías con los escasos datos disponibles, pero las teorías y los datos pueden ser, al menos, de distinto interés. Gran parte de la revisión se ocupa forzosamente de la falta de material y de la dificultad para abordar el poco que hay disponible. Por lo tanto, sus logros son parciales y limitados.

La importancia biológica del documento está relacionada con los antecedentes del autor, además de que los modelos derivados de la teoría evolucionista y de la genética de población, proveen el único marco científico de explicación general disponible que intenta dar cuenta de las características reproductivas y de las diferencias sexuales observadas en la especie humana. En el estudio de la genética, la contribución masculina a la descendencia no ha sido ignorada, como en el caso de la demografía. Cada descendiente debe tener dos padres y la contribución genética masculina a la próxima generación es tan importante como la femenina, con las excepciones menores contenidas en el mitocondrio citoplásmico del óvulo y en el más largo cromosoma X, en comparación con el más reducido cromosoma Y.

Omitiremos otros hechos significativos de la fecundidad masculina, simplemente por falta de espacio. Éstos incluyen aspectos como el papel de los hombres en la limitación de la fecundidad efectiva por infanticidio; la reducción severa de la capacidad fisiológica masculina para reproducirse, como fue evidente en algunas poblaciones a lo largo de la última mitad del siglo (James, 1997); las características de hombres sin hijos, y la transición a la paternidad (Kiernan, 1989 y 1995). Este documento no intenta llevar a cabo la difícil tarea de mostrar cómo los modelos biológicos de la fecundidad masculina y la femenina, basados en estas nociones de adecuación exclusiva, pueden ser aplicados a las poblaciones modernas con fecundidad controlada (Kaplan *et al.*, 1995), o a las diferencias en los parámetros reproductivos y de relación de masculinidad entre poblaciones humanas

contemporáneas (Kumm *et al.*, 1994). La inmensa literatura existente sobre elementos socioeconómicos masculinos, correlativos de la fecundidad (ingreso, clase social, etc.) será ignorada. Si bien éste es sólo un aspecto en el estudio de la fecundidad en el que los atributos masculinos han sido resaltados (hasta la aparición de la nueva economía doméstica), aún el patrón ha sido utilizar dichos atributos masculinos para analizar la fecundidad femenina, no la fecundidad de los hombres propiamente dicha. La importancia social y económica de la contribución masculina a la reproducción humana justifica ampliamente estudios adicionales, al margen de cualquier connotación biológica.<sup>1</sup>

Una última reflexión acerca de la terminología. La expresión *fecundidad masculina* resulta inadecuada, pero no hay una alternativa obvia. Usamos aquí esta expresión para referirnos al comportamiento reproductivo más que a la capacidad (por ejemplo, "fertilidad masculina" suena aún más inapropiado que "fecundidad masculina"). Las expresiones "paternidad" y "tasa de paternidad" son usadas indistintamente, y para propósitos de este documento se pueden interpretar como sinónimos de "fecundidad masculina".

#### LOS HOMBRES EN LA DEMOGRAFÍA: UNA MINORÍA DESATENDIDA

Los hombres han desempeñado un papel mínimo en el estudio demográfico y sociológico de la fecundidad en décadas recientes, apenas algo más que su mínimo papel en el acto de la reproducción misma. Los pocos análisis realizados por los demógrafos sobre las tendencias de la fecundidad masculina han apuntado lo anterior con un dejo de indignación o incompreensión. Karmel (1947:249) observó que los demógrafos habían desplegado "una preocupación casi exclusiva [...] por la parte femenina de la población", aunque algunos autores, "han prestado un poco de atención a las tasas de reproducción masculina". Después de más de treinta años de marcada indiferencia, Brouard (1977:1123) retomó el mismo planteamiento, haciendo notar que mientras que "les démographes ont chargé la femme de la reproduction [...]", sin embargo, "ni la biologie, ni les difficultés de calcul provoqués par les naissances illégitimes ni la rareté des données ne sont des raisons sérieuses à ce parti pris".\* Nosotros encontra-

<sup>1</sup> Estos factores socioeconómicos, que representan el contexto más usual de la investigación demográfica y antropológica, son profundamente explorados en otros trabajos incluidos en el Seminario Internacional "Fecundidad y ciclo de vida masculina en la era de la disminución de la fecundidad", cuya publicación está en proceso. Este trabajo aborda un tema distinto.

\* "Los demógrafos han atribuido la reproducción a la mujer..." sin embargo "ni la biología, ni las dificultades de cálculo provocadas por los nacimientos ilegítimos, ni la rareza de los datos son razones serias para tomar esa actitud".

remos por desgracia que a pesar de todo ese ímpetu, esta indiferencia ha dejado obstáculos muy serios.

Hajnal (1948:354), respondiendo a las contribuciones de Karmel, también señaló que “una conclusión casi generalizada del trabajo reciente en demografía es que la costumbre actual de analizar las estadísticas de la población sólo en términos de las tasas de reproducción [...] obtenidas de las tasas de fecundidad de las mujeres [...] es insatisfactoria”, pero “no parece existir acuerdo total sobre por qué la costumbre actual debe rechazarse”. La discusión principal era “la cuestión de los dos sexos”; la incompatibilidad de tasas de reproducción (o de matrimonio, etc.) basadas respectivamente en las tasas masculinas y femeninas, a menos de que la población tuviera una distribución estable por edad. El hecho es abordado en estos y otros documentos por Karmel (1948a) con tan excepcional grado de detalle que podría (incorrectamente) esperarse haber saciado desde entonces el interés demográfico en el tema.

El primer hecho que preocupó, tanto a ellos como a nosotros, es el grado en el que las tasas femeninas deben tener prioridad sobre las masculinas. Hajnal supuso que las tasas femeninas eran consideradas como “fundamentales” porque eran más “fisiológicas”; más confinadas por limitaciones biológicas del tipo ahora descrito que por las nociones de la fecundidad natural y por las variables próximas que la regulan. Una alta proporción de éstas (excepto por las relativas a la formación de uniones), la frecuencia coital y la esterilidad debida a enfermedades venéreas, son casi “independientes del hombre”. Las mujeres se reproducen con restricciones fisiológicas mucho más rígidas en cuanto a intervalos intergenésicos, edad máxima para la reproducción y, consecuentemente, número máximo teórico y realizable de descendencia, que los hombres. Es posible que las tasas masculinas tengan mayor probabilidad y capacidad de adaptarse a las femeninas para resolver incompatibilidades, que lo contrario. También es cierto que las tasas masculinas son menos perceptibles que las femeninas, ya que los nacimientos que se registran fuera del matrimonio frecuentemente se atribuyen únicamente a sus madres, no a los padres, y la falsa paternidad es otro obstáculo, aún más difícil, para obtener precisión. Lo anterior será considerado con mayor amplitud más adelante.

Los sistemas voluntarios y monógamos para la constitución de la pareja, otorgaron mayor prioridad a los hombres que a las mujeres en las sociedades polígamas, donde cada mujer podía permanecer en una unión sin tomar en cuenta las fluctuaciones en el número de los hombres casaderos. Con la monogamia, el “problema de los dos sexos” se tornó más sustancial; los hombres se preocuparon más por la realización de la reproducción potencial de las mujeres, y la discrepancia entre las tasas paternas y maternas (en sociedades monógamas donde casi todos los nacimientos se

realizan dentro del matrimonio) sólo se puede determinar analizando la nupcialidad masculina y femenina. Como Karmel (1948b) señala —el uso de una tasa aplicada a la población total y que se obtiene de un solo sexo, supone que la tasa no es afectada por el número y distribución por edad del otro sexo—. La resolución de este aspecto del problema de los “dos sexos” requiere de un modelo de nupcialidad que sea capaz de reconciliar los números y los porcentajes de fecundidad de cada sexo. Esto ha probado ser un gran problema en demografía (véase con más detalle en McDonald, 1995), especialmente cuando se trata de poblaciones en crecimiento y cuando las diferencias usuales de edad entre cónyuges y las diferentes propensiones para volver a contraer matrimonio deben ser tomadas en cuenta. La concentración del análisis en las mujeres, justificable quizá sobre otras bases, permite evadir esta dificultad, aunque únicamente a costa de ignorar el hecho de que cualquier descripción de la fecundidad o de la reproducción del total de la población obtenida mediante el análisis sólo de mujeres, sea necesariamente parcial. Por ejemplo, las actuales tasas globales de fecundidad (TGF) en los países industrializados son más bajas cuando se basan en hombres que en mujeres. En la práctica, como veremos, la mayoría de los datos publicados se refiere a mujeres, no a hombres, así que esta concentración sobre las tasas femeninas solamente representa la demografía como el arte de lo posible.

El vínculo dominante de la posición económica masculina en el sistema de matrimonio y fecundidad de la histórica Europa occidental, con matrimonios tardíos y eludibles, llevó a la paradoja aparente de que mientras casi todos los análisis de los patrones y tendencias de la fecundidad eran realizados respecto al empleo e ingreso salarial de los hombres, los índices de la fecundidad y la reproducción universalmente empleados (TGF, TBR, TNR, etc.) estaban relacionados solamente con mujeres y, por lo tanto, basados en las tasas femeninas. Wrigley y Schofield (1981) apenas mencionan la fecundidad masculina en su excelente trabajo. Desde la segunda guerra mundial y la reaparición de la concepción malthusiana basada en el ingreso familiar (masculino), el interés por el balance de los hombres se ubicó aún más lejos.

La mayoría de los estudios recientes sobre la reproducción se preocupa por los cambios radicales en los modelos de las tendencias de fecundidad, que se basan mayormente en las nociones de la nueva economía doméstica, motivados por la incorporación de mujeres casadas a la fuerza de trabajo asalariada en el mundo industrial, con sus cambios concomitantes en la economía doméstica y los costos del matrimonio y la reproducción, así como por la emancipación de las mujeres en el tercer mundo mediante la educación y su incorporación como fuerza de trabajo asalariada, con efectos similares sobre la fecundidad. El papel que han desempeñado los

hombres ha sido de marginalidad, al grado de ser considerados como un impedimento para la adopción de métodos anticonceptivos modernos por parte de sus esposas y, como representaciones en cierto modo *passé* del *ancien régime* de dominación masculina sobre el ingreso familiar y de los roles sexuales especializados en el matrimonio.

#### LOS HOMBRES EN LA BIOLOGÍA. UNA FUERZA EVOLUTIVA

La negación anterior en la esfera socioeconómica contrasta profundamente con la atención que se ha prestado a los hombres en el estudio biológico, evolutivo y genético de la reproducción mamífera y humana. Dado este interés biológico la escasez de datos demográficos relacionados con la fecundidad masculina (señalada con anterioridad) es un severo impedimento. En el estudio genético y evolutivo del hombre, lo que importa es la relativa contribución de cada individuo a la siguiente generación. A la luz de la genética, las contribuciones masculinas y femeninas son casi iguales (por ejemplo, el hombre es deficiente únicamente porque el pequeño cromosoma Y del XY masculino transporta menos información genética que el cromosoma X del XX femenino). En la mayoría de las especies mamíferas sexualmente reproductivas, la relación de masculinidad en el nacimiento se aproxima a uno. El sexo masculino como un todo (tal como el femenino) contribuye con una cantidad equivalente de información genética a la siguiente generación. Pero la variación en cuanto a la contribución masculina para la siguiente generación en muchas especies, especialmente en aquellas que practican la poliginia —incluyendo hombres— es considerablemente mayor que la del sexo femenino. Es decir, mientras la mayoría de las mujeres se reproduce, algunos hombres no se reproducen en absoluto y otros producen un gran número de hijos. Esto significa que los procesos de competencia sexual que determinan qué hombres dejan la mayor descendencia será una de las más importantes fuerzas motrices en la estabilidad o en el cambio evolutivo.

Como es bien sabido, la teoría biológica neodarwiniana enfatiza el éxito reproductivo comparativo como el criterio fundamental en los procesos evolutivos, tanto en la conservación de los patrones existentes de distribución de genes en las especies como el proceso mediante el cual una forma puede ser desplazada por otra. Su formulación original subrayó los efectos de las características estrictamente biológicas para la sobrevivencia y la reproducción. Sin embargo, en los últimos treinta años es reconocida la importancia de los sistemas de constitución de la pareja, de su comportamiento social y reproductivo y de las diferencias entre sexos respecto de la inversión en la producción y cuidado de los hijos, generando consecuen-

temente mayor interés en los parámetros demográficos y sociales (e.g. Hamilton, 1964; Trivers, 1972; Blurton-Jones, 1986 y Borgerhoff-Mulder, 1992). Este desarrollo de la teoría neodarwiniana es vagamente conocido como "sociobiología" (Wilson, 1985).

Un elaborado cuerpo de teoría biológica intenta dar cuenta de las diferencias observadas en las especies animales entre los sexos, respecto de su comportamiento reproductivo, el cuidado de los jóvenes para su sobrevivencia, de las oportunidades para reproducirse y del número promedio de hijos nacidos. Éstas pueden a menudo relacionarse funcionalmente con las diferencias entre sexos, con la forma y el tamaño medio de los cuerpos (dimorfismo sexual) y con el número relativo de cada sexo en diferentes puntos del ciclo de vida (relaciones de masculinidad). La mayoría se ha desarrollado a partir de la diferencia fundamental en el rol reproductivo de acuerdo con la naturaleza de la inversión biológica que realiza cada sexo. El sexo femenino comúnmente hace una inversión biológica sustantiva con un número relativamente pequeño de óvulos. Sin embargo, con frecuencia y especialmente en animales superiores, se realiza una inversión ulterior en la formación del huevo fertilizado, ya sea dentro o fuera del cuerpo, con el fin de alcanzar un estado avanzado de desarrollo. Los hombres, en contraste, realizan una pequeña inversión en gran número de gametos y en muchos casos aportan una pequeña o ninguna contribución a las oportunidades de sobrevivencia del óvulo fertilizado. En pocos casos, empero, los patrones están notablemente invertidos y existen grandes diferencias entre especies en lo que respecta a regímenes reproductivos, incluyendo a los mamíferos y primates mayores.

En las especies existen fuertes relaciones entre el sistema de apareamiento y el ambiente de subsistencia y riesgo dentro del nicho ecológico (que no conciernen a este estudio) y, por lo tanto, entre el sistema de apareamiento y los atributos biológicos y las diferencias de los dos sexos (que sí nos conciernen). En muchas especies, la capacidad reproductiva masculina es efectivamente ilimitada, mientras que la de las hembras se encuentra estrictamente circunscrita. Teniendo menos que invertir pero más que ganar en la reproducción, las estrategias de los machos para maximizar el éxito reproductivo los llevan a competir entre ellos por las hembras. En especies donde los machos no se hacen cargo de los jóvenes, los primeros tratan de aparearse con el mayor número posible de hembras, aumentando de este modo la competencia. Las hembras, con mucho menor capacidad reproductiva, no pueden incrementar su rendimiento reproductivo pero pueden, usualmente, estar seguras de reproducirse. Su interés en maximizar su desempeño (medido a partir del éxito reproductivo) está en asegurar que el macho que tiene éxito con ellas, tenga un genotipo que aumentará las oportunidades de sobrevivencia de su número limitado de

crías y que, en especies apropiadas, cooperará mejor para asegurar la sobrevivencia de los jóvenes más allá de las etapas de dependencia.

A partir de esto se derivan ciertas expectativas, por ejemplo, en la distribución de la descendencia entre machos y hembras. Se espera que la variación masculina en la reproducción sea mayor que la femenina; es decir, más machos no lograrán reproducirse ni tendrán mayor número de hijos, aun si el promedio es el mismo. Se puede esperar que los machos (competitivos, móviles, prescindibles) tengan tasas de mortalidad más altas que las hembras (de cuya sobrevivencia depende en mayor medida la sobrevivencia de los hijos). En especies polígamas o promiscuas, la competencia sexual entre machos tiende a ser más intensa, y el dimorfismo sexual (diferencias en el peso medio, estatura, etc., entre los sexos) se espera que sea más pronunciado. Los sistemas de apareamiento polígamo requieren de un dimorfismo más marcado; una consecuencia de la acrecentada competencia entre machos y de su necesidad de ser capaces de controlar varias hembras. Otras características físicas, tales como el tamaño de los testículos, pueden también estar relacionadas con el sistema de apareamiento. En especies con sistemas de apareamiento promiscuo, la competencia del esperma puede ser muy marcada. Esta competencia surge cuando una hembra copula con varios machos en rápida sucesión, de tal manera que los espermatozoides de varios machos tienen una oportunidad de fecundar al mismo óvulo. Bajo tales circunstancias, hay ventajas competitivas para depositar el mayor volumen posible de semen (Baker y Bellis, 1995). Esto requiere de testículos más grandes. Una mayor variación del éxito reproductivo masculino, esperada especialmente en la poliginia, se supone que estará relacionada, a su vez, con otras características demográficas masculinas.

La aplicación de tales principios biológicos a los sistemas de apareamiento, y a las asociadas diferencias biológicas entre los sexos en la especie humana, ha atraído un interés considerable entre los zoólogos y sociobiólogos, ha modificado el éxtasis entre los antropólogos y los biólogos, ha suscitado indiferencia entre los demógrafos y frecuente hostilidad entre los antropólogos sociales y culturales. Algunos críticos dudan de que la posibilidad de mecanismos guiados por la maximización de los éxitos reproductivos sea relevante en las sociedades humanas, en una época donde la fecundidad humana es baja y limitada conscientemente y, donde, por lo menos en algunos periodos, los seres humanos son notoriamente más exitosos materialmente, y han tenido menos hijos que el promedio. La noción en cuanto a que las diferencias humanas actuales, biológicas y demográficas entre los sexos han persistido desde un periodo de la evolución humana donde los procesos genéticos, mas no los culturales, eran predominantes, sólo tiene relevancia si el sistema de apareamiento bajo el

cual tales diferencias evolucionaron, tiene alguna presencia residual o preferencias en los instintos humanos. Sin embargo, estas nociones sí han conducido a hipótesis precisas sobre las características reproductivas humanas, incluyendo las diferencias entre la fecundidad masculina y la femenina, que son, por lo menos en principio, verificables. Tales hipótesis pueden aplicarse tanto a características que se supone que son específicas de cada especie como a otras que puede esperarse que difieran entre sociedades, de acuerdo con sus diferencias, determinaciones culturales y ambientales, en el sistema de apareamiento y en el sistema económico (Alexander, Hoogland, Howard, Noonan, y Sherman, 1979, Short, 1980). En teoría, se pueden hacer inferencias en ambos sentidos; es decir, qué diferencias humanas, físicas y demográficas, se podrían esperar en sistemas humanos de apareamiento dados; o de manera más realista (dada la diversidad de los sistemas humanos de apareamiento), qué se puede concluir sobre las preferencias humanas, originales o subyacentes, respecto del sistema de apareamiento, a partir de las diferencias biológicas contemporáneas entre los sexos. Esto significaría comparar características demográficas y biológicas entre los sexos, y cuando así fuera apropiado, la magnitud relativa de tales rasgos o diferencias, comparada con otros mamíferos y especialmente con otros primates mayores.

Con estas circunstancias en mente, las expectativas biológicas para el macho humano son las siguientes:

- Mayor variación en la distribución de la descendencia entre los hombres que entre las mujeres, lo que implica mayor número de hombres sin hijos.
- Mayor variación en el número de parejas sexuales entre hombres que entre mujeres.
- Dimorfismo sexual en los tamaños de los cuerpos favoreciendo a los hombres.
- Relaciones de masculinidad primaria y secundaria en beneficio de los hombres.
- Periodos más largos de gestación y de mayor peso al nacer de los hombres.
- Tasas más altas de mortalidad de embriones masculinos y adultos (*i.e.* la relación de masculinidad declina con la edad).
- La relación de masculinidad declina con la paridad femenina.
- Periodos más largos de amamantamiento de los niños.
- Mayor negligencia e infanticidio femenino que masculino.
- Tasas más lentas de maduración sexual masculina, posiblemente mayor duración de la generación.

- Senectud masculina más rápida y una duración de vida masculina más corta.
- Características físicas de sistemas reproductivos relacionadas con características de sistemas de apareamiento.

No todas estas posibilidades se discuten aquí. En algunos aspectos, la reproducción humana y la sexualidad son únicas. Por ejemplo, la mujer es sexualmente receptiva durante todo el año, y tiene una clara interrupción de su función reproductiva femenina alrededor de los cincuenta años. Existen muy pocas evidencias de una menopausia así entre los hombres (Harman y Blackman, 1994). En lugar de eso, la producción masculina de gametos y su capacidad para engendrar hijos, declina gradualmente a lo largo del tiempo y no tiene un final definido. Los hombres pueden engendrar hijos a una avanzada edad. Es bien conocido que algunos hombres han sido padres después de los 80 años (en 1922, en Inglaterra y Gales 22% de los padres tenía una edad superior a los 34 años y 7.8%, a los 39, comparado con 9.7% y 1.5% respectivamente de las madres, OPCS, 1994). Este contraste no tendría ningún efecto sobre la distribución del tamaño de la descendencia en una sociedad casta y monógama y sin segundas nupcias. Pero relativamente pocas sociedades son castas o monógamas, o evitan contraer segundas nupcias. La mayoría de las sociedades humanas es, o ha sido, poligínica (Van den Berghe, 1975, Murdock, 1949 y Low, 1988), en un sentido u otro de la palabra a pesar de que no necesariamente significa que la mayoría de familias en esas sociedades sea polígama (la poliandria es rara y restringida a circunstancias ecológicas especiales). Como todas las sociedades humanas tienen relaciones de masculinidad en el momento del nacimiento de entre 103 y 106 hombres por mujer, cualquier nivel de poligamia eleva la competencia reproductiva entre los hombres, excluye a más hombres que mujeres de la reproducción, e incrementa la variación reproductiva de éstos. La madurez sexual masculina más tardía, comparada con la femenina (Selander, 1965), en alguna medida sirve para ajustar la relación de masculinidad "efectiva" a las demandas de los sistemas poligínicos.

En las sociedades occidentales modernas donde el matrimonio, anteriormente de por vida, es ahora frecuentemente disuelto por el divorcio se ha desarrollado una situación algunas veces llamada "poligamia seriada", matrimonios sucesivos o cohabitaciones interrumpidas por divorcios o separaciones. A través de este proceso los hombres acumulan mayor número de parejas que las mujeres, aunque la mayoría de las disoluciones (maritales) es instigada por las mujeres. Los hombres cuyas parejas se disuelven y que forman nuevas, tienden a hacerlo con mujeres progresivamente más jóvenes que ellos, y con quienes pueden todavía reproducirse.

Sin embargo, las mujeres con relaciones interrumpidas son menos proclives a iniciar nuevas relaciones, por lo menos maritales (Coleman 1989) y, en todo caso, cesarán de ser capaces de reproducirse a una edad mucho más temprana. Bajo estas circunstancias puede ser que la variación del tamaño de la descendencia masculina se esté incrementando en las sociedades occidentales.

BIOLOGÍA Y SISTEMAS DE APAREAMIENTO:  
MAMÍFEROS, PRIMATES Y HUMANOS

En la mayoría de las especies mamíferas, la variación de la distribución del tamaño de la descendencia en machos es más alta que en las hembras. En cualquier época, particularmente en especies socialmente jerárquicas y dominantes, o en aquellas donde los machos deben competir por su territorio, la mayor parte de la reproducción es responsabilidad de las hembras adultas —si no es en su totalidad—, y de una minoría de los machos. Por otro lado, algunos machos no se reproducen en absoluto, aquellos que sí lo hacen producirán más hijos cada uno, que el promedio de las hembras. Entre éstos existe competencia por privilegios sexuales y por obtener el estatus más alto, es decir, quien capture al mayor número de hembras o que obtenga el mayor éxito en preñar a las hembras en su periodo más fértil, dejará tras de sí mayor número de descendencia, mientras que los que fallen no tendrán ninguna (Deruiter y Vanhooft, 1993). En la duración del curso de vida, muy pocas de las hembras que sobrevivan hasta edad adulta, no lograrán reproducirse mientras que, en las especies territoriales, los machos que no puedan asegurar un territorio no lograrán reproducirse y pueden sufrir riesgos considerablemente mayores de depredación. Sin embargo, aquellos que sean capaces de asegurar uno, tendrán a tener tamaños de descendencia bastante similares.

¿Las características biológicas humanas nos dan una idea acerca de las probables diferencias entre los sexos, respecto a la distribución de tamaños de descendencia y variaciones de su reproducción, por lo menos en su forma "pre-cultural"? Los sistemas de crianza tienen correlativos biológicos. Se le ha prestado particular atención al dimorfismo sexual y a la magnitud relativa de inversión en el sistema reproductivo. Éstos se relacionan con dos temas distintos; hablando en forma general, se observa que el dimorfismo sexual en los mamíferos es más marcado en especies sociales con jerarquía dominante y con sistemas bien desarrollados de apareamiento poligínico. En estas especies, la competencia entre los sexos por la crianza y la que ocurre entre machos, es más intensa. Especies con formas más débiles de poliginia, medidas en términos de menor promedio en el

tamaño de los harenes, tienen un dimorfismo sexual menor; las especies monógamas pueden no tener ninguno (Clutton-Brock y Harvey, 1978). Esta generalización demuestra ser cierta para algunos grupos de mamíferos (focas, ungulados y primates) (Alexander *et al.*, 1979, Harvey P.H. *et al.*, 1987); de hecho, en todos aquellos en los que el fenómeno ha sido investigado (véase el cuadro 1).

CUADRO 1  
Ejemplos seleccionados de dimorfismo sexual (*macho/hembra*)

<i>Especie</i>	<i>Estatura macho/hembra</i>	<i>Rangos de peso</i>	<i>Tamaño medio del harén</i>
Elefante marino, <i>Mirounga eonina</i>	1.62	7.75	48
Oso marino austral del norte, <i>Callorhinus, ursinus</i>	1.54	6.00	40
Oso marino austral sudafricano, <i>Arctocephalus, pusillus</i>	1.38	2.67	8
Foca harp, <i>Pagophilus groenlandicus</i>	1.00	1.00	1
Antilope saiga, <i>Capra tatarica</i>	1.14	-	12
Kob de Uganda, <i>Adenota kob</i>	1.09	-	6
Antilope africano, <i>Sylvicapra grimmia</i>	0.96	-	1
Mono aullador, <i>Alouatta seniculus</i>	1.12	1.45	3
Mandrill, <i>Papio hamadryas</i>	1.18	1.95	2
Orangután, <i>Pongo pygmaeus</i>	-	2.03	?
Gorila, <i>Gorilla gorilla</i>	1.30	1.95	5
Chimpancé, <i>Pan troglodytes</i>	-	1.37	multimacho
Gibón, <i>Hylobate moloch</i>	1.05	1.00	1
<i>Homo sapiens</i> (GB, 1980)	1.08	1.19	?

Fuente: datos del OPCS, 1981 y Alexander, 1979 (cuadro 15). Solamente ejemplos seleccionados. Favor de remitirse a las fuentes para los datos completos.

La especie humana, tanto la moderna como la fósil, no tiene nada parecido al grado de dimorfismo sexual que se aprecia en babuinos o gorilas, o en chimpancés. Pero el dimorfismo está ahí, cualquier inferencia en el comportamiento del hombre moderno, a partir del dimorfismo sexual, si se puede admitir alguna, no puede ir más allá de la expectativa de un leve grado de poliginia. Las evidencias esqueléticas sugieren que el grado de dimorfismo sexual homínido y, quizá por consiguiente, la estructura de apareamiento de la especie humana cambia marcada pero irregularmente a través del periodo de evolución. Aquí la taxonomía y la cronología entran en debate, al menos porque no siempre está claro si especímenes individuales pertenecen a especies diferentes o a diferentes

sexos. La serie de especies señaladas en el cuadro 2, una lista abreviada ya que existe una preferencia por amontonar grupos taxonómicos, no se puede colocar en estricto orden cronológico, porque se cree que algunas especies fueron contemporáneas. La más antigua (*australopithecus afarensis*) muestra gran dimorfismo sexual. De acuerdo con algunas reconstrucciones, los machos pesaban en promedio aproximadamente 45 kilogramos y las hembras 29. Un balance similar se mantuvo por varios millones de años, en especies sucesivas de *australopithecus*. Si la muestra del *homo habilis* se dividiera de acuerdo con el esquema de Wood (1992) en más de una especie, entonces el dimorfismo sexual en cada una de las especies resultantes llegaría a un nivel cercano al del hombre moderno. En todo caso, el *homo erectus*, más reciente marcó un incremento sustancial en el tamaño de su cuerpo, especialmente en el tamaño del de la hembra, de modo que el dimorfismo sexual se redujo considerablemente, a un poco más que el del hombre moderno. Estimaciones de otros parámetros demográficos también cambian sustancialmente (McHenry, 1994) y se supone que también el sistema de apareamiento.

CUADRO 2  
Ejemplos de dimorfismo estimado en peso corporal en homínidos  
(kilogramos)

Especie	Macho	Hembra	Edad geológica estimada*	Relación macho/hembra
<i>A. afarensis</i>	44.618.5	29.315.7	4.0 a 2.9	1.55
<i>A. africanus</i>	40.817.3	30.219.4	3.0 a 2.4	1.37
<i>A. robustus</i>	40.215.8	31.921.5	1.8 a 1.6	1.25
<i>A. boisei</i>	48.634.6	34.013.7	2.0 a 1.3	1.44
<i>H. habilis</i>	51.622.6	31.522.5	2.4 a 1.6	1.63
<i>H. erectus</i> (solamente África)	63.0	52.3	1.7 a 0.7	1.20
<i>H. sapiens</i> (GB, 1980)	73.6	62.0	0.2-presente	1.19

\* Millones de años.

Fuente: datos de OPCS (1981); McHenry (1992); McHenry (1994, cuadro 1) y Alexander et al. (1979). Ejemplos seleccionados solamente. Favor de remitirse a las fuentes para los datos completos y para la interpretación de 95% del intervalo de confianza.

Se presume que reducciones adicionales en el dimorfismo sexual en cuanto a estatura y masa corporal estimada, ocurrieron entre el paleolítico superior y el mesolítico, y como consecuencia se argumenta el cambio de un modo de vida predominantemente sustentado en la cacería, a uno de recolección más diversificada y en los inicios del cultivo (Frayer, 1980). Algunos investigadores han observado la variación intraespecífica en el dimorfismo sexual en sociedades contemporáneas simples. Empero un tra-

bajo reciente sobre poblaciones esquimales canadienses de cazadores y pescadores no ha mostrado ninguna relación entre el dimorfismo sexual y su sustento en la cacería, comparadas con otras que viven de la recolección de alimentos, a pesar de que los cazadores —de ambos sexos— son más “robustos” (Collier, 1993). Esto no es sorprendente, si la razón principal para tal dimorfismo está relacionada con el sistema de apareamiento y sirve para concentrar la reproducción en una minoría de machos.

Entre las sociedades humanas contemporáneas existe una variación en el grado de dimorfismo sexual (Eveleth y Tanner, 1976). Como muchas sociedades humanas mantienen una monogamia socialmente impuesta, entre gran variedad de formas culturalmente determinadas de sistemas de crianza y capaces de cambiar rápidamente por los estándares biológicos, no puede esperarse que existan correlaciones entre ellos y el grado de dimorfismo sexual. Sin embargo, un estudio de 155 sociedades encontró conexiones, aunque no en la dirección indicada por la selección sexual. Las sociedades más dimórficas físicamente fueron las monógamas correspondientes al mundo industrial contemporáneo, y las menos fueron varias sociedades monógamas y polígamas que sufrieron de constreñimiento de recursos (Gaulin y Boster, 1992). Otros estudios también han encontrado asociaciones (Alexander *et al.*, 1979). En algunas sociedades se encontró que los individuos machos más grandes y más robustos, incluyendo los machos rurales de Namibia, mostraron tener una fecundidad un tanto más alta y también perder menos hijos (Kirchegast y Winkler, 1995).

Evidencias adicionales de las estrategias reproductivas desplegadas por nuestros ancestros homínidos pueden ser deducidas por el tamaño relativo de los órganos reproductivos del macho humano (los órganos reproductivos de las hembras son mucho menos variables como proporción del peso corporal de los primates superiores). Esto se relaciona con un aspecto diferente de la poliginia. En los sistemas poligínicos o monógamos ordinarios, sólo un macho se aparea con cada hembra en estro. En los sistemas de machos-múltiples, varios machos en el mismo grupo se pueden aparear con cada hembra en estro. En el chimpancé *pan troglodytes*, 75% de las cópulas y 25% de las concepciones ocurren durante tales periodos de apareamiento promiscuo. El éxito reproductivo lo obtendrán los machos con la mayor producción de semen. Por lo tanto, el tamaño de los testículos debe ser más grande en tales especies, en donde la estrategia reproductiva requiere de que los machos inseminen a gran número de hembras o mantengan un alto nivel de frecuencia coital (Austin y Short, 1976). El tamaño de los testículos está positivamente relacionado con una mayor variación de la reproducción entre los machos, comparada con las hembras en esta especie. Los primates poligínicos incluyen algunas especies con sistemas de machos-múltiples y otras no. La especie de machos-múltiples

tiene testículos significativamente más grandes, comparados con otras. Los chimpancés, que únicamente despliegan un dimorfismo sexual moderado comparado con el gorila polígino, son los actores estrella entre los simios superiores señalados en el cuadro 3.

CUADRO 3  
Datos seleccionados sobre el tamaño de los testículos  
como proporción del peso corporal en primates

<i>Especies</i>	<i>Testículos / porcentaje del peso del cuerpo</i>	<i>Sistema de reproducción</i>
Mico de África del Sur	0.260	Multimacho
<i>Papio anubis</i>	0.350	Multimacho
<i>Theropithecus gelada</i>	0.080	Un solo macho polígamo
Gibón	0.110	Monógamo
Gorila	0.017	Un solo macho polígamo
Orangután	0.048	Un solo macho polígamo
Chimpacé	0.269	Multimacho
Hombre	0.079	No multimacho

Fuente: Austin, 1980 (véase el cuadro 1.1), y Harcourt, Harvey, Larson y Short, 1981 (véase el cuadro 1).

A partir de estos y otros datos, parece que los machos humanos no se han especializado en la "competencia de esperma" y mientras existe evidencia antropológica y contemporánea de poligamia, parece no existir ninguna para los grupos de machos-múltiples (una visión recientemente contradictoria sobre otras bases, véase en Baker y Bellis, 1995), si bien, como se señala más adelante, la falsa paternidad es ciertamente un fenómeno humano bien conocido. También puede advertirse que los machos humanos solamente transportan reservas de semen para dos cópulas, aproximadamente una décima parte que la de muchas otras especies (Harvey, 1989). Como sucede con el dimorfismo sexual, existe una variación en el tamaño relativo de los testículos entre poblaciones humanas, pero de modo más impresionante: por ejemplo, los daneses tienen testículos dos veces más pesados que los chinos, en relación con el peso corporal. El significado de esto, si existe alguno, hasta ahora se desconoce.

#### LA FECUNDIDAD MASCULINA EN LA SOCIEDAD OCCIDENTAL CONTEMPORÁNEA

Puede ser que las grandes superestructuras culturales, al imponer control social sobre los mecanismos biológicos, hayan transformado la sexualidad humana, especialmente la masculina, y en consecuencia los patrones repro-

ductivos en formas que se deben, exclusivamente, a determinantes sociales. Sin embargo, las expectativas biológicas y la observación de muchas sociedades humanas señalan que la variación en la reproducción es mayor en machos que en hembras humanas, y que los primeros tienen más parejas sexuales que las hembras. El resto de este documento se aparta de la biología humana para ver qué se puede decir acerca de la fecundidad masculina en el mundo industrializado moderno. La respuesta es: "no mucho".

Los países industrializados, especialmente aquellos que se localizan o tienen su origen en Europa occidental, son los que con menor probabilidad muestran diferencias en la fecundidad masculina con relación al ritmo y la distribución. Los países occidentales se han impuesto, por lo menos en teoría, la monogamia, por lo tanto tienden a minimizar la variación en la reproducción y en la distribución del tamaño de la descendencia observada en las sociedades poligínicas. La edad promedio en la formación de uniones es relativamente similar para los dos sexos. La fragilidad del matrimonio y su transición a una serie de relaciones marcadas por el divorcio o la separación que actúa, en cierto modo, como un sustituto funcional de poligamia leve, es todavía relativamente reciente, y sólo ha cobrado importancia en los últimos 30 años, más o menos. Finalmente, es muy probable que el patrón matrimonial de la Europa occidental desarrollado en el siglo XVI en la mayor parte de los países europeos, revirtió muchas de las expectativas señaladas en párrafos anteriores. En la mayoría de las sociedades, no sólo era mínimo el nivel de ilegitimidad y divorcio, sino que la emigración, el servicio militar, los segundos matrimonios de viudos y otros factores, sesgaron la relación de masculinidad efectiva de manera que en la mayoría de las sociedades occidentales hasta la mitad de este siglo, las mujeres tuvieron mayor propensión que los hombres a no casarse —cerca de 20% por cohorte— y, por lo tanto, a permanecer sin hijos. Ese hecho muy probablemente sea único en la sociedad humana, por lo menos en tal escala.

### *"Fecundidad natural" masculina*

La noción de fecundidad natural para las mujeres y los calendarios estándares de fecundidad para describirla (Brass, 1975 y Booth, 1984), muestran las probabilidades básicas de fecundidad específica por edad, en poblaciones que no practican control de la natalidad y que no tienen ningún otro constreñimiento inusual sobre la reproducción. Se ha logrado una distribución estándar comparable de la fecundidad masculina (Paget y Timaeus, 1994), tomando en cuenta el comienzo tardío y el todavía más tardío final de la capacidad fisiológica del macho humano para reproducirse. Esto corresponde a 17 poblaciones para las cuales existe información disponible y supuestamente relativa a todos los nacimientos (legítimos y otros) mediante

el "alargamiento" del calendario femenino en 1.75% y cambiando sus puntos finales a la edad de 80 años (véase la gráfica 1). La mayoría de estas sociedades es de África francófona, Medio Oriente o Latinoamérica, y ninguna es de un país desarrollado con baja fecundidad. La edad media de fecundidad masculina en el calendario estándar es 38 años, considerablemente mayor que entre las mujeres. En términos formales, el comportamiento es:

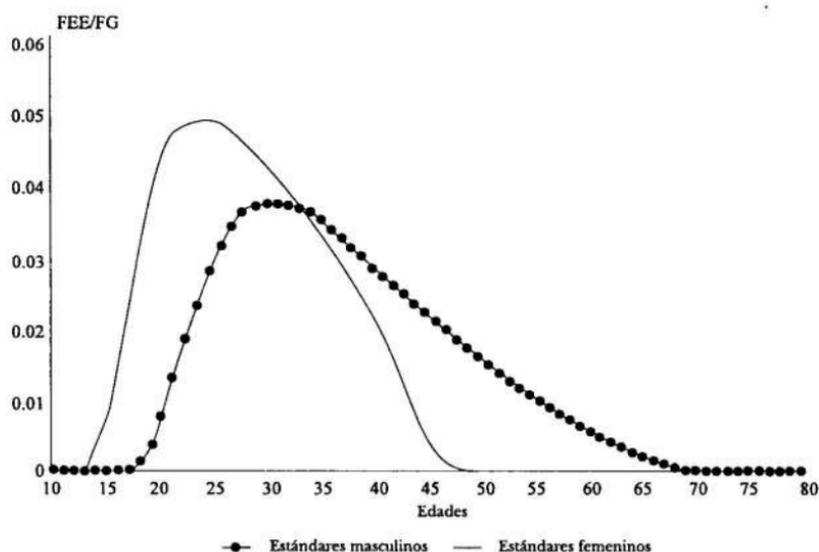
$$Ys(x)^* = 0.34 + 1.27 Y's(x),$$

donde

\* $Y's(x)$  = calendario femenino alargado a la edad de 80 años

GRÁFICA 1

Distribuciones estándares de la fecundidad masculina y femenina



FEE: fecundidad específica por edad.

FG: fecundidad global.

Fuente: Paget y Timaeus, 1994 (gráfica 1).

En poblaciones reales, la forma del calendario varía grandemente, en polígamas, la fecundidad masculina puede mantenerse alta hasta la edad de 50 o 60 años; en otras sociedades con alta fecundidad pueden apreciarse cúspides pronunciadas con una edad modal de 30 años y, en sociedades con fecundidad controlada se aprecian cúspides todavía más pronunciadas en una edad modal correspondiente a la mitad de los veinte años.

Con variaciones en dos parámetros,  $a$  y  $b$ , el calendario provee un acomodo razonable para gran variedad de calendarios reales de fecundi-

dad masculina, éstos incluyen a las sociedades polígamas de Camerún en las que en 1964 la edad media en el calendario de fecundidad masculina era 47 años; sociedades con alta fecundidad como Pakistán, que en 1984 tenían una edad media de 37 años y países como Francia con fecundidad controlada, donde para 1980 la edad media era 30.6 años. Otros intentos para modelar el calendario de la fecundidad masculina, han sido más bien ejercicios estándares con ajustes de curva. Por ejemplo, Brouard (1977:1145) encontró que una distribución gamma ajustó el calendario de la fecundidad femenina de 1974 muy cerca, pero fue un ajuste menos exacto para el calendario masculino.

### *Problemas de información para la fecundidad masculina*

Tal como se han quejado algunos estudiosos de la fecundidad masculina, desde Karmel hasta Paget, la información estadística nacional, que más se publica rutinariamente sobre fecundidad se refiere a la edad de las mujeres, a su estado civil, a su paridad y así sucesivamente. Los datos acerca del tamaño final de la familia y de las personas sin hijos se restringen predominantemente a las mujeres y frecuentemente sólo a las casadas. El *Anuario Demográfico* de las Naciones Unidas ha registrado tasas de natalidad por edad del padre en sus ediciones de 1949 a 1950, 1954, 1959, 1965, 1969, 1975, 1981 y 1986 (Naciones Unidas, 1994:768). En el anuario de 1986 se citan tasas de nacimientos legítimos y las tasas de nacimientos, que se pretende que son completas, incluyendo las correspondientes a 13 países europeos. El problema con algunos de estos datos es que la División de Población de las Naciones Unidas ha distribuido nacimientos entre padres cuyas edades son desconocidas (a menudo, un número significativo) de acuerdo con nacimientos de padres de edad conocida. Como los nacimientos de padres de edades desconocidas prevalecen más que en las estadísticas de las edades de las madres, este método de distribución de datos de edades desconocidas está "expuesto a algunas críticas", ya que se sabe que la distribución de edades del padre para nacimientos legítimos difiere de aquella para los nacimientos ilegítimos, y la proporción de edades desconocidas es más alta entre estos últimos (Naciones Unidas, 1988:98-101). Las expresiones "ilegítimo" y "fuera del matrimonio" se usan como sinónimos a lo largo del documento. No existen datos sobre la fecundidad masculina en otras compilaciones, como la que publica Eurostat. Los datos cruciales sobre la distribución del tamaño de la descendencia por lo general no aparecen.

Los países en el mundo industrial para los que ha sido posible encontrar datos, así sean muy simples, sobre la fecundidad masculina por edad, que se publican en los anuarios demográficos nacionales o publicaciones

similares, son los siguientes: sobre nacimientos legítimos únicamente en Bélgica, Alemania, Hungría, Italia, Suecia, Suiza, Inglaterra y Gales incluyendo, en años recientes, registros conjuntos de nacimientos fuera del matrimonio; mientras que para el total de nacimientos en Bulgaria, Chipre, Dinamarca, Francia (excepto de 2 a 3%, desde 1976), Portugal, Rumania y Estados Unidos. Sin embargo, algunos datos adicionales sobre el total de nacimientos se encuentran disponibles en encuestas, microcensos o estudios longitudinales, por ejemplo en Gran Bretaña, Alemania y Noruega, como se discutió en el texto. La mayoría de la información se limita a los números y no a las tasas de nacimientos o paternidades, ya que con frecuencia se carece de datos sobre la distribución del estado civil de la población por edad y sexo, excepto en años censales. En algunos años, estas tasas pueden ser computadas cuando la distribución de la población por edad, sexo y estado civil están disponibles. Esto resultó relativamente intrascendente cuando los nacimientos fuera del matrimonio fueron solamente de 5% o menos del total, pero tasas de ilegitimidad de 30, 40 o hasta 50% proporcionaron un análisis inútil cuando se basaron en la fecundidad de hombres casados solamente. Si bien algunos detalles relativos a nacimientos fuera del matrimonio son recolectados a partir de las madres, en la mayoría de los países sólo se registraron las características paternas con relación a nacimientos legítimos, y los que recolectaron datos sobre los padres de nacimientos ilegítimos (por ejemplo, en el Reino Unido desde 1980) sólo pudieron hacerlo en relación con los padres que registraron conjuntamente el nacimiento junto con la madre. La mayoría de dichas parejas cohabita.

Los datos más útiles sobre el tamaño final de la familia de los hombres son todavía más difíciles de conseguir. Incluso las preguntas censales que se refieren a aspectos de la fecundidad, a menudo no producen esos datos para los hombres. Por ejemplo, en los tres volúmenes del censo de 1971, los cuadros de fecundidad (OPCS, 1979) se refieren a mujeres, a pesar de que algunos sí reportan la edad de los padres o la clase social en combinación con la de las madres. La información de fecundidad más completa llevada a cabo en el Reino Unido, fue el *Informe del censo familiar de 1946* (Glass y Grebenik, 1954) que se centró enteramente en la fecundidad de las mujeres, y en su mayor parte, en la fecundidad de las mujeres casadas, a pesar de que algunos análisis sobre los hombres, realizados por Hajnal (1950) aparecieron en otro de los volúmenes de la comisión. Del mismo modo, la encuesta sobre la Formación de la Familia, 1976 (Dunnell, 1979), reportó casi exclusivamente el comportamiento reproductivo de las mujeres y sus intenciones. En los tres volúmenes de los *Cuadros Censales de Fecundidad de 1971*, que fue la última vez que se hizo una pregunta sobre fecundidad en el censo de la Gran Bretaña, no se incluye ningún cuadro sobre la fecundi-

dad masculina (OPCS, 1979). En los países fuera de Europa, la Encuesta mundial de Fecundidad no presentó ninguna información sobre la fecundidad masculina. Las Encuestas sobre Demografía y Salud han desarrollado indagaciones sobre hombres o esposos en 26 países, hasta marzo de 1995, pero no hemos localizado, hasta ahora, ningún informe relacionado con la fecundidad masculina (*Demographic and Health Surveys*, 1995).

Sin embargo, los estudios longitudinales pueden hacerlo. Aquellos basados en registros vitales, tales como el Estudio Longitudinal de Gran Bretaña tendrán las mismas dificultades que las investigaciones basadas en registros, ya que a una proporción alta de nacimientos ilegítimos no se le dio seguimiento en relación con el padre. Sin embargo, los estudios longitudinales del tipo panel, como la encuesta del Consejo de Investigación Médica (MRC), de la cohorte de nacimientos de 1946, y el estudio en 1958 de Salud Infantil y Desarrollo, ofrece mejores oportunidades de éxito. La Encuesta Panel de Hogares de la Gran Bretaña también produjo algunos datos, pero sobre hijos dependientes (Clarke *et al.*, 1995). A los participantes en los estudios longitudinales se les preguntó acerca de todas las paternidades y las maternidades, pero aun así se registraron errores y omisiones. Por ejemplo, los investigadores notaron que los hombres que admitieron paternidades antes de su matrimonio o nueva pareja, cesaron de admitirlas después de establecida una nueva relación. Asimismo, estas cohortes aún no han completado su fecundidad. Los encuestados en la cohorte de 1946 son personas de entre 49 y 50 años en el momento en que se realizó la misma, por lo que las mujeres habrían completado sus familias pero los hombres no. Los miembros de la cohorte de 1958 tienen sólo 37 años de edad. Estos estudios todavía no han sido usados para analizar la fecundidad masculina, pero algunos datos que aparecen a continuación fueron proporcionados amablemente por el doctor M.E.J. Wadsworth.

La proporción más alta de hombres sin hijos (21.9%), comparada con la de las mujeres (13.2%), es impactante y aparecerá nuevamente en otros datos. Es difícil saber qué tanto de esta diferencia, en cohortes de fecundidad incompleta, se debe a los viejos patrones de fecundidad masculina y qué tanto a la alta variación esperada. A la edad de 33 años, los hombres están bastante más lejos de haber terminado su reproducción que las mujeres; éstas en la muestra admitieron casi dos veces más, determinado número de nacimientos antes del matrimonio (5.1%), de lo que lo hicieron los hombres (3.1%). Esto nos sugiere que los datos sobre paternidad antes del matrimonio están incompletos. Los nacimientos fuera del matrimonio requieren de un padre, muchos de los cuales presumiblemente son solteros. Los hombres permanecen solteros dos o tres años más que las mujeres, si bien ellos también comienzan su actividad sexual más tarde. Algunos pueden no tener conocimiento de los hijos que pudieron haber engendra-

do antes del matrimonio; otros, que desean negar tales paternidades, lo pueden hacer frecuentemente sin contradicción. La falta de correspondencia entre el número de hijos nacidos de las mujeres y de los hombres, no es significativa ya que hombres y mujeres en esta muestra no están vinculados entre sí.

Se ha mostrado un interés particular en la fecundidad masculina por parte de las oficinas de estadística y los académicos en Noruega, Dinamarca y Suecia. Sus registros estadísticos normalmente anotan la paternidad masculina cada vez que es posible, si bien los problemas usuales de ilegitimidad informal y sin cohabitación distorsionan las cifras, si bien estos datos se discutirán con mayor amplitud más adelante.

### *Nacimientos y matrimonio*

La ilegitimidad es el primero de entre un número de factores prácticos especiales que impiden el estudio efectivo de la fecundidad masculina. La mayoría de los países sólo registra la edad del padre cuando el nacimiento es legítimo. Otros la anotan cuando un nacimiento fuera del matrimonio se registra conjuntamente (en Inglaterra y Gales, cerca de 75% de esos nacimientos). Sólo unos cuantos tratan de registrar la edad de todos los padres y en algunos casos, donde son desconocidos, todavía se encontrará un déficit de información en comparación con los datos femeninos. Está claro que la distribución por edad de nacimientos ilegítimos en las madres es más temprana que la de los nacimientos legítimos y, casi toda la evidencia sugiere que lo mismo es cierto para los padres de nacimientos fuera del matrimonio. En Inglaterra y Gales en 1992, por ejemplo, la edad promedio de las madres (dentro del matrimonio) en el momento del nacimiento de los hijos era de 29.1 años, y para los padres 32.3 (edad promedio del calendario de fecundidad). Las madres de nacimientos ilegítimos resultaron casi cuatro años más jóvenes, 25.2 años (cuadro 1.6 de la OPCS, 1994). Sabemos que la edad promedio de los padres de nacimientos fuera del matrimonio en algunos países es también más temprana, información que sólo se conoce en Inglaterra y Gales para 76% (en 1992) de padres que registraron conjuntamente los nacimientos.

La edad promedio de las madres de todos los nacimientos ilegítimos, que es de 24.9 años, calculada por el Calendario de la fecundidad a partir de las Tasas Específicas de Fecundidad por Edad (TEFA), es bastante cercana a la edad promedio de las madres que registraron conjuntamente los nacimientos fuera del matrimonio, 25.2 según el promedio de la TEFA (los promedios simples están aún más cerca). También puede suceder que el promedio de edad (desconocido) de paternidad de los padres de todos los nacimientos ilegítimos (215 225 para 1992) sea igualmente parecido al

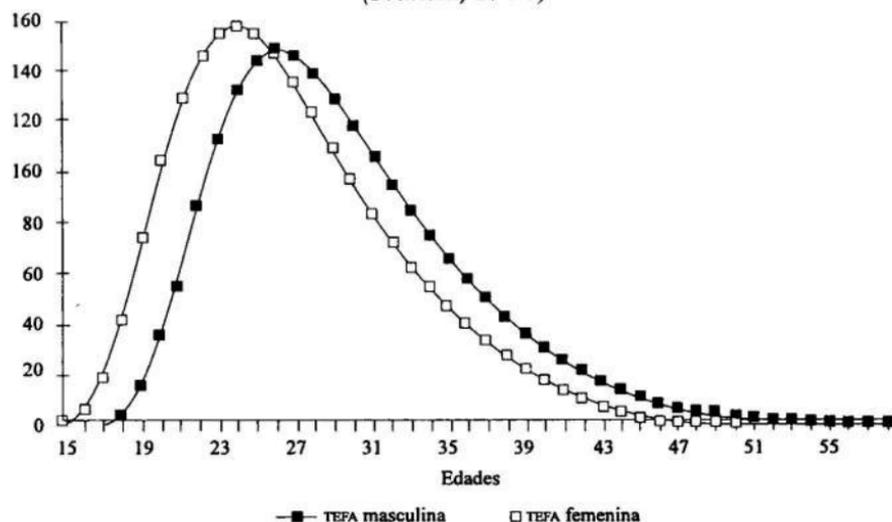
promedio conocido de la edad de paternidad (28.5) de aquellos padres que conjuntamente registraron nacimientos ilegítimos (163 753) en ese año.

En su extensivo análisis, Brouard (1977) tuvo que enfrentarse al mismo problema al tratar de reconstruir la fecundidad masculina en Francia. No obstante, su problema fue menos severo, ya que la ilegitimidad era entonces más baja, pero fue más difícil porque la edad del padre sólo se proporcionaba en los datos para nacimientos dentro del matrimonio. Sin embargo, en lugar de asumir, como lo hacen en las Naciones Unidas, que el calendario de nacimientos ilegítimos por edad de los padres es el mismo que el de los padres casados, se utilizó la edad de las madres de nacimientos ilegítimos. Desde 1899 las estadísticas vitales francesas han publicado tabulaciones cruzadas de las edades de madres y padres de nacimientos legítimos. Esto permite imputar las edades de los padres de nacimientos ilegítimos bajo la suposición que sus edades guardan la misma relación con las edades de las madres de nacimientos ilegítimos obtenidas dentro del matrimonio, produciendo, de este modo, una distribución general, diferente de aquella de los padres casados. Los resultados se muestran en la gráfica 2.

### *Falsa paternidad*

Tomando en cuenta la naturaleza de los hechos, rara vez se pone en duda quién es la verdadera madre de un niño, pero en los nacimientos ilegítimos, incluso la madre puede con frecuencia dudar, cual de los posibles padres es el verdadero. Otra fuente de error, exclusiva de los datos de la paternidad masculina, surge de la infidelidad de sus esposas. A la atribución al esposo de la paternidad de los hijos nacidos dentro del matrimonio, pero que son hijos que fueron realmente engendrados por los amantes de sus esposas, se conoce como "falsa paternidad". Hasta el advenimiento de los datos del polimorfismo genético era difícil cuantificar la extensión de este fenómeno, a pesar de que la literatura lo ha celebrado durante siglos. Aun ahora las estimaciones son contradictorias, en gran parte porque los profesionistas de la salud se muestran reacios a dar publicidad e información que pueda hacer vacilar en la voluntad de donar sangre (en los bancos de sangre) o para realizar otras pruebas. Sin embargo, el surgimiento de las pruebas de ADN ha producido un método mediante el cual la no-paternidad puede ser establecida sin ninguna duda. Se comienza a utilizar en situaciones que buscan resolver las peticiones del estatus de los hijos de padres que pretenden entrar en el Reino Unido, y también en casos de litigio ante la corte, especialmente aquellos presentados por la Agencia de Protección al Niño. Esta instancia, establecida en concordancia con el Acta 1991 de Protección al Niño, trata de asegurar que las madres solteras reciban el

GRÁFICA 2  
Tasas específicas de fecundidad por edad para hombres y mujeres  
(Francia, 1974)



TEFA: tasas específicas de fecundidad por edad.

Fuente: datos de Brouard, 1977 (cuadro 1).

apoyo apropiado de los padres de sus hijos. Desafortunadamente no existen todavía estadísticas disponibles sobre esta fuente.

Los resultados disponibles de la no-paternidad son muy variados (véase el cuadro 4). La cifra "textual" para la no-paternidad se encuentra frecuentemente entre el 10 y 15% de los nacimientos dentro del matrimonio. Por ejemplo, se reportó un programa de prueba en 1972 para mostrar las tasas de falsa paternidad por arriba de 30% en una pequeña muestra en el sureste de Inglaterra, basada en la información de los grupos sanguíneos. Otra en Liverpool mostró una cifra casi igualmente alta (citada en Mcintyre y Sooman, 1991). Estas cifras, sin embargo, no se han publicado en detalle. Investigaciones basadas en ABO y factor Rhesus, presentadas de una manera más integral, muestran cifras tan bajas como 1.4% (blancos), o tan altas como 10.1% (negros) en Michigan para la falsa paternidad (Schacht y Gershowitz, 1963). Otra estimación basada en tres mil sujetos hawaianos en Estados Unidos, sometidos a pruebas con 15 sistemas genéticos, dieron solamente 2.3% de falsa paternidad, pero esta muestra puede haber estado sesgada hacia la "paternidad verdadera". Una revisión de distintas fuentes estadounidenses muestra un rango de 2.1 a 11.8% (Lathrop, 1983). Estos datos dispersos pueden probablemente ser reforzados con estimaciones

CUADRO 4  
Algunos estudios sobre falsa paternidad

<i>Base de la prueba</i>	<i>Porcentaje de falsa paternidad</i>	<i>Autor y fecha</i>
ABO, Rhesus	5.0	Edwards, 1957
Grupos sanguíneos	1.4-10.1	Schacht y Gershowitz, 1963
Pruebas ABO	30.0	Elliot en Mcintyre, 1991
15 sistemas genéticos	2.3	Ashton, 1980
20 sistemas genéticos	25 niños en 171 familias	Salmon, Seger y Salmon, 1980
Encuesta sobre sexo	6.9-13.8	Belli y Baker, 1990
Grupos sanguíneos	2.1-11.8	Lathrop, 1983
DNA para fibrosis cística	1.4	Brock y Shrimpton, 1991

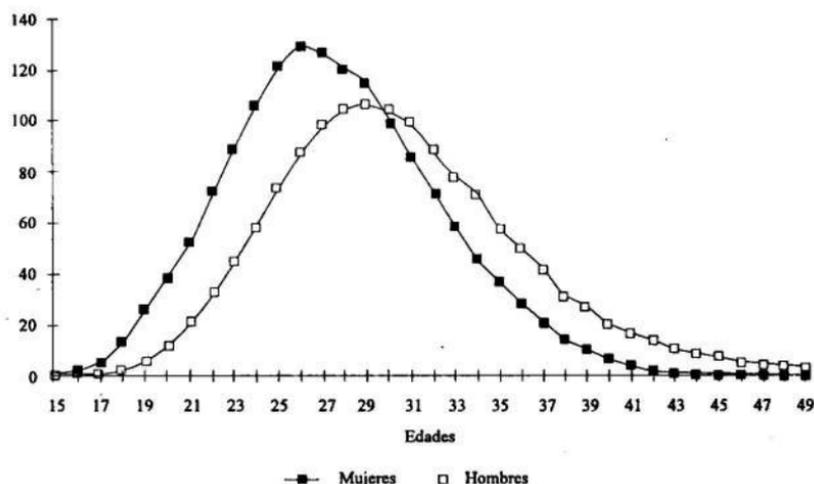
numerosas y más precisas, debido al descubrimiento del estatus de portador genético de la fibrosis cística. Esto significa que los padres deben ser sometidos a pruebas de análisis genético, pero como esto involucra pruebas de ADN, el diagnóstico es más seguro que el de las pruebas basadas en unos cuantos sistemas polimórficos. Un estudio realizado en el Reino Unido, basado en 521 casos de fibrosis cística, solamente reportó 1.4% de casos de falsa paternidad, si bien la muestra se pudo haber sesgado hacia la verdadera paternidad (Brock y Shrimpton, 1991; Mcintyre y Sooman, 1991).

Se sabe muy poco o nada de las características demográficas de los hombres que están "desplazando" la fecundidad de los esposos de esta manera. Sin embargo, sí se puede asumir que la mayoría son hombres casados, con un número promedio de hijos propios, entonces, estas estadísticas sugieren que la distribución real del tamaño de la descendencia de los hombres tiene una variación ligeramente más alta, de lo que sería el caso en otras circunstancias (porque se puede asumir, que aquellos hombres que han engendrado hijos con las esposas de otros hombres, tendrán ya sus hijos propios, de tal manera que su fecundidad total será mayor que la registrada, mientras que la fecundidad actual de los hombres "cornudos" será menor). Sin embargo, este efecto sobre la variación no puede presentarse si todos los hombres participan en el mismo juego.

#### *Patrones de fecundidad específica por edad*

Una vez que hemos mencionado todos estos problemas con los datos y en la medida en que podemos confiar en ellos la pregunta que surge es: ¿Qué es lo que nos dicen realmente? En los países industrializados el patrón de la fecundidad masculina no es tan drásticamente diferente al de las mujeres. En las gráficas 2 y 3 presentamos unos cuantos ejemplos para Francia en 1974 y Dinamarca en 1982. Todas las otras distribuciones que este autor

GRÁFICA 3  
Tasas específicas de fecundidad por edad para hombres y mujeres  
(Dinamarca, 1987)\*



\* Incluye solamente las edades de 15 a 49 años.

Fuente: *Danmarks Statistik, 1955; Befolkningens bevaegelser, 1993* (cuadro 21).

conoce y que están disponibles sobre otros países repiten este patrón (datos no mostrados). En todos los casos el patrón de fecundidad masculina comienza más tarde, tiene una cúspide más tardía, menos elevada y permanece más alta en una edad más avanzada. Si bien a una edad más avanzada (digamos después de los 40) las diferencias relativas en las tasas específicas por edad de los hombres y las mujeres son sustanciales, en términos absolutos la diferencia es pequeña. Este patrón responde parcialmente a las diferencias biológicas que permiten al hombre engendrar hijos hasta una edad más avanzada. Como Hajnal, Brouard y otros comentaristas han señalado, son más importantes las diferencias en el promedio de edad de la formación de la pareja, lo cual desplaza las curvas de fecundidad en aproximadamente los tres años que separan el promedio de edad de las esposas y las parejas, y la mayor propensión de los hombres divorciados y viudos a contraer nuevamente matrimonio (o formar nuevas parejas) que las mujeres. Los patrones de mediados del siglo xx sobre fecundidad masculina, y quizá también aquellos de las poblaciones occidentales históricas, se encuentran probablemente entre los menos diferenciados por sexo en cualquiera de las poblaciones humanas. En las poblaciones no occidentales, la mayor edad para el matrimonio de los hombres, comparada con la de las mujeres y la práctica frecuente de la poliginia servirá para

desplazar las curvas e incrementar las tasas masculinas desproporcionadamente en las edades más avanzadas. En tales circunstancias, la fecundidad total de estos hombres será mayor que en el promedio de las mujeres, pero solamente porque en cualquier momento dado (en las poblaciones occidentales de finales del siglo xx) habrá más hombres sin hijos que mujeres en la misma situación.

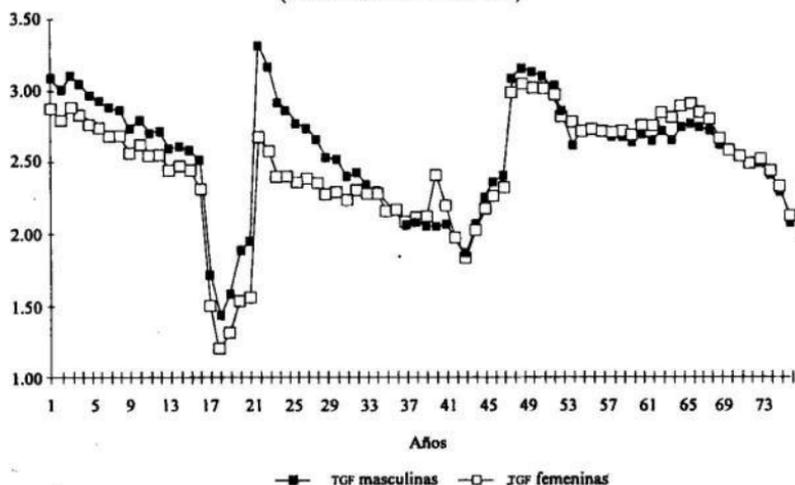
### *Tasas globales de fecundidad y fecundidad final*

Las complicaciones comienzan cuando ambas tasas se toman en conjunto. Medidas resumidas de fecundidad, TGF y TNR (tasa neta de reproducción y de fecundidad final) calculadas separadamente por sexo, frecuentemente ofrecen distintos valores para hombres y mujeres, así como para medidas de nupcialidad. Desde los años cincuenta las tasas masculinas han estado comúnmente por debajo de las femeninas. Así, para 1974 las TGF en Francia eran de 2.05 para los hombres y 2.11 para las mujeres; mientras que en Dinamarca para 1988 eran de 1.366 y 1.496; en Estados Unidos para 1992 eran de 2.05 y 2.11, en Taiwan para 1993 de 1.70 y 1.76. Estas tasas de reproducción diferentes, calculadas separadamente por sexo son parte del problema de los "dos sexos" ya señalado en la primera sección y discutido por Karmel (1947, 1948a) y Hajnal (1948). Dejando a un lado los problemas técnicos y de registro, la dificultad surge por razones elementales. Cada pareja y cada bebé requieren de la cooperación de un hombre y de una mujer. Pero la existencia, por varias razones, de diferencias en el número de la población por edad y sexo, en el calendario de edad para la formación de pareja, crea denominadores diferentes para hombres y mujeres. El mismo número de bebés, e incluso un número igual de padres, dada una monogamia estricta, tiene que ser dividido entre un número diferente de hombres y mujeres. Consecuentemente, la tasa de fecundidad y de fecundidad final, promediada sobre la población total de cada sexo debe ser diferente, a menos que el número de cada sexo sea idéntico por casualidad. En la mayoría de las sociedades hay más hombres que mujeres hasta un punto de cruce que, del siglo xix al xx, se ha desplazado de los 20 hasta los 50 años de edad. Eso tenderá a reducir la TGF masculina ya que un número teóricamente idéntico de bebés se distribuyó entre más hombres que mujeres. Ciertos efectos socioeconómicos tales como la emigración o la guerra, que reducen el tamaño de la población masculina por debajo de la femenina, revertirán este patrón. Éste parece ser el patrón predominante en muchas poblaciones europeas occidentales de los siglos xviii y xix y, en ciertos momentos, del siglo xx. La emigración, el servicio militar y la guerra, han creado un déficit de hombres, y los segundos matrimonios son responsables del aumento de mujeres solteras en muchas

sociedades occidentales desde el periodo moderno temprano hasta mediados del siglo xx. Como se señala más adelante, esto implica una proporción mayor de mujeres sin hijos en ese periodo; después de las cohortes de nacimientos de mediados de siglo, y en las cuales los hombres reinvirtieron su posición.

De acuerdo con Gómez de León, Kravdal y Andressen (1987), los primeros cálculos de tasas separadas para hombres y mujeres, y de tasas conjuntas de fecundidad marital, fueron realizados por Kiaer en 1886. Algunas conclusiones sorprendentes emergieron de estos estudios. La fecundidad se vio sustancialmente afectada por la edad de reproducción, más avanzada en los hombres de poblaciones que no usan anticonceptivos, tales como Irlanda a finales del siglo xx (Anderson, 1982). Es posible tener (tomándolas separadamente) una población masculina con una tasa neta de reproducción (TNR) arriba de 1.0 y una femenina por debajo de 1.0%. Éste fue el caso de Francia después de la primera guerra mundial, debido a que las bajas en la época de guerra fueron principalmente de hombres (Kuczynski, 1932). Las desviaciones en las tasas reproductivas hombre/mujer en Francia fueron graficadas en detalle por Brouard (1977). Como se puede apreciar en la gráfica 4, el desarrollo de las dos tasas resultó un tanto independiente, reflejando niveles de nupcialidad que fueron afectados especialmente por las dos guerras mundiales. Antes de la primera guerra mundial la TGF masculina era ligeramente más alta que la femenina. Una década después de la guerra, ésta era sorprendentemente mayor, reflejando la relativa escasez de hombres después de ese conflicto y sus correspondientes y más altos niveles de nupcialidad. Después de la segunda guerra mundial, con sus menores bajas para Francia, sólo se hizo aparente un efecto modesto de la época de guerra que fue remplazado pronto, alrededor de los años sesenta, por un nivel más bajo de la TGF de hombres que de mujeres. Esto refleja un patrón común en la mayoría de los países industrializados, donde los hombres han alcanzado un superávit conforme las poblaciones se recuperan de las pérdidas de la época de guerra y donde (en otros países) la emigración, principalmente de hombres, se ha reducido de manera considerable y ha sido remplazada por la inmigración, inicialmente integrada por hombres. Esto ha dado lugar a que la TGF masculina caiga por debajo del nivel femenino en todos los países para los que se pudieron encontrar datos. Un patrón similar se muestra en los datos sobre fecundidad final para Alemania, donde una de las pocas series, basadas en una síntesis de nueve muestras separadas, se extiende a las cohortes de nacimiento previas a la segunda guerra mundial. La fecundidad final respecto a cada 1 000 hombres es 10% más alta que la de las mujeres en las cohortes de nacimientos alemanas entre 1902 y 1928 (Dinkel y Milenovic, 1992).

GRÁFICA 4  
Tasas globales de fecundidad para hombres y mujeres  
(Francia 1899-1974)



Fuente: datos en Brouard, 1977 (anexo y cuadro 3).

#### *Edad promedio (masculina) en el nacimiento de los hijos y calendario de fecundidad*

Los hombres engendran hijos a una edad algo más avanzada que las mujeres, esto es cierto para cada paridad en sociedades monógamas y, con mayor fuerza, en sociedades polígamas donde las paridades de hombres y mujeres no son iguales. En las sociedades monógamas y donde no se contraen segundas nupcias, la diferencia en edad en el momento del primer nacimiento y los siguientes surge de la diferencia en la edad promedio de la formación de la unión. En sociedades estrictamente monógamas, la capacidad del hombre para engendrar hijos a edades más avanzadas es censurada por el hecho de que el sistema reproductivo de su pareja se ha agotado. El contraer nuevamente matrimonio después del divorcio o la viudez introduce mayor variabilidad, ya que la brecha de edad en los segundos matrimonios generalmente es mayor que en los primeros. Los nacimientos fuera del matrimonio añaden un elemento adicional. No obstante, los datos de Brouard para los años de 1900 hasta 1974, muestran una reducción en la brecha entre las edades promedio y la fecundidad de hombres y mujeres: de 33.8 años para hombres y 29 años para mujeres en 1900, a 29.7 y 26.8 años respectivamente en 1974. Éste fue el año cúspide para la nupcialidad en la mayoría de las sociedades occidentales y también

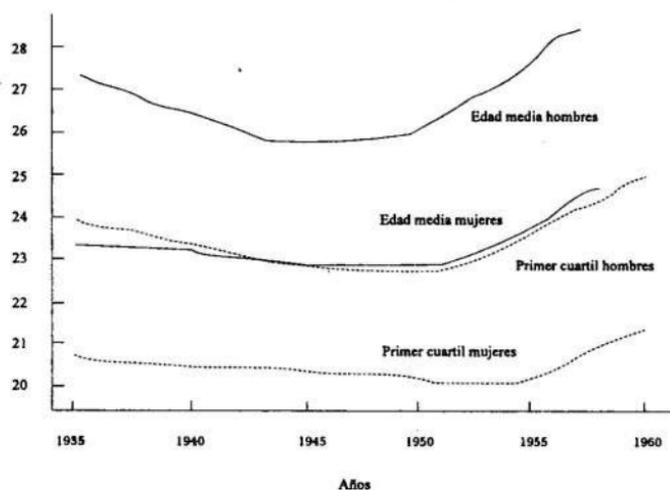
el momento en que la nupcialidad masculina en general estaba cayendo por debajo de la femenina, probablemente por primera vez, en siglos.

La gráfica 5 muestra la edad media en el momento del nacimiento del primer hijo (dentro y fuera del matrimonio) para hombres y mujeres de cohortes noruegas de nacimientos entre 1935 y 1960. Éste es uno de los pocos datos razonablemente completos de nacimientos por edad para ambos sexos, con tres años de diferencia en promedio (en 1972 las medias eran 26 y 23 años, respectivamente; Gómez de León *et al.*, 1987). Desde entonces, como en todas las poblaciones de Europa occidental, la tendencia ha ido hacia arriba. Por ejemplo, para 1993 en Dinamarca la edad media del calendario de fecundidad (primeros nacimientos) se elevó a 28.1 años para las mujeres y 30.9 años para los hombres. Anteriormente se obtuvieron algunos datos incompletos para Inglaterra y Gales.

Idealmente, la información sobre el inicio de la fecundidad necesita ser puesta en un contexto más amplio, al ser comparada con el momento de dejar el hogar, la cohabitación, el matrimonio, el empleo, etc. La mejor manera de lograrlo es a través de estudios longitudinales de cohortes o de su reconstrucción mediante registros vitales completos y vinculados. Cierta número de los estudios de cohortes, mencionados anteriormente, bien pueden generar esta información, sin embargo, hasta ahora, pocos han sido explotados con este fin. Los datos noruegos sobre cohortes nacidas

GRÁFICA 5

Edad media y edad al primer cuartil durante el nacimiento del primer hijo para mujeres y hombres. Noruega, cohortes 1935-1960



desde 1945 (Blom, 1994) proporcionan una notable excepción. Permiten la comparación de los calendarios de los eventos vitales de cohortes de hombres y mujeres desde 1945. Algunos aspectos del comportamiento de los hombres han permanecido constantes, otros han cambiado a lo largo del periodo. Así, en Noruega parece que la edad de los hombres en el momento de su primera experiencia sexual cambió poco entre las cohortes de 1945 y 1960, y que los hombres dejaron el hogar aproximadamente a la misma edad, y empezaron su primera relación de cohabitación. Pero la cohorte más reciente accedió al empleo un año más tarde, al matrimonio cuatro años después y tuvo el primer hijo dos años más tarde que la cohorte de 1945. Uno de los resultados fue que mientras la cohorte de 1945, generalmente se casaba casi dos años antes del nacimiento de su primer hijo, en la última cohorte el matrimonio ocurría, en promedio, ligeramente después del nacimiento del primer hijo.

#### *La distribución del tamaño de la descendencia y la falta de descendencia*

Hasta ahora, en este estudio, poco se ha encontrado acerca de la distribución final del tamaño de la descendencia de los hombres en las sociedades modernas (véase el cuadro 5). Así que para el momento actual, una de las dimensiones más importantes de la fecundidad masculina, y aquella con mayor interés biológico, no se puede discutir. Algunos de los datos sobre la distribución del tamaño de la descendencia de las mujeres con fecundidad casi concluida y hombres con fecundidad final sustancialmente concluida (con 40 años de edad o más), de Gran Bretaña y Francia, se señalan más abajo. Mientras en Gran Bretaña y Francia existe mayor proporción de hombres sin hijos que de mujeres, en la muestra francesa existe también un ligero exceso de hombres con cinco o más hijos, pero esto no sucede en la muestra británica. En ésta, si la información es confiable, los hombres y los hombres padres son considerablemente más propensos que las mujeres para tener el número de hijos modal (exactamente dos).

Existen datos limitados acerca de la proporción de hombres, de varias edades, que permanecen sin hijos, la mayoría derivada de estudios longitudinales. Datos de cohortes de nacimientos de mujeres hasta 1955, sugieren que entre 10 y 15% de las mujeres nunca tuvo hijos (Sardon, 1990) y las proyecciones llegan hasta 20% sin hijos. Generalmente se espera que los hombres sean más propensos a permanecer sin hijos que las mujeres. Entre las cohortes de nacimientos desde los años treinta, y particularmente desde los cuarenta, esto parece ser cierto según lo indican algunos datos (véase el cuadro 6). La mayor parte de esta información proviene de estudios longitudinales o encuestas más que de censos, o de los registros en los bancos de datos basados en sistemas continuos de registro del número de personas.

CUADRO 5  
 Proporción de hijos nacidos por 1 000 personas de cada sexo

	0	1	2	3	4	5 y +
Por 1 000 personas de cada sexo						
Hombres						
Cohorte Inglaterra y Gales 1946	19.1	11.8	46.8	17.1	4.0	1.2
Cohorte Francia 1947-1951	14.2	17.7	35.0	21.8	5.8	5.6
Mujeres						
Cohorte Inglaterra y Gales 1946	12.8	13.2	44.8	21.4	6.2	1.7
Cohorte Francia 1947-1951	10.2	22.1	36.7	20.2	7.0	3.8
Por 1 000 padres de cada sexo						
Hombres						
Cohorte Inglaterra y Gales 1946		14.6	57.8	21.1	4.9	1.5
Cohorte Francia 1947-1951		20.6	40.7	25.3	6.8	6.5
Mujeres						
Cohorte Inglaterra y Gales 1946		15.1	51.3	24.5	7.1	1.9
Cohorte Francia 1947-1951		24.6	40.9	22.4	7.8	4.2

Nota: es probable que la columna de totales no sume exactamente 100 por ciento debido al redondeo de las cifras.

Fuente: Wadsworth, 1995 (comunicación personal), y Toulemon y Lapierre-Adamcyk (1995, cuadro 1a).

La Base de Datos Danesa de Fecundidad, por ejemplo, cubre a la población total adulta y no sólo a aquellos que están casados. Para cohortes de nacimiento desde 1960, se piensa que la información está completa, excepto para inmigrantes (Knudsen, 1993).

En los datos daneses, las cohortes de hombres estudiados de mayor edad, eran de 37 años de edad y de mujeres, 35. En el cuadro 6 se puede apreciar el mayor nivel sin hijos entre hombres, comparado con el de las mujeres. Aún más, el aplazamiento de la procreación por parte de ambos sexos significa que mayorías sustanciales que tienen alrededor de 25 años de edad permanecen todavía sin hijos; 61.8% de las mujeres de 25 años de edad en 1988 comparado con 45% en 1980; 67.8% de danesas con 27 años de edad en 1988 comparado con 53.9% en 1980. Sin embargo, considerando que otras cuestiones permanecen iguales, y como es probable que el paternaje de hijos continúe —si bien en una tasa declinante— mucho después de la edad donde, para las mujeres, la condición de no tener hijos

CUADRO 6

Proporción de hombres y mujeres sin hijos con determinadas edades, en países europeos seleccionados y cohortes de nacimientos en 1940

	Hombres	Mujeres
Dinamarca 1980, mujeres de 35 años, hombres de 37 años	18.1	10.7
Dinamarca 1988, mujeres de 35 años, hombres de 37 años	23.0	15.0
Francia 1994, cohorte de nacimientos 1945-1951	14.2	10.2
Inglaterra 1982, cohorte de nacimientos de 1946 a los 33 años	21.9	13.2
Inglaterra 1992, cohorte de nacimientos de 1946 a los 43 años	19.1	12.8
Noruega 1987, cohorte de nacimientos de 1945 a los 37 años	13.0	7.0
Noruega 1987, cohorte de nacimientos de 1945 a los 42 años	11.0	7.0
Alemania, cohorte masculina de nacimientos de 1938-40 y cohorte femenina de 1941-44	16.5	12.5

Fuentes: Knudsen, 1993 (cuadros 5.2 y 10.2); Wadsworth, comunicación personal; Statistisk sentralbyrå, 1991 (cuadro 3.1); Toulemon y Lapierre-Adamcyk, 1995 (cuadro 1a) y, Dinkel y Milenovic, 1995 (gráfica 7, datos aproximados, sacados de la gráfica).

se ha vuelto permanente, las proporciones entre hombres y mujeres sin hijos parecen converger por esa razón. Así, la Encuesta Panel de Hogares Británicos de 1992 indicó que 17.8% de los hombres con edades entre 40 y 44 años, todavía no eran padres (similar a la cifra equivalente de la encuesta longitudinal MRC que mencionamos anteriormente) pero la proporción de hombres sin hijos bajó a 13.3% en la cohorte anterior nacida alrededor de 1937, para hombres que contaban entre 50 y 59 años en 1992 (Clarke *et al.*, 1995). Entonces, la proporción sin hijos se incrementó entre cohortes anteriores, a diferencia de las cohortes alemanas de la preguerra. Sin embargo, existen dificultades obvias para evaluar a la población sin hijos de los sobrevivientes masculinos con mayor edad en una encuesta de corte transversal.

Se espera encontrar mayor proporción de hombres que de mujeres sin hijos por consideraciones biológicas, y parece ser más común en países fuera de la línea de Hajnal, especialmente donde se practica la poligamia. Para Europa, puede representar un rompimiento considerable con el pasado. En cohortes de nacimiento entre 1905 y 1913 de hombres alemanes, la proporción sin hijos era muy baja (11%), comparada con 18% entre las mujeres. La proporción sin hijos entre las cohortes de nacimiento de hombres alemanes no excede a la de las mujeres hasta las cohortes de hombres entre 1929 y 1931 (12.5% de hombres sin hijos y 12% de mujeres). Para la cohorte de nacimiento entre 1938 y 1940 la proporción de los hombres sin hijos se incrementó sustancialmente a 16.5% (Dinkel y Milenovic, 1992. Véase el cuadro 6). Estas cohortes masculinas de nacimiento y de principios del siglo xx en Alemania fueron, por supuesto, reducidas por la mortalidad provocada en la segunda guerra mundial, y se pueden esperar niveles incluso

más bajos de hombres sin hijos (y como veremos después, niveles más altos de promedios de fecundidad final). Por razones similares, aunque menos extremas, también pueden esperarse en periodos anteriores en niveles más altos de hombres sin hijos. Si los patrones de maternidad y paternidad pueden ser inferidos a partir de datos sobre la nupcialidad, en sociedades donde los nacimientos fuera del matrimonio eran ocasionales, entonces, en el periodo del registro parroquial (en Inglaterra y Gales 1538-1836) las mujeres, no así los hombres, probablemente hubieran estado más propensas a pasar su vida sin hijos. Esto sucedería dado que la proporción de mujeres que nunca se casaron era generalmente más alta que la proporción de hombres que nunca lo hicieron. Por ejemplo, en Inglaterra, entre 1600 y 1799 la proporción de mujeres que nunca se casaron varió de 5.9% a 22.9%, en cambio la proporción de hombres que nunca se casaron raras veces sobrepasó 12% (Wrigley y Schofield, 1981. Véase el cuadro 12) en un tiempo en el que la ilegitimidad de los nacimientos era muy baja (entre 1.9 y 4.4%). Sin embargo, los métodos de reconstitución familiar no parecen haber sido aplicados para proporcionar datos sobre la fecundidad de los hombres aunque, en teoría, serían capaces de proporcionarlos.

Cuando los nacimientos fuera del matrimonio son poco frecuentes, los patrones de hombres y mujeres sin hijos son principalmente una función de la nupcialidad, incluyendo las segundas nupcias, lo que a su vez está parcialmente determinado por los números relativos y la distribución por edad de cada sexo. Se sabe mucho más acerca de nupcialidad masculina que sobre fecundidad masculina; los datos se publican rutinariamente (véase por ejemplo, *Council of Europe*, 1995 y *Eurostat*, 1995). No desarrollaremos este tema aquí, más que para ejemplificar el bien conocido cambio de ventaja entre los sexos en las tasas de nupcialidad durante este siglo. Hasta los años cincuenta había un excedente de mujeres en edad casadera. Tenían tasas de matrimonio inferiores a las de los hombres (la nupcialidad bruta del periodo 1900 a 1902 era de 880 para hombres y 816 para mujeres) con proporciones consecuentemente más altas de solteros sin hijos por toda la vida. Desde entonces la posición se ha revertido, con la nupcialidad masculina cayendo por debajo de la de las mujeres desde 1950 aproximadamente, con la nupcialidad bruta del periodo<sup>2</sup> que disminuyó a 713 en hombres y 743 en mujeres en 1992 y con proporciones mayores de hombres sin hijos, como vimos antes (estos datos son discutidos más

<sup>2</sup> La "nupcialidad bruta del periodo" es una estimación basada en tablas de vida de la proporción de personas por mil, de cada sexo, que se casarán por lo menos una vez antes de cumplir la edad de 50 años, de acuerdo con las tasas específicas actuales de edad y sexo en el momento del primer matrimonio, e ignorando los efectos de la mortalidad.

ampliamente en Coleman y Salt, 1992). En resumen, el cambio en la relación de masculinidad y, por lo tanto, en los niveles de nupcialidad entre los sexos se debe, en parte, al declive de la emigración europea de un solo sexo y a la maduración de las cohortes que no fueron afectadas por el gran número de bajas masculinas en la época de guerra.

### CONCLUSIONES

El interés en el tema de la fecundidad masculina es visto como un componente esencial de la biología evolucionista moderna y de la genética poblacional, pero ha sido relativamente olvidado en demografía. Se ha desarrollado una teoría extensa para relacionar las estrategias reproductivas de los hombres y las mujeres, tanto con las diferencias biológicas entre los sexos como con el riesgo y los recursos y, consecuentemente, con los datos sobre la sobrevivencia y la relación de masculinidad. Aunque la mayoría de estas nociones tiene sus orígenes en el estudio de poblaciones no humanas, han sido aplicadas a poblaciones humanas mediante modelos de la era del pleistoceno, y probadas contra los datos acerca de la relación de masculinidad y de la distribución del tamaño de la descendencia de algunas sociedades contemporáneas simples, donde las limitaciones de la paridad específica de nacimientos no es practicada. Las sociedades donde la poligamia es común son las más viables para proporcionarnos los ejemplos más extremos de la concentración de la reproducción en la descendencia de una proporción restringida de la población masculina, comparada con la experiencia casi universal de la reproducción entre la población femenina. Estas situaciones han provocado un número de investigaciones que no se ha revisado aquí, ya que este documento se ha concentrado en la fecundidad masculina en sociedades desarrolladas de baja fecundidad.

Cuando se trata las sociedades humanas modernas, especialmente aquellas del mundo industrializado, este documento sólo puede sumarse a los lamentos que los demógrafos han manifestado por lo menos durante 60 años, en el sentido de que el fenómeno de la "fecundidad masculina" y el de la reproducción han sido inexplicablemente ignorados por la demografía. Los datos acerca de los hombres están generalmente dispersos en especial sobre el tema crucial de la distribución del tamaño de la descendencia.

Están disponibles muy pocas series estadísticas que pueden ser confiables para registrar todos los hijos de los hombres, tanto dentro como fuera del matrimonio. Estos datos son mucho mejores respecto a las mujeres, por razones obvias. Las evidencias que se encuentran disponibles, sugieren que el patrón de edad específica de la fecundidad masculina en las sociedades modernas está ahora más cercano al de las mujeres, a diferencia de lo que

sucede en otras sociedades. La edad media de la paternidad es mayor que la edad media de la maternidad, y la duración de la vida reproductiva masculina, es consecuentemente más larga. El nivel agregado de fecundidad (TGF) y el número promedio final de la descendencia son ahora más bajos entre hombres que entre mujeres, habiendo sido mayores a principios del siglo. Ambos son consecuencia —no sorprendente— del matrimonio y la formación de uniones a mayor edad, de segundas nupcias y de la inversión en los patrones de nupcialidad desde los años 50, los que a su vez han invertido el balance de los sexos en la población en edad reproductiva.

Es difícil decir algo acerca de los temas más interesantes de la distribución del tamaño de la descendencia con datos de poblaciones occidentales modernas, ya que los datos disponibles no muestran que los hombres tengan con mayor probabilidad que las mujeres mayor descendencia, aunque como era de esperarse, en cohortes recientes se registra mayor número de hombres sin hijos, que de mujeres. La población sin hijos, sin embargo, parece haber invertido su patrón desde principios de siglo. Si podemos hacer inferencias a partir de patrones de nupcialidad del pasado, el no tener hijos debe haber sido una condición más común entre las mujeres a lo largo del siglo XVI y del siglo XIX en Europa occidental, aunque los demógrafos históricos tienen todavía que desarrollar sus datos para tratar estos temas.

Las cohortes que han completado su fecundidad, sobre las cuales se han basado las generalizaciones anteriores, vivieron sus primeros años en un periodo en el que la disolución y la nueva formación de matrimonios, así como la cohabitación eran mucho menos comunes de lo que es ahora. En las circunstancias actuales, los hombres están considerablemente más propensos a contraer nuevos matrimonios y, probablemente, a formar parejas de cohabitación para una segunda y subsiguiente ocasión, y a hacerlo a mayor edad de la que lo hacen las mujeres. Ante el supuesto de que otros factores permanecieran iguales, se presentaría un incremento en la proporción de hombres con un número de hijos mayor que el promedio, mientras que también podría, como resultado de la competencia de los hombres mayores con los hombres más jóvenes por las parejas femeninas, incrementarse el número de hombres sin hijos. Sin embargo, al mismo tiempo, suceda lo que suceda a paridades altas, las proporciones de personas sin hijos en los dos sexos puede converger en el futuro. Las cohortes femeninas que alcancen la edad de 50 años, en el futuro, tendrán más probabilidad de alcanzar proporciones mayores sin hijos, que aquellas que han alcanzado esa edad en décadas recientes, gracias al incremento de la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo, mayores oportunidades de estudio y la incertidumbre de las ventajas económicas de la asociación conyugal.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, R.D., Hoogland, J.L., Howard, R.D., Noonan, K. M., y Sherman, P.W. (1979), "Sexual dimorphism and breeding systems in pinnipeds, ungulates, primates and humans", en N.A. Chagnon y W. Irons (eds.), *Evolutionary Biology and Human Social Behavior* (pp. 402-435), North Scituate, Mass., Duxbury Press.
- Anderson, B. (1982), "Male age and fertility: results from Irelands prior to 1911", *Population Index*, 41, pp. 561-567.
- Ashton, G.C. (1980), "Mismatches in genetic markers in a large family study", *American Journal of Human Genetics*, 32, pp. 601-613.
- Austin, C.R. y Short, R.V. (1976), *The Evolution of Reproduction*, Cambridge, Cambridge University Press.
- y Short, R.V. (eds.) (1980), *Human Sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Baker, R.R. y Bellis, M.A. (1995), *Human sperm competition: copulation, masturbation and infidelity*, Londres, Chapman y Hall.
- Befolkningens bevaegelser* (1993).
- Bellis, M.A., y Baker, R.R. (1990), Do females promote sperm competition? *Animal Behaviour*, 40, pp. 997-999.
- Bertram, B.C. (1975), "Social Factors influencing reproduction in wild lions", *Journal of Zoology*, 177, pp. 463-482.
- Blom, S. (1994), *Yrkesstart og familiestiftelse. En analyse av sentrale begivenheter i menns livslop (Comienzo del empleo y la formación familiar. Un análisis de los eventos principales en el curso de la vida de un hombre)*, Oslo-Kongsvinger, Statistisk sentralbyrå (Statistics Norway).
- Blurton-Jones, N.G. (1986), "Bushman Birth Spacing: A Test for Optimal Inter-birth Intervals", *Ethology and Sociobiology*, 7, pp. 91-105.
- Booth, H. (1984), "Transforming Gompertz's function for fertility analysis: the development of a standard for the relational Gompertz function", *Population Studies*, 38, pp. 495-506.
- Borgerhoff-Mulder, M. (1992), "Reproductive Decisions", en E.A. Smith y B. Winterhalder (eds.), *Evolutionary Ecology and Human Behavior*, Nueva York, Aldine de Gruyter, pp. 339-374.
- Brass, W. (1975), *Methods for Estimating Fertility and Mortality from Limited and Defective Data*, Chapel Hill, N. Carolina, POPLAB.
- Brock, D.J.H. y Shrimpton, A.E. (1991), "Non Paternity and Prenatal Genetic Screening", *Lancet*, 338, p. 1151.
- Brouard, N. (1977), "Évolution de la fécondité masculine depuis le debut du siècle", *Population*, 32(6), pp. 1123-1145.
- Clarke, L., A. Condy y A. Downing (1995), "Fathers in Britain: a socio-demographic profile", en *Third European Population Conference*, Milán, European Association for Population Studies.
- Clutton-Brock, T. y P.H. Harvey (1978), "Primate Ecology and Social Organization", en T. Clutton-Brock y P.H. Harvey (eds.), *Reedings in Sociobiology*, pp. 342-383, Reading and San Francisco, W.H. Freeman.

- (ed.) (1988), *Reproductive Success: studies of individual variation in contrasting breeding systems*, Chicago, University of Chicago Press.
- Coleman, D.A. (1989), "The Contemporary Pattern of Remarriage in England and Wales", en E. Grebenik, C. Höhn y R. Mackensen (eds.), *Later Phases of the Family Cycle*, Oxford, Clarendon Press, pp. 83-119.
- y J. Salt (1992), *The British Population; patterns, trends and processes*, Oxford, Oxford University Press.
- Collier, S. (1993), "Sexual dimorphism in relation to big game hunting and ecology in modern human populations", *American Journal of Physical Anthropology*, 91 (4), pp. 485-504.
- Council of Europe (1995), *Demographic Trends in Europe*, Estrasburgo, Council of Europe Press.
- Danmarks Statistik*, 1995.
- Demographic and Health Surveys (1995), "Summary of Demographic and Health Surveys as of March 1995", *Demographic and Health Surveys Newsletter*, 7(1), pp. 6-7.
- Deruiter, A.U. y Vanhooft, J. (1993), "Male Dominance, Rank and Reproductive Success in Primate Groups", *Journal of Primates*, 34 (4), pp. 513-523.
- Dinamarca*, 1987.
- Dinkel, R.H. y Milenovic, I. (1992), "Die Kohortenfertilität von Männern und Frauen in der Bundesrepublik Deutschland (Cohorte de Fecundidad Masculina y Femenina en la República Federal de Alemania)", *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 44 (1), pp. 55-75.
- Dunnell, K. (1979), *Family Formation 1976*, Londres, HMSO.
- Edwards, J.H. (1957), "A critical examination of the reputed primary influence of the ABO phenotype on fertility and the sex ratio", *British Journal of Preventive Social Medicine*, 11, pp. 79-89.
- Eurostat (1995), *Demographic Statistics 1995*, Luxemburgo, Oficina para publicaciones oficiales del European Communities.
- Eveleth, P.B. y J.M. Tanner (1976), *World-Wide Variation in Human Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Frayer, D.W. (1980), "Sexual Dimorphism and Cultural Evolution in the Late Pleistocene and Holocene of Europe", *Journal of Human Evolution*, 9, pp. 399-415.
- Gaulin, S.J.C. y Boster, J.S. (1992), "Human Marriage System and Sexual Dimorphism", *American Journal of Physical Anthropology*, 89, pp. 467-475.
- y C.J. Robbins (1991), "Trivers-Willard effect in contemporary North American Society", *American Journal of Physical Anthropology*, 85, pp. 61-69.
- Glass, D.V. y Grebenik, E. (1954), *The Trend and Pattern of Fertility in Great Britain. A Report on the Family Census of 1946*, Documentos de la Real comisión sobre población, Londres, HMSO.
- Gómez de León, J., Kravdal, O. y Andressen, T. (1987), "Examining the Demographic Determinants of Paternal Parity-Progression Intensities in Norway", en Nordisk statistisk Sekretariat (ed.), *Nordic Seminar on Empirical Life History*

- Analysis and Panel Studies*, Kobenhavn, Nordisk statistisk sekretariat, pp. 157-172.
- Hajnal, J. (1948), "Some comments on Mr. Karmel's paper 'The relation between male and female reproduction rates'", *Population Studies*, 2, pp. 352-360.
- (1950), *Births, Marriages and Reproductivity, England and Wales, 1938-1947, Section A. Marriages, Papers of the Royal Commission on Population* vol. II, Londres, HMSO.
- Hamilton, W.D. (1964), "The Genetic Evolution of Social Behavior I, II", *Journal of Theoretical Biology*, 7, pp. 1-52.
- Harcourt, A.H., Harvey, P. H., Larson, S. G. y Short, R.V. (1981), "Testis Weight, Body Weight and Breeding Systems in Primates", *Nature*, 293 (5827, 3-39, septiembre de 1981), pp. 55-57.
- Harman, S.M. y Blackman, M.R. (1994), "Male Menopause: myth or menace", *Endocrinologist*, 4(3), pp. 212-217.
- Harvey, P. (1989), "Copulation dynamics: out for the sperm count", *Nature*, 337 (6207, 9 de febrero de 1989), pp. 508-509.
- , R.D. Martin y T.H. Clutton-Brock (1987), "Life Histories in Comparative Perspective", en B.B. Smuts *et al.* (eds.), *Primate societies*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 181-196.
- Henry, L. (1961), "Some Data on Natural Fertility", *Eugenic Quarterly*, núm. 8, reimpresso en *Social Biology* (1982), 29, pp. 145-156.
- Hardy, S. B. (1974), "Male-male competition and infanticide among the langurs (*Presbytis entellus*) of Abu", Rajasthan, *Folia Primatologica*, 22, pp. 19-58.
- (1991), *The Woman that Never Evolved*, Cambridge Mass., Harvard University Press.
- James, W.H. (1997), "Secular Trends in Monitors of Reproductive Hazard" *Human Reproduction*, 12, 3, pp. 417-421.
- Kaplan, S.K., J.B. Lancaster, S.E. Johnson y J.A. Bock (1995), "Does Observed Fertility Maximize Fitness among New Mexican Men? A test of the optimality theory and a new theory of paternal investment in the embodied capital of offspring", *Human Nature*, 6(4), pp. 325-360.
- Karmel, P.H. (1947), "The relation between male and female reproduction rates", *Population Studies*, 1, pp. 249-273.
- (1948a), "An analysis of the source of inconsistencies between male and female net reproduction rates in actual populations", *Population Studies*, 2, pp. 240-273.
- (1948b), "A rejoinder to Mr. Hajnal's Comments", *Population Studies*, 2, pp. 361-372.
- Kiaer, A.N. (1886), "La fécondité du mariage", Informe presentado en el 25º aniversario de la sociedad de estadística de París, París, Berger-Lebrault.
- Kiernan, K.E. (1989), "Who Remains Childless?" *Journal of Biosocial Science*, 21, 387-398.
- (1995), *Transition to Parenthood: Young Mothers, Young Fathers-Associated Factors and Later Life Experiences*, Londres, STICERD, London School of Economics.

- Kirchegast, S. y Winkler, E.M. (1995), "Differential Reproductive Success and Body Dimensions in Northern Namibia", *Human Biology*, 67(2), pp. 291-309.
- Knudsen, L.B. (1993), *Fertility Trends in Denmark in the 1980s*, Copenhagen, Danmarks Statistik.
- Kuczynski, R.R. (1932), *Fertility and Reproduction. Methods of Measuring the Balance of Births Deaths*, Nueva York, Falcon Press.
- Kumm, J., K.N. Laland y M.W. Feldman (1994), "Cross-culture Coevolution and Sex Ratio: the effects of infanticide, sex-selective abortion, sex selection and sex-biased parental investment on the evolution of sex ratios", *Theoretical Population Biology*, 46, pp. 249-278.
- Lathrop (1983), "Review of False Paternity Studies", *American Journal of Human Genetics*, 35, pp. 241-262.
- Low, B.S. (1988), "Measures of Polygyny in Humans", *Current Anthropology*, 29, pp. 189-191.
- McDonald, P. (1995), "L'Équilibre Numérique entre Hommes et Femmes et le Marché Matrimonial: le point sur la question", *Population*, 50, (6), pp. 1579-1590.
- McHenry, H.M. (1992), "Body size and proportions in early hominids", *American Journal of Physical Anthropology*, 87, pp. 402-431.
- (1994), "Behavioural, Ecological Implications of Early Hominid Body-size", *Journal of Human Evolution*, 27 (1-3), pp. 77-87.
- Mcintyre, S. y A. Sooman (1991), "Non-paternity and Prenatal Genetic Screening", *Lancet*, 338 (5024), pp. 869-871.
- Murdock, G.P. (1949), *Social Structure*, Nueva York, Macmillan.
- OPCS (1979), *Census 1971 England and Wales Fertility Tables*, t. 1, Londres, HMSO.
- (1981), *Adult Heights and Weights Survey, opcs Monitor SS 81/1*, Londres, OPCS.
- (1994), *Birth Statistics 1992 Series FMI No. 21*, Londres, HMSO.
- Paget, W.J. y Timaeus, I.M. (1994), "A Relational Gompertz Model of Male Fertility Development and Assessment", *Population Studies*, 48(2), pp. 333-340.
- Perusse, D. (1993), "Cultural and Reproductive Success in Industrial Societies- Testing the Relationship at the Proximate and Ultimate Levels", *Behavioral and Brain Sciences*, 16(2), pp. 267-283.
- Salmon, D., J. Seger y C. Salmon (1980), "Expected and Observed Proportions of Subjects Excluded from Paternity by Blood Phenotypes of a Child and its Mother in a Sample of 171 Families", *American Journal of Human Genetics*, 32, pp. 432-444.
- Sardon, J.P. (1990), "Le remplacement des générations en Europe depuis le début du siècle", *Population*, 45(6), 947-968.
- Schacht, L.E. y Gershowitz, F.L. (1963), "Frequency of extra marital children as determined by blood groups", en L. Gedda (ed.), *Proceedings of the Second International Congress on Human Genetics*, Roma 6-12 (1961), G. Mendel, pp. 894-897.
- Selander, R.K. (1965), "On mating systems and natural selection", *The American Naturalist*, 99, pp. 129-140.

- Short, R.V. (1980), "The Evolution of Human Reproduction", *Proceedings of the Royal Society of London 'B'*, 195, pp. 3-24.
- Statistisk sentralbyrå (1991), *Familie-og Yrkesundersøkelsen 1988 (Encuesta 1988 sobre Familia y Ocupación)*, Oslo-Kongsvinger, Statistisk sentralbyrå.
- Toulemon, L. y E. Lapiere-Adamcyk (1995), "Demographic patterns of motherhood and fatherhood in France", en C. Bledsoe, S. Lerner y J. Guyer (eds.), *Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline*, Oxford, Oxford University Press (en prensa).
- Trivers, R.L. (1972), "Parental Investment and Sexual Selection", en B. Campbell (ed.), *Sexual Selection, and the Descent of Man*, Chicago, Aldine, pp. 156-179.
- (1985), *Social Evolution*, Menlo Park, California, Benjamin/Cummings.
- y Willard, D.E. (1973), "Natural Selection of Parental Ability to Vary the Sex Ratio of Offspring", *Science*, 179, pp. 90-92.
- United Nations (1988), *Demographic Yearbook 1986*, Nueva York, Naciones Unidas.
- (1994), *Demographic Yearbook 1992*, Nueva York, Naciones Unidas.
- Van den Berghe, P. (1975), *Man in Society*, Nueva York, Elsevier.
- Wadsworth (1995), Toulemon y Lapiere-Adamcyk.
- Wilson, E.O. (1985), *Sociobiology*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Wood, B. (1992), "The Origin and Evolution of the Genus Homo", *Nature*, 355, pp. 783-790.
- Wrigley, E.A. y R. S. Schofield (1981), *The Population of England 1541-1871: a reconstruction*, Londres, Edward Arnold.

## LAS TRADICIONES EN EL ESTUDIO DE LA PATERNIDAD EN LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL\*

JANE I. GUYER\*\*

### INTRODUCCIÓN

La paternidad ha sido siempre problemática y por ello fascinante para la antropología, ya que no puede haber una explicación convincente, biológicamente reduccionista, de su existencia. La fecundación biológica antecede a la paternidad de un infante por un periodo muy largo, durante el cual el donante de esperma no tiene ningún rol biológico que desempeñar; un infante no tiene ninguna necesidad biológica de un adulto que no cumple con su rol de alimentarlo; y la larga socialización de una criatura humana, aunque claramente requiere de la participación de más de un adulto, resulta clara y adecuadamente mediada por una completa variedad de alternativas para el donante de esperma. Sin embargo, las interrogantes acerca del porqué la casi totalidad de las sociedades humanas debe insistir en la filiación de cada niño a un hombre de la generación mayor —un hombre que por lo general es su padre biológico ya sea real, putativo o ficticio, o bien el consorte sexual de su madre en el momento en que se inició el embarazo—, y del porqué esa filiación debe ser tan diversa de una sociedad a otra a través del tiempo y el espacio, preguntas que subyacen en el núcleo de la clave que inspira nuestra disciplina: ¿En qué términos debemos entender el “paso de la naturaleza a la cultura” en el mundo del *homo sapiens*? y, ¿qué explica la variabilidad humana?

Los “grandes temas” de una disciplina son revisados sólo de forma intermitente, ya que de hecho únicamente pueden ser abordados paso a paso. Pero las interrogantes sobre la paternidad están tan arraigadas en la historia disciplinaria, que sería poco atinado no revisar por lo menos parte

\* Traducción del trabajo presentado en el *Seminario sobre fecundidad y ciclo de vida masculino en la era de la disminución de la fecundidad*.

\*\* Directora del Programa de Estudios Africanos y profesora del Departamento de Antropología de la Universidad de Northwestern, Evanston, Illinois.

del registro etnográfico y de los debates teórico/comparativos que estos cuestionamientos han inspirado, frente al inicio de una renovada atención sobre el tema del involucramiento del varón en la población y en la sociedad. Ante un descenso sin precedentes de la fecundidad en todo el mundo, sospechamos repentinamente que un menor número de hijos por madre no está necesariamente reforzando la inversión paterna primaria, como la teoría de la modernización predicó de manera tan optimista, sino más bien, que el compromiso del varón con su descendencia parece estar misteriosamente atenuado, más allá de los números. Una gran mayoría de hombres parece haber perdido mucho del interés o del apego a sus únicos reemplazos genéticos y abandonar la meta de un "éxito reproductivo", que demanda tanto el aspecto de la crianza como el de la fecundación, hecho que sucede precisamente en el momento en que la biología evolucionista invoca la reproducción genética como un principio general para explicar el cambio poblacional a lo largo del tiempo.

Al enfrentarnos con esta aparente anomalía, los estudios deben plantear de nuevo esas mismas preguntas profundas en relación con nuestros campos de conocimiento y las técnicas de ordenamiento mental que hacen que la vasta literatura nos "hable" de manera significativa. ¿Cuán maleable es el *homo sapiens* y cuán generador es de novedosas y durables configuraciones de la vida material y cultural?, ¿dentro de qué rango se ubica la variación en las instituciones de paternidad, y cuáles son las implicaciones de las diferentes complejidades conocidas en el desarrollo infantil y por tanto en la reproducción de los patrones de constitución de pareja y de paternidad de una generación a otra?, y ¿existen instancias que queden sin explorar o explicar en la literatura y cuyo cuidadoso segundo análisis pudiera iluminar los contornos del presente fenómeno que necesitamos comprender? Se retorna a los argumentos bien refinados y a los casos bien conocidos, para discernir más claramente la novedad del presente y los desafíos del futuro inmediato.

El presente documento tiene cuatro secciones que siguen la secuencia histórica del pensamiento sobre la paternidad en nuestra disciplina. Cada aproximación ha sido parcialmente sustituida por la siguiente, por razones teóricas más amplias de lo que nos concierne en detalle en esta revisión, pero cada una ha dejado un fuerte legado de problemas abordados, de datos acumulados y de temas dilucidados.

La primera sección es una breve discusión acerca de cómo y por qué las ramas biológica y social de la antropología nunca se han conectado realmente entre sí, respecto a la comprensión de la paternidad.

La segunda revisa el lugar de la paternidad en la teoría clásica de los sistemas de parentesco, para la cual los "grandes temas" de la similitud y de la variabilidad humanas han sido la piedra de toque.

En la tercera se incluye una actualizada aproximación tipológica de las sociedades para explorar las implicaciones potenciales de cuatro diferentes conceptos de paternidad utilizados con relación a la fecundidad. Los cuatro casos están clasificados en una matriz de dos por dos: dos sociedades para las cuales el lazo paterno descansa mayormente en la identidad espiritual, y dos en las que descansa en la identidad económica. La particular ventaja de volver a este modo de análisis en el contexto presente, es que funciona en el único nivel de agregación social del que tenemos datos tanto socio-culturales como demográficos, y para una diversidad de casos.

La cuarta sección enfatiza la dinámica transformativa en lugar de la persistencia de principios. Ésta otorga mayor importancia al estudio de la variabilidad y de la originalidad, tanto dentro de las poblaciones como entre ellas, así como a la permeabilidad de las fronteras, a través de viajes, del comercio, del matrimonio y de la influencia dominante de fuerzas regionales, nacionales y mundiales. El registro comparativo es aún demasiado irregular —especialmente comparado con una demografía histórica sólidamente fundamentada—, por lo que tal aproximación está simplemente ilustrada, en esta sección, con estudios de África del sur.

Finalmente, los estudios feministas y de género han sido cruciales para el desarrollo de nuevos conceptos y métodos en el abordaje de la variación intracultural y de formas culturales emergentes. Con énfasis en los significados y motivaciones a través de los cuales se forja la experiencia, los trabajos feministas invitan al estudio de las vidas: como constructos culturales, trayectorias sociales y ciclos biodemográficos. Las posibilidades de estas aproximaciones parecen ser ricas para conformar una nueva etapa en el estudio de los varones, y más aún, para volver a vincular los estudios del ciclo de vida con los análisis socioculturales.

En mi opinión, todos estos puntos de entrada al problema de la comprensión de la dinámica de la paternidad, tienen mucho que ofrecer. De hecho, sería imposible comenzar estudios históricos y experimentales sin un retorno a las preguntas básicas y a una visión panorámica de la variación mundial que han sido abordadas en tradiciones teóricas anteriores.

#### EL PROBLEMA DE UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA BIOLÓGICA EN LA ACTUALIDAD

El principal obstáculo que se presenta para un enfoque fuertemente biológico sobre la fecundidad masculina es que la mayoría de los estudios disponibles sobre reproducción humana en sociedades no euroamericanas no están basados en la documentación de variables biológicas. En ninguna parte en la antropología, hasta donde sé, ha sido estudiada la fecundidad

masculina desde una perspectiva estrictamente biológica.<sup>1</sup> El trabajo que en la actualidad es más frecuente en psicología evolucionista se basa en evidencias antropológicas para tratar de alcanzar inferencias generales específicas de la especie humana (Wright 1994). Sin embargo, los estudios de reproducción que se mencionan están basados principalmente en el comportamiento, más que sobre genes u hormonas y, en general, más sobre primates que en humanos; para estos últimos, la paternidad ha sido estudiada a partir de lo que reportan los participantes, más que a través de mediciones independientes del contexto social de significados. Toda la demografía histórica se basa en niños que son reconocidos; esto es, que aparecen en los registros parroquiales o de justicia, y no en los simplemente engendrados. Incluso los cuestionarios de las Encuestas Demográficas y de Salud (EDS)<sup>2</sup> aplicados a esposos, se centran en “hijos vivos” que se han reportado por ellos mismos, y no en la descendencia genética. Tanto el registro como las actas mismas, están social y culturalmente moldeados. Tales son nuestros “datos” sobre las relaciones “biológicas” entre los hombres, dos formas realmente demasiado amplias y complejas como para que un biólogo moderno pueda trabajar de manera confiable.

Incluso los datos sociales sobre paternidad biológica son limitados. En un artículo que revisa la antropología biológica sobre el tema de la investidura paternal, Chisholm (1993:7,10) observó que “ningún hombre estaba incluido en estos estudios”, y por tanto, basó su discusión en el conocimiento acerca de las mujeres. Dada esta limitada base empírica y, en ocasiones, ante la simple característica cualitativa de “así es” de algunas de las narrativas evolucionistas acerca de la sexualidad y de la paternidad en el *homo sapiens*, los antropólogos sociales y culturales han preferido, hasta ahora, mantener sus propias investigaciones independientes del trabajo evolucionista y biológico.

Otra razón para tener reservas sobre las generalizaciones de la especie es que las estrategias de reproducción del varón parecen estar altamente condicionadas por el contexto social. Como subraya Chisholm (1993:5), los humanos están genéticamente programados para la “plasticidad del comportamiento” debido a su evolución en “ámbitos atestados, competitivos e intensamente sociales” donde “habrá selección por la capacidad de balancear o combinar estrategias”. El varón, a diferencia de la hembra, está equipado con dos modalidades muy diferentes de éxito reproductivo (en el sentido de perpetuación de la constitución genética): la solución exten-

<sup>1</sup> Sin embargo, la literatura que ha surgido recientemente incluye investigaciones en el mundo no occidental. Véase por ejemplo, Campbell y Leslie (en prensa), Udry y Campbell (1994).

<sup>2</sup> En inglés DHS (Demographic and Health Surveys).

siva, que consiste en muchos descendientes a través de múltiples parejas, acompañada por el riesgo de su alta mortalidad debido a la negligencia paterna —“preñar indiscriminadamente”—, y la solución intensiva, que consiste en menos parejas y mayor concentración en la sobrevivencia de la descendencia hasta la edad adulta y su propia reproducción subsecuente. Biológicamente, un hombre puede engendrar docenas de hijos o más, pero sólo lo ha hecho en ciertas sociedades y en una pequeñísima minoría de la población. La aproximación cuantitativa al éxito reproductivo puede ocurrir, y puede darse con una fuerte convicción cultural, al representar esto el instinto masculino más básico, aunque éste no sea el patrón típico del verdadero comportamiento reproductivo del varón. Por otra parte, la mayoría de las culturas concibe a los hombres con mayor número de parejas sexuales que las mujeres.

Hasta donde es de mi conocimiento, no disponemos de datos biológicos ni sociales acerca de los dos extremos del espectro de estrategias de la fecundidad masculina y de su variada combinación en la historia social. Cualquier sistema genético poblacional es probablemente alguna mezcla volátil de ambas estrategias. A algunas de estas categorías de hombres —como las estrellas deportivas— se les permite “preñar indiscriminadamente”, mientras que la amplia mayoría cría un pequeño número de hijos reconocidos y más bien de pocas mujeres. Algunos sistemas son permisivos con la juventud, o con ciertos contextos institucionales, tales como el ejército o bien con determinados rangos de edad entre los guerreros, y otros son demandantes en la edad adulta. Algunos imponen total celibato a un subgrupo de hombres, ya sea como una responsabilidad privilegiada (instituciones monásticas), como un castigo (instituciones penales y algunas instancias de esclavitud) o como un requisito para la obtención de una posición económica conveniente (la institución de los eunucos, que estuvo bastante extendida en el mundo histórico).

Los regímenes morales varían mucho en la amplitud que otorgan al curso de vida de un varón, en el que incluyen varias estrategias. Los principios de algunos sistemas son considerablemente simples y universales. El judaísmo ortodoxo moderno exige matrimonio y paternidad a todos los hombres, sobre la base del celibato premarital y de la monogamia marital de por vida. La ilegitimidad es un estigma social del cual es imposible recuperarse; un niño nacido de cualquier unión no reconocida, no puede casarse o reproducirse dentro de la comunidad. Otros regímenes sociales ofrecen variedad de cursos de vida y una combinación y conjunción de estrategias reproductivas masculinas, cuya lógica cultural puede no seguir las racionalidades inferidas por la biología evolucionista actual y que de ninguna manera se obvia. En el sur de Camerún, por ejemplo, la estrategia del “preñar indiscriminadamente” por parte de la juventud era

culturalmente reconocida como un éxito sexual, pero al mismo tiempo como un fracaso social, ya que tal manifestación sexual masculina sin el derecho a reclamar al niño podía ser menospreciada por considerarse como "trabajar de gratis".<sup>3</sup>

Por lo tanto, sólo tomando en cuenta el contexto social se puede juzgar el éxito, tanto genético como social, de una estrategia masculina sobre las otras. Las culturas varían en su lógica, que recorre el *hiatus* biológico entre el deseo sexual y el paternal, entre la satisfacción del clímax sexual y la satisfacción del clímax de la vida, y en la cual, la mayoría de las culturas, observa de manera muy destacada un sentido de orgullo de la generación más joven. Las prácticas masculinas de constitución de pareja y de procreación, parecen entonces demasiado indeterminadas como para apoyar inferencias confiables acerca de la dinámica que impulsa la genética poblacional para la especie humana en su conjunto.

La discusión sobre la "fecundidad" masculina que presento se refiere explícitamente al reconocimiento y al compromiso y, por consiguiente, no obedece necesariamente a un rechazo de la biología evolucionista<sup>4</sup> (tema no tratado en este texto), sino al hecho de que los mejores datos comparativos en antropología se refieren a la conciencia, la motivación y al significado de los actores, y no a los impulsos hormonalmente condicionados y a sus resultados genéticos.

#### PATERNIDAD Y TEORÍA DEL PARENTESCO

A partir de los principios básicos de la teoría evolucionista en la antropología del siglo XIX, la paternidad humana fue vista como un "logro" complejo, y no como un hecho ocurrido de manera simple o natural. Basándose en las etnografías rudimentarias disponibles de sociedades tales como las de los aborígenes australianos, los iroqueses en Estados Unidos y diferentes poblaciones hindúes en la India, y en combinación con el conocimiento de las civilizaciones clásicas del Cercano Oriente, Lewis Henry Morgan elaboró un ambicioso esquema evolucionista en los *Sistemas de consanguinidad y afinidad de la familia humana* (*Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*, 1871). La paternidad no era reconocida como un hecho biológico —y mucho menos como una realidad social— hasta ciertas "etapas más elevadas" del desarrollo social, y sólo alcanzaba el nivel

<sup>3</sup> Véase también la novela de Camara Laye *The Radiance of the King* (El resplandor del Rey) donde una cautiva blanca es esencialmente usada sólo para propósitos de amamantamiento.

<sup>4</sup> Robert Wright (1994a y b, 1995) es el más reciente, prominente y popular exponente de estas ideas pero existe una historia mucho más larga en la etnografía.

en el que definía dominios completos de autoridad, herencia y abstinencia sexual, en los albores de la "civilización", con la vida urbana, la cultura escrita, la propiedad personal y el gobierno jerárquico. Federico Engels tomó la misma historia y la interpretó como una caída desde la gracia de la igualdad de los géneros, más que como un ascenso hacia las alturas de la modernidad. Pero cualquiera que fuese la forma en que el modelo se interpretara con propósitos ideológicos, la historia de la paternidad era vista como un elemento clave en la historia de la sociedad humana. La maternidad, por contraste, era vista como relativamente natural y, por lo tanto, como invariante.

Los primeros etnógrafos fundadores de la antropología social a principios del siglo xx se centraron de manera particular y aguda, en los matices de los lazos paternos entre una sociedad y otra. Sus hallazgos demolieron la secuencia evolucionista de Morgan, pero reforzaron en gran medida el sentido de la importancia de la paternidad, lo cual hizo evidente que algún tipo de lazo entre "padre" e "hijo" era más o menos universal. No se encontró ninguna sociedad conocida que permitiera cualquier tipo de vínculo sexual que tomara en cuenta los deseos y fantasías de la gente. Las sociedades citadas como ejemplos de "promiscuidad primitiva" o de "ignorancia de la paternidad" practicaban lo que se denominó "el tabú del incesto"; es decir, había reglas que impedían la unión sexual entre personas designadas entre sí como parientes. En ninguna parte se dejaba este hecho a las abstinencias "naturales"; en todas partes la paternidad de un niño era relevante para el campo sexual en el que podría actuar como adulto. Pero el tabú del incesto es mucho más importante que una guía de la aventura personal admisible. Al prohibirse la formación de parejas entre parientes, se obligaba a mantener relaciones sexuales y maritales con "extraños" creando, literalmente, una sociedad más allá de la familia. De este modo, las categorías sociales que definían el incesto, fueron vistas como la piedra fundamental de la compleja construcción del parentesco —el nombrar y definir relaciones putativamente basadas en la conexión genealógica— que da forma al ámbito total de la reproducción social y biológica: desde la formación de parejas sexuales hasta la identidad del niño, la herencia, la sucesión de posiciones sociales y la construcción de grupos sociales (Lévi-Strauss, 1970).

A pesar de la importancia otorgada a la paternidad en general, los estudiosos encontraron gran diversidad tanto en los principios del reconocimiento paterno como en las prácticas de sustento de los niños durante la minoría de edad. En algunas partes de África occidental un niño podía ser reclamado por padres adoptivos, esposos de mujeres y por otros que no eran sus padres biológicos. El padre social, quien ejercía autoridad sobre el niño, llegó a ser referido tradicionalmente con el término latino *pater*,

mientras que se hacía referencia al padre biológico con el término *genitor*. La distinción entre *pater* y *genitor* es la primera y básica proposición que se establece en la famosa y muy influyente introducción a la colección de ensayos titulada *African Systems of Kinship and Marriage* (Sistemas africanos de parentesco y matrimonio), Radcliffe-Brown y Forde, 1950 que resume los logros de una generación de estudios etnográficos detallados sobre el parentesco comparado. En una teoría centrada en la reproducción del orden social, el *pater* era mucho más importante que el *genitor*, aun a pesar de que ambos podían existir. El matrimonio levirático de una viuda con el hermano de su marido era precisamente una institución que daba al niño dos clases de "padres". El *pater* del niño es para ciertos propósitos, el primer marido fallecido, mientras que el hermano es el *genitor*. También puede este último actuar como *pater* respecto de la vida diaria. En sociedades donde era permitido sustituir a los no emparentados para la *levir* (cuñado) como entre los *nuer*, una madre puede legar tres relaciones paternas diferentes a su hijo: el *pater* fallecido a cuyo nombre el niño está ligado, el *pater* actuante de su matrimonio actual, y el *genitor*, quien en este caso es claramente designado, ya que su genealogía limita la elección sexual de sus hijos en la vida adulta, aun cuando pueda no tener otra "función" social en relación con ellos. Por tanto, una persona puede tener tres diferentes "paternidades" socialmente reconocidas: la del fallecido, cuyo matrimonio con su madre definirá su identidad sociopolítica y religiosa de por vida; la del *genitor*, quien circunscribirá la elección sexual y marital; y la de la pareja coresidente de la madre, quien manejará las existentes transacciones y ritos de paso que prepararán al niño para la vida adulta, y que se beneficiará de las contribuciones del niño a la economía doméstica.

Los hallazgos etnográficos derivados de sociedades matrilineales clarifican todavía más la variedad de relaciones culturalmente distinguibles que se combinan con el concepto occidental moderno de paternidad. En las sociedades patrilineales, un hijo es el heredero de su(s) padre(s). En los sistemas de parentesco matrilineales, un niño pertenece al grupo de descendencia de su madre; en el cálculo social, él o ella remplace a la madre y a su hermano. Esto significa que el *pater*, por más reconocido que sea, no puede buscar a través de su propia fecundidad, remplazarse a sí mismo en el orden social. Como miembro de un grupo social, su mayor interés será puesto en la fecundidad de sus hermanas. No obstante se encontró que todas las sociedades matrilineales postulan una profunda identidad espiritual entre *pater* e hijo. En sociedades tan alejadas entre sí como son los bamba de África central, los nayar en la India, los isleños trobriandeses en el Pacífico sur, los ashanti en Ghana y los iroqueses y hopi en Estados Unidos, la contribución masculina en la formación de un niño para que

éste pueda calificar como una persona real, siempre es crítica (Schneider y Gough, 1961).

El reconocimiento paterno (sea o no el padre el *genitor* biológico) aparece, en todas partes, como factor clave para la sobrevivencia social del niño. Entre algunos pueblos, los hijos que no eran elegibles para ser reconocidos por un padre<sup>5</sup> podían ser muertos al nacer. En caso de ser criados en condiciones adecuadas de salud, podrían no obstante ser incapaces de recuperarse socialmente. Un niño beti (del sur de Camerún) sin padre, no tendría parientes políticos como aliados, ni el balance de las dos familias ni de los dos conjuntos de recursos que proporciona el tener dos padres reconocidos. Entre los trobriandeses matrilineales, la falta de un padre significa que no hay nadie con quien iniciar las transacciones del intercambio de regalos, de los cuales depende su trayectoria social (Weiner, 1988). La historia cultural occidental está repleta de niños abandonados, niños ilegítimos estigmatizados con pocas oportunidades de lograr matrimonios socialmente aceptables, y bebés encomendados a la institución paternal última: la Iglesia. De una manera u otra, por tanto, el no reconocimiento por parte de un padre parece afectar profundamente las oportunidades que tiene un niño de reproducirse dentro de un contexto socialmente reconocido.

La mayoría de las sociedades de pequeña escala sobre las que tenemos conocimiento, evita el desgaste humano de esta situación a través de rigurosos controles del comportamiento y de una serie de reglas y de contingencias para el reconocimiento, que están constantemente listas para su despliegue: "ficciones" para asignar derechos paternos a otras personas (el marido de la mujer, el padre de la muchacha o el hermano del último marido de la viuda, y así sucesivamente), o reajustando los rituales elegidos de modo que el *genitor* pueda ser reconocido retroactivamente como el *pater*.<sup>6</sup> El hecho de que un número significativo de niños criados sin planes de contingencia de este tipo, para definir la paternidad, y por tanto permanentemente estigmatizados, parece ser un desarrollo occidental y tal vez urbano, identificable por lo menos desde el siglo XVIII, que muy probablemente nutre la creciente demanda de una fuerza de trabajo servil y móvil en los ejércitos, las armadas y el servicio doméstico. La posibilidad de una amplia categoría de niños sin padre, no estigmatizados, es un fenómeno más reciente, tal vez una culminación lógica y gradual del

<sup>5</sup> Porque la madre no había completado los ritos de nubilidad, como en los ashanti precoloniales, o bien porque no tenía la edad para casarse con el padre, como en Botswana.

<sup>6</sup> Véase por ejemplo, Brydon (1987), para un caso en que los ancianos de Ghana retrocedían las ceremonias de nubilidad a una edad premenárquica para evitar toda posibilidad de concepción durante el intervalo entre la menarquía y el ritual de nubilidad.

individualismo radical de la economía moderna; sólo importa la persona, no su procedencia o sus conexiones sociales. Hasta donde sé la indiferencia social hacia los niños que se desarrollan sin ningún tipo de *pater* no tiene contrapartida alguna en el registro etnográfico, aunque debemos agregar la advertencia de que volver a revisar ese registro con nuevas preguntas en mente puede producir con frecuencia sorpresas y nuevas apreciaciones.

En suma, la etnografía mostró que la relación que denominamos "padre" puede tomar por lo menos cuatro formas diferentes: *a)* la paternidad social, que define la identidad social más básica del niño (que puede ser sociopolítica o espiritual, dependiendo de la sociedad); *b)* la autoridad social, a través de la cual se gobierna la vida del niño (que puede ser ejercida por un "padre", un hermano de la madre, o alguna otra persona designada); *c)* la filiación biológica reconocida, que enmarca la elección sexual subsecuente de acuerdo con las reglas que denominamos el "tabú del incesto", y finalmente, *d)* la procreación biológica no reconocida, que probablemente ocurre en algún grado en la mayoría de las sociedades.

Aun con la declinación de la narrativa heroica de la evolución social, la paternidad continuó siendo vista en los estudios de parentesco como un hecho particularmente interesante, es decir, universal, variable y más allá de la simple racionalidad instrumental. En el enfoque comparativo que reemplazó definitivamente al de la evolución en la antropología de los años cuarenta y cincuenta, la interrogante se modificó, al pasar de *¿cómo surgió la paternidad en ciertas sociedades?*, a *¿qué la hace posible, en tales formas variables, en toda sociedad?*, y *¿cómo la vamos a definir dada su variabilidad?* Con un nuevo sentido de la naturaleza aparentemente crucial de la paternidad pero también de su naturaleza extremadamente contingente, la atención se dirigió a las reglas, sanciones e incentivos para asegurar que se establezca y refuerce alguna conexión entre los hombres de generaciones próximas.

En una comunicación clásica publicada al final de su carrera, Meyer Fortes (1983) argumentó que "la paternidad debía ser vista como la base de la sociedad humana tal como la conocemos". Desde su perspectiva —como triunfo supremo e improbable de la crianza sobre la naturaleza, de la disciplina sobre el instinto— la paternidad constituye el crisol del orden moral mismo, y una fuente y modelo para el sentido de responsabilidad y de poder que da dignidad y significado a la vida. Sobre el tema él escribió:

La paternidad institucionalizada está [...] asociada a la emergencia y existencia de la sociedad, como el puente entre la familia [...] y las relaciones espaciales y temporales extrafamiliares que constituyen las estructuras sociopolíticas distintivas de la humanidad [...]. La paternidad es la creación de la sociedad

[...] la paternidad es la principal institución generadora de reglas en el hombre (1983:20).

Se han hecho muchas críticas a la posición de Fortes.<sup>7</sup> Sin embargo, su idea de “que el deseo del varón (no de sexo sino de hijos) requiere de instituciones poderosas para sostenerlo y de explicaciones también poderosas para otorgarle sentido”, y dado que probablemente dichas explicaciones son socialmente complejas, continúa siendo un desafío. El economista Gary Becker (1981) denominó “altruismo” al hecho de que el varón asalariado comparta su ingreso monetario con la familia; y Lester Thurow (1995), sugiere que el altruismo puede ser muy frágil: “En la economía moderna, los hombres tienen fuertes incentivos para ‘eludir su responsabilidad’”. El estudio comparativo de regímenes sociales, económicos y demográficos, estructurados de diferente manera, puede aclarar algunos de los diversos apoyos del reconocimiento paterno, y la combinación de incentivos y constreñimientos a los que Fortes se refería.

#### ESTUDIOS DE CASOS COMPARATIVOS

Gran parte del campo de la variación social humana puede todavía ser legítimamente esbozado por el análisis estructural comparativo —una aproximación macrotaxonómica—, en la medida que se reconozca la ficción de las premisas de trabajo, y que por tanto se acepten los resultados como altamente provisionales. Las premisas —que cada “sociedad” es un “caso” independiente; que puede ser representada adecuadamente por un conjunto bastante persistente de normas coherentes, y que cada población puede ser descrita por un conjunto de promedios— no han estado al margen de la teoría antropológica por alrededor de treinta años, y —en ausencia de historias sociales y demográficas amplias— pueden aún establecerse mediante el uso de técnicas más antiguas.

Seleccioné los siguientes casos de acuerdo con los principios tradicionales de la taxonomía social. Generaciones de estudiosos han encontrado diferencias esclarecedoras entre las sociedades cuyo manejo de la repro-

<sup>7</sup> El trabajo feminista subsecuente ha profundizado en la distinción entre los ámbitos doméstico y político-jurídico (Collier y Yanagisako, 1987), y ha elevado la maternidad al mismo nivel de importancia social e indagación intelectual que la paternidad; los significados culturales emergieron como poderosos mediadores de la acción a lo largo de las sanciones morales sobre las que el argumento de Fortes descansaba en última instancia; y la lógica filosófica ha dismantelado los argumentos funcionales según los cuales, los “resultados” putativos de las elecciones humanas —en este caso en la forma del orden social mismo— pueden dar cuenta de sus motivaciones.

ducción demográfica y social está basado en unidades genealógicas amplias y en aquéllas basadas en unidades familiares más pequeñas. Existen dos configuraciones clásicas respecto a las condiciones de la organización social y a los vínculos culturales de los arreglos familiares, de los cuales el compromiso paterno es un componente: las sociedades de linaje de África occidental, y las sociedades campesinas cuyo sustento se encuentra en la tierra, para las que recurro a los estudios históricos de Japón y de Suiza. Al considerar la paternidad como un componente de la estructura de las relaciones sociales podemos formular preguntas clave para vincular procesos sociales y demográficos, tales como: ¿Existe algún vínculo lógico retrospectivo entre la calidad esperada de la inversión paterna en sus hijos y las ambiciones del hombre de tenerlos y reclamar el derecho sobre ellos en primer lugar?, ¿nos ayuda esa lógica para entender algo nuevo acerca de la dinámica poblacional que no podríamos conocer si nos concentráramos en los métodos tradicionales de estudio de la fecundidad en las mujeres? La elección de cuatro casos en vez de dos, refleja mi esfuerzo por evitar la peor trampa del método clasificatorio, es decir, la de sólo tomar un caso para representar al todo. Con dos casos en cada categoría, se pueden observar más cuidadosamente los fundamentos de la variación, como son la diferencia en la linealidad del parentesco entre los yoruba y los ashanti, y la que se observa en la historia regional y cultural entre Europa y Japón.

#### *a) Las culturas de linaje en África occidental*

Se dice que las culturas de África occidental promueven una visión altamente positiva de la fecundidad (Caldwell y Caldwell, 1987). En las religiones indígenas se le enseñaba al niño, de una u otra forma, a continuar y hacerse cargo, bajo nuevas formas, del ser espiritual de sus ancestros. Era obligación religiosa de un hombre el engendrar hijos, reclamarlos y nutrir su desarrollo espiritual a través de lo que era típicamente una compleja serie de rituales de maduración, y establecerlos como adultos plenos, casados, con las habilidades para recrear y, en su momento, transmitir la vida social y espiritual. En la lógica cultural, no se trataba de una cuestión del número de niños *per se*, sino más bien de tener la oportunidad de avanzar ininterrumpidamente en esta gran continuidad del ser ancestral. La compasión y el desprecio con que eran tratados los hombres y mujeres sin hijos que "rehusaban" esta obligación, no menguaban gradualmente con cada niño; no era cuestión de números *per se*, sino de la buena voluntad y habilidad para proporcionar a los espíritus un renacimiento. Por ejemplo, Fortes (1954:245) escribe acerca de un hombre ashanti educado en los años cuarenta, que fue públicamente reprendido por un consejo de ancianos de su propia familia y de la de su esposa, porque quería practicar la abstinencia.

cia sexual como medio de control natal. Una épica de Camerún incluye la humillación de un padre que fracasa en convenir un matrimonio para su hijo (Eno Belinga, 1978). Los temas de la continuidad y de la creatividad son culturalmente ubicuos, pero pueden o no estar asociados a un gran número de hijos, en el sentido de metas de fecundidad.

La literatura sobre los ashanti de Ghana ofrece un buen ejemplo de ello. Existen varios trabajos etnográficos e históricos, un estudio indígena, y dos estudios demográficos, realizados con un intervalo de cuarenta años, de entre los cuales los primeros fueron llevados a cabo por Meyer Fortes (1983). La posibilidad de separar las características del rol paterno que se notó en la sección previa, es también particularmente clara en este caso. La descendencia es matrilineal, de modo que el padre no está reproduciendo y aumentando su propio linaje. Tampoco está necesariamente ocupado en el cuidado diario de sus hijos, ya que en el pasado los esposos no residían en la misma casa; la mujer casada permanecía en su hogar materno. Como escribe Fortes (1954:270): "El cuidado rutinario de los hijos jóvenes es así peculiarmente asunto de la madre y de su parentela materna femenina. Un padre ashanti [...] a menudo no se encuentra allí, y puede que ni siquiera se envíe por él si se presentan problemas menores con los niños". Dadas las tradiciones de inserción femenina en las actividades agrícolas y del intercambio de mujeres en gran parte de África occidental, bien puede ser la madre quien sostenga a los niños en el sentido material.

Las obligaciones que recaían tradicionalmente en el padre eran, el padrazgo de por lo menos parte de la serie de los rituales, que transformaban al infante en niño y al niño en adulto. Un componente espiritual de la persona venía a través de la línea paterna y era esencial para que el niño se completara como una entidad social. "El *sunsum* es directamente transmitido por el padre a su hijo. Esto es lo que se cree que moldeará la personalidad individual y el carácter del niño, que no puede desarrollarse, si el *sunsum* de su padre está distante. Así, a veces el sacerdote indicaba la causa de la enfermedad de un niño, a partir de la aflicción del *sunsum* de su padre" (Sarpong, 1977:5). El *sunsum* de una persona es una instancia específica dentro de una realidad espiritual más amplia, *ntoro*, la cual es compartida por toda la congregación de aquellos que han heredado la membresía a través de la línea paterna. Debido a la conexión espiritual, el padre del niño interviene crucialmente en las ceremonias de la pubertad. Para una niña, el padre desempeña el ritual del "rapado de cabello", que finalmente la separa de los padres espirituales de la niñez, la inicia en la vida adulta y le otorga a él la ocasión de dotarla con el regalo monetario con el que iniciará su ciclo personal (Sarpong, 1977:27). De este modo, el padre permite la entrada de su hija en la vida reproductiva. Conceptualmente, la gente que comparte *ntoro*, comparte responsabilidades religiosas

hacia todos sus hijos en la línea masculina, mientras que cada hombre es también responsable, en sentido administrativo, de los hijos emparentados con él en la línea femenina.

Los pueblos yoruba del oeste de Nigeria comparten muchos rasgos con los ashanti, a pesar de que enfatizan más en la línea masculina de descendencia para propósitos políticos y administrativos. Un niño generalmente está bajo la autoridad de su padre en la vida diaria, y vive y hereda dentro de un grupo paterno. Sin embargo, la conexión del niño con su ancestro es personal, más que compartida con una herencia espiritual abarcadora y, en la mayoría de las comunidades yoruba puede seguir tanto la línea masculina como la femenina de uno a 16 tatarabuelos. El nombre de un niño refleja su identidad ancestral. La descripción que hizo Frobenius en 1910 es muy pintoresca y en ella también se plasman inadvertidamente las diferencias entre el hombre alemán de clase media de su época y los afectuosos hombres yoruba:

Como a todos los verdaderos africanos occidentales, a los yoruba les encantan los niños pequeños, y los feos, y de manera habitual, el pequeño diablillo pasa de unas manos a otras, es acariciado y mimado... Los mayores de edad inspeccionan al bebé con el mayor cuidado. Lo examinan minuciosamente para ver huellas de parecido familiar... La similitud de rasgos que se busca debe ser la que caracteriza al lado paterno. De existir tal parecido se le da al niño el nombre de este ancestro particular... El hecho de que el niño se haga cargo de todos los tabúes personales de su homónimo difunto y que sea comprometido, con este nombre, para observarlos estrictamente hasta que terminen sus días es suficiente para probar, que otorgar el nombre no es una mera formalidad sin sentido... El escuchar a los compañeros más viejos hablar de la educación del niño es un verdadero deleite. Nunca oí que se discutiera pedagogía tan concienzuda y deliberadamente y con tanto conocimiento... (Frobenius, 1980:155 y 156).

La elección del nombre es críticamente importante, y el hecho de asignar otro nombre es un medio por el cual la responsabilidad del niño puede ser transferida a alguna persona distinta del padre designado al nacer. Al saber exactamente quiénes eran sus hijos, los padres cultivaban sus capacidades asiduamente. Frobenius (1980:156) continúa describiendo extensamente las enseñanzas del padre a su pequeño hijo en los trabajos del campo, ya que implican una combinación de atención cuidadosa y disciplina: "[...] su padre consigue un azadón en miniatura, hecho por el herrero y provisto de un pequeño mango[...] Cuando el mayor ha hecho diez montones, el menor debe haber hecho por lo menos uno[...] Las madres educaban a sus hijas de forma similar".

La descripción más detallada de una secuencia de rituales de maduración en África occidental, la ofrece Ottenberg (1989) para los jóvenes igbo. Uno de ellos alcanzaba la madurez física cuando había pasado por varios de esos rituales, todos apadrinados por su padre. La obligación religiosa del padre se extendía desde el nacimiento hasta su matrimonio. De hecho, una relectura de la literatura sobre rituales africanos de iniciación en la adolescencia sugiere que tanto para los jóvenes como para las jóvenes, así como en sistemas de parentesco tanto matrilineal como patrilineal, la presencia del padre era indispensable de una forma u otra. Todas las descripciones otorgan un rol para el padre (véase Richards, 1956; Kratz, 1994; Sarpong, 1977).

La ruptura de un matrimonio no afecta, tradicionalmente, a esta obligación en modo alguno. A pesar de que el divorcio es bastante frecuente en estas sociedades,<sup>8</sup> las etnografías enfatizan que esto “no despoja a un hombre de sus derechos sobre, y sus responsabilidades hacia, sus hijos” (Fortes, 1954:285); la paternidad, respecto de sus propósitos religiosos fundamentales, no se quiebra ni se atenúa. El nuevo marido de una mujer no puede hacerse cargo de las obligaciones rituales hacia los hijos que ella ya ha engendrado, a menos de que se le cedan deliberadamente, lo cual sería inusual, salvo en el caso de que el nuevo marido fuera miembro del mismo grupo de parentesco que su predecesor. El niño sólo puede ser transferido a otros, a través de procesos rituales. En la sociedad yoruba el hijo de una pareja divorciada podría ir a vivir con su padre alrededor de los siete años, ya que la descendencia patrilineal reivindica el vínculo paterno. En la sociedad ashanti del pasado, el niño no vivía con el padre en ningún caso, dado el patrón de residencia separada. Con esta configuración de principios, ningún hombre puede “reiniciar” una nueva familia disociándose del primer conjunto de hijos, ni tampoco querría hacerlo. Un colega camerunés me dijo: “Aquí luchamos por tener hijos”. Incluso ahora que el complejo religioso africano ha cambiado en favor de las religiones mundiales, existen bases institucionales aún fuertes que apoyan el reconocimiento masculino de sus hijos, o al menos de aquellos concebidos dentro de las relaciones socialmente reconocidas.

Es claro que las culturas caracterizadas por este pensamiento complejo sobre la identidad de los niños, probablemente no contienen ideas sobre las metas de fecundidad (altas o bajas) o no estimulan a los padres a pensar en términos de elección. Éstos son regímenes personales: las trayectorias están tanto altamente dotadas de individualidad como literalmente conectadas con “otros” en todas las etapas. No existe un espacio cultural reconocido para comprender la fecundidad como “respuesta a condiciones” que

<sup>8</sup> En una muestra de 262 hombres de diversas edades, Fortes (1954:269) encontró que 45% se había divorciado una vez o más.

caracteriza al análisis demográfico. Hay, por lo tanto, un aspecto críticamente interesante alrededor de los factores que explican los niveles de fecundidad en el sentido cuantitativo, y de cómo y por qué la fecundidad cambia a lo largo del tiempo. Aquí debemos realizar inferencias a partir de datos demográficos limitados. No hay fuentes directas y completas (de las que tenga yo conocimiento), para el número de hijos nacidos por cada hombre, en todas las relaciones, y a lo largo de su trayectoria de vida reproductiva. Las Encuestas Demográficas y de Salud (EDS) de Ghana, aunque no las de Nigeria, incluyen una "encuesta de esposos" y, por supuesto, los esposos son sólo una subsección de la población masculina en edad reproductiva. Sin embargo, estos datos pueden sugerir ciertas conclusiones.

La mayoría de los ashanti se casa más de una vez, debido al divorcio y a la mortalidad: las mujeres se casan secuencialmente, y los hombres tanto poligínica como secuencialmente. Entre las mujeres actualmente casadas 28.1% se ubicaba en uniones poligínicas en el momento de la encuesta (EDS), aumentando de 18% entre los 20 y 24, a más de 40% a la edad de 40 (Ghana Statistical Service, 1989:11). Entre los esposos alrededor de los 30 años, 19.4% era poligínico (casi todos con sólo dos esposas), aumentando a 26.9% más allá de los 50 años (de los cuales sólo alrededor de una cuarta parte tenía más de dos esposas). Globalmente, 61% de los hombres era monógamo en el momento de la encuesta, pero dado el patrón de movilidad marital, una gran proporción podría tener en algún momento varias madres para sus hijos, aun cuando siempre fueran monógamos. La brecha de edad entre los hombres y sus esposas se ampliaba con cada casamiento; los hombres eran ocho años mayores que sus esposas en el primer matrimonio y 16 años mayores en el segundo (Ghana Statistical Service, 1989:92), lo que nos indica que hombres y mujeres tienen diferentes trayectorias matrimoniales y reproductivas.

Fortes resumió en 1945 las trayectorias maritales de las mujeres, mostrando que alrededor de los treinta y cinco años de edad había un patrón característico que permanecía estable para todas las cohortes de mayor edad: alrededor de 40% había tenido un casamiento, 30% dos casamientos, 10% tres casamientos y el otro 10% restante cuatro o más (Fortes, 1954:283). Desafortunadamente no existen datos comparables del curso de vida para los hombres, pero las cifras femeninas implican que al menos dos tercios de los hombres casados tendrán hijos de más de una esposa a lo largo de su vida.

Como en el análisis demográfico clásico, necesitamos conocer tanto la fecundidad global como la específica por edades de los hombres, a pesar de que sólo pueden inferirse los datos recolectados con base en mujeres y esposos. De acuerdo con la EDS, el número medio de niños nacidos de mujeres entre 40 y 49 años era de 7.07 y 6.2, para el país en su conjunto

(Ghana Statistical Service, 1989:20). Las cifras de "fecundidad" para los hombres, no son estrictamente comparables a las tasas de fecundidad femenina, ya que se refieren sólo a "hijos sobrevivientes". La tasa de mortalidad para menores de cinco años era de 155 por 1000 de 1983 a 1988 (Ghana Statistical Service, 1989:62), de modo que si agregamos otro 20% a la cifra de "hijos sobrevivientes", podemos aproximarnos a una tasa de fecundidad para los hombres. Veamos primero las cifras tal como se reportan en el cuadro 1:

CUADRO 1  
Distribución porcentual de esposos según el número de hijos sobrevivientes y su edad  
(EDSG, 1988)

Edades	Número de hijos sobrevivientes										10 y más	NMIV*
	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9		
Menos de 30	16.6	31.9	26.4	16.0	7.4	1.2	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	1.7
30 a 39	4.2	11.1	20.3	19.3	20.3	10.8	5.9	3.6	1.3	1.0	2.3	3.5
40 a 49	2.3	3.4	5.3	8.7	14.4	13.7	14.1	13.3	6.8	7.6	10.3	5.9
50 y más	0.0	0.5	2.4	6.2	6.6	10.4	12.3	7.6	8.5	8.1	37.4	8.5
Total	4.9	10.2	13.1	12.8	13.4	9.9	8.6	6.6	4.3	4.2	12.0	5.0

\* Número medio de hijos sobrevivientes.

Fuente: Encuesta Demográfica y de Salud de Ghana (Ghana Statistical Service, 1989:93).

Al considerar la mortalidad infantil se obtiene una fecundidad masculina global de 10 hijos. De acuerdo con la encuesta, "el nivel de exceso, o de fecundidad no deseada entre los esposos es bastante bajo" (Ghana Statistical Service, 1989:107). Por tanto, se puede inferir que un hombre tiene una supuesta trayectoria de fecundidad que comienza alrededor de los veinte años, con una esposa sólo ocho años menor que él, y que dura hasta bien entrados los cincuenta o más, con esposas 16 años menores que él, o más. No realiza su trayectoria a través de la conformación de pareja con una sola mujer, sino a través del acceso a segmentos de la vida fecunda de varias mujeres, es decir, una vida completa más un segmento de la fecundidad de otra mujer después de la menopausia de la primera, o —a través del divorcio y de un nuevo matrimonio— una serie de segmentos donde cada mujer probablemente tenga otros hijos de otros esposos, en algún momento de sus trayectorias maritales.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Caroline Bledsoe (en sus notas de campo en 1994) dio este argumento para los sistemas de casamiento poligínico en general. Este caso simplemente ilustra su punto de vista.

No existen indicios ni en la demografía ni en la etnografía, sobre el significado de las cifras acerca de qué podrían representar diez hijos en términos de metas culturales o de cálculos racionales de costo y beneficio, ya que claramente son hijos reclamados y reconocidos, y es improbable que, de existir, se mencione otra prole en respuesta a las preguntas que se plantearon. Fortes (1954:265) menciona una ceremonia pública para una "pareja" si ésta había producido diez hijos. Pero la lógica de los escuetos números como la ambición paterna primaria es menos plausible en la descendencia matrilineal que en la patrilineal, ya que la lealtad primaria del niño es hacia la parentela de su madre. Idealmente, podríamos comparar la trayectoria de fecundidad masculina de los ashanti con otras de África occidental, pero deberíamos leer los datos entre líneas para poder inferir los patrones. ¿Existen variaciones entre las culturas ancestrales tanto en el número de hijos nacidos como en los medios a través de los cuales los hombres realizan su trayectoria como progenitores?

En este sentido resulta útil el trabajo demográfico sobre las sociedades yoruba. Los hombres yoruba son claramente más poligínicos que los ashanti, ya que según la encuesta realizada en el estado de Ondo (Ministry of Health..., 1989b:11) 46% de las mujeres casadas estaban en uniones polígamas, y para el sudoeste de Nigeria en su conjunto era 38.4% (Federal Office, 1992:58), mientras que 28.1% corresponde a las mujeres ashanti. Una explicación posible se encuentra en los diferentes patrones de abstinencia sexual esperados para las mujeres casadas. Las madres ashanti retoman su vida sexual alrededor de tres meses después del parto (Fortes 1954:265), mientras que las yoruba pueden abstenerse por dos años. En la encuesta EDS-Nigeria, el sudoeste tiene la tasa más alta de abstinencia sexual del país, donde prácticamente la mitad de las mujeres entre 15 y 49 años reporta no haber tenido relaciones sexuales durante las cuatro semanas previas al parto por una u otra razón (EDS-Nigeria, 1992:64). De forma concomitante, en la sociedad yoruba hay probablemente tasas más altas de redes sexuales fuera del matrimonio, tanto para hombres como para mujeres. Un estudio sugiere que esto es tácitamente aceptado entre los yoruba y que, posiblemente, lo ha sido por mucho tiempo (Caldwell y Caldwell, Orubuloye, 1991). En contraste, la práctica sexual fuera del matrimonio acarrea severas sanciones para las esposas ashanti.

Sin embargo, en la exploración de las diversas configuraciones sociales y demográficas en estas dos sociedades, pareciera que la tasa de fecundidad femenina es hoy día considerablemente más baja entre los yoruba, con un número medio de 5.3 hijos nacidos de las mujeres que tienen entre 40 y 49 años, comparado con un nivel mayor de siete para los ashanti. Pero dado que observamos una tasa de poliginia más alta y por lo tanto una distribución marital más sesgada, es posible que la fecundidad masculina yoruba

(para esposos) sea comparable a la ashanti. En una muestra de cincuenta agricultores yoruba, que en su totalidad se habían casado al menos una vez, y cuya economía estudié en 1988, tenía una media de 5.7 hijos sobrevivientes, 6.7 para el grupo de más de cuarenta años, lo cual —si tomamos en cuenta la mortalidad—, puede bien producir una media total de fecundidad masculina de 10 para los hombres casados. Las medias, por supuesto, son engañosas en sociedades con trayectorias maritales masculinas diferenciales. Tengo la impresión de que los hombres que habían experimentado periodos fuera de la vida matrimonial, tenían menos hijos, a pesar de que mi propio estudio no estaba diseñado para rastrear este aspecto con precisión.

La comparación de la fecundidad y de la paternidad entre estas dos sociedades sugiere algunas diferencias, a saber: el número medio de hijos por hombre puede ser menor entre los yoruba que entre los ashanti, lo cual puede estar vinculado con la mayor variación en las trayectorias maritales masculinas. Una lógica económica puede también proporcionar a los hombres yoruba un freno relativo para una alta fecundidad, ya que se espera que ellos se hagan cargo de la capacitación y aprendizaje de sus hijos, así como de su educación en general, lo cual es hoy día muy costoso. Los hijos no trabajan mucho para sus padres en la economía yoruba (Berry, 1985) y es mucho más probable que realicen trabajos productivos para sus madres (véase también, Reynolds, 1991 para el caso de Zimbabwe, y Schildkrout, 1979 para el norte de Nigeria). Por lo tanto, para asegurarse en la vejez, los hombres en todas las sociedades poligínicas pueden planear apoyarse en sus esposas más jóvenes, así como en otros parientes para obtener ayuda diaria.

Sin embargo, no tenemos una explicación sociológica clara para el número de hijos que los hombres reconocen en estas sociedades, ni los criterios para definir si los números son más altos o más bajos que los esperados. Es muy importante comprender la trayectoria personal de estas culturas, dado que estos términos son la base fundamental de la lógica cultural y, porque el pensamiento masculino sobre el tema de la paternidad no ha sido sistemáticamente explorado. Cuando una persona dice que quiere tantos hijos como sea la voluntad de Dios, una respuesta común en África ante la pregunta acerca del deseo de hijos (Van de Walle, 1992), está causando una expresión idiomática en la cual una persona es tanto receptáculo como voluntad. Como muestra la gran diferencia entre el arbitrio sexual de las mujeres ashanti y las yoruba acerca de la pareja y de las etapas de práctica y de abstinencia sexual, el uso de sí mismo como receptáculo puede manejarse de diferentes maneras de un régimen cultural a otro y de una persona a otra. No pueden hacerse inferencias útiles causalmente reduccionistas sobre los patrones de población, sin un análisis matizado de estas expresiones idiomáticas, de sus fundamentos y sus aplicaciones.

Sin datos masculinos directos para estas dos sociedades, debemos pues aceptar con indulgencia las conjeturas sobre cómo se expresa la racionalidad de un hombre en torno a la procreación, el espaciamento y la sucesión de los hijos a lo largo de su vida, y cómo éstos se vinculan con el curso de vida femenina. Otra sociedad donde la fecundidad y las líneas ancestrales están profunda y mutuamente implicadas, revela otra dimensión posible de esta clase de configuración, principalmente en cuanto a las implicaciones de los diferentes niveles y tipos de inversión que un padre espera dedicar a sus hijos a lo largo de su maduración. Los isleños trobriandeses también definen al niño como una reencarnación parcial de los ancestros matrilineales. La tarea del padre, sin embargo, no es simplemente la de guiar la maduración espiritual del niño, sino también la de fomentar los intrincados intercambios que ocurren de por vida entre el grupo de descendencia de su esposa y el propio. Sus hijos pertenecen al grupo de la esposa y son, por tanto, sus socios de intercambio y no sólo sus dependientes. Desde la infancia, el niño es visto por su padre como un actor importante en la política y espiritualidad de las alianzas grupales; el cultivar sus relaciones incluye velar por el niño de forma regular y dedicada, desde la concepción en adelante. Así, el verbo que se utiliza para denominar la crianza de un niño, es el mismo utilizado para denominar el acto de velar el cuerpo en un funeral, así como también para denominar la formación del feto en el útero a través de relaciones sexuales durante el embarazo (Weiner, 1988:56). Es el padre, sobre todo, quien se ocupa de realzar la belleza de sus hijos, adornándolos con collares y aretes de concha, y asegurándose de que su apariencia testifique la riqueza de su propio grupo. Los hijos duermen con él —luego del destete— y le acompañan durante el día. De hecho, los padres trobriandeses se destacan como los más afectuosos dentro del *corpus* etnográfico.

No contamos con datos para confrontar patrones de fecundidad con el estilo de paternidad de los trobriandeses, pero en la medida en que la paternidad es tan intensa en cuanto a trabajo, y dado que cada niño no contribuye sustancialmente a engrosar las redes interlinaje (ya que todos pertenecen al mismo linaje materno), parece poco probable que mantengan una ética de los grandes números. Los trobriandeses ejemplifican una importante advertencia contra la inferencia según la cual las sociedades ancestrales de linaje que valoran altamente la paternidad valorarán también un alto número de hijos. En realidad, se reporta que algunas sociedades de linaje tienen “una tasa de natalidad tradicionalmente baja” (Kelly, 1974:28). La ausencia de una sólida demografía histórica para estas sociedades implica que pisamos hielo quebradizo al asumir que la fecundidad es tanto no controlada como invariable a través del tiempo o bien relativamente uniforme de un caso a otro, como supone el trabajo de Caldwell y

Cladwell (1987) sobre la influencia de la religión africana en la fecundidad. Sin embargo, como principio de organización, la configuración de valores ancestrales compartidos sí permite otras obligaciones, tales como el apoyo material diario y el entrenamiento en las habilidades económicas que serán delegadas, ajustadas y reajustadas a medida que la vida ofrezca nuevas oportunidades y tribulaciones. Se puede alentar a los hijos a desarrollar sus habilidades, o bien eximirlos de asumir la ocupación de su padre en favor de un extraño más talentoso. Lo anterior reduce la carga económica sobre el padre y al mismo tiempo asegura un cuidado mínimo para el niño. Detrás de estas delegaciones de los atributos paternos, subyace un reconocimiento implícito de que en última instancia es una generación entera la que debe tomar la responsabilidad del remplazo espiritual, no de sí misma sino de sus predecesores. Esta situación es muy diferente cuando se trata de un hombre en particular siguiendo la lógica de remplazarse a sí mismo.

En este tipo de régimen, los únicos niños que están en riesgo de seria negligencia paterna son aquellos —como se señaló con anterioridad— cuyo estatus básico es ambiguo, debido a la inadecuación del padre biológico hacia la paternidad social, usualmente a causa de su juventud. El contexto social de la procreación y reconocimiento de los hijos puede variar y cambiar con el tiempo, sin un cambio en las mismas tasas de fecundidad (Bledsoe y Cohen, 1993). Un cambio hacia una edad menor en la primera actividad sexual de los hombres, en sistemas donde la edad para el matrimonio y la adjudicación de plenas responsabilidades adultas se ha establecido siempre hasta bien entrados los veinte años o incluso los treinta, puede colocar a más niños en esta categoría de riesgo por falta de padrino socioreligioso. Actualmente, en África parece haber un cambio hacia la mayor procreación de niños fuera de o con anterioridad al matrimonio, lo cual puede afectar en gran medida el compromiso paterno (retomaré la cuestión del cambio en una discusión posterior). Tales categorías de niños, en sistemas donde la obligación del padre hacia sus hijos tiene una base fundamentalmente religiosa, especialmente en las religiones ancestrales, el abandono total es raro, y el compromiso con la maduración del niño es más bien la regla, por más duro que éste pueda ser.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> En el pasado se esperaba obediencia y ciertamente se otorgaba deferencia. Hasta los años veinte, los padres yoruba tenían el derecho de empeñar a sus hijos para pagar una deuda con trabajo. Hasta donde sé no hay información de la dinámica sobre el parentesco en la venta-tributo de hijos como esclavos, esto ocurrió durante la era del tráfico de esclavos en el Atlántico. Un estudio sobre los kabre en Togo, a quienes se obligaba a ofrecer esclavos en tributo anual a los imperios vecinos, sugiere que no era el padre sino el hermano de la madre quien tenía el derecho de entregar a un niño (Piot, 1993).

En suma, las culturas religiosas ancestrales comparten algunos rasgos de paternidad, como son la aceptación positiva al reconocimiento paterno de sus hijos, el valor positivo de la fecundidad masculina y la correspondiente visión negativa del celibato masculino, el reducido énfasis cultural en un número preciso de hijos, la larga trayectoria reproductiva masculina, el característico compromiso paterno en la secuencia de rituales de maduración, y la posibilidad de que algunas de las actividades que la cultura euroamericana agrupa bajo la rúbrica de "paternidad", puedan estar distribuidas entre varios hombres y cambiar a lo largo del ciclo de vida. Por otra parte, estas culturas varían marcadamente en el patrón de trayectorias reproductivas masculinas de acuerdo con el número y secuencia de sus relaciones, la cultura de la práctica sexual en términos de la temporalidad y diversidad de parejas, y del grado de interacción y apoyo cotidiano padre-hijo.

#### *b) Economías campesinas*

El cálculo racional de costos y beneficios se centra directamente en el número de hijos, tanto para los padres como para los demógrafos. Al confrontar la literatura sobre sistemas de linaje y la de sociedades campesinas es sorprendente cuán notablemente se desplaza el énfasis de la calidad a la cantidad en el contexto de múltiples generaciones, al de generaciones próximas y en el de la lógica de generaciones enteras a la de diadas padre-hijo. En las sociedades campesinas un niño no es la reencarnación de un ancestro particular, sino parte de un cálculo numérico complejo por parte de sus padres: bocas que alimentar, pares de manos para trabajar, tierra que dividir, proporciones entre sexos en relación con la división del trabajo, hijas que dotar, y así sucesivamente. En un informe reciente sobre pequeñas propiedades agrícolas, basado en un estudio histórico de Suiza, Netting (1993:14) escribe: "Había [...] buena evidencia de que las instituciones locales de tenencia de la tierra, herencia, matrimonio y control sexual, habían operado para restringir la fecundidad al alentar el casamiento relativamente tardío y el celibato frecuente por parte de los pobladores, al mismo tiempo que también promovían la emigración. En el régimen demográfico suizo, figuraban ideales culturalmente específicos y prácticas de herencia divisible, matrimonio monógamo, castidad y lactancia prolongada, y otras poblaciones agrícolas densas desplegaban sistemas funcionales diferentes en su operación, pero similares en sus efectos".

El celibato tanto en hombres como en mujeres y la tecnología de intervención en la fecundidad de las parejas casadas, elementos que eran vistos negativamente en las culturas ancestrales, tienen valor positivo en las sociedades campesinas. La lista de métodos para controlar los números y

moldear la composición familiar es bastante amplia, incluyendo —además del casamiento tardío, el celibato y el control sexual ya mencionados— el aborto, el infanticidio (selectivo por sexo o no), el envío de hijos hacia lugares con una economía más amplia, ya sea como artesanos, sirvientes domésticos o acólitos religiosos de manera entrenada y supervisada (con el peligro de ser seguramente vendidos al servicio, la prostitución o bajo contratos obligatorios para el aprendizaje de un oficio) o bien, enviados como contribución al ejército y armada del Estado. Lograr el casamiento no era una obligación universal, sino más bien una forma de adquirir estatus y propiedades, por lo que muchos hombres no se casaban. La capacidad del hijo mayor de casarse, o de la hija de contar con una dote en un sistema campesino de herencia primogénita, depende del desplazamiento de los hijos menores hacia otras ocupaciones, tales como el trabajo asalariado y la milicia. En estas sociedades, por tanto, cualquier cuadro completo de la fecundidad masculina, necesita incluir a todos los hombres y no sólo a los esposos, ya que los cursos de vida masculina no sólo se diferencian por el número y secuencia de las relaciones maritales, sino por la posibilidad de no tener hijos en lo absoluto.

Toulemon y Lapierre-Adamcyk (1995) en su artículo, muestran que incluso en Francia contemporánea algunos de los contrastes más nítidos son aquellos entre los hombres que tienen hijos y los que están excluidos de la paternidad.

La configuración cultural de matrimonio tardío y de la monogamia es tan bien conocida que no merece repetirse, excepto para señalar que las fuentes son limitadas para inferir la agenda de los hombres, más allá de las racionalidades genéricas para hacer frente a la propiedad. Si observamos las cifras de cerca, incluso donde las parejas mostraban preocupación sobre la fragmentación de la propiedad de la tierra para heredarla a muchos hijos vemos, sin embargo, que engendraban más hijos de los necesarios para estrictos propósitos de remplazo. En el cuadro 2 se resume la diferencia entre nacimientos por familia y el número de hijos casados por familia en el caso suizo estudiado por Netting.

El margen de hijos casaderos por encima del nivel de remplazo debe representar algún propósito distinto del motivado estrictamente por la propiedad, a menos que, por supuesto, pueda ser interpretado como "surplus normal" (como se definió en los estudios agrícolas de Allan en 1965) suficiente para cubrir eventualidades.

Las enseñanzas de la Iglesia acerca del sexo dentro del matrimonio tal vez influyeron en la fecundidad marital. Netting (1981:87) hace otra sugerencia fascinante: que los hombres casados podrían también querer varios hijos adultos varones, porque ellos "podían apoyar políticamente a su padre en las elecciones democráticas que decidían la mayoría de las

CUADRO 2  
Valores medios para nacimiento, sobrevivencia, nupcialidad  
y celibato de hijos por familia (1700-1949)

<i>Periodos</i>	1700-1749	1750-1799	1800-1849	1850-1899	1900-1949
Nacimientos por familia	3.84	4.69	4.88	5.07	5.66
Hijos que alcanzan los 20 años de edad	2.44	3.49	3.62	3.71	4.75
Hijos casados por familia	1.45	2.26	2.20	2.16	3.13
Hijos solteros	0.41	0.58	0.89	1.07	1.33

Fuente: Netting, 1981:132.

controversias importantes del pueblo".<sup>11</sup> Es decir, existía el imperativo democrático de aspirar a dos o más hijos varones, uno por encima del nivel de remplazo. La estructura social, por tanto, puede ser relevante en cuanto a la manera en que se formulan incentivos, así como obligaciones.

Para presentar un caso comparativo podemos considerar el estudio de T. Smith (1977) sobre el pueblo japonés de Nakahara en los siglos VIII y XIX. De nuevo, aquí sólo los hombres que se convertían en cabeza de familia podían casarse, y la fecundidad marital estaba limitada, en este caso por infanticidio más que por matrimonio tardío. Nuevamente, se asume que las razones involucran cálculos de propiedad, apoyadas por el hecho de que los patrones de predominio sexual del infanticidio femenino cambian con la estructura del empleo, al pasar ésta de la agricultura al sector terciario en el siglo XIX.

Una vez más, hay límites en nuestra capacidad para inferir los intereses y motivaciones masculinos que están detrás de los números. Mientras que estamos convencidos de que la transmisión de la propiedad entre generaciones próximas y las oportunidades de empleo para los miembros de las unidades sociales con estrechos vínculos internos influyen en las elecciones de fecundidad tanto femenina como masculina, no estamos seguros de que muchos otros intereses puedan estar también interviniendo y que los métodos de documentación e inferencia puedan estar disfrazándolos.

Hay lugares donde las estadísticas hablan de forma ambigua. Un enigma para los que no son demógrafos, es la gran importancia que ponen los demógrafos en la baja fecundidad marital al interpretar casos de campesinos, en comparación con las interpretaciones de África occidental. A menos que esté equivocada, la fecundidad marital total en estos casos

<sup>11</sup> En otros lugares, la gente sospecha que la política competitiva sobre la base de "un hombre, un voto" es un incentivo para los grupos en competencia para fomentar la alta fecundidad.

históricos —donde “sabemos que la fecundidad europea era relativamente baja” (Smith 1977:3)—, puede ser comparable con los patrones yoruba que Caldwell y Caldwell (1987:44) definen como de “alta fecundidad” y donde “los mecanismos han asegurado que las mujeres den a luz de seis a siete hijos en promedio”. Por otro lado, Smith (1977:70) escribe acerca de Japón: “El tamaño medio de la familia de 5.1 hijos para los primeros matrimonios era notablemente pequeño”, y la fecundidad total entre 1717 y 1830 era de 6.5. Así pues, Netting reporta una fecundidad marital de 5.07 entre 1850 y 1899, y de 5.66 con posterioridad. La fecundidad total yoruba de acuerdo con la EDS (*Federal Office of Statistics*, 1900:25) era de 5.3. Incluso los ashanti con una fecundidad de 7.07 caerían justo en el punto medio de las sociedades campesinas históricas listadas por Smith (1977:60), cuyos niveles oscilan entre 4.0 y 10.4. En las sociedades campesinas la fecundidad marital masculina ciertamente difiere mucho más de la de África occidental que de la fecundidad marital femenina, a causa de la monogamia. Por lo tanto no estamos seguros de a qué se refieren estos “altos” y “bajos” (niveles): medidas objetivas, la lógica que en la actualidad introducimos a tipos particulares de sociedad como resultado de las tradiciones académicas para estudiarlas —“los campesinos siempre están interesados en la tierra”, “África siempre es pro-natalista”—, o las ansiedades y aspiraciones articuladas, propias de hombres y mujeres, acerca de su vida reproductiva. Es posible que el significado de los términos “alto” y “bajo” cambien conforme decline la fecundidad. Ciertamente la evaluación de los números también cambia. En el diario de su viaje de Badagry a Sokotó en el norte de Nigeria en 1829, Hugh Clapperton relata su intento aparentemente vano para persuadir a la gente de que podrían tener una fecundidad mucho más alta (como los ingleses) siempre y cuando pudiesen adoptar la monogamia; parte de su relato dice:

[...] Les dije que si tuvieran sólo una esposa, más hijos nacerían: que en Inglaterra la gente era numerosa como las hormigas; y que yo era el más joven de trece hijos, y un hombre tan robusto como cualquiera de su pueblo: que no era una cosa poco común el tener deiciséis o diecisiete hijos (Clapperton, 1829:58).

En síntesis, los campesinos parecen ingeniárselas con el tamaño y la composición familiar para adecuarse a imperativos productivos, y parecen centrarse en el remplazo generacional en un modelo social de dos generaciones. Se entiende que los padres se centran más en las potencialidades adultas de sus hijos (como trabajadores, herederos, partidarios políticos) que en cumplir una secuencia de obligaciones en su crecimiento hacia la madurez y la independencia. Los diversos estudios sobre las sociedades

campesinas difieren ampliamente en cuanto a las técnicas sociales que aplican a la constitución de la descendencia (véase por ejemplo Skinner, 1997), y en este contexto el marco religioso seguramente debe tener una influencia decisiva en todas las fases intrincadas de la vida reproductiva.

Este tipo clásico de antropología comparativa puede ayudar a definir la extensión de la variación y configuración social alrededor de la fecundidad masculina. Ciertamente clarifica algunas de las variaciones más amplias en la organización social de la paternidad, a saber: la distinción entre modelos de dos o múltiples generaciones, la definición (amplia o estrecha) del rango social de la responsabilidad paterna, y el aparente énfasis de la obligación paterna en el proceso de maduración humana y del ciclo de vida, son elementos distintos del proceso de posesión de la herencia y de transferencia de roles sociales. Sin embargo, al observar las categorías vemos que la riqueza funcional de la relación paterna —los variados tipos de inversión que cada parte coloca en la otra, desde el apoyo político hasta la identidad religiosa y el cuidado diario— puede producir algunas valoraciones distintas de estas relaciones, independientemente de los rasgos estructurales comunes, desde una relación afectuosa e indulgente hasta un involucramiento más distante e intermitente en ritos obligatorios de paso. El acercamiento macrotaxonómico puede identificar las bases sobre las que se sustentan los reclamos mutuos, y entre quienes se dan estos reclamos, pero hay mucho camino por recorrer así como otros aspectos de la sociedad y de la cultura por explorar, para vincular las lógicas sociales y culturales al número de hijos, y a la calidad de las relaciones de parentesco con las motivaciones de los actores principales. La sobredependencia de supuestos normativos en la descripción de las sociedades y las poblaciones, que está implícita en un acercamiento taxonómico de tipo comparativo, disfraza positivamente la variación intrasocietal entre los hombres, y el cambio a lo largo del tiempo.

#### MODALIDADES DE DEBILITAMIENTO Y CAMBIO

El problema de los enfoques estructurales siempre ha sido el desarrollo de una teoría satisfactoria del cambio y la transformación, y en el estudio de la fecundidad precisamente la preocupación central ha sido siempre el cambio a lo largo del tiempo. La coexistencia más antigua y simple entre el análisis estructural y el análisis del desarrollo ha sido forjada por la teoría de la evolución social, según la cual cada estructura representaba una etapa en un proceso general y se esperaba que los cambios fueran predecibles en cierto modo. La teoría social hizo a un lado estas premisas desde hace mucho tiempo, a pesar de que un neoevolucionismo implícito es altamente

reconocido en los estudios actuales. Este cambio en la antropología ha desplazado el argumento desde estas categorías macrosociológicas y sus concomitancias con los procesos del cambio mismo, es decir, a la práctica social, la contestación y la lucha abierta mediante las cuales se establecen, reproducen y transforman las reglas de la vida social, por parte de la gente que las vive en sus propios contextos de experiencia. Teóricamente, la vida social es estudiada en sus manifestaciones como un proyecto diario, más que como un programa detallado y persistente —el orden es un producto efímero del trabajo, la imaginación y los puntos de vista competitivos— más que la manifestación de un conjunto persistente de principios.

Este enfoque se presta muy apropiadamente al estudio del cambio de un fenómeno tan íntimo, difuso y rutinario como lo es la paternidad, la cual carece de las instituciones públicas y de los hitos revolucionarios que han hecho a los enfoques estructurales tan poderosos como plausibles en otros dominios de la vida sociopolítica. En teoría, entonces, una aproximación sociohistórica a la paternidad como experiencia, en contextos sociales particulares, se ajusta fácilmente a los estudios de las tendencias de la fecundidad a lo largo del tiempo. Pero donde la documentación social en este aspecto no se remonta muy lejos, las fuentes pueden parecer lamentablemente inadecuadas para el esfuerzo teórico refinado. Por lo que, a partir de material limitado deben desarrollarse nuevos métodos para producir inferencias acerca del cambio. Bajo estas circunstancias, se ha argumentado que resulta muy promisorio el trabajar con las temporalidades de la vida social (Bledsoe y Cohen, 1993). El ciclo de vida de la fecundidad es una secuencia culturalmente significativa que debe ser intercalada con el ciclo de vida de la ocupación y de la trayectoria social, y el esfuerzo completo debe enmarcarse en un contexto histórico. Se puede vincular la historia con la biografía, aclarando gracias a un estudio detallado, los procesos por los cuales la fecundidad masculina ocurre por fases y secuencias en la juventud, a lo largo del entrenamiento ocupacional en el modo de ganarse el sustento, establecer nuevas relaciones —incluido el matrimonio—, nuevos dominios de control, y las formas en las cuales, en la plenitud de la vida, las decisiones reproductivas reflejan estrategias y luchas más amplias por la realización social. Dado que cada cohorte enfrenta un diferente mundo social y político para encontrar su camino, los estudios clásicos de cohortes pueden vincular cualquiera de las fuentes demográficas que tenemos con una historia social más rica y con una antropología sociocultural de las trayectorias de vida, para producir un conocimiento general más claro de las tendencias y transformaciones.

De central relevancia en el estudio del cambio es el análisis de la maleabilidad: ¿Qué es más o menos negociable, alterable o reajutable?, ¿por qué medios y con qué implicaciones progresivas (tanto intencionales

como imprevistas)? En el estudio de las trayectorias de vida es productivo seguir la idea de que una de las cualidades más maleables y negociables es el ritmo espacio-temporal de la vida. Lo que Kopytoff (1990) llama "identidad existencial" no es necesariamente enfrentado de forma directa, por los esfuerzos en posponer un evento o en dilatar un proceso a lo largo del tiempo, reducirlo o restablecerlo en la secuencia de los eventos de la vida. Y sin embargo, tales reordenamientos pueden tener causas, dinámicas e implicaciones profundamente relevantes para las vidas reproductivas, como lo ilustran los estudios de migración laboral. Sin embargo, a falta de datos directos sobre los procesos intrafamiliares e interpersonales a través de los cuales las decisiones de fecundidad han sido tomadas en el pasado, podemos trabajar a través de la temporalidad, las fases y las secuencias de los eventos vitales clave a lo largo del tiempo, como un indicador del contexto social de la reproducción y como una guía para explorar la práctica de la gente.

A pesar de que este proceso de desplazamiento y alteración de la temporalidad y secuencialidad de las trayectorias reproductivas está generalizado, los ejemplos más dramáticos provienen de la literatura sobre la migración laboral masculina. Los hombres que son altamente móviles crean biografías personales con ubicaciones múltiples. Los eventos clave que definen sus trayectorias sociales se extienden a lo largo del tiempo y del espacio. Un joven sudafricano que se involucra desde los 18 o 20 años en migraciones oscilantes hacia la industria o el trabajo en las minas, inicia su vida sexual mucho antes de comenzar a establecer una unión, y extiende con el tiempo el proceso para dar formal reconocimiento a la misma (y a sus hijos), mediante la gradual transferencia —por diez o más años— de los pagos que constituyen la dote de la novia. Al mismo tiempo, este joven está presente por lo general además de brindar su apoyo material. Divide las remesas de sus salarios entre por lo menos dos unidades domésticas —sus grupos parental y conyugal— a los que está parcial e intermitentemente unido. Mientras reside afuera puede vivir en un entorno totalmente masculino, teniendo amantes temporales, o puede desarrollar otra unión en la ciudad. Sin la institución o la meta del matrimonio, donde cada ser está comprometido directamente, el matrimonio de un hombre en su comunidad de origen tradicionalmente no se completa hasta que no está bien avanzada la mitad de su trayectoria y se ha comprometido, como adulto, con varias unidades domésticas diferentes (Murray, 1981).

Las cambiantes coordenadas espacio-temporales de la vida masculina en Sudáfrica, ya estaban bien establecidas como variante cien años atrás. La brigada masculina de jóvenes, conocida como "el regimiento de las colinas" —el "ejército lumpenproletario" de los Witwatersrand—, tuvo su apogeo entre 1890 y 1920 (Van Onselen, 1982). En los años treinta, Schapera

(1933) ya podía analizar en Tswana cambios en el matrimonio y en la procreación debido a la migración laboral, incluida la procreación antes del matrimonio —que se ha vuelto una práctica común— y la crianza de los hijos en su grupo materno. Como muestra con más detalle el artículo de Townsend publicado en este volumen, en la actualidad los hombres de Tswana menores de cuarenta años no están, por lo general, formalmente casados a pesar de que la mayoría tiene hijos. Un hombre se convierte en padre residente y en soporte completo de sus hijos, a mediana edad y en la edad del retiro, etapas en las cuales su hijo mayor ya habrá madurado.

El matrimonio tardío para los hombres migrantes establece un conjunto completo de nuevas dinámicas sociales respecto de su fecundidad y paternidad. La negociación entre la gente sobre los términos bajo los cuales vivir una vida obligadamente migrante, sostenida y reforzada a lo largo de décadas, alentó cambios de largo alcance que hicieron que la fecundidad femenina en Botswana fuese muy diferente de la del resto de África. En ausencia de estudios cuantitativos y motivacionales, el lado masculino de la ecuación puede aproximarse a través del curso de vida. Todos los hijos concebidos durante la juventud de un hombre, tienen varios grados de tenue reconocimiento de la paternidad y del apoyo. En la mayoría de las regiones con tradiciones religiosas ancestrales, los hombres aún esperan producir y reclamar a sus hijos, y esto probablemente afecta sus motivaciones hacia una fecundidad positiva. Sin embargo, si bien pueden hacerse reclamos, la movilidad del hombre hace relativamente fácil para él posponer la acción sobre ellos, y su pobreza puede funcionar como incentivo para ser altamente selectivo en las obligaciones que reconoce. La reordenación y el reajuste ofrecen la posibilidad de redefinir las prioridades. Como una aparente paradoja, la fuerza poderosa de las normas paternas consuetudinarias, en ciertos momentos clave puede hacer accesibles áreas bastante amplias de discreción o libertad respecto a otras funciones. Un hombre puede ser capaz de cumplir con los deberes de reproducción hacia sus ancestros, negociar y recibir la dote de una hija y mantener un gravamen sobre la tierra sin, necesariamente, estar presente, ya sea moral o financieramente en la vida diaria.

Como sugiere el análisis estructural, el proceso de maleabilidad depende no sólo de la racionalidad de la situación vital, tal como la relación costo-beneficio de hijos, sino también de los medios sociales y culturales por medio de los cuales la gente puede negociar nuevas sendas de vida entre sí. La teoría de la modernización se revela como extremadamente simplista al predecir que los números de hijos podrían reducirse y la inversión paterna intensificarse, sin ningún tipo de negociación adicional, y partiendo del modelo patriarcal clásico venerado por el canon religioso. De hecho, la reducción de la inversión paterna en los hijos puede deberse

a diversos motivos, en diferentes culturas y economías: la prevención de la concepción, la anulación del reconocimiento, la absoluta ausencia diaria, y la abnegación total hacia los hijos de una unión conforme el hombre se dirige hacia una segunda o tercera, u otra unión más. Los debates morales, legales e ideológicos pueden centrarse en estos cambios, a pesar de que se escribe mucho menos sobre ellos, tanto para las sociedades no occidentales como para Europa y Estados Unidos.

Para tomar un ejemplo clásico de negociación de las fases de autoridad paterna a lo largo del ciclo de vida, la opinión actual en los círculos legales en Estados Unidos se divide entre quienes reafirman la responsabilidad del padre hacia los hijos casi adultos (por tanto definiéndolos como niños), y quienes declaran con el objeto de fallar en favor de que el mismo grupo de edad es, de hecho, adulto. En la confusión, los esfuerzos avanzan con ímpetu hacia el firme establecimiento de los criterios básicos esenciales de la paternidad, que deberían establecer algunas pautas para la mediación legal en la negociación interpersonal. De ahí la prominencia aparentemente creciente de las definiciones biológicas de las relaciones y de su conexión con obligaciones monetarias. Desviándose drásticamente de las múltiples paternidades del registro etnográfico sobre la historia y la variedad humana, el derecho estadounidense actualmente reduce la paternidad unitaria a dos cualidades minimalistas: propiedades genéticas y monetarias. Enfrentamos un extraño giro de 180 grados desde la antropología del siglo XIX, donde la paternidad era vista como limitada en las llamadas "sociedades primitivas"; en su completo florecimiento como institución moral y logro de la "civilización". En la actualidad vemos el minimalismo de la paternidad en la "sociedad moderna" de finales del siglo XX, y su mayor extensión y flexibilidad en las culturas que retienen, por lo menos, una porción de las definiciones religiosas del curso de vida.

Desde mi punto de vista, el secularismo es una influencia menos profunda en la fecundidad masculina que la expectativa y vivencia de una vida móvil. La movilidad es una característica crecientemente dominante de la vida social moderna para amplios segmentos de la población mundial. Desde el momento en que impone restricciones y ofrece amplias oportunidades para la reordenación de la vida reproductiva de un hombre, merece especial atención. Las tasas de movilidad espacial son hoy mucho más altas en el mundo, y casi con seguridad mucho más para los hombres que para las mujeres, favoreciendo relaciones sexuales de corto plazo y la frecuente ruptura del contacto paterno, aun con los hijos reconocidos. La estabilidad geográfica a lo largo de la vida puede, incluso, ya no caracterizar a la mayoría de la población humana. La centralidad de la negociación, redefinición, reordenación e intenso movimiento en la situación actual en la que los hombres crean vidas reproductivas, implica que los estudios de

“niveles y tendencias” de la fecundidad masculina en demografía, y las variables socioculturales relevantes para explicarlas en otras ciencias sociales, podrían beneficiarse de la experiencia de los estudios de la mujer, que combinan métodos para indagar sobre las fuentes de las acciones y las dinámicas ocultas de la conciencia que les dan forma.

#### LECCIONES A PARTIR DE LOS ESTUDIOS DE LA MUJER

El feminismo generó nuevas metodologías y también nuevo conocimiento. La pregunta de cómo se reproducen estos patrones en la vida de las mujeres y cómo pueden cambiarse? llevó a las estudiosas a ir más allá de las estructuras y de la historia, y a retomar el terreno de la variedad, la experiencia y la acción. El renovado esfuerzo por entender la organización social y las bases culturales de la paternidad, claramente enfrenta desafíos descriptivos, conceptuales y estratégicos, tan análogos a los que enfrentó la generación anterior de estudiosas feministas, que bien vale la pena revisar sus contribuciones. En el trabajo feminista, las contradicciones se convirtieron en terreno propicio para el pensamiento innovador: contradicciones entre las teorías de la sociedad y la experiencia de las mujeres (como está expresado en el gran clásico de Betty Friedan, *La mística femenina*), entre las prescripciones para las mujeres y sus convicciones y aspiraciones profundas, y entre los conceptos de la Eterna (Genérica) Mujer y las observaciones de su propia y enorme variedad. Así, el trabajo feminista no sólo es útil porque trata del género, sino también porque ya ha desarrollado formas de abordar las profundas lagunas y las densas marañas de confusión en el estudio del curso de vida humana, en toda su diversidad.

La famosa pregunta sin respuesta atribuida a Freud: “¿Qué quieren las mujeres?”, que ha animado el debate feminista, puede también formularse para los hombres. Fue planteada primero en una era y en una clase social marcadas por la declinación de la fecundidad. Si las mujeres realmente querían hijos, como podría sugerir una biología evolucionista simple, el descenso de la fecundidad dejaba a la gran mayoría de los encuentros sexuales femeninos, sin explicación. Podían ser pensados como sumisión cultural obligatoria (o resistencia, dependiendo de la identidad y sexo de la pareja) o bien, desde el punto de vista racional, simplemente como un medio para depender del ingreso masculino el tiempo suficiente como para asegurar, no el número de hijos, sino su calidad y sobrevivencia hasta la vida adulta. Una generación de mujeres se rebeló contra ambos motivos para el involucramiento sexual en el matrimonio: en el primer caso amparándose en los derechos humanos, y en el segundo, como rechazo a una forma de intercambio económico que las ubicaba a la par de la prostitución.

El hecho de que las mujeres podían también desear tener expresión sexual y poder, comenzó a esbozarse lentamente y se adaptó inadecuadamente al modelo reproductivo.<sup>12</sup> Los contornos del sexo como algo que “las mujeres quieren”, están emergiendo y son aún polémicos, ya que una vez que se preguntó a las mismas mujeres acerca de su visión, las respuestas “claras y fuertes” eran tan variadas y recalcitrantes a la teoría, como sorprendentes e impopulares.<sup>13</sup> Las mujeres han revelado estar profundamente condicionadas por la historia y por situaciones particulares. Aquí no hay *ceteris paribus*. Las “otras cosas” que forman el escenario para las trayectorias reproductivas, aparte del “éxito reproductivo”, son tan centrales para la mayoría de las motivaciones de la gente y de sus posibilidades para actuar sobre ellas, que no pueden mantenerse en suspenso en el análisis. Mi generación, por ejemplo, llegó a la edad de veinte años entre 1965 y 1985, cuando los logros médicos básicos del tratamiento antibiótico para las enfermedades de transmisión sexual (ETS) y las mejoras técnicas anticonceptivas femeninas ya estaban disponibles, y antes de la irrupción del sida. Y en la primera de las dos décadas, la economía estaba también creciendo y ofreciendo nuevas oportunidades a las mujeres educadas. La práctica sexual podía ascender en nuestra lista de prioridades. Ciertamente no fue así para la generación de mi madre, sin acceso a la información ni a la protección contra las enfermedades. Por otra parte, la generación de mi madre podría estar aterrada por la sífilis, pero difícilmente lo estaba por la muerte en el parto, tal como fue expresado por una mujer siciliana: “Cada vez que uno de mis bebés estaba por nacer, me decía ‘Vas a morir! Esta vez vas a morir’”. (Citado en Watkins, 1993: 569.)

La historia y la experiencia de las cohortes, moldean claramente los conceptos de las mujeres acerca de la posibilidad de una buena vida y del rango de prácticas que se deben desarrollar para alcanzarla. Los estudios de la mujer encuentran que las propias voces de las mujeres son el primer paso hacia la comprensión de cómo se configuran estas lógicas, de cómo las mismas mujeres tienen que encontrar sentido a sus situaciones y posibilidades.<sup>14</sup> El trabajo feminista trata con escepticismo la inferencia de racionalidades plausibles que está detrás de los patrones estadísticos de “niveles y tendencias”, si es que se desvían de las propias y variadas concepciones que tienen las mujeres.

<sup>12</sup> Véase por ejemplo, la revisión de Willis (1995) titulada *Porn Wars. A feminist takes her more censorious sisters to task*.

<sup>13</sup> Para un análisis de las diferentes cohortes de mujeres en Estados Unidos, véase Ginsburg (1987), y para el vínculo entre eventos históricos y fecundidad, véase Lesthaeghe (1989).

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, el reciente artículo de Angier en *Science Time* (1995).

La interrogante respecto de los hombres, tiene una estructura formal similar a la "interrogante de las mujeres" pero con un contenido diferente: biológicamente se asume que los hombres quieren sexo y por lo tanto descendencia, pero ¿por qué quieren tener y criar hijos? Todo sugiere que las respuestas serán probablemente tan variadas, controvertidas e históricamente cambiantes como aquéllas respecto a las mujeres y la sexualidad. En una era donde la concepción puede evitarse o los hijos pueden ser abandonados por los padres biológicos, donde debido a la mayor sobrevivencia de los hijos, uno o dos niños pueden realizar el imperativo biológico del éxito reproductivo, donde los hijos se han vuelto casi incosteables, y donde el sistema legal puede asignarlos a la madre en caso de divorcio, las ambiciones masculinas respecto a los hijos parecen repentinamente problemáticas. ¿Qué quieren los hombres? o, en un estilo más cercano a la elaboración de políticas, ¿qué argumentos posibles y plausibles quedan para convencer a los hombres de que tomen a los hijos como una parte seria de sus trayectorias de vida? La reciente conferencia de Mundigo (1995:26) sobre Roles Masculinos, Sexualidad y Salud Reproductiva, plantea la cuestión de este modo: "¿Cuál es el rol que asegura que los hombres, incluyendo los adolescentes, modifiquen su comportamiento sexual y reproductivo para convertirse en los ciudadanos responsables que los acuerdos internacionales requieren?". Quien se encargue de esta hercúlea tarea en la presente e inestable situación mundial, se enfrenta a la lógica de una teoría biológica y de una elección racional del comportamiento que apuntaría, no sin vacilación, hacia la búsqueda masculina de gratificación sexual barata y de corto plazo y hacia la anulación de un compromiso de largo plazo que sería terriblemente caro en el mejor de los casos, y muy doloroso en el peor.

Si el estudio de la fecundidad masculina sigue al de la sexualidad femenina, entonces deberíamos esperar que el primer paso fuera una documentación de los patrones, en la cual la variedad se tome muy seriamente —variaciones de una sociedad a otra, dentro de las sociedades entre los hombres, a lo largo del ciclo de vida, y bajo condiciones históricas diferentes—, y en la cual tomen el lugar central las propias explicaciones de los hombres sobre estas variaciones. Sin ser demógrafa, sólo puedo mencionar un principio acerca de cuánto queda por hacer para vincular la antropología del género y el parentesco, con una comprensión demográfica de la fecundidad masculina. En un artículo titulado "Si todo lo que supiéramos de las mujeres fuera lo que leemos en la revista *Demography*, ¿qué sabríamos?", la respuesta no es más alentadora para los hombres que para las mujeres: *concluiríamos que las mujeres son productoras primarias de niños, de servicios para ellos, etc.[...] Aprenderíamos aún menos acerca de los hombres* (Watkins, 1993: 553) (las cursivas son mías).

## CONCLUSIÓN

Mientras revisaba la literatura para este trabajo, me impactaron enormemente los diferentes tipos y frecuencias de interacción entre padre e hijo y su secuencia a lo largo de la maduración de este último, que los diversos sistemas sociales establecen como expectativas. Si descartamos la pura identificación genética como un factor de motivación, porque no sabemos cómo funcionan éstos en el conjunto completo de relaciones biológicas tanto para la solución intensiva del éxito reproductivo masculino como para la extensiva, entonces vemos claramente que los sistemas que insisten en la interacción frecuente en la temprana infancia están destinados a fomentar un sentido más fuerte del vínculo que los otros. "Los otros" incluirían todos los casos donde el vínculo padre-hijo se funda en intereses que el niño sólo puede lograr en una edad posterior, o donde el padre está esencialmente ausente. Espero y deseo que una respuesta ¿Qué quieren los hombres? respecto a sus hijos (una de las preguntas cruciales con que comenzó este artículo) sea la capacidad de expresión emocional y satisfacción a lo largo de un ciclo de vida completo. Lo que nos ha tomado décadas confirmar es lo que las mujeres quieren, más allá de la sexualidad. Sin embargo, sólo ciertos sistemas socioeconómicos y religiosos crean condiciones óptimas para ambos. Bajo las condiciones actuales de costos, inestabilidad política y movilidad, toda racionalidad alentaría al hombre a renegar del compromiso que supone veinte años de esclavitud para sostener hijos dependientes. Las prescripciones religiosas y los logros que trae la unión, parecen ser la principal defensa contra esto, siendo el patrón social alternativo, la búsqueda por parte del hombre de una amplia trayectoria de vida sexual, en la cual la fecundidad no figure en lo absoluto.

## BIBLIOGRAFÍA

- Allan, William (1965), *The African Husbandman*, Westport CT, Greenwood Press.
- Angier, Natalie (1995), "New View of the Family: Unstable but Wealth Helps", *New York Times*, vol. 8, núm. 29, C1 y 5.
- Baier, Steven (1980), *An Economic History of Southern Niger*, Oxford, The Clarendon Press.
- Becker, Gary S. (1981), *A Treatise on the Family*, Cambridge MS, Harvard University Press.
- Berry, Sara S. (1985), *Fathers Work For Their Sons. Accumulation, Mobility and Class Formation in an extended Yoruba Community*, Berkeley, University of California Press.
- Blanc, Ann (1993), *Determining Male Fertility Through Surveys, the 1985 Experience*, trabajo presentado en la Conferencia General de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, Montreal, 1989.

- Bledsoe, Caroline y Barney Cohen (eds.) (1993), *The Social Dynamics of Adolescent Fertility in Africa*, Washington DC, National Research Council.
- Brydon, Lynne (1987), "Women in the Family, Cultural Change in Avatime, Ghana, 1900-80", *Development and Change*, vol. 18, núm. 2, pp. 251-260.
- Caldwell, John C. y Pat Caldwell (1987), "The Cultural Context of High Fertility in Sub-Saharan Africa", *Population and Development Review*, vol. 13, núm. 3, pp. 409-437.
- , Pat Caldwell e I. O. Orubuloye (1991), "The Destabilization of the Traditional Yoruba Sexual System", *Population and Development Review*, vol. 17, núm. 2, pp. 229-262.
- Campbell, B. C. y P. W. Leslie, "The Reproductive Colony of Human Males", *The Yearbook of Physical Anthropology* (en prensa).
- Chisholm, James S. (1993), "Death, Hope and Sex. Life-History Theory and the Development of Reproductive Strategies", *Current Anthropology*, vol. 34, núm 1, pp. 1-24.
- Clapperton, Hugh (1829), *Journal of a second expedition into the interior of Africa, from the bight of Benin to Soccatoo. By the late Commander Clapperton... To which is added, the Journal of Richard Lander from Kano to the Sea-coast, partly by a more eastern route. With a map of the route, chiefly laid down from actual observations for lattitud and longitude*, Philadelphia, Carey, Lea y Carey.
- Collier, Jane Fishburne y Sylvia Junko Yanagisako (eds.) (1987), "Introduction", *Gender and Kinship, Essays toward a Unified Analysis*, Stanford, Stanford University Press, pp. 1-50.
- Di Leonardo, Micaela (ed.) (1991), *Gender at the Crossroad of Knowledge, Feminist Anthropology in the Postmodern Era*, Berkeley, University of California Press.
- Engels, Frederick (1972), *The Origin of The Family, Private Property and the State*, editado por Eleanor Leacock, Nueva York, International Publishers.
- Eno Belinga, S. M. (1978), *L'Épopée Camerounaise Mvet. Moneblum ou L'Homme Bleu*, Editions CIE, Yaounde, Cameroon.
- Federal Office of Statistics (Nigeria) e IRI/Macro International Inc. (1992), *Nigeria Demographic and Health Survey 1990*, Columbia, Maryland.
- Fortes, Meyer (1954), "A Demographic Field Study in Ashanti", en Frank Lorimer (ed.) *Culture and Human Fertility. A Study of the Relation of Cultural Conditions to Fertility in Non-industrial and Transitional Societies*, UNESCO, pp. 239-339.
- (1983), "Rules and the Emergence of Society", Londres, Royal Anthropological Institute, artículo ocasional, núm. 39.
- Fox, Robin (1967), *Kinship and Marriage. An Anthropological Perspective*, Cambridge University Press.
- Friedan, Betty (1963), *The Feminine Mystique*, Nueva York, Norton.
- Frobenius, Leo (1980), *The Voice of Africa. Being an account of the travels of the German Inner African Exploration Expedition in the years 1910-1912*, Nueva York, Arno Press.
- Ghana Statical Service and Institute for Resource Development, Macro Systems Inc. (1989), *Ghana Demographic and Healt Survey 1988*, Columbia, Maryland.

- Ginsburg, Faye (1987), "Procreation Stories, Reproduction, Nurturance and Procreation in Life Narratives of Abortion Activists", *American Ethnologist*, vol. 14, núm. 4.
- Kelly, Raymond C. (1974), *Etoro Social Structure. A study in structural contradiction*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Kopytoff, Igor (1990), "Women's Roles and Existential Identities", en Peggy Reaves Sanday y Ruth Gallagher Goodenough (eds.), *Beyond the Second Sex: New Directions in the Anthropology of Gender*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, pp. 77-98.
- Kratz, Corinne (1994), *Affecting Performance, Meaning, Movement and Experience in Okiek Womens initiation*, Washington DC, Smithsonian Institution.
- Laye, Camara (1956), *The Radiance of the King*, Londres, Fontana Collins.
- Lesthaeghe, Ron J. (1989), "Production and Reproduction in SubSaharan Africa: An Overview of Organizing Principles", en Lesthaeghe (ed.), *Reproduction and Social Organization in SubSaharan Africa*, Berkley, University of California Press, pp. 13-59.
- Lévi-Strauss, Claude (1970), *Totemism*, Boston, Beacon Press.
- Ministry & Health (Ondo State) e Institute for Resource Development/Macro Systems Inc. (1989), *Ondo State, Nigeria Demographie and Health Survey 1986*, Columbia, Maryland...
- Morgan, Lewis Henry (1871), *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*, Washington D.C., Smithsonian Institution en Contributions to Knowledge, vol. 17, art. 2.
- Moore, Henrietta L. (1994), *A Passion for Difference*, Bloomington, Indiana University Press.
- Mundigo, Axel I. (1995), "Men Roles, Sexuality and Reproductive Health", *Serie de Conferencias Internacionales sobre Temas de Población*, Fundación John D. y Catherine T. McArthur.
- Murray, Colin (1981), "Families Divided, the Impact of Migrant Labor in Lesotho", Cambridge, University Press.
- Netting, Robert Mc. C. (1981), *Balancing on an Alp. Ecological Change and Continuity in a Swiss Mountain Community*, Cambridge University Press.
- (1993), *Smallholders, Householders. Farm Families and the Ecology of Intensive, Sustainable Agriculture*, Stanford, Stanford University Press.
- Ottenberg, Simon (1989), *Boyhood Rituals in an African Society, An Interpretation*, Seattle, University of Washington Press.
- Piot, Charles (1993), "Of Slaves and the Sift: Kabre Sale of Kin During the Era of the Slave Trade", *Journal of African History*, vol. XXXVII, pp. 31-49.
- Radcliffe-Brown A.R. y D. Forde (1950), *African Systems of Kinship and Marriage*, Oxford University Press for the International African Institute.
- Reynolds, Pamela (1991), *Dance Civet Cat. Child Labour in the Zambezi Valley*, Londres, Zed Books.
- Richards, Audrey (1956), *Chisungu. A girls initiation ceremony among the Bemba of Zambia*, Londres, Tavistock.
- Sarpong, Peter (1977), *Girls, Nubility Rites in Ashanti*, Ghana Publishing Corporation.

- Schopera, Isaac (1933), "Premarital Pregnancy and Native Opinion, A note on Social Change", en *Africa*, vol. 4, núm. 1, pp. 59-89.
- Schildkrout, Enid (1979), "Women's work and children's work: Variations among Moslems in Kano", en S. Wallman (ed.) *Social Anthropology of Work*, Nueva York, Academic Press, pp. 81-112.
- Schneider, David M. y Kathleen Gough (1961), *Matrilineal Kinship*, Berkeley, University of California Press.
- Siebert, Charles (1993), "How do men feel about birth control?", en *Glamour*, junio, núm. 168-9, pp. 226-228.
- Skinner, G. William (1997), "Family Systems and demographic processes", en David I. Kertzer y Tom Fricke (eds.), *Anthropological Demography: Toward a New Synthesis*, pp. 53-95.
- Smith Thomas C. (1977) *Nakahara. Family Farming and Population in a Japanese Village, 1717-1830*. Stanford University Press.
- Thurow, Lester C. (1995), "Companies Merge; Families Break Up", *New York Times*, vol. 9, núm. 3.
- Toulemon, Laurent y Evelyn Lapierre-Adamcyk (1995), "Demographic patterns of motherhood and fatherhood in France", trabajo presentado en el seminario *Fertility and the male life cycle in the era of Fertility decline*, México (para ser publicado en inglés por la IUSSE).
- Udry, J.R. y B.C. Campbell (1994), "Getting Started on Sexual Behavior", en A.S. Rossi (ed.), *Sexuality Over the Life Course*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 187-208.
- Van de Walle, Etienne (1992), "Fertility Transition, Conscious Choice and Numeracy", *Demography*, vol. 29, núm. 4, pp. 487-502.
- Van Onselen, Charles (1982), *Studies in the Social and Economic History of the Witwatersrand 1886-1914*, vol. 2, *New Nineveh*, Nueva York, Longman.
- Watkins, Susan Coits (1993), "If All We Knew About Women Was What We Read in Demography, What Would We Know?", *Demography*, vol. 30, núm. 4, pp. 551-577.
- Weiner, Annette B. (1988), *The Trobrianders of Papua, New Guinea*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- Willis, Ellen (1995), "Porn Wars. A Feminist takes her more censorious sisters to task", *New York Times*, Book review, núm. 9/10, p. 24.
- Wright, Robert (1994), "Our Cheating Hearts. Devotion and betrayal, marriage and divorce, how evolution shaped human love", *Time*, vol. 8, núm. 15, pp. 44-52.
- (1994b), *The Moral Animal, Evolutionary Psychology and Everyday Life*, Nueva York, Vintage Books.
- (1995), "The Evolution of Despair", *Time*, vol. 8, núm. 28, pp. 50-55.



## LOS HOMBRES Y LA SEXUALIDAD: APORTES DE LA PERSPECTIVA FEMINISTA Y PRIMEROS ACERCAMIENTOS A SU ESTUDIO EN MÉXICO

IVONNE SZASZ\*

Este trabajo sintetiza algunos hallazgos de la investigación sobre la sexualidad de los varones en México, precedidos por el señalamiento de aportes de diversas corrientes del pensamiento feminista sobre la participación de los hombres en la sexualidad.

La sección introductoria retoma las revisiones del feminismo y la perspectiva de género elaboradas por autores como Gomáriz, De Barbieri, Lamas y Scott, sintetizando algunos de los planteamientos feministas sobre los varones y la sexualidad, e incluyendo algunos aportes de los estudios sobre la masculinidad.

En la segunda parte de este trabajo se reseñan los resultados de diversas investigaciones que contribuyen al conocimiento y la comprensión de la sexualidad de los hombres en México. Este conocimiento permite reflexionar sobre las dimensiones de la cultura sexual que facilitan o dificultan las conductas preventivas de embarazos no buscados y contagios de enfermedades de transmisión sexual, así como la participación responsable de los varones en la reproducción.

### LA PERSPECTIVA FEMINISTA Y LA SEXUALIDAD DE LOS VARONES

#### *Los aportes teóricos del pensamiento feminista*

El contexto en el que surgieron las primeras formulaciones sobre la igualdad de mujeres y hombres correspondió al surgimiento de la noción de

\* Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

derechos ciudadanos modernos en los países occidentales. Las expresiones tendientes a una sociedad de hombres hermanos, contrapuesta al señorialismo, contenidas en declaraciones como las emanadas de la Revolución francesa y de la Independencia de Estados Unidos, corresponden a los valores políticos de la modernidad, que se desarrollaron en las sociedades occidentales durante el siglo pasado y a principios del presente. Las formas modernas de subordinación de las mujeres, surgidas después de la Revolución francesa, se basaron en la naturalización de las desigualdades entre los sexos y de la heterosexualidad, situando al matrimonio y a la familia en esferas separadas de la producción, y el papel protagónico de la mujer en ellos como base organizativa de la estabilidad social. En este contexto, las luchas por la igualdad de las mujeres se referían a su acceso al sufragio, a la escolaridad y al control natal, pero no desarrollaron propuestas teóricas sobre el origen, el carácter y la reproducción de las desigualdades (Gomáriz, 1992; De Barbieri, 1991; Lamas, 1986 y 1995; Scott, 1996).

Después de la segunda guerra mundial, el desarrollo de las ciencias sociales permitió identificar dimensiones clave de la situación de las mujeres en las sociedades modernas, al formular propuestas sobre la existencia de roles sociales diferenciados para hombres y mujeres, sobre el origen social de la división sexual del trabajo y sobre el carácter cultural de las identidades, en los desarrollos teóricos de Parsons, Lévi-Strauss y Mead, entre otros. Simone de Beauvoir (1986), al identificar a las mujeres como ciudadanos de segunda clase, propuso que las limitaciones para desarrollar un trabajo independiente y creador determinaban de manera central la condición subordinada de las mujeres y sus posibilidades de emancipación. A su vez, algunas corrientes psicoanalíticas propusieron el rescate de la dimensión psíquica y su relación con lo sociocultural en la construcción de las identidades (Gomáriz, 1992; Lamas, 1995; Scott, 1996).

Conjuntamente con los aportes de las ciencias sociales y del psicoanálisis, los profundos cambios materiales ocurridos en la vida de las mujeres en las sociedades occidentales modernas, que culminaron hacia los años sesenta, dieron origen a una reflexión más radical sobre la desigualdad entre hombres y mujeres. El aumento en la esperanza de vida prolongó la existencia de las mujeres más allá de la etapa reproductiva, y el desarrollo de la anticoncepción moderna permitió reducir esta etapa y separar el ejercicio sexual de la procreación. Junto con estos cambios demográficos, el logro de niveles de escolaridad semejantes a los masculinos y el ingreso masivo a los mercados de trabajo modificaron profundamente la trayectoria de vida de las mujeres occidentales (Gomáriz, 1992).

El pensamiento feminista desarrolló dos vertientes principales en ese periodo: 1) una primera empirista, dirigida a documentar las condiciones de vida de las mujeres y a generar conocimientos que consideraran la

participación de las mujeres en la historia política y económica, en la vida cotidiana y en la producción cultural. Esta vertiente dio origen a los "estudios de la mujer"; y 2) una segunda, teórica, que propuso la categoría de patriarcado como descriptora de la organización social de la dominación masculina, y que consideraba la subordinación femenina como producto de ese ordenamiento patriarcal. En la noción de patriarcado estaba implícito un supuesto volitivo de dominación masculina (De Barbieri, 1991; Gomáriz, 1992).

Los estudios orientados desde la visión teórica del patriarcado, señalaron características de la sexualidad masculina que manifestaban elementos de esa dominación, tales como el carácter agresivo del comportamiento sexual varonil, su carácter opresivo de las mujeres y la cosificación, que reducía a las mujeres al carácter de objetos de la sexualidad masculina (Horowitz y Kaufman, 1989).

A comienzos de los años setenta, Rubin cuestionó los límites de la noción teórica de patriarcado como concepto útil desde el punto de vista analítico y propuso el concepto de género. Señaló al sistema patriarcal como una forma específica de dominación masculina, que existe junto con otras formas empíricamente observables de relaciones sociales entre los sexos, y propuso la categoría abstracta de género o sistema sexo/genérico como la organización social de la reproducción de las convenciones sobre lo masculino y lo femenino. Señaló que el modo sistemático de tratar el sexo/género que tiene una sociedad puede ser igualitario, estratificado u opresivo, y que esto depende de las relaciones sociales que organizan el sistema y no de las voluntades de los individuos (Rubin, 1986).

La noción teórica del género dio origen a la crítica feminista sobre el conocimiento y las categorías producidas hasta entonces y a diversas orientaciones teóricas que buscan fundamentos para la comprensión de las relaciones genéricas. Las críticas se dirigieron a cuestionar una serie de mitos, como el concepto de la naturaleza única e indiferenciada de "la mujer", como la idea de que las mujeres siempre son subordinadas en un proceso de dominación unilineal y vertical, la reducción del concepto de género a las mujeres, o la creencia en el carácter éticamente correcto de las visiones femeninas por el solo hecho de proceder de mujeres (Gomáriz, 1992; Lamas, 1995).

Al concebir que las sociedades humanas, a través de la acción social transforman el sexo biológico en género, dotándolo de sentido mediante prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores, la perspectiva de género asume que hay variaciones históricas, generacionales, étnicas y de clase, que hay diversos tipos de relaciones hombre-mujer, y que también hay relaciones de poder entre hombres y entre mujeres (De Barbieri, 1991; Scott, 1996; Lamas, 1986). La incorporación del concepto de género en la

teoría feminista puso el acento en la dimensión relacional, en la idea de relaciones de poder, rescatando la perspectiva del sujeto, de la acción social, y privilegiando el estudio de situaciones concretas, sin presuponer la subordinación y sin limitarla a las relaciones hombre-mujer (De Barbieri, 1991; Scott, 1996).

De Barbieri, Gomáriz, Scott y Lamas proponen que actualmente coexisten diversas orientaciones teóricas en los estudios contemporáneos sobre género que, sin ser contradictorias entre sí, difieren en cuanto al énfasis metodológico que privilegian:

a) Una orientación que sitúa a la división social del trabajo como núcleo motriz de las desigualdades genéricas, que encuentra sus raíces en el marxismo.

b) La orientación teórica que privilegia los procesos de producción y reproducción de las identidades subjetivas. En términos muy generales, esta corriente considera el género como un sistema jerarquizado de estatus y prestigio social, retoma de la sociología funcionalista las nociones de socialización y de aprendizaje de roles, y de la antropología feminista la relación entre cultura, estructuras simbólicas de prestigio y construcción de identidades genéricas, pero basándose en interpretaciones diversas del psicoanálisis. Las nociones de subjetividad e identidad intentan articular las dimensiones sociocultural e intrapsíquica (Gomáriz, 1992; Scott, 1996; Lamas, 1995).

Dentro de esta vertiente se distinguen al menos dos grandes enfoques. Uno es la corriente psicoanalítica estadounidense sobre las relaciones objetales, que considera la asignación femenina del maternaje como el origen de la construcción de desigualdad genérica, y que encuentra su principal exponente en Nancy Chodorow (Gomáriz, 1992; Chodorow, 1984). El otro es la corriente del psicoanálisis lacaniano, que acentúa la simbolización cultural de la diferencia sexual y plantea una relación compleja entre lo social y lo psíquico, rescatando el papel del deseo y del inconsciente en la formación de la subjetividad y en la adquisición de las identidades, así como la centralidad del lenguaje en la estructuración psíquica y cultural (Lamas, 1994 y 1995).

c) La orientación teórica que enfatiza el género como un sistema de poder, de ejercicio de dominaciones, resistencias, manipulaciones y negociaciones. En este sentido, la teoría feminista se ubica dentro de las ciencias sociales como una más de las teorías que buscan la integración epistemológica del conflicto, como forma de acercamiento a una realidad social en la que existen intereses diversos y relaciones de poder. Señala que el género se construye a través del parentesco, pero también mediante las construcciones simbólicas, la economía y la política. Proponen estudiar las relacio-

nes de género como relaciones significantes de poder, considerando tanto a los sujetos como a la organización social, buscando los significados que se producen en interacciones sociales concretas.

Esta vertiente del pensamiento feminista se alimenta también del estructuralismo, del posestructuralismo francés, el psicoanálisis lacaniano y el posmodernismo (De Barbieri, 1991; Gomáriz, 1992; Scott, 1996; Lamas, 1986 y 1995).

Gomáriz agrega como otra corriente contemporánea relevante: el llamado feminismo de la diferencia, desarrollado principalmente en Francia, que intenta rescatar la especificidad de lo femenino y afirmar sus ventajas.

En el siguiente apartado rescatamos algunas de las afirmaciones sobre el papel de los varones, que surgen de las visiones teóricas que sitúan la sexualidad y la procreación como componentes centrales de las construcciones genéricas.

#### *El varón y la masculinidad en el pensamiento feminista*

Rubin propuso que la sexualidad y el matrimonio se fundamentan en la organización genérica. Señaló que los sistemas de parentesco constituyen la base organizativa en las sociedades previas a la formación de los Estados modernos. En ellas, la organización genérica tiene por objeto asegurar la reproducción biológica del grupo, mediante una rígida división de tareas por sexo, la heterosexualidad obligatoria y el control de la sexualidad femenina. Los hombres adquieren derechos sobre sus parientes mujeres, que ellas no tienen sobre los hombres ni sobre sí mismas (Rubin, 1986).

Para poder responder a estos controles sociales, la identidad genérica del varón requiere, ante todo, de la represión de los rasgos considerados femeninos y de dirigir el deseo sexual hacia el otro sexo. A su vez, la identidad femenina requiere que la sexualidad responda al deseo de otros, y que se inhiban las actitudes deseadas, activas o buscadoras de respuestas. Los sistemas de parentesco definen reglas estrictas sobre la sexualidad, y están basados en una diferencia radical entre los derechos "de propiedad sexual" de los hombres y de las mujeres. A pesar de esta asimetría de derechos, Rubin afirma que en esta forma de organización social, aunque las mujeres sean subordinadas, tanto hombres como mujeres experimentan opresión genérica, en tanto para ambos se impone una división rígida de la personalidad, represión de rasgos, canalización e inhibición de deseos y formas de expresión sexual (Rubin, 1986).

Rubin (1986) afirma que en las sociedades occidentales modernas el parentesco ha perdido gran parte de sus funciones de organización social, pero mantiene su esqueleto: la organización genérica. El parentesco sigue

siendo un ámbito privilegiado de reproducción de identidades asimétricas. Aunque el sistema de género ha perdido gran parte de su función tradicional, está articulado con las formas económicas y políticas del Estado moderno. La sexualidad, el parentesco y el matrimonio son interdependientes de los sistemas sociales, económicos y políticos y se debe hacer en cada caso el análisis histórico de esas articulaciones. Estos planteamientos permiten afirmar a la autora que, aunque en las sociedades modernas las mujeres alcancen igual escolaridad, trabajo y participación política que los hombres, persistirá la raíz de la desigualdad; también sitúa el núcleo del sistema sexo/genérico en las reglas sobre la sexualidad, que asignan el desear a los varones y el ser deseadas a las mujeres.

Rubin, como muchos autores feministas, comparte la concepción de que el centro del conflicto de poder, donde se origina la subordinación-dominación, es el control del poder atribuido socialmente al cuerpo femenino, la búsqueda histórica de control social sobre la capacidad reproductora y el manejo de la capacidad erótica de los cuerpos femenino y masculino, o sea, el control de la sexualidad (De Barbieri, 1991; Godelier, 1982; Lamas, 1995).

Los espacios de la reproducción, el acceso al cuerpo, la seducción y las identidades sexuales son contradictorios, inseguros y están en permanente tensión, por lo que el sistema de género necesita ser muy estructurado y supone la cooperación y el desarrollo afectivo de las capacidades relacionales (De Barbieri, 1991; Lamas, 1995).

Las formas de controlar la sexualidad varían históricamente y se componen de ideas, representaciones colectivas, normas, mediaciones institucionales y políticas sobre el cuerpo, las relaciones sexuales y la fecundación, así como de sentimientos y de controles ejercidos por unos individuos sobre otros (De Barbieri, 1991; Scott, 1996).

Para la corriente feminista que adopta la vertiente psicoanalítica de las relaciones objetales, el núcleo de la desigualdad genérica se sitúa en la distribución desigual de las tareas de crianza y cuidado de los niños (maternaje). La asignación social exclusiva de las actividades de cuidado de los niños a las mujeres, perpetúa la falta de poder femenino, en tanto se trata de actividades no pagadas, de bajo estatus, que no representan control de recursos y que impiden el trabajo remunerado (Chodorow, 1984).

Para esta corriente, las diferencias socialmente generadas en cuanto a la orientación del cuidado de otros en hombres y mujeres, determinan diferencias en el desarrollo afectivo de las capacidades relacionales y en la estructura intrapsíquica. La esencia del "madereo" (la capacidad para brindar cuidados maternos), adquirido por las niñas al identificarse con su madre y con las tareas que ésta desarrolla, es la capacidad de experimentar a sí mismo en relación con otro, y experimentar satisfacción en ello. El sentido de sí mismo se define por la capacidad de relacionarse. Mientras

la capacidad relacional se desarrolla en las mujeres, se inhibe en los varones, quienes al reprimirla se conciben como separados, distintos de los otros, desarrollando la capacidad de independencia. Definirse por la independencia, la agresividad, la capacidad de trabajar y de proveer, atributos que llevan implícitos la negación de los afectos, se considera más valioso socialmente que definirse por la capacidad de relacionarse con otros (Chodorow, 1984).

Para esta corriente, el sentido de lo que es ser masculino se adquiere por el rechazo de lo femenino, la negación de la afectividad, la negación de lo relacional, de la dependencia. Para la sexualidad de los varones, este sentido se traduce en la represión de sus sentimientos de pasividad y afectividad y en la cosificación del otro.

El posestructuralismo lacaniano propone que esa visión simplifica las relaciones entre lo sociocultural y lo psíquico, señalando en el lenguaje, como sistema simbólico, el vínculo entre ambas dimensiones. Enfatiza la importancia de los sistemas de significados en la experiencia personal de construcción del sujeto, señalando que la relación del niño con el poder depende de su identificación imaginativa con la masculinidad o la femineidad, por el mayor valor simbólico que se atribuye socialmente a la posesión del falo-ley-masculinidad (Scott, 1996; Lamas, 1995).

Esta perspectiva propone una constante inestabilidad del sujeto genérico masculino, en tanto la idea de masculinidad descansa en la necesaria represión de los aspectos femeninos del sujeto e introduce el conflicto en la oposición de lo masculino y lo femenino (Scott, 1996; Lamas, 1995).

Al definirse un sexo en contraposición con el otro se inicia la simbolización de la diferencia sexual, que deriva en una regulación diferenciada de la sexualidad y en una doble moral sexual (Lamas, 1994). La construcción psíquica de la identidad genérica en sociedades que simbolizan lo genérico como bipolar y lo masculino como dotado de mayor valor, resulta en una represión del polimorfismo y la pasividad en la sexualidad (Lamas, 1995). Quien se asume como hombre apunta a la mujer como objeto de su deseo, mientras que la mujer tiene que renunciar a lo que aparece definitorio de su femineidad —la pasividad— para acceder a su placer y su deseo (Torres, 1994).

### *Los estudios de la masculinidad y la sexualidad masculina*

En los últimos años, al privilegiar la perspectiva relacional, los estudios de género han propuesto que rescatar la experiencia masculina es indispensable para entender las relaciones hombre-mujer. En especial a partir de los años ochenta surgieron corrientes que iniciaron el estudio sistemático de la construcción social de la masculinidad y de las relaciones de lo

masculino con lo femenino. En este apartado retomamos planteamientos sobre la sexualidad de los varones, que hacen algunos autores de esta corriente del pensamiento feminista.

Diversos autores han propuesto la existencia de ciertas características de la masculinidad dominante: la masculinidad de los hombres blancos, heterosexuales y de clase media de las sociedades occidentales protestantes y modernas. Se definen básicamente por conductas que se separan de la femineidad, que establecen distancia de lo emocional y afectivo —para que se pueda depender de ellos— y requieren de demostrar permanentemente su hombría ante otros hombres. En esta demostración el desempeño sexual es clave (Kimmel, 1992; Seidler, 1995).

Hasta antes de los años ochenta, cuando se inició el desarrollo de los estudios de género, el pensamiento feminista definía la sexualidad masculina como agresiva, cosificadora de las mujeres, dominadora y opresiva, y consideraba a las mujeres como víctimas y objetos de la sexualidad masculina. Destacaba la presencia de un doble estándar de moral sexual, que estimula en los varones la actividad, la diversidad de parejas y de experiencias y la expresión pública de su iniciativa sexual, mientras exige a las mujeres la conducta contraria (Horowitz y Kaufman, 1989).

El desarrollo de los estudios de género, y en particular de los estudios de masculinidad, ha permitido pensar que existe una permanente tensión y confusión en los varones, entre sus deseos sexuales y los imperativos de dominación, que generan fantasías y formas de conducta opresivas para las mujeres (Horowitz y Kaufman, 1989).

Aunque las definiciones de masculinidad cambian constantemente de una cultura a otra con el tiempo y según clases, razas, etnias, preferencias sexuales y etapas en la trayectoria de vida, los hombres de diversas culturas tienen en común la necesidad de demostrar permanentemente su virilidad, lo que es particularmente intenso en aquellas sociedades donde la separación entre el niño y la madre es psicológicamente dolorosa (Kimmel, 1992). De esta manera, lo que una cultura define como el comportamiento sexual apropiado para los varones debe ser usado para demostrar su virilidad, independientemente de sus deseos y preferencias, en una permanente tensión entre el deseo de placer y el de poder.

Seidler se refiere a las tensiones entre los deseos de los varones y la construcción occidental de la masculinidad, que se expresan en su sexualidad. Junto con la noción de la sexualidad como una "necesidad irresistible", que es expresión de la "naturaleza animal" de los humanos, la modernidad occidental protestante proclama el dualismo cartesiano entre mente y cuerpo e identifica la masculinidad con la racionalidad, situando al cuerpo como una entidad separada, que necesita ser controlada por la mente, entrenada y disciplinada (Seidler, 1995).

Al mismo tiempo, los varones insertos en esta masculinidad dominante crecen con la idea de la sexualidad en términos de conquista y rendimiento como una manera de probar su masculinidad frente a los pares, y no en relación con sus deseos y emociones. De esta forma, los varones se sienten acosados por el temor a la intimidad y al rechazo y tienden a separar la sexualidad del contacto y las emociones (Seidler, 1995).

El aprendizaje del autocontrol racional de sus emociones y sentimientos, fuentes de determinación y de falta de libertad, aparece como necesario para alcanzar la autonomía e independencia que requiere el ser masculino. Puesto que la razón se sitúa en oposición a la naturaleza y la sexualidad —deseos, fantasías, atracciones— es concebida como parte de esa naturaleza, la superioridad masculina se construye mediante el control de la sexualidad. En esta construcción de la masculinidad, las mujeres son identificadas con lo irracional —las emociones, la sexualidad, la naturaleza— pero al mismo tiempo se niega la autonomía de sus propios deseos sexuales. Son objeto del deseo masculino, provocadoras de su descontrol, responsables de la excitación masculina (Seidler, 1995).

Para demostrarse a sí mismos y a sus iguales que son hombres, los varones usan el lenguaje para defender su imagen y no para expresar sus necesidades emocionales, por lo que resulta difícil conciliar la forma en que necesitan comportarse con otros varones y la forma en que quieren comportarse con una mujer en una relación íntima. Sienten que hablar de sexo es la manera más segura de matar sus sentimientos, y se muestran poco inclinados a hablar de sus necesidades y vulnerabilidades. La ruptura entre sexo e intimidad y la relación externa y posesiva de la mente con el propio cuerpo convierte al sexo en un asunto de rendimiento. La inestabilidad de la identidad masculina, la necesidad permanente de demostrar y afirmar que se es hombre, genera una presión interna para tener relaciones sexuales —independientemente de un reconocimiento íntimo de deseos— y transforma el rendimiento sexual en una meta, un medio para demostrar y afirmar masculinidades (Seidler, 1995).

Horowitz y Kaufman (1989), proponen que la sexualidad masculina debe ser interpretada en el contexto de una sociedad clasista que reprime la polisexualidad y sobrepone la masculinidad y la feminidad al dualismo actividad/pasividad. Refiriéndose a las sociedades capitalistas, proponen que independientemente de las diferencias culturales, de clase, étnicas y generacionales, la mayoría de los hombres en estas sociedades tiene sentimientos confusos respecto de su sexualidad, y se siente atrapada entre sus deseos sexuales y las necesidades de afirmación de su masculinidad, que encierran fantasías y formas de conducta agresivas y posesivas.

Apoyándose en el constructivismo social y el psicoanálisis, señalan la sexualidad como un sistema socialmente construido de conflicto y tensión

interna. Una de las principales tensiones presentes en la sexualidad masculina es la imposibilidad de abrigar simultáneamente deseos activos y pasivos sin generar conflicto y temor. Los autores sitúan esos temores en sociedades que atribuyen un valor simbólico de actividad y poder a los genitales masculinos, y que fundan su sistema cultural en la oposición de dualismos que se superponen (Horowitz y Kaufman, 1989; Lamas, 1994).

A la polaridad actividad/pasividad se sobrepone fálico/castrado, y es esta superposición la que da lugar a la masculinidad y a la feminidad. Independientemente de las relaciones entre las personas, es un conjunto de instituciones, de normas sobre la familia y de parentesco; es decir, toda una cultura lo que enseña que ser hombre equivale a ser activo, agresivo, extrovertido, ambicioso, independiente. Oposiciones binarias tales como sujeto/objeto, actividad/pasividad, y nociones de causa y efecto se sitúan en la estructura básica de las lenguas indoeuropeas de las sociedades modernas. En ellas, la construcción social de la sexualidad reprime y suprime una amplia gama de placeres sexuales en la medida en que se interiorizan las divisiones básicas de esa sociedad: masculino *versus* femenino, activo *versus* pasivo, sujeto *versus* objeto, normal *versus* anormal, clases dominantes *versus* clases dominadas, humano *versus* naturaleza (Horowitz y Kaufman, 1989; Lamas, 1994).

Una de esas superposiciones consiste en el proceso de cosificación sexual o reducción de las mujeres a objetos de deseo sexual masculino, así como la concentración de lo sexual en ciertas partes del cuerpo y la reducción del cuerpo de las mujeres a una de dos "funciones" posibles: reproductiva o erótica (Horowitz y Kaufman, 1989).

Mediante este proceso, la polisexualidad se restringe a la heterosexualidad como norma y a la sexualidad genital. La masculinidad-agresión y la feminidad-pasividad se superponen a la división natural de los sexos. Para ser hombre se debe dominar a la naturaleza (la sexualidad) a las mujeres y la pasividad. Junto con la represión de la polisexualidad y la tendencia inconsciente a que el cuerpo y sus partes representen a la persona objeto del deseo, fragmentando a esa persona en segmentos y procesos componentes se agrega la definición social de las mujeres en relación con ciertos atributos físicos, que son objeto de deseo sexual. La concentración en ciertas actividades o partes del cuerpo se relaciona con experiencias que proporcionan simultáneamente alguna forma de satisfacción sexual y formas de seguridad frente a la ansiedad y el miedo: la visión del cuerpo de una mujer como un cuerpo carente de falo confirma que se es hombre (Horowitz y Kaufman, 1989).

Otra supresión consiste en la represión de la pasividad en los hombres, que conlleva a la represión de la ternura y de la receptividad, así como a la de la actividad sexual en las mujeres. "La estructura de la masculinidad es

inseparable de una feminidad proyectada, adorada, despreciada y temida que existe como su opuesto." (Horowitz y Kaufman, 1989: 92.) Si masculino es activo, femenino tiene que ser pasivo. La masculinidad, como objetivo escurridizo e inalcanzable se confirma teniendo como reflejo opuesto una feminidad pasiva, dominada. Así, la confirmación de la masculinidad en una sociedad basada en el género, confirma la hombría (Horowitz y Kaufman, 1989).

El comportamiento sexual activo frente a mujeres sexualmente pasivas, así como una atracción intensa y permanente hacia las mujeres, confirman esa hombría. El varón debe apropiarse del cuerpo de la mujer y también de su deseo y actividad. La búsqueda sexual no es solamente una búsqueda de placer, sino un intento de colmar ansiedades, de aumentar la autoestima, de confirmar la masculinidad (Horowitz y Kaufman, 1989).

#### LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA SEXUALIDAD EN MÉXICO Y EL PAPEL DE LOS HOMBRES

##### *Cultura y comportamiento sexual*

En los últimos años, algunos de los estudios sociodemográficos y epidemiológicos que se realizan en México han incluido preguntas sobre la sexualidad, y algunos estudios cualitativos han profundizado en los significados de esos comportamientos. Ambos tipos de investigación sugieren que se trata de expresiones enraizadas en la cultura sexual de los mexicanos.

Aunque no se tienen conocimientos para caracterizar claramente esa cultura sexual, consideramos conveniente situarla en el contexto de diversas expresiones de la sexualidad en el mundo contemporáneo. En su introducción al libro *The Cultural Construction of Sexuality*, Pat Caplan distingue al menos tres grandes matrices socioculturales en la construcción de diversas sexualidades en el mundo. Una de ellas corresponde a las sociedades occidentales, donde el deseo de procrear es bajo, existe una amplia aceptación de prácticas sexuales no procreativas, no existe el culto a la virginidad y el género se encuentra separado del sexo biológico, vinculándose más con la identidad que con la procreación. En estas sociedades, existe una clara separación entre sexualidad y procreación (Caplan, 1987).

Otra construcción cultural es la que se identifica como propia de las sociedades del África subsahariana y su diáspora. En esta matriz cultural no existe una separación conceptual entre sexualidad y reproducción. Son sociedades en las que el deseo de procrear es muy alto, el sexo biológico define el género, no existe el culto a la virginidad como forma de control de la sexualidad femenina y las relaciones coitales se consideran heterose-

xuales como signo de fortaleza y salud, y a las prácticas no procreativas como señales de debilidad (Caplan, 1987).

Finalmente, señala una tercera vertiente cultural correspondiente a las sociedades mediterráneas, latinas y orientales. En ellas el deseo de procreación se vincula con la procreación legítima y los niños son deseados como reforzadores de alianzas e intercambios. En estas sociedades se desean los hijos siempre y cuando sean de la pareja adecuada. Existen estrictos controles sobre la sexualidad femenina y la génesis de la progenie, los cuales se ejercen a través del culto a la virginidad y los castigos al adulterio femenino. El rango y prestigio social y la polaridad "mujeres buenas"/"mujeres malas" cobran tanta importancia social como las divisiones sexo/género. En estas sociedades, el control de la reproducción femenina es inseparable del control de la sexualidad (Caplan, 1987). Con toda su diversidad interna, América Latina y México se sitúan principalmente en esta última vertiente cultural en la construcción de sus sexualidades.

México se caracteriza por ser una sociedad heterogénea, con una estructura socioeconómica extremadamente desigual y gran diversidad cultural. Entre los elementos unificadores que permean esta diversidad, destacan, el uso de la lengua española como primera lengua para la mayor parte de sus habitantes, el mayoritario culto católico —muchas veces sincrético—, la influencia cultural de la Iglesia católica, las peculiares características del Estado mexicano y la importancia de las redes comunitarias y de parentesco en la sobrevivencia y la construcción de identidades.

Se trata, además, de una sociedad en proceso de cambio acelerado que se caracteriza por una intensa movilidad social y geográfica de la población. En pocos años se transformó de una sociedad eminentemente rural, analfabeta, con importantes proporciones de población indígena, dedicada principalmente a la agricultura de subsistencia, en una sociedad mayoritariamente urbana, escolarizada, mestiza, de trabajadores de la industria y los servicios y orientada por los valores de la modernidad. En menos de veinte años, las tasas globales de fecundidad experimentaron un descenso que en Europa tardó casi un siglo. Sin embargo, se trata de una sociedad en la que persisten grandes desigualdades sociales y en la que distintas visiones del mundo coexisten, se mezclan y se superponen, sin que se remplacen de manera tajante unas a otras.

En los últimos años, diversas encuestas y estudios en profundidad han intentado acercarse a la sexualidad de los mexicanos. Las encuestas sociodemográficas y de salud que han formulado preguntas sobre el comportamiento sexual están basadas en muestras probabilísticas, mayoritariamente de población joven y de población urbana. Las preguntas sobre sexualidad, fueron diseñadas principalmente para identificar comportamientos procreativos o de riesgo para la salud, en grupos de jóvenes

urbanos y escolarizados o en varones urbanos (Conasida, 1994; Secretaría de Salud, 1988a; Secretaría de Salud, 1989; Secretaría de Salud, 1990b).

Por el tipo de instrumento utilizado (cuestionarios impersonales con preguntas precodificadas), los muestreos estadísticos no son las herramientas idóneas para acercarse a la "realidad" de comportamientos tan sensibles como los sexuales. Sin embargo, los resultados de las diversas encuestas por muestreo son muy consistentes y al menos permiten tener indicios sobre la normatividad de la sexualidad en amplios grupos de la población mexicana.

Los comportamientos que declaran los varones son marcadamente diversos de los reportados por las mujeres en las encuestas: los varones inician la actividad coital heterosexual a edad más temprana, mayoritariamente con parejas con las que no mantienen una relación afectiva. Declaran un número más variado de prácticas, incluyendo el autoerotismo, así como relaciones sexuales con mayor número de parejas. Una vez iniciada la actividad coital heterosexual, no inician de inmediato relaciones conyugales. Entre el primer coito y la primera unión conyugal de los hombres mexicanos transcurre un lapso promedio de siete años. En ese lapso declaran haber tenido, en promedio, más de una pareja sexual, y algunos continúan teniendo diversas parejas sexuales después de iniciada la vida conyugal (Conasida, 1994; Secretaría de Salud, 1988a; Secretaría de Salud, 1989; Secretaría de Salud, 1990b; Ibáñez, 1995).

La frecuencia con que los varones mexicanos reconocen tener o haber tenido relaciones coitales con otros hombres es bastante elevada. El uso de anticonceptivos y de condón en las relaciones sexuales es muy bajo. Los jóvenes obreros urbanos solteros declaran usar el condón en una proporción más alta que el total de los obreros varones urbanos entrevistados, especialmente cuando tienen una escolaridad elevada, pero aun entre ellos el uso es minoritario y raras veces es permanente. (Conasida, 1994; Secretaría de Salud, 1988a; Secretaría de Salud, 1989; Secretaría de Salud, 1990b; Ibáñez, 1995; Izazola, 1988; Liguori, 1995).

Las declaraciones de las mujeres, en cambio, indican que para ellas no existe separación aparente entre la vida sexual, la procreación y la unión conyugal (Conasida, 1994; Secretaría de Salud, 1988a; Secretaría de Salud, 1989; Ibáñez, 1995).

Además de estas encuestas, en años recientes se han llevado a cabo estudios en profundidad sobre los significados de la sexualidad para diversos grupos de la población mexicana, basados en etnografías, historias de vida, entrevistas individuales y entrevistas grupales a hombres mexicanos de distintas edades y contextos sociales. A diferencia de las encuestas, los estudios en profundidad se refieren a un universo más heterogéneo, aunque numéricamente reducido. Algunos se refieren a jóvenes de grupos

populares urbanos, otros a trabajadores urbanos, rurales y migratorios, otros a jóvenes rurales e indígenas, otros a migrantes en los lugares de origen y en Estados Unidos, y otros a varones que frecuentan lugares de encuentro homosexual. Los resultados de estos estudios no pueden ser generalizados a conjuntos amplios de la población mexicana, pero permiten conocer y profundizar en los significados de los comportamientos y normas referidos por las encuestas sociodemográficas, de salud y psicológicas que han abordado el tema.

Los estudios cualitativos revisados coinciden en interpretar que los principales reguladores de la actividad sexual para los varones mexicanos no son las intenciones personales ni la información, sino los valores culturales, la simbolización del género, los discursos sociales sobre la masculinidad, las presiones de sus grupos de sustentación y apoyo —familia, grupo de amigos— y las experiencias socioeconómicas opresivas de dominación étnica, desigualdad de clase, pobreza, desempleo, migración y cuestionamiento del rol proveedor (Díaz, en prensa; Hirsch, 1990; Liendro, 1995; Bronfman y Minello, 1995).

A diferencia de los estudios realizados en las sociedades occidentales protestantes, éstos sugieren que en México, como en otros contextos católicos y no anglosajones, el control de la sexualidad no se ejerce principalmente en forma íntima, desde la racionalidad de la mente hacia el cuerpo o la propia “naturaleza”, sino principalmente a través de la cultura —los tabúes, los silencios, la escisión entre el ser y lo corpóreo— la organización social y los controles comunitarios y familiares.

### *Sexualidad y masculinidad*

Los estudios cualitativos señalan que las demostraciones de desempeño sexual desempeñan un papel central en la afirmación de la identidad masculina en los grupos de hombres mexicanos que fueron estudiados. La sexualidad no aparece únicamente como expresión del erotismo, sino como una de las principales formas de representación y reafirmación de la masculinidad. Por medio de la sexualidad, entre otros atributos, se expresa y se mide el poder masculino y se marcan sus límites (Liendro, 1995).

Estos estudios sobre grupos de la población mexicana plantean que la masculinidad de los hombres estudiados requiere de ser reafirmada y demostrada constantemente porque desde su nacimiento los varones están sometidos a un doble mensaje. Por una parte, aprenden que ser hombre es una gran ventaja, asociada con características socialmente valoradas como fuerza, protección, valor, asertividad y poder. Por otra parte, reciben el mensaje de que no se es hombre mientras no se prueba serlo. La cultura provee caminos específicos para probar la masculinidad, entre los cuales

las proezas sexuales ocupan un lugar preponderante (Díaz, en prensa; Liendro, 1995; Bronfman y Minello, 1995; Liguori, 1995).

La sexualidad de los varones está diseñada para crear, componer y restaurar un sentido de masculinidad e ideal varonil, pero está siempre bajo amenaza por la presencia de este doble mensaje cultural que hace que los varones estén más presionados para probar su masculinidad, que sus parejas su feminidad (Díaz, en prensa).

Los estudios revisados describen principalmente dos caminos de expresión de la sexualidad en estos grupos de hombres mexicanos, que se vinculan con la reafirmación de la masculinidad: la excesiva importancia atribuida a la erección y la penetración, como únicas formas valiosas de expresión sexual, y los relatos que se hacen en espacios masculinos ponderando el saber sobre sexualidad y las experiencias de penetración.

En estos estudios aparece una estrecha conexión simbólica entre masculinidad, penetración y erección (Díaz, en prensa). Los genitales masculinos representan valor, orgullo, prepotencia, fuerza, bienestar, y se pueden concebir separados del cuerpo, cobrando vida propia (Liendro, 1995). Los jovencitos que aún no han experimentado su primer coito manifiestan temores sobre el tamaño de su pene y el logro de la erección, y ansiedad por lograr esa experiencia (Rodríguez *et al.*, 1995).

Los distintos estudios revisados afirman que las caricias y expresiones eróticas sin penetración, por intensas que fueran, no eran consideradas relaciones sexuales por estos grupos de varones que estudiaron (Díaz, en prensa; Rodríguez *et al.*, 1995; Bronfman y Minello, 1995).

Particularmente en los sectores populares, los varones perciben un mandato prescriptivo de tener relaciones sexuales y lograrlas con diversas parejas, y temen que se dude de su masculinidad si no prueban su experiencia. Estos mandatos se ejercen a través de discursos, vigilancia y controles comunitarios y se interiorizan en las personas. Frecuentemente la penetración —vaginal o anal— es expresada como símbolo de dominación/subordinación (Bronfman y Minello, 1995; Liguori, 1995; Rodríguez *et al.*, 1995).

Esta conexión entre masculinidad y penetración es la que conduce a una construcción de la sexualidad como *locus* favorito para restaurar el *ego* masculino, frecuentemente herido, y es la que traslada la ansiedad por afirmar la hombría hacia una ansiedad por mantener la erección y por penetrar, temiendo ser rechazado o “fallar” (Díaz, en prensa).

Varios autores estudiaron las expresiones verbales y corporales alusivas a la sexualidad en espacios de reunión masculina. Señalan que es un tema sobre el que no se habla en una conversación o en un tono serio. Únicamente hacen referencias sexuales en el albur, en tono de broma, con lenguaje analógico y para presumir conquistas sexuales, generalmente frente a

personas del mismo sexo (Rodríguez *et al.*, 1995; Hirsch, 1990; Liguori, 1995; Fachel, 1992).

El albur consiste en un juego rítmico de palabras y gestos que combinan el humor con la ofensa, que ocurre principalmente en espacios de interacción masculina. Se inician generalmente en la pubertad, etapa en que la afirmación de la masculinidad constituye una fuente considerable de ansiedad. Son desafíos verbales que provocan hilaridad y que hacen alusión simbólica a una relación sexual en la que uno o varios —vencedores— penetran y otro —perdedor— es penetrado (o su madre, su mujer o su hermana son penetradas). La ofensa que se establece es una ofensa a la virilidad del otro, un ultraje, una humillación, y lo que está en juego es la implicación de los papeles activo y pasivo en un acto sexual figurado entre dos o más protagonistas (Fachel, 1992; Liguori, 1995; Rodríguez *et al.*, 1995; Hirsch, 1990; Bronfman y Minello, 1995; Diaz, en prensa; Paz, 1950).

En el albur, la identificación viril de uno se construye a través de la negación de la masculinidad del otro. En este contexto cultural, la agresión fálica significa siempre masculinidad. Es el papel activo, simbolizado como dureza, agresión, fuerza, firmeza, erección, penetración —no el sexo de la pareja— lo que define la masculinidad. Aparece como atributo esencial del macho la capacidad de penetrar a otro, humillándolo. A la inversa, son las atribuciones pasivas las que definen al ofendido. La voz pasiva indica movimiento hacia una posición más baja, falta de poder. El miedo a la pasividad es sobre todo miedo a una pérdida de poder (Fachel, 1992; Liguori, 1995; Rodríguez *et al.*, 1995; Hirsch, 1990; Bronfman y Minello, 1995; Diaz, en prensa; Paz, 1950).

Una de las implicaciones del albur es la relación entre saber sobre sexualidad y la experiencia sexual en una cultura de silenciamiento de la sexualidad. Como se trata de un juego verbal, simbólico, que requiere de dominio de los códigos culturales sobre el papel de la sexualidad en la afirmación de la masculinidad, una de las principales amenazas es no saber esos códigos. El albur se genera en contextos sociales de extrema represión de la sexualidad y sirve como un camino para comunicar normas sobre el género y la masculinidad. Al ser un lenguaje que se inicia en la pubertad en una sociedad que niega el conocimiento y la curiosidad sexual en las mujeres y los niños, el saber sobre lo prohibido se transforma en una forma de poder, el poder que ejercen los adultos sobre los niños, los esposos sobre sus mujeres. Rompe simbólicamente con el culto a la virginidad en tanto culto del silencio y el desconocimiento en materia sexual. Los jovencitos despliegan una gama impresionante de conocimientos sobre la anatomía sexual y hacen alarde de su manejo del lenguaje y su capacidad masculina de romper las reglas. La maestría en el dominio del lenguaje sustituye al

manejo en el hacer; el saber implica la experiencia, se constituye en prueba de adulez y virilidad (Hirsch, 1990; Rodríguez *et al.*, 1995).

Otra implicación propuesta por Hirsch, basada en las obras de Octavio Paz y otros autores se refiere a la relación entre el alarde de poder sexual masculino que representa el albur, y la falta de poder político, étnico y de clase en los hombres que alburean, al tratarse de un lenguaje preferente de sectores populares, en un México clasista que ha sido étnicamente dominado desde la conquista. Hirsch propone el albur como una afirmación de identidad y de apoderamiento, referido al control simbólico de unos hombres sobre otros, como un lenguaje de poder hablado por desposeídos. El albur es un lenguaje de identidad, de inclusión/exclusión, un juego de dominación que divide simbólicamente el mundo en vencedores y vencidos. En él, la raíz de la humillación del perdedor descansa en la representación última de la distinción simbólica entre masculino y femenino, entre activo y pasivo. En este duelo verbal, cualquier hombre con pene, aun desposeído socialmente, puede ser un vencedor (Hirsch, 1990; Paz, 1950).

Otras dimensiones sexuales entre hombres fueron observadas en el contexto grupal, como los juegos eróticos entre varones, o se obtuvieron en las entrevistas, como los relatos de experiencias eróticas colectivas. En los grupos de reunión de varones, en espacios como las calles del barrio, las cantinas, los campos de fútbol o las cuadrillas de trabajo, se da un permanente juego sexual y verbal, en el que los hombres se tocan partes del cuerpo, bromean sobre el sexo o refieren proezas sexuales (Liguori, 1995; Liendro, 1995; Bronfman y Minello, 1995).

En los grupos estudiados, el conocimiento sobre las dimensiones prohibidas de la sexualidad se adquirió en una serie de juegos grupales, como la masturbación colectiva, las competencias sobre quién orina o eyacula más lejos, la penetración de animales, la penetración de varones más jóvenes o de varones afeminados. Señalan una reciprocidad entre estas prácticas y los juegos verbales, en tanto refuerzan la solidaridad grupal y el consenso de lo que significa ser hombre (Fachel, 1992; Liendro, 1995; Bronfman y Minello, 1995; Rodríguez *et al.*, 1995; Liguori, 1995; González y Liguori, 1992).

Las implicaciones sobre actividad y pasividad y el papel de la penetración sexual —experimentada o simbólica— en la afirmación de la masculinidad conducen a una imagen escindida de lo femenino. En las entrevistas y las conversaciones de los varones estudiados, la figura femenina aparece dividida en dos tipos excluyentes, las mujeres decentes (tiernas, comprensivas, tranquilas, serias, que refrenan los impulsos masculinos) y las mujeres erotizadas (promiscuas, no confiables, que incitan al hombre, toman la iniciativa, expresan deseos e impulsos). Con las primeras no se puede tener una relación eróticamente significativa. Es posible tener relaciones sexua-

les con ellas y sentir amor si se trata de la novia o la esposa, pero estas relaciones no se aluden con otros varones, y al menos en algunos grupos se limitan al coito vaginal en posición misionera, donde generalmente se excluye el deseo, la iniciativa y el disfrute por parte de la mujer. El segundo tipo de mujeres es incompatible con el matrimonio y la maternidad, no tiene valor como persona y no se establecen relaciones con ellas. Ocupan un lugar simbólico semejante al de los hombres con los que se tiene contacto erótico ocasional (Rodríguez *et al.*, 1995; Bronfman y Minello, 1995; Liguori, 1995; Castañeda *et al.*, 1995).

Estos dos tipos imaginarios de mujeres resultan imposibles de integrar en la experiencia de los varones estudiados. Las mujeres "serias" les devuelven algunos aspectos positivos de su imagen masculina, como la protección, la responsabilidad, el compromiso y el respeto. El encuentro con una mujer promiscua o deseante, confirma sus sentimientos de actividad, la fuerza de sus impulsos, la potencia, pero también es lo que provoca el temor a la inexperiencia, a la falla en la erección, a no lograr la penetración, al rechazo. Este tipo de mujer es menospreciada como persona y considerada como objeto. Con ellas se tienen encuentros donde impera el placer, no existe el compromiso, se mantiene el secreto frente a las figuras de autoridad y la familia y se alardea frente a los grupos de pares. En relación con este tipo de mujeres se refiere la mayor diversidad de prácticas sexuales en las entrevistas (Rodríguez *et al.*, 1995; Bronfman y Minello, 1995).

En correspondencia con la imagen de la penetración como símbolo de poder, lo que representa a las mujeres como poco autónomas, carentes de poder es la característica de ser penetrables. Ser "penetrable" aparece como una característica vergonzosa de las personas en los estudios analizados.

Esta dimensión simbólica permea los significados de las relaciones sexuales entre varones. Los textos revisados coinciden en señalar que, más allá de las identidades homosexuales y de las relaciones de pareja entre hombres, las prácticas eróticas ocasionales de varones —que se consideran heterosexuales— con otros hombres, parecen estar bastante extendidas en el contexto mexicano, tendencia que confirman incluso los estudios representativos basados en encuestas por muestreo (Liguori, 1995; Secretaría de Salud, 1988b).

En particular en contextos rurales, en ciudades pequeñas y en sectores populares, el estigma vinculado a la homosexualidad como falta de hombría se aplica únicamente a los hombres que son penetrados o a los que asumen una identidad afeminada. El varón que no es masculino, que no es hombre, es el femenino, el penetrado. La posibilidad de tener relaciones sexuales con otro hombre está presente en la cultura de los varones

mexicanos, y no le cuestiona su masculinidad mientras sea él quien penetra anal u oralmente, o mientras no reciba semen en la boca durante el sexo oral, o mientras se involucre en la actividad por un pago (Liendro, 1995; Bronfman y Minello, 1995; Liguori, 1995; González y Liguori, 1992; Diaz, en prensa; Izazola *et al.*, 1988; Carrier, 1989; Prieur, 1994; Diaz, 1996).

Al contrario, la actividad penetrativa, real o simbólica, con un hombre o con una mujer, siempre aparece como confirmadora de la masculinidad. La penetración es una forma de dominar al otro, al punto de tratarlo como mujer, por lo que con esto afirma la masculinidad. Los homosexuales afeminados, los varones que ejercen la prostitución masculina y los travestis —hombres homosexuales que se visten y actúan como mujeres— prefieren ser buscados y penetrados por hombres que se consideran heterosexuales. La atracción de hombres por varones heterosexuales se relaciona con la sexualidad oculta, con la transgresión, con diversas demostraciones de la hombría y con contextos en los que el acceso sexual a mujeres es difícil, escaso o costoso. Esto ocurre a pesar de que en los espacios públicos las expresiones de homosexualidad son muy estigmatizadas (Carrier, 1989; Prieur, 1994; Diaz, en prensa; Diaz, 1996; Liguori, 1995; Bronfman y Minello, 1995; Izazola *et al.*, 1988; González y Liguori, 1992).

*Silencio, represión, transgresión y abuso en la sexualidad  
de los hombres mexicanos*

Los estudios cualitativos revisados señalan que, más allá de las relaciones de pareja heterosexuales y entre hombres, en México existen encuentros sexuales ocasionales, ya sea entre hombres y mujeres como entre varones. Por una parte, las investigaciones sobre el comercio sexual en México indican que más de dos tercios de los "clientes" de este tipo de tráfico sexual son varones casados (Uribe, 1994; Zalduhondo *et al.*, 1991). Por otra parte, los estudios cualitativos sobre varones migrantes y sexualidad reportan encuentros ocasionales de estos hombres con mujeres y con otros varones (Bronfman y Minello, 1995; Bronfman y Rubin, 1995; Salgado, 1994; Salgado, en prensa; Castañeda *et al.*, 1995).

Los trabajos cualitativos que se refieren al erotismo homosexual ocasional señalan que este tipo de encuentros, aunque sean frecuentes, aparecen secretos, silenciados y alejados de la afectividad y la conciencia. Además de la especialización de roles (un hombre que penetra y un pasivo que se deja penetrar), una de las características de las actividades eróticas homosexuales ocasionales que refieren estos autores es su carácter no verbal y escindido de la conciencia, escisión facilitada por el alcohol (Liguori, 1995; Diaz, en prensa; Prieur, 1994; González y Liguori, 1992; Carrier, 1989).

Tanto las prácticas ocasionales con otros hombres como aquellas con mujeres "eróticas" y prostitutas son relatadas consistentemente como mediadas por el alcohol, mantenidas en silencio respecto de la familia y sin que exista una relación de persona a persona con el objeto de la atracción y de tales prácticas. Lo que sucede al estar alcoholizado no cuenta para cuestionar la identidad de género, ni la lealtad a la familia, ni el control personal de lo que ocurre. Sin embargo, es precisamente en esos espacios de la sexualidad donde se vinculan con el placer y el erotismo. Son, al mismo tiempo, espacios de transgresión y de riesgo, prohibidos, vergonzosos y secretos, aunque atractivos y deseados (Prieur, 1994; Díaz, en prensa; Díaz, 1996; Liguori, 1995; Bronfman y Minello, 1995; Rodríguez *et al.*, 1995; Castañeda *et al.*, 1995).

Los estudios de caso analizados señalan que la creencia en un imperativo biológico masculino en una necesidad fisiológica de desahogo sexual es lo que permite realizar estas prácticas en un contexto social de prohibición, represión y silencio sobre el deseo y el placer erótico. Es lo que permite escindir estas prácticas sexuales ocultas, furtivas y vergonzantes de la conciencia, el control personal y la responsabilidad familiar y social. Los estudios revisados sugieren que los varones mexicanos consideran que la excitación sexual está basada en fuertes impulsos biológicos dolorosamente intensos, que requieren inmediato alivio. Refieren una especie de rendición de los varones a los dictados de sensaciones, urgencias y sentimientos intensos que no pueden ser controlados (Díaz, en prensa; Liguori, 1995; Bronfman y Minello, 1995; Castañeda *et al.*, 1995).

Esta creencia en un imperativo biológico que se une a la valoración social de la invulnerabilidad y el abuso —y a la desvalorización de la debilidad y la pasividad— para brindar el soporte social a algunos tipos de conductas sexuales referidas recurrentemente en los estudios revisados: la presencia de violencia y abuso en la sexualidad masculina y la poliginia o infidelidad sexual en los varones.

Una proporción muy elevada de los entrevistados en los diversos estudios cualitativos revisados refiere haber sufrido violencia o abuso sexual en la infancia, impuesto casi siempre por varones mayores con quienes existía una relación cercana y de confianza. A su vez, las relaciones sexuales conyugales fueron referidas en algunos grupos como una necesidad del varón y una obligación no deseada por la mujer. Algunos entrevistados relataron haber forzado a la pareja a tener relaciones sexuales, o a incorporar prácticas que solamente el protagonista deseaba. En diversas investigaciones, el hostigamiento sexual, la violación, el incesto y la imposición conyugal aparecieron formando parte de la experiencia cercana de las personas (Bronfman y Minello, 1995; Rodríguez *et al.*, 1995; Castañeda *et al.*, 1995; Díaz, en prensa; Díaz, 1996; González y Liguori, 1992).

La idea de un imperativo fisiológico subyace también en una amplia gama de sexualidades extraconyugales presente en la vida de los varones estudiados. Cuando son jóvenes y no tienen acceso a una mujer "suya", cuando están ausentes del hogar por el trabajo y la migración, cuando han ingerido alcohol, cuando están excitados por un baile, una película o un jugueteo grupal, cuando se encuentran en espacios de hombres solos, los varones mexicanos entrevistados declaran que se involucran en diversas prácticas sexuales, con mujeres o con hombres, pagadas o no pagadas. Cuando esas actividades las realizan hombres casados e incluyen la penetración vaginal o anal, suelen considerarse como "infidelidad" (Bronfman y Minello, 1995; Diaz, en prensa; Diaz, 1996; Castañeda *et. al.*, 1995; González y Liguori, 1992; Salgado, en prensa).

#### COMENTARIOS FINALES

Los aportes del pensamiento feminista reseñados en el primer apartado permiten iniciar algunas interpretaciones sobre las características de la sexualidad de los diversos tipos de hombres mexicanos abarcados en los estudios analizados. La teoría feminista señala el papel que ha desempeñado el control social de la sexualidad en la construcción de las desigualdades genéricas. La construcción social de diferencias en el desarrollo afectivo, en las capacidades relacionales y en la estructura intrapsíquica de hombres y mujeres, así como la valoración social diferenciada de las atribuciones de actividad al hombre y de pasividad a la mujer, han contribuido a conformar la sexualidad humana como un ámbito de desigualdad y poder.

Las investigaciones revisadas sugieren que la sexualidad de algunos hombres mexicanos, aunque diversa, aparece concentrada en dos esferas. Una vinculada a la vida conyugal, que se muestra restringida en sus prácticas, sujeta a controles y límites estrechos de desconocimiento, ausencia de deseo y de iniciativa femenina, pobre en el disfrute y abusiva hacia la mujer. La otra esfera de la sexualidad masculina aparece protagonizada más o menos por los mismos hombres, pero ocurre fuera de la vida conyugal y se restringe en cuanto al tipo de parejas con las que se puede llevar a cabo: otros hombres, mujeres "fracasadas", mujeres "promiscuas", trabajadores y trabajadoras del sexo comercial, niños o personas sin poder, de quienes se abusa.

Estas últimas son prácticas masculinas escindidas de la conciencia, del afecto y de la familia, que constituyen propiamente "la sexualidad", de las que se hace alarde en los espacios masculinos y se calla en el ámbito familiar, está asimismo vinculada con el alcohol, la excitación, el deseo, el placer, la transgresión y el abuso.

En ambos tipos de sexualidad, la actividad esencialmente masculina es la penetración. En ninguna de estas dos formas de expresión la sexualidad

masculina es algo que se hace con alguien, sino algo que se le hace, en un caso, a la pareja que se posee, y en el otro a un objeto que se desea.

Entre los varones mexicanos estudiados, la sexualidad aparece como una necesidad biológica a la que no pueden dejar de rendirse, pero que se justifica únicamente por la procreación y se considera un asunto vergonzoso que debe mantenerse en silencio y oculto. Cuando ocurre en el ámbito conyugal, se vincula con relaciones de intercambio y de parentesco. Cuando ocurre más allá del ámbito familiar de la reproducción, constituye un espacio de transgresión y prohibición que solamente se comparte en lenguaje cifrado y ajeno a las emociones con otros hombres.

En la sexualidad conyugal, los temores masculinos se refieren a que la mujer demuestre una actitud activa, deseosa, no procreativa frente al sexo, implicando la potencialidad de desear a otros hombres y de ser infiel. La actividad sexual femenina cuestiona la capacidad de dominio de su poseedor sobre su cuerpo y erotismo, y el mejor camino para controlarla y afirmar la masculinidad parece ser la restricción de la sexualidad femenina, la procreación y las limitaciones a la movilidad femenina extrahogar.

La sexualidad transgresora, escindida de la conciencia y los afectos, alentada por el deseo de placer, la idea del imperativo biológico y los mandatos culturales de la masculinidad, aparece represiva de los afectos y atravesada por el miedo. Se trata de temores a ser afrentados íntimamente ante otros hombres por no saber todo sobre el sexo, no tener suficientes experiencias sexuales, no mantener la erección o no lograr el sometimiento del otro a través de la penetración. La represión y la prohibición se unen a las tensiones que la cultura de desigualdad genérica imponen a la sexualidad de estos hombres mexicanos.

Las prohibiciones no han eliminado las manifestaciones de la sexualidad masculina, sino que la han empobrecido. En las investigaciones, las formas de expresión de la sexualidad de los varones aparecen con frecuencia, son múltiples y diversas, pero restringidas en los sentimientos, sensaciones y prácticas posibles, vergonzantes, cruzadas por los temores y pobres en el disfrute, en un caso porque se reprime a la pareja y en el otro porque se le niega.

Frente a este panorama de restricciones, ocultamientos y temores, los sectores sociales conservadores argumentan que los movimientos hacia relaciones más igualitarias entre los hombres y entre hombres y mujeres pueden "liberalizar" las costumbres sexuales de los mexicanos haciéndolas más peligrosas (González E., en prensa). Consideran que el peligro se encuentra en una mayor libertad para las relaciones sexuales premaritales, en la tolerancia y respeto hacia la diversidad de preferencias sexuales y en la expresión de deseos y la búsqueda de placer por parte de las mujeres. Sin embargo, parecen no advertir los riesgos de las relaciones asimétricas,

del ejercicio de poder y de la violencia y el abuso. Ese tipo de opiniones se funda en el desconocimiento y la negación de las evidencias que señalan las investigaciones antes reseñadas.

De acuerdo con los estudios revisados, los hábitos y costumbres sexuales de diversos grupos de mexicanos aparecen silenciados, fundados en mitos y temores, pobres, poco placenteros y permeados de relaciones de poder y desigualdad pero con un claro riesgo para la salud y la procreación regulada. El carácter reprimido y abusivo de la sexualidad conyugal y la negación consciente del erotismo extramatrimonial, así como la importancia simbólica de la erección y la penetración en la afirmación de la identidad masculina, plantean serios retos a las posibilidades de participación de los varones en la regulación de la procreación y en la prevención de la salud.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Beauvoir, S. de (1986), *La fuerza de las cosas* (traducción de Ezequiel de Olars), México, Hermes.
- Bronfman, M. y N. Minello (1995), "Hábitos sexuales de los migrantes temporales mexicanos a los Estados Unidos. Prácticas de riesgo para la infección por VIH", en *Sida en México. Migración, adolescencia y género*, Información Profesional Especializada, México, pp. 3-89.
- y J. Rubin-Kurtzman (1995), "Comportamiento sexual de los inmigrantes mexicanos temporales a Los Ángeles: prácticas de riesgo para la infección por VIH", ponencia presentada en la *V Reunión Nacional sobre la investigación demográfica en México*, México, El Colegio de México, 5 al 9 de junio (mimeografiado).
- Caplan, P. (1987), Introducción en *The Cultural Construction of Sexuality*, Nueva York, Tavistock Publications, pp. 1-30.
- Carrier, J.M. (1989), "Sexual Behavior and Spread of AIDS in Mexico", en *Medical Anthropology*, vol. 10, pp. 129-142.
- Castañeda, X., I. Castañeda, B. Allen y N. Brie (1995), "La percepción del riesgo en el ejercicio de la sexualidad en adolescentes rurales de México", manuscrito no publicado, Instituto Nacional de Salud Pública, México (mimeografiado).
- Chodorow, N. (1984), *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press.
- Conasida (1994), *Comportamiento sexual en la ciudad de México, Encuesta 1992-1993*, Consejo Nacional para la prevención y el control del sida, Secretaría de Salud, México.
- Cora/Amidem (1985), "Encuesta sobre información sexual y reproductiva de jóvenes", Centro de Orientación para Adolescentes y Academia Mexicana de Investigación en Demografía Médica, México.
- De Barbieri, T. (1991), "Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica" en S. Azeredo y V. Stolke (coords.), *Direitos Reprodutivos*, FCC/DPE, São Paulo, pp. 25-46.

- Díaz, R., "Latino gay men and the psycho-cultural barriers to AIDS prevention" en M. Levine, J. Gagnon y P. Nardi (eds.), *A Plague of Our Own: The impact of the AIDS epidemic on gay men and lesbians*, Chicago, University of Chicago Press (en prensa).
- (1996), "Outline for a psycho-cultural model of sexual self-regulation", ponencia presentada en la conferencia *Reconceiving Sexuality. International Perspectives on Gender, Sexuality and Sexual Health*, Río de Janeiro, 14 al 17 de abril de 1996.
- Fachel, O. (1992), "Duelos verbais e outros desafios: representacoes masculinas de sexo e poder", *Cultura e identidade masculina, Cadernos de antropología*, núm. 7, Porto Alegre, Brasil, Universidad Federal do Rio Grande do Sul, pp. 43-60.
- Figueroa, J.G. (1993), "El enfoque de género y la representación de la sexualidad", *Serie "Cuadernos de investigación sobre planificación familiar"*, cuaderno núm. 1, México, Secretaría de Salud, octubre, pp. 1 a 37.
- Godelier, M. (1982), *La production des grands hommes: pouvoir et domination masculine chez les Baruya de Nouvelle-Guinée*, París, Fajard.
- Gomáriz, E. (1992), "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas", en *ISIS Internacional*, Ediciones de las mujeres, Santiago de Chile, núm. 17, pp. 83-109.
- González, E., "Conservadurismo y sexualidad en México", en I. Szasz y S. Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México (en prensa).
- González, M.A. y A.L. Liguori (1992), *El sida en los estratos socioeconómicos de México, Perspectivas de Salud Pública*, México, Instituto Nacional de Salud Pública.
- Hernández, J.C. (1994), "La sexualidad en los jóvenes de una región de México", ponencia presentada en el taller *La sexualidad en las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 5 al 7 de julio (mimeografiado).
- Hirsch, J. (1990), "Between the 'Missionaries' Positions and the Missionary Position: Mexican Dirty Jokes and the Public (sub) Version of Sexuality", *Princeton Working Papers in Women's Studies*, vol. 5, primavera-verano, pp. 1-42.
- Horowitz, G. y M. Kaufman (1989), "Sexualidad masculina: hacia una teoría de liberación", en M. Kaufman, *Hombres: placer, poder y cambio*, República Dominicana, Centro de investigación para la acción femenina (CIPAF), pp. 65-99.
- Ibáñez, B. (1995), "Actividad sexual y práctica anticonceptiva en estudiantes universitarios", ponencia presentada en la *V Reunión Nacional sobre la Investigación Demográfica en México*, México, Sociedad Mexicana de Demografía, 5 al 9 de junio (mimeografiado).
- Izazola, J.A., J.L. Valdespino y J. Sepúlveda (1988), "Factores de riesgo asociados a infección por VIH en hombres homosexuales y bisexuales", en *Salud Pública de México*, México, vol. 30, núm. 4, pp. 555 a 566.
- Kimmel, M. (1992), "La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes", en *ISIS Internacional*, Santiago de Chile, Ediciones de las mujeres, núm. 17, Santiago de Chile, pp. 129-138.
- Lamas, M. (1986), "La antropología feminista y la categoría 'género'", México, *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, pp. 146-187.

- Lamas, M. (1986) (1994), "Sexualidad y género: la voluntad de saber feminista", ponencia presentada en el taller *La sexualidad en las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 5 al 7 de julio (mimeografiado).
- (1995), "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género", en *La Ventana*, Guadalajara, núm. 1, pp. 10-37.
- Liendro, E. (1995), "Juventud y masculinidad. Construcción de identidades de género en un barrio popular de la ciudad de México", ponencia presentada en el *V Coloquio Anual de Estudios de Género*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), octubre (mimeografiado).
- Liguori, A.L. (1995), "Las investigaciones sobre bisexualidad en México", *Debate feminista*, México, año 6, vol. 11, abril, pp. 132-156.
- Leñero, L. (1994), "Los varones ante la planificación familiar" en M. del C. Ely y A. Langer (eds.) *Maternidad sin riesgos en México*, México, Instituto Mexicano de Estudios Sociales, pp. 141-154.
- Paz, Octavio (1950), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Prieur, A. (1994), "Power and Pleasure: Male Homosexuality and the Construction of Masculinity in Mexico", ponencia presentada en el *48 Congreso Internacional de Americanistas (ICA)*, Estocolmo, 4 al 9 de julio (mimeografiado).
- Ramírez, J., E. Suárez, G. de la Rosa, M.A. Castro y M.A. Zimmerman (1994), "AIDS knowledge and sexual behavior among Mexican gay and bisexual men", en *AIDS Education and Prevention*, vol. 6, núm. 2, pp. 96-123.
- Rodríguez, G., A. Amuchástegui, M. Rivas, y M. Bronfman (1995), "Mitos y dilemas de los jóvenes en tiempos del sida", en M. Bronfman (ed.) *Sida en México. Migración, adolescencia y género*, México, Información Profesional Especializada, pp. 93-199.
- Rubin, G. (1986), "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo" en *Nueva Antropología*, México, vol. VIII, núm. 30, pp. 95-145.
- Salgado, N. (1994), "La relación entre indicadores de salud mental y prácticas sexuales de alto riesgo para la infección por VIH en esposas de migrantes a los Estados Unidos", ponencia presentada en el taller *La sexualidad en las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 5 al 7 de julio (mimeografiado).
- Salgado, N., "Migración, sexualidad y sida en mujeres de origen rural" en I. Szasz y S. Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México (en prensa).
- Scott, J. (1996), "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en M. Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Programa Universitario de Estudios de Género, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 265-302.
- Secretaría de Salud (1988a), "Informe de la Encuesta sobre el comportamiento reproductivo de los adolescentes y jóvenes del Área Metropolitana de la Ciudad de México", Secretaría de Salud, México.
- (1988b), "Hombres homo-bisexuales", *Informe técnico. Evaluación del impacto de la estrategia educativa para la prevención del sida: México 1987-1988*, Secretaría de Salud y The Population Council, México.

- Secretaría de Salud (1989), "Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud 1987", México, Secretaría de Salud (Dirección General de Planificación Familiar) y el Institute for Resource Development.
- (1990a), "Determinantes de la política anticonceptiva en México. Documento metodológico", Dirección General de Planificación Familiar, México, Secretaría de Salud.
- (1990b), "Informe de la Encuesta sobre conocimientos, actitudes y prácticas en el uso de métodos anticonceptivos de la población masculina obrera del área metropolitana de la ciudad de México", México, Secretaría de Salud.
- Seidler, V. (1995), "Los hombres heterosexuales y su vida emocional", en *Debate feminista*, año 6, vol. 11, México, abril, pp. 78-111.
- Torres, M.A. (1994), "Subjetividad, función fálica e identidad sexual", ponencia presentada en el taller *La sexualidad en las ciencias sociales*, El Colegio de México, México, 5 al 7 de julio (mimeografiado).
- Uribe, P. (1994), "La prevención del sida entre las trabajadoras del sexo comercial", ponencia presentada en el taller *La sexualidad en las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 5 al 7 de julio (mimeografiado).
- Zalduondo, B., M. Hernández y P. Uribe (1991), "Intervention Research Needs for AIDS Prevention among Commercial Sex Workers and their Clients", en L. Chen *et al.*, *AIDS and Women's Reproductive Health*, Plenum Press, Nueva York, pp. 165-178.

# LA PRESENCIA DE LOS VARONES EN LOS PROCESOS REPRODUCTIVOS: ALGUNAS REFLEXIONES<sup>1</sup>

JUAN GUILLERMO FIGUEROA PEREA\*

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como objetivo identificar algunos elementos sobre la manera en que se interpreta la presencia de los varones<sup>2</sup> en el ámbito de la reproducción y, a la vez, discutir las formas en que conceptos como salud y derechos reproductivos, en interacción con las dimensiones sociales de la reproducción pueden contribuir a replantear algunos elementos del análisis demográfico vinculado con la fecundidad. A partir de esto se propone identificar dimensiones y estrategias de análisis más comprensivas de la realidad que rodea al proceso reproductivo de las personas, al incorporar a los varones de una manera más explícita.

La Organización Mundial de la Salud propuso una definición de salud reproductiva a partir del concepto de salud en general, en términos de "una condición en la cual el proceso reproductivo se completa en un estado de entero bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de enfermedad o problemas en el proceso reproductivo". Ello implica que las personas "tienen la habilidad para reproducirse, regular su fecundidad y

<sup>1</sup> Elaborado a partir de las presentaciones hechas en el Seminario de Estudios sobre Masculinidad. Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México (Figueroa y Liendro, 1994), y en el Seminario "Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline", International Union for the Scientific Study of Population, Zacatecas, México (Figueroa, 1995a). Se agradecen los comentarios críticos del dictamen, así como los de varias personas con quienes he tenido la oportunidad de discutir los textos originales.

\* Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

<sup>2</sup> Uso el término varón para explicitar claramente el sujeto de estudio, a saber: seres humanos del sexo masculino, ya que "hombre" ha estado histórica y semánticamente relacionado con el concepto de humanidad.

practicar y gozar de sus relaciones sexuales”, además de que las “mujeres pueden pasar por el proceso del embarazo y el parto sin complicaciones, que la regulación de la fecundidad puede lograrse sin problemas para la salud, y que las personas puedan sentirse seguras al tener relaciones sexuales” (Fathalla, 1991).

Con el tiempo la discusión sobre los componentes de esta definición ha contribuido a precisar su alcance, si bien se reconocen elementos teóricos y prácticos que deben ser desarrollados con más rigor; entre éstos destaca el derecho de las personas para involucrarse en la definición de acciones individuales y sociales factibles de asegurar dicha salud reproductiva, en un contexto social, cultural y político en el que se desarrollan (Pitanguy, 1995).

En la Conferencia sobre Población y Desarrollo celebrada en El Cairo en 1994 se reconoció que toda persona tiene derecho al mayor nivel posible en cuanto a su salud reproductiva y salud sexual. Las características incorporadas en la definición de esta nueva categoría analítica se refieren a aspectos de carácter ético, jurídico y político subyacentes a las relaciones sociales y no únicamente a la tradicional relación entre fecundidad y salud, asociada al ámbito médico y retomada en la investigación demográfica, en donde se analizan atributos individuales como variables atomizadas, muchas veces sin referente relacional con el contexto social. En su sentido más amplio, la reproducción se relaciona con la organización genérica, las identidades masculina y femenina y al ejercicio de la sexualidad (Figueroa y Liendro, 1995), por lo que un proceso reduccionista deja de lado elementos centrales en la interpretación de los procesos reproductivos.

La salud y los derechos reproductivos, al igual que otros términos analíticos vinculados con la reproducción social, replantean la interpretación de la fecundidad, lo que ha llevado a diferentes disciplinas a interesarse por esta dinámica del ser humano y a cuestionar y establecer un diálogo con otras que tengan mayor tradición y vínculos con la misma, como la medicina y la demografía. Es factible que con este diálogo se logren construir nuevas formas de interpretar la fecundidad, al explicitar supuestos subyacentes a las reflexiones teóricas, al margen de la dificultad que implica su traducción a nuevos indicadores. Ello es relevante, ya que dichos supuestos son los que influyen en el tipo de acciones educativas que se propongan, en los resultados de investigación que se generen y en las políticas que lleguen a establecerse para vincularse con la población masculina.

Las dos primeras partes de este artículo proponen una revisión de referencias conceptuales y empíricas generadas en la investigación demográfica, mientras que en la tercera y cuarta se proponen algunos elementos teóricos para reinterpretar los procesos reproductivos y se ejemplifica su

aplicación en un par de marcos interpretativos, para concluir con un ejercicio de categorías analíticas propuestas para la investigación demográfica sobre reproducción.

#### LA PRESENCIA DEL VARÓN EN EL ANÁLISIS DE LA FECUNDIDAD

La interpretación demográfica que usualmente se hace de los cambios en la fecundidad asume, muchas veces sin cuestionar, el proceso de construcción social de responsabilidades reproductivas diferentes por sexo, en donde la mujer sigue siendo el centro del análisis de la reproducción.<sup>3</sup> Ello se constata con el tipo de indicadores (feminizados o centrados en las mujeres) utilizados para interpretar el comportamiento reproductivo de la población, así como por el tipo de políticas y programas de población, salud y planificación familiar definidos para tales propósitos, a partir de la información demográfica. No se pretende identificar la investigación demográfica con ninguna de estas políticas o programas pero sí se quiere enfatizar que dichas acciones gubernamentales se han justificado y definido a partir de información sobre los diferentes fenómenos demográficos, por lo que acarrearán los supuestos de los que se deriva la información.

El análisis demográfico tiene dentro de sus dinanismos fundamentales, la mortalidad, la migración y la fecundidad; sin embargo, llama la atención que este último es el único para el cual las estrategias de análisis y la mayoría de los indicadores utilizados se construyen y se calculan en función de las mujeres. No así, la tasa de natalidad en la que no se separan varones y mujeres (ya que se incluyen ambos), el resto de las estadísticas utilizadas para caracterizar a la fecundidad tiene como referente a la población femenina. La tasa global, la general y las específicas de fecundidad, así como el promedio de hijos nacidos vivos, difícilmente pueden imaginarse calculados para el varón, y no únicamente —como se suele argumentar— por dificultades prácticas de identificar el número de hijos de los mismos, sino por los pocos esfuerzos teóricos para reconceptuar la reproducción y la fecundidad de una población, sin limitarlas a lo que ocurre con la población femenina.<sup>4</sup> Es mínimo el desarrollo de indicadores y de catego-

<sup>3</sup> Se acepta que la mujer es la responsable de la reproducción biológica y de la crianza de los hijos, mientras que el espacio que le corresponde al varón (en tanto referencias excluyentes) está en el ámbito de lo productivo, de la generación de bienes económicos y de otros satisfactores materiales. A pesar de que se cuestiona cada vez más el estereotipo de esta división entre lo público y lo privado, se reconoce que ha permeado la definición de derechos, roles y expectativas de los individuos de ambos sexos (Lamas, 1993).

<sup>4</sup> Algo análogo ocurre en la medicina, ya que el análisis de la paridad se hace para las mujeres y se identifican riesgos reproductivos a partir de ellas.

rías analíticas del proceso reproductivo que incorporen de manera explícita a los varones.<sup>5</sup>

Tomando en cuenta que son las mujeres quienes viven el embarazo y el parto en su cuerpo, se asume que la medición de la fecundidad es más fácil y precisa considerando su declaración, al margen de que con esto no se logre interpretar el proceso global que lleva a la reproducción; es decir, los modelos para identificar las condicionantes de la fecundidad privilegian a la mujer como unidad de análisis, a pesar de ser las parejas quienes se reproducen. El varón acaba siendo una condicionante más de la fecundidad de la mujer; a pesar de su papel protagónico dentro de la misma, es decir le identifica como facilitador u obstaculizador para que la mujer tome decisiones reproductivas que generan un nivel de fecundidad determinado. Se llega a incluir la presencia de la pareja de la mujer dentro de las variables sociales y culturales, pero se combina con otras características de la misma, como si se tratara de elementos que influyen en un mismo nivel. El varón aparece como algo colateral, diluyéndose su participación en el proceso reproductivo: en algunos esquemas analíticos aparece como una variable independiente, mientras que los componentes de la reproducción, referidos a las mujeres, emergen como dependientes.<sup>6</sup>

En el análisis demográfico se recurre a las variables independientes e intermedias (Davis y Blake, 1956) con el fin de determinar la fecundidad, como resultante del comportamiento y proceso reproductivos. Dentro de las variables intermedias se identifican tres grupos: la exposición a las relaciones sexuales (edad al unirse, frecuencia de dichas relaciones y los tiempos de separación de la pareja), la exposición a la concepción (la esterilidad voluntaria o involuntaria, la anticoncepción y la lactancia) y la posibilidad de que el embarazo termine en un aborto espontáneo o provocado. Una variable que ha ocupado especial interés y atención de los estudiosos es la anticoncepción, en parte porque estos esquemas analíticos han fomentado la utilización de modelos estadísticos que pretenden identificar variables que "en mayor medida dan cuenta" de las diferencias en las características que quieren ser interpretadas, con la intención de predecir

<sup>5</sup> En un estudio comparativo del programa internacional de encuestas sobre demografía y salud se habla de fecundidad masculina, pero no se usa ninguno de los indicadores anteriormente mencionados, sino que se utilizan elementos que dan cuenta de "la fecundidad", es decir, que usan la referencia del varón para explicar la fecundidad medida en las mujeres (Ezeh, Seroussi y Raggars, 1996).

<sup>6</sup> En las diferentes encuestas demográficas llevadas a cabo en México y en muchos otros países, se pide a las mujeres que informen sobre su historia de embarazos, uso de anticonceptivos y del cuidado y atención de sus hijos, mientras que cuando se les pregunta por su pareja, se indaga por su trabajo, ya que es considerado el sujeto socioeconómico de referencia en la unidad doméstica, a pesar de que la mujer también trabaje, y al margen del tipo de negociaciones que se generan dentro de la relación de pareja, para darle forma a su vida cotidiana.

su comportamiento en el futuro, combinado con el interés de incidir sobre el mismo.

En su aplicación programática, la variable que "más discrimina" tiende a ser objeto de intervenciones, con lo cual se genera una fragmentación del comportamiento reproductivo, ya que si bien puede identificarse la que "defina mayores diferencias", es un conjunto de variables en interacción que dan forma al comportamiento reproductivo como tal. A pesar de ello, la anticoncepción es reconocida como un gran aporte a la identificación de diferencias en la fecundidad y, por ende, se utiliza como referencia en algunos casos para comparar la presencia de la mujer y del varón en el ámbito de la reproducción, a la vez que en la regulación de la misma.

El análisis de la anticoncepción se ha interpretado más como acciones con efectos directos en la reducción de la fecundidad, que como procesos que llevan a una persona a regular su fecundidad o que muestran una dinámica inulticausal alrededor de la misma. La promoción de la anticoncepción se ha centrado también en la población femenina y, por ende, el análisis del uso de anticonceptivos ha privilegiado a la mujer como referencia obligada. Los niveles de uso de anticonceptivos en una población se analizan a partir del número de mujeres unidas que usan algún anticonceptivo o que "están protegidas por un método", sin hacer referencias explícitas a los varones, sino hasta muy recientemente; no obstante, no se han replanteado las estrategias de análisis ni los indicadores, a partir de los cuales se genera la información.

Dentro de las variables intermedias queremos hacer algunas referencias a la anticoncepción, ya que existe mucha información generada alrededor de esta temática y ello permite caracterizar elementos de un espacio que pone en juego, de manera constante, las relaciones de poder entre los miembros de ambos sexos, y evidenciar la reproducción de los roles y las expectativas dominantes, definidas socialmente para varones y mujeres. La presencia de los varones se ha documentado en términos de intervenciones unilaterales que obstaculizan las opciones de las mujeres en diferentes espacios de su vida, lo que les dificulta el acceso a las condiciones sociales y de relación de pareja requeridas para la autodeterminación reproductiva.

En México existen opiniones documentadas en diferentes investigaciones acerca de por qué las mujeres no recurren a la anticoncepción y aparecen entre ellas, la oposición de la pareja, la percepción de que serán rechazadas a partir de su uso, o que serán desvaloradas socialmente, ya que existe una norma que se estarían infringiendo o dejando de cumplir. Además, aparecen constantes referencias a mujeres que optan por la anticoncepción, a pesar de que su pareja esté en desacuerdo, e incluso que optan por un tipo de anticoncepción que pueden ocultarle a su pareja,

precisamente porque está en desacuerdo. Ello sin importar que en muchos casos el método les esté contraindicado o no sea el más adecuado, dadas las características sociodemográficas y de salud de la persona (véase Palma, Figueroa y Cervantes, 1990; Figueroa, Palma y Aparicio, 1991; Figueroa y Aparicio, 1991).

Cuando se entrevista a grupos de varones acerca del entorno de su práctica reproductiva, algunos declaran mayores niveles de participación personal y de acuerdos con su pareja, que lo que ha sido manifestado por las propias mujeres (Saavedra y Castro, 1990). Sin embargo, en la interpretación de la dinámica de la reproducción se ha privilegiado la versión de las mujeres, sin recurrir a modelos relacionales de representación social, que recuperen los procesos de negociación e interacción conflictiva, ambivalente y compleja entre roles, expectativas, miedos y concesiones de los miembros de ambos sexos, para tratar de interpretar esas historias diferentes. Se siguen reproduciendo interpretaciones maniqueas, a partir de los esquemas conocidos para la fecundidad de las mujeres, sin que los estudios de la reproducción hayan desarrollado alguno que incorpore el comportamiento reproductivo de las parejas, como un proceso de interacción y negociación entre varones y mujeres. Esto ha dificultado generar información que de manera sistemática contribuya a documentar transgresiones y variantes en los estereotipos, a partir de la realidad cambiante que viven conjuntamente hombres y mujeres.

Recientemente se han incorporado al discurso las nociones de salud y derechos reproductivos, las cuales sugieren, entre otras condiciones, el replanteamiento de las relaciones de poder entre las personas que se reproducen, así como los vínculos entre sexualidad y reproducción. Además, pretenden desmitificar las instancias sociales que han definido, vigilado y promovido la normatividad vigente en el espacio de la reproducción, lo que implica reconocer que las personas cuyo proceso reproductivo les interesa, tienen elementos que aportar para construir y transformar dicho entorno. Para ello se demandan cambios radicales en la realidad más cercana a la reproducción humana, como lo es la relación con su cuerpo, su sexualidad y su condición de hombre o de mujer, así como con el contexto social, institucional y familiar de su proceso reproductivo, entre otros elementos relevantes.

Si las estrategias de análisis y los indicadores son en buena medida un reflejo de cómo ven la realidad los estudiosos de una disciplina, es posible enriquecer las estrategias de análisis demográfico para reinterpretar la fecundidad, a partir de categorías que vinculen socialmente la reproducción con la salud y los derechos, siempre y cuando se acepte la pertinencia de este tipo de referencias analíticas. Paralelamente es necesario explicitar las posibilidades e insuficiencias del análisis demográfico y de los estudios

de población, al interpretar los fenómenos poblacionales vinculados con la reproducción.

Más allá de la medición de la fecundidad (de la que las mujeres son informantes centrales) interesa interpretar el proceso que lleva a diferentes niveles. Además, se debe tener presente que la reproducción es uno de los dinamismos de desarrollo vital a la vez que pone en juego relaciones de poder entre hombres y mujeres, ya que cuestiona sus identidades genéricas, su ejercicio sexual y sus posibilidades de acceder a una vida reproductiva y sexual satisfactoria individual y socialmente imaginada.

#### ALGUNAS REFERENCIAS EMPÍRICAS SOBRE EL ESPACIO REPRODUCTIVO

Las referencias empíricas que revisamos a continuación muestran una relación conflictiva entre varones y mujeres en el espacio de las decisiones reproductivas. Si bien se reconocen limitantes conceptuales al estudiar a la población masculina, las evidencias son suficientes para ilustrar la complejidad que caracteriza la interacción entre varones y mujeres en esta temática.

Para propósito de documentar algunas de las problemáticas referidas en este trabajo, se seleccionaron datos generados en dos encuestas: la primera de ellas con mujeres, y la segunda con varones; no se trata en ningún momento de confrontar, sino de tratar de interpretar ciertas diferencias encontradas y, sobre todo, de reflexionar sobre las conclusiones obtenidas a partir, "al parecer", de la indagación sobre una misma problemática (Figueroa *et al.*, 1988 y Saavedra y Castro, 1990).

Las diferencias en el sentido de las respuestas brindadas por hombres y mujeres a diferentes componentes de la reproducción social y biológica nos confirman un doble código de comportamiento y una forma diferente de ver, o posiblemente de querer ver la realidad, entre los miembros de ambos sexos. El análisis de la información empírica disponible permite observar algunos hechos contradictorios y ambivalentes en donde la mujer emite su interpretación de la participación del varón pero, a la vez, al entrevistar a los varones, su actitud y su discurso no coinciden totalmente con el de las primeras. Una posibilidad es descartar una de las dos lecturas, pero otra es intentar entender el porqué de las diferencias y los discursos paralelos.

Para ello es necesario incursionar en el sentido de las relaciones de género, en la medida en que son representadas e interpretadas por las y los involucrados en las mismas (Welsler-Lang, 1992). Se quieren evitar estereotipos, pero los instrumentos utilizados para generar la información obligan a hablar de tendencias globales para esta revisión.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Será mínima la referencia a distribuciones porcentuales o promedios ya que se privilegia la existencia de ciertas situaciones, más allá de la magnitud de las mismas. No

*La visión de la población femenina*

Un primer acercamiento al tema de interés se refiere a los ámbitos de la reproducción social, sobre todo en términos de la escolaridad y del trabajo, vividos como dos aproximaciones a las condiciones de posibilidad de autonomía para la mujer y el varón, pero a los que regularmente tienen menos acceso las primeras. La Encuesta sobre Determinantes de la Práctica Anticonceptiva (Edepam), realizada en una muestra de 1 481 mujeres en edad fértil, de 11 entidades del país en 1988, muestra un porcentaje importante de mujeres que niegan contar con un trabajo remunerado, por oposición de su pareja o porque tienen que cuidar a sus hijos, y en un buen número de casos porque la pareja cree que es ella quien debe cuidar de la descendencia o atender la casa. Por otra parte, las mujeres dejan de estudiar porque tienen que ayudar en las tareas domésticas y, además, las expectativas de escolaridad para las mujeres son menores que para los varones, esto último declarado por las mismas mujeres; se insiste además en una preferencia por tener mayor número de hijos varones que mujeres, lo que es más frecuente entre los esposos de las mujeres entrevistadas, aunque también ellas así lo manifiestan.

En el ámbito de la reproducción biológica y social se reconoce que los varones son quienes deben decidir en mayor medida cuándo tener relaciones coitales y cuántos hijos tener, mientras que la mujer debe hacer algo para regular la fecundidad, no obstante que una razón importante para no hacerlo sea la oposición de la pareja. Otro elemento importante se refiere al valor que puede tener la relación sexual para la mujer; más en función de satisfacer a su pareja que de una opción personal e, incluso, reconociendo que esa satisfacción es "para evitar que el varón la abandone o para evitar que se vaya con otra mujer" y no tanto una satisfacción más gratificante para ella o, en su defecto, menos conflictiva y tensionante.

Un elemento adicional surge alrededor de la crianza de los hijos, pero también de la interacción afectiva y de las expectativas depositadas en ellos. Las mujeres reconocen el temor a la soledad y lo incompletas que se sentirían si no llegaran a tenerlos o si no los hubieran tenido, lo cual se entiende en buena medida cuando se les pide comparar el amor de los hijos con el amor de su pareja. Dentro de las que optan por alguno de los dos (más de la mitad), la mayoría se centra en el amor de los hijos ya que reconocen que es sincero, desinteresado y permanente, lo que no pueden afirmar respecto a su relación de pareja.

---

obstante se incluyen algunas referencias bibliográficas en donde aparecen análisis empíricos detallados sobre ambas encuestas. Puede verse en especial Saavedra y Castro, 1990; Figueroa y Rivera, 1993; y Figueroa, 1993.

Paralelamente se preguntó a las mujeres la opinión de su pareja sobre el uso de anticonceptivos, no únicamente del uso en general, sino específicamente si él usaría algún método; la mayoría emite una respuesta negativa al respecto, todo lo cual nos refleja un importante nivel de soledad en la mujer, posiblemente no interpretado de tal forma, pero sí en un distanciamiento importante en la definición de responsabilidad y corresponsabilidad con su pareja.

### *La visión de la población masculina*

En la Encuesta sobre Comportamiento, Actitud y Práctica Anticonceptiva de la Población Masculina Obrera (Encapo), realizada en 1988 con mil varones obreros del área metropolitana de la ciudad de México, se inquirió su opinión sobre diferentes aspectos de las relaciones de género, y por las respuestas se confirmó la percepción de responsabilidades diferenciales para hombres y mujeres, que reflejan las condiciones con que se enfrentan las decisiones reproductivas. La principal responsabilidad que los varones reconocen que deben tener con su familia es la de mantener a los hijos y a la mujer; más de la mitad de los varones no está de acuerdo en que la mujer trabaje fuera del hogar porque lo descuida, porque podría ser infiel o porque es a ellos a quien corresponde esta tarea. De las mujeres que no trabajan fuera del hogar, los varones expresan en su mayoría que es porque tienen que atender a sus hijos.

En cuanto a uno de los elementos de la negociación sexual, la mayoría de los varones declara que las relaciones sexuales son igualmente importantes para mujeres y varones, aunque un número considerable destaca que para el varón son más importantes. La decisión de cuándo tener relaciones sexuales recae en ambos o en el varón —tal como lo contestaron las mujeres de la Edepan—. Más de la mitad considera que es importante que la mujer conserve la virginidad hasta el matrimonio. Cuando se pregunta a los varones si para la mujer es más importante el amor a los hijos o el amor a la pareja, una mayoría responde que ambos o que a los hijos, y sólo una pequeña minoría afirma que a la pareja, lo cual coincide con la visión de las mujeres.

Algo distinto se manifiesta al indagar sobre la responsabilidad de hacer algo para no tener hijos, ya que se declara que es de ambos o del varón en más de la mitad de las respuestas; igualmente ocurre cuando se pregunta quién debe decidir cuántos hijos tener. La gran mayoría de los varones entrevistados expresó que el varón debería hacer algo para no dejar embarazadas a las mujeres con las cuales tiene relaciones sexuales, y casi la mitad está dispuesta a usar un método "masculino"; sin embargo, cuando se les pregunta cuál método usan, la gran mayoría refiere no utilizar

ninguno, a pesar de que dicen conocer diversos métodos y saber dónde obtenerlos. En muchos casos los varones están más dispuestos a usar anticonceptivos fuera de la pareja que con ella, "para no tener problemas".

En cuanto a la autodeterminación reproductiva de la mujer, la mayoría no está de acuerdo en que la mujer aborte, a excepción de que su vida peligre. Cuando se pregunta a los varones qué harían si su mujer no tuviera hijos porque no quiere, la gran mayoría (80%) dice que la dejaría, la convencería o la obligaría.<sup>8</sup>

En una primera interpretación, las restricciones y expectativas que los varones tienen respecto de las mujeres, son claras y coincidentes entre los dos grupos de entrevistados, asignándoles un papel alrededor del hogar y los hijos y restringiendo de manera considerable sus decisiones en cuanto a su vida sexual y reproductiva. Sin embargo, las respuestas de los varones nos presentan también una visión contradictoria, donde se superponen el deber ser (ambos deben decidir) a creencias y expectativas sobre el dominio del varón, decidiendo e impidiendo espacios y condiciones para la toma de decisiones por parte de las mujeres.

#### *Elementos constantes en la vivencia del espacio reproductivo*

Las referencias analizadas hasta este momento, a partir de entrevistas hechas a mujeres y las correspondientes para los varones, nos muestran, en primer lugar, una serie de coincidencias en cuanto a la percepción que se tiene de los roles que se desempeñan en la relación de pareja y en las relaciones sociales; por otra, muestran una serie de diferencias en su opinión sobre la participación de los varones dentro del ámbito de la regulación de la fecundidad y la práctica en ese sentido.

Se constatan coincidencias en la percepción de que la mujer debe estar más comprometida con los hijos, tanto por su vinculación con su crianza —y de hecho su responsabilidad al parecer exclusiva en ese sentido—, como por su preferencia por el amor de los mismos, cuando se pide a los miembros de ambos sexos que lo comparen con el amor de la pareja. Parecieran reconocerse mayores gratificaciones en la interacción con hijos e hijas que en la interacción con el esposo o compañero. El tipo de razones dadas para preferir a los hijos antes que a la pareja, refleja no únicamente la importancia tan grande que puede tener la maternidad, sino a veces las relaciones "tan poco placenteras y equitativas" que se mantienen con la pareja.

<sup>8</sup> En la Edeпам las mujeres aceptaron en buena medida que si una mujer no puede tener hijos, ello es razón para que su pareja la abandone.

El espacio de “lo público o de la reproducción social”, que se genera de las actividades remuneradas fuera del hogar, se reconoce más como ámbito de los varones, y si bien éstos tienden a oponerse (declarado por ellos mismos y en la percepción de las mujeres) a que la mujer labore fuera del hogar, se argumenta con más fuerza cuando la mujer tiene hijos “a quienes cuidar”. El instrumento utilizado para recolectar información no permite saber si las mujeres dejan de trabajar porque tienen que cuidar a los hijos, como una imposición u obligación, cuando en el fondo ellas quisieran poder trabajar fuera del hogar, o bien no identifican la posibilidad de poder realizar ambas actividades simultáneamente, al margen de las imposiciones de su pareja. Ello se repite en ambas poblaciones, aunque debe destacarse que la argumentación radica en que es el varón quien “debe mantener el hogar” y la mujer “encargarse de la crianza de los hijos”. También se reconoce en la respuesta de los hombres, que su aceptación para que su pareja trabaje se debe más a las presiones económicas y se considera como “una ayuda a la familia”, que como un derecho de la mujer. A la vez se incorporan elementos de posibles conflictos en la relación de pareja, como puede ser el temor a que la mujer sea infiel si trabaja fuera del hogar, según la opinión de los varones, lo que es reconocido tanto por las mujeres como por ellos mismos.<sup>9</sup>

En el ámbito de la “reproducción biológica”, relacionado con la reproducción social, llama la atención que en ambos grupos entrevistados se constata que el hecho de que una mujer no pueda o no quiera tener hijos (en el caso de la entrevista a varones), constituye una razón para que pueda ser abandonada por su pareja. Es decir, mujeres y varones reconocen que esto es parte de las normas vigentes en las relaciones entre ambos sexos, cuando interviene el factor reproducción. A ello se añaden el contexto cultural, las relaciones familiares y las redes sociales en las que se hallan inmersos. En esta vertiente es difícil sistematizar —por no haberlo documentado explícitamente— qué tanto la valoración que la mujer hace de su propia maternidad o de su capacidad reproductiva, se deriva de opciones personales y preferencias individuales, y qué tanto es producto de temores o reacciones negativas por parte de su pareja, en un espacio de relaciones desiguales en el ejercicio del poder.

Son constantes las referencias a que las relaciones coitales son más una decisión del varón que de la mujer; si bien una de las primeras contradicciones que se encuentra es que según la declaración de los varones debe ser una “decisión de ambos” (al igual que en el caso de la decisión sobre el número de hijos). Las mujeres reconocen una realidad

<sup>9</sup> A pesar de querer evitar caer en estereotipos y generalizaciones, los datos confirman esta vertiente en las respuestas.

menos equitativa que la observada en la práctica y en la declaración de los varones.

Prevalece la respuesta de que la mujer es la responsable de hacer algo para no tener hijos, según las propias mujeres, pero un hecho que llama la atención es que el varón reconoce que le corresponde hacer algo para no tener hijos, a pesar de que en realidad es baja la proporción de varones que reconoce el uso de métodos en los que esté involucrado directamente. Ello podría estar reflejando nuevamente una exageración en la declaración del varón pero, por otra, puede indicar una variación en la percepción de lo que significa que el varón sea responsable y se haga presente.<sup>10</sup> No obstante, debe reconocerse que los varones están más preocupados por hacer algo —en términos de prevenir un embarazo— cuando las relaciones coitales ocurren fuera de la unión, que cuando existen con la pareja, posiblemente por el temor a algún compromiso que quieren evitar o para no contrar una enfermedad de transmisión sexual.

Los datos muestran importantes coincidencias, pero también desfases en cuanto a las declaraciones de varones y mujeres, que pudieran parecer contradictorios, ya que muestran a los varones más participativos a través de sus declaraciones que lo que admiten las mujeres, lo que por una parte reflejaría un proceso de autojustificación; pero, por otra, que existe una percepción diferencial de lo que ocurre con las decisiones reproductivas.

En los modelos de socialización, la identidad masculina se construye como independiente de la reproducción biológica, por lo que incorporar al varón en una lectura integral de ésta no parece algo tan directo, si no se replantean sus relaciones con la mujer, en una lógica de transformación de roles y corresponsabilidad en los diferentes espacios de interacción social. Ortega y Gasset (1968) distingue las ideas y las creencias en tanto dos referentes con los que podemos interpretar nuestra realidad; define las ideas como los conocimientos racionales que nos permiten interpretar el entorno en el que nos movemos, mientras que a las creencias les da una connotación equivalente a los supuestos mínimos que tenemos para enfrentarnos, interpretar y darle sentido a dicha realidad, al margen de su carácter racional: por lo mismo, tratar de cambiarlas no pasa simplemente por la razón, sino que puede ser un proceso doloroso, ambivalente y contradictorio, ya que implica transformarse uno mismo. Parafraseando a Ortega y Gasset, "las ideas las tenemos y en las creencias estamos". Es muy probable que algo similar ocurra al tratar de replantear las relaciones de género que le dan forma a la reproducción. Lo que falta por sistematizar

<sup>10</sup> El varón puede sentirse responsable de proveer económicamente, mientras que asume que la mujer debe hacerse cargo de lo privado, entre lo que se incluye el proceso de la procreación y la crianza de los hijos.

es: ¿Qué es lo que puede aportar la investigación demográfica al proceso de redefinición y reconstrucción del entorno de la reproducción?; y adicionalmente, ¿qué aporta la reflexión sobre el género y la reproducción social a la investigación demográfica?

ESQUEMA ANALÍTICO DERIVADO DE UNA REVISIÓN CRÍTICA  
DE LOS ESQUEMAS PREVALECIENTES PARA INTERPRETAR LA FECUNDIDAD

En otros trabajos hemos discutido las limitantes del análisis de la fecundidad por no incorporar al varón de manera explícita y en sentido relacional (Figueroa y Liendro, 1994 y Figueroa, 1995a); así como las dificultades por no incluir las tensiones que ocurren a lo largo del proceso reproductivo. Además, hemos señalado cómo podría enriquecerse la investigación al explicitar las relaciones y las especificidades genéricas, así como la sexualidad dentro del estudio de la fecundidad. En este apartado se recuperan las categorías de un esquema de análisis a partir del cual pueden construirse estrategias y definirse indicadores para enriquecer la interpretación de la reproducción, explicitando en ella la presencia de la población masculina.

La idea central del marco analítico que se esquematiza a continuación es articular el comportamiento reproductivo con algunas dimensiones que lo conforman y condicionan: los factores de diferenciación socioeconómica, política, demográfica y cultural; la condición e identidad masculina; la organización genérica y los roles de género en el contexto de las relaciones entre varón y mujer, y la sexualidad.<sup>11</sup> Ello posibilita una aproximación más integral al análisis de la reproducción.

Entendemos el comportamiento reproductivo como un proceso complejo de dimensiones biológicas, sociales, psicológicas y culturales que directa o indirectamente están ligadas a la procreación. En un sentido amplio e integral, comprende las conductas y hechos relacionados con el cortejo, el apareamiento sexual, la unión en pareja, las expectativas e ideales en cuanto a la familia, la planeación del número y espaciamiento de los hijos, la actitud y relación con la pareja durante el embarazo y el parto, el cuidado y crianza de los hijos y el apoyo económico, educativo y emocional hacia ellos. Esta concepción del comportamiento reproductivo como proceso de reproducción biológico-social es coincidente con concepciones como la salud y los derechos reproductivos de varones y mujeres.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Véase Figueroa y Liendro (1995) para una discusión detallada de estas dimensiones analíticas.

<sup>12</sup> Para una revisión detallada de los diferentes significados de la salud y los derechos reproductivos pueden verse: Fathalla (1991), Cook y Plata (1993), Correa y Petchesky (1994), De Keijzer (1995), Figueroa (1995b), Ortiz-Ortega (1995), Tuirán y Salles (1995).

En esta propuesta se enfatiza la necesidad de recuperar la referencia a la organización genérica de una sociedad y a los roles de género asignados a los miembros de los diferentes sexos; paralelamente, se pretende incorporar la referencia a la sexualidad como un fenómeno biológico, psicológico y sociocultural, y la referencia explícita a la identidad masculina y a la subjetividad del varón. No se dejan de reconocer los factores socioeconómicos, políticos, demográficos y culturales, pero se amplía su connotación de discriminadores de los niveles de fecundidad, a filtros que definen intensidades y variaciones en los atributos del ser humano cuyo comportamiento es objeto de estudio.

Un aspecto que vale la pena destacar, por su vinculación con la organización genérica y los roles de género, es el carácter de construcción social del estereotipo sobre la vivencia masculina y femenina de la reproducción y que, por lo mismo, puede ser cuestionado y redefinido. No se ignora, sino que se aborda directamente, la posibilidad de su carácter conflictivo, por actuar en contra de lo socialmente esperado. Ello le da una connotación más dinámica al proceso reproductivo de la población y hace explícita la referencia a las relaciones de poder entre varones y mujeres en dicho proceso.

Dentro de esta propuesta se explicita la referencia a la reproducción social, paralela a la biológica y, además, se tienen presentes las categorías de paternidad y de identidad masculina dentro del análisis. De alguna manera estos elementos pretenden quitarle cierta rigidez racional a los esquemas de interpretación de las decisiones reproductivas, al incorporar elementos subjetivos latentes dentro de los supuestos relevantes a los que una persona recurre al optar por cierto tipo de comportamientos.

El hacer explícitas las categorías de género y organización genérica, de identidad masculina y la dimensión de la sexualidad, enriquece el análisis de la reproducción, ya que además considera la dimensión sociocultural de la corporeidad. A ello se añade el explicitar las diferencias entre los derechos establecidos para los miembros de ambos sexos y del significado que genera para la práctica de la reproducción. Esto es relevante, en especial, cuando las relaciones que se establecen entre ambos están caracterizadas por elementos de dominación y subordinación y cuando guardan una relación importante con los aspectos reproductivos.

A lo anterior se añade la connotación de especializaciones genéricas, que va más allá de la mera responsabilidad asignada a las mujeres: es algo que las constituye como especialistas en el ámbito de la reproducción, y que tiene una serie de variaciones históricas y culturales, pero también ciertas constantes que refuerzan los espacios reconocidos como naturales por los miembros de ambos sexos. Esa connotación de un orden natural dificulta en gran medida su transformación, ya que el proceso de toma de concien-

cia es altamente complejo cuando una conducta se ha incorporado a una costumbre, a una concepción del mundo y a una división incuestionable de la asignación de responsabilidades entre los géneros. Ahora bien, la propuesta reconoce que se trata de construcciones sociales y, por ende, con opciones de transformación.

La especialización genérica considera que el ser varón o ser mujer implica aprender y desempeñar ciertas labores concebidas socialmente como propias de su sexo, lo cual condiciona las experiencias de vida de varones y mujeres. Una de las principales es la definida en torno a la reproducción. Los espacios y los tiempos de la reproducción, al definirse culturalmente como femeninos y propios de la mujer, se transforman en espacios y tiempos genéricos, donde la irrupción del varón conlleva valoraciones, temores, despliegue de poderes y habilidades.

En el espacio de la sexualidad, la separación entre el erotismo y reproducción, de manera diferencial para los varones y las mujeres, genera una codificación del cuerpo femenino y lo convierte en un objeto de dominio y control por parte de los varones, pero también en un recurso para acceder a privilegios por parte de las mujeres. Es compleja la lectura de la reproducción como un espacio de derechos y responsabilidades, cuando ha sido un espacio de sometimiento y expropiación de los varones, pero también de obtención de ciertas prerrogativas por parte de las mujeres.

A pesar de ello, en este marco se enfatiza que tanto varones como mujeres no enfrentan sus decisiones reproductivas a partir de ser individuos neutros, sino que cada uno porta una carga de experiencias y aprendizajes, propios de su condición genérica, del contexto en que vive y de su historia personal. Por ello, es imprescindible reconocer que los sujetos que deciden y que participan en la reproducción son sujetos que están constituidos, y que a la vez constituyen cierta organización genérica, basada en algunos ejes que pueden explicarse (Lagarde, 1994).

Esta lectura le brinda un carácter más dinámico a la reproducción en su vínculo con las dimensiones sociales de su entorno y, por ende, es posible que enriquezca el análisis de la fecundidad. Para ello, una opción es desarrollar una nueva lectura de los marcos analíticos y de la información ya existente, lo cual es complejo, ya que depende de la riqueza de la información obtenida con otros supuestos. Otra posibilidad es generar información que recupere las dimensiones analíticas anteriormente esbozadas, remarcando el sentido relacional de la reproducción, así como su ubicación en el entorno de las relaciones sexuales y sociales.

Como ejemplo de la primera, a continuación hacemos una lectura crítica de los marcos conceptuales utilizados en las dos encuestas cuyos datos citamos en el apartado anterior; en el que esbozamos vertientes

analíticas para generar información más específica de acuerdo con esta propuesta teórica.

### *Marco conceptual sobre reproducción en la visión de las mujeres*

#### Elementos generales

El esquema de la Edepam supone tres etapas en la toma de decisiones reproductivas, etapas que no son completamente rígidas, sino que varían con el tiempo e interactúan. La primera es la percepción sobre la posibilidad de influir sobre la fecundidad; la segunda, la motivación para hacerlo, y la tercera, la valoración de los costos de uso, de acceso y psicosociales asociados a la misma (véase Figueroa *et al.*, 1988). Este marco conceptual parte del supuesto de que los cambios en la estructura social global afectan luego los cambios en la estructura familiar y de ahí los fines, normas y medios de los individuos. Uno de los supuestos implícitos en este esquema de análisis consiste en aceptar la existencia de decisiones sobre el proceso reproductivo y sus diferentes componentes. Si bien esto no puede generalizarse —en el mismo sentido— para toda la población, el esquema pretende incorporar también aquellos casos en que el comportamiento reproductivo parece ser una consecuencia directa de las variables intermedias, sin necesidad de recurrir a un proceso “racional” de toma de decisiones (Bulatao, 1984).

Dentro de la etapa de *percepción de la posibilidad de regular la fecundidad* se encuentra el conocimiento que las personas tienen de su propio cuerpo, de su sexualidad y de elementos alrededor de su proceso reproductivo, a la vez que de los medios para influir sobre ellos. Se explicita la referencia a las posibilidades con que cuenta una persona para influir sobre su fecundidad, sin quedarse en el nivel del conocimiento, sino incursionando en la vivencia de las condiciones prácticas inmediatas para decidir al respecto.

La *motivación para regular la fecundidad* toma en cuenta la referencia a las preferencias reproductivas, pero a la vez trata de validar si dichas preferencias existen y si las estrategias que se siguen para alcanzarlas son definitivas, variantes o ambivalentes. La *valoración de los costos asociados a la regulación de la fecundidad* incorpora elementos de índole psicosocial asociados al uso de anticonceptivos, los cuales facilitan o dificultan la opción por la misma, tanto en el nivel familiar, como en el de pareja y en un ámbito social más amplio. También hace referencia a costos de acceso y de forma de uso de los métodos anticonceptivos.

## Revisión del marco conceptual

Uno de los aspectos fundamentales que pueden modificarse dentro del análisis, a partir de que se explicitan las relaciones de la organización genérica, de la identidad masculina y de los roles de género, es la discusión sobre las “condiciones de posibilidad” para tomar decisiones en el ámbito de la pareja, pero al mismo tiempo la factibilidad de que las mujeres y los varones tomen decisiones en su relación con diferentes actores sociales.

Cuando se piensa en la primera etapa del proceso de toma de decisiones reproductivas, poco se discuten las razones de la falta de acceso al conocimiento de su entorno reproductivo, como puede ser la marginación socialmente ejercida hacia las mujeres. No se documenta si contar con dicho conocimiento necesariamente genera la posibilidad de la decisión, tanto por disponer del acceso a recursos para decidir al respecto, como porque la mujer considere conveniente, pertinente e incluso relevante para su proyecto histórico, el tomar decisiones en el sentido que el conocimiento pareciera sugerir. Poco se considera el sentido de una “concepción del mundo” caracterizada por relaciones desiguales o por procesos a veces de manipulación (en ambos sentidos) de la relación de pareja, en donde la misma alta fecundidad puede ser un factor de poder para la mujer, en ciertas condiciones de pareja, a pesar de que el conocimiento —sobre su cuerpo, su sexualidad y su reproducción— le sugiera la conveniencia de regular su fecundidad.

Lo anterior está ligado con la *motivación para regular la fecundidad*; es cierto que los hijos pueden representar una carga de trabajo importante, y que el recurso económico puede no ser el más adecuado para su educación y crianza, pero cuando la misma relación de pareja se maneja mediante relaciones de poder y la sexualidad se vive en ese sentido, la dimensión de la motivación para regular la fecundidad adquiere un sentido muy diferente. Las mujeres mencionan que prefieren el amor de los hijos, porque la pareja “se va” y porque “el amor de la pareja es desleal e interesado”. Además, las mujeres señalan que tienen relaciones coitales para evitar que la pareja se vaya con otra mujer y no porque ello les genere necesariamente placer. Diferentes respuestas reflejan las relaciones desiguales dentro de la unidad doméstica, lo cual puede estar modificando en buena medida la motivación de la mujer para tener hijos, en particular en una relación que se caracteriza por el dominio unilateral del varón.

El último paso de la toma de decisiones enfatiza los costos psicosociales. Entre ellos, sin embargo, hace falta explicitar otras características del entorno de la relación de pareja, por ser la representación social de la reproducción el origen de importantes discriminaciones hacia la mujer en cuanto a sus derechos y, paralelamente, porque se genera una sobrestimación de sus responsabilidades en el ámbito de la crianza de los hijos.

Si se incorporara desde esta etapa el significado de las identidades masculina y la femenina en la relación reproductiva, esto haría más transparentes, por lo menos desde el marco analítico, algunos de los principales costos asociados a la regulación de la fecundidad, no únicamente desde el punto de vista de la mujer, sino de la social de la relación de pareja.

Un elemento más es el relacionado con la *práctica de la anticoncepción*, como consecuencia de un proceso de toma de decisiones y de relaciones de poder, no necesariamente habladas, sino latentes y a veces obvias e incuestionables. Esto reproduce esquemas donde las mujeres valen en función de su maternidad, lo cual es asumido por varones y mujeres, no teniendo derecho a otras opciones que parecieran ser más del ámbito de los varones, como lo es el espacio laboral y la escolaridad, así como las decisiones sobre la sexualidad y la reproducción.

Si se incorporan elementos de derechos y responsabilidades reproductivas desde el esquema conceptual, sería una orientación que permitiera profundizar en la investigación sobre las condiciones sociales, psicológicas y físicas en las que se lleva a cabo dicha reproducción, y de alguna manera sería explícita la indagación sobre las condiciones sociales, institucionales y de relaciones de pareja necesarias para su ejercicio.

#### *Marco conceptual sobre reproducción en la visión de los varones*

##### Elementos generales

La Encapo planteó un esquema de toma de decisiones —para el estudio del comportamiento reproductivo de la población, a través de la versión del varón— con las características que a continuación se detallan. Se reconoce que la dinámica demográfica está afectada por las modificaciones de la estructura económica y social, y el significado de dichos cambios, las determinaciones y sobredeterminaciones de los diferentes aspectos de la realidad social, económica, política e ideológica que no son directos ni mecánicos, sino que están mediados y articulados diferencialmente según la instancia analítica de que se trate: individuo, familia, grupos sociales e instituciones. La complejidad de dichas relaciones no permite captar el fenómeno de manera agregada, en términos de totalidad, de ahí que, para su estudio, se planteó una desagregación cuyos propósitos metodológicos no implicaban fraccionar la realidad social, sino permitir, en términos analíticos, su estudio. Con tales propósitos, la realidad social se consideró formada por dos grandes dimensiones, relacionadas e interdependientes: la *macrosocial* y la *microsocial*.

De acuerdo con esta lectura, las características del sistema productivo y el desarrollo alcanzado por la organización social, constituyen un sistema

en cuyo marco se inscribe la reproducción social diferencial de la población. En este ámbito los factores ideológicos, políticos y económicos, permean otras dimensiones, sobredeterminando el comportamiento reproductivo en el nivel micro. Se ha señalado que existe una serie de instancias intermedias mediadoras entre ambas dimensiones, en donde realmente se realizan y articulan los componentes de la realidad social, y donde los individuos concretos y particulares se desenvuelven. Dentro de esta dimensión intermedia se reconoce a las instituciones, los grupos sociales y la familia, como los espacios inmediatos en donde tiene lugar la reproducción de la población. Las condiciones materiales de vida, particularizan las actitudes, motivaciones y acciones en relación con la reproducción social y la procreación.

Los investigadores responsables de este proyecto reconocen, al exponer el marco, que, "si bien, el esquema adoptado se ubica dentro del enfoque teórico-histórico-estructural, no se planteó una relación lineal determinante y exclusiva de la instancia económica sobre las instancias ideológica, cultural, normativa y religiosa, que influyen en el comportamiento reproductivo de la población, sino que se reconoció el peso estructurador que tiene la organización de la producción y, en consecuencia, que el lugar que ocupan los individuos en dicho proceso, constituye el eje analítico del esquema". El proceso mediante el cual los individuos concretos llegan a manifestar su comportamiento reproductivo, está relacionado con las condiciones de vida cotidiana en sus componentes económicos, sociales, culturales, psicológicos y biológicos.

La percepción e interiorización de los valores y normas prevalecientes, mediadas por la familia, se traducen en creencias, ideales, preferencias que van tomando cuerpo en opiniones, actitudes y conductas que son contrastadas cotidianamente con "su realidad", en términos de las posibilidades de realización o no de sus propias necesidades subjetivas y objetivas cambiantes a lo largo de su vida. La anticoncepción constituye un factor importante del comportamiento reproductivo en cuanto que influye de manera significativa en cierto nivel de fecundidad, que replantea nuevamente el juego y peso de cada componente involucrado en el proceso de decisiones intervinientes, que fue esbozado anteriormente.

### Revisión del marco conceptual

Si bien el marco conceptual que guió a la Encapo considera, en términos muy generales, la influencia de las condiciones socioeconómicas en el comportamiento reproductivo de la población masculina estudiada, no se explicaron las consecuencias de cierta organización genérica en la práctica de la producción y de la vida cotidiana de la población; es decir, ¿cuáles son

y cómo se dan las condiciones de género que hacen que se reproduzca la existencia sobre diferentes posibilidades de elegir y decidir en diversos ámbitos de la vida diaria, incluidas las decisiones reproductivas?

De esta manera, aspectos como la sexualidad de los varones y los roles socialmente asignados a los mismos, serían aspectos importantes de investigación en relación con su comportamiento reproductivo. Además, la visión que los varones tienen de la sexualidad de la mujer y de los roles que deberían cumplir en los ámbitos laboral, doméstico y sexual, documenta las expectativas que las mujeres tienen de su participación en las decisiones reproductivas, así como de sus derechos y responsabilidades.

La indagación de diversos elementos del comportamiento reproductivo masculino se concretó a las actitudes, conocimientos y prácticas de los entrevistados. Por dificultades metodológicas y sobre todo de tipo conceptual, no se incorporaron aspectos que exploraran las identidades de los varones de manera sistemática, sobre todo indagando la posición que el varón asume frente a su pareja en la toma de decisiones, tanto reproductivas (sexualidad, anticoncepción, embarazo, crianza de los hijos) como indirectamente ligadas a la reproducción (el mantenimiento del hogar, la distribución de tiempos y espacios domésticos, los cuidados y la salud familiar; la asignación de especializaciones genéricas dentro y fuera del hogar, entre otros).

El recuperar la organización genérica y otras de las categorías propuestas, permitiría indagar sobre la percepción que tienen los varones acerca de la relación que existe entre su comportamiento reproductivo y otros ámbitos de su vida, los cuales le otorgan sentido a su posición de género: lo laboral, lo sexual, lo paternal y lo maternal, lo masculino y lo femenino, lo lúdico, lo religioso, lo que otorga o quita poderes, su relación con otros varones y otras mujeres, entre algunos elementos centrales.

También resulta relevante retomar a la pareja como unidad de análisis, propuesta que se hace generalmente (si bien se reduce a entrevistar a uno de los miembros de la misma) pero que debería explicar los diversos vínculos que se establecen en la convivencia de varón y mujer, para incorporarlos al análisis del comportamiento reproductivo de ambos. Una posibilidad podría ser el incorporar, además de las declaraciones de los propios varones, la visión que las mujeres tienen de ellos, en una suerte de "espejear ambas percepciones" sobre un mismo hecho.

Este enfoque facilita reconocer las posibilidades teóricas y analíticas del proceso de documentar algunos de los elementos que motivan o inhiben a los varones a participar de una manera más equitativa en la reproducción, tanto en su interpretación como en la de las mujeres. Ello se relaciona con su identidad y sus roles de género, es decir, los temores a perder control y poder, las expectativas personales y hacia su pareja, los proyectos de vida

personales y en familia, las posibilidades de cambio y el ejercicio del poder de decisión, entre otros elementos.

Con la lectura original de la Edepam y la Encapo, las referencias de la población a algunas de las temáticas ausentes se derivan de reflexiones espontáneas por parte de las personas entrevistadas; no obstante, desconocemos si las temáticas no declaradas en términos de relaciones de pareja no le generan sentido, o bien, si hizo falta una indagación más específica sobre ello, como lo hubiera permitido un esquema como el esbozado al inicio de este apartado.

#### POSIBILIDADES DE CONSTRUIR NUEVAS LECTURAS DE LA REPRODUCCIÓN

Uno de los aprendizajes generados de un ejercicio de reflexión como el aquí presentado es que el hecho mismo de que el proceso reproductivo puede estar reafirmando, al validar o reproducir el sistema de organización genérica, las creencias y actitudes alrededor de la sexualidad, los moldes de identidades masculina y femenina que han ido aprendiendo las personas en interacción, los roles de pareja que cada persona acepta consciente o inconscientemente y las relaciones de poder entre la pareja. No obstante, puede haber un proceso consciente para intentar enfrentarse a los moldes y esquemas de relación anteriormente señalados, construir una nueva identidad, negociar con la pareja la propia lectura de la realidad y no necesariamente por haberlo desglosado de una forma estructurada y racional, sino posiblemente por una combinación de intuiciones, sentido común, asimilación de cierta experiencia vital, conocimiento compartido y por la vivencia de situaciones contradictorias a las que nos enfrentamos en el acercamiento cotidiano al proceso reproductivo (Figuroa y Liendo, 1995).

Los elementos aquí discutidos confirman la necesidad de imaginarse estrategias de análisis del proceso reproductivo en el contexto de las relaciones de poder entre varones y mujeres, así como una crítica rigurosa de los marcos normativos que validan y mantienen las formas socialmente construidas y aceptadas de vivir la reproducción.

Las reflexiones incorporadas en los apartados anteriores no pretenden descubrir la complejidad del proceso reproductivo, sino aportar elementos para el replanteamiento de formas de interpretar la realidad reproductiva, tratando de recuperar la presencia de los varones, no como apoyo u obstáculo en la fecundidad de las mujeres, ni como autores únicos, sino como personas que construyen una forma de reproducirse, al interactuar con su cuerpo, con su sexualidad y con su forma de vivir la masculinidad, entre otros aspectos relevantes. Por ello concluimos el trabajo con propues-

tas de estrategias analíticas e indicadores, algunos de los cuales pueden ser recuperados por la investigación demográfica.

Uno de los supuestos de categorías como salud y derechos reproductivos es la vinculación de la reproducción con el ejercicio de la sexualidad, a la par que el reconocimiento del proceso de negociación entre hombres y mujeres, el cual incluye diferentes elementos de transacción, explícita o no tan consciente, a veces con una mezcla de elementos de manipulación, o de conceder ciertos derechos y ganar otro tipo de privilegios. Todo ello hace obligada la referencia al contexto de las relaciones entre los participantes y actores en la reproducción. En ese sentido, concluimos ejemplificando algunas vertientes analíticas para considerar nuevamente la interpretación demográfica de la reproducción, pero a partir de la explicitación de la presencia masculina en este proceso.

En un trabajo presentado previamente (Figuroa *et al.*, 1993) planteamos la necesidad de darles otra connotación a ciertos indicadores utilizados en el análisis demográfico: proponíamos que en lugar de hablar sobre la escolaridad en tanto diferencial de la fecundidad, habría que imaginarse la educación reproductiva en términos del proceso mediante el cual las personas (mujeres y varones) incorporan a su cosmovisión y a su historia personal el proceso reproductivo, del que son autores, a la vez que son influidos por el mismo. Como otro diferencial de la fecundidad proponíamos hacer referencia al trabajo, pero en la medida en que permite que las personas (varones y mujeres) recreen, transformen y construyan el entorno vital del cual están formando parte y del cual son un actor fundamental. Además, mencionamos la necesidad de dejar de hablar de uso de anticonceptivos como un recurso para controlar la fecundidad y pensar en derechos reproductivos como el proceso a través del cual se participa en la construcción del entorno de la procreación.

Recientemente propusimos pensar en la defensa de los derechos reproductivos, pero ahora como un proceso mediante el cual se resuelven democráticamente los dilemas éticos que se presentan en el espacio de la reproducción (Figuroa, 1995b). Hablamos de proceso democrático para explicitar que son varias las personas que intervienen en el ámbito de la reproducción, tanto en el nivel de la pareja como en el social (ya que las decisiones y actos individuales tienen repercusiones sociales) y para promover que se documenten dilemas éticos que pueden generarse entre las normatividades que entran en juego. Lo que permite recuperar el sentido relacional de la reproducción y las relaciones de poder subyacentes a la misma.

Un segundo ejercicio analítico puede retomarse de esta lectura, si se desarrollan propuestas a partir del análisis demográfico tradicional de la fecundidad y si, en la búsqueda de mediciones, se les da cabida a algunos elementos sobre la relación entre las personas que se reproducen. Al

margen de quién es quien lleva el producto del embarazo en su cuerpo, podemos ir más allá de la tasa global y específica de fecundidad, así como de la tasa bruta de reproducción e imaginarnos a cada persona (hombre o mujer) como un ser que se reproduce con sus especificidades y sus diferencias, a la vez que con elementos que pueden tener en común.

Es factible estimar para hombres y mujeres, una *tasa individual de reproducción* e interpretar de manera relacional los casos que aparezcan de no respuesta o de discrepancias pero más que para asegurar una consistencia perfecta, para entender la representación que hombres y mujeres tienen de su reproducción y lo que las diferencias implican para la construcción conjunta de su entorno reproductivo. La medición podría complementarse con una interpretación de la reproducción en tanto conjunto de "microinteracciones" entre hombres y mujeres, ya que para ello es necesario analizar cómo se resuelven las diferencias y las confrontaciones, así como el desconocimiento de algunos varones sobre las consecuencias reproductivas de su práctica sexual.

Como una forma de comparación de la reproducción masculina y la femenina podríamos desarrollar un indicador equivalente al "índice de masculinidad", el cual más que describir la estructura de la población por grupos etáreos, relacionaría la tasa individual de reproducción de los hombres y de las mujeres. Al margen de sus posibles complicaciones prácticas, pueden desarrollarse las tasas personales de reproducción masculina y la femenina, crear la costumbre de trabajar con este tipo de estimaciones e intentar formas de perfeccionar y depurar el *índice de masculinidad reproductiva*, como se le podría llamar a este cociente.

A ello se añade el hacer estimaciones de *promedios de hijos nacidos vivos para varones e incluso una tasa específica de fecundidad para esta misma población*, dándole un valor en sí mismo a la diferencia en los porcentajes de "no respuesta" entre subgrupos poblacionales. De alguna manera las complicaciones analíticas y prácticas pueden empezar a influir sobre otros investigadores que desarrollen propuestas concretas al respecto.

Otra dimensión se refiere al *promedio de hijos*, pero divididos *según si fueron de común acuerdo*, si fueron producto de una relación sexual forzada o negociada, o bien si fueron producto de una relación en donde no se habla *a priori* de ello, sino que los hijos "simplemente aparecen". Es decir, más que las estimaciones que se proponen actualmente para detectar la fecundidad no deseada, se puede pensar en función de si se quería la relación sexual o si hubo un proceso de violencia que forzó de alguna manera esa interacción, con el fin de reinterpretar el contexto en el que se establecen las relaciones que generan como producto un embarazo.

Otra dimensión más se puede centrar en el contexto de la anticoncepción, especificando por ejemplo, si el uso es negociado, si es impuesto o si

es unilateralmente asumido. Podrían construirse categorías que reflejaran las expectativas y representaciones sociales de las personas de ambos sexos al interactuar en el espacio de la regulación de la fecundidad.

En el proceso de repensar el significado social del entorno de la reproducción, valdría la pena desarrollar dimensiones analíticas que retomen el *conocimiento que se tiene del propio cuerpo*, por ejemplo vinculándolo con la fecundidad, con la capacidad reproductiva y con causas de infertilidad. Ello puede enriquecerse investigando lo que dicha infertilidad provoca en la identidad genérica de hombres y mujeres. Aunado a ello, pueden proponerse dimensiones analíticas e indicadores alternativos —en relación con otras ciencias sociales y con la medicina— distinguiendo elementos que influyen sobre el aparato, el comportamiento y el proceso reproductivo.<sup>13</sup>

Adicionalmente, podría explicitarse el proceso de negociación consigo mismo y con los roles aprendidos, enfatizando el aprendizaje a partir de las diferencias, como una forma de resistencia o de transgresión a los roles y a las construcciones sociales alrededor de la masculinidad.<sup>14</sup> Un espacio idóneo para ello sería a través de documentar la negociación para el cuidado de los productos del embarazo. En este sentido se propone documentar los procesos de resistencia en los que están inmersos varones y parejas que han tratado de llevar las relaciones de una manera distinta a las socialmente más conocidas, ya que existen varones y mujeres que intentan la relación de pareja de otra forma, así como vincularse con la crianza de una manera distinta a como regularmente se interpreta. A pesar de ello, se enfrentan a problemas, críticas y cuestionamientos sociales y, a veces, la falta de apoyo legal y laboral. Se propone documentar sus resistencias, enfrentamientos y procesos de transgresión a dichos obstáculos sociales.

La terminología de salud y derechos reproductivos ofrece importantes opciones para repensar las inequidades y las contradicciones que se generan en el espacio de la reproducción. Parece un proceso complejo, no obstante, la necesidad de intentarlo, pero resulta obligado si se quiere

<sup>13</sup> Al reconceptuar la relación entre salud y reproducción, una primera consecuencia es distinguir el supuesto equilibrio o bienestar del aparato reproductivo respecto al comportamiento y proceso reproductivo; la dimensión es muy distinta, ya que se tiende a pensar que el aparato que se reproduce es el de las mujeres, pero cuando se piensa en el comportamiento reproductivo el varón está también presente y ello es más evidente cuando se habla del proceso reproductivo.

<sup>14</sup> Un elemento que vale la pena destacar es la necesidad de explicitar las construcciones sociales y los aprendizajes en los que estamos inmersos, que reproducimos y que quizá muchas veces no nos damos cuenta de su carácter sexista y discriminatorio. No se trata de satanizar a unos y victimizar a las otras, pero sí de evidenciar que el tipo de socialización fomenta la reproducción de las inequidades genéricas.

aprovechar la riqueza del conocimiento actual sobre el entorno de la reproducción.

Algunas de las propuestas analíticas y de generación de información anteriormente señaladas no son necesariamente nuevas en la preocupación demográfica, ya que el interés por recuperar las dimensiones sociales y psicológicas del entorno de la reproducción tiene importantes antecedentes. Sin embargo, lo que sigue haciendo falta es documentar y explicitar lo que se avanza en el conocimiento al intentar aplicar dichas propuestas. Al discutir estos referentes y posibles nuevos indicadores y vertientes analíticos con algunos demógrafos, éstos consideran que es muy difícil cuantificarlos a la medida de los indicadores demográficos; otros sugieren que puede intentarse, si bien le reconocen más posibilidades a aproximaciones sociológicas y antropológicas que apoyen la lectura demográfica.

Al margen de lo anterior, una propuesta interesante es la de algunas personas que han sugerido que antes de definir nuevas categorías analíticas se hace necesario repensar el alcance de los mismos indicadores demográficos utilizados para el estudio de la fecundidad, ya que es a partir de ellos que se construyen referentes tanto para la interpretación demográfica, como para la definición de políticas y programas, los cuales suelen justificarse en la información demográfica.

Este trabajo pretendió simplemente ilustrar algunas de las complejidades teóricas y prácticas que se presentan al pensar en los varones en relación con los procesos reproductivos, pero más allá de concebirlos como personas que participan apoyando u obstaculizando el comportamiento de las mujeres con las cuales se reproducen. Hace falta desarrollar esquemas teóricos y propuestas metodológicas para poder analizar de una manera más clara su presencia en los procesos reproductivos. La conclusión derivada de estas reflexiones es la necesidad de considerar las relaciones de género y la construcción social de la sexualidad, como sustrato para el estudio de la reproducción.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bulatao, R. (1984), "Contents and process in fertility decisions: a psychosocial perspective" en *Fertility and Family, Proceedings of the Expert group on Fertility and Family*.
- Cook, R. y M.I. Plata (1993), "Women, human rights and reproductive rights", presentado en Roundtable on Women's Perspectives on Family Planning, Reproductive Health and Reproductive Rights, Ottawa, Canadá (mimeografiado).
- Correa, S. y R. Petchesky (1994), "Reproductive and sexual rights: A Feminist Perspective", en G. Sen, A. Germain y L. Chen (eds.), *Population Policies*

- Reconsidered (Health, Empowerment and Rights)*, Harvard University Press, Boston, pp. 107-123.
- Davis, K. y J. Blake J. (1956), "Social Structure and Fertility: An Analytic Framework", *Economic Development and Cultural Change*, 4:211-235.
- De Keijzer, B. (1995), "Los derechos sexuales y reproductivos a partir de la dimensión de la masculinidad", presentado en la *V Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, El Colegio de México, México, 15 pp. (mimeografiado).
- Ezeh, A., M. Seroussi y H. Raggars (1996), "Men's Fertility, Contraceptive Use, and Reproductive Preferences", *DHS Comparative Studies*, núm. 18. Calverton, Maryland: Macro International Inc.
- Fathalla, M. (1991), "Reproductive Health: A Global Overview", *Annals of the New York Academy of Sciences*, 28 de junio, p. 1.
- Figueroa P., J.G. (1993), "El enfoque de género y la representación de la sexualidad: algunas reflexiones", *Cuaderno de Capacitación en Investigación sobre Planificación Familiar*, núm. 1, DGPE, Secretaría de Salud, México.
- (1995a), "Some reflections on the social representation of male presence on reproductive health processes", IUSSP Seminario *Fertility and the mate life Cycle*, Zacatecas, México.
- (1995b), "Aproximación al estudio de los derechos reproductivos", en la serie *Reflexiones en sexualidad, salud y reproducción*, núm. 8, El Colegio de México, México, D.F.
- , A. Cervantes, Y. Palma y R. Aparicio (1988), *Determinantes de la práctica anticonceptiva en México*, documento metodológico, Dirección General de Planificación Familiar, Secretaría de Salud, México.
- y R. Aparicio (1991), "Factores que determinan la aceptación y continuidad en el uso de métodos anticonceptivos", presentado en el *Simposio sobre Salud Reproductiva* organizado por la Academia de Investigación Científica, México, D.F. (mimeografiado).
- , Y. Palma y R. Aparicio (1991), "Toward an understanding of contraceptive use dynamics in Mexico", en World Health Organization, *Dynamics of Contraceptive Use*, Génova (mimeografiado), publicado en español en J.G. Figueroa (compilador), *El Entorno de la Regulación de la Fecundidad en México*, Secretaría de Salud, México, 1993.
- y G. Rivera (1993), "Algunas reflexiones sobre la representación social de la sexualidad femenina", en S. González (coordinadora), *Las mujeres y los géneros en la antropología latinoamericana*, El Colegio de México, México, pp. 141-167.
- , B. Aguilar, M.B. López y T. DiGiacomo (1993), "Autonomía de la madre y salud del hijo: reflexiones sobre la experiencia latinoamericana", en Abep, Celade, Iussp, Prolap, Somede, *IV Conferencia Latinoamericana sobre Población. La transición demográfica en América Latina y el Caribe*, México, D.F., vol. II, pp. 665-681.
- Figueroa P., J.G. y E. Liendro (1994), "Apuntes sobre varones y la toma de decisiones reproductivas", presentado en el *Seminario de estudios sobre Masculi-*

- nidad del Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México (mimeografiado).
- y E. Liendro (1995), "La presencia del varón en la salud reproductiva", en E. Hardy M. J. Duarte y E. Rodríguez *et al.*, (eds.), *Ciencias sociales y medicina: perspectivas latinoamericanas*, Universidad de Campinas, Brasil, pp. 193-226.
- Lagarde, M. (1994), "La regulación social del género: el género como filtro de poder", en Consejo Nacional de Población, *Enciclopedia de la sexualidad*, México, co.
- Lamas, M. (1993), "La lucha por los derechos reproductivos", *Fem*, año 16, núm. 122, pp.14-15.
- Ortega y Gasset, J. (1968), *Ideas y creencias*, Buenos Aires.
- Ortiz-Ortega, A. (1995), "Los derechos reproductivos vistos desde la óptica de las mujeres", presentado en la *V Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, El Colegio de México, México, 15 pp. (mimeografiado).
- Palma, Y., J.G. Figueroa P. y A. Cervantes (1990), "Dinámica del uso de métodos anticonceptivos en México", *Revista Mexicana de Sociología*, LII(1), 51-81.
- Pitanguy, J. (1995), "Salud y ciudadanía: Ciencias sociales y medicina", discurso inaugural durante el *III Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales y Medicina*, en E. Hardy *et al.* (eds.), *Ciencias sociales y medicina: perspectivas latinoamericanas*, Universidad de Campinas, Brasil, pp. xi-xvii.
- Saavedra, F. y P. Castro (1990), *Informe de la Encuesta sobre conocimiento, actitud y práctica en el uso de métodos anticonceptivos de la población masculina obrera del área metropolitana de la Ciudad de México*, Dirección General de Planificación Familiar, Secretaría de Salud, México.
- Tuirán, R. y V. Salles (1995), "La salud reproductiva: una perspectiva desde las ciencias sociales", presentado en la *V Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, México, 25 pp. (mimeografiado).
- Weltser-Lang, D. (1992), "El doble estándar asimétrico", en *Des hommes et du masculin*, Lyon, Francia.



## II

# EL CONTEXTO CULTURAL Y LA DIVERSIDAD DE SIGNIFICADOS Y PRÁCTICAS EN TORNO A LA SEXUALIDAD, REPRODUCCIÓN Y PATERNIDAD



LA SEMILLA DEL HOMBRE.  
NOTAS ETNOLÓGICAS ACERCA  
DE LA SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN  
MASCULINAS ENTRE LOS MAYAS\*

MARIO HUMBERTO RUZ\*\*

INTRODUCCIÓN

En tanto que el pueblo maya tojolabal de Chiapas emplea el término *iwinkiltik*, para referirse a "nuestra persona", que también puede traducirse por "nuestros genitales",<sup>1</sup> los mayas tzotziles de Zinacantan emplean un mismo término para procrear, hacer tortillas y desarrollar actividades políticas. Unen así, simbólicamente las principales funciones de la vida cotidiana (Nájera, en prensa); conjuntan las esferas femenina y masculina a través de las actividades que permiten reproducir a la familia y a la comunidad. Sus vecinos de Chamula, por su parte, consideran que todos los hijos, en principio, son hombres, pero un descuido de la embarazada puede cambiar el sexo del producto (Pozas, 1977, 1: 119), lo cual la expone a ser rechazada y suplantada pues arriesga la continuidad de un grupo basado en la patrilinealidad.

En la concepción de los otomíes del México contemporáneo, el pene es una analogía cultural del hombre; al igual que el individuo tiene un ciclo de vida: crecimiento, clímax y decadencia; sin erección es como un niño; durante el acto sexual llega a la muerte, y tras el coito prefigura al antepasado primordial, es decir, envejecido, ajado, agotado (Galinier, 1990: 189ss).

\* Trabajo presentado en el Seminario Internacional sobre Fecundidad y Ciclo de Vida en la Era de Disminución de la Fecundidad. La versión en español fue elaborada por el autor.

\*\* Profesor-investigador del Centro de Estudios Mayas, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup> En su composición participa la voz *winkil* que significativamente designa tanto a la persona toda como a los genitales (masculinos o femeninos). El pene es llamado *swinkil jun winik* y la vagina *swinkil jun ixuk*, es decir, de hombre: *winik*, y mujer o femenino: *ixuk*.

Los nahuas prehispánicos, por su parte, consideraban que “todos los pecados y excesos sexuales originaban daños al cuerpo: la enfermedad de pecado conducía a la locura; el pecador perjudicaba con emanaciones nocivas a sus inocentes prójimos; las muchachas que habían perdido la virginidad sufrirían pudrición en sus genitales; el exceso sexual llevaba a la ruina física, a la consunción; el uso de afrodisíacos provocaba la eyacuación ininterrumpida, y con ella, la muerte”. Se recurría, pues, a la amenaza de enfermedades buscando encauzar la sexualidad del pueblo (López Austin, 1993: 88).

Diversas en matices y cambiantes en el tiempo, éstas y otras muchas concepciones y creencias de los pueblos indoamericanos, comparten un rasgo: nacen de la necesidad sociocultural de explicar el papel que juegan ambos sexos en el proceso reproductivo. Su conocimiento resulta por ende una manera valiosa para ilustrar el origen, racionalidad y el porqué de la vigencia de ciertas actitudes que influyen de manera significativa no sólo en la peculiar concepción del cosmos (reflejada en el cuerpo humano) y en los patrones de organización sociofamiliar que ostentaban y ostentan estos grupos, sino también en la aceptación o rechazo de los programas de anti-concepción y planificación familiar; o la ocasional indiferencia ante ellos.

La sexualidad, como es bien sabido, se muestra como sitio privilegiado en la conjunción de lo biológico y lo cultural. Codificar los impulsos que se generan a partir de la diferenciación sexual y encauzar la procreación a que en ciertas circunstancias puede dar origen, son tendencias históricamente adoptadas que subyacen en múltiples creaciones ideológicas y otros tantos procesos sociales, económicos, políticos y religiosos, como bien lo muestran en muchos pueblos la taxonomía del cosmos, los sistemas de parentesco, las preferencias por tal o cual tipo de familia o grupo residencial, las técnicas de socialización diversas según el género, la división del trabajo, la posibilidad de acceder a determinados puestos dentro de la comunidad o la de participar o no en ciertos rituales.

Imposibilitado para dar cuenta de la riquísima gama de conceptos, creencias y actitudes posibles de encontrar acerca de la sexualidad y la reproducción en los pueblos indios de la antigua área cultural de Mesoamérica, opté por presentar una visión introductoria a sólo uno de ellos, el maya.<sup>2</sup> Tal elección responde a la existencia de valiosos estudios acerca de los integrantes de la familia lingüística maya, lo cual permite observar su compleja diversidad, condicionada no sólo por factores históricos sino

<sup>2</sup> La ponencia presentada en Zacatecas incluía reflexiones más detalladas sobre pueblos nahuas y otomíes; por razones de espacio la publicación se restringió a los mayances. Asimismo, se eliminaron varios datos, consideraciones de tipo histórico y notas a pie de página.

también por el distinto grado de desarrollo socioeconómico y político de los países entre los cuales se vieron divididos.<sup>3</sup>

He dividido el presente trabajo en cuatro apartados relativos a los caminos de la seducción, el ejercicio de la sexualidad, las creencias acerca de la concepción y lo concebido acerca de la infertilidad y otras patologías culturalmente asociadas a la esfera de lo sexual y reproductivo, si bien cabe señalar desde un inicio, que tales cortes responden a una mera elección personal que busca facilitar la exposición, y no a diferenciaciones nativas. Con el fin de ilustrar algunos de los cambios registrados con la introducción de los conceptos occidentales y la forma en que éstos fueron reinterpretados a lo largo de varios siglos, me permitiré hacer brevísimas referencias a lo reportado en las crónicas y otras fuentes tempranas acerca de algunos pueblos mayas durante las épocas prehispánica y colonial, mientras que con fines exclusivamente comparativos me referiré a algunas otras culturas de la antigua área mesoamericana, en particular nahua y otomí.

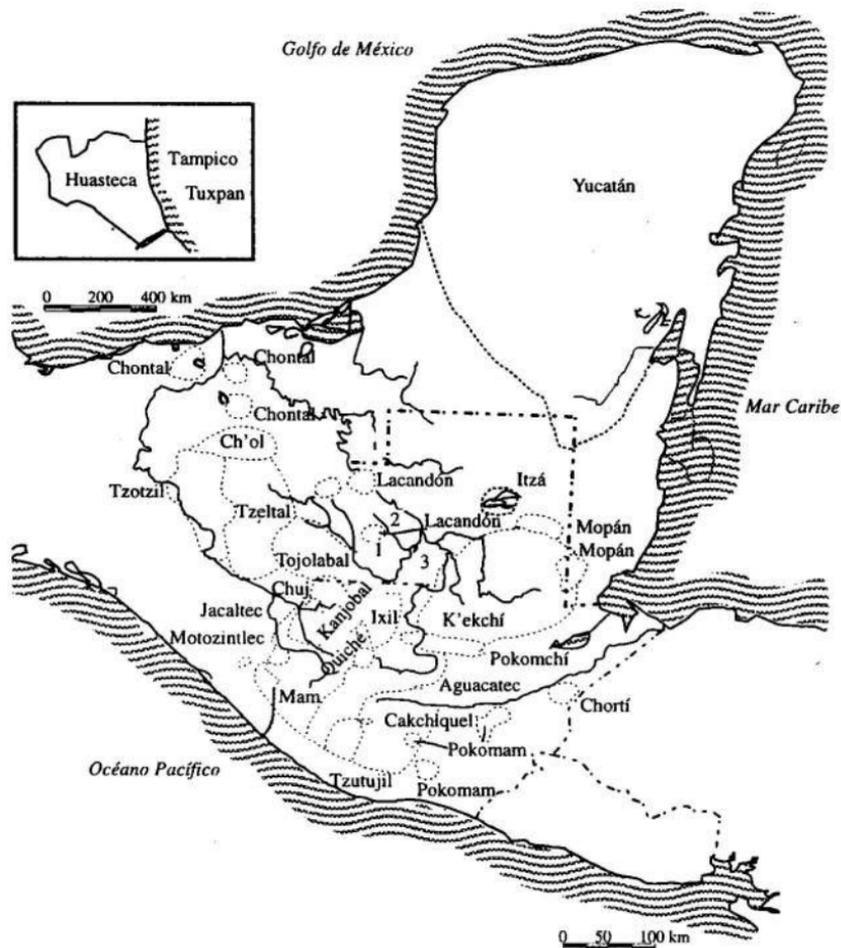
Para situar al lector, conviene recordar que los mayas contemporáneos se subdividen en una treintena de pueblos, que se extienden desde Tabasco y Chiapas, en México, hasta las fronteras de Guatemala con Honduras y El Salvador, englobando por tanto a Belice, además de ocupar una pequeña porción en la llamada Huasteca (noreste de México). Su número total supera los cuatro millones, con enormes diferencias poblacionales entre una etnia y otra, pues mientras que los quichés llegan casi al millón, los lacandones son apenas unos cuatrocientos (véase el mapa 1).<sup>4</sup>

Pobladores rurales y pobres en su gran mayoría, casi todos los mayas son agricultores, pero su ubicación en terrenos tanto tropicales como de alta montaña posibilita una enorme variedad de actividades alternas como la pesca, la ganadería, el tejido con algodón, lana, seda y henequén, o las artesanías en cera, carey, barro, fibras vegetales o madera, a las que añoran su tradicional desempeño como comerciantes a toda escala y la pequeña pero creciente inserción de las nuevas generaciones en círculos políticos e incluso universitarios, lo cual contrasta con el analfabetismo funcional de los grupos de mayor edad (Ruz, 1992).

<sup>3</sup> Como cualquier elección, ésta conlleva riesgos, siendo el más notorio que la información no es ni cuantitativa ni cualitativamente comparable en todos sus rubros. Por ello en ciertos incisos hago más hincapié en determinado pueblo.

<sup>4</sup> Los textos antropológicos sobre los mayas contemporáneos son muy numerosos, pero a menudo se trata de monografías dedicadas a especialistas. Una síntesis reciente dirigida al gran público puede encontrarse en Ruz, 1992, mientras que la obra colectiva editada por Breton y Arnould (1994) sintetiza diversos aspectos históricos y actuales. Para aspectos estadísticos sobre los mayas asentados en México, se cuenta con un texto del INI, coordinado por Embriz, 1993. A ellos remito al lector interesado.

MAPA 1. Pueblos contemporáneos mayas



1. Tojolabal, Tzeltal, Tzotzil y "Mestizos"

2. Tzotzil, Tzeltal, Zoque y "Mestizos"

3. Tzeltal, Ch'ol y "Mestizos"

Aunque es común argüir que los pueblos indios superan la media nacional en cuanto a tasas de fecundidad, natalidad o morbilidad materno-infantil, no contamos con indicadores específicos al respecto, ya que incluso los censos mexicanos (los más detallados), dan cuenta de grupos territoriales, sin distingos de tipo étnico (Embriz, 1993). Cabe destacar, sin embargo, cuatro fenómenos recientes que influyen de manera particular en las tasas de natalidad y morbilidad: la crisis económica profunda que afecta a todos los países donde habitan, la mayor cobertura de servicios médicos estatales en el área (sobre todo en México), el virtual estado de guerra que asola a los guatemaltecos desde hace varias décadas, y la creciente conversión de muchos mayas a iglesias de corte protestante y sectas de todo tipo, que a menudo inciden en las preferencias locales acerca del número de hijos deseable y, por ende, en la aceptación o rechazo a métodos anticonceptivos.

#### EL AFÁN POR GUSTAR O DE LA SEDUCCIÓN Y SUS MEDIOS

Los estudios concernientes a la conducta y las actividades sexuales de los pueblos mesoamericanos, de ésta o de épocas pasadas, no son ciertamente comunes ni muy detallados, pero una revisión cuidadosa de textos tanto antiguos como contemporáneos arroja algunos datos de interés. Así, sabemos que a diferencia de lo que ocurre hoy entre muchos pueblos mayances, donde la rubicundez e incluso cierta gordura son tenidos como signo de belleza, para los nahuas prehispánicos lo deseable era un cuerpo magro, el cual se suponía dejaba pasar de prisa los deseos sexuales, preferencia que a decir de López Austin, gran especialista en dicha etnia, nos habla de “un modelo estético con una fundamentación ética” (1993: 84).

Nuestros conocimientos en este rubro acerca de los mayas prehispánicos son casi nulos, pero algo podemos obtener de los escasísimos textos de raigambre precolombina que han llegado hasta nosotros. En ellos trasluce la forma poética y críptica en que los mayas de Yucatán se referían a la lujuria, a la que —al igual que el amor y el sexo— identifican con las flores, en particular con la *Plumeria* o Flor de mayo,<sup>5</sup> a menudo con propósitos moralizantes en tanto que reprobatorios de dicha conducta. Cabe señalar, no obstante, que lo que se reprueba no es la sensualidad, la sexualidad o el placer de ella derivable, sino la lascivia. La primera era incluso cantada sin pudibundez.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Véase como ejemplo lo reportado en el *Chilam Balam*, 1974, p. 90.

<sup>6</sup> Como lo muestra, entre otros, el siguiente texto de los *Cantares de Dzitbalché*: “Todas las mujeres mozas [tienen en] pura risa y risa sus rostros, en tanto que saltan sus corazones en el seno de sus pechos [...] porque darán su virginidad femenil a quienes ellas aman. ¡Cantad la

Que el deleite proporcionado por la sexualidad no era cualidad exclusiva de una u otra cultura fue algo bien comprendido por los pueblos mayas, alguno de cuyos sabios escribió: “no acabarán por completo el tiempo de la Flor de Mayo y los hombres de la Flor de Mayo dentro del cristianismo” (*Libro de los libros...*, 1974: 90). Sin embargo, la llegada de los occidentales sí provocó cambios profundos en la concepción de lo que era o no reprochable, como resulta claro en los diccionarios, doctrinas y confesionarios coloniales redactados por los frailes, que abundan en datos al respecto dado el interés de los religiosos por combatir, en público y en privado, prácticas tales como la poligamia o la homosexualidad. La importancia que concedieron a la esfera de lo sexual (entendido desde su propia cultura) se trasluce de manera nítida en el hecho de que algunos evangelizadores hayan empleado las voces que designaban el placer carnal como vehículo para introducir el concepto cristiano de mal o pecado. Así, sobre el molde del deleite sexual se vaciaron los conceptos de trasgresión e inmoralidad.<sup>7</sup>

En tales textos constan también actitudes de seducción, y con especificaciones claras de los sexos de los involucrados: “hacerse codiciar el hombre o mujer”, “hacerlo el hombre a la mujer”, “hacer un varón a otro” o “hacer una mujer a otra”, buena muestra de la existencia de toda una gama de preferencias sexuales. Nada se apunta, por desgracia, sobre cómo excitar la “codicia” del ser deseado, pero sin duda no eran ajenos a ello los gestos o el atavío, como se desprende de la buena cantidad de vocablos que dan cuenta de adornos, telas, afeites e instrumentos. Depilarse las cejas, teñirse los cabellos u ornarse de mil maneras el cuerpo tenía como objetivo seducir, gustar, atraer; marcar la extracción social, la posición económica, el rango o, incluso, distinguir al sano del enfermo, al puro del impuro, al núbil del casado (Ruz, 1996).

Pero el deseo no sólo se estimula por la vista o los gestos, se abre también camino a través de la música o la palabra. De lo primero hoy da fe la

---

Flor!” (Barrera, 1980, pp. 367ss.) Más rotundos incluso son varios de los conjuros que aparecen en el famoso *Ritual de los Bacabes* (texto cuya antigüedad se remonta según Arzápalo al periodo en que aún se empleaba la escritura glífica), como aquel propiciatorio de la caza donde se apunta: “Recuerda el canto de la fornicación; que se cante diez veces. Incitante es su masculinidad y con el líquido de su miembro le lubrica la entrada [...] Ve a atravesarla, a quitarle la virginidad. la belleza, a tu venadita. Ven a colocarte sobre lo placentero de tu venadita hasta la décima capa del inframundo, donde se desvanece el viento” (*El Ritual de los Bacabes*, 1984).

<sup>7</sup> Que el asunto se antojaba delicado lo patentiza el hecho de emplear el latín como herramienta lingüística para dejar constancia de las costumbres sexuales de los nativos. Perpetuadas en un idioma inaccesible, el contacto con antiguos usos y costumbres permanecería vedado al indígena letrado aun en caso de que por azar algún diccionario, gramática o confesionario cayera en sus manos (Ruz, 1992a, p. 168).

existencia de tonadas particulares que los jóvenes célibes tojolabales interpretan con sus armónicas frente a la casa de las muchachas que cortejan (la llamada "música de solteros"), mientras que de lo segundo, mucho más antiguo sin duda que las melodías interpretadas en un instrumento aportado por los europeos, nos hablan ya los diccionarios elaborados bajo el dominio hispano, como el tzeltal de Domingo de Ara, al registrar el vocablo *queban mulal copogh* que el dominico tradujo por "hablar deshonestamente", traicionándolo al hacerlo partícipe de su propio bagaje moral, pues si *cop* vale por palabra y *mul* por deseo, la raíz *queb* se limita a señalar un don o dádiva. Nada nos autoriza a pensar que *queban cop*, la palabra del presente u ofrecimiento, sea en sí misma deshonestista.

Ayuda alterna para abrir la vía a la satisfacción era, ya desde la época prehispánica, la de las alcahuetas, en tzeltal las *yhicoghel*, a quienes llamaban literalmente, "para la batalla". Imagen más amable de la alcahueta, es la que tras ligar otro de sus apelativos (*ghmonoghel*) con la voz *mon* "traer en brazos, como la madre al hijo", "sosegar", nos advierte que *qmon* vale por lo mismo que *yhicoghon*, "llamar, como la alcagüeta, para pecar". Sosiego y batalla, expresivo binomio del amor carnal (Ruz, 1992a: 171).

Cuando las propias dotes de persuasión o la labor de las celestinas resultaban insuficientes, quedaban aún otros recursos más sofisticados, cuyo poder residía en su esencia sobrenatural. Así, en los diccionarios coloniales se registra como afrodisiaco un caracol conocido como *yat nam*, que con idénticos fines sigue empleándose en las comunidades tzeltales en nuestros días, y cuya función es anunciada por su propio nombre, pues *yat* es el término que designa al pene.<sup>8</sup> El empleo de otras prácticas mágicas se aprecia en las entradas del diccionario relativas a hechicería donde vemos que los vestidos, las tortillas, e incluso los caminos, podían funcionar como vehículos para "hechizar a uno para que quiera bien a otro" (Ruz, 1992a: 171).

Otros pueblos mayances utilizan todavía afrodisiacos cuya efectividad parece residir en la dificultad para conseguirlos. Así, los pokomames de San Luis Jilotepeque confían en la eficacia del pene del ave *liquamonte* atrapada en día jueves (uno de los "días del diablo"). Una vez tostado y pulverizado se da a beber con aguardiente a la persona deseada. Un poderoso estimulante, que se asegura sirve no sólo para despertar el deseo en la pareja sino incluso el propio cuando éste se halla menguado, es el polvo de pene de mapache,<sup>9</sup> pero no de cualquiera de estos marsupiales; ha de ser precisa-

<sup>8</sup> Ignoramos la forma de empleo en Copanaguastla, pero Humm menciona que en Tenejapa, otro pueblo tzeltal, se le da a beber a quien sufre de impotencia, revuelto en una bebida de maíz (*op. cit.*, pp. 119, 257).

<sup>9</sup> Como en tantas otras áreas culturales, en Mesoamérica es frecuente el empleo de derivados del pene como afrodisiacos o restauradores de la sexualidad masculina. Así, por dar

mente uno cazado mientras se entretiene en fornicar (Gillin, 1958: 338-339). Obtenerlo requiere, sin duda, de más paciencia, perseverancia y buena suerte que la de andar por los montes los jueves correteando a un pájaro, pero París bien vale esa misa.

La efectividad de la palabra como vehículo ya no de conquista sino de sujeción amorosa es reportada aún entre los lacandones, uno de los pueblos mayas más pequeños, donde la baja población femenina es causa de frecuentes robos de mujeres y las consecuentes agresiones. Entre ellos, emplean conjuros que atan a la mujer al hombre que la desea. Su poder es tal que se dice que una vez logrado el objetivo debe hacerse un contraconjuro, pues la hechizada puede morir de tristeza si el hombre la deja sola durante algún tiempo (Zolla y Campos *et al.*, *op. cit.*, t. II: 341).

A diferencia de los menguados lacandones, algunos chamulas todavía pueden darse el lujo de elegir a sus mujeres. Las prefieren de cabello negro, largo y brillante, piel blanca o apañada, pies pequeños, pantorrillas gruesas y, sobre todo, nariz pequeña, un poco respingada (las frases de cariño siempre remiten a este último rasgo). Ellas, por su parte, dicen sentirse atraídas por el modo de andar de un hombre y, de preferencia, que no sea "muy negro" (Pozas, *op. cit.*, 1: 123-128).

Aquello que para un occidental puede resultar atractivo y hasta seductor, no equivale necesariamente a lo que en el mismo rubro puede excitar a un hombre maya; en ocasiones puede incluso desalentar el deseo o agredir su moral, como amargamente aprendieron las 14 jóvenes pokomames que en 1942 se prestaron a ser maquilladas, bailar y participar en un concurso de "reinas indígenas" ideado por los mestizos de San Luis Jilotepeque. Seis años después, todas ellas, pese a su belleza, permanecían solteras "porque los varones indígenas no aprobaban tales espectáculos" (Gillin, *op. cit.*: 277-303).

#### DEL PLACER Y LA CONTINENCIA, O LA PRÁCTICA DEL SEXO

Concebido como uno de los dones de los dioses, el deleite sexual no estaba ausente en los discursos que los nahuas prehispánicos endilgaban a sus hijos para instruirlos y formarlos, como bien se advierte en un *huehueltatolli*:

Oye bien, hija mía, niña mía: no es un lugar agradable la tierra.... [pero] para que no estemos viviendo en lloros por siempre, para que no fenezcamos de

---

un ejemplo de otro grupo mexicano, entre los zoque popolucas para combatir la primera fase de la enfermedad de "engaño" ("cuando una persona se enamora de otra y esta última no le cumple") se da a beber un preparado de flor blanca de bejuco, fruto de zapote blanco y raspadura de pene seco de tejón (Zolla y Campos, 1994, 1, p. 903).

tristeza los hombres, él, Nuestro Señor, se dignó darnos la risa, el sueño y nuestro sustento, nuestra fuerza, nuestro brío. Y esto más: lo terrenal (el sexo), para que sea la reproducción. Todo esto embriaga la vida sobre la tierra para que nadie ande llorando (*apud* López Austin, 1980, I:276).

Si su origen divino lo marca el mito, la lingüística hace obvia su naturaleza terrena: sexo se dice *tlaltipacáyoll*: "lo que pertenece a la superficie de la tierra", de donde se deduce que su origen divino y su ser grato no lo hacían absolutamente perfecto y limpio; se consideraba que liberaba fuerzas de impureza dañinas y mancilladoras,<sup>10</sup> si bien lo que se entendía por "impuro" variaba según el estrato social, el sexo y el estado civil. De esta manera, se permitía mayor libertad a los plebeyos (quienes quedaban así como disolutos e incapaces de gobernarse);<sup>11</sup> no se consideraba adulterio la cópula del casado con una soltera, pero sí la de soltero o casado con mujer casada —castigado con la muerte—, lo que muestra que no se buscaba tanto, en este sentido, defender la integridad del hogar sino el derecho del marido sobre la vida sexual de su mujer (López Austin, 1980).<sup>12</sup>

Lo anterior hace explícito que la cultura nahua poseía reglas y preceptos relativos al ejercicio de la sexualidad, aunque diversos en algunos casos a los acostumbrados por los europeos (López Austin, 1980, cap. 9) y semejantes en otros, como lo muestra con claridad y belleza otro *huehueltoll* donde se insiste en la importancia de la templanza y la discreción, advirtiendo al mancebo ... aunque tengas apetito de comer resístete, resiste a tu corazón hasta que ya seas hombre perfecto y recio; mira que el maguey si lo abren de pequeño para quitarle la miel, ni tiene sustancia ni da miel, sino piérdese" (Sahagún, 1979: 358).<sup>13</sup>

La necesidad de mantener el equilibrio poblacional, en continuo peligro por la muerte de hombres en batalla y mujeres en parto, se traduce

<sup>10</sup> Dualidad que explica la existencia de varias divinidades eróticas: Tlazolteotl (diosa del placer sensual y la voluptuosidad), Xochiquetzal y Xochipilli (dioses de las flores y el amor). En tanto Xochiquetzal protegía a parteras y embarazadas, la primera a las prostitutas y a quienes tenían relaciones sexuales ilícitas, es decir, las actividades no relacionadas con la fecundidad.

<sup>11</sup> Al mismo tiempo se consideraba que la fornicación disminuía la fuerza del *tonalli*, del cual dependía en buena medida el poder de gobierno (*ibidem*).

<sup>12</sup> Otra muestra del predominio de los valores tenidos por viriles, es el que se permitiese la poligamia a los guerreros distinguidos y que tuviesen relaciones con las mujeres que participaban en la fiesta de Tlaxochimaco. La mujer, en cambio, se consideraba portadora de fuerzas nocivas y de naturaleza fácilmente desequilibrable; la no virginidad de la novia era causa de repudio y, por tanto, de vergüenza pública (*ibidem*).

<sup>13</sup> Algunas de estas ideas parecen aproximarse a la concepción de los mayas tzutuhiles, para los cuales la sexualidad no es mala sino peligrosa (Carmack, 1975, p. 21). Los mames de Chimaltenango, como tantos otros, guardan una idea próxima a ésta, al invocar enfermedades por "desaforos" sexuales (Wagley, 1957, pp. 221-222).

en la insistencia sobre la monogamia, el repudio al aborto (castigado con la muerte), a las mujeres estériles, al celibato y la separación, a la homosexualidad, a las mujeres disolutas, las alcahuetas y la prostituta, considerada como “muerta” al igual que la adúltera. Todos estos últimos se conceptuaban, pues, como seres que habían perdido la condición humana (López Austin, 1993, pp. 90ss.).

La manera en que la Iglesia intentó modificar buena parte de tales prácticas se observa, de nuevo, en las obras de los frailes, quienes pese a todas sus deficiencias y sesgos, siguen siendo auxiliares valiosos para aproximarse a temas como el cuerpo humano y la reproducción de los pueblos indígenas en la época colonial, desde la perspectiva y la moral de sus conquistadores. Debe insistirse en que si bien estos textos aluden por lo general a los conceptos cristianos que se pretendía imponer a la población indígena (de hecho, se traducían de confesionarios españoles), de manera tangencial nos ilustran sobre algunas concepciones y actitudes mesoamericanas —pues añaden preguntas específicas— o, incluso, sobre la resistencia indígena a aceptar ciertos conceptos de origen europeo.<sup>14</sup> También en el área maya los eclesiásticos se dedicaron, desde el púlpito y el confesionario, a satanizar prácticas tales como las relaciones prematrimoniales o las que se mantenían durante el periodo de prueba matrimonial, la homosexualidad, la sodomía, la costumbre de casar a la viuda con su cuñado (levirato) o las uniones poligámicas, al mismo tiempo que exaltaban la idoneidad de sus propios valores. Los diccionarios amplían nuestra información. En los ya citados de Domingo de Ara constan, entre otros, datos sobre los conceptos de lujuria, deleite carnal, seducción, adulterio, amancebamiento o masturbación, y aparecen términos para aquello que los frailes traducen como ramerías y prostíbulos. Entre los nombres dados a las primeras constan *mulavil* y *xcaxibat yotan uinic*, que podrían traducirse como “la del deleite” y “la que desea torpemente a los hombres en su corazón”.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Así el famoso *Confesionario* en náhuatl de fray Alonso de Molina, escrito en 1569, nos habla de la “codicia” de otro cuerpo, las relaciones extramaritales, los “tocamientos” considerados “impuros”, el empleo de o desempeño como alcahete, la masturbación, las prácticas homosexuales, los matrimonios realizados no “por aver hijos [...] mas solamente por respecto mundano o por el suzio deleyte”, la infidelidad, el adulterio, la práctica sexual durante la menstruación o por vías no vaginales, etc. Y al abordar el quinto mandamiento menciona que debería preguntarse a la penitente no sólo acerca de prácticas contraceptivas y abortivas, sino también si “con dañada intención” había lastimado al varón durante el coito, a causa de lo cual hubiese enfermado o muerto (1972, pp. 30-31). ¡Buena muestra de que no todo era gozo en el sexo!

<sup>15</sup> Parecería pues que estamos frente a dos concepciones si no excluyentes, al menos diferenciadas: la de la prostituta propiamente dicha y la de la lujuriosa. La ondulante manera de deslizarse que emplean las culebras (*vitzvon* en tzeltal, “culebrear” en castellano), sirve como imagen para describir a la mujer que se desplaza de un hombre a otro: el latino *cum multis ambulante* adquiere pleno sentido en el *xvitzvonet yotan tzeltal*: “culebrea su corazón”.

La normatividad sexual aportada por los cristianos introdujo sin duda muchos conceptos novedosos para los pueblos mesoamericanos, tales como el prohibir las relaciones con los compadres o la exigencia a los cónyuges de "pagar" a su pareja el débito conyugal, punto en el que no sólo insistió Molina en su obra para el área nahua del siglo XVI, sino que figura en otras para la región zoque en el XVII o para la tzeltal en el XVIII (Ruz, 1989: 96).<sup>16</sup> En otros casos la aceptación de estas nuevas normas fue facilitada por la existencia de patrones conductuales similares. Un solo ejemplo relativo al adulterio: el cronista Landa apunta que entre los mayas antiguos, en caso de enfermedades muy graves, se registraban confesiones de los cónyuges acerca de pecados o transgresiones sexuales con las que buscaban liberarse de impurezas. Entre ellas figuraban "los pecados [...] de la carne [...]. Y muchas veces, si escapaban [a la muerte], había revueltas entre el marido y la mujer por las desgracias que les habían sucedido y con las o los que las habían causado [...]" (Ruz, 1978: 47). Y otro tanto ocurría entre los nahuas, donde la parturienta confesaba a la comadrona sus relaciones extramaritales (López Austin, 1980: 344).

Si bien la confesión de adulterio —pública o privada— parece haberse perdido, los relatos aleccionadores contra tal trasgresión son comunes entre los pueblos indígenas contemporáneos. Tanto entre los otomíes como entre los mayas quichés de Guatemala, por ejemplo, circula la historia del hombre que sorprendió al amante de su mujer. Le cortó el glande, lo frió y se lo dio a ella para que lo comiera. La mujer se puso a beber grandes cantidades de agua, hasta que murió. Entre los primeros, según Galinier, el rechazo a tal tipo de conducta se justifica alegando que puesto que el calor del hombre equilibra lo frío del sexo femenino, la presencia de un amante atenta contra la ecuación al aportar un calor excesivo (Austin, 1980: 652), mientras que entre los segundos, a decir de Carmack (1975), el relato busca atemorizar a las mujeres y a los agricultores locales que aprovechan las frecuentes ausencias de los comerciantes para cohabitar con sus esposas y disfrutar de los bienes con que éstos proveen sus casas.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Otra de las medidas que tomaron algunos eclesiásticos para remediar lo que consideraban una escandalosa tendencia a la sensualidad entre sus ovejas fue alterar el patrón de residencia patrilocal buscando evitar al máximo las oportunidades de faltar a la moral cristiana. Aducían que la cohabitación en familias extensas daba pie a relaciones sexuales frecuentes entre cuñados o entre los suegros y sus nueras. Y el problema se tornaba aún más complejo cuando en el grupo se acostumbraban las uniones poligámicas. A pesar de las órdenes en contra, la situación persistía. La muestra es que hacia 1700 el obispo de Chiapas, Núñez de la Vega, insistiera en que los recién casados debían establecerse en una nueva casa o, a falta de ella, con los padres de la joven (1989, p. 423).

<sup>17</sup> A decir de este autor, la infidelidad, como el adulterio, es "muy común entre los indígenas del área rural y es causa de gran conflicto e inestabilidad", en buena parte por la presencia del binomio comerciantes/agricultores (*ibid.*, p. 17).

Un cuento maya tzutuhil, por su parte, narra que en San Pedro la Laguna un amante empezó a padecer hipertermia, dolores musculares y muchísima disuria. El marido de la adúltera, que era brujo, con la ayuda de seis ancianos muertos, “había amarrado el miembro de su rival desde la meritita garganta [el surco balano-prepucial] con cabello de mujer muerta”. La atadura provocó que partes del pene se fueran desprendiendo, se infectara éste y muriera el trasgresor (Batz, 1980: 112). Aunque no se nos dice nada sobre el castigo a la esposa, en este caso es de destacar la participación de los muertos en la punición al amante, en correspondencia con el papel que muchas comunidades mayas les asignan como vigilantes del orden social. En otras ocasiones el castigo proviene de las deidades del inframundo (vinculadas con la fertilidad) y recae no sólo sobre la esposa, sino incluso sobre el marido cuando la conducta de aquélla responde al descuido o incluso la complicidad de éste, como bien lo muestra la tradición oral de los tojolabales (Gómez *et al.*, en prensa). Y bastante frecuentes son asimismo en el área maya los relatos que invocan la existencia de un ser sobrenatural femenino que aparece a los hombres bajo la forma de su amante, para perderlos, enloquecerlos e incluso hacerlos precipitarse por las barrancas.<sup>18</sup> Sea como fuere, es también claro que pese a toda la carga de pecado con que los frailes satanizaron la sexualidad de sus nuevos feligreses, éstos lograron mantener algunas esferas donde expresar su peculiar manera de entender el gozo físico, incluso en el campo de lo sarcástico, como se hacía ya antes de llegar los hispanos.<sup>19</sup> Así por ejemplo, durante sus farsas carnavalescas los chamulas contemporáneos, mimando los ensalmos de un quiropráctico tradicional, y usando los eufemismos *hoyo*, *cueva*, y *lugar* por vagina, y *hueso* y *músculo* por pene, declaran: “¡Estírate, hueso! ¡Estírate, músculo! ¡Recuerda tu lugar, hueso! ¡Recuerda tu lugar, músculo! ¡No dejes tu cueva, músculo! ¡No dejes tu cueva vacía, hueso!” (Reifler Bricker, 1986: 42, 48).

Las alusiones sexuales que destilan los parlamentos de los actores del carnaval en Zinacantan también son múltiples. Destaco apenas, para nuestros fines, que varias de ellas remiten a la transgresión de patrones sociales —como la alusión a hombres que practican el sexo estando “abajo” de sus esposas, lo cual trasluce que son ellas quienes mandan en casa— o a la negligencia de responsabilidades rituales, en particular no observar la abstinencia sexual antes de ciertas ceremonias. (Reifler Bricker, 1986: 67ss.).

<sup>18</sup> Ejemplos de esto serían la *Xpajkintaj* tojolabal, la *Xpajkinté* de tzotziles y tzeltales, la *Xtaboy* de los yucatecos o la Ciguanaba o Ciguamonta de múltiples pueblos guatemaltecos.

<sup>19</sup> Véase por ejemplo el llamado *Canto de las mujeres de Chalco*, hecho para burlarse de la derrota de Axayácatl al tratar de conquistar a los chalcas. En él las mujeres, asociando el ejercicio de la guerra con la virilidad, se refieren al *tlatoani* azteca como a un niño, un impotente.

Extremo equidistante de la relación jocosa con el sexo, la íntima relación entre ritos y abstinencia sexual —tan documentada por los antropólogos— adquiere en los pueblos de origen mesoamericano una relevancia primordial que se exacerbó por el hecho de haberse mantenido ritos de raíz prehispánica e incorporado otros de filiación cristiana, lo cual explica la frecuencia con que los individuos han de abstenerse de ejercer su sexualidad. Así, entre los mochós están prohibidas las relaciones durante la Semana Santa y los nueve días que preceden la fiesta del patrono San Francisco, pero también nueve días antes de la siembra, la cosecha, la fiesta de la Santa Cruz (asociada con peticiones de lluvia), así como de una ceremonia de brujería, además del día en que se consulta al adivino (García Ruiz y Petrich, 1983). Entre los mames de Chimaltenango, se dice que de no observar abstinencia sexual antes de los rituales para propiciar la siembra, un vendaval destruirá la milpa o ésta no prosperará. E igualmente peligroso es practicar el sexo aquellos días que el calendario maya marca como aciagos (Wagley, 1957: 281).<sup>20</sup>

Y si los mortales comunes han de observar rigurosamente tal ayuno, mucho más aquellos que fungen como intermediarios ante las deidades. Entre los chamulas, por citar un caso, los contratiempos en las fiestas, incluyendo las lluvias, se atribuyen a la violación de la abstinencia sexual por parte de los encargados, a quienes se critica duramente. Antes, si amanecía lluvioso el día de fiesta, las autoridades iban a la casa del mayordomo, la del alférez o del fiscal, y los traían, amarrados, con sus mujeres. Desnudos, les daban 12 azotes en cada cruz de la plaza, “para que no anduvieran pecando en día de fiesta” (Pozas, 1977 II: 123-124). Sexo y religión están íntimamente vinculados en el engranaje que hace marchar armónicamente el cosmos.

#### DE HOMINIS CORPORIS FÁBRICA

Es ya un lugar común apuntar que entre los grupos mesoamericanos —como entre tantos otros— el cuerpo es un microcosmos o, si se prefiere, que el universo todo es una réplica a escala del cuerpo humano. Esto permite explicar la antropomorfización frecuente de vegetales, casas e incluso los espacios subterráneos, celestes y terrenales. Pero la alegoría

<sup>20</sup> Los otomíes, al menos en el discurso de “lo deseable”, hacen extensivo el periodo de tal ayuno a fechas posteriores a los rituales, marcando una neta distinción entre aquellos de origen católico y los dedicados a las deidades de las montañas: un mes para éstos frente a apenas cuatro días tras los ritos cristianos (Galinier, *op. cit.*, pp. 650-651), buena muestra de la mayor importancia que sigue teniendo el universo de la sacralidad aborigen.

participa también de las distinciones de género. Dos ejemplos a saber: entre los nahuas prehispánicos el cuerpo se concebía dividido en una parte masculina (derecha) y otra femenina (izquierda), mientras que entre los mayas tojolabales de hoy se habla de brazos y manos machos y hembras, imagen que se corresponde con el mito de origen que nos habla de cómo la mujer surgió de la melancolía del hombre ante su soledad. Un día, no pudiendo más, se puso a llorar, y su tristeza fue tanta que partió su cuerpo en dos. Había nacido la mujer. El mundo estaba al fin completo.

Los otomíes llevan el binomio a su máxima expresión, al concebir la energía necesaria para la reproducción del universo como polarizada en forma de dos entidades complementarias, masculina y femenina, cuya fusión implica el sacrificio del elemento activador, macho; concepto que explica en buena medida, según Galinier, la sexualización y la erotización generalizadas que caracterizan la forma otomí de entender el universo, es decir, una vasta alegoría centrada en el tema de la fertilidad cósmica (Pozas, 1977: 635).<sup>21</sup> Así, si la piel se concibe como una especie de envoltura, concha o corteza, que envuelve la fuerza vital, su "degeneración" anticipa el resurgimiento de lo vivo, como el prepucio arrugado antes de la erección. En los huesos se acumula el esperma (sustancia medular) que de ellos parte hacia los testículos, lo cual explicaría al menos en parte la veneración a los restos óseos de los antepasados, fundadores del linaje (Pozas, 1977: 615-624).<sup>22</sup>

Pero lo masculino no gira exclusivamente en torno al falo y el esperma, tiene asideros incluso en un prodigioso "órgano" (al que también aluden varios pueblos mayas) que es un soporte de energía vital, y cuyo nombre otomí mal traduce el español "estómago/corazón", pues de éste depende el soplo-alma, considerado más potente en el hombre dado su mejor manejo de la "palabra", el discurso mítico que es la expresión de la

<sup>21</sup> Esto se hace patente en la propia terminología. La nómima para el sexo femenino es amplísima. Algunos ejemplos: los labios mayores son boca o labios sagrados; el clitoris, eminencia sagrada; la sangre menstrual, sangre de la luna, etc. El pene, por su parte, es llamado metafóricamente jaguar, cola, venerable pájaro, chile, yuca, árbol, plátano, fierro, machete, arma-diente, entre otros, en tanto que los vocablos más comunes para testículos y ovarios son, frutos o huevos. Y tratándose de un acto fusionador por excelencia, no extraña que "copular" sea un verbo construido con la yuxtaposición de las voces para pene y vagina o con múltiples metáforas tales como "entrar en lo negro", aludiendo al ocaso del sol (*ibid.*, pp. 635-635).

<sup>22</sup> Cabe recordar que en la época colonial se seguía atribuyendo poder de atracción sexual a los huesos pulverizados, mientras que aún en nuestros días en un prospecto publicitario de plantas que se venden en los mercados de México (1990), aparece el Sexogil, hecho de tres clases de damiana (80%), gobernadora (10%) y garañona (10%), recomendado para agotamiento y obtener vitalidad, o como "tónico reconstituyente de los órganos sexuales o sea agotamiento de la espina dorsal" (Hersch, 1993, p. 74), lo cual muestra que dicha creencia continúa vigente.

masculinidad.<sup>23</sup> En efecto, en lengua otomí *n*, *ya* significa hablar, pero también punta, glándula. De allí que hablar a una mujer pueda ser considerado una penetración anticipada, que se castiga, en tanto que la eyaculación es comparada con el canto de un pájaro (Pozas, 1977: 625).

Tal carga cultural hace aún más clara la importancia atribuida a la concepción. Fecundar conlleva no sólo la permanencia del grupo sino del universo todo. No en balde los viejos relatos mayas, como el *Popol Vuh* nos hablan de generaciones que fueron sucesivamente destruidas por su incapacidad para mantener a las deidades, a su vez sustentadoras del cosmos.

Tenida entre muchos grupos mesoamericanos por una gracia de los dioses, la procreación era para los antiguos náhuas un don de la pareja formadora: Ometecuhtli y Omecihuatl. Que los mayas participaban de una idea similar lo muestra entre otros, el hecho de que en algunas lenguas mayances —como el k'ekchí— se designe la procreación con el mismo vocablo empleado para “regalo” (Nájera, *op. cit.*), mientras que en el tzeltal empleado en el pueblo de Copanaguastla el término para matriz (*alagheb*: “madre donde se conciben los hombres”) se vinculaba con el nombre de la diosa creadora por excelencia, Alaghom (Ruz, 1992a: 304).<sup>24</sup>

A decir de Nájera el útero femenino sería equiparable con la matriz de la gran madre telúrica, donde se gestan todos los seres vivientes, lo que nos recuerda la frecuencia con que se compara al embrión con la semilla depositada en tierra fértil.

En ocasiones la localización entre los mayas es todavía más precisa: se conceptúa a las cuevas (sitios privilegiados para acceder a las entrañas de la tierra) como el lugar donde se guardan los alientos vitales de todas las semillas, incluyendo las de los hombres, a la manera del Tlalocan náhuatl (*ibid.*). Desde allí, por el oriente, aseguran los chortís, vendrán las almas de los recién nacidos, compensando sin duda la pérdida que sufre la comunidad cuando los espíritus de sus muertos desaparecen por el occidente (Wisdom, 1961, p. 482).

Pero independientemente del punto cardinal de donde se considere que provienen los espíritus de los vástagos, y en contra de la creencia errónea y racista en contrario, los grupos indígenas ni desconocen ni

<sup>23</sup> La asociación de la palabra con el ámbito masculino no es exclusiva de los otomíes, se registra en varios otros grupos, como bien ha mostrado Petrich que sucede entre los mayas mochós contemporáneos (1985). Esta asociación entre la palabra y lo masculino explica por qué las “damas” que participan en el carnaval carecen de voz, hecho que también se registra en los festejos de carnaval entre mestizos de yucatecos y chontales en Tabasco (Rubio, 1994). tzotziles (Reifler Bricker, 1986) y tojolabales de Chiapas (Ruz, 1990, p. 212).

<sup>24</sup> Según Sotelo, las mujeres que aparecen en las estelas autosacrificándose con cuerdas corresponden a madres de un heredero varón, devolvían con su sangre a los dioses, en cierta manera, el don que había recibido la familia (en prensa).

minimizan el papel masculino en la fecundación,<sup>25</sup> como bien lo muestran, entre otros muchos, tres datos obtenidos entre los tojolabales de Chiapas: 1) denominan de idéntica manera el testículo y el ovario (*bak*, “semilla o hueso”), la unión de cuyos “productos” consideran que da origen al niño; 2) he podido constatar casos, hecho gracioso y revelador, en que el hombre, ante la negativa de la esposa para tomar, las píldoras anticonceptivas, las ingiere él mismo, argumentando que si ambos participan por igual en el embarazo, su acción también podrá extenderse a él, y 3) no es inusual que ante un problema de infertilidad —cuando no se opta por la adopción— las familias acuerden la separación de los cónyuges y un segundo matrimonio, pues no se descarta que con otra pareja logren concebir.<sup>26</sup>

Que el caso no es único lo muestra el hecho de que el semen sea denominado por varios grupos “simiente de generación”; la que en ocasiones se piensa, desde la época prehispánica tanto en pueblos mayas como nahuas, actúa por acumulación, es decir, tras varias cópulas. Los antiguos nahuas consideraban que hasta podía conjuntarse el semen de varios hombres, dando origen a un “niño de participación” (López Austin, 1980: 337-338).

Entre tzotziles, tzeltales (y huaves), es común aducir que el “calor” que desprende la embarazada resulta de la sumatoria del calor de hombre y mujer (Mata *et al.*, 1994, I: 347ss).<sup>27</sup> Y otra muestra clara de que entre los mayas se consideraba y considera a un hijo como surgido de la unión de un principio masculino y femenino es el término con que se le designa en muchas de estas lenguas, es decir, el “engendrado” cuando habla el padre, y el “parido” cuando la madre.

Uno de los pocos grupos sobre los que poseemos información detallada acerca del tema es el de los maya mochós de Chiapas. Entre ellos, la fecundación es considerada la confluencia de dos semillas, la masculina y la femenina (*ʔinti:l* significa semilla, raza, origen), en tanto que la noción de esperma remite al sistema de parentesco: “hijo del pene” e “hijo de la

<sup>25</sup> Curiosamente Pozas (*op. cit.*, I, p. 154) señala que entre los chamulas hay un conocimiento “confuso” de la paternidad, aseveración que niegan sus propios datos.

<sup>26</sup> Antes de que esto último se registre, los esposos deberán someterse a diversas medidas terapéuticas, predominando las infusiones de hierbas tenidas por “calientes” y los baños en el temazcal, los rezos y ofrendas a las deidades.

<sup>27</sup> Este calor, que puede ser dañino, según los huastecos proviene en cambio del hecho de que la embarazada porta dos corazones (el suyo y el del feto), que pueden succionar energía al corazón de alguien más débil (*ibid.*). Las modalidades de participación hombre/mujer en el proceso muestran variaciones de gran importancia en el actual territorio mexicano. Señalo apenas dos ejemplos, procedentes de grupos no mesoamericanos sino de Aridoamérica (norte mexicano), que ilustran el hecho: según los kilivás, el hombre aporta tierra (que será la sangre) y la mujer, pelo (que será el cuerpo), mientras que de acuerdo con los yaquis un niño resulta de la sumatoria de sangre menstrual más líquido seminal (Mata *et al.*, *op. cit.*, I, p. 379).

vulva". Si bien "la semilla del hombre no designa únicamente el elemento masculino, el esperma es concebido como semilla de generación", que porta la especificidad humana y que "se encuentra tanto en el hombre como en la mujer". La fecundidad misma, el hecho de engendrar, se marca lingüísticamente en masculino: *kahbin* significa a la vez pene en erección y procrear (García y Petrich, *op. cit.*: 42).

La fecundación es concebida como resultado de relaciones sexuales repetidas durante cierto tiempo; las esporádicas no facilitan el embarazo, ni tampoco las frecuentes con distintas parejas. Las primeras relaciones son infecundas, al igual que las mantenidas durante la menstruación, pues el estado de la mujer es "muy caliente". Una vez lograda la concepción, las simientes de ambos padres forman una "levadura" que llega al útero/horno donde, de contar con la temperatura apropiada, se va "cocinando" el niño (Petrich, 1985).

Dicha "levadura" requiere del "estado fresco" de la mujer y continuidad. Ello explica el porqué de la insistencia en mantener relaciones durante el embarazo: de no hacerlo, la levadura se disolvería por no contar con las etapas necesarias para madurar (García y Petrich, *ibid.*: 43, 54).<sup>28</sup>

La concepción relativamente común de lo masculino como algo más "elaborado" y "complejo" incluso desde un punto de vista físico, acaso explique el que en ciertos grupos como el tojolabal algunas personas —en contra de la opinión general—, apunten que la gestación de un varón dura hasta diez meses, pues "trae más cositas" (Ruz, 1990: 131).<sup>29</sup> Los mochós consideran lo mismo pero sólo para el primer embarazo que dé como resultado a una niña; no en los siguientes (García Ruiz y Petrich, *op. cit.*: 44). En el mismo tenor de vitalidad, los nahuas del Estado de México aducen que el niño se mueve a las cinco semanas de concebido y la niña a las 20 semanas, mientras que para los mayas huastecos, el niño lo hace a los dos meses y la niña a los cuatro. (Mata *et al.*, *op. cit.*: 347ss.).

Así como las madres coinciden en afirmar que procrear hijas significa una gran ayuda en las labores domésticas, en los pueblos indios de México

<sup>28</sup> Una excepción a esta idea maya de una concepción "compartida" entre ambos padres sería la de los chortís, para quienes el padre deposita una pequeñísima criatura en el vientre materno (a la manera del homúnculo medieval), quedando de esta manera la mujer como un mero recipiente que alimenta (Wisdom, *op. cit.*, p. 329). Una idea en cierta forma similar es la que se registra entre los tlapanecos (no mayas), para quienes el hombre planta en la mujer una simiente, como la semilla en la tierra (Mata *et al.*, *op. cit.*, I, p. 379). Creencia particularmente interesante es la reportada entre los otomíes, donde se postula un intercambio alimenticio y térmico entre la pareja, es decir, el hombre nutre con esperma a su mujer y éste se transforma en leche en el cuerpo de ella (Galinié, *op. cit.*, pp. 652ss.). Eslabones ambos de una singular cadena genético-cultural que asegura la perpetuación de la vida.

<sup>29</sup> Los mochós consideran lo mismo pero sólo para el primer embarazo que tenga como resultado a una niña; no en los siguientes (García Ruiz y Petrich, *op. cit.*, p. 44).

la preferencia de los hombres por los hijos varones parece ser generalizada, y aunque en muchos casos se justifica tal actitud aduciendo que son éstos quienes perpetúan “el nombre” (asunto de trascendental importancia en sistemas patrilineales y con residencia patrilocal), no cabe duda de que en el fondo lo que alienta tal hecho es la creencia de que los hombres representan una mayor ayuda económica. Y tampoco han de desdeñarse las reglas de herencia y tenencia de la tierra, que a menudo se apartan de aquéllas prescritas por las leyes nacionales.

Bajo tal premisa, no es de extrañar lo reportado en culturas como la tzotzil de Chamula, donde las relaciones conyugales mejoran notablemente cuando nace un hombre, siendo en cambio común observar alcoholismo masculino cuando sólo se tienen hijas; desprovisto de un heredero, el hombre se verá privado de tener su “reposición” *keshol* (Poza, *op. cit.*, 1: 155-158).

Ello explica por qué, si bien es frecuente asegurar que “los bebés son regalos de Dios”, en varias comunidades tzotziles<sup>30</sup> la madre puede ser maltratada y aun remplazada si no pare varones (Laughlin, *ibid.*), mientras que en otros grupos mayances ello justifica los matrimonios secundarios (alternos o simultáneos), o solicitud a algún miembro de la familia de cualquiera de los cónyuges o hasta a un compadre de uno de sus propios hijos “para criarlo”, e incluso, en último término, pedir a uno de los yernos que funja como hijo consanguíneo y no sólo por alianza. Adopción, separación y poligamia pueden ser, por tanto, estrategias para lograr un varón.

Para obtener el hijo tan deseado, puede intentarse incluso condicionar su concepción. Tanto las yucatecas como las otomíes de Hidalgo, por ejemplo, cuidarán de embarazarse entre luna llena y cuarto menguante si anhelan un hombre, pues consideran que los hijos concebidos entre la nueva y la llena serán mujeres, mientras que las esposas chortíes tomarán una bebida hecha del fruto del árbol “chilillo”, que semeja un pene (Wisdom, *op. cit.*: 330).

Por su parte, los otomíes de la Huasteca aseguran que las relaciones sexuales fortifican al feto, “de tal manera que si el marido ambiciona tener descendencia masculina deberá mantener relaciones con su mujer hasta el último momento”, pues el hombre trasmite su sangre a lo largo del embarazo (Mata *et al.*, *idem*).<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Zinacantan, Chamula, Huitiupan y Pantelho, por ejemplo. En la primera se considera sin embargo, que un niño es “suerte de la mujer” y una niña “suerte del hombre”, mientras que en Chenalhó se apunta que el alma de un recién nacido está bajo el cuidado del padre del sexo opuesto (Laughlin, 1993, p. 160).

<sup>31</sup> La permisividad o restricción de relaciones sexuales a lo largo del embarazo ocupa toda la gama posible. Sólo en dos grupos mayas tzotziles vecinos, como son los de Zinacantan y los de Chenalhó, se reportan creencias totalmente distintas: los primeros las prohíben (al

Una vez obtenido un varón, habrán de observarse ciertas conductas que aseguren, por así decirlo, su propia continuidad, de allí acaso la costumbre en apariencia curiosa que guardan los mames de Chiapas, de cortar el cordón umbilical más largo en caso de tratarse de un niño (cinco dedos en vez de cuatro si el recién nacido es niña). Aunque la justificación se ha olvidado entre ellos, los tlapanecos —mucho más al norte— mantienen la misma conducta, alegando hacerlo para que el pequeño crezca con “los órganos sexuales desarrollados” (Zolla y Campos *et al.* 1994, II: 358 y III: 770).<sup>32</sup>

Las etapas de maduración de un hombre también se ligan en parte con su capacidad reproductiva, aspecto que se observa ya en los textos tzeltales de la época colonial temprana, donde vemos que se diferenciaban cuatro grandes categorías de edad: niñez, adolescencia y juventud, edad madura y vejez, cada una de ellas con subdivisiones.

El análisis lingüístico de las voces tzeltales que convienen a un niño, un adolescente y un mancebo muestra la presencia repetida de raíces que dejan traslucir una idea de perfeccionamiento o maduración continua. Surge clara esta idea de “avance” a lo largo de la juventud; edad que se inicia desde una mera aproximación a la maduración (*bat bat*), atraviesa por un proceso de fortalecimiento (*yighil*) y alcanza su perfección (*cotem*) al mismo tiempo que se sobrepasa (*cax*).

Esta última imagen parece remitir a la concepción de la mancebía como un proceso físico que se superara a sí mismo al permitir su abandono, accediendo a una nueva etapa social, la del matrimonio, única que posibilita al hombre maya su “cabalidad” como ente físico y social. En este sentido no deja de ser significativa la presencia de términos traducibles por “joven viejo” y “doncella anciana”, que sigue utilizando el grupo vecino tojolabal para señalar con cierta reprobación a aquel individuo que, a pesar de estar físicamente capacitado para hacerlo, no ha contraído matrimonio. No importando que tenga 50 años, un hombre soltero será siempre un

---

menos en el discurso ideal) durante los nueve meses, mientras que los segundos no invocan restricción alguna (Laughlin, *op. cit.*, p. 160).

<sup>32</sup> Algunos grupos invocan otros medios para intentar suplir el problema de un pene demasiado pequeño. En Tenejapa se considera que el cuerno de bovino (que en muchas ocasiones vino a sustituir al de venado) lo hace crecer. El de venado, por cierto, se emplea en un bebedizo para facilitar el parto (Humm, *op. cit.*, pp. 118, 126, 127). López Austin, por su parte, reporta entre los antiguos nahuas el uso como afrodisiaco del “gusanillo *tlalómitl*” (que supuestamente volvía rígido el pene), y los cuernos del escarabajo *temolín* (1980, I, p. 335). Buena muestra de que los excesos también pueden ser peligrosos, es la creencia moché de que la mujer ha de evitar que su marido coma testículos de gallo. “pues esto lo hará muy mujeriego” (Petrich, *op. cit.*, p. 130).

muchacho, jamás se le considerará un *uinic*, un hombre completo (Ruz, 1990: 117). Sin hijos, no hay plenitud.

#### DE FERTILIDADES E INFERTILIDADES

La variedad de actitudes, creencias y conceptos arriba señalados muestran a las claras una convergencia: el papel primario que se otorga, social y culturalmente, a la fertilidad como conservadora del espacio familiar y comunal, ya que de hecho la fertilidad es lo que define al matrimonio. No es por tanto de extrañar que los mayas recién casados vivan con enorme expectación los primeros meses de matrimonio, pues se espera que a lo largo de ellos la mujer, gracias a la acción fecundante del hombre, quedará embarazada.

En caso contrario, se tomarán de inmediato medidas buscando la causa del problema y su solución. Entre los mayas tojolabales, por ejemplo, la joven esposa y su suegra irán ante la comadrona, y de ser necesario al curandero, para que éstos, con interrogatorios y revisiones, determinen la causa de esterilidad. Comúnmente el origen del problema se atribuye a la mujer, destacando las patologías asociadas con "fríos" localizados en la matriz (*che'e*, frío; *niwan che'e*, gran frío), que incluso pueden deberse a brujería (mal puesto o *gana chamel*), que por lo general se achaca a la envidia o mala voluntad de algún vecino o vecina, en particular una mujer estéril que "roba" a otra la capacidad de engendrar (Ruz, 1990: 130-132).

Atribuir la esterilidad, al menos en una primera instancia, a la mujer, no es privativo de los tojolabales, lo mismo se reporta para muchos otros pueblos mexicanos (indígenas o no), como claramente lo muestra un estudio reciente, que significativamente no menciona dato alguno sobre esterilidad masculina, insistiendo en cambio en la enorme frecuencia con que la esterilidad se atribuye a la mujer, sobre todo por frialdad de la matriz, lo que autoriza al rechazo y la marginación. En algunos pueblos mayas, empero, no se descarta la posibilidad de que sea el hombre quien padezca por ejemplo el "frío", tal como aducen los tojolabales (Ruz, 1992b) y los tzotziles de Chalchihuitán, para quienes "es el pene del marido el que puede estar frío durante el coito" (Mata *et al.*, *op. cit.*, 1: 419-421, 436).<sup>33</sup>

Determinar con la mayor precisión posible cuál de los integrantes de la pareja es responsable de la falta de descendencia y hasta de una vida sexualmente agradable es un hecho de importancia no sólo emocional sino

<sup>33</sup> Aspecto particularmente importante es que para algunos grupos la participación masculina en el desarrollo de un nuevo ser no se limita a la mera concepción. Según otomíes y purépechas, por ejemplo, un hombre que mira un cadáver puede provocar que su hijo nazca cubierto con la membrana hialina; "tapado" igual que el muerto (Mata *et al.*, *op. cit.*, 1, pp. 347ss.).

incluso socioeconómica. De acuerdo con la normativa tzotzil chamula, por ejemplo, la infertilidad femenina puede ser motivo para devolver a una mujer o buscarse una amante, pero la insatisfacción sexual femenina también puede ser motivo de adulterio o separación. La igualdad de oportunidades, empero, es sólo aparente; cuando la causa o causas de la separación sean imputables a la mujer, la familia de ésta deberá devolver a la de su ex marido todos los regalos que entregó a lo largo del tardado y costoso proceso matrimonial (Pozas, *op. cit.*, 1: 146, 163ss.); retribución que puede conducirla a la ruina o al menos colocarla en una situación embarazosa en el momento de pretender casar a su propio hijo. Nada parecido ocurre cuando el responsable es el hombre.<sup>34</sup> Mucho más sabia y equitativa, en todo caso, se antoja la costumbre de los mayas lacandones, a quienes el derecho consuetudinario obliga a encontrar un nuevo esposo que sea del agrado de la mujer a la cual se pretende abandonar.

Y si las mujeres pueden recurrir a la brujería para justificar su esterilidad, e incluso para explicar el embarazo —producto de una relación extramarital— cuando el marido es estéril (Pozas, *op. cit.*, 1: 153), también los hombres lo hacen, aunque es mucho más frecuente invocar para ello alguna enfermedad o impedimento de origen sobrenatural.

En efecto, los llamados “síndromes de filiación cultural” vinculados a los genitales, y por ende a la sexualidad, son algo común entre los pueblos de origen mesoamericano. Así por ejemplo, de acuerdo con los nahuas de Santa Ana Tlacotenco, D.F., el hombre tiene cuatro testículos (dos de ellos interiores), conectados entre sí por una vena, lo cual sirve para explicar hernias escrotales, epididimitis y hasta hidrocele (Mata *et al.*, *op. cit.*, 1: 488), que en ocasiones son factores de esterilidad. Según los yucatecos, el *ik'* o mal viento puede ser causa de esterilidad, originada incluso por faltar a los deberes religiosos en los maizales, mientras que el *k'ak'as wix* es un mal urinario originado por exponer los genitales a un aire o mal viento al ir a orinar (Zolla, Campos *et al.*, *op. cit.*, III: 393, 404). Los hombres tzeltales pueden incluso culpar al trabajo como causa de su frustrada paternidad, pues aducen que el *musik* o *muk'sik* (frialdad o gran frío que además de anorexia y flatulencias, provoca, a la larga, infertilidad), afecta a quienes trabajan en zonas mojadas, bajo la lluvia o beben agua sucia en forma reiterada (Zolla, Campos *et al.*, *op. cit.*, 1: 855ss.), hecho que generalmente ocurre en las áreas de labor.

En ciertos casos la conexión entre algunos de tales síndromes y la conducta sexual es transparente. Para los mismos yucatecos, una infección

<sup>34</sup> Cabe recordar que en el área maya las causas más comunes de separación son el maltrato físico de la pareja, el adulterio o la falta de cumplimiento de los deberes conyugales (Ruz, 1992, p. 244).

del dedo pulgar (con el que se pellizca el ombligo durante el juego amoroso) se atribuye al *chupul yo'ola xi wak koole*, enfermedad causada por no satisfacer el "deseo por un hombre o una mujer" (Zolla, Campos *et al.*, *op. cit.*, III: 406). Entre los chamulas el "deseo incontenible por las relaciones sexuales" que experimentan ciertas mujeres puede ser atribuido al *tzajal shubit*, enfermedad del "gusano rojo" (Pozas, *op. cit.*, I: 147), creencia acaso emparentada con la idea nahua actual de que cuando el semen acumulado es insuficiente para procrear, llega a convertirse en gusanos (López Austin, 1980, I: 336).

Para los mayas k'ekch'és de Cobá y San Pedro Carchá, el hombre que mantenga relaciones sexuales con una mujer menstruante, se arriesga a enfermar, "porque pierde mucha sangre y la mujer se lo roba porque la menstruación es muy caliente", en tanto que aquel que lo haga con una embarazada sufrirá dolor de muelas. Y peor aún si se trata del marido, pues además de la odontalgia experimentará calentura y cefaleas. Creencia particularmente curiosa es la que asegura que el hombre que experimente dolor de muelas tras la relación sexual puede estar seguro de que ha dejado preñada a la mujer (Ávila, 1977 pp. 24, 25, 48). Método de diagnóstico un poco más molesto pero indudablemente menos caro que comprar una tira reactiva o acudir al médico.

Puesto que de acuerdo con la concepción maya los sueños son hechos reales que ocurren al individuo mientras su espíritu vaga desprendido del cuerpo, también éstos pueden estar vinculados a la esfera de lo sexual y a la enfermedad. Así, de acuerdo con los tzotziles la enfermedad del *poslom*, riesgosa y relativamente común,<sup>35</sup> puede originarse por sueños de franco contenido sexual, incluyendo los de tipo zoofílico (Zolla, Campos *et al.*, *op. cit.*, I: 857; Freyermuth, 1993: 78-79). Y los mayas huastecos consideran que se puede enfermar de "susto" (*ihelom talab*) por haber soñado tener relaciones sexuales con algún desconocido (Zolla y Campos *et al.*, *op. cit.*, I: 252).<sup>36</sup>

La noche es también momento arriesgado para solteros y solteras huastecos, a quienes se atribuye la propiedad de desmembrarse y volar en pedazos llamados *hammek*. El afectado despierta presa de dolores y no tiene

<sup>35</sup> Caracterizada por debilidad, anorexia y gastrálgias, se supone que provoca hinchazones, hemorragias y tumores. Se reporta también un *poslom* de "mala menstruación" (retención de tres a cuatro meses). Las más afectadas son las mujeres que han tenido más de tres hijos (Zolla, Campos *et al.*, *op. cit.*, I, p. 858).

<sup>36</sup> De acuerdo con los chontales de Oaxaca, a quienes presencian un acto sexual o son sorprendidos en el coito, les da una enfermedad llamada *guicha*, caracterizada por cefalea, tos, ganas de vomitar, que evoluciona a astenia, tristeza, ardor generalizado y sordera. Finalmente el enfermo se "seca" y muere (Zolla y Campos *et al.*, *op. cit.*, I: 180). Los autores no indican la traducción del término chontal, pero entre sus vecinos huaves esta voz significa "tristeza" (*ibid.*, p. 275).

más remedio que apurar el matrimonio si pretende curarse. Las emanaciones de aquellos que mueren célibes son particularmente peligrosas, pues producen "malos aires" (Mata *et al.*, *op. cit.*, 1: 463), clara muestra del enorme riesgo en que pueden colocar a la comunidad quienes se muestran incapaces de ayudar a perpetuarla.

Pero los síndromes de filiación cultural no sólo amenazan a quienes arriesgan el futuro del grupo; también lo hacen contra aquellos que de alguna manera violentan el pasado. Como los huastecos que después de una noche de actividad sexual transitan cerca de algún lugar donde los antepasados enterraron restos de animales cazados y ofrecidos en rituales para propiciar la caza. Esos restos despiden unos "aires" (*cullacalli*) que provocan el "embolio" o *mocullalhuia* (Zolla y Campos *et al.*, *op. cit.*, 1: 252). Pese a su nombre nahua, tales creencias se muestran acordes con la actitud maya que concibe un tiempo cíclico que envuelve al cosmos; futuro y pasado engarzados a través del sexo y la fertilidad.

#### QUE LA SEMILLA PERDURE. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Una revisión aún somera de la bibliografía existente en México acerca del tema que nos ocupa en este seminario, muestra el franco predominio de los reportes de corte biologicista y demográfico frente a los que dan cuenta de aspectos culturales, así como la predilección de los estudiosos sociales por los datos de tipo cuantitativo, prestando a menudo muy poca atención —si es que alguna— a aquellos de orden cualitativo.

Tal actitud se corresponde bien, sin duda alguna, con los objetivos que inspiran las acciones gubernamentales subyacentes en el origen de buena parte de dichos estudios; objetivos a menudo trazados desde las oficinas de la capital del país por especialistas tan tecnificados como burocratizados, que pocas veces se toman la molestia de revisar los textos de antropología y mucho menos se desplazan al campo con el fin de recopilar información, sin duda básica, para la adecuación de muchos programas a las realidades étnicas y regionales.

Justo es reconocer que el problema no reside únicamente en la escasa bibliografía cultural que manejan los planificadores centrales. En el caso de que éstos optaran por informarse, se encontrarían con la necesidad de buscar la aguja en el pajar, ya que los estudios etnográficos de las últimas décadas dedican muy poco espacio a los aspectos relativos a la procreación y prácticamente ninguno al papel que desempeñan los hombres en tal rubro, por no hablar del continuo silencio acerca de la sexualidad.<sup>37</sup> Y la

<sup>37</sup> Para darse cuenta de ello bastará una simple revisión a las fechas de elaboración de los estudios citados en este trabajo. La primera edición de buena parte de ellos corresponde

situación se torna incluso más precaria cuando se trata de buscar información sobre el ámbito rural, indígena o mestizo.

Dicha desatención, generadora de ignorancia, implica el retraso, cuando no el fracaso, de ciertos programas vinculados —por ejemplo— con la planeación familiar, o de acciones particulares que tienen como objetivo satisfacer los requerimientos de tal o cual pareja en lo que respecta a su papel como procreadora. Ello puede atribuirse a diversas causas, entre las que destacan la naturaleza “privada” del tema —que exige largas temporadas en el campo antes de poder obtener datos cualitativa y cuantitativamente significativos—, la dificultad de comunicación dada la barrera lingüística (pues cada vez menos científicos sociales manejan con soltura el idioma de sus sujetos de estudio) y también un curioso reduccionismo de los estudiosos, quienes cuando se permiten abordar un tema tan *demodé* como el del ciclo de vida, por lo común inician sus pesquisas con el embarazo y parto, lo cual provoca que nuestros conocimientos sobre la esfera de la sexualidad y sensualidad indígenas sean francamente miserables. La reducción se antoja aún más grave cuando comparamos lo reportado acerca de ambos géneros, pues si los estudios sobre salud reproductiva femenina en el campo no son ciertamente abundantes, aquellos que dan cuenta explícita del ámbito de lo masculino son prácticamente inexistentes.

Cabe detenerse en la renuencia de buena parte de los programadores en el empleo de los datos de corte antropológico dada su supuesta subjetividad. Sin duda la naturaleza íntima del tema justifica en parte algunos de tales temores que, a menudo, conviene reconocerlo, se ven acrecentados por la dificultad de generalización de los datos surgidos del trabajo de campo dada su escasez, fragmentación y enorme variabilidad. Todo ello, empero, no hace más que reforzar la urgencia de emprender trabajos de orden interdisciplinario para ayudar a crear nuevas perspectivas metodológicas que, al mismo tiempo que posibiliten apreciaciones cuantitativamente significativas, nos ayuden a preservar las perspectivas de orden cualitativo, sin las cuales buena parte de nuestros afanes por coadyuvar en la solución de las problemáticas locales no pasarán del limbo de los buenos deseos, si no es que resultan contraproducentes.

Así por ejemplo, cualquier acción tendiente a contribuir en la resolución de un problema de infertilidad para una pareja del grupo mam, deberá tener en cuenta que según sus creencias es particularmente peligroso mantener relaciones sexuales durante aquellos días que el calendario maya marca como aciagos (Wagley, *op. cit.*: 281), mientras que los yucatecos sostienen que éstas deberán evitarse en caso de que alguno de los cónyuges

---

a la época de auge de la llamada antropología cultural, que se desarrolló en la primera mitad de este siglo.

padezca de problemas de *tipte* ("latido umbilical" por salirse de su lugar cierto "órgano" ubicado en el vientre). Y tal síndrome de filiación cultural es nada menos que una de las siete causas más frecuentes de visita a los terapeutas (Zolla y Campos *et al.*, *op. cit.*, 1: 430).

Los mochós, por su parte, y acorde con aquella idea del útero/horno a que antes me referí, evitan tener relaciones durante la menstruación —periodo de máximo calor y por tanto infecundo—, pero consideran al mismo tiempo que los mejores días para "cocinar" a un nuevo ser son aquellos en que la mujer está en estado "fresco", en particular los tres que siguen a ésta (Petrich, *op. cit.*), lo cual biológicamente condena al fracaso los intentos de una pareja por procrear.<sup>38</sup>

Quien no tenga en mente, antes de aplicar un programa de control natal, la idea, bastante generalizada en los pueblos indioamericanos (como en tantos otros), del necesario equilibrio sangre/esperma como factor de salud, difícilmente podrá entender la renuencia de sus integrantes a permitir la toma de sangre o donarla y para emplear ampolletas anticonceptivas o dispositivos intrauterinos que, de acuerdo con el discurso popular (que a menudo no se aleja de la realidad), provocan retenciones menstruales o hemorragias, y estados de excesivo "calor" o "frío", en abierto desafío al tan deseado equilibrio.

Aconsejar detener la procreación a quien sólo ha tenido hijas en una comunidad que observe un sistema de parentesco patrilineal, significa simple y llanamente proponer a un hombre la desaparición de aquella rama del linaje de la cual es social e ideológicamente responsable. Mientras que para la esposa tal conducta puede entrañar la posibilidad del rechazo, para el varón equivale no sólo a condenarle a una vida de estigmatización social, sino incluso —en ciertas culturas— a negarle la posibilidad de una vida ultraterrena tranquila. ¿Cómo podría vivir sin "reposición" (*k'elol* o *keshol*) un *tzeltal* o un *tzotzil*?, ¿cómo corresponderá un *tojolabal* al llamado de un hermano mayor (*b'ankil*) que ofrece a su propio varón "reemplazo" (*jelol*) como ahijado?, ¿sobre quién descargará un chol el arduo trabajo de desmonte o arada cuando tenga que emigrar temporalmente en busca de trabajo asalariado?, ¿quién habrá de cuidar de una pareja de ancianos mayas si las

<sup>38</sup> Incluso los pequeños datos pueden ser de importancia. No es de desdenar, por ejemplo, la preferencia de varios grupos por mantener relaciones sexuales en el baño de vapor o temazcal, generalmente asociado con la vagina y el útero (Carmack, *op. cit.*, p. 18), o la idea, común en el medio rural mexicano, de que los flujos vaginales resultan de no guardar abstinencia sexual durante los 40 días del puerperio. Así, entre los popolocas de Puebla se arguye que mantener relaciones durante dicho periodo puede provocar "*mixicavo* de hombre", enfermedad caracterizada por anorexia, dolor agudo en el vientre, diarrea y caída de cabello (Zolla, Campos *et al.*, *op. cit.*, 2, pp. 428, 660).

hijas han de ir a vivir a la casa de sus maridos? Sin descendientes masculinos, ¿cuáles parientes directos rendirán culto a la memoria de los fundadores de un sublinaje en cualquiera de estos pueblos mayances? Ausencia de hijos que faciliten la aceptación comunal, eviten la pérdida de la tierra ejidal —que en ocasiones el derecho consuetudinario no incluye a las mujeres—, o la dispersión de aquel escaso patrimonio arduamente conseguido a lo largo de una existencia de continuo trabajo; falta de varones que hagan llevadera la vejez de los padres o encabecen los rituales celebrados para conmemorarlos. Demasiadas privaciones para aquellos que, por lo común, pasan por la vida privados de todo.

Estos simples ejemplos nos alertan contra la superficialidad implícita en acciones que descuidan llegar hasta las raíces conductuales, marcadas a menudo por los patrones culturales locales, que al mismo tiempo muestran variaciones de importancia dependiendo de los grupos de edad, la educación sexual previa, las preferencias religiosas, las urgencias económicas, las experiencias personales o colectivas, la escolaridad, el impacto de la migración y el turismo y tantos otros rubros. En resumen, desde el análisis holístico del imaginario social, incluyendo las diversas representaciones sociales del cuerpo, las concepciones acerca de lo considerado deseable desde las perspectivas locales de la ética, la política, la religiosidad o la economía. Todo ello sin perder de vista que a menudo existe una brecha entre los patrones culturalmente tenidos por ideales y las conductas reales; en tre una supuesta moralidad pública y el ejercicio privado, y deslindando las esferas de la sexualidad y la procreación, que irónicamente se calcan la una sobre la otra.

Puesto que toda categoría analítica deberá partir de la realidad cultural, se avala particularmente importante, en fin, emprender estudios multívocos que enfoquen al mismo tiempo a los individuos tanto en sus creencias y conductas sexuales como reproductivas (evitando sinonimias simplistas entre ambos componentes), como a los complejos familiares y comunales en que se hallan insertos, ya que éstos condicionan e incluso determinan en buena medida las preferencias y tensiones personales no sólo a través de los sistemas de representaciones sino incluso de relaciones de poder (dominación/subordinación), como bien se advierte en los códigos lingüísticos y los derroteros del discurso.<sup>39</sup> Desbordando los límites comunitarios, habrán también de abandonarse estereotipos y generalizaciones groseras, con el fin de evitar la aplicación mecánica de soluciones ciudadanas al ámbito rural y, en su caso, reparar en especificidades étnicas,

<sup>39</sup> De allí la importancia, por ejemplo, de abordar el tópico de la sexualidad de manera integral a través de la narrativa oral, las consejas, las bromas, los apodos, etcétera.

que permitan incluso confrontar las leyes nacionales con el derecho consuetudinario.

Sobre todo, habrá de otorgarse a los directamente interesados el papel que les corresponde en el diseño, ejecución y supervisión de los programas, facilitándoles el transitar de sujetos pasivos de éstos a actores reales. De no hacerlo, se correrá a la larga el riesgo de disminuir el aporte de los representantes de tales pueblos a la diversidad universal. De perder la fértil contribución de estas semillas genéticas y culturales, el variopinto huerto de la humanidad se verá transformado —en el mejor de los casos— en un campo de plantación de aterradora monotonía. Y como para el maya carente de hijo, no habrá nunca más la posibilidad de un “reemplazo”.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Ávila, César Augusto (1977), “El Xul-E. Creencias populares sobre la etiología de la caries y del dolor dental en grupos indígenas kekchies”, *Guatemala Indígena*, XIII (1-2), pp. 5-52.
- Batz, Luis (1980), “Relatos tzutuniles”, *Tradiciones de Guatemala*, 14, pp. 105-115.
- Breton, Alain y Jacques Arnauld (coords.) (1994), *Los mayas. La pasión por los antepasados y el deseo de perdurar*, México, CENCA-Grijalbo.
- Carmack, Robert (1975), “Análisis antropológico de un mito quiché”, *Tradiciones de Guatemala* 3, pp. 9-32, Guatemala, UASG.
- El libro de los libros de Chilam Balam*, traducción y notas de A. Barrera Vásquez y Silvia Rendón (1974), 4a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica.
- El Ritual de los Bacabes*, traducción de R. Arzápalo (1984), México, UNAM, CEM, Serie Fuentes para el estudio de la cultura maya, núm. 5.
- Embriz, Arnulfo (coord.) (1993), *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, México, INI.
- Freyermuth Enciso, Graciela (1993), *Médicos tradicionales y médicos alópatas. Un encuentro difícil en Los Altos de Chiapas*, México, CIESAS-Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Galinier, Jacques (1990), *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, México, UNAM-CEMCA-INI.
- García Ruiz, Jesús y Perla Petrich (1983), “La femme, la lune, la fécondation chez les Mochó”, *Objets et Mondes*, 23 (1-2), pp. 41-56, París, Musée de L'Homme.
- Garibay, Ángel María (1968), “Canto de mujeres de Chalco”, *Poesía náhuatl*, México, UNAM, vol. VI, pp. 55-60.
- Gillin, John (1958), *San Luis Jilotepeque*, Guatemala, *Seminario de Integración Social Guatemalteca*.
- Gómez, Antonio, Ma. Rosa Palazón y Mario H. Ruz (eds.), *Palabras de nuestro corazón. Mito, relato y narrativa tojolabal*, México, UNAM-UNACH (en prensa).
- Hersch Martínez, Paul (1993), *Destino común. El comercio de flora medicinal silvestre desde el suroccidente poblano*, inédito.

- Hunn, Eugene S. (1977), *Tzeltal Folk Zoology. The Classification of Discontinuities in Nature*, Nueva York, Academic Press.
- Landa, fray Diego de (1978), *Relación de las cosas de Yucatán*, introducción de Ana Ma. Garibay, 11<sup>a</sup> ed., México, Porrúa.
- Laughlin, Robert M. (1993), "Los tzotziles", en V. Esponda (comp.), *La población indígena de Chiapas*, pp. 119-177, Tuxtla, Gobierno del estado de Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Libro de los Cantares de Dz'ulbalché*, traducción y notas de A. Barrera V. (1980), en *Literatura maya*, pp. 342-388, comp. de M. de la Garza, Caracas, Editorial Galaxis, Colección "Biblioteca Ayacucho", 57.
- López Austin, Alfredo (1980), *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, UNAM, IIA.
- (1993), "La sexualidad entre los antiguos nahuas", en P. Gonzalbo (comp.), *Historia de la familia*, pp. 73-94, México, Instituto Mora-UAM.
- Mata Pinzón, Soledad et al. (1994), *Diccionario enciclopédico de la medicina tradicional mexicana*, México, 2 vols., INI.
- Molina, fray Alonso de (1972), *Confesionario mayor en la lengua mexicana y castellana*, México, UNAM.
- Nájera, Martha Iliá, "El huerto de la raza humana", *Memorias de la XXIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, vol. II, SMA (en prensa).
- Núñez de la Vega, Francisco (1989), *Constituciones diocesanas del obispado de Chiapas*, edición crítica de María del Carmen León y M. H. Ruz, México, CEM, IIF, UNAM.
- Petrich, Perla (1985), *La alimentación mochó. Acto y palabra*, Centro de Estudios Indígenas, San Cristóbal de Las Casas, UNACH, Serie Monografías 1.
- Pozas, Ricardo (1977), *Chamula*, 2 vols., México, INI, Serie Clásicos.
- Reifler Bricker, Victoria (1986), *Humor ritual en la altiplanicie de Chiapas*, trad. de J. Sabines, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rubio, Miguel Ángel (1994), *La morada de los santos. Fiesta y ritual en tres regiones de México*, tesis de licenciatura en Antropología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Ruz, Mario Humberto (1990), *Los legítimos hombres. Aproximación antropológica al grupo tojolabal* 2a. edición, México, vol. II. CEM, IIF, UNAM.
- (1992), "Los mayas de hoy: pueblos en lucha", *Del katún al siglo. Tiempos de colonialismo y resistencia entre los mayas*, M.C. León, M.H. Ruz y J. Alejos, pp. 191-267, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Serie Regiones.
- (1992a), *Copanaguastla en un espejo. Un pueblo tzeltal en el Virreinato*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional Indigenista, 2a. edición, México.
- (1992b), "Médicos y loktores. Enfermedad y cultura en dos comunidades tojolabales", en *Los legítimos hombres. Aproximación antropológica al grupo tojolabal*, 2a. edición, vol. 3, pp. 143-194, México, CEM, IIF, UNAM.
- (1996), "El cuerpo: miradas etnológicas", en Szasz, I. y S. Lerner (comp.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 89-136.

- (editor) (1989-1996), *Las lenguas del Chiapas colonial*, 3 vols., México, CEI-UNACH, CEM, UNAM.
- Sahagún, fray Bernardino de (1979), *Historia general de las cosas de la Nueva España*, ed. de Á. Ma. Garibay, México, Porrúa, 4a edición, "Sepan Cuantos...", núm. 300.
- Sotelo, Laura, "El simbolismo de la cuerda entre los mayas", *Memorias de la XXIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, vol. II, México, SMA (en prensa).
- Wagley, Charles (1957), *Santiago Chimaltenango. Estudio Antropológico-Social de una comunidad indígena de Huehuetenango*, Guatemala, SISC.
- Wisdom, Charles (1961), *Los chortís de Guatemala*, traducción de J. Noval, Guatemala, SISC.
- Zolla, Carlos (director) y Virginia Campos Mellado (coord.) (1994), *La medicina tradicional de los pueblos indígenas de México*, 3 vols., México, INI.



# LA REPRODUCCIÓN Y LA ANTICONCEPCIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS VARONES: ALGUNOS HALLAZGOS DE UNA INVESTIGACIÓN EN OCUITUCO (MÉXICO)

ROBERTO CASTRO PÉREZ\*  
CARLOS MIRANDA VIDEGARAY\*\*

## INTRODUCCIÓN

La investigación social sobre la reproducción y la anticoncepción privilegió, por muchos años, los enfoques que se centraban en el análisis del rol de las variables macrosociales y demográficas como determinantes de aquellos fenómenos. La demografía estudió la reproducción y la anticoncepción desde un punto de vista cuantitativo y macro, centrándose en las mujeres, y tomando a los hombres como variables "intervinientes" (u obstaculizantes) en el proceso (Figueroa, 1995). La discusión contemporánea sobre estos temas, en cambio, tiende a resaltar la importancia de enriquecer esta indagación desde varias perspectivas incluyendo la dimensión microsocial (De Oliveira y García, 1986), la perspectiva de género (Arias, 1995), y considerando, en el proceso de conceptualización, a los hombres como actores igualmente importantes en el fenómeno reproductivo (Hearn y Morgan, 1990). Nutriéndose de esas tres tendencias, este trabajo presenta un análisis sobre el "significado" que tienen la reproducción y la anticoncepción para los varones de una comunidad rural del estado de Morelos (Ocuituco), en su vinculación con diversos procesos sociales presentes en la localidad. La primera parte de este trabajo presenta una breve caracterización de la comunidad estudiada; la segunda parte presenta el enfoque teórico y el método utilizado en esta investigación; finalmente, la tercera parte presenta los principales hallazgos en relación con el tema que nos ocupa, así como las conclusiones que se derivan de este análisis.

\* Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.

\*\* Asociación Latinoamericana para el Estudio de las Religiones, México.

El argumento central es que las significaciones que se asocian a los fenómenos de la reproducción y la anticoncepción, deben interpretarse en estrecha conexión con las condiciones objetivas de vida, así como con los rasgos centrales de la "visión del mundo" de los actores estudiados. En el presente caso, tratamos de mostrar cómo ambos niveles de la realidad se reflejan en el discurso de los varones al abordar los temas estudiados. Como se verá, el significado que la reproducción y la anticoncepción tienen para ellos es producto del entrecruzamiento de dinámicas asociadas tanto a la estructura social como a la subjetividad.

### OCUITUCO

Ocuituco es una comunidad rural de aproximadamente 3 200<sup>1</sup> habitantes, situada en el noreste del estado de Morelos, aproximadamente a 90 km al sureste de la ciudad de México. La comunidad ha estado expuesta directamente a la influencia de la medicina moderna desde hace 40 años, cuando el primer médico privado estableció su práctica en la comunidad. En la actualidad, Ocuituco cuenta con un pequeño centro de salud a cargo de un pasante de medicina, una enfermera y una promotora de salud, todos pagados por la Secretaría de Salud. Durante los últimos cinco años la presencia de la medicina moderna en la comunidad ha crecido significativamente toda vez que tres médicos más se han establecido en la comunidad con el fin de prestar sus servicios como médicos privados.

La manera en que los habitantes de Ocuituco experimentan subjetivamente (y dan cuenta de) los fenómenos de la reproducción y la anticoncepción se asocia estrechamente con sus condiciones objetivas de vida y a las características de la estructura social dentro de la cual viven. La investigación de carácter etnográfica y estadística ya realizada por el autor (Castro, 1995; Castro, 1995a; Castro, Bronfman y Loya, 1991), muestra que hay cuatro factores básicos que caracterizan la realidad social de Ocuituco y que deben ser considerados en este análisis:

1) Ocuituco es una comunidad en la que la mayoría de sus habitantes viven en condiciones de privación económica o *pobreza*.

2) Las mujeres de Ocuituco viven bajo el dominio directo de los hombres, en un sistema de *dominación de género* que las oprime. Cuando se trata de estudiar la experiencia subjetiva de la reproducción y la anticoncepción, la relevancia de este factor no puede ser sobrestimada.

<sup>1</sup> Censo demográfico realizado por el autor en la comunidad en el año de 1988.

3) Durante los últimos 40 años, un proceso de medicalización ha tenido lugar en esta comunidad. Gradualmente, la medicina moderna ha adquirido importancia en detrimento de otras medicinas tradicionales.

4) Sin embargo, aún es posible encontrar elementos muy significativos de la tradición que han sobrevivido y continúan teniendo sentido para la población.

En consecuencia, la hipótesis central de esta investigación es que las experiencias subjetivas de reproducción y anticoncepción en Ocuituco son "interpretables" integralmente, desde una perspectiva sociológica, si dicho ejercicio se realiza en estrecha conexión con estos cuatro factores sociales.

Ocuituco es una comunidad "típica" del centro de México. Sus habitantes son mestizos que hablan español y que viven bajo una economía campesina de subsistencia. Es precisamente este carácter "ordinario" de la comunidad lo que la hace relevante para esta investigación pues el supuesto fundamental de esta investigación es que detrás de esta "ordinariedad" hay una racionalidad, una visión del mundo que es diferente de la asumida por la medicina moderna y que no ha sido estudiada a profundidad.

#### TEORÍA Y MÉTODOS

La perspectiva teórica general de esta investigación corresponde a la de la sociología interpretativa, toda vez que el objetivo principal es "comprender", mediante interpretación sociológica, la manera en que los habitantes de Ocuituco atribuyen sentido a sus experiencias de reproducción y anticoncepción. Weber ha enfatizado que la característica distintiva de la investigación sociológica es su naturaleza interpretativa (Weber, 1985), es decir, que la comprensión, o *verstehen* es una forma de conocimiento sociológico, legítimo en sus propios términos, que nos permite captar la orientación subjetiva de los individuos. Todas las interpretaciones de la realidad —las científicas y las de sentido común— se basan en un cuerpo de experiencias preexistentes acerca de la misma, la mayor parte del cual nos ha sido heredado por nuestros antecesores. "El medio tipificador a través del cual se transmite el conocimiento socialmente derivado es el vocabulario y la sintaxis del lenguaje cotidiano" (Schutz, 1962). El lenguaje es el medio por excelencia por medio del cual la actividad interpretativa de un grupo puede ser observada. El lenguaje de un grupo social representa la acumulación objetiva de vastas cantidades de significados y experiencias de ese grupo (Berger y Luckman, 1986). Por extensión, el lenguaje que un grupo usa para expresar síntomas y hablar de la reproducción y la anticoncepción, constituye en sí mismo la experiencia objetivada de ese grupo

respecto de estos fenómenos, al mismo tiempo que sirve para expresarla (Boltanski, 1972). En concordancia con estos postulados, el análisis interpretativo de esta investigación está basado en las explicaciones verbales de los habitantes de Ocuituco, toda vez que se asume que el lenguaje que usan los individuos en la vida cotidiana es el medio por excelencia para transmitir "significados".

El análisis que se presenta se basa en las entrevistas a profundidad que entre 1988 y 1992 se realizaron a 34 mujeres, 24 varones, así como a 16 informantes clave (médicos, parteras, maestros) de la comunidad. En la selección de informantes no se buscó representatividad estadística, sino entrevistar a profundidad a diversos "tipos" de ellos: las mujeres fueron seleccionadas según su fecundidad (alta o baja), su estado civil, y la edad al primer parto (antes o después de los 18). Los varones se seleccionaron según su grado de escolaridad (menos de tres años, entre tres y seis, y más de seis), y según su tipo de ocupación (campesinos, albañiles, etc.). Los informantes clave fueron definidos como individuos que, dada su posición dentro de la comunidad, desempeñan un papel importante en la formación y diseminación de nociones y conceptos usados con relación al embarazo y al parto. Se incluyó a tres maestras de primaria, cuatro parteras empíricas, al equipo de médicos y enfermeras responsables del centro de salud, y a los médicos privados que se han establecido recientemente en el pueblo. Para la recabación de la información se elaboró una guía de entrevistas que exploraba las percepciones, valoraciones y prácticas de los entrevistados en relación con la salud-enfermedad, la reproducción, la anticoncepción, y la vida cotidiana. Dicho material fue analizado con un abordaje cualitativo (Glaser y Strauss, 1967) con el apoyo de un paquete de computación especializado (Seidel *et al.*, 1995).

#### HALLAZGOS

Para explorar los significados que tienen la reproducción y la anticoncepción para los varones de Ocuituco es necesario, en primer lugar, ubicar el fenómeno en cuestión, en el contexto social que caracteriza a esta localidad. Es en el entrecruzamiento de las dos formas de desigualdad dominantes (la de clase y la de género) y de las dos formas de saber médico (el moderno y el tradicional), donde es posible encontrar las principales claves que permiten interpretar la lógica que subyace a esas significaciones.

Pero es preciso, también, trascender los elementos contextuales e intentar reconstruir más específicamente los procesos de significación en torno a estos temas. Esto es, más allá de las determinaciones estructurales a las que están sujetos, los individuos cuentan con una capacidad interpre-

tativa que introduce un elemento dinámico en el proceso de construcción de los significados. Estos elementos constituyen lo que podríamos llamar el “contexto subjetivo”, que se refiere al conjunto de elementos de la visión del mundo de los entrevistados, que resultan de la interacción social, y que sirven de supuestos básicos a los que los individuos recurren para interpretar sus circunstancias y atribuir sentido a sus acciones (Schutz, 1962). En consecuencia, la comprensión del significado de la reproducción y la anticoncepción para los varones de Ocuituco, pasa necesariamente por la deconstrucción de varios de sus soportes. De acuerdo con nuestros hallazgos, una arqueología de este saber debe indagar en torno a la identidad genérica y a la sexualidad, en tanto vías de acercamiento a los temas de la reproducción y la anticoncepción. Aunque la sección que sigue busca reconstruir el significado que estos temas tienen para los varones, el análisis necesariamente debe descansar en los testimonios tanto de hombres como de mujeres. Como se verá, ignorar el testimonio de estas últimas mujeres equivaldría a privarnos de una fuente de verificación de los hallazgos reportados.

### *Identidad*

Un primer elemento del contexto subjetivo tiene que ver con la propia identidad, esto es, con la forma en que los hombres y las mujeres se construyen y se perciben genéricamente a sí mismos. En una sociedad como la de Ocuituco, dichas percepciones tienden a reflejar las opresiones económicas y de género que caracterizan su cotidianidad, así como los roles típicos que expresan su propia identidad. Y a la inversa, las concepciones que tienen sobre diversos aspectos del proceso reproductivo tienden a reflejar no sólo los rasgos centrales del orden social en el que viven sino también las percepciones que tienen de sí mismos. Por ejemplo, al preguntar a una joven madre si tuvo algún tipo de depresión emocional tras su último parto, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Recuerda usted si cuando tuvo a sus hijos sintió como tristeza durante los cuarenta días después...?

—No, no tenía por qué pasar eso... (aunque) de todos modos, como le digo, a ratos pos sí siente uno feo porque, si es niña, uno dice: “pobrecita creatura, va a sufrir lo que yo sentí, lo que yo sufrí”. Pero si es hombre, digo yo, no pasará de que se quede tirado en la calle y ya. Pero una mujer siempre sufre más que un hombre (F27/1992: 517-525).<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Los testimonios que se presentan de aquí en adelante serán identificados por una inicial indicando el sexo del informante (M o F), el número de la entrevista correspondiente (del 1

Mientras que la pregunta del investigador se orientaba a explorar en el dominio de lo psíquico, la respuesta de la joven madre se orientó al mundo social que la rodea. Ello muestra que el discurso de los entrevistados sobre la reproducción y la anticoncepción posee un orden propio, que no necesariamente se ajusta a la lógica del entrevistador. Ello explica la aparente disparidad entre la intención de las preguntas y el contenido de muchas de las respuestas. Por ejemplo, al indagar sobre el conocimiento que como adolescente tuvo acerca de su menstruación, tuvimos el siguiente diálogo con una mujer de 23 años:

-¿Entonces su mamá no le explicó nada a usted ni a sus hermanas de lo que les iba a suceder cuando crecieran?, ¿nunca les dijo nada?

-Nunca.

-¿Y por qué sería?, ¿por pena, o porque ella tenía muchos problemas y no pensaba en eso?

-Pues no creo que tuviera problemas porque no vivía con ninguno, y de hermanas nada más éramos tres mujeres las que vivíamos con ella (F1/1988: 257-266).

En este caso, una pregunta orientada a explorar la probable existencia de problemas personales (psíquicos, emocionales) de la madre como posible explicación para su silencio frente a la menstruación de sus hijas, genera una respuesta, sorprendente, en donde la entrevistada deja ver que el concepto "problemas personales" tiene sentido, más bien, si se le vincula al mundo social que la rodea. En este caso, tener problemas es, ni más ni menos, vivir con algún hombre, o tener hijos hombres. A partir de testimonios como éste, es posible señalar que las mujeres caracterizan a los hombres con términos como alcohólicos, malos, violentos, y también como el origen de su problemas. En general, hombres y mujeres tienden a tener una percepción negativa de sí mismos. Sin embargo, a diferencia de las de las mujeres, la mayor parte de las valoraciones que los hombres tienen de sí mismos hace referencia implícita a su condición económica: "mi papá fue un señor de menos importancia como yo" (M33/1988: 69-70).

O bien, los hombres se perciben (y valoran) a sí mismos en tanto integrantes de un grupo específico. Esto es, los hombres de Ocuituco hablan de "uno, como hombre", o "yo, como campesino", y se caracterizan a sí mismos en términos de "rudo", "ignorante", "analfabeta", "pobre", etcétera: "...yo, por ejemplo, en plan de padre no tengo experiencia que digamos profesional ¿no?, porque somos campesinos, somos analfabetas..." (M41/1988: 416-421).

---

al 74), el año de recabación del testimonio (1988 o 1992), y las líneas de la transcripción original de donde fue tomado el segmento citado.

Para efectos del análisis que nos interesa,<sup>3</sup> es importante destacar dos aspectos importantes. Por una parte, lo que está en funcionamiento aquí es un mecanismo de construcción de la identidad masculina a partir de la pertenencia a un grupo. Los hombres, entonces, se conciben a sí mismos como ignorantes, o rudos, no intrínsecamente sino en tanto miembros del grupo de los campesinos, o de los pobres, al que pertenecen. Por otra parte, este mecanismo de transferencia de la identidad del “yo” al “nosotros”, entraña una consecuencia de inescapabilidad del propio destino. De acuerdo con la lógica que subyace a esta forma de construir la identidad, para trascender esa especie de minusvalía personal, los hombres de Ocuituco requerirían de dejar también de ser campesinos, u hombres, pues es en su adscripción a estos grupos donde se advierte el origen de su propia autovaloración.

### *Sexualidad*

Este mecanismo de transferencia y la consecuencia de “inescapabilidad” funcionan también cuando se explora la identidad genérica en su relación con la sexualidad. Los hombres reconocen abiertamente que el deseo puede ser experimentado tanto por ellos como por las mujeres: “fíjese que también eso es una necesidad. Automáticamente analizando eso del sexo es una necesidad para el hombre y para la mujer, porque de todas maneras creo que en un hombre hay necesidad, en una mujer también” (M41/ 1988: 452-457). En el caso de las mujeres, sin embargo, el deseo es esencialmente algo que hay que controlar. En particular, llama la atención la asociación que hacen los varones entre deseo y enfermedad:

[...] a mí me dolían mucho los ovarios; fui a ver a un señor que cura así, con hierbas. Y me dijo que me estaba haciendo daño no tener marido y yo lo que necesitaba es medicina; me dice: “te voy a dar esta medicina”, y sí, me estuve haciendo lavados y eso, porque también yo tenía mucho flujo y me dijo: “no, dice, es que por lo mismo, pues, ¿sabes? tuviste marido pues y pos los deseos pos los tienes”; y ya me recetó eso y me tomé la medicina, así que ni deseos [...] y se me quitó todo (F4/1988: 480-495).<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Es importante señalar que ésta no pretende ser una caracterización exhaustiva de la identidad genérica de los varones de Ocuituco. Esta identidad tiene también componentes de responsabilidad, honestidad, lealtad y otros. Aquí sólo hemos destacado aquellos aspectos que es necesario explicitar para poder interpretar lo que sigue, es decir, el significado de la reproducción y la anticoncepción para los varones de Ocuituco.

<sup>4</sup> Si bien este testimonio corresponde a una mujer, su valor para apoyar el argumento en cuestión radica en que hace referencia a lo dicho por un hombre, en este caso el curandero que le diagnosticó los deseos y se los curó. El testimonio, además, permite apreciar la actitud de aceptación de dicho diagnóstico y tratamiento por parte de la mujer entrevistada.

El control del deseo de las mujeres descansa también en concepciones prehispánicas. Según López Austin (1988), los antiguos nahuas creían que la concepción ocurre como resultado de la acumulación de suficiente semen dentro de la mujer, lo cual implicaba que era necesario copular varias veces para lograr la formación del bebé. De acuerdo con esta concepción, una cantidad insuficiente de semen no sólo no favorecía el embarazo, sino que daba lugar a que se descompusiera, es decir, se transformaba en gusanos y dañaba a la mujer. En la actualidad, pueden advertirse reminiscencias de esta formulación pero que, montadas en la cultura de dominación de género prevaleciente en la comunidad, se expresan como formas extremas de represión del deseo de la mujer:

[...] a las mujeres se les forman gusanos por dentro del cuerpo, y esos gusanos lo que necesitan es semen; eso hace que las mujeres, cuando tienen esa enfermedad, quieran no con uno sino hasta con cinco hombres, uno tras otro. No es que la mujer sea mala, sino que está enferma y necesita de mucho sexo para satisfacer la necesidad de los gusanos que lleva adentro [...] incluso el doctor me dijo que sí les pasa eso, y que la única manera de controlar eso es echándoles gas [...]. Lo normal es que si uno usa a la mujer, bien; si no, de todas maneras ella no pide; cuando ella pide, ya tienen esos gusanos, ya están mal, ya son peligrosas porque entonces van a satisfacer su deseo con cualquier hombre en cualquier momento (M59/1992: 1235-1280).

Como se verá más adelante, esta concepción tiene obvias implicaciones en relación con los métodos anticonceptivos. Antes de entrar en eso, conviene profundizar en algunas nociones relacionadas con la sexualidad, según los habitantes de Ocuituco. La sexualidad de las mujeres de Ocuituco tiene por lo menos tres límites socialmente establecidos, a saber: un tiempo biológico (que comienza alrededor de los 15 años de edad), una condición social (básicamente vivir en pareja con un hombre) y un lugar (el hogar). Estos límites (tiempo biológico-estatus-lugar) conllevan comportamientos éticos y morales que repercuten directamente en la vida cotidiana de las mujeres, una vida centrada en la procreación y el cuidado de los demás.

Mientras que el deseo de las mujeres tiende a ser normalizado, esto es, controlado y reprimido por los hombres, el deseo de los hombres es concebido en términos de una fuerza natural:

...voy a ser franco: uno de hombre<sup>5</sup> con la mujer haga de cuenta que es como una corriente eléctrica. El trabajo es que empiece uno (después) ya no se controla uno, ¡así puede uno morirse, señor! (M42/1988: 332-337).

<sup>5</sup> Nótese en los dos primeros testimonios de esta página el mecanismo de construcción de la identidad masculina a partir de la pertenencia al grupo de los hombres.

Esta idea de la sexualidad masculina como fuerza natural, y de la sexualidad femenina como fuerza controlada y controlable, explica a su vez la forma en que se conceptualizan las relaciones entre hombres y mujeres. Predomina una concepción en la que los hombres son representados en permanente actitud de acoso sobre las mujeres, y las mujeres en permanente actitud de resistir tal acoso:

"...nosotros de hombres nos ponemos a ganarle la voluntad (a las mujeres). Si, por ejemplo, cualquier muchacha fracasa con uno, pos bueno, qué quiere que le haga" (M36/1988: 565-569).

La conceptualización en términos de acoso y resistencia explica el uso del término "fracasar": aquella mujer que no logra resistir el embate de los hombres es una mujer que "fracasa" en su deber de resistir a dicha presión. Es una mujer que "da su brazo a torcer" (M36/1988: 586-587). Esta visión de la sexualidad de los hombres como una fuerza que acosa es plenamente compartida por las mujeres, tal como lo revela el análisis de muchas de sus expresiones. Los siguientes ejemplos derivan de entrevistas hechas a mujeres por otra mujer (Martha Loya). Hablando sobre la abstinencia sexual durante el posparto, una partera recomendaba:

"por eso digo que a los ocho días ni un hombre puede tocar a su mujer. Por más tardar; si es necio el hombre, a los dos meses... pero si no es necio el hombre, que mejor que dilate cuatro meses..." (F22/1988: 609-616).

Hablando de sus tribulaciones para "huirse" con un hombre, una mujer decía:

"...era yo escuincla y digo '¿a qué voy con él?', digo, de veras pensaba yo, '¿a hacerme nomás de otro hijo?', porque es lo primero ¿ve?, es lo primero..." (F12/1988: 364-368).

Hablando de que ya no tiene relaciones sexuales con su marido, otra mujer de 60 años decía:

"...ciertamente hasta hoy es cuando me ha tenido compasión. Aunque con coraje, usted se imaginará, con coraje y con lo que sea, pero ahora sí ya no. Ahora sí, como dice el dicho, ya no le doy buen servicio (M5/1988: 146-152).

Finalmente, hablando sobre la posibilidad de tener relaciones sexuales durante los días de la menstruación una enfermera decía:

"hay algunas que sí practican relaciones porque su esposo quiere tener relaciones en ese día, pues se tienen que dejar ¿sí?" (F20/1988: 102-105).

Lo esencial de estos testimonios es la normalidad que reflejan las expresiones entre comillas. Ellas muestran que las entrevistadas asumen que es posible compartir con la entrevistadora ciertos sobreentendidos, que existen ciertos saberes y valores comunes por el hecho de ser mujeres. Así, lo que estos testimonios muestran, además de su contenido directo, es que las mujeres de Ocuituco viven en una realidad donde lo normal es que los hombres sean “necios” respecto a las relaciones sexuales, que “lo primero que quieren” es tener relaciones, y que por eso, si éstas no ocurren, les da coraje, “como usted se imaginará”; y sobre todo, una normalidad donde si el hombre quiere tener relaciones, la mujer simplemente “se tiene que dejar”.

Que la sexualidad es una experiencia marcada por las relaciones de género se evidencia también en la forma en que los individuos hablan de ella. En una sociedad como la de Ocuituco, no sorprende que hombres y mujeres hablen de las relaciones sexuales en los siguientes términos:

...(en el radio) dicen que (el sida) solamente se contagia en, este, no por los besos, ni por las caricias, ni por la ropa, ni porque coma en el mismo plato, simplemente se contagia de que hagan uso de uno... (F1/1988, 1544-1461).

En esto de la primaria ya todas esas cosas ya las vienen estudiando ellas: cómo es el uso, cuántos hijos tienen, y cómo tienen que vivir y todo eso (M36/1988: 505-509).

“Hacer uso de una mujer”, o “dar un buen servicio” son las expresiones cotidianas utilizadas por los hombres y mujeres de Ocuituco para referirse a las relaciones sexuales. Para ellos, la sexualidad y las relaciones sexuales son abstracciones que sólo adquieren concreción a través de expresiones como “hacer uso”. En otras palabras, “hacer uso” es una expresión mucho más significativa para los ocuituquenses que “tener relaciones sexuales”. Esta expresión indica la manera en que los individuos experimentan las relaciones sexuales, es decir, dada su condición de género, las mujeres han aprendido a sentirse usadas, mientras que los hombres han aprendido a sentir que usan a las mujeres. Y, al mismo tiempo, una expresión como ésta hace referencia a una experiencia subjetiva que sólo puede existir en una sociedad cuyas características centrales son sugeridas, por implicación, por la misma expresión: una sociedad en la que las mujeres son cosificadas y dominadas.

Es importante notar que el conjunto de los testimonios presentados en esta sección reconoce que “lo natural” desempeña un papel muy importante en la sexualidad tanto de los hombres como de las mujeres. No sólo, como reconocía un informante varón, es la sexualidad una necesidad tanto en el hombre como la mujer; también la teoría de la descomposición del semen en gusanos descansa en una visión naturista de las cosas. Sin

embargo, lo importante aquí es advertir qué se enfatiza en el proceso de construcción social de los significados, es decir, la sexualidad de los hombres es construida esencialmente como un impulso natural que hay que dejar ser; la de las mujeres, en cambio, es construida como un impulso, o como una enfermedad (naturales ambos), que hay que normar.

### *Reproducción*

A partir de las interpretaciones precedentes, es posible reconstruir la lógica de algunos de los significados que poseen la reproducción y la anticoncepción para los varones de Ocuituco. El desciframiento de esa lógica permite vislumbrar las conexiones que vinculan asuntos aparentemente tan disím-bolos e inconexos como el temor de los varones a que su mujer tenga un hijo “ajeno” (de un hombre que no sea su pareja); la centralidad que socialmente se asigna a los varones en el parto, pero no en el embarazo; el valor diferencial de los niños y las niñas en términos económicos y sociales; y la capacidad decisoria de los hombres en los momentos más importantes del proceso reproductivo.

### Hijo ajeno

Como se señaló antes, ser hombre en Ocuituco significa, entre otras cosas, ponerse a “ganarle la voluntad” a las mujeres. Ser mujer, por su parte, es, entre otras cosas, resistir ese acoso, es no fracasar en esa resistencia. Esta faceta de la identidad genérica masculina y femenina se asocia estrechamente a un rasgo característico de la sexualidad/reproducción en Ocuituco, es decir, el temor de los hombres a que sus mujeres tengan un hijo de otro hombre, esto es, la duda sistemática sobre la propia paternidad. Esta duda —Chodorow dice, con razón, que es angustia (Chodorow, 1978)— está en la base de las relaciones de dominación de los hombres sobre las mujeres y se expresa de varias maneras. Bien, como una amenaza:

ya con la cuarta niña yo le digo a mi esposo: ‘¡ay!, ya mis hijos están grandes, yo quiero tener otro’. Y dice: ah, pos si tienes otro ni creas que es mío... (F26/1992: 575-579).

Bien, como el origen de la violencia contra las mujeres:

Yo iba a vender pollo a Jumiltepec... Y luego él venía: “¡ay! ya esto, ya lo otro”, me pegaba, que había yo de confesar qué hacía yo por allá. Me tenía desconfianza, pero viera, todos mis hijos son los mismos. Entonces, cuando tuve éste a los 46 años me dijo que no había de ser su hijo... (F30/1992: 99-107).

O bien como recurso de manipulación de las madres sobre los hijos:

...después mi suegra, como es medio canija, le decía a mi esposo: "¡ay! qué se me hace que ese niño, como ya te la trajiste embarazada", dice, "qué se me hace que ese niño no es tuyo", dice. "Como ya no han vuelto a tener al cabo de estos años", dice... (F1/1988: 625-632).

Los hombres, entonces, viven en un dilema que tiene su origen en la raíz misma de su propia identidad. En tanto hombres, se asumen como acosadores naturales de las mujeres. Ellos son el sujeto de un razonamiento de fondo que dice: "soy hombre, luego siempre ando buscando ganarle la voluntad a las mujeres". Ese rasgo de la identidad los lleva a sospechar de sus propias mujeres, pues ellas son las destinatarias de aquel razonamiento: "como mujer, debes estar siendo acosada por todos los hombres". La duda terrible, inmanejable, emerge de la conclusión que, en forma de pregunta, es posible derivar de las dos premisas anteriores: "¿Estarás resistiendo siempre al acoso de los hombres?, ¿o habrás tenido ya algún fracaso?". Los hijos, entonces, pueden significar indistintamente una prueba del fracaso de la obligación de las mujeres de resistir, o una prueba de la fidelidad de la esposa, si la paternidad sobre los hijos es reconocida.

### Hacerse embarazada

La conceptualización de que las mujeres son usadas, para referirse a las relaciones sexuales, contrasta con la forma en que se habla del inicio del embarazo:

"después (mi esposa) se hizo embarazada de otra niña" (M34/1988: 333-334).  
 Antes de la niña que tengo, tuve un bebé; ése lo tuve antes que me casara, me hice embarazada" (F35/1992: 136-139).

Sólo en el momento de embarazarse la identidad de la mujer transita del pleno objeto sexual: mi marido hace uso de mí, al pleno sujeto: hombres y mujeres hablan de que la mujer "se hace embarazada" más que hablar de que las mujeres se embarazan. En consecuencia, uno de los soportes centrales de la identidad de las mujeres, ahí donde ellas son social e individualmente ellas mismas, descansa en la capacidad de embarazarse. En la mayoría de los testimonios, el embarazo responde a una exigencia (social, familiar, matrimonial, personal, de género) de reaseguramiento sobre la propia fecundidad y sobre la propia descendencia. La mujer goza en el matrimonio de honorabilidad, protección y ventajas económicas, si bien en un marco de sometimiento ante el hombre. Este prestigio descansa

básicamente en su capacidad de embarazarse. Esta capacidad es vivida como un evento que en sus primeras fases (el comienzo del embarazo) pasa por la reafirmación de la identidad social de las mujeres. Pero sólo en sus primeras fases, pues la terminación natural del embarazo, el parto, ya es significada con la mujer desplazada hacia la periferia, y con los hombres nuevamente desempeñando un papel protagónico.

### Parir para él

Hombres y mujeres coinciden en que el sino de estas últimas es tener hijos, y que deben tenerlos para sus maridos. Son las mujeres las que tienen hijos, pero los tienen para dárselos a los hombres:

Luego le digo a mi señor: "pues si quieres te doy los hijos que tú quieras, digo, pero yo no quiero que mis hijos anden mal vestidos, ni tanto que anden huarachosos..." (F1/1988: 641-645).

El carácter normativo de la noción de que las mujeres tienen hijos para sus maridos autoriza a los hombres a reclamar a las mujeres, y a sospechar de ellas, en caso de que no puedan tener hijos:

yo tardé como seis meses en embarazarme... No, y para mis suegros y para mi esposo perdí mucho tiempo. Porque ellos se molestaban (y me decían): ah, no, ¿por qué no te embarazas?, ¿qué habrás hecho? (F31/1992: 660-666).

Si la identidad de las mujeres descansa en su capacidad de hacerse embarazadas, una falla de esta capacidad traduce directamente un cuestionamiento sobre aquella identidad: "¿quién eres?, ¿qué hiciste?", son preguntas que acompañan a la duda inicial de los varones de "¿por qué no te embarazas?".

Desde esta perspectiva, los hombres son conceptuados como en el centro mismo del fenómeno de la reproducción.<sup>6</sup> Las mujeres, en cambio, son situadas más hacia la periferia del mismo, pues parir no es un fin en sí mismo, ni puede tener el carácter protagónico que le está reservado al hombre, pues ellas le dan hijos a sus maridos. Lo anterior nos permite entonces recapitular sobre los tres vértices que componen la experiencia de

<sup>6</sup> Esta ubicación central de los hombres en el fenómeno de la reproducción convive con la realidad empírica, en la que, por supuesto, son las mujeres quienes desempeñan el papel central. Lo importante precisamente es advertir cómo una realidad de este tipo puede ser expresada por un discurso que parece corresponder a otra realidad.

la reproducción, desde el punto de vista de los hombres. Esta experiencia se concibe como un proceso que inicia y termina con el hombre como protagonista (véase el cuadro 1). Sólo la fase II, que tiene que ver con el hecho de embarazarse, tiene a la mujer como sujeto y protagonista de la acción. Ésta es otra forma de apreciar que la identidad femenina, tal como se construye en esta comunidad, tiene como rasgo central y no compartido la capacidad de procreación. Pero ya la acción de parir tiene al hombre otra vez, no como el sujeto, pero sí como el beneficiario o destinatario de la acción.

CUADRO 1  
Las fases de la reproducción desde el punto de vista  
de los hombres de Ocuituco

<i>Fase</i>	<i>Sujeto</i>	<i>Verbo</i>	<i>Destinatario</i>
I	Yo (hombre)	hago uso	de ti (mujer)
II	Tú (mujer)	te haces	embarazada
III	Tú (mujer)	pares	para mí (hombre)

### El valor de los niños

Los significados asociados a la reproducción pasan también por el valor social diferencial que se asigna a los niños y a las niñas. Desde un punto de vista económico, los niños son más valiosos que las niñas, porque ellos están destinados a trabajar, a obtener un ingreso, a producir valor. Así, un niño puede llegar a ser más valioso que varias niñas, tal como lo ilustra el siguiente testimonio de un hombre que tiene varias hijas y ningún hijo: "Entre más hijos tiene uno, se ve uno apurado cuando están chiquitos, pero ya estando grandes pos ya ellos dan hartito a uno. Pero así, puras mujercitas, ¿qué quiere? casi, casi nomás se van a servir, nomás casi van ganando para vestirse" (M36/1988: 447-453).

El valor diferencial de los niños y las niñas (los primeros son más valiosos; las segundas son más útiles) contribuye a explicar la tolerancia hacia el intercambio de niños existente en la comunidad. Las familias con un excedente de niños, o una madre soltera que no esté dispuesta a criar a su hijo, pueden encontrar con relativa facilidad a otras familias interesadas en recibir a tales niños en adopción. Como explicó una señora viuda sin hijos:

...una hermana de mi esposo tenía sus chamaquitos y un niño, yo, lo que sea, lo oía yo que lloraba y veía yo que no lo atendían bien. Y le digo: "¡regálame al niño!" .... me lo dio, lo agarré de tres meses y lo crié... (F24/1988: 260-271).

De la misma manera, las familias con un excedente de niñas o, de nueva cuenta, madres solteras no dispuestas a criar a sus hijas, pueden prestar o regalar a una de ellas a alguna otra familia con necesidad de ellas:

“Y entonces a mí de la edad de nueve años me regaló mi mamá con mis padrinos. Porque ya era yo la más grandecita y ya podía yo ayudarlos en algunos mandados. Ahí estuve hasta la edad de 14 años, hasta que ya me pude defender: me pegaban mucho” (F30/1988: 29-36).

Esta conceptualización está en la base de las valoraciones que los varones tienen sobre las mujeres, es decir, la capacidad de producir valor, de traer un sustento a la familia, permite la emancipación y la autonomía en la vida adulta. El valor económico es un fin en sí mismo, de ahí que los varones sean también en sí mismos. Para las mujeres, en cambio, cuyo sino es *servir*, la valoración es diferente. *Servir* en Ocuituco es un verbo transitivo: se sirve para algo o a alguien. Si las mujeres esencialmente *sirven*, entonces ellas *sirven/son* para alguien. De ahí su relatividad respecto a los varones.

#### Presencia y capacidad decisoria del hombre

Otras formas de significación asociadas a la reproducción, desde el punto de vista de los hombres, derivan de estas relaciones de género prevaletentes en la comunidad, en las que el hombre detenta un alto grado de poder y, por ende, una capacidad decisoria importante sobre el proceso del embarazo y el parto. Por ejemplo, los hombres deciden en qué momento puede su mujer embarazada ver a un médico o a una partera:

Y fíjese cómo sería mi esposo, un día le dije: “fíjate que se me hace que ya estoy embarazada porque ya se mueve. ¿Iremos a ver al doctor?”. Dice: “no, mejor ya que falte más poquito tiempo”. Ahí sí me da tristeza cuando me acuerdo... (F31/1992: 871-878).

También deciden sobre cierto tipo de atenciones, particularmente los “antojos”, que otras mujeres deben brindar a las mujeres embarazadas:

Una vez me llevó a la clínica y estaban vendiendo así, picadas, y entonces me llevó a cita y yo no le dije sino ya cuando veníamos en el camino, ya venía yo sintiendo feo, dice: “¿qué cosa? ¿qué te duele o qué cosa? ¿qué cosa se te antojó que no dijiste?”. Le digo: “se me antojaron unas picaditas”. Dice: “pues ora que lleguemos a la casa te voy a ver quién te las hace”. Y sí, que agarra y que va a ver a mi conuñia y ya que me las hace y que me las da... (F1/1988: 192-205).

Finalmente, los hombres cuentan con un alto grado de poder para decidir dónde y con quién se atiende un parto. La decisión puede ser negociada en pareja, pero al final el punto de vista que prevalece normalmente es el del hombre:

...el doctor me trató mal y entonces yo quedé como traumatada. Ya después ya no quise ir con el doctor; (mi esposo) me decía que fuéramos pero yo no quise... (él) me decía: "tú estás muy mal comida, muy débil y muchos desvelos, entonces no te vas a poder aliviar acá", y yo le decía que sí, que sí, y él decía que no. Todavía me hizo el gusto de traerme a la partera... pero él ya no le tuvo confianza y ya fue a traer un coche... Y ya iba bien apurada y más con los azotones de la camioneta que hacía refeo... (F45/1992: 1074-1127).

Es claro que estos testimonios traslucen también un sentido de responsabilidad por parte de los hombres, pero se trata de una responsabilidad cuya especificidad histórica deriva de la estructura de género en la que está montada. El papel preponderante que desempeñan los hombres en la vida social de Ocuituco explica la naturalidad con la que los diversos actores asumen la marginación de la que es objeto la mujer en la relación médico-paciente. Son los hombres los que se entienden con los médicos (que suelen ser hombres, también) aun tratándose de consultas por embarazo o parto:

- ...tardé para el primer (embarazo) hasta que (mi esposo) me llevó al doctor. Me empezó a dar vitaminas... y ya después fue cuando me hice embarazada
- Con puras vitaminas; ¿y qué le dijo el doctor que tenía?
- Le dijo a él... él fue el que me llevó, a él fue al que le dijo (F9/1988: 307-326).

Esto es, la relatividad que se asigna a las mujeres a partir de su propia identidad (se hace uso de ellas, paren para sus esposos, sirven) está en pleno funcionamiento en las relaciones médico-paciente que se establecen en la comunidad. Este tipo de encuentros tiene a los hombres en el centro de la acción, aun en los casos en que la paciente sea mujer.

### Anticoncepción

Este entendimiento funciona también en varios sentidos, en relación con la anticoncepción: "(mi esposo) dio su consentimiento, él y el doctor se entendieron y me operaron" (Fdc/1992: 30-31).<sup>7</sup>

Si bien, en algunos casos, el entendimiento entre el doctor y el esposo pasa por una consulta de este último a su esposa acerca de su parecer al respecto: "entonces me dijeron los doctores que se operara, y les digo yo

<sup>7</sup> Diario de campo.

pos le voy a decir porque debo tener conformidad de ella”, ¿no? (M34/1988: 311-314).

De hecho, la preponderancia del hombre en estos temas se advierte también al explorar la posibilidad de que algunas mujeres planifiquen sin que su esposo lo sepa. Las respuestas a esta pregunta iluminan el tipo de relación que se establece entre los géneros, así como los supuestos sobre los que dicha relación funciona, pues en la mayoría de los casos, las entrevistadas tienden a establecer una ecuación entre “saber” y “autorizar”:

- ¿Y hay mujeres que planifiquen sin que su marido sepa?
- Casi la mayoría que planifica es con autorización del esposo... (F57/1992: 638-646).

En otras palabras, para los habitantes de Ocuituco es tan clara la norma de que la mujer se someta a los dictados del esposo, que no es imaginable disociar “conocer” y “autorizar”: ambos términos pueden ser asumidos como sinónimos dado que, para efectos prácticos, sí lo son. El fenómeno de la anticoncepción moderna, sin embargo, se ha constituido en un espacio donde las relaciones de poder/género colisionan con las diversas concepciones existentes en torno a la sexualidad, la reproducción y la paternidad, lo que da lugar a nuevos procesos de construcción de significados de alta complejidad. Estos procesos de construcción de significados, contradictorios entre sí, tienen lugar en varias esferas de la realidad.

Un primer campo que la anticoncepción ha impactado se asocia estrechamente a la concepción citada más arriba en el sentido de que la sexualidad de las mujeres es algo que hay que controlar. Si, de acuerdo con los testimonios citados, el semen que no se constituye en un nuevo ser humano degenera en gusanos, que a su vez desatan el deseo incontrolable de las mujeres, el efecto nocivo (desde el punto de vista de los hombres) de los anticonceptivos salta a la vista. Es decir, la asociación de esta concepción tradicional, con el resultado práctico de los anticonceptivos modernos —la posibilidad de tener relaciones sexuales sin embarazarse— da lugar a un verdadero corto circuito en el nivel de las significaciones colectivas que potencializa la ansiedad y el impulso dominante de los hombres:

Yo ya había planificado mi familia, pero resulta que mi mujer comete adulterio y entonces yo me vi obligado a seguir procreando. Dije: “¿voy a seguir criando en vez de otro? pos mejor que sea mío”. Y eso me obligó a seguir teniendo. Si no, me hubiera quedado nomás con tres, porque ya tenía yo dónde basarme (M40/1988: 631-641).

Dadas las concepciones prevalecientes, la sospecha de que la esposa puede “haber dado su brazo a torcer” con otro hombre da lugar a un

dilema para el esposo: si se sigue (por ejemplo) con el método del ritmo (que era el método usado por este informante), la “infidelidad” de la esposa puede dar lugar a la aparición del deseo incontrolable por la vía de la descomposición del semen en gusanos. No queda, entonces, sino ganar la carrera por la paternidad: bajo la noción de que el embarazo es producto de la acumulación suficiente de semen, este informante optó por ser él quien contribuyera con la mayor parte del mismo, para que el nuevo hijo fuera sobre todo suyo y no de otro, de ahí su sentida obligación de “seguir procreando”.

Estrechamente relacionado con esto, un segundo campo que impacta la anticoncepción moderna pasa por el dominio mismo de la identidad. Si por norma, tal como se piensa en Ocuituco, las mujeres deben resistir lo que por “naturaleza” los hombres buscan —“ganarles la voluntad”— la introducción de los anticonceptivos modernos en la comunidad es vivida por los hombres como la posibilidad que tienen las mujeres de escapar a esa tensión a la que están sometidas, es decir, como la oportunidad para ellas de optar por no resistir tal acoso: literalmente, la posibilidad de transgredir la norma. Como se mostró anteriormente, la ecuación entre identidad masculina y deseo sexual incontrolable da lugar a una permanente ansiedad de parte de los hombres que los hace vivir bajo el temor de que las mujeres próximas a ellos (sus hermanas, esposas e hijas) no se resistan al acoso al que, por definición, deben ser sometidas. La posibilidad que ofrecen los anticonceptivos de disociar relaciones sexuales de reproducción resulta en una agudización de esta ansiedad:

Ora las chamaquitas ya andan con los hombres afuera antes de que se casen, ya saben de esos trucos, ipos mejor que tengan (hijos)! Yo, si una hija mía va a andar así con los hombres por allá y que no tenga nada y que llegue por aquí como una señorita, pos mejor que tenga un hijo: “ya sé que no eres señorita y punto”... no que se anden tomando sus porquerías para que no tengan hijos y yo recibéndola en mi casa como una niña. “Ya, ya tuvistes un hijo, pos órale, vete con él y punto. Allá ten 20 o 30, eso quieres”. Y no que me llegue que la señorita y que la niña (M37/1988: 266-280).

La mayoría de las veces, las mujeres son construidas socialmente como personas con sexualidad secundaria, es decir, inactiva, en el caso de las solteras; y controlada, en el caso de las casadas. “Señoritas” las primeras, “señoras” las segundas. El hecho de que la anticoncepción moderna permita, por lo menos teóricamente, que las primeras ejerzan su libertad sexual, supone un conflicto que cuestiona los términos sobre los que se ha construido la identidad de las mujeres. Desde la visión del mundo de los varones de Ocuituco, la mujer que tiene relaciones sexuales es la señora que

se embaraza y que se convierte en madre. La anticoncepción moderna permite trastocar la relación de sinonimia entre los términos mujer-sexualmente activa-señora-embarazada-madre; y abre la posibilidad de separar los últimos dos términos (embarazada-madre) del resto de la ecuación. El hecho de que esta separación esté apenas comenzando en el nivel de las significaciones colectivas, explica que la ansiedad de algunos varones respecto de las posibilidades de la anticoncepción pase, como en el testimonio anterior, por el temor de no poder identificar adecuadamente a una mujer (en este caso, a una de sus hijas): tomarla por "señorita" cuando ya no lo es. Que el entrevistado se refiera a los anticonceptivos con el término "trucos" refuerza nuestra hipótesis de que este tipo de cambios son vividos por muchos como una forma de "engaño", como un recurso que puede confundir a los varones en sus roles de esposos y de padres.

En consecuencia, la anticoncepción moderna impacta también sobre la construcción social de las mujeres, quienes son percibidas por los hombres como mucho más cercanas al "descontrol" y a la libertad sexual y, lo que es "peor", sin posibilidad de los hombres de controlar esa sexualidad:

Con ese control que tienen le suelta la rienda libre. Sí, ya saben que no hay peligro. Si habiendo peligro lo hacen, ora sin tener peligro. Ora, antes no había comunicación, ora ya hay. El hombre se va a trabajar y la mujer: se va a Cuautla. Regresa (el hombre) y la mujer está haciendo su quehacer: no ha hecho nada (M40/1988: 687-696).

Estos dilemas, sin embargo, coexisten con la necesidad, resultado de las crecientes dificultades económicas, de limitar el número y espaciamiento de los hijos. La anticoncepción moderna, en consecuencia, impacta una cuarta esfera de la realidad, que pasa por la necesidad de sobrevivir. Que la mayor parte de las veces los hombres *conozcan/autoricen* el uso de métodos anticonceptivos femeninos es un signo de la necesidad de adaptación que las dificultades económicas imponen:

-¿Y usted cómo ve que ora haya planificación familiar?

-No pos, en la época que hemos llegado, está bien. Porque realmente pos ya está trabajoso para tener unos 10 hijos. No alcanza el sueldo que gana uno y las cosas recarásimas (M36/1988: 353-359).

Muchos hombres de más de 50 años de edad ven con claridad la ventaja económica de la planificación familiar:

-¿Y usted cómo ve eso de la planificación familiar?

-Pos está bien. Si hubiera habido antes de eso, tampoco nosotros nos hubiéramos cargado de hijos. (Ojalá que a mis hijos) no les pase lo que nos pasó a

nosotros con tantos hijos que ya después son problemas: que a uno le falta esto y que a otro esto: se ve uno apurado. Y con poca familia pos hasta uno vive mejor: son menos compromisos (M43/1992: 318-322; 537-543).

Esta claridad, con todo, es aún mayor en los hombres jóvenes de las nuevas generaciones, algunos de los cuales enfrentan la crítica de sus padres:

“sí, mis jefes luego se enojan. Dicen que debería de tener todos los que había de tener. Les digo: ustedes no previeron eso antes, nosotros estuviéramos mejor” (M47/1988: 230-234).

Estas formas de resistencia al cambio, sin embargo, no provienen sólo de las generaciones precedentes, sino que incluso en ocasiones son generadas por las mujeres mismas. Esto es comprensible dado que, como afirmamos más arriba, la identidad de las mujeres se afianza sobre todo en la capacidad de *hacerse embarazadas*. Es en esa capacidad donde las mujeres son construidas socialmente como plenos sujetos, no como meros objetos (sexuales) o como sujetos que lo son (que paren) para los demás. Una estrategia que limite esa capacidad/ identidad necesariamente debe encontrar una objeción de principio por parte de las mujeres:

Y yo le digo (a mi esposa): “mira, por eso te digo que mejor te operes para ya no tener familia ni para estar que tú, tus dolencias, uno se va a trabajar y que no puedes ni dar de comer ni dar de cenar, no. Así es que mejor hay que pararle”. Dice: “no, pos ahí tú, si no quieres pos no, no. De mi parte, yo daré los hijos que Dios me dé, porque para qué te voy a decir que no; ora si quieres dejarme, déjame, yo me voy a mi casa”... (M34/1988: 339-350).

Estamos entonces ante un complejo fenómeno de reconstrucción de los significados en torno a la anticoncepción y la reproducción, que pasa por las valoraciones sobre la sexualidad y alcanza al problema mismo de la identidad genérica. Con todo, las prácticas anticonceptivas institucionalizadas han logrado penetrar en las estructuras culturales locales, por lo menos en un nivel discursivo:

Ahora ya oímos consejos, oímos palabras sobre cómo sobrellevarse en la vida, o cómo reducir la familia para tener, para no padecer tanto en lo económico [...] primero no, éramos ignorantes en una palabra (M14/1988: 89-99).  
Primero no teníamos esto de salubridad, que del control éste, pues control familiar ¿no? primero nos íbamos, con perdón de la mesa, al trancazo. “que no, que ‘ámonos y antes que se acabe el mundo”, ¿o no es cierto? Y creo que ‘ora

parece que ya: yo tengo un hijo, pues ya tiene como 25 o 29 años, y ya tiene hartos años de casado y tiene (sólo) un chavo (M41/ 1988: 66-79).

#### CONCLUSIÓN

El carácter ambivalente de los significados construidos por los varones en torno a la anticoncepción deriva del entrecruzamiento de valores preexistentes, que a su vez se apoyan en las diversas formas de desigualdad, económica y de género; y en los distintos saberes médicos, moderno y tradicional; de la comunidad. De las condiciones económicas, adversas para la mayoría de los habitantes de Ocuituco, deriva una valoración positiva de la metodología anticonceptiva moderna. De las relaciones de género, adversa para las mujeres de Ocuituco, derivan tanto las bases sobre las que se construye la identidad genérica de varones y mujeres, como una valoración negativa de la anticoncepción, por cuanto ella supone la posibilidad de trastocar los supuestos de inequidad sobre los que se edifican las relaciones entre los géneros. Del saber médico moderno deriva la tecnología anticonceptiva misma; del saber médico tradicional deriva uno de los temores de que los anticonceptivos sean dañinos para la salud. De la intersección entre las relaciones de género y el saber tradicional deriva la ansiedad sentida por los varones en cuanto a que las mujeres usuarias de anticonceptivos desarrollen una sexualidad fuera de su control. Del entrecruzamiento de las relaciones de género y el saber y la práctica médica moderna deriva el autoritarismo presente en las relaciones médico-paciente en consultas sobre salud reproductiva. En una palabra, de las condiciones objetivas de vida, así como de los saberes médicos existentes en la comunidad, deriva un complejo campo de significados en torno a la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción.

La propuesta de fondo de este trabajo es que ese conjunto de significados es clasificable según su génesis, sus vinculaciones, su lógica y su función. Más allá del aparente caos que el conjunto de significados sugiere, hay un orden simbólico que, más importante aún, es un orden en movimiento, con reacomodos permanentes. Si el análisis que hemos hecho es correcto, podemos vislumbrar que la tecnología anticonceptiva impactará mucho más allá de lo que es la economía familiar propiamente dicha, es decir, que sus efectos se harán sentir en una necesaria refiguración de los significados socialmente adscritos al fenómeno de la reproducción y la sexualidad; y, por extensión, puede contribuir a una reconstrucción de las identidades genéricas, pues las expresiones *ser varón* y *ser mujer* están en vías de *significar* nuevas cosas para comunidades como la de Ocuituco. Como, de hecho, lo ha advertido ya una mujer de 23 años:

(algunos hombres dicen) que por qué se han de poner eso, que las mujeres son para tener hijos, bueno: infinidad de cosas. Y no, las mujeres no estamos nomás para tener bebés (F3/1988: 117-121).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Arias de Aramburú, R. (1995), "La sexualidad en las ciencias sociales", *Reflexiones: sexualidad, salud y reproducción*, 4, Programa Salud Reproductiva y Sociedad, México, El Colegio de México.
- Berger, P., y Luckmann, T. (1986), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Boltanski, L. (1972), *Consummation Medicale et Rapport au Corps*, París, CSE-MSH.
- Castro, R. (1995a), "The Subjective Experience of Health and Illness in Ocuítuco: A Case Study", *Social Science and Medicine*, 41(7), pp. 1005-1021.
- (1995b), "La lógica de una de las creencias tradicionales en salud: eclipse y embarazo en el ámbito rural", *Salud Pública de México*, 37(4), pp. 329-338.
- , M. Bronfman, y M. Loya (1991), "Embarazo y parto entre la tradición y la modernidad: el caso de Ocuítuco", *Estudios Sociológicos*, vol. IX(27), pp. 583-606.
- Chodorow, Nancy (1978), *The reproduction of mothering*, Berkeley, California, University of California Press.
- De Oliveira, O., y B. García (1986), "Encuestas ¿hasta dónde?", en Corona, R. et al., *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*, México, PISPAI/El Colegio de México, pp. 65-80.
- Figueroa, J.G. (1995), "Some reflections on the social interpretation of male participation in reproductive health processes", documento preparado para el Seminario *Fertility and male life cycle in the era of fertility decline*, International Union for the Scientific Study of Population, Zacatecas, México.
- Glaser, B. y A. Strauss (1967), *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*, Nueva York, Aldine De Gruyter.
- Hearn, J. y D. Morhan (eds.) (1990), *Men, masculinities & social theory*, Londres, Unwin Hyman.
- López Austin, A. (1988), *Cuerpo humano e ideología*, México, UNAM.
- Schutz, A. (1962), *Collected Papers. The problem of social reality*, The Hague, Martinus Nijhoff.
- Seidel, J., S. Friese y D.C. Leonard (1995), *The Ethnograph*, v 4.0. Amherst, MA, Qualis Research Associates.
- Weber, M. (1985), *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

**“ALGUIEN QUE TOME MI LUGAR”:  
LA FECUNDIDAD Y EL CICLO DE VIDA MASCULINOS  
ENTRE LOS BOIKANOS DE LA COSTA, PROVINCIA  
ESTE DE SEPIK, PAPÚA, NUEVA GUINEA\***

PHILIP SETEL\*\*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo trata acerca del significado y la experiencia de la fecundidad entre los hombres de la Villa de Waviö, en la provincia este de Sepik, localizada en el noroeste de Papúa, Nueva Guinea. En Waviö (un seudónimo), la naturaleza y el significado de la fecundidad para los hombres, pueden ser entendidos al descifrar el significado que hay detrás del dicho común que dice que todos los hombres necesitan a “alguien que tome su lugar”. La noción de que los hijos son necesarios para ocupar nuestro lugar se refiere a la ubicación del hombre en varios aspectos, a saber, en el tiempo cronológico y genealógico, y en el espacio estructural y genealógico. Estos sentidos literales y simbólicos de nuestro “lugar” se refieren a temas como conceptos locales de salud reproductiva y masculinidad, a las fases del ciclo de vida masculina, a la propiedad y control de los recursos naturales y a las redes de parentesco de débito e intercambio que crecen y se multiplican a través del curso de vida de un individuo. En Waviö, la fecundidad y la sexualidad se relacionaban con las jerarquías culturales entre los hombres

\* Traducción del trabajo presentado en el Seminario Internacional Fecundidad y Ciclo de Vida Masculinas en la Era de la Disminución de la Fecundidad.

\*\* Investigador en estancia posdoctoral en Salud Reproductiva de la Universidad Nacional de Australia, Centro Nacional de Epidemiología y Población. La investigación de este trabajo fue financiada por el Banco Mundial a través del Proyecto de Población y Planificación Familiar, del Instituto de Investigación Médica de Papúa, Nueva Guinea (HIMING). Agradezco a mi contraparte/asistente de investigación Madeline Lemeki y a Michael Wyrsh por su apoyo en cómputo y análisis de la información. También deseo hacer un reconocimiento a Carol Jenkins, John Leedom y a otros miembros del equipo del estudio de Hawaii del HIMING y a la asesoría editorial de Caroline Bledsoe. Un agradecimiento especial a los hombres y mujeres de la comunidad de Waviö que participaron en esta investigación.

basadas en principios perdurables de organización social, pero también reflejaban un contexto histórico de cambio a través de varias generaciones.

Desde el punto de vista de los hombres entrevistados, la fecundidad era más un asunto de importancia respecto al clan y la tierra que una expresión de virilidad o fuerza individual. El matrimonio era la única institución social en la cual la fecundidad estaba permitida; creencias ampliamente compartidas que conciernen a la fisiología de la concepción proporcionaban a los jóvenes formas para evadir el reconocimiento de la paternidad fuera del matrimonio, dejando a las mujeres enfrentar las consecuencias. Para los hombres de Waviö la sexualidad se situó en el centro de una paradoja cultural: era peligrosa para la salud y la masculinidad del individuo mientras que, simultáneamente, era fundamental para la obtención y el mantenimiento de su virilidad. El sexo daba como resultado la acumulación de "mala sangre" y la consecuente pérdida de las capacidades masculinas de fuerza y de habilidad para trabajar, pelear y cazar. Sin embargo, los hombres veían la fecundidad y a los hijos como algo básico para su desarrollo personal y para su participación en la vida del clan.

### *Objetivos y métodos*

Este estudio se emprendió como un componente de un proyecto interdisciplinario de investigación más amplio, conducido por el Instituto de Investigación Médica de Papúa, Nueva Guinea, sobre los efectos en la salud de la rápida deforestación del valle del río Hawain de la provincia este de Sepik.<sup>1</sup> Los objetivos del componente sobre reproducción del estudio, eran conducir una evaluación etnográfica del contexto social y cultural de la fecundidad y la sexualidad en las aldeas ubicadas en el área de estudio, así como explorar las variaciones en actitudes y experiencias del matrimonio y la reproducción. Los datos presentados aquí provienen de trabajo de campo etnográfico conducido durante 1994 y 1995. Los métodos utilizados incluyeron entrevistas abiertas y estructuradas a miembros de la población sexualmente activa, entrevistas no estructuradas a informantes clave, y el registro de observaciones sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Todas las entrevistas se realizaron en el Pidgin de Melanesia.

El parentesco y el intercambio consuetudinario, presentados detalladamente en este documento, eran puntos centrales en las perspectivas de los hombres sobre la fecundidad. Las siguientes abreviaturas son utilizadas para las relaciones de parentesco: "Pa" para padre, "Ma" para madre, "Ho"

<sup>1</sup> Los investigadores principales de este proyecto fueron Carol Jenkins y Michael Alpers. La parte del área de estudio donde se encuentra Waviö no fue severamente afectada por la tala comercial de árboles durante 1994 y 1995.

para hijo, "Ha" para hija, "Hma" para hermana, "Hmo" para hermano. Por lo que el "hermano de la madre", por ejemplo, es representado por "HmoMa". Para evitar tener que representar realidades dinámicas culturales como algo estático e inmutable, este documento evita la convención narrativa del "presente etnográfico" y utiliza el tiempo pasado. Por lo tanto, se refiere a la situación en Waviö como fue encontrada durante 1994 y 1995.

### *El contexto*

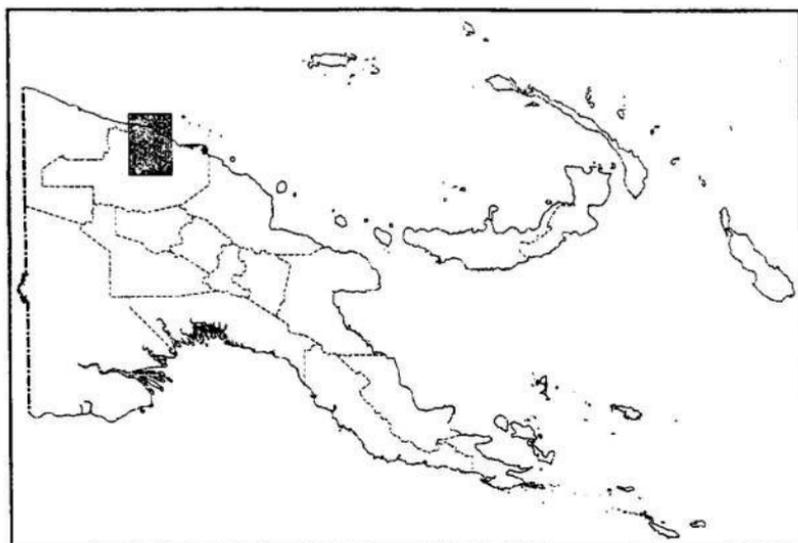
La aldea de Waviö se localiza a los pies de las montañas del Príncipe Alejandro, en el perímetro de las tierras bajas del bosque húmedo tropical mixto al oeste del pueblo de Wewak en la provincia este de Sepik (véase mapa 1). Es imposible indagar en la demografía histórica de la aldea, más allá de describir las fuerzas principales que inciden en la dinámica poblacional y las escasas (y probablemente dudosas) estadísticas que proveen los reportes policíacos. Los clanes residentes en Waviö probablemente migraron al área desde el cercano Yangoru hace 90 o 100 años (Roscoe, 1989a). Como en gran parte de Sepik, las poblaciones del área antes de la segunda guerra mundial eran desconocidas. Se sabe, sin embargo, que los hombres estaban sumamente involucrados en la migración laboral durante el régimen alemán, lo que daba como resultado un alto grado de ausentismo.

La guerra misma fue devastadora para la población local, la cual abandonó la aldea durante la ocupación japonesa. Durante este periodo, se atribuyó a las epidemias de meningitis y disentería el alto índice de mortalidad, estimado en seis o siete muertes por cada nacimiento (McIntyre, 1946).<sup>2</sup> En las décadas de los años cuarenta y cincuenta las causas comunes de morbilidad eran las enfermedades de la piel, la malaria, el mal de pinto, la varicela y las infecciones en las vías respiratorias (Littler, 1955-1956; Wetzel, 1957-1958). Los reportes policíacos después de la segunda guerra mundial estimaron a la población de Waviö en solamente 77 personas ubicadas en dos caseríos, con un importante ausentismo masculino debido a la migración laboral (Foster, 1949; Wetzel, 1957-1958).

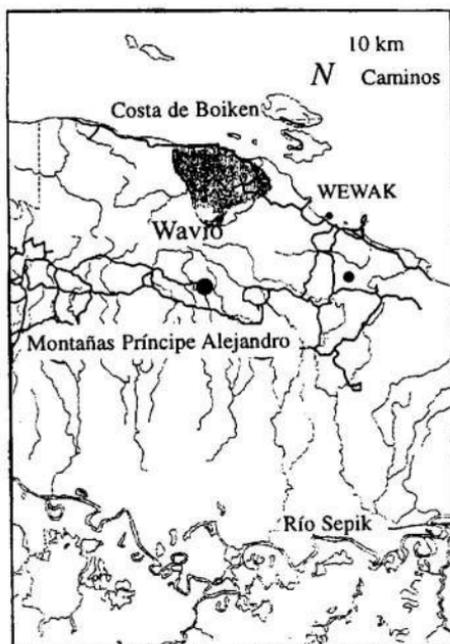
Los oficiales de la policía se mostraron optimistas sobre la recuperación de la población desde la guerra; de hecho, en 1952, los nacimientos registrados sobrepasaban las muertes en tres a uno (Wenke, 1952: 2). Durante los años cincuenta, Waviö se encontraba mezclada con otras comunidades vecinas más pequeñas, y en 1956 la población total de la aldea alcanzó los 400 habitantes, con una tasa de ausentismo constante cercana a 60% de los hombres entre los 16 y los 45 años de edad (Littler,

<sup>2</sup> Una mortalidad muy alta denominada por los australianos disentería "jap" tuvo lugar en varias partes de la región este de Sepik durante la guerra (Allen, 1983).

MAPA 1. Localización de los boikanos de la costa en Papúa, Nueva Guinea\*



Recuadro



\*Mapas elaborados por Robin Grau de la Universidad Nacional de Australia.

1955-1956). La vida sexual y reproductiva fue afectada por las condiciones económicas que sacaron a los hombres de toda la región. La movilidad de un gran número de trabajadores migrantes poco después de la guerra, se vio acompañada de reportes sobre el incremento de la prostitución en las áreas locales del But Boiken y Wewak (Anderson, 1949-1950: 9), de manera que el pueblo de Wewak se convirtió cada vez más en un importante mercado matrimonial para hombres y mujeres jóvenes (Littler, 1955-1956). En las décadas de la posguerra, las acusaciones de adulterio y los conflictos sobre el monto de la dote se destacaron más prominentemente, en los casos de los juzgados locales (Mater 1957-1958: 9).<sup>3</sup>

En 1993-1994, Waviö se componía de ocho caseríos y tenía una población de 289 habitantes, lo que representa 31% del total de la población del área Hawain del proyecto (M=974). Las tasas de fecundidad global no se computaron en el censo del proyecto, aunque el promedio de fecundidad final entre las mujeres del área total del proyecto en Hawain se calculó en 6.7 (Jenkins 1994: 4). En el censo del proyecto, 2% de las mujeres declaró que utilizaba métodos modernos de anticoncepción, siendo la ligadura tubaria el método más común. Estas cifras se encuentran por debajo de otras citadas de Papúa, Nueva Guinea (Agyei, 1988). No se recopilaron datos de fecundidad o de uso de anticonceptivos para la población masculina en el censo del proyecto. Los residentes de Waviö hablan el dialecto costeño del grupo de idiomas boikanos, lo que representa a más de 40 000 personas (Roscoe, 1989a). Si bien han tenido un largo historial de contacto con misioneros alemanes, fuerzas de ocupación japonesas y el régimen colonial australiano que tuvo lugar en el siglo xx, se ha realizado poca etnografía sistemática en esta zona del este de Sepik. El trabajo de Roscoe, (1984, 1989a, 1989b, 1990; Roscoe y Wais Roscoe, 1988) entre los boikanos de Yangoru del lado sur de la cordillera del Príncipe Alejandro, sugiere numerosas similitudes entre Yangoru y Waviö.

Waviö ha tenido por lo menos tres generaciones de exposición al cristianismo (principalmente del catolicismo), el cual coexistió con las prácticas religiosas Boikanas centradas en el *tambaran*,<sup>4</sup> una sociedad espiritual de los hombres, antes de la segunda guerra mundial. El culto del *tambaran* alguna vez desempeñó un importante papel en el ordenamiento de la vida de los hombres, iniciándolos en la vida adulta, y estructurando

<sup>3</sup> Pudo haber sido que el incremento reportado en los juzgados locales de casos que trataban sobre infidelidad y conflictos sobre la dote, no reflejaban un cambio en estos temas como fuente de conflicto, pero sí en técnicas culturalmente sancionadas para el manejo de acusaciones relacionadas con ellos.

<sup>4</sup> Las palabras en el texto que aparecen en *italicas*, son términos de la Costa Boikana; las palabras que aparecen solamente en *italicas* son términos Pidgin de Melanesia.

programas culturales de fecundidad, sexualidad y abstinencia. A lo largo de Sepik, las casas *tambaran* representaban un espacio segregado por sexo para la celebración y socialización del hombre, la virilidad, y la masculinidad.

A pesar de su abandono, los elementos clave de la cosmología boikana, que alguna vez estuvieran incorporados en el *tambaran* han sido llevados más allá y han seguido moldeando las nociones de reproducción, género, y persona. Las Iglesias Carismáticas Cristianas como las Asambleas de Dios (ADD) han ganado muchos seguidores locales en los últimos años. Para muchos hombres, las ADD han influido fuertemente en la ideología reproductiva y las relaciones de género. La Iglesia mediaba el cortejo, formalizaba los matrimonios y enaltecía un código de deberes matrimoniales. En algunas aldeas próximas, las mujeres deseaban miembros de las ADD como esposos y alegaban que los fuertes valores de la Iglesia habían roto algunos de los aspectos (que ellas percibían como los) más opresivos de las relaciones convencionales de género (Stritecky, 1994).

El sistema de subsistencia de producción agrícola en Waviö está esparcido en la provincia este de Sepik (Australian National University, ANU, Department of Human Agriculture, 1993: 21). La fuente principal de alimento era obtenida del almidón de las palmeras de sagú, algunas de las cuales fueron plantadas, y otras eran cuidadas mientras crecían de manera natural. La agricultura sueca (*swidden*) se practicaba en grandes huertos previamente preparados con medios cooperativistas y proporcionaba una sucesión de cosechas durante uno o dos años. Aunque en el pasado se criaban cerdos, éstos no eran una fuente alimentaria cotidiana importante a mediados de los años noventa; sin embargo, los cerdos salvajes eran un suplemento alimenticio ocasional. La cacería, la pesca, y la recolección de frutas y nueces del bosque diversificaban más la dieta en Waviö. En los años noventa la recolección de cacao con fines comerciales, el mercadeo de la producción de los huertos, la venta de la nuez de Betel, la producción de copra, y otras pequeñas actividades comerciales contribuían a elevar los ingresos monetarios de las familias de Waviö.

Los caseríos en Waviö tenían de dos a 26 casas, aunque éstas constantemente estaban siendo construidas, reconstruidas o cambiaban de lugar. Cuatro clanes exógamos patrilineales formaban la base de la organización social en la aldea. El matrimonio ha sido principalmente patrivilocal (las esposas se mudaban a la residencia del esposo, cerca de los padres de sus esposos), aunque la residencia uxorilocal (en la residencia de la esposa) era común en el área (Leedom, 1995: 7). Las principales causas de morbilidad entre 1993-1994 eran las enfermedades diarreicas (entre los niños), la malaria, los accidentes y las infecciones respiratorias y de la piel (Jenkins, 1993; observaciones del autor). En lo que se refiere a la salud reproductiva, el examen de una muestra al azar de 154 mujeres pertenecientes a todas

las aldeas del estudio a finales de 1994, reveló la presencia de las siguientes infecciones del sistema reproductivo: *trichomonas vaginalis*, *bacterial vaginosis*, *candidiasis*, y *Chlamydia trachomatis*, con tasas globales de infección más bajas comparadas a otras de Papúa, Nueva Guinea (Lupiwa, 1995).<sup>5</sup>

TEMAS EN EL ESTUDIO DE LA REPRODUCCIÓN, LA SEXUALIDAD  
Y EL CICLO DE VIDA MASCULINO EN MELANESIA

En Waviö, el nacimiento de un hijo anunciaba la entrada a una red de relaciones consuetudinarias de intercambio y débito que rodeaba a un individuo en formas cambiantes durante toda su vida. Aun cuando los hombres de Waviö podían no haberse comprometido en la completa gama de estas relaciones todo el tiempo, era necesario algún grado de participación en la mayoría de ellas. Cuando un hombre joven crecía, las relaciones consuetudinarias de débito e intercambio cobraban mayor importancia y se multiplicaban a través del matrimonio y la fecundidad de sus hermanas. En su propio matrimonio, el establecimiento de relaciones afines con el clan y la familia de su cónyuge desencadenaban formas adicionales de relaciones. Sin embargo, antes de que los hombres se casaran, la sexualidad era un tema completamente separado de la reproducción. En el curso de la virilidad de un individuo, lo que cobraba primera importancia era, con frecuencia, la fecundidad de las hermanas.

Como resulta obvio, la fecundidad en Waviö aludía a dos temas relacionados entre sí que han sido el sello distintivo del estudio antropológico de la cultura y la sociedad en Melanesia, desde la etnografía clásica de Malinowski (1953): los sistemas de intercambio y reciprocidad, y un método de obtención de estatus y poder político a través de un intercambio competitivo que llegó a ser conocido como el sistema de "el gran hombre" (Sahlins, 1963). El principio del fenómeno del gran hombre es que en algunas zonas de Nueva Guinea (particularmente en las regiones montañosas), el poder y el prestigio de los hombres no es heredado, sino que se deriva mayormente de los logros personales de un individuo. En otras palabras, la posición de un hombre en la sociedad es determinada más por lo que logre, a través de una lucha de toda la vida para superar a sus competidores sociales en el derroche de los intercambios ceremoniales, que por la reputación de su padre o el poder de su clan. En sociedades de grandes hombres, los hombres han buscado tener éxito amasando y redistribuyendo riqueza a través de tales relaciones de intercambio consuetudi-

<sup>5</sup> El investigador principal, encargado del análisis de los materiales de los censos, las historias reproductivas, y el estudio de las ETS, fue Carol Jenkins.

narias y competitivas. En términos prácticos, esto implica una vida dedicada al diseño de estrategias políticas y a la manipulación y dirección de la propia parentela para obtener su ayuda en el esfuerzo. La posición de un hombre mejora en la medida en que es capaz de incorporar a otros en su deuda o de situarlos en desventaja al superar la calidad y cantidad de sus regalos. Sin embargo, dicha ventaja puede ser efímera. Como diversas fiestas, festividades y eventos similares presentan oportunidades para "montarse" sobre los competidores propios, éstos, puede asumirse con seguridad, están tramando medidas de carácter vengativo —desde brujería hasta corresponder a la presentación de un individuo con más y mejores bienes.

Hay tantas variaciones de esta conexión entre intercambio competitivo y estatus social que no puede aplicarse de manera general un modelo simple del sistema del gran hombre para Nueva Guinea (Godelier, 1982: 162-188). A lo largo de Sepik, el sistema del gran hombre varía en importancia. Incluso donde los principios subyacentes del intercambio competitivo están presentes, hay constreñimientos ecológicos y demográficos a las técnicas culturalmente prescritas con las cuales los hombres ganan poder político (Lutkehaus y Roscoe, 1987: 579). La pertinencia del sistema del gran hombre para la experiencia de la fecundidad de los hombres de Waviö, es que la fecundidad significaba la reproducción de las relaciones de parentesco, de las que los hombres dependían para encontrarse con y desafiar a sus compañeros de intercambio en la búsqueda de poder y estatus. El tema del intercambio, en lo que atañe a la fecundidad de los hombres en Waviö, será discutido más adelante. Debe advertirse, sin embargo, que los vínculos entre intercambio, género y reproducción social han sido observados en varias partes de la Melanesia y que éstos abarcan no sólo contextos ceremoniales sino el mundano dar y tomar de transacciones entre hombres y mujeres de la vida diaria (véase Carrier y Carrier, 1991; Weiner, 1976).

Aunque las relaciones reproductivas y el significado de la reproducción varían de manera significativa a lo largo de la Melanesia, la importancia de la fecundidad ha sido formulada explícitamente con frecuencia como "no simplemente la producción de hijos sino la reproducción social, la perpetuación de ciertas identidades sociales" (Strathern, 1984: 19). En otras palabras, hay una lógica cultural de autoreemplazo arraigada en el intercambio y las relaciones de género. Si como Strathern sugiere, uno de los propósitos de las instituciones masculinas en Melanesia ha sido "convertir la fecundidad individualmente manifestada en fecundidad para el clan" (p. 21), la pregunta permanece: ¿qué significa la fecundidad para el clan? En muchos aspectos "la fecundidad para el clan" no puede separarse de la estructura de las relaciones hombre-mujer y "la manera en que estos vínculos son expresados a través del intercambio de sustancias, materiales y conocimiento. El trabajo y la producción necesarios para expresar tales

vínculos, finalmente representan la labor necesaria para la regeneración de alguna forma de renacimiento después de la muerte" (Weiner 1982: 64). Entre los boikanos, principios culturales similares, profundamente arraigados, conforman el significado y la experiencia de la fecundidad.

En su análisis de la reproducción social en Ponam, Carrier y Carrier (1991: 228-230) sugieren que el proceso de intercambio —como una manifestación fluida y finalmente indeterminada de principios de la estructura social y el orden cultural— puede contener la respuesta a la pregunta implícita en las observaciones de Strathern acerca de la dinámica de la reproducción en Melanesia. A través del parentesco y el matrimonio, el intercambio puede representar lo que puede ser denominado como una "estrategia de grupo" (Lesthaeghe, 1989: 13) para ejercer "un complejo control sobre el propio proceso de reproducción social" (Carrier y Carrier, 1991: 21). La fecundidad en Waviö puede ser vista de esta forma. Como las redes de intercambio cercaban a los individuos durante toda su vida, la fecundidad derivaba su importancia de la necesidad de reproducir un lugar propio basado en el parentesco, dentro de la trama de estos procesos de intercambio mundanos y ceremoniales, y también para perpetuar la presencia de uno en la comunidad al asegurar el control generacional sobre la tierra y las vías fluviales.

Mientras que estos principios generacionales de intercambio y de interés del clan son claramente importantes para comprender la fecundidad masculina, también es útil aplicar una perspectiva del curso de vida al estudio de la reproducción en Waviö. Entre los actores masculinos, emergieron tensiones en la experiencia subjetiva del sexo y la fecundidad a lo largo de sus vidas. Un grupo de tensiones se centró en las creencias acerca de la "mala sangre" —el resultado del contacto sexual que dañaba la constitución de los hombres—. En varias zonas (Melanesia y otras), la mala sangre o su contaminación ha sido asociada principalmente con las mujeres —en particular aquellas que están amamantando a niños pequeños—. En Haití, por ejemplo, la "mala sangre" que resultaba del conflicto social está fuertemente ligada a la "leche descompuesta" las madres, lo que, a su vez, causa enfermedad en los lactantes (Farmer, 1988). En Waviö y otras partes de Papúa, Nueva Guinea, sin embargo, la creencia en los efectos de la mala sangre (o sustancias nocivas análogas generadas por el acto sexual) significó que el sexo frecuente o regular, amenazaba con reducir la apreciación de los hombres acerca de su eficacia personal en términos de fuerza, trabajo y hazañas en la cacería. No obstante, los hombres con estatus en la comunidad —que se involucraban en la clase de roles y relaciones sociales a través de las cuales ganaron poder y prestigio en los asuntos del clan y de la aldea— eran *únicamente* aquellos que habían contribuido con su fecundidad al clan. Obviamente, la fecundidad significó exponerse a la mala

sangre y por tanto se convirtió en una fuente de inquietud interna para muchos hombres.

Esta paradoja cultural entre la sexualidad y el deseo de tener hijos puede ser vista en términos de una distinción entre la "masculinidad" personal y la "virilidad" social. Tales conceptos no eran equivalentes para los hombres en Waviö. La "masculinidad" estaba relacionada con la auto-percepción de estados de buena salud, fuerza y bienestar personal, mientras que la "virilidad" se refería a la posición social del individuo y la eficacia de sus acciones en relación con otros. La búsqueda de relaciones sexuales no era un elemento clave para la formación de identidades masculinas fuertes, aun cuando la fecundidad era central en la vida social de los hombres. Los hombres que buscaron manifestar o exaltar las cualidades masculinas personales tales como "fuerza en la lucha", rara vez recurrían a proezas sexuales en sus presentaciones personales de hazaña y no dependieron de una reputación de amantes deseados, para lograr obtener estatus frente a sus semejantes. Por su parte, los hombres jóvenes sin hijos podían manifestar elementos de pureza masculina pero nunca poseer el estatus de aquellos que estaban totalmente comprometidos en la gama total de redes sociales y del clan, al haber contribuido con su fecundidad al mismo. El hombre joven que evadía a las mujeres estaba en la cima de su masculinidad pero no de su virilidad.

Teóricamente, la fecundidad era vista como algo importante, pero no esencial para la apreciación personal de ser masculino; los informantes insistían en que el hecho de que un hombre no tuviera hijos, no significaba que no fuera apto para cazar, cultivar o manejar asuntos sociales personales. Como afirmó un hombre de 48 años, "la gente no puede decir que no es un hombre". No obstante, las consecuencias más amplias de fallar en la procreación o encontrar "alguien que tome su lugar" en el intercambio consuetudinario, eran severas. Como el mismo individuo continuó expresando acerca de un hombre sin heredero: "No eres nada. Eres basura. No tienes nombre. No puedes hacer nada". Finalmente, en Waviö, lograr el objetivo de remplazarse, no era tanto una extensión ideológica de construcciones culturales del yo y de la sexualidad, sino de principios, obligaciones, valores y prácticas que eran inherentes y explícitamente supraindividuales.

LA SEXUALIDAD MASCULINA DESDE EL NACIMIENTO  
HASTA LA ADOLESCENCIA*La infancia masculina*

Las deudas adquiridas por el padre de un hijo(a) con su abuela materna en el momento del nacimiento o adopción, señalaban la entrada a las relaciones consuetudinarias de intercambio y débito. Los pagos, que "compran la cabeza del niño", eran el reconocimiento cultural de la entrada del individuo al mundo por el padre biológico o adoptivo y, por lo tanto, constituían los primeros pasos para que "alguien tomara su lugar". Los hijos primogénitos tenían una posición más ventajosa que sus hermanos. No sólo eran "ceranos" a todos los asuntos de su padre, sino que, por lo general, recibían una dote de tierra más grande que la de sus hermanos. Convencionalmente, los hijos mayores también se casaban primero y tenían el derecho a ser los primeros en reclamar el pago de la dote de sus hermanas. Además, los mayores eran reconocidos como líderes y controladores de la tierra cuando sus padres morían o eran demasiado viejos.

Los hombres internalizaban la ideología de género durante los primeros años de sus vidas; cuando eran pequeños muchos infantes eran alentados a pegarle a sus hermanas mayores si los dejaban solos y se asustaban. También sabían que en ciertas semanas sus madres y otras mujeres se aislaban y no trabajaban ni cocinaban.<sup>6</sup> Cuando eran mayores, ellos se percataban de que —idealmente— las hermanas se mudaban posteriormente a vivir con los hombres con quienes se casaban, y que ellos y sus hermanos se beneficiaban a través del matrimonio de una hermana. Después de que se mudaban a un *hausboi* (una forma común de residencia en la que varios jóvenes solteros vivían juntos), los jóvenes se educaban unos a otros y se familiarizaban más formalmente con el conocimiento local acerca del género, la sexualidad y sus cuerpos en desarrollo. Los padres, las relaciones antiguas y los compañeros eran las fuentes de información a través de las cuales la mayoría de los hombres adolescentes decía haber obtenido conocimiento sobre su salud sexual y el lugar del sexo en las relaciones entre hombre y mujer.

<sup>6</sup> Las mujeres se encontraban, anteriormente, aisladas de todo contacto con los demás cuando menstruaban. Más recientemente han limitado sus interacciones con los hombres y se han abstenido de cocinar o de manejar los alimentos de otros.

*Piel flácida, mala sangre: ambivalencia sexual, fluidos corporales y la masculinidad*

El tema de la "mala sangre" se convertía en una preocupación particular de los hombres en cuanto comenzaban a ser sexualmente activos. En Yangoru, "la etnofisiología de la potencia y la acción masculina" se relacionaban estrechamente con la autopercepción de la condición o calidad de la propia sangre. Los hombres de Waviö expresaban una gran preocupación acerca de su salud general refiriéndose a la condición de esta sustancia vital. En Yangoru, los hombres indicaban que la sangre de un individuo podía ser mejorada durante la vida adulta al participar en una gama de actividades moralmente permitidas, basadas en el género, que abarcaban desde la cacería hasta el comercio (Roscoe, 1990). Por otra parte, se creía que el sexo era dañino para la calidad de la sangre de los hombres, provocando que se volviera "mala" (*yandö fondö wing*, o *sangre no buena*). El estado de desorden personal causado por la retención de "mala sangre" en el cuerpo era expresado a través del uso de algunos modismos lingüísticos sobre "la flacidez de la piel", o que la piel de un individuo se volvía "flácida".

Si bien el sexo era la forma más intensa y segura de exponerse a los estragos de la "mala sangre", cualquier contacto social o físico con mujeres embarazadas o que estuvieran menstruando podía agravar la deficiencia sanguínea de un individuo. Por ejemplo, pequeñas cantidades de "mala sangre" podían ser transmitidas a través de una muez de Betel, un plato de comida o tabaco tomados de la mano de una mujer. Los efectos de la "mala sangre" podían ser muy prolongados y severos y con el tiempo la efectividad de las acciones terapéuticas tomadas por los hombres para librarse de su sangre dañina, parecían disminuir. Dichas creencias creaban una evidente paradoja entre los hombres que deseaban una vida de reproducción.

La combinación del esperma del hombre y la sangre de la mujer en la cópula causaba la rápida acumulación de mala sangre en los cuerpos masculinos y femeninos. Tanto en los hombres como en las mujeres, esto era resultado de la "suciedad" de la cópula, y específicamente del proceso de inseminación: "Cuando dormimos con ellas [las mujeres] contaminamos sus cuerpos. Cuando eyaculamos dentro de ellas, contaminamos adentro de sus cuerpos... [¿Así que el esperma contamina el cuerpo de las mujeres?] Así es" (Entrevista con un hombre de 48 años).

Éstas y otras declaraciones similares, acerca de la etiología de la mala sangre indicaban que los hombres asumían cierta responsabilidad tanto de la causa como de la cura de la mala sangre. Ellos no "culpaban" a las mujeres por su estado disminuido, ya que era la mezcla de sustancias (tanto del hombre como de la mujer) en el acto coital, la principal responsable del

incremento de la mala sangre en ambos cuerpos. En otras palabras, el poder para "contaminar" se derivaba de cómo se construían las personas a través de sus acciones, más que de capacidades inherentes en la firmeza y oposición de los atributos "masculinos" y "femeninos".<sup>7</sup>

Mientras que las mujeres desechaban su mala sangre cada mes al menstruar, los hombres no podían hacerlo. Como resultado de la retención de mala sangre, con frecuencia se oía a los hombres decir *skin bilong mi lus* (*qag logwök*; literalmente "mi cuerpo/piel se siente flácida") o *skin i les* (*pöngö qiyak*).<sup>8</sup> Estos estados eran experimentados subjetivamente en términos de somnolencia excesiva, la pérdida del deseo y la energía necesarias para realizar el trabajo en la huerta, falta de éxito en la cacería, o sentimientos de vulnerabilidad física. La acción más inmediata y efectiva para combatir este desorden era la purga del pene (*sutim koh* o *walengu yãgwã*), práctica en la cual participaban aproximadamente la mitad de los hombres adultos de Waviö.<sup>9</sup> Aunque la mala sangre y sus efectos sobre las capacidades del individuo para actuar como un hombre han sido una parte fundamental y universal de la cultura boikana de Waviö, la manera en que han sido manejados ha cambiado. Otras estrategias aparte de la purga han sido desarrolladas para restaurar la condición de la sangre, incluyendo la ingestión de "alimentos fuertes" como res enlatada o carne de animales del bosque.

Una moda de circuncisión que tuvo lugar entre 1994-1995 puede ser vista como una reconfiguración de temas culturales que los hombres jóvenes imaginaban habían sido parte de la iniciación en el *haus tambarans* a principios de siglo. Al referirse al cuidado de la propia piel, la persona local

<sup>7</sup> Roscoe (1988, p. 110) refiere prácticamente lo mismo para los boikanos de Yangoru.

<sup>8</sup> Tales expresiones que emplean el término *skin* (piel) han sido utilizadas por mucho tiempo como modismos corporales en el Pidgin de Melanesia (véase Mihalic 1971, p. 176). Su particular forma de uso en Waviö, sin embargo, apuntaba a una manera de leer y reportar sobre estados de salud personal autopercebidos y experimentados a través de un conjunto de elementos que conectaban el cuerpo, los fluidos corporales (como la sangre y el semen), el género y la sexualidad.

<sup>9</sup> Las creencias de la mala sangre y la purga descritas al autor fueron muy parecidas a aquellas reportadas por Tuzin entre los ilahita arapeshi (1991, p. 871) —incluso hasta el punto de ser comparadas con una versión masculina de la menstruación—. El procedimiento es llevado a cabo solo o en compañía de un compañero cercano. Los hombres van a un lugar aislado en un río a poca distancia y se masturban hasta que su pene está erecto. Una navaja de rasurar era utilizada para hacer dos cortes punzantes pequeños en la punta del glande del pene. Esto permitía que la sangre corriera libremente hacia el agua. Según los hombres que realizaban este acto, el sangrado paraba con rapidez y el agua fría curaba las heridas. Al salir del agua, los hombres localizaban un árbol joven de una especie en particular que tiene savia blanca y crece cerca del lecho del río y encajaban la navaja de afeitar usada, en la corteza del árbol, lo más cercano posible a la copa hasta donde alcanzaran; así conforme crecía el árbol crecería su fuerza.

encargada de realizar la circuncisión conectaba sexualidad, salud sexual y virilidad al vincular la importancia de la purga del pene, mantener una distancia social con las mujeres y someterse a la circuncisión. El valor de la circuncisión, razonaba él, era que simultáneamente realizaba la función de purga y aumentaba el atractivo sexual. Al igual que el residir en el *hausboi*, la circuncisión ayudaba a proteger la masculinidad antes del matrimonio al mantener la piel “tensa” y “brillante”.

[¿Por qué los hombres jóvenes viven en *hausbois*?] Porque así estamos lejos de las mujeres. Cuidas tu piel y tu piel será buena. Antes, si me quedaba en el *hausboi* me ayudaba a ganar las peleas. [¿Cómo?] Esto era sólo nuestra costumbre. [¿Y por qué necesitabas estar lejos de las mujeres?] Las mujeres te enfrián la sangre. [¿Cuándo se muda uno al *hausboi*?] Cuando los hombres empiezan a realizar trabajo de hombres, entonces debes cuidar tu piel.

La relación de estas creencias con la experiencia subjetiva del deseo sexual y, finalmente, con la fecundidad no es completamente clara. A pesar de las preocupaciones acerca de su salud, los hombres jóvenes sí se involucraban en relaciones sexuales explícitamente por placer. También sabían que era necesario el sexo frecuente para promover la concepción y así cumplir su obligación de reproducirse. Peor aún, desde una perspectiva de “salud etno-sexual”, muchos creían que los días más fértiles de una mujer eran durante su menstruación, hecho que indudablemente maximizaba el contacto del hombre con la mala sangre. A pesar de que algunos hombres no tenían relaciones sexuales con sus esposas los primeros pocos meses de coresidencia después de los pagos de la dote, la mayoría balanceaba su disgusto por los efectos de la contaminación sanguínea con el placer sexual, la satisfacción personal de la reproducción y el conocimiento de que tenían a su disposición acciones restaurativas. El siguiente intercambio con un hombre joven era típico de muchas conversaciones sobre el tema: “[Toda esta conversación acerca de la mala sangre me hace pensar que el sexo es peligroso para los hombres.] Sí, en verdad me preocupa el sexo. Si lo practico, me sumerjo en el agua al día siguiente” (entrevista con un hombre de 22 años de edad).

Mi breve estadía en la aldea no permitió realizar suficiente investigación para establecer con certeza cómo, o si las creencias acerca de la mala sangre afectan materialmente la conducta de fecundidad de los hombres, si bien tengo la clara impresión de que para algunos hombres así era. La literatura acerca de otras partes de Papúa, Nueva Guinea, sugiere que, en algunos grupos, preocupaciones similares acerca de “la mala sangre” y el sexo atañen principalmente a mujeres que no son las esposas de los individuos.<sup>10</sup> En Waviö éste no era el caso, ya que aproximadamente iguales

proporciones de hombres casados y solteros practicaban la purga (la purga de los hombres casados estaba explícitamente no motivada por sexo extramarital). El asunto se complicaba aún más por el hecho de que el sexo no era la única forma de quedar expuesto a la mala sangre (era simplemente la más eficiente) y que la purga era sólo un tratamiento de un conjunto creciente de tratamientos alternativos.

Otros que han intentado descifrar la lógica cultural de las creencias de la mala sangre y la fecundidad, también se han confrontado con la ambigüedad. Roscoe y Wais Roscoe, por ejemplo, manifestaron que mientras los boikanos de Yangoru tenían ideas similares sobre los efectos del sexo (expresado ahí como "pérdida de sangre" más que como "mala sangre") el miedo a la pérdida de sangre nunca era explícitamente "mencionado como una razón para moderar la actividad sexual" entre los hombres jóvenes (1988: 110). En otros lugares, sin embargo, menciona que el "miedo a la pérdida de sangre o cualquiera que sea la ansiedad más profunda que esto represente, parece tener alguna repercusión en la actividad sexual" (*ibid.*: 111). Como la sangre era más difícil de reponer conforme uno envejecía, una vida completa expuesta a la pérdida a través del sexo, pudo haber influido en las decisiones sobre la terminación de la actividad sexual de los hombres. En el otro extremo de la carrera reproductiva, investigadores que trabajaban entre los huli de las zonas montañosas del sur durante la década de los setentas, reportan un profundo miedo al sexo y abstinencia sexual entre hombres recién casados de quienes se esperaba que comenzaran a reproducirse, lo que puede haber afectado el inicio de la fecundidad (Bryant Allen, comunicación personal).

### *El carácter y la temporalidad de las uniones sexuales y reproductivas*

Dada la ambivalencia cultural acerca de la sexualidad, los hombres solteros tendían a usar un lenguaje ambiguo para describir su contacto romántico y sexual con las mujeres. Por ejemplo, los términos *pren* (amigo) o *prenim* (ofrecer amistad) algunas veces eran usados como eufemismos para "novia" y para "tener relaciones sexuales", y en otras ocasiones no contenían connotaciones sexuales. Los hombres jóvenes mencionaban haber tenido muchas "novias", pero pudieron no haber tenido contacto sexual o coito con más de una o dos de ellas.<sup>11</sup> Cuando en un encuentro o en una relación sí se llegaba al coito, la mayoría de los hombres hacían todo lo posible para

<sup>10</sup> En las zonas montañosas, por ejemplo, las preocupaciones de los hombres acerca de los efectos del sexo no marital o extramarital se centraban en el temor de que su semen fuera utilizado por sus parejas sexuales para practicar brujería en contra de ellos.

<sup>11</sup> La mayoría de los hombres entrevistados en Waviö mencionó haber tenido menos de cinco compañeras sexuales en toda su vida, a pesar de que ellos pudieron haber tenido muchas más "novias".

mantener la relación en secreto o para involucrarse sexualmente con mujeres de Wewak o de otras aldeas.

El carácter furtivo de los encuentros sexuales entre hombres y mujeres solteros en la misma Waviö, indicaban qué tan importante era la temporalidad del nacimiento para ellos y para los clanes de las mujeres solteras que estaban listas para “llevar a cuestas gratuitamente la carga de otros”. Para los hombres, la paternidad era algo que se podía retrasar a toda costa hasta que el momento oportuno les llegara, ya fuera a través del matrimonio arreglado de los hermanos mayores, el matrimonio de las hermanas y el consecuente acceso a objetos de valor para el pago de su propia dote, o en un sentido personal más intangible de estar preparado. En los clanes de las mujeres jóvenes, un niño sin un padre reconocido era un niño sin lugar; sin alguien que “comprara la cabeza del niño” y de tal modo reproducir relaciones tan centrales a los sistemas culturales biokanos. Esto era una preocupación especial de los hermanos de las mujeres solteras quienes eran vigilantes de la vida social de sus hermanas. El embarazo “a deshora de una hermana” al disminuir su atractivo como esposa y reducir el precio esperado de la dote, amenazaba una fuente importante de riqueza para sus hermanos. Esto podía incluso obstaculizar su entrada a la vida reproductiva permitida, al reducir los recursos disponibles para las cuotas de la dote que ellos pagarían en el futuro.

Existía una gran diversidad entre los solteros en Waviö en cuanto al número de relaciones íntimas sexuales con mujeres. Parte de esta diversidad tenía que ver con el tiempo que pasaban fuera de la aldea. Si bien la migración laboral había decrecido en forma importante hacia mediados de los años noventa, los hombres jóvenes (de 20 a 34 años de edad) de la muestra pasaban casi el mismo tiempo fuera de la aldea que los hombres de mayor edad (35 a 44) —el número de años promedio fuera de Waviö era de 5.1 años en el primer caso (N=14) y 5.7 en el segundo (N=9). Los hombres que tenían entre 35 y 44 años en el momento de efectuar esta investigación, dejaron Waviö en su juventud para participar en la “migración circular” que alguna vez llevó a más de la mitad de los hombres fuera de la comunidad, generalmente a las plantaciones de palmera de aceite cerca de Rabaúl y Kimbe. Estos hombres de mayor edad manifestaron que antes de dejar la aldea había pocas oportunidades para establecer relaciones sexuales —las mujeres jóvenes eran vigiladas muy de cerca por los hermanos, las relaciones ilícitas eran muy fácilmente descubiertas y las sanciones eran demasiado severas como para que los hombres corrieran con frecuencia el riesgo de tener relaciones no maritales con las mujeres de la localidad—. Para aquellos hombres que no migraban, el pueblo de Wewak, los grandes mercados y los pequeños clubes o lugares para bailar ofrecían oportunidades para relaciones amorosas o para comprar sexo.

A los hombres que migraban, la distancia de Waviö les permitía algo que ellos no tenían comúnmente en casa: la oportunidad de comprometerse en un cortejo. Se ha observado que desde principios del siglo entre los boikanos "uno difícilmente puede hablar de un verdadero cortejo" (Gerschner 1953: 436)<sup>12</sup> y con frecuencia los matrimonios se realizaban con muy poco contacto de cualquier tipo entre la pareja antes de la cohabitación y el pago de la cuota inicial de la dote. Muchos hombres que se casaban, originarios de las inmediaciones de Waviö y de las aldeas cercanas, se encontraron con sus esposas menos de cinco o seis veces antes de "tomarlas". A pesar de esta carencia inicial de familiaridad, los matrimonios en Waviö eran muy estables, en especial si había hijos nacidos de la unión. En 1994-1995 las relaciones y espacios en los que los jóvenes coqueteaban y buscaban el sexo eran muy fácilmente identificables. "El ser promiscuo" (*wokim pasin pamuk*) en Wewak o en bailes programados en la localidad —una actividad importante de esparcimiento entre los jóvenes— puede haber tenido mayormente como función sacar ventaja de cualesquiera oportunidades que se les presentaran en toda ocasión dada. No me fue posible averiguar la experiencia relativa de migrantes y no migrantes, así como de hombres viejos y jóvenes respecto a los niveles de "mala sangre" y mayor libertad sexual.

Los hombres solteros reportaron tener amigas por periodos largos que también eran sus parejas sexuales (usualmente llamadas *stedi*) aunque más comúnmente ellos abandonaban a las mujeres después de uno o dos encuentros sexuales. Al mantener las aventuras sexuales reducidas a pocos episodios, los hombres habían tenido una forma culturalmente legítima de negar la paternidad de los hijos nacidos de uniones no maritales. Las nociones boikanas sobre la fisiología de la concepción sostenían que para concebir se necesitaba repetir el coito sexual muchas veces, en especial para las mujeres jóvenes y recién casadas que no habían tenido hijos. De hecho, algunos hombres negaron que las mujeres jóvenes empezaran a menstruar antes de haber sido "iniciadas" a través de coitos sexuales frecuentes con sus esposos.<sup>13</sup> Si los hombres limitaban sus relaciones a uno o dos coitos, no podían ser señalados como responsables si su pareja se embarazaba. Los hombres jóvenes, no obstante, no siempre estaban protegidos por estas teorías acerca de la concepción; con frecuencia solicitaban condones del personal del Instituto de Investigación Médica de Papúa, Nueva Guinea,

<sup>12</sup> Traducción proporcionada por Paul Roscoe.

<sup>13</sup> Dichas creencias se extendieron entre los boikanos de Yangoru en los años setenta y ochenta (Roscoe, 1988) y parece que han prevalecido ampliamente en Papúa, Nueva Guinea (NSRRI y Jenkins, 1994). Sin embargo, algunas mujeres eran advertidas por sus familias de que no se dejaran llevar por estas nociones (Setel y Lemeki, 1995, p. 12).

(HIMPNG) los que, según manifestaron los interrogados, servían en parte para prevenir las EIS, pero principalmente “para no tener problemas” al evitar embarazar a sus parejas.

Aun cuando el matrimonio ha sido el único contexto en el cual la fecundidad es culturalmente aprobada, la fecundidad prenupcial de ninguna manera estaba ausente; en 1995, se reportaron varios casos de nacimientos prenupciales en la aldea vecina de Waviö. Cuando los hombres jóvenes negaban la paternidad de esos niños, por lo general éstos eran dados en adopción; los abortos fueron reportados como un fenómeno poco común. Una mujer criando a un niño significaba que ella “ya estaba casada” y su condición de mujer casadera quedaba comprometida, aun cuando el padre del niño se rehusara a reconocer su paternidad y no tuviera una relación continua con la madre. Para la mayoría de las intenciones y propósitos, la fecundidad definía al matrimonio, tanto para los hombres como para las mujeres. Una vez que una pareja tenía un hijo, el matrimonio quedaba sellado, y era difícil terminar la relación;<sup>14</sup> no se reportaron casos en los cuales un matrimonio entre habitantes de la aldea de Waviö terminara en divorcio cuando habían nacido hijos del mismo.

Los hombres comúnmente se casaban entre los 25 y 30 años.<sup>15</sup> Una vez que ellos sentían haber transitado de su “juventud” a la “edad adulta”, el matrimonio era el paso más inmediato. La naturaleza de esta transición generalmente era explicada por los hombres como una autopercepción “de estar listo” para pasar a la siguiente fase de la vida, de que ellos “ya eran ahora hombres” (*mi man pinis*) y por lo tanto debían casarse. Teóricamente, había dos formas para que un hombre encontrara una esposa; “de acuerdo con su gusto” y “por costumbre”. La viabilidad de ambos métodos para obtener una esposa fue destacada por un hombre de 25 años:

[¿En Waviö existe la costumbre de que los padres “señalen las esposas” para los hijos?] Sí. [¿Lo hicieron para usted?] Ellos harán un arreglo con los padres [de la mujer...] esperaré hasta que hagan los arreglos para conseguirme una mujer... [¿Así que va a esperar?] Sí, pero me quiero casar por mi propia elección, es asunto mío.

Aunque comúnmente los hombres se figuraban que se casarían cuando se sintieran listos, en la práctica los individuos rara vez eran capaces

<sup>14</sup> Por ejemplo, un hombre de mediana edad que era reconocido universalmente como “soltero” protegía su estado casadero al ocultar a todos los pobladores de la aldea, el hecho de que tenía dos hijos en otra parte de Papúa, Nueva Guinea.

<sup>15</sup> En una muestra no aleatoria compuesta de 39% de los hombres entre los 17 y los 45 años (N=28), la edad media al primer matrimonio entre 15 hombres casados fue de aproximadamente 24 años, con un rango de 18 a 35 años.

de ejercer completa autonomía. Otros hombres, ya sea padres o hermanos, ejercían un fuerte control sobre los jóvenes de su entorno social y familiar y tenían el poder para determinar si se formaba una unión o no.<sup>16</sup> Los principales elementos de la coerción incluían presiones ejercidas por padres o hermanos para participar en matrimonios de "intercambio de hermanas" o para casarse con una mujer que había sido "marcada" para un hombre; la impaciencia de los hermanos menores por casarse (se suponía que los hijos se casaban de acuerdo con el orden en que nacían); y la idea común de que el matrimonio podía ser como una influencia mitigadora en un hombre joven cuyos padres pensaban que había permanecido soltero demasiado tiempo. Dentro del sistema de parentesco "consuetudinario", el matrimonio con la pareja preferida (el *yai rawa* de un hombre: HaHaHmoMaPa, HaHaHmaPa, HaHoHmaPa) era poco frecuente; los arreglos que involucraban a mujeres seleccionadas por los padres, o las designadas en "intercambio de hermanas" con otros grupos Sepik eran más comunes. Los hombres que eran obligados a contraer dicho tipo de matrimonios, eran por lo general infelices. En los matrimonios de "iguales", la membresía religiosa era con frecuencia considerada como un factor importante para la compatibilidad de la pareja. En general, los hombres preferían mujeres de clanes aliados o de aldeas alejadas de Waviö. La lógica principal era que en estas situaciones, no era probable que el precio de la dote se fijara muy alto.<sup>17</sup> Las uniones poligínicas, discutidas más adelante, no eran comunes y dejaron de ser populares con la creciente cristianización.

*"Tu hermana es tu banco": los intereses de los hombres  
en la fecundi'ad de los otros*

Mientras que la mayoría de los jóvenes solteros reconocía ser sexualmente activa, evitaban discutir su propia fecundidad. No obstante, estaban ansiosos por ver a sus hermanas casadas y reproduciéndose. Fue a través de sus hermanas, que la fecundidad se volvió por primera vez importante para la mayoría de los hombres de Waviö. El matrimonio de las hermanas genera-

<sup>16</sup> En las aldeas boikanas de Nagum, las mujeres (particularmente las esposas del HmoMa) también desempeñaban un papel importante en el establecimiento de uniones reproductivas, con frecuencia como intermediarias en las negociaciones de matrimonio (J. Leedom, comunicación personal).

<sup>17</sup> Es difícil evaluar el efecto de la inflación en el precio de la dote en la endogamia de la aldea; en una muestra no aleatoria de 19 matrimonios actuales, las tasas de endogamia de la aldea fueron de 50% para aquellos matrimonios con más de 10 años de duración (N=6), y de 39% para aquellos terminados hace menos de 10 años (N=13). Esto es comparable con cifras citadas sobre un grupo de boikanos de Yangoru, donde la tasa de endogamia de la aldea ha fluctuado entre 38 y 56% desde principios de siglo (Roscoe 1991, p. 389).

ba beneficios tanto inmediatos como a largo plazo. En el corto plazo, los pagos iniciales por la dote proporcionaban a los hermanos acceso a riqueza para solventar sus propias necesidades. También los introducía inmediatamente en una relación de débito favorablemente estructurada. Una vez consumado el matrimonio de la hermana, cualquier cosa proporcionada a ésta y a su esposo debía ser contabilizada y pagada al doble del valor de préstamo original. Algunos hombres explotaban esta relación hasta donde podían, mientras que otros (sobre todo algunos miembros de las ADD) consideraban el sistema como “no cristiano” y explotador. Si las deudas aumentaban demasiado rápidamente, los hombres casados podían celebrar una fiesta y hacer un pago cuantioso a los parientes con los que contrajo la deuda para avergonzarlos y convencerlos de mostrar moderación.<sup>18</sup> Sin embargo, los beneficios que fluían con la entrada de un hermano en relaciones de intercambio y débito con los hijos de sus hermanas eran de importancia a más largo plazo. Algunos informantes mencionaron que la relación HmoMa/HoHma en Wavió competía en importancia con la de hijos y padres. Los hijos de las hermanas representaban una mayor profundización de la participación de un individuo en las redes de intercambio interclánicas. El hermano de la madre, *wawo*, tenía derecho a establecer el mismo tipo de relación de deuda de “valor doble” con el hijo de la hermana, *rawa*, que él tenía con su hermana. Además, los *wawos* han tenido la facultad de maldecir la sensatez y los negocios de los *rawas* con los que se habían disgustado, una cualidad que llevaba a que se le diera el nombre de hombre diablo al *wawo*.<sup>19</sup> Estas relaciones de débito e intercambio enfatizaron los vínculos duraderos entre las formas consuetudinarias de generación de riquezas y una noción de la fecundidad basada en el clan, más que individualizada. Además de su importancia simbólica, el significado económico de estas relaciones ha seguido siendo relevante, a pesar de

<sup>18</sup> La importancia económica exacta de estas relaciones consuetudinarias de débito, en relación con otras formas de adquisición de riqueza, no fue determinada durante el periodo de trabajo de campo, aunque las declaraciones de los informantes indicaron que eran en efecto uno de los medios mejor establecidos para adquirir efectivo y moneda tradicional.

<sup>19</sup> Solamente el hermano mayor tenía el poder de maldecir y gozaba de preferencia en los pagos hechos por los *rawas*. Los pagos para “librarse del hombre diablo” eran un medio preventivo para aplacar al *wawo*, manteniendo su potencial interferencia a raya. Además, los *wawos* tenían derecho a la mejor parte de los pagos de indemnización hechos a los *rawas*, por concepto de lesiones físicas que pudieran haber sufrido como resultado de peleas o accidentes. Finalmente, después de la muerte de uno de los padres, los hijos debían asumir cualquier deuda importante que tuvieran con el padre de un *wawo* y celebrar un acuerdo final en nombre de su madre o padre. Por su parte, el *wawo* tenía que contribuir sustancialmente a los dos pagos iniciales de la dote de todos sus hombres *rawas*. No obstante, era en su beneficio hacerlo ya que todas esas contribuciones se sumaban al grupo de deudas entre el *rawa* y el *wawo*.

las crecientes aportaciones a los ingresos domésticos por la venta en efectivo de la cosecha del cacao, la venta de los productos sobrantes de las huertas, el trabajo asalariado y el potencial de la explotación de privilegios.

"ALGUIEN QUE TOME MI LUGAR": LA FECUNDIDAD  
DENTRO DE LAS UNIONES MARIITALES

Una vez casados, las razones más importantes expresadas por los hombres sobre la importancia de tener hijos se centraba en reafirmar su seguridad en la vejez y en la necesidad de que alguien asumiera y "cuidara" la propiedad de la tierra y las vías fluviales heredadas por sus padres. La necesidad establecida de "alguien que tome mi lugar" apunta a significados más profundos conectados a la fecundidad que son compartidos por otros grupos boikanos: "Esta preocupación [...] de conseguir un remplazo en vida para sobrevivir la propia muerte, fue reiterado por los aldeanos de ambos sexos como un motivo importante para tener por lo menos dos hijos —un hijo para remplazar a su padre, una hija para remplazar a su madre" (Roscoe y Wais Roscoe, 1988: 113). Tener hijos para que tomen el lugar del individuo no era solamente una aseveración de remplazo en el tiempo genealógico, sino también acerca de una regeneración en dicho espacio.

En Waviö, el lugar del individuo en el espacio genealógico tenía un significado doble. El primero era una conexión, a través de padres a hijos, con la tierra. El deber de cuidar de los padres en la vejez era incrementado por la responsabilidad de proteger los intereses del clan sobre la tierra —una tarea rica en significado cultural y a la luz de las crecientes incursiones de operaciones internacionales de explotación de madera, rodeada de una complejidad práctica creciente—. Este aspecto de la necesidad de tener hijos estaba arraigada en una preocupación directa por la fuerza en números. Ella solamente reforzaba las maquinaciones políticas de los hombres en cuanto a ejercer control sobre los recursos naturales, sino que también proveía a los clanes de Waviö de un potencial tanto defensivo como ofensivo en los conflictos dentro del clan. Los hombres declararon sin mucha nostalgia que los hijos alguna vez fueron requeridos para pelear, pero que más recientemente —desde la era colonial— los hijos protegían a sus padres de la injuria y la destrucción cultural al ser privados póstumamente de sus tierras:

Debo tener hijos para que cuiden de mi tierra. [¿Y tener tan sólo un hijo es suficiente para lograr esto?] Solamente un niño... otros hombres estarían felices si yo no tengo hijos porque se robarán todo lo que tengo cuando yo muera... Si no tengo hijos, la gente... estaría terriblemente triste por mí porque

dirían: “Ay, cuando te mueras, los ladrones se comerán todo lo que tú plantaste con tanto trabajo. Ellos tomarán estas tierras”. (Entrevista con un hombre de 48 años de edad).

Además de un lugar en la tierra del clan, el individuo también tenía un “lugar” en la red de relaciones de intercambio y débito que le rodeaban durante toda su vida. Además de las redes entre clanes ya mencionadas, la mayoría de los hombres pertenecían a dos sistemas competitivos adicionales de festejo: *ghare* y *hula*. Estas asociaciones, algunas de las cuales eran heredadas, normalmente se extendían a otras aldeas boikanas costeñas. Estaban gobernadas por estrictos códigos y éticas de conducta, y las deudas contraídas o impuestas sobre otros podían ser grandes, y durar muchos años. Los padres se apoyaban en el trabajo de los hijos, de las esposas de los hijos casados y de los parientes lejanos para cumplir con las obligaciones que les habían sido transferidas a través de las muchas instancias de las relaciones de intercambio. Los hijos colaboraban en inclinar el balance dentro de estas relaciones al ayudar a eliminar las deudas de manera más rápida dentro de algunos contextos, mientras los incrementaban en otros. Por lo tanto, mientras que la descendencia era fundamentalmente deseada para tomar el lugar del individuo dentro del contexto social, si era bien dirigida también era capaz de ayudar a enriquecerlo y mejorarlo.

#### *Los deseos de fecundidad de los hombres de Waviö*

¿Pero cuántos hijos se necesitaban para este proyecto de remplazo? Los hombres no pudieron responder fácilmente a una pregunta directa sobre el tamaño deseado de la familia o el número ideal de hijos. Relacionaban el tema con la masculinidad de los hijos que ya tenían y con preocupaciones más amplias sobre los recursos de sus familias nucleares y sus clanes. Dichas respuestas restringidas a las preguntas sobre el número de hijos, fueron obtenidas de 15 hombres casados quienes deseaban un promedio de 4.4 hijos, en un rango de dos a siete. Un “equilibrio” entre niños y niñas era importante para todos menos para un informante, y varios hombres declararon que moderarían sus objetivos de fecundidad para poder obtener la mezcla adecuada de niños y niñas. En Yangoru, la mayoría de los hombres declaró que el mínimo número aceptable de hijos era de dos, un niño y una niña. Las niñas, declaró un hombre brevemente, “ayudan a sus madres y contribuyen a recuperar el dinero que gastaste en su madre [por ejemplo a través del precio de la dote]” (entrevista con un hombre de 27 años de edad), mientras que a los niños se les encargaba la preservación y perpetuación del clan. En el límite máximo, el tener más de siete u ocho hijos era universalmente visto como “demasiado”.

Elementos de cultura y cambio, sin embargo, parecen haber influido el significado de los hijos y el deseo de tenerlos en forma contradictoria. Esto ha llevado a una situación en la cual los hombres pueden usar lógicas muy diferentes para explicar metas reproductivas parecidas. Alternativamente, los hombres que usaban la misma lógica general podían llegar a conclusiones opuestas sobre el número adecuado de hijos. En Waviö, el cristianismo ha afectado la forma en que piensan los hombres sobre la noción de "familia". Entre miembros devotos de la iglesia ʘʘʘ, por ejemplo, la idea de la familia se ha alejado del clan hacia un modelo mucho más nuclear. Por lo tanto, los miembros de la ʘʘʘ hablaron de la necesidad de tener muchos hijos para que se cuiden y ayuden mutuamente —función que alguna vez perteneció al clan—. Otros hombres racionalizaron la necesidad de familias grandes precisamente porque ellos percibían que eso hacía perdurar las obligaciones consuetudinarias del clan.

De igual manera, el cambio a una economía monetaria era visto por pocos informantes como una razón para tener muchos hijos que pudieran ayudar en los negocios, y por otros como una razón para reducir la fecundidad debido al encarecimiento del costo de vida y de la crianza de los niños. Este último punto de vista era el más común; una necesidad creciente de dinero en efectivo ha contribuido a desear menos niños, especialmente entre los hombres jóvenes. Lo que la gente en Waviö llamaba "la vida de dinero" o "el lado de dinero" —la necesidad de efectivo para las colegiaturas, para la compra de ropa, "abarrotes", machetes, materiales de construcción, etc.— ha hecho cada vez más difícil mantener a una familia numerosa.

[Usted tiene cinco hijos. ¿Es eso bueno para usted?] Cinco han sido demasiados para mí. [¿Por qué?] Cuando mi padre vivía había otro sistema. No teníamos dinero, y toda la comida que teníamos era lo que cultivábamos en nuestra tierra. Cuando yo era joven, yo no sabía lo que era el dinero. Éramos felices comiendo zarzamoras, camotes amarillos, taro, todo esto. No necesitábamos nada de la tienda. Entonces cuando uno tenía una familia grande era fácil cuidar a todos. Pero con la vida de dinero es difícil cuidarlos a todos. Si solamente tengo un poco de dinero del cacao o del café, no habrá suficiente para compartirlo entre mis hijos. No habrá suficiente para ropa y comida. Así que achicar el tamaño de la familia sería mejor para que la familia no tenga problemas (entrevista con un hombre de 52 años de edad).

Éstos son precisamente los tipos de preocupaciones a los cuales los hombres jóvenes se referían cuando expresaban el deseo de tener dos o tres hijos.

Nuevamente, parece que las creencias en la mala sangre y la noción de que el embarazo y la concepción debilitaban permanentemente a mujeres

y hombres, habían tenido una influencia moderadora sobre los deseos de fecundidad de los hombres. Debido a la retención de la mala sangre en el embarazo y en el parto, los nacimientos consecutivos exigían una cuota acumulativa en las constituciones de sus esposas; se pensaba que se volvían viejas prematuramente e incapaces de trabajar. Una vez que habían tenido tres o cuatro hijos, las mujeres tenían el derecho de expresar su deseo de dejar de tener hijos e incluso de optar por dejar de tener relaciones sexuales. La idea del envejecimiento prematuro se extendía a los hombres a través de la mala sangre del sexo requerido para concebir hijos y el duro trabajo necesario para cuidarlos: “[La planificación familiar] es buena porque ayuda a espaciar los hijos. Ayuda a que los hombres no envejezcan tan rápidamente. Te ayuda a mantener tu fuerza y a trabajar en una gran huerta” (entrevista con un hombre de 48 años de edad).

### *La limitación de la fecundidad*

El espaciamiento de los nacimientos a través de la abstinencia fue la técnica citada más común para limitar la fecundidad en Waviö.<sup>20</sup> Estos periodos se describen más adecuadamente como de abstinencia para las mujeres, y de abstinencia o rechazo de las esposas hacia los hombres que buscaban relaciones sexuales con otras mujeres. Basado en el análisis de 280 intervalos intergenésicos tomados de historias reproductivas en una muestra no aleatoria de mujeres de Waviö de entre 22 y 62 años de edad, el promedio de tiempo entre nacimientos para todos los intervalos fue de 2.78 años ( $DS$  en años = 1.374).<sup>21</sup> Las creencias en la mala sangre y la noción común de que el esperma contamina la leche materna y daña al lactante, han apoyado el mantenimiento del espaciamiento a través de la abstinencia.

En términos de limitar la reproducción total a través de otros métodos del control de la fecundidad, las parejas hablaron de métodos anticonceptivos tradicionales y modernos, aunque por lo general la decisión final era

<sup>20</sup> Antes de la guerra había varios periodos culturalmente prescritos de abstinencia que no tenían nada que ver con el nacimiento de los hijos. Como declaró un informante, “nuestros antepasados no tenían muchos hijos; había cosas mucho más importantes que hacer”. Las prohibiciones para los hombres de tener contacto sexual con las mujeres incluían el periodo previo al matrimonio, los periodos de la siembra y de la cosecha del ñame, durante la menstruación, cuando se preparaba la “pelea mágica”, y los dos o tres años posteriores al nacimiento de un hijo. De todos éstos, solamente el periodo de abstinencia postparto ha permanecido difundido.

<sup>21</sup> Los intervalos intergenésicos medios fueron calculados utilizando la fórmula de Wood, Johnson y Campbell (1985), donde  $j$  es igual al intervalo intergenésico cerrado, calculado como promedio de todos los intervalos cerrados de la muestra;  $i$  es utilizado en los intervalos abiertos y corresponde al coeficiente de variación; y,  $w$  expresa la diferencia de edades de las mujeres de la muestra.

del hombre. Varios hombres fueron sinceros en decir que habían sobrepasado sus objetivos de fecundidad (en un caso por cuatro hijos), y las historias de fallas de los métodos modernos de planificación familiar no eran poco comunes. En todos los casos, los hombres reportaron que usaron alguna forma de anticoncepción aparte de las canciones tradicionales, incluyendo el método del ritmo, las píldoras anticonceptivas y las inyecciones hormonales anticonceptivas para sus esposas. Después de sobrepasar el número deseado de hijos en el cual se convino, dos hombres se hicieron la vasectomía —más que nada, dijeron ambos, por la insistencia de sus esposas y los clanes de éstas—. <sup>22</sup> Los métodos tradicionales, que por lo general implican la manipulación y uso de sustancias de plantas y entonar algunas canciones especiales, se utilizaban, pero comenzaban a ser vistos con escepticismo creciente. Esta información, obtenida durante las entrevistas, da la impresión de que el uso actual de anticonceptivos modernos era de más de 2% entre mujeres en edades reproductivas en el área estudiada (como se menciona antes). La discrepancia puede reflejar su subregistro del censo, ambigüedad en la pregunta sobre "uso actual" en el censo, o el hecho de que en las entrevistas la pregunta se refería a métodos alguna vez usados, en lugar de los usados actualmente.

#### *Adopción, divorcio y poliginia: otras formas de ser reemplazado*

Había varias formas para mitigar la amenaza sobre la habilidad del hombre para hacer que alguien tomara su lugar, amenaza representada por la esterilidad dentro del matrimonio. Ser reconocido como padre biológico era importante, pero era secundario al reconocimiento social como padre. La falta de hijos era considerada por lo general como algo debido a un "problema" de parte de la mujer, ya sea una negativa secreta y obstinada a concebir o alguna enfermedad o defecto físico. Por lo tanto, para las mujeres, la esterilidad era algo que frecuentemente les restaba poder; eran denigradas por sus parientes cercanos, y se sospechaba que tomaban intencional e irresponsablemente medidas para permanecer sin hijos. Las mujeres que no tenían hijos carecían de poder para plantear negativas a sus esposos en el curso de acción seleccionado para remediar su infertilidad. Para los hombres, la esterilidad podía ser rectificada a través de la adopción, el divorcio, contrayendo nuevas nupcias, o practicando la poliginia. Durante 1994-1995 había dos hombres en Waviö que no habían

<sup>22</sup> A pesar de que la ligadura tubaria ha sido la técnica anticonceptiva moderna más frecuente en el área de estudio, se ha vuelto cada vez menos popular. Se pensó que causaba cansancio permanente y debilidad estructural del abdomen de la mujer, por lo que si cargaban algo pesado sus estómagos podrían reventar.

tenido hijos en sus matrimonios durante varios años, suficiente tiempo para que ellos consideraran otras opciones. Uno consiguió una segunda esposa, mientras que el otro permanecía contento con su esposa y dos niños adoptados.

La adopción era universalmente aceptada como una estrategia completamente legítima, aunque no la ideal para conseguir herederos varones e hijas. Si se veían obligados a hacerlo, los hombres preferían adoptar a los hijos de hermanos o de parientes agnados cercanos. Si bien había una preferencia por los varones, quienes buscaban adoptar no estaban con frecuencia en posición de escoger. El divorcio y el contraer nuevamente matrimonio era otra estrategia para enfrentar la esterilidad. Esta situación era generalmente la más indeseable para las mujeres que no tenían hijos. A menos que tuvieran graves conflictos con sus maridos, el consentir convertirse en una coesposa era preferible a tener que retornar a su aldea de origen y vivir nuevamente bajo el control del padre y hermanos.

La poliginia era otra técnica utilizada por los hombres para perseguir sus objetivos de fecundidad, si bien no estaba limitada a enfrentar la esterilidad. Las razones para adquirir una esposa adicional incluían el poder extender la fecundidad del hombre cuando su primera esposa ya no deseaba tener más hijos, o para incrementar el tamaño de su hogar y la fuerza de trabajo disponible para él. En la década de los noventa, la poliginia se convirtió en algo menos común en Waviö, y las mujeres que estaban casadas con miembros de la Iglesia ADD sentían que la Iglesia las apoyaría en tratar de bloquear cualquier plan que sus esposos tuvieran para obtener esposas adicionales.

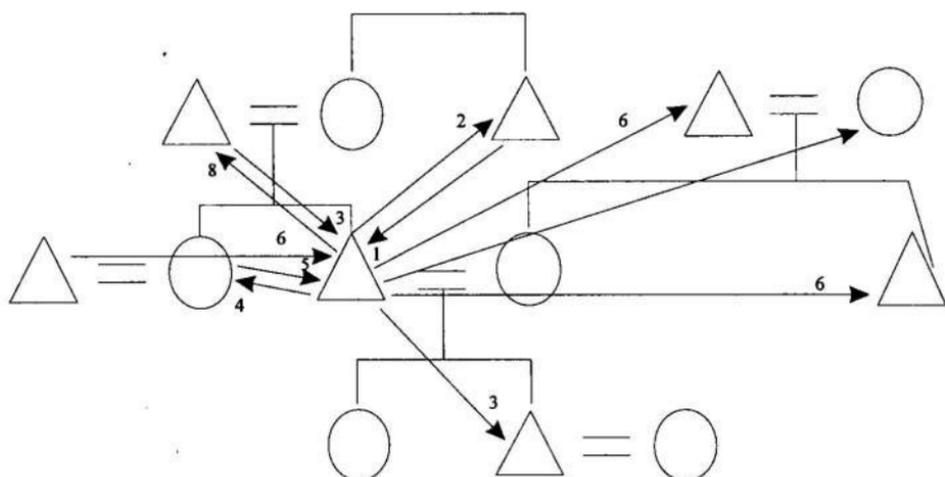
#### CONCLUSIONES

Este trabajo ha explicado las perspectivas de los hombres boikanos sobre el ciclo de vida y la fecundidad al descifrar los significados que hay detrás del concepto de que la importancia de los hijos reside en su habilidad para asumir el lugar del individuo en la tierra, en el clan y en las redes de intercambio. Desde el punto de vista de los hombres de Waviö, la fecundidad ha sido parte de una preocupación consciente por el control de la reproducción social a través de la perpetuación de las identidades del clan. Como declaró un informante, tener hijos "no es tan importante para todas y cada una de las familias, es importante para el clan" (entrevista con un hombre de 57 años). No obstante, fuerzas sociales más amplias como las ideologías de la Iglesia ADD y una creciente economía monetaria han alterado la naturaleza de las identidades del clan y las expectativas individuales de hombres sobre los beneficios de la afiliación a éste. Aún más, al

declarar que los niños cuidarían de ellos en la vejez, los hombres explícitamente articularon la fecundidad como una transacción o un intercambio *intergeneracional individualizado*. Por ejemplo, los padres adoptivos frecuentemente expresaron la preocupación de que una vez que los hijos adoptados conocieran la identidad de sus padres biológicos, los abandonarían sin haberles "retribuido su duro trabajo". Al mismo tiempo, la relación entre la fecundidad y el poder social era en parte una función de una etapa en el curso de vida de un individuo, y, por otra, un asunto de dinámicas intergeneracionales de poder. Las jerarquías entre los hombres constituían un conjunto heterogéneo de intereses competitivos entre los pertenecientes al clan, agregando tensión y conflicto al proyecto de controlar la proliferación del mismo.

La fecundidad en el ciclo de vida masculino entre los hombres de Waviö ha estado en cambio continuo. El significado y la importancia de los hijos seguirá reflejando sin duda los efectos de cambios prácticos y de definición en las instituciones básicas como el "clan" y la "familia". Las perspectivas masculinas sobre la fecundidad también se verán afectadas por el cambiante valor material, político y simbólico de la tierra, y las aparentemente siempre crecientes incursiones de "la vida de dinero". Finalmente, si la fecundidad de Waviö está, real, e inherentemente ligada con estrategias en el largo plazo para el control de la reproducción social en condiciones de rápido cambio, el caso plantea una interrogante que puede ser fructíferamente explorada en un estudio a largo plazo sobre reproducción y ciclo de vida en cualquier otra parte del mundo en desarrollo; es decir, parece posible que dada la tasa contemporánea de cambio y desarrollo, la "fecundidad" puede ser más bien una preocupación generacional creciente, y que su consideración dentro del transcurso de los horizontes de reproducción del individuo puede no abarcar las fuerzas que conformarán las perspectivas demográficas y reproductivas de sus propios hijos e hijas.

GRÁFICA 1  
Relaciones de deuda e intercambio basadas en parentesco  
de los hombres en Waviö



### Código

1. HmoMa (*wawo*) a Ego (HoHma, o *rawa*) para el precio de la dote o prestaciones de deuda de doble valor.
2. Ego a HmoMa para compensación debido a Ego como resultado de una lesión; el pago de deudas de doble valor; heredando las deudas del padre o madre a HmoMa, pagos para conciliar a HmoMa.
3. Pa a Ego para el precio de la dote; concediendo la tierra y el acceso a agua.
4. Ego a Hma, HmaPa y HaHmoPa para relaciones de deudas de doble valor.
5. Hma a Ego para pago de deudas de doble valor. Como un *wawo* a los hijos de Hma, Hma debe pagar a Ego en caso de que alguno de ellos muera.
6. Ego a PaEspa y HmoEspa para precio de la dote.
7. Ego y Espa a MaEspa para "pagar las cabezas de sus hijos".
8. Ego a Pa y Ma en edad avanzada; en momentos de necesidad, para ayudar con el pago de las deudas de los padres.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agyei, William K. (1988), "Fertility and Family Planning", en *The Third World: A Case Study of Papua New Guinea*, Londres, Croom Helm.
- Allen, Bryant J. (1983), "A Bomb or a Bullet or the Bloody Flux? Population Change in the Aitape Inland", Papúa, Nueva Guinea, 1941-1945, *Journal of Pacific History*, 18, pp. 218-237.
- Australian National University (ANU), Department of Human Agriculture (1993), "Agricultural Systems of Papua New Guinea", *Working Paper*, núm. 2, East Sepik Province.
- Carrier, A.H. y Carrier, J.G. (1991), *Structure and Process in a Melanesian Society. Ponam's Progress in the Twentieth Century*, Harwood Academic Publishers, Chur.
- Gerstner, P. Andreas (1953), "Aus dem Gemeinschaftsleben der Wewäk-Boiken-Léute, Nordost-Neuguinea", *Anthropos*, 48, pp. 413-57.
- Godelier, Maurice (1982), *The Making of Great Men. Male Domination and Power Among the New Guinea Baruya*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Jenkins, Carol (1994), "Annual Report to the McArthur Foundation Health and Deforestation Project, Papua New Guinea", Papúa, Nueva Guinea, Institute of Medical Research, Goroka.
- Leedom, John M. (1995a), "Marriage Patterns in the Hawaii LFA Study Area", Papúa, Nueva Guinea, Institute of Medical Research, Goroka.
- (1995b), "Report on the First Hawaii Economic Survey, 31 may to 13 june, 1993", Papúa, Nueva Guinea, Institute of Medical Research, Goroka.
- Lesthaeghe, Ron J. (1989), "Production and Reproduction in Sub-Saharan Africa: An Overview of Organizing Principles", en Ron J. Lesthaeghe (ed.), *Reproduction and Social Organization in Sub-Saharan Africa*, Berkeley, University of California Press, pp. 11-59.
- Lutkehaus, Nancy y Paul Roscoe (1987), "Sepik Culture History: Variation, Innovation and Synthesis", *Current Anthropology*, 28, 4, pp. 577-581.
- Lupiwa, Tony (1995), "Hawaii Deforestation Project Women's Reproductive Health", Papúa, Nueva Guinea, Institute of Medical Research, Goroka.
- Malinowski, Bronislaw (1953), *Argonauts of the Western Pacific: An Account of Native Enterprise and Adventure in the Archipelagoes of Melanesian New Guinea*, Londres, Routledge y Kegan, Paul.
- Mihalic, F. (1971), *The Jacaranda Dictionary and Grammar of Melanesian Pidgin*, Milton, The Jacaranda Press.
- Roscoe, Paul B. (1984), "The Impact of Family Planning Service in Rural Yangoru", *Papua New Guinea Medical Journal*, 27, pp. 16-19.
- y Barbara Wais Roscoe (1988), "Reproductive Decision Making and the Value of Children: The Yangoru Boiken of the Yangoru Sub-district, East Sepik Province" en Nancy MacDowell (ed.), *Reproductive Decision Making and the Value of Children in Rural Papua New Guinea*, Port Moresby, Institute of Applied Social and Economic Research, pp. 103-124.
- (1989), "Birth-Spacing in Rural Yangoru, 1970-1987", *Papua New Guinea Medical Journal*, 32, pp. 123-127.

- Roscoe, Paul B. (1989a), "Flight from the Fens: The Prehistoric Migrations of the Boiken of East Sepik Province, Papua New Guinea", *Oceania*, 60, pp. 139-145.
- (1990), "Male Initiation among the Yangoru Boiken", en Nancy Lutkehaus, Christian Kaufmann, William E. Mitchell, Douglas Newton, y Lita Osmundson (eds.), *Sepik Heritage, Tradition and Change in Papua New Guinea*, Bathurst, Crawford House Press, pp. 402-413.
- (1991), "Yangoru Boiken", *Encyclopedia of World Cultures*, vol. 2., *Oceania*, Terence Hays (ed.), Boston, G. K. Hall & Co., pp. 388-391.
- Sahlins, Marshall D. (1963), "Poor Man, Rich Man, Big Man, Chief: Political Types in Melanesia and Polynesia", *Comparative Studies in Society and History*, 5, pp. 285-303.
- Setel, Philip y Madeline Lemeki (1995), "Preliminary Report on Population and Family Planning Research in Arin Village, East Sepik Province", Papúa, Nueva Guinea, Institute of Medical Research, Goroka.
- Strathern, Marilyn (1984), "Domesticity and the Denigration of Woman" en O'Brien, Denise y Tiffany, Sharon W. (eds.), *Rethinking Women's Roles. Perspectives from the Pacific*, Berkeley, University of California Press, pp. 13-31.
- Stritecky, Jolene M. (1994), "Ambivalence and Fatalism Among Women in the Hawain Local Forest Area", Papúa, Nueva Guinea, Institute of Medical Research, Goroka.
- The National Sex and Reproductive Team (NSRR) y Carol Jenkins (1994), *National Study of Sexual and Reproductive Knowledge and Behaviour in Papua New Guinea*, Papua, Nueva Guinea Institute of Medical Research, Goroka.
- Tuzin, Donald (1991), "Sex, Culture and the Anthropologist", *Social Science & Medicine*, 338, pp. 867-874.
- Weiner, Annette (1976), *Women of Value, Men of Renown. New Perspectives in Trobriand Exchange*, Santa Lucía, University of Queensland Press.
- (1982), "Sexuality Among the Anthropologists: Reproduction Among the Informants", *Social Analysis*, edición especial 12, pp. 52-65.
- Wood, James W., Patricia L. Johnson y Kenneth Campbell (1985), "Demographic and Endocrinological Aspects of Low Natural Fertility in Highland Papua New Guinea", *Journal of Biosocial Science*, 17, pp. 57-79.

### Informes policiaos

- Anderson, F.D. (1949-1950), "R/P Wewak núm. 1 de 1949-1950". Wewak Inland Boiken and Wewak Local Areas.
- Foster, L.R. (1946), "R/P Wewak núm. 5 de 1948-1949".
- Littler, C.G. (1955-1956), "R/P Wewak núm. 3 de 1955-1956".
- Lulofs, R.B. (1952), "R/P Wewak núm. 2".
- Mater, J.H. (1957-1958), "R/P Wewak núm. 4", Wewak Inland Sub-Division.
- McIntyre, R.G. (1946), "R/P Wewak núm. 4".
- Wenck, P.B. (1952), "R/P Wewak núm. 2 de 1952-1953", Boiken Sub-District Wewak Sub-District.
- Wetzel, H.B. (1957-1958), "R/P Wewak núm. 3".

# LA FECUNDIDAD MASCULINA: RELACIONES SOCIALES EN EL TRANCURSO DE LA VIDA. CONTEXTUALIZANDO LA REPRODUCCIÓN BIOLÓGICA DE LOS HOMBRES EN BOTSWANA\*

NICHOLAS W. TOWNSEND\*\*

## INTRODUCCIÓN

La "responsabilidad paterna", se ha convertido en un reclamo creciente para muchas personas preocupadas por el mantenimiento de los niños. Sin embargo, las responsabilidades de los hombres hacia sus hijos, así como con el bienestar de las futuras generaciones, no se restringen a un rol paterno definido en el sentido más estricto. Antes de decidir qué deberían hacer los hombres por sus hijos, necesitamos saber qué es lo que en realidad hacen. Podría no ser una contribución para el bienestar de los hijos el eliminar a "padres ausentes", a expensas de inventar hombres que falten a sus responsabilidades como hermanos, tíos, abuelos y seres sociales. Al examinar la paternidad de una familia de hombres en Botswana a lo largo de sus cursos de vida, ilustró la variedad de relaciones sociales que los hombres tienen con los niños y argumento que la imposición de un modelo de responsabilidad paterna derivado de patrones occidentales, oscurece las contribuciones que los hombres realizan. En las familias extensas que describo, "los hermanos ausentes" pueden ser un problema social tan importante como el de "los padres ausentes".

Todas las sociedades deben tener arreglos para canalizar los frutos de la producción hacia las personas que no son productores en curso. El

\* Traducción del trabajo presentado en el Seminario Fecundidad y Ciclo de Vida Masculina en la Era de la Disminución de la Fecundidad.

\*\* Departamento de Antropología Box 1921, Universidad Brown Providence, Ri 02912 USA. El financiamiento para el trabajo de campo presentado en este trabajo fue otorgado por una beca posdoctoral NICHD y por fondos de la Fundación Andrew Mellon administrada por el Departamento de Demografía, Universidad de California, Berkeley, y por el Centro de Capacitación y Estudios de Población, Universidad Brown.

diseño y las modificaciones de tales arreglos tienen una gran significación para la vida de las personas, y son, tanto una preocupación práctica de los diseñadores de políticas, como de interés teórico central para los antropólogos socioculturales. Los mecanismos de participación y redistribución operan en todos los niveles del orden social, pero cuando tomamos en consideración las formas en que la alimentación, la vivienda, la educación y el apoyo social son canalizados hacia los niños, nuestra atención se enfoca en la estructura de los grupos domésticos. Infortunadamente para el diseño de políticas sensibles y para la comprensión de los procesos involucrados, gran parte de la discusión contemporánea ha utilizado una definición demasiado estrecha del grupo doméstico, restringiendo su visión a las relaciones establecidas entre los padres biológicos y sus hijos pequeños. En el caso de los hombres, la discusión acerca de la "responsabilidad paterna", ha llegado a centrarse en la discusión acerca del apoyo financiero de los hombres a sus hijos biológicos. En el proceso, los muchos otros cabos que integran la relación paterna, los otros elementos que conforman el haz de derechos y responsabilidades paternas, y el sinnúmero de otras relaciones sociales establecidas entre hombres y niños, son considerados como algo invisible y sin importancia. La gran ventaja de una aproximación a la paternidad, la fecundidad masculina y los lazos entre hombres y niños, a partir de un enfoque del curso de vida, son los que centran nuevamente nuestra atención en los cambiantes y flexibles arreglos domésticos que dirigen el apoyo social a los niños, así como a su socialización.

Dar cuenta del sentido de la fecundidad de un hombre en particular, implica considerar tanto al hombre como a sus hijos en los nexos de sus relaciones sociales. La escasez de conocimiento acerca de la fecundidad de los hombres en general y acerca de las relaciones de hombres viejos con los niños en particular, es parcialmente un resultado de la concepción nuclear de la familia en las sociedades occidentales contemporáneas y en la ciencia social. Esta concepción, con su énfasis en una división sexual del trabajo históricamente específica y en las bases biológicas de las relaciones familiares, ha llevado a una concentración distorsionadora en las relaciones establecidas entre los padres biológicos y sus hijos pequeños, y particularmente entre las madres y sus hijos biológicos. Las perspectivas del curso de vida y la antropología comparativa, permiten una corrección de esta visión desequilibrada de la paternidad y la maternidad. A partir de la contextualización de la historia de fecundidad de un hombre de una aldea de Botswana, este trabajo ilustra cómo la reproducción (o la fecundidad) es un aspecto de un patrón cambiante de relaciones sociales que el hombre tiene a lo largo del curso de su vida.

Las cinco características de los vínculos que los hombres establecen con sus hijos, tornan esencial el hecho de considerar la fecundidad masculina

como un aspecto de un curso de vida de cambiantes relaciones sociales.<sup>1</sup> Estas características son las siguientes: 1) los hombres pueden, y de hecho lo hacen, tener hijos y convertirse en padres a través de un largo periodo de sus vidas, y el convertirse en padre de un nuevo hijo tiene diferentes significados e implicaciones en diferentes edades; 2) los hombres continúan teniendo relaciones con sus hijos en la medida en que éstos crecen, y el significado de la fecundidad se altera con la edad del hijo y con la distribución de edades de los hijos; 3) los hombres se convierten en padres a través de otros mecanismos además de la reproducción biológica; 4) los hombres comparten la relación de sus hijos con otras personas; y 5) los hombres participan en la relación que otros padres establecen con sus hijos.

En este trabajo, me concentro en desarrollar las implicaciones de los primeros dos puntos, es decir, la prolongación de la fecundidad y la responsabilidad paterna a través de largos periodos del curso de vida. Desde esta perspectiva, los últimos tres puntos que hacen hincapié en las relaciones sociales entre hombres y niños describen mecanismos adicionales, no biológicos, a través de los cuales la vida de los hombres como padres se extiende en el tiempo.

La importancia de estas características difiere de contexto a contexto. De manera obvia, son más importantes en sociedades de alta fecundidad donde el parentesco es un principio significativo de organización social, y, por tanto, donde las etapas reproductivas de los individuos son largas y las relaciones sociales múltiples. Sin embargo, ciertas prácticas de los regímenes contemporáneos de baja fecundidad, como el divorcio y el contraer segundas nupcias, la condición de ser padrastro o madrastra, la fecundidad extramarital, el cuidado de los hijos por parte de los abuelos, la adopción y los nacimientos de reproducción asistida, ponen en tela de juicio la identificación dada por sentado, de la paternidad biológica y social, y tornan necesario el reconocimiento de que la "fecundidad" describe relaciones sociales (Townsend, 1997a).

La fecundidad vista como una relación social con los niños es muy diferente de la fecundidad definida biológicamente (por ejemplo, como inseminaciones y concepciones llevadas a término). Para las mujeres, la adopción, el infanticidio y el abandono rompen la simple estructuración de la maternidad respecto al proceso de la fecundidad biológica. Para los hombres la conexión es todavía más contingente. Las relaciones genéticas entre hombres y niños, observadas y reportadas por científicos sociales,

<sup>1</sup> Puesto que este volumen trata acerca de la "fecundidad masculina", mi argumentación y los ejemplos utilizados son acerca de hombres. Sostengo, sin embargo, que frecuentemente se han exagerado las asimetrías entre la fecundidad masculina y la femenina o entre la paternidad y la maternidad, y que la esencia de mi argumentación se aplica tanto a las mujeres como a los hombres.

deben siempre ser calificadas como "reportadas", "supuestas" o "putativas", y reflejan tanto la etnobiología de la gente bajo observación como los mismos hechos de la biología. Leach ha remarcado que: "El matrimonio y el apareamiento son tan diferentes como el gis y el queso. No se pueden deducir las prácticas del primero de los problemas del segundo". (Leach 1991: 108.) Este trabajo desarrolla el mismo argumento acerca de las consecuencias del apareamiento y el matrimonio, o sea, las prácticas de la reproducción social no pueden ser deducidas de los mecanismos de la fecundidad biológica. La obvia conexión entre reproducción social y biológica, ya que en última instancia ninguna puede darse sin la otra, de ninguna manera determina una dirección de causalidad o socava la posibilidad de realizar análisis independientes de los dos procesos.

Como antropólogos sociales, estamos interesados en los procesos de la reproducción social. Como demógrafos, igualmente, estamos preocupados con ésta cuando extendemos nuestro interés más allá de los modelos estadísticos de la demografía formal para tomar en cuenta las causas y consecuencias de las tasas y niveles de fecundidad. Cuando los modelos demográficos de la fecundidad (Birdsall *et al.*, 1982; Freedman *et al.*, 1913) la incluyen como el resultado de un proceso o como una variable independiente en sus explicaciones, de hecho la están definiendo como una fecundidad reconocida o definida socialmente. Ya sea que la unidad de análisis sea un individuo, una pareja, una unidad doméstica, o cualquier otro grupo relevante para la fecundidad, la medición apropiada del tamaño acumulado de la familia o del actual número de hijos es la que reconoce que el tamaño de la familia y el número de hijos es una percepción que los seres humanos tienen de sus relaciones sociales más que de su biología. Esto es particularmente cierto en el caso de los hombres, para quienes los beneficios de los hijos se derivan únicamente de los derechos reconocidos y para los que los costos de los hijos se aplican únicamente a los que pueden demandar esos derechos. Ningún grupo de niños es definido simplemente por la reproducción biológica del hombre. Es por esta razón que la "fecundidad masculina" debe, tanto desde el punto de vista antropológico como desde el demográfico, ser considerada como un aspecto de la posición social en general.

En un régimen de alta fecundidad, las mujeres procrean hijos a lo largo de un cierto número de años y son, por tanto, madres de niños de edades específicas por periodos extensos.<sup>2</sup> Una consecuencia importante del des-

<sup>2</sup> Es necesario limitar la definición de la maternidad a partir de la edad de los hijos ya que toda mujer es madre desde el momento del nacimiento de su primer hijo sobreviviente y reconocido, hasta su muerte o la muerte de su último hijo sobreviviente. Consideremos dos mujeres, las cuales tuvieron ambas su primer hijo a los 20 años y todos sus hijos les sobreviven.

censo de la fecundidad es la disminución de la cantidad de tiempo de vida de las personas que éstas ocupan activamente en procrear o criar hijos de edades específicas.<sup>3</sup> En todos los regímenes demográficos conocidos o posibles, la procreación de los hombres se despliega, al menos potencialmente, a lo largo de un periodo mayor que el de la procreación en las mujeres, de modo que los hombres pueden engendrar hijos durante periodos más extensos de sus cursos de vida.<sup>4</sup> Considerar la fecundidad de los hombres a lo largo de su curso de vida, como una vida de responsabilidad, significa reconocer dos importantes dimensiones de variabilidad en lo que significa, tanto para los hombres como para los niños, el ser padre. Una dimensión surge de la edad del hombre: convertirse en padre cuando se es un hombre joven es diferente a convertirse en padre cuando se es un hombre viejo, porque la situación social y la posición económica de los hombres cambia a lo largo de su curso de vida. La segunda dimensión, que interactúa con la primera, es la edad del hijo: ser padre de un infante es diferente a serlo de un adolescente.

#### CONTEXTO

Los ejemplos presentados en este trabajo fueron recolectados durante 11 meses de trabajo de campo, en una aldea de 5 500 habitantes localizada

Una mujer tiene sólo un hijo, la otra tiene hijos con intervalos intergenésicos de dos años. La primera mujer es madre de un niño de dos años únicamente durante un año, mientras que la segunda lo es por 10 años. La primera mujer es madre de un niño menor de cinco años por cinco años, mientras que la segunda lo es por 23 años.

<sup>3</sup> Éste no es necesariamente el caso, pero generalmente es cierto que el descenso de la fecundidad se ha visto acompañado de la concentración en la reproducción en unos pocos años. Al combinarse con las mejorías en la mortalidad, esta concentración implica que tanto hombres como mujeres son padres de hijos de cualquier edad dada, durante una porción más pequeña de sus vidas, que en regímenes de alta fecundidad. Una situación que se opone a esta tendencia ocurre cuando uno o ambos cónyuges contraen segundas nupcias y esto se acompaña del nacimiento de hijos en más de un matrimonio, lo cual extiende el número de años y la cantidad de vida dedicada a la paternidad o maternidad. Los descensos de la fecundidad derivados de un "espaciamiento" más que de una suspensión, implican una menor comprensión de los periodos de paternidad y maternidad.

<sup>4</sup> Es posible imaginar una población o diseñar un modelo de población en la que los hombres procreen únicamente a una edad particular determinada, de modo que todo hijo es exactamente equis años más joven que su padre, los hombres tienen varios hijos cada uno, todos de la misma edad, ningún hijo (excepto en el caso de nacimientos múltiples) tiene un hermano biológico, etc. Estos ejercicios mentales pueden definir los límites de lo posible e introducir una cualificación en las generalizaciones, pero no tienen relevancia para los arreglos sociales reales. Las restricciones en la actividad sexual, las reglas de matrimonio y los arreglos sociales, generalmente confinan el rango de la procreación de los hombres a una parte de las posibilidades teóricas.

aproximadamente a 40 kilómetros al oeste de Gaborone, la ciudad capital de Botswana. La aldea cuenta con escuelas de educación primaria y secundaria, una clínica, varias tiendas y agua entubada con 18 grifos comunales. La aldea no cuenta con teléfono ni servicio eléctrico, si bien el cableado eléctrico se extendió a las escuelas y otros lugares públicos en 1994. En 1991, la aldea fue conectada a la ciudad capital de Gaborone por un camino asfaltado, lo que facilitó el acceso a servicios, suministros y empleo urbano. Los aldeanos tienen ganado y manadas de cabras, pero las cosechas de la tierra cultivable han sido mínimas recientemente debido a la sequía. Económicamente, la comunidad ha dependido por décadas del ingreso derivado de la migración laboral. Anteriormente, los hombres que migraban para trabajar, lo hacían casi exclusivamente a las minas de Sudáfrica, pero desde la independencia en 1966, el rápido crecimiento de la capital ha otorgado oportunidades de empleo en Botswana para muchos hombres y mujeres de la aldea.

Existen datos que demuestran tanto la importancia de la migración, como los cambiantes destinos de los flujos migratorios. La información recabada proviene de dos barrios de la aldea. Cada barrio consiste formalmente en un grupo patrilineal con un distrito residencial demarcado y tierra agrícola, y la membresía se define a través del parentesco, por lo que incluye miembros que no son en ese momento residentes de la aldea. En 1973, 16 de los 18 hombres de 20 a 40 años del barrio que estoy considerando aquí, se encontraban trabajando en la minas de Sudáfrica, y únicamente uno de ellos era residente en la aldea. En 1993, únicamente 10 de los 59 hombres entre 20 y 40 años se encontraban en las minas, pero adicionalmente 24 se encontraban residiendo en alguna otra parte, en su mayoría en la ciudad capital de Gaborone, y otros siete se encontraban estudiando fuera. En síntesis, 70% de los hombres de este grupo de edad vivía fuera de la aldea, y la mitad de los que vivían en ella se desplazaba diariamente a la ciudad para trabajar. La centralidad absoluta del trabajo en las minas en el curso de vida masculino, ha terminado, pero la experiencia de la migración laboral continúa siendo dominante.

De acuerdo con el censo de 1981, sólo 41% de las mujeres de 20 a 29 años y 531 de las mujeres de 25 a 29 habían estado casadas al menos una vez (gobierno de Botswana 1983, cuadro 24). Por otro lado, 83.4% de las mujeres de 20 a 24 años y 881 de las mujeres entre 25 y 29 tenían al menos un hijo (gobierno de Botswana 1983, cuadro 23). Tres cuartas partes de todas las unidades domésticas eran rurales, 48% de éstas y 56% de las unidades domésticas rurales con un jefe de hogar menor de 45 años, eran dirigidas por mujeres (Gobierno de Botswana, 1983, cuadro 39). Las unidades domésticas de jefatura femenina, tienen generalmente menor acceso a la mano de obra masculina y familiar, que las unidades domésticas de

jefatura masculina (Fortmann, 1981), así como al ganado (Kossoudji y Mueller, 1983) y a los recursos necesarios para la agricultura de subsistencia. Las jefas domésticas tienen también menores posibilidades que los jefes masculinos de tener un ingreso derivado de empleo o trabajo por cuenta propia; 56% de las jefas femeninas "económicamente no activa" (Gobierno de Botswana, 1983, cuadro 38).

Estas cifras tienen algún valor descriptivo, pero incorporan un conjunto de definiciones importadas (Awusabo-Asare, 1988; Riedmann, 1993) y distorsionan la compleja realidad de la vida familiar en Botswana. En particular, no toman en cuenta la naturaleza procesual del matrimonio tradicional tswana (Comaroff y Comaroff, 1981; Schapera, 1959) ni las residencias múltiples de la mayoría de los tswana y las conexiones entre unidades residenciales (Kerven, 1982, 1984; Peters, 1983; Townsend, 1997b).

Entre los tswana, el matrimonio habitual es un arreglo entre familias; los matrimonios unen progresivamente a las familias a través de la ceremonia, negociación, intercambio y obligación (Schapera, 1950, 1971; Comaroff y Comaroff, 1981). El matrimonio es un proceso, más que un evento único, y no necesariamente implica el establecimiento de una unidad doméstica separada o incluso la coresidencia entre marido y mujer. Una función principal del matrimonio, sin embargo, es la de otorgar una posición social a los niños. Un hombre swana puede reclamar los hijos de su esposa como legítimos herederos únicamente después de que ha pagado la dote de ganado (*bogadi*) a la familia de la mujer, para lo cual puede incluso esperar a que los hijos hayan crecido antes de pagar la dote o puede no pagarla en lo absoluto.<sup>5</sup>

No hay ninguna estipulación en la cultura tradicional o en la ley tribal para que los hombres mantengan directamente a sus hijos biológicos nacidos fuera del matrimonio (Molokomme, 1991). El patrón habitual es que si una mujer joven queda embarazada, el hombre al que ella designa como padre está en la obligación de iniciar los arreglos matrimoniales o de pagar una compensación en forma de ganado a los padres de la mujer. Este único pago da por concluida su obligación y la de su familia. La posición social del niño y la membresía familiar permanece con la familia y el linaje de la madre, y el ganado dado como pago por el padre otorga garantías, tanto simbólicas como materiales, a los derechos del niño.

<sup>5</sup> Los significados y funciones de la dote y del matrimonio africano son complicados, diversos, y han cambiado con el tiempo (Kuper, 1982; los ensayos en Comaroff, 1980; Krige y Comaroff, 1981). En distintas aldeas y de acuerdo con diferentes pobladores, varía el número de cabezas de ganado, la temporalidad del pago, y el hecho de si éste es esencial o no. En la comunidad particular de nuestro estudio, no era necesario el pago de seis cabezas de ganado como *bogadi* para que los hijos de un matrimonio fueran considerados miembros del linaje paterno, pero sí se exigía el pago de una vaca *serifo*.

La centralidad de la relación social a través del matrimonio en las definiciones tswana de la paternidad, y la ausencia de una paternidad biológica fuera del matrimonio, socialmente reconocida, encuentran expresión en el estatus de paternidad de los hombres. Únicamente dos de los 34 hombres menores de 30 años se reportaron a sí mismos como padres. Incluso los dos hombres que estaban divorciados de mujeres con las que habían tenido hijos, y el hombre que tuvo cuatro hijos con la misma mujer, no se reportaron a sí mismos como padres de esos niños. Inversamente, los hombres que se reportaron a sí mismos como padres también se reportaron como hombres casados, incluso cuando el matrimonio se encontraba en una etapa de intención o de negociación y no implicaba cohabitación de los cónyuges.

La unidad residencial, del modo en el que se encuentra imbricada en la metodología de los censos y las encuestas sociales, es una categoría que con frecuencia distorsiona la realidad social de sociedades no occidentales (Bruce y Lloyd, 1992). En Botswana, el patrón consuetudinario implica que cada *lolwapa*<sup>6</sup> o "unidad doméstica", tenga tres residencias en la aldea, en los campos agrícolas y en las áreas de pastos para el ganado. Cada residencia será ocupada, en diferentes estaciones, por diferentes grupos de los miembros de la unidad doméstica. Este patrón persiste, y se complica hoy día por los requerimientos residenciales de la educación y el trabajo asalariado. Los hombres, y en particular los jóvenes se encuentran con frecuencia fuera de la aldea, en los puestos de ganado o trabajando en los pueblos. Muchas mujeres también dejan la aldea por variados periodos de tiempo, para trabajar. Unidades domésticas enteras todavía se mudan de la aldea a las tierras agrícolas al principio de la estación de lluvias en noviembre, pero los niños se quedan frecuentemente con parientes en la aldea, para asistir a la escuela durante la semana. El resultado de estos movimientos específicos por edad y sexo es que en cualquier momento dado, las variadas unidades residenciales son sólo unidades sociales parciales, y la fotografía de corte transversal de una encuesta capta muchos arreglos fragmentarios y temporales.

<sup>6</sup> Un *lolwapa* (plural, *malwapa*) es tanto un espacio físico, un conjunto que comprende chozas de residencia, un patio, áreas de cocina, espacios de almacenamiento y trabajo, etc., como una unidad socialmente reconocida. Una persona puede ser miembro de un *lolwapa* pero no residir en él, por ejemplo cuando él o ella vive y trabaja en la capital. No todos los residentes en el *lolwapa* como conjunto son necesariamente miembros de éste en tanto grupo social o familia extensa.

## LA FECUNDIDAD DE UN HOMBRE TSWANA

Mowetsi Motlamedi<sup>7</sup> era, en 1993, un hombre vital de 58 años, involucrado en las discusiones y negociaciones que constituyen la vida política y legal de la aldea, actuaba como cabeza de su *lotwapa* y frecuentemente como voceador de su barrio, intentaba coordinar las vidas de sus hijos, así como también trabajaba en un almacén gubernamental en la capital, un trabajo al que se desplazaba diariamente. Al residir en su propia unidad doméstica con su esposa, dos de sus hijos más jóvenes y dos de los hijos de su hija más joven, se presenta un cuadro de la posición masculina en el que el apoyo económico y la coresidencia con niños coincide con una familia nuclear extendida de jefatura masculina. Sin embargo, así como una visión procesual o de desarrollo de la familia o grupo doméstico revela tipos de familia como etapa del ciclo de vida familiar (Goody, 1958), así una perspectiva de la fecundidad masculina a partir del enfoque del curso de vida revela un patrón cambiante de relaciones y responsabilidades. La fecundidad de Mowetsi Motlamedi se ha entretelado con otros aspectos de su curso de vida y se ha superpuesto con la fecundidad de las generaciones ascendientes y descendientes.

Fue el menor de nueve hijos, siete de los cuales llegaron a la edad adulta; asistió a la escuela primaria durante cinco años; cuando tenía 18 se convirtió en un trabajador migrante en las minas de Sudáfrica. Sus cinco años de escolarización formal representan el único nivel de escolaridad de todos los hijos varones de sus padres y son un ejemplo y patrón común, repetido en sus propios hijos varones, de mayor escolaridad para los hijos más jóvenes. Puesto que el orden de descendencia de los hermanos se correlaciona con la posición económica de los padres, con la composición de los grupos domésticos y con la oferta y demanda de mano de obra en la familia, la educación y el número de orden de nacimiento están frecuentemente relacionados. La fecundidad del padre no reproduce hijos intercambiables, sino más bien una secuencia de seres sociales cuyas oportunidades y circunstancias de vida difieren marcadamente.

De los cuatro hermanos mayores de Mowetsi, uno murió antes de establecer su propio *lotwapa*, otro casó con una mujer, estableció su hogar en la capital y después se mudó a Sudáfrica con su esposa e hijos, y los otros dos establecieron su propio *matwapa* adyacente al conjunto residencial de sus padres. Los padres han muerto y su residencia es ahora ocupada por Mowetsi, el hermano menor. La creación de un grupo cooperativo de hermanos era el ideal de los hombres tradicionales tswana, si bien las

<sup>7</sup> Ambos son nombres ficticios, y ningún Motswana que yo conozca se llama así. Mowetsi "el que termina algo" es, sin embargo, apropiado para un ultimogénito. Motlamedi significa "el que cuida de otros".

fuerzas centrífugas de la competencia también entraban en operación. La línea de conjuntos residenciales ocupada por Mowetsi y sus hermanos, ahora extendida hacia ambas direcciones por el *malwapa* establecido por la siguiente generación, era un aspecto esencial del barrio físico y social. El grupo de parientes en estos conjuntos adyacentes se visitaba constantemente y cooperaba en una variedad de tareas, mientras los niños formaban un amplio grupo de juego y cuidado.

Ya que Mowetsi era el menor, le correspondía asumir la dirección del *lolwapa* a la muerte de sus padres, pero esta sucesión no tuvo lugar sino hasta cuando él tenía 52 años, 12 años después del nacimiento de su hijo menor y tres años después del nacimiento de su primer nieto. Mowetsi era mayor que muchos hombres cuando se convirtió en cabeza de su propio *lolwapa*, pero su situación típica en el sentido de que su posición como cabeza del *lolwapa* paterno y el apoyo económico de su esposa e hijos que viven con él, es una etapa, la última, de su trayectoria de fecundidad.

La partida de Mowetsi hacia las minas sucedió sólo un año antes del nacimiento de su primer hijo. A los 19, era joven para ser padre de un hijo reconocido. En 1993, sólo dos de 34 hombres en el barrio, cuyas edades iban de los 20 a los 30 años, tenían hijos en esas condiciones. En 1973, para aquellos hombres cuyas historias de vida conozco, el cálculo era de uno por cada diez. Mowetsi no era inusual, sin embargo, en el arreglo doméstico posterior al nacimiento de su hijo. Ningún hombre menor de 40 años vivía en la misma casa en la aldea con sus propios hijos en 1993, ni en 1973 (Townsend, 1997b), y la vida de Mowetsi seguía este patrón, ya que la madre de su hijo continuaba viviendo en el *lolwapa* de sus padres mientras él trabaja en las minas. La pareja casó en 1957, que fue el año de nacimiento de su segundo hijo, cuando Mowetsi tenía 22 años y su esposa 18. A lo largo de los siguientes 18 años, tuvieron cinco hijos más y su esposa tuvo tres embarazos que finalizaron en aborto, niños nacidos muertos o muerte infantil. Durante todo este periodo, Mowetsi continuó trabajando en las minas de Sudáfrica, con estancias fuera de la aldea de meses de duración, y su esposa continuó viviendo con sus padres. En 1977, después de 24 años de minero y a la edad de 42 años, Mowetsi dejó las minas y regresó a vivir tiempo completo en Botswana. Sus propios padres vivían aún, y él vivió en el conjunto residencial de los padres de su esposa por 10 años, mientras trabajaba en la ciudad capital.

En sentido estricto, la fecundidad de Mowetsi, puede ser vista como no problemática, ya que él engendró siete hijos sobrevivientes a lo largo de un periodo de 21 años.<sup>8</sup> Sin embargo, concebida como apoyo a los hijos, su

<sup>8</sup> En esta presentación estoy asumiendo que Mowetsi es el padre biológico de todos los hijos de su esposa, todos son presentados y reclamados como tales. También asumo que él no

paternidad se encuentra distribuida de manera más vasta y compleja, ya que sus ingresos se dirigieron al apoyo de la unidad doméstica de sus padres y, durante la mayor parte de su vida adulta, hacia el apoyo de la unidad doméstica de los padres de su esposa, la que incluía otros hijos además de los propios. La fecundidad de Mowetsi como padre es también compleja, ya que ha sido un padre físicamente ausente por 23 años en la vida de su hijo mayor, pero sólo por dos en la vida de su hijo menor. Él es ahora la cabeza masculina de una unidad doméstica donde residen dos nietos pequeños, cuyos padres no viven con ellos, así como dos de sus propios hijos menores.

El primer hijo de una mujer, nacido en el hogar del padre de su madre, desarrolla su primera relación importante con hombres adultos, con el abuelo materno y los tíos maternos. Sus primeras relaciones con sus pares son con sus propios hermanos y con los hijos de las hermanas de su madre. Estas relaciones, que duran toda la vida, atraviesan la organización social formal patrilineal de la misma manera en que las relaciones entre hermanas proveen de fuertes vínculos entre patrilinajes.

Las relaciones sociales, al igual que las individuales, son reproducidas, y la discusión acerca de la fecundidad de Mowetsi se halla incompleta si se detiene en los nacimientos o incluso en las historias de apoyo, de sus hijos. Puesto que Mowetsi era el más joven de los hijos de sus padres, él no estuvo involucrado en el apoyo a sus hermanos. Su contribución fue más hacia el bienestar de los miembros de la unidad doméstica de sus suegros, lo que incluye, pero no la limita, a sus propios hijos. Sin embargo, sus hijos ilustran un patrón común tsawna de interrelación y ayuda mutua entre hermanos.

El esquema 1 ilustra los arreglos de vivienda y las conexiones de apoyo educacional de Mowetsi y sus hijos a finales de 1993. Hasta ahora hemos presentado con detalle la propia historia residencial de Mowetsi y más adelante daremos más detalles de la vida de sus hijos. En este esquema, los grupos residenciales actuales se encuentran ilustrados por líneas continuas y los flujos de apoyo educacional por flechas y líneas punteadas. La representación en corte transversal de este esquema debe ser vista en el contexto de un flujo cambiante de arreglos de vivienda y de una variedad de flujos de ayuda de distintos tipos en ambas direcciones: entre hermanos y entre los hijos de Mowetsi y otros parientes. Lo que es particularmente

---

ha procreado ningún otro hijo biológico. Si él tiene otros hijos, éstos no son reconocidos como sus hijos sociales. Ambas suposiciones son cuestionables. La primera podría ser probada o al menos verificada con pruebas de suero, la otra es imposible de establecer. El hecho de que la observación de la fecundidad masculina debe casi siempre restringirse a la fecundidad reconocida es un argumento central en favor de abordar la fecundidad masculina como una relación social.



1) Hija (nacida en 1954): asistió seis años a la escuela primaria. Está casada y vive con su esposo en su propio *lotwapa* en la aldea de éste con su único hijo (nacido en 1984). Ella es responsable de los costos de la educación del sexto de sus hermanos (nacido en 1973), que vive con sus padres.

2) Hijo (nacido en 1957): no asistió a la escuela. Trabaja en construcción y carpintería en la capital, donde vive con su esposa en su propia casa. Su único hijo (nacido en 1988) vive con los padres de su esposa en otra aldea. Él es responsable de la educación del quinto de sus hermanos (nacido en 1970), hermano que desde la niñez fue dado al hermano de su madre para trabajar como niño pastor y que ahora vive con sus padres y asiste a la escuela primaria.

3) Hijo (nacido en 1963): no asistió a la escuela. Trabaja en las minas de Sudáfrica. En 1993 casó con una mujer de la aldea, con la que tuvo un hijo (nacido en 1989). Su esposa vive con sus padres y su hijo visita frecuentemente el conjunto residencial de Mowetsi y su esposa. Ha destinado su salario a la acumulación de *bogadi* (dote) y actualmente no es responsable de ninguno de sus hermanos.

4) Hija (nacida en 1967): estudió hasta tercer grado de la escuela secundaria y trabaja en una oficina de seguros en la capital, donde vive con su esposo, el cual es chofer gubernamental. Son propietarios de una casa en la capital, pero sus dos hijas (nacidas en 1988 y 1992) viven con Mowetsi y su esposa. En ocasión de sus partos, la hija de Mowetsi ha ido a la casa de sus padres para dar a luz y para pasar el periodo de reclusión postparto bajo el cuidado de su madre. Ella y su esposo están construyendo una casa en la aldea a la que ella planea mudarse con sus hijas, con el hermano menor de su esposo (nacido en 1981 y del cual ella es responsable), y con su propio hermano menor (nacido en 1975), quien actualmente está pensionado en la escuela secundaria y cuyos costos de educación ella paga.

5) Hijo (nacido en 1970): este hijo, que tiene 33 años, se encuentra en el séptimo nivel de la escuela no-formal de la aldea, y sus gastos son pagados por su hermano mayor (el segundo hijo de Mowetsi). Vive con sus padres, un hermano y dos de los hijos menores de su hermana. Cuando era niño, fue dado a su *malome*, el hermano de su madre, como niño pastor del ganado, así que no fue a la escuela. Sólo porque sus hermanos mayores tuvieron posibilidad de apoyarlo y porque es un hombre joven con cierta modesta determinación, ha podido adquirir alguna educación y ha seguido de cerca a sus hermanos mayores en ocupaciones manuales no calificadas.

6) Hijo (nacido en 1973): está cursando el segunda año de la educación secundaria y tiene el mayor nivel de la aldea. Sus gastos educacionales son cubiertos por su hermana mayor pero él vive con sus padres.

7) Hijo (nacido en 1975): está internado en la escuela preparatoria en un pueblo situado aproximadamente a 20 kilómetros, donde cursa el tercer

año. Regresa a la casa de sus padres durante las vacaciones, pero cuando la hermana que paga su educación establezca su hogar en la aldea, vivirá con ella, su esposo, sus dos hijos menores y el hermano menor de su esposo.

Una vida no puede ser considerada representativa de la variedad de experiencias de los hombres del barrio. Mowetsi era inusualmente joven cuando se casó y tuvo hijos sociales propios y era inusualmente viejo cuando estableció su propia unidad doméstica. Por otro lado, su caso era típico en lo que respecta a la secuencia de los eventos de su vida: comenzar a trabajar como pastor, ser un trabajador migrante, regresar a la aldea, y trabajar en Gaborone. El que haya residido con su esposa en casa de los padres de ésta (por tiempo completo y en un largo plazo) después de que regresó de las minas, en lugar de haber establecido una unidad doméstica propia o vivido con sus propios padres y visitar entonces a su esposa, es una anomalía que se explica por su posición de supuesto heredero del conjunto residencial de sus padres. Sus hermanos mayores, que establecieron sus propios *malwapa* cerca de sus padres, son casos más representativos. En esta etapa de su curso de vida, sin embargo, Mowetsi ha alcanzado una posición que, en términos de residencia, matrimonio y relación con sus hijos y nietos, es característica y es compartida con sus hermanos mayores en la aldea.

El hermano más grande de Mowetsi, nacido en 1921, vive con su esposa (con la que ha tenido cuatro hijos), con su hija menor y tres de sus hijos, y con el hijo de 31 años de su hija mayor. Sus dos hijos varones han establecido sus propios *malwapa* en la aldea, en los que viven con sus esposas e hijos, y la hermana mayor también está casada y vive con su esposo en su propio *lolwapa*. Tres de los hijos de su hija menor, con edades de 13, 10 y 8 años, viven en Gaborone, donde su madre trabajó hasta recientemente, y donde ella construyó una casa.

El tercer hermano, nacido en 1924, murió en 1974. Su viuda ocupa el *lolwapa* que establecieron juntos. Ella reside con sus tres hijas y sus respectivos tres hijos. Dos de las hijas se desplazan diariamente a trabajar en Gaborone, una como empleada doméstica y otra como asistente en una tienda. Los dos hijos adultos, nacidos en 1957 y 1960, viven juntos en Gaborone donde trabajan en el área de la construcción. Cuando su padre murió en 1974, los dos jóvenes realizaron trabajos ocasionales en la aldea y cultivaron la tierra de la familia. Ninguno de ellos está casado o tiene hijos reconocidos, pero mantienen fuertes lazos con su unidad doméstica de origen y con sus parientes en la aldea. En los fines de semana, por ejemplo, se dedican a construir una nueva casa en el recientemente establecido *lolwapa* de su joven pariente y vecino, un trabajo que forma parte de las exigencias del parentesco y que se les retribuye por debajo de la tasa de mercado.

En síntesis, los tres *malwapa* establecidos por Mowetsi y sus hermanos están cada uno ocupados por miembros de tres generaciones: una vieja pareja (o viuda), sus hijos solteros, y algunos de los hijos de sus hijas. En todos los casos, los hijos de los hijos varones viven ya sea con su padre y madre en conjuntos propios o con los padres de la madre.

#### RELACIONES SOCIALES EN EL TRANSCURSO DE LA VIDA

La posición de un hombre en una red de relaciones sociales tiene implicaciones para su fecundidad al otorgarle derechos sobre sus hijos, al facilitar a otros una posición a partir de la cual pueden exigirle derechos a él, y al proveer de posiciones sociales más o menos definidas y de condiciones residenciales, a sus hijos. En el sistema social tswana que estoy describiendo, hombres de tres generaciones tienen relaciones con un hombre y sus hijos, situación que sirve para distribuir los costos y beneficios de la fecundidad y la paternidad, así como los otros elementos del rol paterno. El sistema funciona para mantener grupos domésticos con miembros de ambos sexos y de todas las edades. Estos grupos domésticos tienen acceso a una variado rango de recursos, a saber: la tierra agrícola asociada con unidades domésticas independientes, el capital social y político de hombres y mujeres viejos, el salario y el trabajo agrícola de hombres y mujeres adultos jóvenes e hijos de variadas edades que contribuyen al trabajo doméstico y al cuidado de los niños. Las unidades domésticas sitúan a los niños socialmente y les otorgan posición social antes del matrimonio de sus madres o en el caso de que sus madres no se casen. Tienen también recursos y jerarquía para acceder a cuidados y socialización compartidos de los hijos, particularmente entre hermanas que colaboran, en el ámbito que comparten con su madre, en el cuidado de sus hijos.

La flexibilidad de los arreglos residenciales significa que las unidades domésticas, consideradas como unidades de producción y consumo, pueden reclutar o desechan miembros de la edad y el sexo apropiados. Un hombre sin un hijo adolescente puede recurrir a los hijos de su hermana para el trabajo de pastoreo, una mujer puede llevar a su hermana menor, o a su sobrina, a su casa para que la ayude en el trabajo doméstico y le haga compañía. De igual manera, una mujer y sus hijos tienen frecuentemente la posibilidad de reclutar apoyo social y económico de hombres que no son los padres de sus hijos. Ellos harán esto, como ya he indicado, ya sea que la mujer esté casada o no. En particular, su padre y sus hermanos son presencias vitales en la vida de sus hijos.

El elemento más central de la paternidad social en el sistema tswana, es que a través de su padre los hijos son situados socialmente. El proceso

acabado del matrimonio posiciona a los hijos inequívocamente en el linaje de su padre. En una situación donde los derechos jurídicos, el acceso a la tierra, el apoyo social y político, la posición ritual y la relación con los ancestros están todos organizados a partir de las líneas de parentesco, es crucialmente importante que las personas tengan una posición social definitiva y reconocida a partir de la cual puedan exigir derechos a sus parientes. No obstante, en la aldea de Mowetsi los hijos de una mujer soltera no pierden posición social, si bien sí pierden los beneficios generalmente conferidos por la exogamia. En estos casos, el padre de la mujer se convierte también en el padre social de sus hijos, dándoles nombres y posiciones sociales en el linaje de su madre más que en el de su padre.

El sistema familiar que he descrito tiene poder de adaptabilidad y flexibilidad. El sistema distribuye derechos y responsabilidades de manera relativamente amplia, de manera que el destino de las personas no se basa exclusivamente en una sola persona o relación. El sistema, sin embargo, no siempre funciona perfectamente. Es susceptible a fuerzas externas y a fallas y defectos individuales.

Para los niños, como ya he indicado, la verdadera desventaja no se encuentra en ser hijos de una mujer soltera. Pero los niños sí se encuentran en desventaja cuando pertenecen a una unidad doméstica que no tiene acceso a la posición social, al trabajo y al apoyo financiero proporcionados por los hombres. Una mujer que no tiene un padre competente o hermanos dignos de confianza y que no puede movilizar a otros parientes varones, enfrenta dificultades reales. Si logra conseguir un trabajo seguro y bien pagado, ella puede lograr estabilidad financiera, pero permanece en una situación social desventajosa. Dichos empleos son raros, inexistentes para mujeres que no han tenido apoyo familiar para acceder a la educación y la capacitación. En su forma presente, el sistema de derechos y responsabilidades distribuidos, depende de un monopolio masculino del trabajo asalariado, tal como el sistema tradicional dependía del control que los hombres más viejos tenían sobre la tierra y el ganado. Para las mujeres, bajo ambos sistemas la seguridad y el bienestar estaban asociadas a las relaciones establecidas con los hombres.

Lo que el sistema espera de los hombres es que sean económicamente productivos y que estén socialmente relacionados en formas que diseminen los frutos de su productividad a otros, particularmente a mujeres y niños, pero no necesariamente a sus esposas e hijos biológicos. Ningún hombre puede cumplir todas las exigencias que le son planteadas, pero debe cumplir algunas de ellas en formas que sean socialmente aceptables y útiles de manera práctica a los demandantes. El alto nivel de desempleo, los empleos inestables y el descenso de la migración internacional significan que la percepción de un salario no está garantizada. La agricultura en

pequeña escala y el pastoreo de ganado por cuenta propia no proveen ni la subsistencia ni el dinero en efectivo necesario para la vida en la Botswana contemporánea. A lo largo de un curso de vida, muchos hombres experimentarán periodos de desempleo. Bajo estas circunstancias, es inevitable que en cualquier momento, algunos hombres no serán productivos y por tanto serán de poca ayuda para sus hermanas y los hijos de ellas.

Hay también, además, algunos hombres que serán improductivos toda su vida o gran parte de ésta. Uno de los vecinos de Mowetsi, por ejemplo, era un hombre de alrededor de 35 años que vivía en la casa de su abuelo. Él había sido un niño pastor aunque ahora merodea en la aldea, ocasionalmente encuentra un pequeño trabajo, mendiga cigarros y bebidas, usa la misma ropa vieja y sucia y los mismos zapatos rotos y tiene la reputación de ser violento cuando bebe. Su fracaso social no obedecía simplemente a que no era un esposo y padre sustentador (de hecho, él hubiera sido una carga como esposo) sino que no era útil a sus padres, sus hermanas o sus sobrinos y sobrinas.

Una posibilidad adicional abierta por las oportunidades de trabajo asalariado en Botswana, es que los hombres pueden ser productivos y cumplir con todas las demandas que se les formulen. En una economía monetarizada, ya no se encuentran ligados a otros por las necesidades de división del trabajo, pero los lazos familiares, las obligaciones religiosas, un disgusto ante la soledad y el aislamiento social, y la seguridad económica provista por las conexiones sociales prolongadas, permanecen como intensas fuerzas que atraen a los hombres hacia la vida doméstica.

Conforme los grupos domésticos se mueven a través de sus ciclos de nuevo establecimiento, crecimiento y fusión, proveen a los hombres y demandan de ellos una secuencia de relaciones competitivas, pero también complementarias, con los niños.

### *El hermano de la madre*

La relación entre Mowetsi y el hermano de su esposa es un factor importante por considerar en su historia de fecundidad. El hermano de la esposa de un hombre, al que usualmente se hace referencia (tanto en la literatura antropológica como por las personas interesadas en la perspectiva del punto de vista de los niños), como el tío materno o el hermano de la madre, ocupa una posición social crucial, como un lazo entre los linajes o las familias extensas de esposo y esposa. Su importancia social estructural se clarifica en la práctica tswana, a partir de su centralidad en el momento del matrimonio. El *malome* es una figura clave en las discusiones y negociaciones que conducirán finalmente al matrimonio, se espera que contribuya con el *bogadi* del hijo de su hermana y tiene derecho a parte del pago *bogadi*

en el matrimonio de la hija de su hermana. También se espera que contribuya con el pago de las comidas que acompañan a las bodas y es la persona que conduce a los hombres del barrio de Mowetsi a través de la aldea cuando llevan el *bogadi* a la familia de la esposa del segundo hijo de Mowetsi en la ocasión de su matrimonio.

En una sociedad patrilineal como la tswana, el hermano de la madre no tiene el rol clave en la herencia de los hijos de su hermana que tendría en un sistema matrilineal, pero en ambos casos él se hace cargo de aspectos frecuentemente considerados parte del "rol paterno". En la familia nuclear occidental normativa, la sucesión, la herencia, la coresidencia, el apoyo económico, la crianza, la cercanía afectiva y el matrimonio con la madre están todos atados a una sola relación. En este caso, la paternidad y la fecundidad son vistas como idénticas, pero esta identidad es más contingente que necesaria. Cuando los elementos del "rol paterno" están distribuidos entre diferentes personas, asimismo lo están las motivaciones e implicaciones de la fecundidad. Los hombres saben que tienen acceso al trabajo de niños y personas más jóvenes a través de mecanismos que van más allá de la reproducción biológica. La calidad de las relaciones de los hombres con sus hermanos determinarán los derechos que puedan reclamar sobre los hijos de sus hermanos. Los efectos directos en la fecundidad biológica son difíciles de discernir, pero la lógica de la situación estimula la producción de niños a lo largo de un periodo amplio de tiempo, con relaciones sociales que complementan las biológicas en la apropiación del trabajo.

En el caso de Mowetsi, el hermano de su esposa ha sido capaz de ganar acceso al trabajo de pastor del hijo de Mowetsi. La propia economía doméstica del hermano de la esposa no ha dependido de una movilización ininterrumpida del trabajo de sus propios hijos. Además, cuando el hermano de la esposa ha estado en las minas, mientras su esposa vivía en su aldea natal, uno de sus hijos estuvo bajo la responsabilidad directa de su hermana (la esposa de Mowetsi) mientras ella todavía vivía en la casa de sus padres. Estas dos transferencias de hijos, relativamente formalizadas pero temporales, se distinguen de la "donación" permanente de los hijos para ser criados por otras personas, por ejemplo por una tía o abuela, así como del constante flujo diario de movimiento de niños de acuerdo con horarios, recursos, necesidades educativas, requerimientos de trabajo y preferencias personales de adultos y niños, flujo que es un rasgo notorio de la familia tswana.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Estoy en deuda con Anita Garey, quien realizó trabajo de campo acerca de los arreglos para el cuidado de los hijos en la aldea, y quien colaboró con mi propia investigación al compartir conmigo sus datos, los cuales apoyan esta afirmación.

Sin embargo, la relación de un niño o niña con su tío materno es más que una forma para apropiarse de mano de obra. Los elementos rituales y socioestructurales de la relación coinciden con el potencial para una cercanía afectiva. Frecuentemente el niño o niña ha compartido el *lolwapa* con su *malome* cuando el tío y su hermana todavía residían en la casa de los padres, de modo que el tío no vivía con su esposa e hijos, y su hermana y sus hijos no vivían con su esposo. Los hijos más jóvenes de Mowetsi jugaban con sus nietos, los bañaban y supervisaban. El tío, ligado a su hermana por lazos duraderos de sentimientos e interés, puede bien ser una figura más estable en la vida de un niño que el padre (Fox, 1993). Para los hombres, los hijos de la hermana son personas con las que mantienen conexiones y exigencias mutuas de por vida.

### *El abuelo*

Todos los hijos de Mowetsi nacieron en un *lolwapa* encabezado por su abuelo materno, y su hija mayor dio a luz a su propio hijo en ese mismo *lolwapa*. La hija más joven de Mowetsi dio a luz a sus hijos en ese *lolwapa* y los niños continúan viviendo ahí. No conocí ningún primogénito en la aldea que no hubiera nacido en la casa de los padres de su madre. Para las mujeres casadas, el tiempo promedio entre el primer nacimiento y la mudanza a su propia unidad doméstica es de 12 años, así que los niños nacidos en este lapso posterior al primer parto de su madre, han nacido, en promedio, en la unidad doméstica de sus abuelos.<sup>10</sup> Generalmente, las mujeres que eventualmente no se casan dan a luz a todos sus hijos en la casa paterna. En estos casos, es usualmente a través del abuelo, como cabeza del *lolwapa*, que los niños se convierten en miembros del barrio o del linaje y que adquieren sus derechos sobre la tierra, su posición jurídica y su posición social.

En ocasiones el abuelo se convierte no únicamente en el padre social en sentido estricto, sino en el padre en términos más generales. "Lo llamamos padre porque el nos crió", era la explicación dada por un conjunto de hermanos en esta situación, después de una entrevista genealógica particularmente confusa en la que tanto la madre como sus hijos dieron el mismo nombre cuando se les preguntó acerca de su padre. El reclamo de paternidad del abuelo no es sólo una cuestión de ausencia. El hermano de Mowetsi, llamado Motsoko, un hombre viejo y cabeza de su

<sup>10</sup> Para 26 mujeres casadas, con edades entre 33 y 65 años, que han establecido sus propias unidades domésticas con sus esposos, el tiempo promedio entre el primer nacimiento y el establecimiento de su propia unidad doméstica fue de 12.08 años y la media era de 11.5 años (Garey y Townsend, 1996).

propio *lolwapa*, en el que vivían, entre otras personas, su hija no casada con tres de sus hijos, me explicó su punto de vista acerca de la situación de los niños. Si bien el padre biológico de los hijos de su hija contribuía a su mantenimiento, esos niños habían recibido un "apellido" del linaje paterno de la madre y Motsoko decía que "le pertenecían" a él, como padre de la madre de ellos.<sup>11</sup> En general, los abuelos prefieren que los nietos estén situados firmemente en sus casas y linajes, que asociados ambiguamente al padre biológico (Garey y Townsend, 1996).

### *Los hermanos*

Los adultos Tswana tenían una postura muy clara, no sólo acerca de los nuevos y crecientes costos de tener muchos niños en una economía crecientemente comercial, sino también acerca de sus beneficios. Se nos dijo frecuentemente que, puesto que uno no podía depender con certeza de un solo hijo, y no podía nunca saber cuáles resultarían buenos para uno, tenía sentido tener varios. Pero hay también una interacción entre los beneficios que los padres obtienen de sus hijos y los que los hermanos obtienen uno del otro. El cuidado de los hijos por parte de sus hermanos puede fácilmente ser visto como un beneficio para los padres (particularmente para las madres) y como una reducción de los costos de la fecundidad. Pero la presencia de los hermanos tiene profundas implicaciones para las oportunidades que el niño tendrá en la vida y para las posibilidades del adulto a su vez. Por ejemplo, el compartir el cuidado y la mano de obra infantil entre hermanos adultos, al reducir la dependencia de la reproducción biológica, tiene implicaciones sobre la conducta de su fecundidad. La naturaleza exacta de estas implicaciones es compleja y potencialmente contradictoria, es decir, la gente nos daba ejemplos de mujeres cuya baja o alta fecundidad era atribuida al apoyo potencial o actual de sus hermanos.

Tal vez sea en la provisión de la educación que los hermanos tienen el mayor impacto en las oportunidades de cada uno. Ya he presentado el patrón de la familia de Mowetsi, en el que el hermano más joven es el que alcanza la mayor escolarización. Este patrón se mantiene a lo largo de generaciones, en la aldea como un todo, al mismo tiempo que los niveles generales de escolarización han crecido rápidamente. Los hermanos mayores con frecuencia ayudan a costear la escuela de los más jóvenes. En el

<sup>11</sup> La convención tswana de denominación es darle a un niño uno de los nombres de su abuelo. La imposición de un sistema de primeros nombres y apellidos ha detenido el patrón generacional alterno en el nivel generacional de los actuales abuelos más viejos. Los hijos de Mowetsi y los hijos de sus hijos tienen uno de los nombres del padre de Mowetsi como apellido. Los hijos del hermano de Mowetsi, así como los hijos de sus hijos y los hijos de su hija soltera tienen otro nombre del padre de Mowetsi como apellido.

proceso ellos reducen lo que puede ser visto como costos para los padres. Sin embargo, al mismo tiempo, ellos reclaman derechos propios sobre los hermanos que educan. En particular, esperarán que estos hermanos contribuyan al cuidado y educación de los hijos cuyos padres los ayudaron a ellos.<sup>12</sup> Las implicaciones de este patrón parecerían ser pronatalistas en dos generaciones simultáneamente.

#### IMPLICACIONES PARA EL ESTUDIO DE LA FECUNDIDAD MASCULINA

Hay dos amplias implicaciones metodológicas de la descripción que he hecho en este trabajo. La primera es que la fecundidad masculina se extiende a lo largo del curso de vida y que es particularmente vulnerable a la subrepresentación de los análisis basados en datos de corte transversal. Especialmente cuando el matrimonio es un proceso que no precede a la crianza de los hijos, la fecundidad de un hombre joven puede ser reconocida y reportada de acuerdo con una variedad de reglas y convenciones sociales. El número reportado no es un indicador confiable de la reproducción biológica o la responsabilidad social, y la ausencia de matrimonio entre un hombre y una mujer no es, en sí mismo, un buen indicador de la relación social que posteriormente desarrollarán. Además, el conocimiento que el hombre tiene de que esta relación es de por vida, influirá en la temporalidad y el volumen de su fecundidad.

La segunda implicación metodológica es que la fecundidad de un hombre no puede ser estudiada de manera aislada, sino en su entrecruzamiento con un conjunto de relaciones sociales. Esto no significa que un grupo actúe o tome decisiones como un grupo cooperativo, si bien esto puede suceder en ciertas circunstancias, sino que cada hombre coordina su trayectoria de fecundidad y su curso de vida con otros, quienes proveen un contexto para sus propias acciones.

Identificar la fecundidad de un grupo relevante, un contexto que no se ramifica indefinidamente o idiosincráticamente, pero que sin embargo captura las relaciones significativas, es una tarea difícil y que responde a una situación específica. En el medio rural de Botswana, el *lolwapa* de origen, con miembros residiendo en un número de locaciones, es una primera aproximación útil a un contexto relevante de fecundidad, especialmente para los hombres. Las mujeres que se casan cambian de posición social, convirtiéndose en miembros del *lolwapa* y barrio de su esposo. Los

<sup>12</sup> Cambios económicos y sociales que reducen la posibilidad y estabilidad de los matrimonios, incrementan la importancia de los hermanos como soporte de los hijos de sus hermanas. Este desarrollo también ha sido notado en otras áreas de Sudáfrica dependientes de la migración laboral (Niehaus, 1994; Sharp y Spiegel, 1990).

hombres, en cambio, si bien pueden establecer un *lolwapa* propio, se mantienen ligados al patrilineaje y al *lolwapa* de sus padres. Sea como sea que se defina el contexto de la conducta de la fecundidad, y cualquiera que sean sus limitaciones, se mantiene la observación de que la fecundidad de un hombre no puede ser comprendida aisladamente y que, para muchos tipos de análisis los sujetos de estudio deben estar ligados en vez de ser independientes.

#### CAMBIO SOCIAL Y CONTINUIDAD

En el sistema que he descrito, el control de los recursos sociales y físicos en la aldea, se encuentra en las manos de los hombres más viejos, y los lazos sociales y emocionales entre hermanos son reforzados culturalmente. Un resultado es que el ingreso y la producción de los hombres adultos, son, al menos en parte, apropiados para la manutención de los hijos. Ellos no dependen exclusivamente de la producción de sus padres y en una situación donde los ingresos de la agricultura o del trabajo asalariados son inciertos, eso da lo mismo. El sistema, sin embargo, depende de la división del trabajo en la cual ningún individuo puede sobrevivir sin movilizar relaciones sociales a cada paso. Esta división del trabajo se ve socavada cuando las personas pueden tener ingresos individuales en el interior del país. El trabajo migrante a Sudáfrica, si bien provee de ingresos individuales, no socavaba el sistema, ya que el migrante dependía, para su bienestar material y existencia social, del mantenimiento de su posición en la aldea.

El trabajo asalariado en el interior de Botswana otorga oportunidad y estímulo a los hombres para establecer unidades domésticas propias de familias nucleares, independientes de las demandas de padres y hermanos. Siete de los 92 hombres del barrio han establecido unidades domésticas propias lejos de la aldea, y este bajo porcentaje se elevará inevitablemente en el futuro. Sin embargo, la vida urbana es cara y puesto que el desempleo es alto y el sector formal está sujeto a las fluctuaciones de la economía global, la percepción de un salario es incierta. Las áreas rurales todavía proveen de un lugar barato para vivir así como de lugares donde tanto ricos como pobres pueden hacer inversiones sociales y económicas para el futuro. Los migrantes y quienes se desplazan diariamente de la aldea, y, según mi impresión, la gran mayoría de los habitantes en Botswana, mantiene múltiples conexiones de interés económico, sentimental, de obligación y afiliación ritual con sus hogares.

En esta situación, los cursos de vida de los hombres estarán interrelacionados. En este trabajo me he centrado en las formas en que estos vínculos entre hombres resultan en un involucramiento continuo y activo de

los hombres viejos en la reproducción, que es en parte resultado directo de la reproducción biológica continua hasta edades mayores. Este efecto es mayor en sociedades polígamas que en Botswana, donde la monogamia es la regla, pero el matrimonio masculino aplazado y las diferencias de edad entre cónyuges sí implican que las esposas de los hombres frecuentemente conciben hijos cuando sus esposos se encuentran en sus 50 años. Evidencias recientes indican que la fecundidad está descendiendo en Botswana (Rutenberg y Diamond, 1993) pero indican también que dicho descenso es el resultado de incremento en los intervalos entre nacimientos más que en la paridad o la edad específica en la que cesa la fecundidad (Van de Walle y Foster, 1990). Si este patrón, que parece ser general en África subsahariana, persiste, entonces la concepción continúa a edades relativamente altas de las mujeres y correspondientemente, también persistirá a altas edades de sus esposos, independientemente de menores niveles de la fecundidad general.

#### CONCLUSIÓN

El involucramiento continuo de los hombres viejos en la reproducción significa, no obstante, más que la continua producción de hijos. La fecundidad de los hombres se enlaza intergeneracionalmente. Desde la perspectiva de los hombres jóvenes, la edad a la que un hombre se casa, establece su propia unidad doméstica o aparece ante las mujeres como un esposo o pareja deseable, dependerá del estatus de la relación de sus hermanas (por tanto de la situación de sus parejas masculinas), de las necesidades y recursos de sus hermanos o de la situación de su padre. De manera similar, la posición de un hombre viejo como cabeza de un *lolwapa* en funcionamiento, depende de su propia fecundidad a lo largo de su curso de vida, definida de manera estricta, pero también del estatus reproductivo, ocupacional y marital de sus hijos.

El entrecruzamiento de las vidas de los hombres a través de las generaciones se ilustra en el ejemplo de Mowetsi y sus hermanos. El mayor de los tres ha mantenido su *lolwapa* a través de la mano de obra de tres generaciones de hombres. Sus hijos han establecido *malwapa* de su propiedad y una de sus hijas se casó. Él y su esposa se benefician actualmente de la mano de obra de sus dos nietos crecidos que viven con ellos y de su hija soltera, la que, a cambio, encuentra en el conjunto residencial de sus padres un hogar para sus hijos pequeños. El bienestar de esta vieja pareja depende de sus propios hijos y nietos, al mismo tiempo que ellos proveen servicios "paternos" vitales a ambas generaciones. Mowetsi mismo, como he descrito, está también ayudando a coordinar la vida de sus hijos adultos

de manera que su trabajo, fecundidad, educación y patrones residenciales se complementen entre ellos. Mientras que su reproducción biológica reconocida terminó con el nacimiento de su último hijo, cuando tenía 40 años, él sigue contribuyendo a la reproducción de sus hijos al facilitar sus matrimonios y formación educativa. Mowetsi y su esposa se encuentran también directamente en una posición "paterna" al vivir con, apoyar y cuidar a sus nietos más pequeños (nacidos en 1988 y 1992). La comparación con la familia y el *lolwapa* de la viuda del hermano de Mowetsi, muestra la crucial importancia de los hombres viejos en el cuadro general de la fecundidad masculina. Mientras que el arreglo residencial de tres generaciones, y el apoyo entre hermanos son aspectos de los tres Malwapa, ninguno de los hijos de la viuda, hombre o mujer, se ha casado. Para sus hijos, la ausencia de un padre durante sus años de jóvenes adultos ha significado que los roles de hijo, hermano y tío han tomado precedencia sobre los de esposo o padre. En este caso, la ausencia de un hombre viejo en la unidad doméstica demuestra el impacto que los hombres mayores tienen en las oportunidades de vida de las generaciones subsecuentes.

La fecundidad masculina, en el estricto sentido biológico, puede continuar hasta el fin de la vida. De manera más significativa, las variadas relaciones sociales que los hombres tienen con miembros de generaciones subsecuentes, influyen en su propia reproducción, en la reproducción de sus hijos e hijas y en las oportunidades de vida de sus nietos. Al mismo tiempo, las condiciones de vida de un hombre viejo están condicionadas por la configuración de los cursos de vida de sus hijos. La fecundidad de los hombres, en tanto relación reproductiva, entrelaza las vidas de hombres y mujeres a través de generaciones.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Awusabo-Asare, K. (1988), "Interpretations of demographic concepts: the case of Ghana", *Population and Development Review*, 14, pp. 675-687.
- Birdsall, N., Boulier, B., Mauldin, W.P., Lapham, R.J. y Wheeler, D. (1985), *The Effects of Family Planning Programs on Fertility in the Developing World*, World Bank Staff Working Papers, núm. 677, World Bank, Washington, D.C.
- Botswana Government (1983), *Census Administrative/Technical Report and National Statistical Tables. 1981 Population and Housing Census*, Central Statistics Office, Gaborone, Botswana.
- Bruce, J., y Lloyd, C.B. (1992), *Finding the Ties That Bind: Beyond Headship and Household*, Population Council Working Papers, núm. 41, Population Council, Nueva York.
- Comaroff, J.L. (ed.) (1980), *The Meaning of Marriage Payments*, Academic Press, Nueva York.

- Comaroff, J.L. y Comaroff, J. (1981), "The management of marriage in a Tswana chiefdom", en E.J. Krige y J.L. Comaroff (eds.), *Essays on African Marriage in Southern Africa*, Juta, Cape Town.
- Fortmann, L. (1981), *Women's Agriculture in a Cattle Economy*, Rural Sociology Unit, Ministry of Agriculture, Gaborone, Botswana.
- Fox, R. (1993), *Reproduction and Succession: Studies in Anthropology, Law, and Society*, Transaction Publishers, New Brunswick.
- Freedman, R., Easterlin, R., Menken, J., Willis, R., Lapham, R. y Bulatao, R. (1983), "A framework for the study of fertility determinants", en R. Bulatao y R.D. Lee (eds.), *Determinants of Fertility in Developing Countries, vol. I Supply and Demand for Children*, Academic Press, Nueva York.
- Garey, A.I. y Townsend N.W. (1996), "Kinship, courtship, and child maintenance law in Botswana", *Journal of Family and Economic Issues* (Special Issue on International Family Policy), 17(2) pp. 189-203.
- Goody, J. (ed.) (1958), *The Developmental Cycle in Domestic Groups*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Kerven, C. (1982), "The concept of Household in Botswana society", en *Migration in Botswana: Patterns, Causes and Consequences*, Final Report of the National Migration Study, tres volúmenes, Central Statistics Office, Gaborone, Botswana, pp. 901-904.
- (1984), "Academics, practitioners and all kinds of women in development: a reply to Peters", *Journal of Southern African Studies*, 10, pp. 259-268.
- Kossoudji, S., y Mueller, E. (1983), "The economic and demographic status of female-headed households in rural Botswana", *Economic Development and Social Change*, 31, pp. 831-859.
- Krige, E.J., y Comaroff, J.L. (eds.) (1981), *Essays on African Marriage in Southern Africa*, Juta, Cape Town.
- Kuper, A. (1982), *Wives For Cattle: Bridewealth and Marriage in Southern Africa*, Routledge, Londres.
- Leach, E. (1991), "The social anthropology of marriage and mating", en V. Reynolds y J. Kellest (eds.), *Mating and Marriage*, Oxford University Press, Nueva York, pp. 91-110.
- Molokomme, A. (1991), *Children of the Fence: The Maintenance of Extramarital Children under Law and Practice in Botswana*, Research report 46, African Studies Center, Leiden.
- Niehaus, I.A. (1994), "Disharmonious spouses and harmonious siblings: conceptualizing household formation among urban residents in Qwaqwa". *African Studies*, 53, pp. 115-135.
- Peters, P. (1983), "Gender, development cycles and historical process: a critique of recent research on women in Botswana", *Journal of Southern African Studies*, 10, pp. 110-112.
- Riedmann, A. (1993), *Science That Colonizes: A Critique of Fertility Studies in Africa*, Temple University Press, Philadelphia.
- Rutenberg, N. y Diamond, I. (1993), "Fertility in Botswana: the recent decline and future prospects", *Demography*, 30, pp. 143-158.

- Schapera, I. (1950), "Kinship and marriage among the Tswana", en A.R. Radcliffe-Brown y C.D. Forde (eds.), *African Systems of Kinship and Marriage*, Oxford University Press, Oxford, pp. 140-165.
- (1971), *Married Life in an African Tribe*, Penguin, Harmondsworth.
- Sharp, J., y A. Spiegel (1990), "Women and wages: gender and the control of income in farm and bantustan households", *Journal of Southern African Studies*, 16, pp. 527-549.
- Townsend, N.W. (1997a), "Reproduction in anthropology and demography", en D. Kertzer y T. Fricke (eds.), *Anthropological Demography: Toward a New Synthesis*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 96-114.
- (1994b), "Men, households, and children in Botswana: an exploration of connections over time and space", *Journal of Southern African Studies*, 23.
- Van de Walle, E., y A. Foster (1990), *Fertility Decline in Africa: Assessment and Prospects*, World Bank, Washington, D.C.

### III

## LA ESPECIFICIDAD DE LA PARTICIPACIÓN DEL VARÓN EN LAS PRÁCTICAS SEXUALES REPRODUCTIVAS



# ABORTO: TENSIÓN Y NEGOCIACIÓN ENTRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO

ONDINA FACHEL LEAL\*  
JANDYRA M. G. FACHEL\*\*

## INTRODUCCIÓN

Los resultados que presentamos en este trabajo son parte de una investigación que combinó un abordaje antropológico y un procedimiento etnográfico de investigación con procedimientos estadísticos.<sup>1</sup> Se trata de un modelo de investigación que incursiona en la interfase entre los datos cualitativos, su sistematización la cuantificación y análisis en una perspectiva que abarca tanto la minucia y sutileza de los datos como su posibilidad de generalización.<sup>2</sup> La investigación se realizó en cuatro zonas marginales, *vilas de favelas* de la ciudad de Porto Alegre (RS) y comprendió a una población total de 202 personas (99 mujeres, 103 hombres), en edad reproductiva (14 a 60 años). Esta población tiene la característica de ser atendida por los servicios de salud comunitarios. O sea, se trata de una población de bajo ingreso, que vive en situación urbana precaria, pero que cuenta con servicios médicos públicos y gratuitos de orientación preventiva.

Nuestro objetivo en el presente trabajo es el de discutir temas relacionados tanto con la organización familiar como con la reproducción —el tener o no hijos o, más aún, poder tenerlos o no—, ya que ambos temas representan una pieza importante de la relación entre hombres y mujeres. A su vez, mostramos cómo el nuevo hijo (sea proyecto o embarazo) se

\* Docente en el Programa de Posgrado en Antropología Social, Universidad Federal de Rio Grande do Sul, Porto Alegre, RS, Brasil.

\*\* Docente del Departamento de Estadísticas, Universidad Federal de Rio Grande do Sul, Porto Alegre, RS, Brasil.

<sup>1</sup> Investigación titulada *Body, Sexuality and Reproduction: A Study of Social Representations* que tuvo el apoyo del Special Programme of Research, Development and Research Training in Human Reproduction, WHO (World Health Organization), (OMS/HRP Project 91398 Brasil).

<sup>2</sup> Para una descripción detallada de los procedimientos metodológicos de esta investigación, véase Leal y Fachel, 1994; Leal y Fachel, 1995 y Fachel *et al.*, 1995.

constituye en un elemento clave de negociación entre lo femenino y lo masculino, así como un vínculo de toda una red de relaciones y de organización familiar.

Nuestros datos indican por un lado, que aunque esta población sea socioeconómicamente homogénea, la diferencia de género (femenino y masculino) es orientadora de diferencias importantes en lo que se refiere a prácticas y valores relativos a la sexualidad y, por otro, que la organización familiar predominante que corresponde a la de familia extendida, de orientación uxori-local y matrifocal, ejerce una influencia importante. El fenómeno de circulación de niños, adopción informal del niño, donde éste permanece dentro de la parentela consanguínea o política es un rasgo que caracteriza a la organización de la unidad doméstica en este grupo de población. A ello se agrega, como otro rasgo, que el grupo estudiado, aunque vive en situación extremadamente precaria (*vilas de favela*), mantiene una dinámica familiar sólida en el sentido de que las relaciones de parentesco son el elemento fundamental de su forma de organización social.

#### ORGANIZACIÓN Y CONFORMACIÓN FAMILIAR

Partimos del supuesto de que la negociación que se establece entre el hombre y la mujer respecto a la reproducción y, sobre todo, en lo que se refiere al aborto, sólo puede ser entendida en el contexto de la forma de organización y arreglos familiares vigentes en el grupo de población considerado.<sup>3</sup>

En el universo estudiado, la organización del parentesco y de las unidades domésticas obedecen a un patrón en el cual (tomando al entrevistado(a) como ego-referencia) se observa que estas redes familiares son prioritariamente de tipo uxori-local y claramente matrifocales, esto es, las unidades domésticas están localizadas preferencialmente en la casa de la esposa, o en el terreno de la familia de ésta (en aproximadamente 50% de los casos). Como sucede con frecuencia no se trata sólo de los padres de la esposa, sino de sus abuelos maternos o su parentela materna, por lo que utilizamos el término uxori-local en la acepción más incluyente que priorice esta orientación femenina de las unidades domésticas. A su vez, a partir de las historias de vida es posible observar que hay un movimiento de virilocalidad, incluso como estrategia de constitución y legitimación social de la alianza. Es decir, al constituirse la alianza o unión es común que el local de

<sup>3</sup> Para una discusión sobre identidad masculina y la tensión de género, véase Leal y Boff, 1995.

residencia sea la casa (o terreno) de la familia del esposo, y sólo más tarde en la historia de la alianza se establece la residencia junto a la unidad doméstica de la esposa. Así, al considerar el momento de la investigación como referente temporal, tenemos 23% de unidades domésticas con una orientación virilocal.

Por otra parte, las familias son mayoritariamente del tipo extendida (71%) en oposición al nuclear (27%), sin embargo, los datos no permiten verificar una prioridad en cuanto a la orientación de la parentela o de los otros agregados que cohabitan (siendo siempre el terreno el lugar de referencia del domicilio). Así, en relación con la orientación de la unidad doméstica, tenemos que en la mitad de los casos la orientación es por afinidad y en la otra mitad es consanguínea en el total de la población de estudio. Si tomamos en cuenta sólo la orientación de las familias extendidas, encontramos que éstas presentan una asociación clara con patrones de matrifocalidad o uxori-localidad y con relaciones de consanguinidad.

Los resultados del estudio también muestran que cerca de la mitad de la población tiene una alianza estable —siendo la duración de la unión (más de cuatro años) el indicador empírico de su estabilidad—, aunque esto no implica haber tenido sólo una unión. De acuerdo con los datos de nuestro estudio, 52% de los casados pertenece a la categoría de casados independientes.<sup>4</sup>

Una de las dificultades para obtener información más precisa acerca del número de uniones del entrevistado, reside en el hecho de que si la alianza era consensual y no generó hijos, no es identificada por el entrevistado como una alianza, lo que genera cierta dificultad para percibir la circulación de compañeros y o la estabilidad de las alianzas en grupos populares. Aunque no debe olvidarse, como ya fue mencionado, que dicha estabilidad está directamente relacionada con la posibilidad de ganarse la vida.

Por otro lado, desde la perspectiva de la población de clases populares estudiadas, el embarazo en la adolescencia no se percibe como un “problema” —a diferencia de la perspectiva estrictamente médica— ya que más bien se trata de una estrategia de la mujer adolescente para constituir una alianza. Además, una vez que ocurre el embarazo se establece una negociación en términos de quién potencial y socialmente lo asumirá, lo que

<sup>4</sup> Dos variables fueron construidas a partir de datos cualitativos: Alianza y Vida. Ambas son en cierta medida equivalentes, pero en la primera, la preocupación fue abarcar la estabilidad o no de las alianzas (uniones) del grupo investigado. La segunda se centra en una noción de fase de vida, e indica si el entrevistado aún es hijo(a), soltero y dependiente dentro de una unidad doméstica, o bien si es independiente; si es casado pero dependiente, e incluso vive todavía en la unidad doméstica de origen o del progenitor del esposo(a); o si es casado independiente.

evidencia que siempre los roles sociales están en juego, y, por lo tanto, el momento de la reproducción puede considerarse también como el momento de la redefinición de dichos roles.

En este sentido, a partir del análisis de las historias de vida apareció una información espontánea (ya que no fue directamente formulada) que nos indica que 25% de las uniones ocurrió determinado por el embarazo; otro 14% indicó que "huyeron de casa", lo que también debe considerarse una modalidad de la primera opción, o sea, como estrategia matrimonial donde se legitima la unión al hacerse público que la pareja mantiene relaciones sexuales. Esta decisión se explica en gran medida, porque evita los rituales y costos comprendidos en caso de celebrarse la ceremonia, aunque lo que nos interesa subrayar es que este hecho y la frecuencia del mismo tienen que ser considerados en términos de los programas médicos de "planificación familiar".

Estos resultados, que también son recurrentes en la literatura antropológica respecto a las clases populares, llaman la atención por el hecho de que las familias de las clases populares, aun viviendo en una situación extremadamente precaria (*vilas de favela*), mantienen una organización familiar sólida en el sentido de que las relaciones de parentesco son un elemento fundamental de su organización social, o, dicho de otra forma, el parentesco es el principio de organización social entre grupos populares urbanos.

Otro resultado importante de nuestro estudio se refiere a la práctica de circulación de niños entre grupos populares, proceso social también ampliamente estudiado en la literatura antropológica reciente (véase Fonseca, 1994). En este caso la existencia de datos estadísticos respecto del universo masculino es una novedad. En el universo estudiado, tenemos que 11% de los entrevistados tomó un hijo o más "para criarlo(s)" y que 19% dio uno o más para que otra persona lo "crie". Si consideramos que los que dieron hijos para criar no son los mismos que "tomaron para criar" tenemos que cerca de 30% de las unidades familiares está involucrada en esta práctica. En el total del universo de nuestro estudio (200 familias), tenemos que 34 niños fueron dados en adopción y 38 niños fueron adoptados, o sea, un total de 72 niños circularon entre diversas familias.

Las evidencias empíricas en cuanto al conocimiento y uso de métodos anticonceptivos muestran, al comparar las declaraciones masculinas con las femeninas, que los hombres tienden a sobrevalorar el número de mujeres que efectivamente usan algún método, y que el anticonceptivo oral es el que se utiliza con mayor facilidad. En este sentido suponemos que los hombres están mal informados por sus propias compañeras, suposición que se basa en la aleatoriedad del dato, pues como indicamos anteriormente, no trabajamos con parejas.

Además se puede inferir una relativa desinformación masculina, por el hecho de que apenas 1.5% de los hombres declaró no conocer el método utilizado, aunque se trata de un universo bastante pequeño. Podemos observar también que la participación masculina en la elección o en el uso del método no es insignificante en la medida que muchos hombres indican, por ejemplo, no solamente el anticonceptivo oral (pastillas), sino también el nombre farmacéutico de éste y, aunado a ello señalan conocer los cambios experimentados en los métodos anticonceptivos y en las marcas de los métodos orales.

La información relativa al uso del condón, declarada básicamente por los hombres, se refiere siempre a un método concomitante, o bien un método que se utiliza en relaciones sexuales paralelas, o sea, con diferentes compañeras sexuales. Del total de los entrevistados, apenas 9.1% de ellos (hombres o mujeres) declara usar condón de forma eventual, 29.4% ya lo había utilizado una o dos veces en su vida; y 61.5% nunca lo usó.

Para analizar la asociación entre algunas variables, utilizamos la técnica estadística de análisis de correspondencia que muestra, de forma gráfica y a través de proximidades de puntos de líneas y columnas de las tablas, las asociaciones entre categorías.

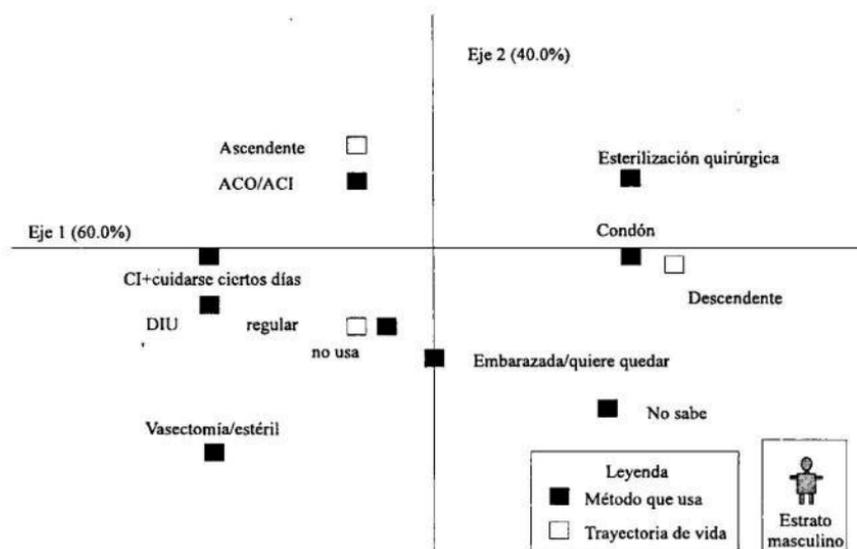
La incidencia de métodos anticonceptivos presenta una asociación con la dinámica de la movilidad social de las personas. Una trayectoria de vida ascendente está correlacionada con la opción de métodos anticonceptivos médicos y reversibles (anticonceptivo oral), en cambio, trayectorias descendentes se vinculan con la esterilización quirúrgica y uso del condón (en la declaración masculina) y trayectorias sociales regulares con el no uso de algún método moderno o bien con el uso de métodos tradicionales (coito interrumpido y abstinencia periódica) (véase la gráfica 1).

También se observa una asociación clara entre el número de hijos y la opción por métodos anticonceptivos. La esterilización quirúrgica femenina se realiza en mujeres con cuatro hijos o más, los métodos médicos (pastilla y DIU) son adoptados por mujeres con uno a tres hijos, y las que no los tienen, no usan alguno o recurren a métodos tradicionales o naturales (véase la gráfica 2). Esta relación también se vincula con la edad: en el caso de los hombres se encontró una asociación clara entre el uso del condón y el ser jóvenes.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA PRÁCTICA DEL ABORTO

La información obtenida tanto de hombres como de mujeres respecto al aborto, muestra una predominancia de 34% de prácticas abortivas en esta población; de manera más específica, 15.4% de los entrevistados declaró ya

GRÁFICA 1  
Método anticonceptivo por trayectoria de vida  
(declaración masculina)



Método Anticonceptivo	Trayectoria de vida		
	Ascendente	Regular	Descendente
ACO/ACI	17	20	5
DIU	2	5	0
CI + cuidarse ciertos días	1	2	0
Está embarazada/quiere quedar embarazada	1	4	1
No usa	5	14	3
Condón	3	5	4
Esterilización quirúrgica	2	2	2
Vasectomía/estéril	0	1	0
No sabe	0	2	1
Total	31	55	16

ACO/ACI: método anticonceptivo oral.

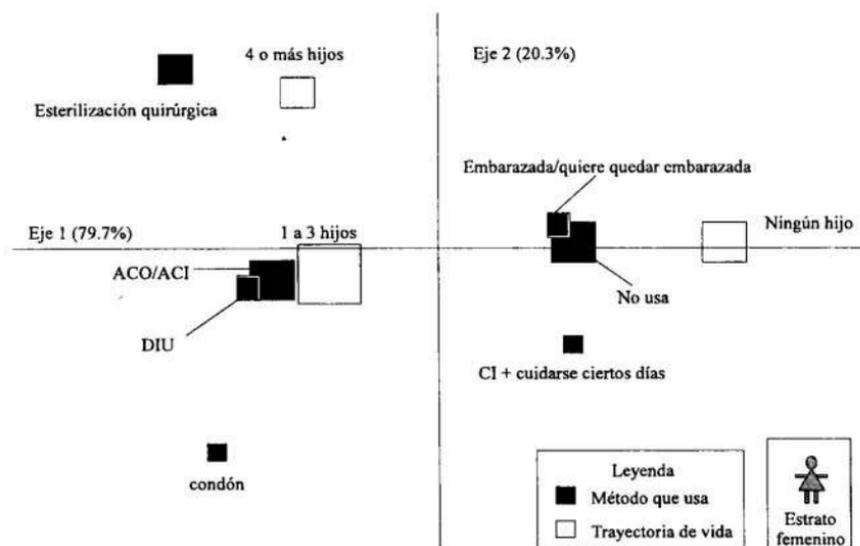
DIU: dispositivo intrauterino.

CI: coito interrumpido.

n= 103 hombres.

Variables: uso métodos anticonceptivos, trayectoria de vida.

GRÁFICA 2  
Método anticonceptivo según número de hijos  
(mujeres)



Método anticonceptivo	Ningún hijo	1 a 3 hijos	4 o más hijos
ACO/ACI	1	25	5
DIU	0	9	1
CI + cuidarse ciertos días	2	3	0
Está embarazada/quiere quedar embarazada	4	5	1
No usa	15	18	23
Condón	0	1	0
Esterilización quirúrgica	0	5	3
Total	22	66	11

n= 99 mujeres.

haberlo practicado (o en el caso masculino, una de sus compañeras lo hizo) y en 19% de los casos, según el entrevistador, ya había abortado, ya que el entrevistado(a) no identificaba la práctica abortiva como tal. En este caso, se trata del uso de tés (*chapueradas*), o su combinación con medicamentos, como el Cytotec. Al respecto, resulta interesante que 18% de las mujeres conoce el Cytotec. Llama la atención que las declaraciones de ambos sexos presentan, en general, la misma distribución, observándose una propor-

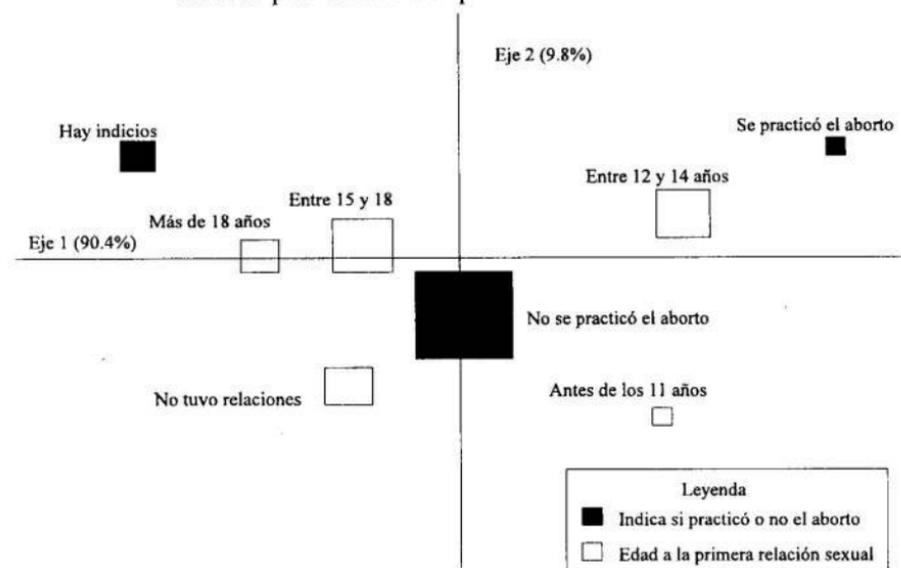
ción mínima de posible desinformación masculina. La prevalencia del aborto se distribuye de forma diferenciada entre las zonas marginadas, *vilas*, estudiadas. Es sorprendente también que el aborto no haya presentado una asociación significativa con otras variables socioeconómicas, tales como condición de vivienda o trayectoria de vida —lo que podría obedecer a que se trata de un grupo de población bastante homogéneo—. A su vez, otras variables más discriminantes en la población estudiada, tales como la práctica religiosa, etnicidad u origen social (rural o urbano), no presentaron una asociación con la variable práctica abortiva. Lo anterior lleva a la necesidad de elaborar nuevas hipótesis respecto a la situación diferenciada de las zonas marginadas y de sus respectivos servicios de salud.

La asociación más significativa se observa entre la práctica del aborto y la edad a la primera relación sexual, tanto para los informantes masculinos como para las mujeres; cuanto más temprano ocurrió la iniciación sexual (que se concentra entre los 12 y 14 años) mayor es la incidencia de aborto (véase la gráfica 3).

Las opiniones acerca del aborto son, de hecho, menos conservadoras que lo que sugieren los datos cuando se trata de la primera declaración al respecto. La declaración sobre la opinión del entrevistado acerca del tema viene acompañada de un argumento relativizador sobre las condiciones en que éste puede o no ocurrir. Si trabajamos con estos matices de opinión tenemos que 60.7% justifica el aborto en determinadas circunstancias tales como la “falta de condiciones para criar al hijo” o la “falta de alguien que pueda encargarse” del niño en una red extensa de parentela y vecindad (la madre, el padre, o familiares). Asimismo 37% no justifica en ningún caso la práctica del aborto o bien sólo en los casos previstos por la ley (aborto terapéutico o en caso de violación). Se observa una distribución diferenciada en la opinión sobre el aborto, los hombres muestran una menor proporción favorable a éste que las mujeres (53% de los hombres se manifiesta en favor en determinadas circunstancias, contra 70% de las mujeres que lo acepta). También se observa una proporción de hombres (5%) cuyas compañeras lo practicaron; se trataba de una gestación en que el informante era el padre, y en estos casos, él estaba radicalmente contra el aborto. Al observar la historia de vida de los entrevistados en estos casos, el aborto por decisión femenina fue el motivo de conflicto y terminación de la unión. El hombre joven tiende a ser más favorable al aborto que el hombre adulto, mientras que una correlación inversa se encuentra respecto al universo femenino, las mujeres jóvenes se manifestaron más en contra del aborto que las mujeres adultas (véase gráfica 4).<sup>5</sup>

<sup>5</sup> La variable relativa al sexo con una redistribución entre “jóvenes” y “adult(a)s” fue construida a partir de una serie de indicadores que no se restringió a la edad y sí incluyó la

GRÁFICA 3  
Aborto por edad de la primera relación sexual



*Edad a la primera relación sexual*

<i>Indicios de aborto</i>	<i>Antes de los 11 años</i>	<i>Entre 12 y 14 años</i>	<i>Entre 15 y 18 años</i>	<i>Más de 18 años</i>	<i>No tuvo relaciones</i>
Practicó aborto	2	15	9	2	2
No lo practicó	8	39	49	18	14
Hay indicios	0	7	18	8	4
Total	10	61	76	28	20

Nota: la superficie de los cuadrados es proporcional a la frecuencia de la categoría.  
n=202:99 mujeres y 103 hombres.

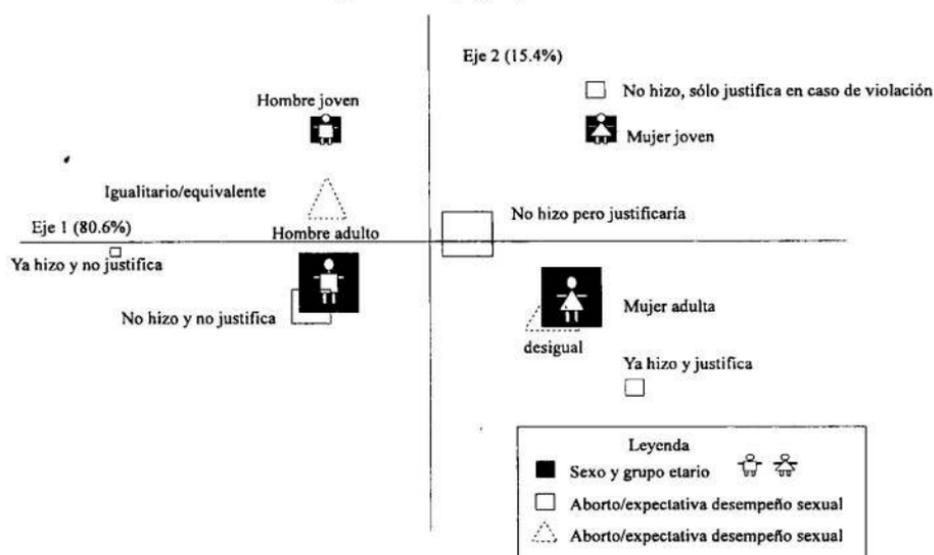
Variables: edad a la primera relación sexual y práctica abortiva.

Cuando se pregunta directamente en qué situación se justifica o no el aborto, tenemos la siguiente tipología de situaciones con sus respectivas frecuencias relativas: “cuando no haya nadie que se encargue del niño” (23.7%), “cuando ya tiene muchos hijos” (26.8%), “en caso de violación o incesto” (12.1%), “en caso de riesgo de vida para la madre” (12.1%) y 23% no justifica el aborto por causa alguna. Es importante observar que “dar el

situación social, así como la constitución de alianza y dependencia o no de la familia ascendiente.

GRÁFICA 4

## Opinión respecto del aborto y expectativa de desempeño sexual según sexo y grupo etario



## Aborto

Sexo/ Edad	Aborto					Expectativa de desempeño sexual	
	Ya hizo y justifica	No hizo aunque justifica	Ya hizo y no justifica	No hizo y no justifica	No hizo/justifica en caso de violación	Desigual	Igualitario/ equivalente
Hombre joven	0	13	1	5	4	9	14
Hombre adulto	3	27	4	29	4	36	38
Mujer joven	2	11	0	2	4	11	5
Mujer adulta	8	45	0	14	9	56	18
Total	13	106	5	50	21	112	75

n=202: 99 mujeres, 103 hombres.

La superficie de los cuadrados es proporcional a la frecuencia de la categoría.

Variables: sexo y edad, práctica, aborto y justificación y expectativa de desempeño sexual.

niño para que alguien lo críe” apareció como una alternativa para 12.3% del total de los entrevistados (de los 203 casos), dato que emergió en forma espontánea en las declaraciones de los entrevistados, y que nunca fue una opción sugerida por el entrevistador.

Estos resultados refuerzan un tipo de organización entre los grupos populares urbanos de una familia extendida, donde la circulación de niños

es una práctica recurrente. Esta alternativa ante el aborto, o sea, dar al hijo en adopción, aparece claramente con más frecuencia en el universo masculino que en el femenino.

En un trabajo anterior (Leal, 1995), se señaló que de acuerdo con las creencias de la mayoría de los informantes, la sangre menstrual era considerada vehículo y sustancia constituyente del niño. De este argumento se deriva, primero, que la fecundación es percibida como un hecho físicamente íntimo de consustanciación de sangre y esperma. En segundo lugar, los estados del cuerpo, tales como temperatura y humedad, eran vistos como condiciones de fecundación para este modelo popular. En tercer lugar, la necesaria circulación de humores corporales era regida por la lógica de un cuerpo que funcionaría como un operador binario, que abre y cierra. Concluíamos que la dinámica de los fluidos masculinos y femeninos sería una forma del mundo íntimo, inferior y fisiológico, de establecer relaciones con el mundo de afuera, el mundo social. En este sentido, la relación sexual para ser fecunda, estaría condicionada también a circunstancias como la intensidad del acto, la calidad de la relación, etc. Señalábamos entonces, para una virtual homología entre sangre menstrual y esperma, que la concepción sería entendida como una combinación entre sustancias de naturaleza semejante, pero de género diferente u opuesto y cantidades diferentes. Guardadas las condiciones adecuadas para que la concepción ocurra, habría la necesidad de una efervescencia emocional y sexual en común (como la noción de "gozar juntos" o bien que la relación sexual tendría en el orgasmo femenino un factor altamente propiciatorio para la fecundación). En el límite, la concepción sería pensada como un proceso de fusión del masculino y del femenino con el predominio de la similaridad y la participación sintonizada de estados afectivos, lo que apunta a la presencia de una lógica relacional y dinámica de cualidades que regirían el sistema de creencias sobre la fecundación humana.

De acuerdo con el párrafo anterior, el aborto —la interrupción de la concepción— es resultado siempre de una discusión o negociación social, cuando la noción del "asumir" se impone, en la lógica de este grupo popular, necesariamente correlacionada con la noción de concepción. Dicho de otra forma, lanzamos la hipótesis de que es el arreglo social ampliado —que comprende o puede comprender la reproducción biológica— el factor determinante en la conducción inicial de la percepción para proceder al reconocimiento de la existencia de una persona en el útero materno, sobredeterminando el desciframiento de señales difusas en el cuerpo de la mujer, en un universo en que la maternidad es tan densamente valorada, y dentro del cual el embarazo se presenta como un momento sociológicamente crucial. Una gestación —cuando es reconocida como tal— comprende la producción social de por lo menos dos personas, "el

niño” y “la madre”, teniendo intensas repercusiones en términos de reproducción social, cuyas minucias examinaremos a continuación.<sup>6</sup>

Lo que nuestros datos indican en relación con la opinión respecto al aborto, es la presencia de un imperativo moral, una regla prácticamente absoluta que funciona como un valor, enunciando que se debe aceptar al hijo (“lo hizo, tiene que asumirlo”) y un cuestionamiento vehemente sobre todo desde la perspectiva masculina, de la posibilidad del aborto (el horror ante el “asesinato de una persona”).

Se asume un embarazo y, a partir de este momento, y sólo a partir de ahí, señales biológicas difusas son identificadas como un proceso de gestación, o sea, son las significaciones sociales atribuidas a señales corporales los motores de la posibilidad de generación de la persona. Esto implica necesariamente concebir la existencia de una persona a partir de arreglos y negociaciones sociales que son efectivamente accionados posteriormente a la concepción biológica.

Como fue mencionado, hay una dinámica de niveles, en donde uno de ellos representa el orden de la regla, que incluye principios y valores, y otro consiste en el orden de las estrategias, prácticas o arreglos sociales. Mientras el embarazo no es *asumido*, no existe el reconocimiento subsecuente de una persona —el niño— o en otras palabras, no hay una importancia mayor atribuida a las señales alteradas del cuerpo de la mujer. El asumir se presenta así, como algo abierto, dependiente de un equilibrio plural de condiciones tales como la aceptación del niño por parte del padre o bien por la familia ascendente materna de la mujer lo que significa, tener una unidad doméstica establecida, “tener familia”, tener condiciones materiales, etc. Es decir, asumir es, por definición, una condición no sustantiva, sino eminentemente relacional. Se trata de un elemento de un conjunto que debe ser armónico y, como veremos, si no es realizado, puede situacionalmente englobar el hecho de asumir y volver tolerable el aborto.

La discusión presentada por Victoria (1992) respecto a la noción y a las circunstancias del asumir entre las clases populares urbanas, apunta hacia la relativización operacional de esta noción. Asumir tiene un carácter valorativo, es un valor que implica un deber, pero la situación en que el aborto es tolerado está relacionada con la evaluación estratégica de la carencia de determinadas condiciones fundamentales que especifican el término asumir, como “casa”, “familia”, “pobreza”, “padre que no asume”.

En un segundo nivel, que podemos denominar en oposición a la regla, como estratégico o formativo, en que innumerables contingencias interfe-

<sup>6</sup> El debate del aborto y su vinculación con los arreglos sociales aquí presentados fueron discutidos de forma más analítica en Leal y Lewgoy, 1995. Los párrafos subsecuentes son parcialmente reproducciones de este texto.

ren en las prácticas cotidianas de los sujetos, prevalecen las estrategias de anticoncepción, como sería el caso de concretizar el proyecto de tener un hijo que no encuentre respaldo en las condiciones que lo tornarían legítimo.<sup>7</sup>

En este sentido observamos que no hay un reconocimiento explícito de las "chapueradas para hacer bajar la menstruación" como un método abortivo, aunque sus efectos abortivos no sean desconocidos. La ambivalencia de esta identificación, de hecho, acompaña la ambigüedad de una situación empíricamente dada, estar o no embarazada, querer o no estar embarazada. Diferente de ignorancia, hipocresía o moralismo encubridor, el no reconocimiento explícito, indica una lectura social de las señales y estados del cuerpo por las informantes que es previa al reconocimiento de un embarazo, caracterizando un periodo liminar (umbral), en el que el cuerpo presenta una alteración (siendo la ausencia de menstruación el principal síntoma) y en que el embarazo es una de las posibilidades. Éste es un periodo estratégico en la trayectoria de vida de las informantes. No basta estar biológicamente embarazadas para que las informantes se reconozcan como tales, aunque esto sea inevitable en un momento posterior. Analíticamente se puede dividir la identificación del embarazo en indicadores naturales, señales de alteración corporales, que proporcionan una sospecha de embarazo, como la interrupción del flujo menstrual; e indicadores sociales, e sea, la situación de la informante en términos de identidad social, si está o no casada, si el hijo podría ser usado como un *item* en una estrategia matrimonial, si el compañero va a asumir, si la familia de la mujer la apoyaría aun en el caso que el compañero no asuma, si la informante ya tiene hijos, si va a tener las condiciones —financieras, familiares, morales— para criar al niño.

Esta primera interrupción del ciclo menstrual será posiblemente leída como "embarazo" si una serie de condiciones morales y materiales llega a respaldar la decisión del asumir, convirtiendo este embarazo biológico en un embarazo social, público. Se trata de un periodo liminar, ambiguo, en que la decisión de tomar té "para bajar la menstruación" acompaña una evaluación estratégica de la probable ilegitimidad social del embarazo, imposibilitando la viabilidad de este proyecto, que tiene valor de regla, de ideal normativo y fin deseable para la población estudiada.

Los té para bajar la menstruación, aunque combinados con elementos químicos reconocidamente abortivos, como el Cytotec, no son inmediata-

<sup>7</sup> Como fue indicado en trabajos anteriores (Leal, 1992, Leal y Fachel, 1995a), las prácticas abortivas como la ingestión de té (*chapuerada*, para bajar la menstruación) combinadas con elementos químicos, con medicación tipo Cytotec y con procedimientos mágicos, son homogéneamente difundidas entre los grupos populares.

mente identificados como abortivos, mientras no haya el necesario reconocimiento social del embarazo: en este caso no hubo una gestación sino apenas un desorden. No un hijo, sino un proyecto que es abortado, interrumpido. Sin reconocimiento social de la gestación, no hay embrión, ni feto, y mucho menos embarazo. En cambio, al haber un reconocimiento, el embarazo, existe una persona desde que es engendrada, “un niño que no tiene la culpa”. El reconocimiento de una persona, depende por lo tanto, del reconocimiento de un embarazo, que a su vez depende de negociaciones y evaluaciones estratégicas.

El hecho de asumir se desdobra en varias posibilidades, implicando una red densa de derechos, obligaciones, intereses y socializaciones, por parte de los sujetos sociales vinculados con el nacimiento de un nuevo miembro de la familia. El “no asumir”, cuando está referido a la madre, puede ser tomado como sinónimo de aborto (o de entregar al niño ya nacido para que otros lo críen, en una situación empírica distinta), siendo una resultante de varios otros desdoblamientos y ponderaciones: “el novio no asumió”, “la familia materna no asumió”, “nadie asumió que lo quería para criarlo”, “no tenía condiciones”, “fue resultado de violación”, e “implicó un riesgo de vida para la madre”.

Al evaluar los diversos niveles de legitimidad de las prácticas abortivas algunas distinciones deben ser establecidas. En primer lugar, los abortos practicados en momentos iniciales, en que la condición pública de “embarazada” no fue establecida —a veces ni siquiera para la informante en cuestión—, y efectuados vía ingestión de chapueradas para “bajar la menstruación” (o sea, una interrupción “natural”, “no quirúrgica” del proceso) pueden ser concebidos como diferencialmente legítimos frente a aquellos realizados con sonda, y sobre todo, practicado a sí misma o que implique la intervención de un “especialista”. Estos últimos son condenables, quizás porque implícitamente reconocen la situación de embarazo de la mujer. Mientras que los primeros se enfrentan, como ya indicamos, con un desorden, una alteración ambigua e indefinida en el cuerpo de la mujer (que puede ser leída como una menstruación retrasada), ya en el segundo caso, por el carácter mutilador de la intervención con sonda, por la intervención de otra persona (sobre todo fuera del núcleo familiar), y por su procedimiento vaginal en oposición al procedimiento oral de los tés, se forma clara la connotación de embarazo del estado corporal en cuestión. Es decir, este estado del cuerpo es inequívocamente leído, sea para la mujer, sea para sus otros significativos, no como un ambiguo desorden sino como una transformación del orden.<sup>8</sup> “Estar embarazada” o “asumir un

<sup>8</sup> En el tránsito para la condición adulta de la mujer, ya que la maternidad ocupa un papel definitorio indiscutible, se toma como prueba irreversible el embarazo, como transformación

hijo" es siempre un proceso de negociación social de la realidad de la mujer, donde las situaciones de alianza, manutención financiera y moral del proyecto reproductivo (biológico y social) se vuelven condiciones previas y estrategias de reconocimiento social de un estado definido y definidor del embarazo.

El grupo de mujeres más jóvenes, sin alianza o unidad doméstica constituida, sin una situación de trabajo y empleo más estable, o sea "sin condiciones", son también las que menos recurren a métodos anticonceptivos preventivos. Podemos tomar esta evidencia de que el riesgo de embarazo (riesgo que es también una noción *émica*) o el estado biológico del embarazo, son elementos fundamentales de estrategias matrimoniales constitutivas de diferentes identidades, alianzas, y redes sociales. Como estrategia, es de la incumbencia de los agentes accionarlas pero si la evaluación situacional de los indicios biológicos de gestación no llega a tener la posibilidad de una buena respuesta en términos de redes y alianzas de la gestante, no solamente se tolera el aborto, sino que las expectativas tácitas son en el sentido de que "la madre no asuma".

#### BIBLIOGRAFÍA

- Duarte, L.F.D. (1986), "Da vida nervosa nas classes trabalhadoras Urbanas", Río de Janeiro, Jorge Zahar/CIIBG.
- (1992), "Horizontes do indivíduo e da ética no crepúsculo da família", trabajo presentado en el Seminario organizador por la Fundação João XXIII, Río de Janeiro.
- Fachel, J. G., Leal, O. F. y Guimaraes, M. (1995), "O Corpo como Dado: Material Etnográfico e Aplicação de Análise Fatorial de Correspondencia", en Leal, O. F. (org.), *Corpo e Significado: Ensaio de Antropologia Social*, Porto Alegre, editoria da Universidade, UFRGS, pp. 37-55.
- Fonseca, Claudia (1994), "Children and Social Inequality in Brazil: A Look at Children Circulation in the Working Class", en Rizzini (org.) *Children in Brazil Today: A Challenge for the Third Millennium*, Río de Janeiro, editora Universitária Santa Úrsula, pp. 117-135.

brusca del orden evidenciado en el cuerpo (véase Duarte, 1986 y 1992). La negociación de esa pauta no sería viable en un estado corporal —que es inmediatamente social— ya transformado, pero sí en un momento inicial, auténtica frontera semántica y sociológica entre estados bien marcados del cuerpo de la mujer. Esto se configura en los primeros momentos del embarazo, marcado por señales difusas y ambiguas en el nivel del cuerpo, estado en el cual la inversión semántica que se caracterizará o no como embarazo dependerá de una evaluación estratégica de las posibilidades de realización de un proyecto procreativo, siendo una situación particularmente dramática para mujeres más jóvenes, aún sin hijos o sin alianza conyugal consolidada.

- Leal, O. F. (1992), "Benzedoiras e Bruxas: Sexo, Género e Sistema de Cura Tradicional", en *Cadernos de Antropologia*, Porto Alegre, FFCAS-UFRGS, núm. 5, pp. 7-22.
- (1994), "Sangre, fertilidad y prácticas de anticoncepción", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, núm. 1, enero-abril, 1994, pp. 237-254.
- y Lewgoy, B. (1995) "Pessoa, Aborto e Contracepcao", en Leal, O.F. (org.) *Corpo e Significado: Ensaios de Antropologia Social*, Porto Alegre, editora da Universidade-UFRGS, pp. 57-76.
- y Boff, A. (1995), "Insultos, Queixasm Seducao e Sexualidade: Fragmentos de Identidade Masculina em uma Perspectiva Relacional", en Parker e Barbosa (org.) *Sexualidades Brasileiras*, Río, Relume-Dumará, no prelo, pp. 119-135.
- y Fachel, J. G. (1994), "Antropologia do Corpo e Pesquisa sobre Sexualidade: Dados Qualitativos e Tratamento Estadístico, Uma Proposta Metodológica", trabajo presentado a la reunión *Pessoa, Corpo e Doença at the XIII*, Reunión Anual ANPOCS, Caxambú, Minas Gerais, noviembre 5, mimeografiado.
- (1995), *Body, Suality and Reproduction: A Study of Social Representations*, informe final presentado a Special Programme of Research, Development and Research Training in Human Reproduction, World Health Organization.
- Victoria, C. (1991), "Mulher, Sexualidade e Reprodução: Representação: Representações do Corpo em uma Vila de Classes Populares em Porto Alegre", tesis de maestría, Programa de Posgrado en Antropologia (FFCAS), Universidad Federal de Río Grande de Janeiro (UFRGS), Porto Alegre, mimeografiado.

# “A PURO VALOR MEXICANO”. CONNOTACIONES DEL USO DEL CONDÓN EN HOMBRES DE LA CLASE MEDIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ROSARIO ARIAS\*  
MARISELA RODRÍGUEZ M.

## INTRODUCCIÓN

### *Consideraciones generales*

A pesar de la importancia conferida en la actualidad a los programas de planificación familiar, el tema de la sexualidad, y en especial la sexualidad masculina, ha sido poco explorado. La mayoría de los esfuerzos de investigación así como los programas, se han centrado en la mujer por lo que la incorporación de los varones aún no se ha llevado a cabo. En este sentido Figueroa y Liendro (1994) señalan que “la interpretación que usualmente se hace de las transformaciones y cambios en la fecundidad refleja un proceso de construcción social y de asignaciones por sexo, en donde la mujer sigue siendo el centro de análisis alrededor de la reproducción”, lo cual se refleja en el tipo de indicadores utilizado para interpretar socio-demográficamente el comportamiento reproductivo de la población y el tipo de políticas derivadas.

Sin embargo, el surgimiento del sida como un problema de salud pública ha permitido que se dediquen más recursos al estudio de las prácticas reproductivas y de algunos aspectos de la sexualidad pero limitándolos a un contexto de salud (es decir se sigue un enfoque biomédico cuya finalidad es llevar a cabo acciones preventivas) que dejan fuera aspectos socio-culturales necesarios para poder entender realmente este fenómeno.<sup>1</sup>

\* Profesoras-investigadoras de “Amex-Fam”.

<sup>1</sup> De Keijzer (1994) señala algunas hipótesis que tratan de explicar la relación entre masculinidad y salud. Ubica el uso del condón como uno de los problemas de salud relacionados con la socialización de género. Refiere que la socialización masculina general-

La importancia y el interés por el estudio de la masculinidad debe ser visto necesariamente en el contexto de la sociedad actual. En la era del sida, sobre todo en el aspecto relativo a la salud y la sexualidad, cobran relevancia los estudios sobre el uso del condón que puedan acercarnos a una mejor comprensión del problema, sobre todo si se tiene en consideración que la importancia de su uso no radica solamente en que es uno de los pocos métodos masculinos de planificación familiar, sino, principalmente, en que es casi la única protección contra las enfermedades de transmisión sexual, especialmente el sida.<sup>2</sup>

El presente estudio pretende aproximarse a un aspecto de la sexualidad masculina como es el relacionado con los valores, creencias y uso del condón. La mayoría de los estudios cuantitativos que recogen información sobre prevalencia de métodos anticonceptivos, lo hace con base en encuestas realizadas a mujeres por lo que la prevalencia del condón está subestimada. Por ejemplo en la encuesta nacional de la dinámica demográfica realizada en 1992 (INEGI, 1994) encontraron que 5.0% de la usuarias de métodos modernos usaba preservativos y espermaticidas (las dos categorías no están desagregadas), lo que representa 3.2% de la población total de mujeres unidas (Gómez de León, 1994).<sup>3</sup> Sin embargo es evidente que estos datos no reflejan ni la prevalencia real (lo que podría obedecer en parte a que las estimaciones se hicieron con base en lo reportado por las mujeres), ni se aproximan siquiera a las razones, valoraciones y las circunstancias en las que los varones deciden usar un preservativo, es decir al contexto cultural del uso del mismo.

Por esta razón pensamos que es imperativo conocer los valores, creencias y mitos que influyen en el proceso de decisión respecto al uso del condón y que explican un aspecto relevante del comportamiento masculino relacionado con su sexualidad. Para ello es necesario tomar en cuenta la visión dual existente respecto al uso del condón: por un lado como método de planificación familiar y por otro como protección contra las ETS y el sida.

---

mente lleva a la excesiva competencia, a la rigidez, a no mostrar emociones, a no mostrarse débil y a distanciarse y abusar de su cuerpo.

<sup>2</sup> En 1992 el sida era la cuarta causa de muerte en personas entre los 25 a los 34 años y la séptima de los 35 a 44 años, con un previsible aumento para los próximos años (Izazola, J., Valdés M., y Del Río C., citado por Keijzer, *op. cit.*).

<sup>3</sup> Según el estudio *Situación de la planificación familiar en México* (Conapo, 1994) el uso de preservativos y espermaticidas es mayor en el área urbana (5.1%) que en la rural (4.2%), también es mayor entre quienes tienen un grado más alto de escolaridad (secundaria y más 6.0%), entre las que aún no tienen hijos (11.1%) y finalmente es más usado entre las menores de 30 años (6.8 por ciento).

### *Ubicación del problema*

En esta investigación nos hemos centrado en el estudio de los hombres de clase media de la ciudad de México por ser un estrato social que en las investigaciones sobre el tema, ha sido bastante descuidado a pesar de su poder de proyección sobre el resto de la sociedad.<sup>4</sup>

Las dinámicas grupales que nos permitieron desarrollar la investigación fueron organizadas con fines de mercadotecnia por encargo de una empresa que produce condones. Evidentemente esto limitó en algunos aspectos el estudio,<sup>5</sup> pero también fue lo que permitió que llegáramos a este sector de la sociedad que no se encuentra al margen del riesgo de contraer el sida.

El análisis de los distintos aspectos de la sexualidad no puede ser ajeno al contexto sociocultural en el que se desarrolla. Respecto a esto Laumann, Gagnon *et al.* (1994), introducen el concepto de los "guiones socioculturales", y los definen como metáforas que permiten conceptualizar el comportamiento social. Son condiciones previas para que el habla y el comportamiento ocurran y, a su vez, tengan un rol de guía en la percepción. El autor distingue tres tipos de guiones: escenarios culturales, guiones interpersonales y guiones intrapsíquicos.

Si consideramos que en el nivel de los grandes números el comportamiento de un grupo social es predecible, ello justificaría esfuerzos como el que realizamos en el presente trabajo, que nos acerquen al conocimiento de las motivaciones más profundas que hagan más eficientes los esfuerzos para lograr cambios de actitud que garanticen el ejercicio de una sexualidad saludable y segura.

La importancia de este estudio radica en querer comprobar si ha habido un cambio en los valores tradicionales masculinos en relación con la sexualidad, o si se trata simplemente de que en la actualidad existe una "aparente apertura", pero subsisten los mismos valores tales como la doble moral, la prueba de hombría según las mujeres conquistadas, la valoración femenina basada en la castidad, entre otros.

### *Metodología*

La presente investigación es de tipo cualitativo, en la cual se ha empleado la técnica de grupos focales bajo la conducción de un moderador hombre

<sup>4</sup> Un ejemplo del poder de proyección de modelos o estilos de vida es el que ejercen los medios de comunicación de masas.

<sup>5</sup> Las limitaciones aludidas se refieren por ejemplo a la amplitud en el desarrollo de ciertos temas en las dinámicas grupales o a la delimitación de los grupos de edad de los entrevistados.

para facilitar la interacción y comunicación en un tema teñido de intimidad como el que nos ocupa.

El análisis e interpretación de la información fueron realizados por las autoras, recurriendo a la técnica de la fragmentación por matrices que permite realizar un análisis comparativo por temas de las opiniones vertidas en los distintos grupos.

Se efectuaron seis sesiones con grupos de hombres integrados cada uno de ellos por 10 a 12 participantes. Para identificar su pertenencia a un determinado estrato social se consideraron los siguientes criterios desarrollados por la Asociación Mexicana de Agencias de Investigación en Mercadotecnia y Opinión Pública: lugar de residencia, nivel educativo, ocupación y posesiones de bienes materiales vinculados a su pertenencia al estrato.<sup>6</sup> Otro criterio adicional fue que hubieran usado condón en el último año. Las edades de los participantes en cuatro de los grupos fluctuaban entre 17 y 24 años de edad y las de los otros dos grupos eran de entre 25 y 35 años de edad. Sin embargo, uno de los grupos estuvo conformado exclusivamente por jóvenes de 17 y 18 años, ya que se decidió hacer una dinámica para este grupo de edad con el propósito de explorar particularidades de esta etapa de la adolescencia. En cuanto al estado civil podemos decir que todos los participantes en los grupos más jóvenes eran solteros a diferencia de los otros grupos en los que la mayoría eran casados.

#### ANÁLISIS TEMÁTICO

##### *Tipos de parejas sexuales*

En relación con este tema, ante todo es necesario aclarar que se consideró como pareja sexual a aquella con la que se mantuvo una relación coital, y que no todas las parejas sexuales son percibidas de la misma manera, como veremos a continuación.

<sup>6</sup> De acuerdo con el estudio de esta asociación (AMAI, 1994) se consideraron las siguientes características que corresponden al nivel medio alto: *Entorno de la zona de residencia*: prados y árboles en buen estado, calles con baches frecuentes, pocas zonas comerciales, mercado sobre ruedas, el transporte público se extiende a más calles, predominan las propiedades enrejadas con bardeado lateral; *Colonias típicas*: Satélite, Del Valle, Irrigación, Nápoles; *Características de la vivienda*: casas o departamentos propios con 2 o 3 recámaras, 1 o 2 baños; *Escolaridad*: jefe de familia con licenciatura, los hijos asisten a escuelas y universidades privadas. *Posesiones*: tienen al menos un automóvil, 2 teléfonos, 2 televisores, videocasetera, la mitad de los hogares tiene horno de microondas y lavadora automática, las mujeres tienen múltiples electrodomésticos, poseen tarjetas de crédito, en su mayoría nacionales, vacacionan generalmente en el interior del país y el ingreso varía entre 13 000 y 29 000 pesos mensuales.

Los informantes, de todos los grupos discriminaron entre la pareja formal con la que los une un compromiso y las parejas ocasionales. En los grupos más jóvenes, que se encuentran en la etapa del noviazgo, se presentó una división tajante entre la novia a la que se "respeta" y las otras con las que sí se mantienen relaciones sexuales:

"con mi novia... no, siempre trato de darle su lugar, con amigas sí" (grupo de 18 a 25 años).

Alguno llegó a destacar sus cualidades como novio sin descartar "otro tipo de relaciones":

"pues yo me llevo muy bien, soy muy atento con ellas soy muy respetuoso, muy caballeroso".

—¿Con las otras?

—No me quejo. (Grupo de 18 a 25 años).

Muchos pensaron que era más fácil mantener relaciones con amigas:

"Con amigas nada más tengo relaciones... Con mi novia no, porque no se ha presentado la oportunidad, no lo hemos dialogado" (grupo de 18 a 25 años).

Todas las opiniones vertidas en los distintos grupos se orientaron hacia la idea de que un compromiso formal no implica en forma alguna fidelidad. Si alguien no estaba de acuerdo no se atrevió a manifestarlo y contrariar al grupo:

"yo, o sea, la respeto como novia, pero si sale alguna otra cosa, pues sí, siempre estoy" (grupo de 18 a 25 años).

Como podemos apreciar en las citas anteriores, en la mente de estos jóvenes hay dos clases de mujer. Aunque la mayoría no se animó a dar juicios de valor claros y directos al respecto, si analizamos con mayor detenimiento el lenguaje empleado, podemos ver claramente que hay valoraciones implícitas, es decir se emplean términos cargados de connotaciones:

"no pero muchas veces puedes conocer a una chava y enredarte con ella y andar mucho tiempo con ella y no por eso te puedo decir que somos novios" (grupo de 20 a 25 años).

El empleo de términos como "enredarte" supone un rechazo a las mujeres que son capaces de tener relaciones sexuales sin establecer un compromiso. Con ellas el hombre quiere llegar hasta cierto punto solamente y por ello anda a la defensiva para que no lo "atrapen".

Es interesante destacar que fue en el grupo de los jóvenes (principalmente de 20 a 25 años de edad) donde se hizo especial énfasis en la presentación de sí mismos como exitosos en cuanto a la variedad de parejas sexuales y a la frecuencia de las relaciones. Se destacó que en la actualidad es posible tener relaciones con "todo el mundo". No faltó quien vio el asunto con humor:

"Bueno, yo por ejemplo tengo relaciones con mi novia, incluso con novias de él (dijo señalando a uno de los participantes que se encontraba a su lado)... sí o sea él y yo nos llevamos muy bien y luego tengo relaciones con su ex novia" (grupo de 20 a 25 años).

También se señaló que la facilidad de tener relaciones sexuales es muy grande, tanto que es posible tenerlas no sólo con novias y amigas, sino también con primas y desconocidas.

Asimismo hubo quien destacó las ansias de las mujeres por acostarse con algunos de sus amigos:

"ella daría todo por acostarse con él" (grupo de 20 a 25 años).

Fueron muy pocos los que se atrevieron a contrariar al grupo con opiniones como la siguiente:

"o sea es fácil tener relaciones pero no con quien quieres" (grupo de 20 a 25 años).

En su afán por sentirse seguros de su propia identidad sexual los jóvenes se presentan ante el grupo como conquistadores seguros y avasalladores, incapaces de desechar una oportunidad y siempre dispuestos a proponer cumpliendo así con su deber como machos.

"o sea, si ves a una muchacha [...] pues tú sí te avientas no, pero no nada más depende de ti, sino también de ella, no?", "dicen que el hombre llega hasta donde la mujer quiere" (grupo de 20 a 25 años).

Estas afirmaciones apuntan a la idea de que finalmente es sobre la mujer sobre la que recae la responsabilidad en cuanto al tipo de relaciones sexuales que se establecen. El hombre es visto como incontenible, hay una fuerza que lo obliga en materia sexual, la mujer por el contrario es percibida como freno a los impulsos de él y si no lo es, se convierte en absolutamente responsable de la situación. De este modo es ella la que tiene la última palabra:

"Bueno pero ahí ella está tomando la decisión al demostrarlo" (grupo de 20 a 25 años).

Este principio también está presente en el grupo de los mayores, como podemos apreciar en la siguiente declaración:

"Depende de la mujer el que tengamos relaciones o no con la novia: Uno propone y Dios dispone" (usó el dicho pero se refería a la mujer) (grupo de 26 a 30 años).

Sin embargo, entre los integrantes del grupo de 26 a 35 años de edad, se han logrado relaciones más estables, ya que la mayoría son casados y mantienen una relación que calificaron como "feliz" con su pareja. Algunos mencionaron altibajos en su relación, pero la mayoría se mostró bastante satisfecho. Los que hablaron de relaciones fuera del matrimonio lo hicieron en forma más velada y no se presentaron a sí mismos como siempre dispuestos:

"lo que pasa es que no me voy a acostar con la primera que baila un danzón conmigo, no" (grupo de 26 a 35 años).

Sin embargo sí mencionaron los "reventones" de oficina como los lugares más apropiados.

De lo expuesto anteriormente se desprende que el hombre se visualiza a sí mismo, dentro de este discurso social, como *siempre dispuesto*, lo masculino es percibido como la constante disponibilidad, vinculada más a la *oportunidad* que al sentimiento de una atracción especial por la posible pareja. La doble moral prevalece. Si la mujer no cumple con su rol tradicional de ser freno a los ímpetus masculinos y demuestra su interés, no sólo se convierte en responsable de lo que pase, sino que no tendrá derecho a arrepentirse pues iniciará algo sobre lo que el hombre ya no tendrá control.

### *Uso de condón*

#### Motivos para usar condón

En cuanto a los motivos para usar condón se mencionaron principalmente dos: en primer lugar como protección contra las enfermedades de transmisión sexual, fundamentalmente el sida, y, en segundo lugar, como protección contra el embarazo. En relación con el primer caso, el temor a enfermarse se manifiesta a través de opiniones como la siguiente:

"bueno sí, definitivamente yo sí me cuido, sí me dedico mucho a lo mío" (grupo de 20 a 25 años);

"... no es con eso de que se cuida y se inyectó [pero] tú te puedes contagiar del sida con el contacto sexual..." (grupo de 20 a 25 años).

Debido a que entre los más jóvenes se percibe un mayor temor a embarazar a la chica que en el otro grupo de edad, en la decisión de usar condón es muy importante mantener el control de la relación frente a los posibles engaños que puedan sufrir por parte de su pareja:

“en primer lugar lo uso para que no te vayan a embarcar y en segunda por la infección” (grupo de 18 a 25 años).

“Desconfianza... no te arriesgas a que te digan que toman pastillas o con ritmo, y no usan nada. Por eso es mejor el condón” (grupo de 17 a 18 años).

Como podemos ver en el grupo de los más jóvenes (17 a 18 años de edad) existe una preocupación especial que los lleva a usar condón “para no comprometerse lo más mínimo”. Además, en este grupo la mujer es concebida como un ser misterioso y peligroso que los atrae, pero ante el cual no deben bajar la guardia para no verse atrapados entre sus redes.

Otro elemento que da cuenta de los motivos que llevan a los jóvenes de clase media mexicana a usar condón, se refiere a la diferenciación que ellos establecen entre los dos tipos de mujer. Hay unas, como el caso de la novia, respecto a la cual se expresa un mayor compromiso, tal como podemos ver en la cita siguiente:

“no, a mí sí me importa, porque si se embaraza mi novia a mí sí me importa, entonces uso el más reforzado” (grupo de 20 a 25 años).

Asimismo, las novias pertenecen a la categoría de las mujeres fieles en las que están implícitos valores de inocencia y falta de experiencia. Las “otras” son promiscuas y peligrosas:

“Si es con tu novia es para que no salga embarazada. Pero si es con las amigas, hay unas que son muy jaladoras, estás con ellas y al ratito están con otros y con otros; con ellas puedes llegar a enfermarte, con ellas se usa condón para evitar infecciones” (grupo de 18 a 25 años).

Si bien la mayoría de los jóvenes al referirse a los beneficios del uso del condón estuvo de acuerdo en afirmar que es muy conveniente tanto para el hombre como para la mujer, los motivos para su uso fueron distintos según el sexo:

“en los dos tiene igual importancia. Se conjuga: para ellas no quedar embarazadas y para nosotros, evitar una infección o alguna enfermedad” (grupo de 17 a 18 años).

Pareciera que los jóvenes no perciben que las mujeres pueden tener el mismo riesgo de infección que ellos, por lo menos en los casos en que se

sitúan como centro desde el que se proyecta la acción. Sin embargo, como vimos anteriormente en uno de los testimonios donde califican a ciertas mujeres de "jaladoras", es decir cuando son "de las otras", sí consideran que ellas pueden ser un foco de infección y por lo tanto pueden contagiarse por medio de ellas.

Entre otros motivos que los llevan a emplear el condón, también está presente la facilidad de su uso o, como señalan algunos jóvenes casados, como opción frente a los problemas en el uso de otros métodos por parte de sus esposas. Así, entre los participantes del grupo de 26 a 35 años de edad hubo algunos que indicaron que usaban condón con sus esposas como un método de planificación familiar cuando ellas cambiaban de método o cuando después de haber probado la mayoría de los existentes no se sentían cómodas con ninguno por tener reacciones secundarias. En estos casos señalaron que por recomendación del ginecólogo accedieron a usar condón.

"Yo lo utilizo porque ya la esposa... por decir, el dispositivo le empieza a crear problemas... entonces...en un diálogo entre ella y yo llegamos a que yo la proteja, la cuide, como el condón creo que es noventa por ciento eficaz para no embarazar" (grupo de 26 a 35 años).

En las dinámicas realizadas con los jóvenes de este grupo de edad, es interesante destacar que la *responsabilidad* fue un elemento mencionado varias veces y éste es entendido como una forma de lograr que sus infidelidades no los afecten a ellos ni a sus familias:

[...] no y aparte de la responsabilidad, si yo fuera soltero probablemente pues me valdría gorro, pero ahorita estaría yo afectando a terceras personas; no entonces ya se vuelve uno más responsable... entonces protege uno a la chica y proteges a tu familia (grupo de 26 a 35 años).

[...] si uno está en un reventón... también hay que estar cuerdo, no, consciente de que va a tener uno un disparo... bueno eso siempre que haya responsabilidad (grupo de 26 a 35 años).

Los motivos para usar el condón son distintos según el grado de compromiso asumido con la pareja; a menor compromiso, mayor interés por protegerse contra la infección y, por el contrario, a mayor compromiso se usará como método de planificación familiar.

#### Motivos para no usar condón

En cuanto a los motivos que los llevaron a no usar condón, los jóvenes señalaron la actitud de indiferencia de la mujer, es decir cuando a la pareja no le importa no usarlo:

“luego cuando la chava tampoco lo pide... [no usa condón]” (grupo de 20 a 25 años).

Tampoco usan condón cuando sienten temor de que al proponerle la mujer piense que la están despreciando, o tachándola de mujer fácil, les preocupa:

“eso de que digan... fui... ya vengo preparado” (grupo de 20 a 25 años).

O bien, otros se refirieron al enojo de ellas ante la propuesta de usar condón:

“Sí, sí se enojan... lo toman como ofensa... [dicen] ‘Ay, yo no ando con cualquiera de la calle’ y así” (grupo de 18 a 25 años).

También algunos jóvenes dijeron no usar condón cuando no lo llevaban consigo y se les presentaba una oportunidad. Esta idea se encuentra relacionada con características masculinas concebidas como intrínsecas en el hombre y que forman parte de su identidad sexual, tal como el deseo incontrolable y el arrojito. Como señaláramos anteriormente estas actitudes son más comunes entre los más jóvenes para quienes la idea de *correr riesgos* alude no sólo a su hombría, sino también a su pertenencia a un grupo de edad determinado y es promovida por canciones y por la publicidad, por la realidad y la ficción presentes en los medios de comunicación de masas, quienes representan un factor cultural importante en la actualidad.

“Cuando sabemos que vamos a tener relaciones sí llevamos y si no, a puro valor mexicano” (grupo de 18 a 25 años).

[...] o sea todos pensamos así, pero cuando tú ya estás ya casi por hacerlo, pues no te vas a detener o ¿quién se ha detenido? [por no tener condón] (grupo de 20 a 25 años).

En general y por lo menos en el nivel del discurso, el hombre de la clase media mexicana aprovechará todas las oportunidades que se le presenten y, por tanto, si es necesario, está dispuesto a correr el riesgo que ello implique.

#### Temores relativos al uso del condón

Es importante recordar que la muestra de jóvenes que participó en las clínicas estaba compuesta únicamente por usuarios habituales o usuarios ocasionales de condón. Esto quiere decir que es posible que los que no son usuarios de condón tengan más inconvenientes y temores que los señalados aquí.

Entre los principales problemas citados está el temor a que el condón se rompa. Manifestaron que los condones que se rompen son generalmente los que regalan distintas instituciones; también algunos dijeron que cuando son muy delgados pueden romperse. Además de las características inherentes al condón mismo, señalaron como importante la habilidad para ponérselo.

Otro temor fue el miedo a que se salga, por lo que no sienten tanta libertad al realizar el coito con condón.

Es significativo destacar que a pesar de calificarse a sí mismos como usuarios de condón, sienten los temores antes mencionados, lo cual significa que no han superado parte de los miedos que usualmente se atribuyen a los no usuarios.

### *Placer y uso de condón*

Podríamos decir que todos los participantes en las dinámicas grupales estuvieron de acuerdo en afirmar que existe una menor sensibilidad al realizar el coito con condón y se expresaron con las siguientes palabras:

- Es horrible.
- No se siente bonito.
- No es lo mismo definitivamente.
- Es diferente el roce.
- No es la misma sensación.
- Uno como hombre no siente nada.
- Es como si acaricias algo con guantes.

La falta de placer no es un asunto que se conceptualiza de manera aislada sino que está relacionado con otros conceptos tales como la incomodidad, el temor (de que se salga o rompa), la rigidez, la falta de ritmo y de libertad, la sequedad e inclusive el dolor.

[...] no es el mismo placer con condón que estar al descubierto. Sin condón te sientes mucho más abierto, te imaginas muchas cosas y te dan ganas de experimentar. Con el condón por el mismo miedo de que se te vaya a salir, te limitas... No lo haces a gusto (grupo de 17 a 18 años).

Lo perciben como una barrera entre ellos y el placer. La connotación de lo natural es muy importante en la mente de los informantes:

"porque el mismo hombre se hizo para sentirlo, si hubiera habido necesidad de disfrazar algo la misma naturaleza te lo da ¿no?... porque la naturaleza es perfecta y perfectamente sabe si te hace falta o no" (grupo de 20 a 25 años).

Como podemos ver, lo natural connota perfección, dentro de esta concepción la intervención humana puede ser vista como nefasta, es decir dañina para la salud y en algunos casos generadora de un sentimiento de culpa. Indudablemente esto podría relacionarse con dos vertientes: por un lado, la ideología cristiana que descalifica el uso de cualquier método que se interponga en la vía natural de reproducción y, por el otro, la promoción de la salud (mediante lo que se supone que es natural) que los medios de comunicación estadounidenses han puesto de moda en la actualidad.

Sin embargo, la interpretación puede ir más allá. Lo que no es natural se relaciona peligrosamente con lo planeado, con la falta de espontaneidad, que en este contexto es vista con toda una carga negativa que los aleja del placer, "pierde su encanto" como veremos en la siguiente cita:

"mira a mí me ha pasado que empiezas y todo o sea ya que estás tan encarrilado en eso, ni modo de decir, espérame tantito... o sea se pierde el encanto" (grupo de 20 a 25 años).

Esta idea interfiere con el concepto de planificación familiar en el que es necesario proyectarse hacia el futuro para decidir las acciones presentes. Si relacionamos lo anterior con los estereotipos de *mujer buena*, es decir como aquella a la que las cosas le pasan con inocencia, sin malicia y por lo tanto con una completa incapacidad de planear su vida, y si pensamos que estos estereotipos han sido presentados hasta el cansancio en innumerables mensajes telenovelescos (Arias, Cano *et al.*, 1993), podemos concluir que se trata de vivencias y percepciones más profundas que lo que se supondría que ocurre en el nivel superficial y, por tanto, que se encuentran arraigadas en nuestra cultura.

Respecto a las distintas maneras de cómo lograr disminuir las incomodidades producidas por el condón, la mayoría de los participantes estuvo de acuerdo en afirmar que con un condón delgado el hombre "siente mucho más sensación" que con uno grueso.

Otro medio para lograr más placer es el uso de condones lubricados; sin embargo para muchos de los participantes esto no era suficiente ya que según dijeron: "el lubricante del condón se consume muy rápido, se seca". Ellos establecieron claramente que el uso de un lubricante es necesario cuando la mujer no tiene la suficiente lubricación:

"si la mujer no está bien lubricada se lastima por el roce, a ellas les duele y a uno también le roza por el plástico" (grupo 25 a 30 años).

Muchos relacionaron esta situación con el nivel de excitación a la que su pareja puede llegar:

"Aunque tengan lubricante hay que ponerle vaselina para que resbale. Sobre todo si la mujer es seca, para que no la lastime y no sufra. Si la mujer se excita luego luego, suelta el líquido y ya no tienes que echarle aceite" (grupo de 17 a 18 años).

Es importante destacar que el joven percibe a la mujer como un ente estático que está marcado por la característica de excitarse o no, según podemos ver en el nivel sintáctico de su discurso en el que el uso del verbo ser y el reflexivo así lo demuestran. No se presenta el problema como una interacción en la que él también desempeñará una parte importante en la excitación de ella. Ella incólume, está representada más bien como una cosa u objeto.

Respecto a cómo visualizaron los informantes el uso del condón desde el punto de vista femenino, tenemos que fueron muy pocos los que manifestaron que "la mujer no pierde sensación... que ellas sienten lo mismo". La mayoría se inclinó a pensar que ellas tampoco sienten lo mismo y algunos se refirieron a la incomodidad y a veces el dolor que el uso del condón les produce:

"Las mujeres no usan el condón por convencimiento, para el placer. Lo usan por seguridad. Hasta la fecha no he conocido una mujer que se sienta satisfecha con sus relaciones con condón" (grupo de 26 a 30 años).

[...] las niñas que desgraciadamente casi no han tenido relaciones quedan muy lastimadas por el roce del plástico y las mujeres son las que quieren al natural (grupo de 26 a 30 años).

En conclusión la percepción de que el uso del condón reduce el placer, es una interferencia artificial frente al natural desenvolvimiento de las relaciones sexuales. Quienes lo usan son los que tienen la suficiente fuerza de voluntad y responsabilidad para hacerlo, son los que logran trascender el momento y visualizar las posibles consecuencias, no son, pues, los intrépidos e incontenibles que la imaginiería popular consagró como el ideal masculino.

#### *Con quién usar condón*

Respecto a la identificación de las personas que motivarían la decisión de los jóvenes para usar condón, podemos mencionar varias actitudes:

En primer lugar estarían los que hacen una división tajante entre su pareja formal con la que no lo usan y las demás con las que sí lo hacen:

"yo depende con quien tenga relaciones, si es con mi novia no, nunca, si es con otras niñas con las que salgo sí uso condón" (grupo de 18 a 25 años).

En este sentido, salió a relucir la "confianza" en la pareja que les permite elegir otro método anticonceptivo ya que no necesitan protegerse contra las enfermedades de transmisión sexual. Existe la suposición muy arraigada de que la pareja les es fiel y por esta razón se sienten seguros con ella. Sigue dándose un doble estándar; la fidelidad es un valor en ellas, en las novias, en las esposas, pero en el caso de los hombres la fidelidad representa algo diferente, como podemos ver en la siguiente cita en la que el informante siente que le es fiel a su novia porque usa condón con las otras mujeres:

"Tengo relaciones con mi novia pero no usamos nada, los dos pues porque sabemos que si somos fieles no hay riesgo. Pero con las demás personas [amigas], el condón" (grupo de 18 a 25 años).

Esta división tajante entre los tipos de mujer y parejas es más clara e intensa en el caso de los casados, no solamente porque disponen de una más amplia gama de métodos que pueden usar con la esposa, sino porque los cimientos de su relación se estremecerían debido a las connotaciones propias del condón:

"Bueno yo los uso, pero no con mi esposa, porque a ella no le gusta para nada... ella me dice, sabes que somos pareja [...]. Sí los he usado pero con otras personas" (grupo de 26 a 35 años).

Incluso cuando existe la necesidad de usar condón con la pareja formal se desarrollan sentimientos de frustración y rechazo.

Por lo tanto, podemos considerar que entre los jóvenes se presenta una escisión que los lleva a dividir a las posibles parejas sexuales entre las que son conocidas/y las que son desconocidas.

Como bien podemos imaginar el grupo de "las conocidas" es una categoría amplia que engloba a todas aquellas mujeres con las que los une algún grado de amistad. Las personas que son clasificadas en esta categoría están marcadas por algunas cualidades tales como la limpieza, la no promiscuidad y la salud. Sus oponentes, "las desconocidas", por el contrario son sucias, promiscuas y representan un peligro potencial para la salud de ellos:

"Depende de las circunstancias, puede ser que tú sabes que te vas a meter con una amiga que sabes que se cuida con higiene y todo y que además toma pastillas. En cambio si vas a un antro de vicio [y] ves a chavas que ni conoces y se van contigo, pues con ésas no confías y usas condón" (grupo de 26 a 30 años).

La no confianza se basa en la supuesta promiscuidad de ellas:

"pero como dicen: 'si en ese momento está conmigo, pues imagínate cuántos cuates podría haber tenido antes'" (grupo de 20 a 25 años).

En la mente de los informantes la promiscuidad está asociada a la falta de limpieza, aunque este término no es utilizado necesariamente en forma literal, sin embargo es considerado como una cualidad visible que les permite clasificar a la mujer y decidir el comportamiento que tendrán con ella:

"yo veo con qué tipo de gente es con el que me voy a acostar [... si] ella afloja luego luego, pues me pongo algo, porque no la conozco, pero cuando tengo relaciones con alguien que sí conozco, que sé que es una mujer limpia [...ya no uso condón]" (grupo de 20 a 25 años).

En muchos de los testimonios se puede advertir que los jóvenes consideran posible establecer una relación con alguien que consideran sucia y para ello necesitan una coraza que los dejará libres, no contaminados, íntegros; la promiscuidad es un pecado exclusivamente femenino. Incluso hay quienes clasifican los tipos de condones según el tipo de pareja con la que realizarán el coito:

"si voy a una fiesta y encuentro a alguien que no conozco, uso Trojans plus, porque es como irrompible, pero con mi novia el Sico" (grupo de 18 a 25 años).

En relación con ello se puede proponer una clasificación de los distintos tipos de condón:

Condomes gruesos: menos placer: más seguridad.

: para encuentros casuales.

: para protegerse.

Condomes delgados: más placer: menos seguridad.

: para usar con la pareja permanente.

: para planificar.

A pesar de los temores mencionados, como dijéramos anteriormente, los jóvenes no siempre usan condón en sus encuentros casuales:

"Cuando no conozco a alguien, trato (de usar condón) al menos la mayoría de la veces, la verdad no ha sido siempre" (grupo de 20 a 25 años).

Son pocos, principalmente entre el grupo de los más jóvenes, los que están realmente convencidos de la necesidad de usar condón, tanto que serían capaces de rechazar una oportunidad:

"pero si vas a una fiesta y ahí la conoces y en el momento te afloja y no traes condón ni traes nada, yo no lo hago. Sí porque una cosa es el despapaye y otra cosa es tu seguridad" (grupo de 20 a 25 años).

Las connotaciones atribuidas a los distintos tipos de mujeres las podemos resumir en el cuadro 1.

CUADRO I  
Connotaciones atribuidas a los diferentes tipos de mujer

<i>Ejes semánticos</i>	<i>Tipos de mujer</i>		
	<i>Novias/esposas</i>	<i>Conocidas</i>	<i>Desconocidas</i>
Limpieza/suciedad	Limpieza	Limpieza	Suciedad
Fidelidad/infidelidad	Fidelidad		
Promiscuidad/no promiscuidad	No promiscuidad	No promiscuidad	Promiscuidad
Experiencias sexuales anteriores	Pocas o ninguna	Pocas	Muchas
Salud/enfermedad	Salud	Salud	Enfermedad
Seguridad/peligro	Seguridad total	Seguridad	Peligro
Condón=protección ETS/sida	Nunca	Casi nunca	Casi siempre
Condón=planificación familiar	Casi siempre (si no hay otra opción)	Casi siempre	Casi nunca

Como se puede desprender del cuadro, la doble moral persiste en relación con la concepción que se tiene de la mujer; no obstante parecería que se ha dado un desplazamiento del límite que dividía lo bueno y lo malo, por lo que es posible, en algunos casos, incorporar en la primera categoría un número más amplio de personas que hemos categorizado como las "conocidas".

También podemos observar que el peligro de enfermar de ETS/sida no es algo que se percibe como cercano, más bien es un riesgo que se encuentra en los "otros", en grupos sociales con los que el informante no se identifica pero con los que existe la posibilidad de entablar algún tipo de relación si se ofrece la oportunidad. La idea de que las conocidas están sanas y de que existe un signo visible como la suciedad que les permite detectar el peligro, constituyen elementos centrales en la toma de decisiones sobre el uso del condón. Es importante destacar que esta importante decisión no se adopta ni sistemática, ni racionalmente y que únicamente se toma en cuenta el supuesto peligro proyectado por los otros, por lo que la protección que se proporciona no es real ni efectiva.

#### *Fuente de información respecto al condón*

La principal fuente de información declarada por los participantes en las dinámicas fueron los amigos, también algunos se refirieron a la familia y dentro de ella principalmente a los hermanos. En algunos grupos se mencionaron la televisión y la escuela como fuentes informativas. En el grupo de los más jóvenes hubo quienes dijeron que sus padres les hablaron del tema:

"ahora los papás te hablan de eso (uso del condón). La gran mayoría te dicen que te acuerdes de usarlo, sobre todo el papá, la mamá no tanto" (grupo de 17 a 18 años).

Incluso hubo uno que se atrevió a destacar el papel materno en el asunto al afirmar que solía conversar del tema con su mamá, quien le advertía de los peligros a los que se enfrentaba si no usaba condón:

"yo le tengo bastante confianza y platico mucho con ella. Todo, por ejemplo desde la primera vez... o sea ella me decía, ten cuidado porque te puede pasar" (grupo de 18 a 25 años).

En algún caso el rol de los padres no fue meramente informativo, sino que también cumplió el papel tradicional de iniciador de la vida sexual de su hijo al llevarlo con una prostituta:

"a los trece años mi papá me llevó con una *prosti*, ella me lo puso (el condón) porque era servicio completo, todo estuvo bien" (grupo de 18 a 25 años).

### *Disponibilidad*

La mayoría de los participantes en las dinámicas dijo comprar los condones en las farmacias. También se mencionaron supermercados, hoteles y aisladamente máquinas en los baños.

En todos los grupos se expresó una preferencia mayoritaria por las farmacias de autoservicio, en las que no tienen que pasar por la "pena" de pedirlo:

[...] o sea en las farmacias de autoservicio, porque así uno llega lo paga y ya... y en otras tienes que esperar a que se desocupe, y mientras agarras chicles, pastillas y ya cuando se va la gente... ya (grupo de 18 a 25 años).

"Sí, me da pena, ni modo, llegar y *lay!*... quiero unos condones" (grupo de 18 a 25 años).

Algunos de los informantes expresaron sentir mayor incomodidad si era una mujer la que los atendía:

"si entras a una farmacia y te atiende una chica pues sí siento como que se derrite uno, y ya le pido unos preservativos... pero... si hay un hombre pues ya hay más confianza" (grupo de 26 a 35 años).

Como podemos apreciar en la cita anterior, la simbología lingüística desempeña un papel importante, es por ello que el cliente escogerá pa-

labras distintas que denotan la misma realidad pero que conllevan connotaciones distintas:

“en la farmacia si atiende una señora digo: me da un preservativo, si es un señor o un chavo, dame un condón” (grupo de 17 a 18 años).

Como se ha mostrado en estudios anteriores (Pick *et al.*, 1993) el rol cumplido por las farmacias es muy importante ya que la mayoría de los usuarios y nuevos usuarios acude a ellas para obtenerlos. Sin embargo y con base en las opiniones vertidas por los participantes de los grupos focales, es necesario destacar la importancia de que la accesibilidad al condón sea impersonal, para evitarles la “pena” de pedirlo, situación que evidentemente aumentará la posibilidad de que lo tengan cuando lo necesiten.

#### *Quién lleva o propone el uso de condón*

La mayoría de los participantes estuvo de acuerdo al afirmar que son ellos los que compran y llevan los condones:

“yo llevo lo mío, incluso hasta lo de ellas a veces” (grupo de 18 a 25 años).

Este hecho parece que les da más seguridad y control sobre la situación. Muchos dijeron que a veces las muchachas son las que les han propuesto usar condón; y no faltó quien dijera que ellas los llevaban también, sobre todo cuando había un acuerdo previo o se trataba de una relación estable.

También respecto a este tema se mencionó el conflicto que puede generar el proponer el uso de condón, como vimos en puntos anteriores:

“que pues (la mujer dice) ‘¿quién te imaginabas que era yo?’... que me iba a acostar luego luego contigo... que hay desconfianza... es como la otra parte de la moneda...” (grupo de 26 a 35 años).

En el caso de los casados sería un conflicto para ellos el que sus esposas les pidieran usar condón:

“Yo siento que ... bueno a mí, en mi casa, si me los llegara a pedir mi esposa (condones) tendríamos una discusión fuerte..., o sea si no hay confianza qué hace uno ahí...” (grupo de 26 a 35 años).

[...] a mí todavía no llega ese día... (de que mi esposa me pida usar condón)... con mi esposa tiene que ser al natural y con condón pues con cualquier otra... (grupo de 26 a 35 años).

Como podemos apreciar, el condón connota falta de confianza. El hombre de la clase media mexicana exige de parte de su pareja plena

confianza, aunque como vimos en sus declaraciones todos estarían dispuestos, por lo menos en el discurso, a tener sexo con otras y en muchos casos no se trataría del ejercicio de sexo seguro.

Antes de proseguir con las conclusiones, creemos que es necesario aclarar la existencia de una serie de limitaciones que restringen los alcances de este estudio. Las primeras se desprenden de la técnica empleada y del contenido temático de las sesiones, que si bien posibilitan tener un acercamiento profundo con el fenómeno, no permiten una aproximación a las experiencias reales de los participantes ya que el discurso presentado en las sesiones se centra más en los valores compartidos por el grupo social, es decir, en los valores estándar. Sin embargo, los resultados nos permiten una proyección de estos valores sancionados, de esta "manera de ver el asunto" a un ámbito más amplio dentro del mismo grupo social. Además, el intercambio de opiniones en un ambiente de apertura, en el que los interlocutores pertenecían a la misma clase social y al mismo grupo de edad y sexo, propició un clima de competencia entre los participantes ávidos por destacar su hombría y poder de seducción frente a sus compañeros, es decir se evidenciaron ciertos valores compartidos y asumidos socialmente como los valores referenciales o estándar.

La construcción del discurso en las dinámicas estuvo filtrada o más bien modelada por factores socioculturales que guiaron la construcción individual de los mensajes en una situación especial de intercambio interpersonal. El discurso final plasmado en este artículo pasó además por una segunda mediación que es la impuesta por el análisis ya que los investigadores no pueden desprenderse de su propia historia ni de su perspectiva de género.

#### CONCLUSIONES

El hallazgo más sorprendente de este estudio es que, en el nivel de los grupos entrevistados no se encontraron modificaciones en los valores tradicionales respecto a la sexualidad masculina y su doble moral. Lo más inquietante es que en estos grupos, por ser usuarios de condón, se esperaba descubrir un cambio de valores, acorde con el cambio de conducta, sin embargo esto no fue así.

La protección del usuario de condón respecto al embarazo no deseado y a las enfermedades de transmisión sexual y el sida puede considerarse como relativa, ya que como vimos anteriormente el condón no se usa en forma sistemática por las siguientes razones:

- 1) Porque el valor de lo que es lo masculino, o la visión del "verdadero hombre", está fuertemente vinculado a la valoración de asumir riesgos y no desperdiciar oportunidades en materia sexual.

- 2) Porque la percepción que tienen del peligro hace que lo sitúen en "el otro" y no en sus propias conductas.
- 3) Porque la separación que realizan de los tipos de mujer hace que su percepción del peligro se encuentre distorsionada.

El mito de ser "hombre de verdad", dificulta planear en materia de sexualidad, sobre todo cuando se trata de parejas ocasionales, ya que si lo hiciera el varón, éste perdería los atributos de valentía, arrojo, deseo incontrolable y constante disponibilidad.

En relación con el placer, persiste también la vinculación entre el concepto de "lo natural" con "lo placentero", y esto a su vez con la espontaneidad y la falta de planeación.

Entre las principales connotaciones sugeridas respecto al condón encontramos las relativas al sexo ocasional, la promiscuidad, la falta de afecto y confianza, la ausencia de placer. Por el lado positivo encontramos que connota responsabilidad y protección contra la enfermedad y el embarazo no deseado y también contra obligaciones que no se quisieran asumir. Es decir, el condón connota libertad frente al compromiso no querido.

La significación que se atribuye al condón presenta un claro dualismo. En el contexto del sexo ocasional es visto como protección contra la enfermedad, mientras que respecto a la pareja estable se le concibe como un método de planificación familiar.

Es significativo que ninguno de los grupos estudiados, mencionaron el amor como un elemento relevante respecto a sus relaciones sexuales. Sería absurdo pensar que ninguno de los participantes sentía amor por su pareja, por lo tanto podemos suponer que en la mente de los hombres el amor es más privado que el sexo. El mencionarlo sería una forma de apertura que no podrían permitirse, ya que exponerlo ante un grupo de hombres implicaría debilidad al mostrarse como incompletos y necesitados. Del amor no se habla.

#### BIBLIOGRAFÍA

- AMAI (1994), *Estudio para definir niveles socioeconómicos*, México, publicación interna.
- Arias, R., Cano, Cuadros y Quiroz (1993), *Sobre la telenovela*, Nexus I, Colección Interfacultades, Universidad de Lima, 1993.
- Cázes, Daniel (1993), "Normas del 'hombre verdadero'", en Kafka y Sartre, *Pasos de una metodología y elementos para asumir una masculinidad crítica*, XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México.
- Conapo (1994), *Situación de la planificación familiar en México, indicadores de anticoncepción*, México.
- Gómez de León, José (1994), *Retos y propuestas. Población y desarrollo*, Fundación Mexicana Cambio XXI, Luis Donald Colosio, México, mimeografiado.

- Figuroa, Juan Guillermo y Eduardo Liendro (1994), "Apuntes sobre la presencia del varón en la toma de decisiones reproductivas". seminario sobre Masculinidad, PUEG/UNAM, México.
- INEGI (1994), *Encuesta nacional de la dinámica demográfica* (1992), México.
- Keijzer de, Benno (1994), "Morir como hombres. La enfermedad y la muerte masculina desde una perspectiva de género", ponencia para el seminario de Masculinidad, PUEG/UNAM, México, mimeografiado.
- Laumann, Edward O., John H. Gagnon *et al.* (1994), *The Social Organization of Sexuality Sexual practices in the United States*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Pick de Weiss, S., Reyes y Cohen (1993), "STU/AIDS prevention in Mexico City. The role of pharmacies", en *AIDS and Society*, abril-mayo, 4(3), p. 4.
- Simon, William y John Gagnon (1984), "Sexual Scripts", en *Society*, noviembre y diciembre, pp. 53-60.
- Stover J., M. Bravo (1991), "The impact of AIDS on knowledge and attitudes about condoms for family planning in urban Mexico", *International Family Planning Perspectives*, junio, 17, pp. 61-64.



# ¿QUÉ RAZONES EXPONEN LOS HOMBRES QUE ESTÁN RECURRIENDO A LA VAŞECTOMÍA “SIN BISTURÍ” PARA LIMITAR SU FECUNDIDAD?

PATRICIA CASTRO MORALES\*

## REFLEXIONES INICIALES EN RELACIÓN CON LA PARTICIPACIÓN DEL VARÓN EN LA ANTICONCEPCIÓN

En los últimos veinte años, México ha presenciado un notable descenso en su fecundidad, atribuible, en gran medida, al incremento de la práctica de la anticoncepción.<sup>1</sup> Esta reducción que ya se observaba en determinados grupos sociales en 1968, alcanzó ritmos anuales de disminución importantes a partir de 1973, año en que la difusión de la anticoncepción en el conjunto de la población, coincide con la apertura de servicios de planificación familiar y con los cambios en materia de política demográfica impulsados por el gobierno de México en favor de una fecundidad regulada.

Desde el inicio masivo de la práctica de la anticoncepción en México, el ejercicio de la regulación de la fecundidad ha recaído en la mujer, al caracterizarse por el uso de los métodos anticonceptivos más eficaces que influyen sobre el aparato reproductor femenino, a tal grado que en la actualidad la esterilización femenina se ha convertido en la práctica más relevante, en detrimento del uso de otros métodos también eficientes (pastillas y DIU), hecho que ha llamado la atención de muchos científicos sociales.<sup>2</sup>

\* Dirección General de Salud Reproductiva. Agradezco a María Teresa Suárez su apoyo en la generación de los tabulados que aquí se presentan.

<sup>1</sup> “El uso de la anticoncepción explica casi completamente el cambio en las tasas globales de fecundidad entre 1976 y 1987. Con el modelo de Bongaarts, 75% de la baja de la fecundidad se atribuye a la anticoncepción [...] con el modelo de Moreno, 98%” (Zavala, 1994, p. 32).

<sup>2</sup> “La creciente importancia de la esterilización en países como México ha sorprendido a un buen número de investigadores y profesionales de la planificación familiar, que daban por sentado que la combinación de fenómenos tan enraizados en la cultura, como el machismo y las profundas creencias religiosas, tenderían a inhibir la difusión futura de los métodos quirúrgicos” (Tuirán, 1994, p. 120).

De ahí que el descenso de la fecundidad mexicana, observado en los últimos veinte años, se pueda adjudicar básicamente a la anticoncepción ejercida por las mujeres, aun cuando su ejercicio responda o sea resultado de negociaciones o acuerdos entre la pareja, es decir que sea producto de una norma asumida por ambos miembros de la pareja.

El alcance demográfico de esta conducta anticonceptiva, así como los efectos positivos de una menor paridad, sobre la salud de la mujer y la del niño, han contribuido, en gran medida, a no considerar el papel que el hombre desempeña en el ámbito de la reproducción. También es posible que ello obedezca al creciente proceso de apoderamiento de la mujer en la anticoncepción,<sup>3</sup> espacio en el que el varón ha venido mostrando una participación reducida y particularmente ejercida a través de métodos tradicionales.<sup>4</sup> Se puede afirmar que la contribución de éstos en la regulación de la fecundidad a lo largo de los últimos veinte años ha permanecido casi inalterable en términos relativos, no obstante el énfasis que se ha hecho en el preservativo o condón —básicamente utilizado para prevenir el contagio de enfermedades de transmisión sexual, y en particular del sida—<sup>5</sup> y la introducción de la vasectomía “sin bisturí” en los últimos años.<sup>6</sup>

La baja participación del varón en la práctica anticonceptiva puede obedecer a múltiples factores, entre los que cabría mencionar: 1) la gama limitada de métodos anticonceptivos de que el hombre dispone para poder participar en la regulación de la fecundidad; 2) la prioridad de la medicina —al argumentar que es más fácil inhibir un óvulo que miles y millones de espermatozoides— y de los programas de planificación familiar hacia las mujeres y, en particular, las de alta paridad, menospreciando en consecuencia el papel protagónico que desempeña el varón en la fecundidad, y

<sup>3</sup> Proceso que le ha permitido tomar decisiones en ámbitos que le eran prohibidos, como en su sexualidad y reproducción, y en los cuales los papeles tradicionales de género suelen negarse (Ankrali, 1995).

<sup>4</sup> En México, el condón y la vasectomía son poco utilizados por las parejas para regular su fecundidad. En 1992, sólo 5.9% del total de mujeres unidas en edad fértil usuarias de anticonceptivos estaba cubierto por estos métodos. A su vez, la proporción de métodos tradicionales ha sido de 12.2% (Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, 1992).

<sup>5</sup> La reducida demanda de este método para regular la fecundidad pudiera residir en que al ser considerado, tanto por el hombre como por la mujer, más como un preventivo de enfermedades de transmisión sexual y, sobre todo, asociado a relaciones sexuales extramaritales o promiscuas, su posible uso por la pareja para fines de control de la descendencia pudiera presentar mayores problemas si es la mujer la que llega a sugerirlo.

<sup>6</sup> La vasectomía es una opción anticonceptiva que en nuestro país, y en muchos otros con características similares, ha sido poco demandado. En México desde 1976 hasta el año de 1992, el porcentaje de usuarios (según información proporcionada por mujeres casadas en edad fértil) ascendió de 0.8% a 1.4 por ciento.

3) las expectativas y valoraciones sociales alrededor de la reproducción, en este caso con relación a la paternidad, sobre las que se construyen identidades genéricas distintas, con derechos y responsabilidades diferenciadas.

En este último aspecto, Figueroa y Liendro (1994) sugieren varias posibles interpretaciones en cuanto a la participación del varón. La primera, como ayuda en espacios de incumbencia tradicionalmente de la mujer;<sup>7</sup> dada la división sexual del trabajo que existe y en la cual a la mujer le corresponde el papel reproductivo y al varón el productivo; la segunda, como una intromisión, en virtud de que la maternidad y, en consecuencia, la reproducción son consideradas responsabilidades de la mujer; y la tercera se refiere a considerar dicha participación en términos de corresponsabilidad, equidad, o sea, de replantear las asignaciones de género construidas alrededor de este ámbito. A ello cabría agregar la visualización del hombre como responsable de su pareja estable y controlador del cuerpo de ella, o bien al hombre en relaciones sexuales con parejas femeninas no estables que se desligan de las consecuencias reproductivas.

Como es bien conocido, durante los últimos veinte años de acción de la planificación familiar en nuestro país, el estudio de la reproducción se ha limitado básicamente al análisis de la fecundidad y de la anticoncepción, centrándose éste en la mujer como unidad de observación y excluyendo al varón. Al respecto, como señalan algunos autores, "se tiende a pensar que por ser la mujer la que vive el embarazo y el parto en su propio cuerpo, las referencias a su medición son más fáciles y precisas... además, los procesos para interpretar las condiciones de la fecundidad privilegian a la mujer como unidad de análisis, a pesar de ser las parejas las que se reproducen (y en donde) el varón acaba siendo una variable más dentro de los esquemas de interpretación de la fecundidad de la mujer, no obstante su papel protagónico dentro de la misma" (Juan Guillermo Figueroa y Eduardo Liendro, *op. cit.*: 3 y 4). Asimismo, el énfasis en la interpretación del comportamiento reproductivo de la población ha residido en un análisis tradicional desde el punto de vista estrictamente sociodemográfico y en derivar sus implicaciones sobre el entorno social, dejando de lado otro tipo de interpretación y de análisis interdisciplinarios y de mayor profundidad (como sería el microsocio y cualitativo). En cambio, en el estudio del entorno de la participación masculina en la reproducción se cuenta ya con alguna información, especialmente sobre su actitud hacia la fecundidad y

<sup>7</sup> En relación con ello, Soledad González Montes (1994, p.42) señala:[...] "siempre que hay división sexual del trabajo, hay complementariedad e interdependencia entre los sexos, lo cual no garantiza necesariamente la simetría. De hecho lo más frecuente en sociedades con formas de organización muy diversa, son las relaciones de complementariedad y reciprocidad jerarquizada".

uso de métodos anticonceptivos (Castro, Liendro y Guarneros, 1995), así como con algunas aproximaciones teóricas para el análisis e interpretación del varón en el proceso reproductivo (Liendro, 1995) en las cuales se otorga mayor importancia al análisis microsocia y cualitativo que busca principalmente dar respuesta al significado de su participación.

A su vez esta asimetría en la responsabilidad de la regulación de la fecundidad encuentra hoy eco y oposición en las consideraciones que se han expresado en diferentes foros internacionales, entre ellos cabe mencionar: la Conferencia Internacional de Planificación Familiar en los Ochenta (Jakarta, Indonesia), en donde se argumentó que los hombres al igual que las mujeres tienen derechos reproductivos, como sería "el derecho a controlar sus cuerpos" (Rogow, 1991), así como la Conferencia Internacional de Población, celebrada en El Cairo, donde también se apunta hacia una mayor igualdad y responsabilidad genérica en el comportamiento reproductivo y sexual.

La escasa información de que hoy se dispone y que alude a la presencia específica del varón en la anticoncepción se deriva principalmente de la visión de las mujeres; la que corresponde a la propia visión de los hombres es todavía limitada en alcance y especificidad. Sin embargo, con base en ella es posible apreciar algunas reticencias en las actitudes de éstos respecto a su participación, así como advertir posibles cambios en sus prácticas culturales, en un espacio que se ha identificado mayoritariamente como de las mujeres y en el que desde hace aproximadamente veinte años se han apreciado variaciones en las prácticas culturales de la población femenina, y que han dado como resultado la intensificación de la práctica de la anticoncepción y la disminución de la fecundidad.

#### *Objetivo de este trabajo*

El propósito del presente documento es presentar algunos datos de una investigación dirigida a varones vasectomizados por la técnica "sin bisturí", que fueron obtenidos a través de una encuesta aplicada en centros de salud de la Secretaría de Salud del Distrito Federal y realizada por la llamada Dirección General de Planificación Familiar, hoy día Dirección General de Salud Reproductiva.

Esta encuesta tuvo como propósitos: 1) conocer algunas características sociodemográficas de los varones que están recurriendo a este procedimiento anticonceptivo quirúrgico; 2) determinar el conocimiento, actitud y motivación de esta población hacia la vasectomía "sin bisturí" y la regulación de la fecundidad; 3) valorar la información y la atención quirúrgica recibida, y 4) determinar la actitud y el conocimiento del personal

médico y paramédico hacia la vasectomía "sin bisturí" y, en general, hacia el respectivo programa.

La investigación se limitó a los centros de salud del Distrito Federal que cuentan con módulos de vasectomía "sin bisturí". Dos fueron las poblaciones de estudio: 1) los varones que están siendo vasectomizados en centros de salud<sup>8</sup> y 2) los prestadores de servicios de los centros que operan en el programa de vasectomía "sin bisturí" en el Distrito Federal.<sup>9</sup> El periodo de levantamiento fue de aproximadamente mes y medio y se llevó a cabo en el año de 1994.

La información que se considera en este trabajo se refiere a la primera población de estudio, o sea a los hombres vasectomizados. Básicamente nuestro interés está dirigido a obtener respuesta a las siguientes dos preguntas: 1) ¿cuáles son las razones por las que estos hombres decidieron operarse y limitar su fecundidad?, y 2) ¿es su participación en la práctica de la anticoncepción una decisión negociada dentro de la pareja para regular su fecundidad, o bien una decisión que ellos asumen independientemente de la opinión de sus cónyuges?

Como ha sido ampliamente reconocido, estamos conscientes de que el instrumento de captación utilizado —un cuestionario previamente estructurado con preguntas con opciones de respuestas cerradas y abiertas—, presenta una serie de limitaciones que no permite profundizar en la comprensión del objeto de estudio, y en especial cuando se trata de aproximarse a conocer el proceso de toma de decisiones. Por lo anterior, es importante advertir que los resultados que se consideran al respecto tienen un carácter exploratorio y, sobre todo, propositivo, que esperamos puedan ser materia de un análisis más riguroso en futuras investigaciones.

#### CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LOS VARONES VASECTOMIZADOS POR LA TÉCNICA "SIN BISTURÍ"

Antes de iniciar el análisis de la información para intentar dar respuesta a las interrogantes planteadas, es conveniente dar a conocer algunas características de la población bajo estudio.

<sup>8</sup> Esta población estuvo representada por todos los varones que durante el periodo de levantamiento de la encuesta, concurrieron al centro de atención para que les practicaran la vasectomía "sin bisturí", y los que se sometieron a revisión posoperatoria por haber sido intervenidos con esta técnica quirúrgica antes del periodo de levantamiento pero dentro del programa correspondiente a su aplicación. El total de cuestionarios con información completa fue de 179.

<sup>9</sup> En este caso se trató del personal médico y paramédico que labora en todos los centros de atención incluidos en el estudio, partícipe o no del programa.

Nos parece importante señalar, ante todo, que estamos frente a una población que consideramos "particular" ya que cuenta con una actitud positiva, y supuestamente de mayor compromiso para optar por el uso de algún anticonceptivo y, por ende, de mayor responsabilidad en la regulación de la fecundidad. También podemos suponer que se trata de una población que no está sujeta, como en el caso de las mujeres, a la información constante e influencia de los prestadores de servicios de los centros de salud acerca de la importancia y conveniencia del uso de métodos anticonceptivos, en virtud de su poca frecuencia y contacto con dichos centros y ante la cual, además, pareciera no existir una fuerte presión social que los obligue a asumir determinadas responsabilidades reproductivas. Lo anterior se fundamentaría en el hecho de que la reproducción no ha sido considerada un espacio masculino, mientras que en el caso de las mujeres se reconoce la responsabilidad social que se les ha atribuido frente a la reproducción, la maternidad y la crianza de los hijos, y que se encuentra íntimamente relacionada con la afluencia mucho más frecuente a los centros de salud o instituciones hospitalarias, situación que las ubica como sujetos de constante información y, sobre todo, de intervención y acción de los programas de planificación familiar.

Entre las principales características sociodemográficas de los hombres que están recurriendo a los centros de salud para solicitar la vasectomía "sin bisturí", encontramos, como se muestra en el cuadro 1, que su edad promedio es de alrededor de 35 años, edad altamente reproductiva y activa sexualmente, sobre todo, porque se trata de hombres que casi en su totalidad se encuentran casados o unidos (98%). Una proporción mayoritaria de ellos se mantiene en unión con la única esposa o compañera con la que ha contraído nupcias (86%), y más de la mitad del total tiene ocho o más años de estar casado o unido (59%). La edad de sus esposas o compañeras es en promedio de 31 años, edad también altamente reproductiva, que coincide con la edad promedio de las mujeres que están optando por la oclusión tubaria, según estimaciones realizadas con los datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (INEGI, 1992). El hecho de que los hombres estén optando por la vasectomía "sin bisturí" con anterioridad al final de su vida potencialmente reproductiva y antes de haber alcanzado familias numerosas, podría llegar a ser el patrón que por su parte se ha observado en el caso de las mujeres (Zavala, 1994).

Por otra parte, llama la atención el nivel educativo que se observa entre las parejas que optan por la vasectomía "sin bisturí": 78% de los hombres vasectomizados y 75% de sus esposas o compañeras tienen secundaria o más años de estudio (véase el cuadro 1). Esta aparente igualdad por sexo en el nivel de escolaridad desaparece cuando comparamos el porcentaje de vasectomizados y el de sus cónyuges con estudios de preparatoria o profe-

CUADRO 1  
Características sociodemográficas de los hombres vasectomizados  
y de sus cónyuges (*porcentaje*)

<i>Características sociodemográficas</i>	<i>Hombres vasectomizados<sup>1</sup></i>	<i>Cónyuges de los hombres vasectomizados</i>
Edad		
Menos de 35 años	54.2	70.0
35 años y más	45.8	30.0
Número de hijos		
Menos de tres hijos	47.5	—
3 hijos y más	52.5	—
Escolaridad		
Primaria <sup>2</sup>	22.3	25.4
Secundaria	34.6	46.3
Preparatoria y más	43.0	26.6
No sabe		1.7
Usuarios de métodos		
Femeninos	54.7	—
Masculinos	39.1	—
No usuarios, no sabe	6.2	—
Total	100.0 (179)	100.0 (178)

<sup>1</sup> La información se obtuvo con referencia al total de vasectomizados, de los cuales 98% está casado o unido.

<sup>2</sup> Incluye a los "sin instrucción" y a los que tienen "primaria completa".

Fuente: Secretaría de Salubridad y Asistencia, Dirección General de Planificación Familiar, Estudio Social para la Evaluación del Programa Nacional de Vasectomía sin Bisturí, 1994.

sional, en el que se aprecia una diferencia importante: dos quintas partes del total de hombres vasectomizados entrevistados contra un poco más de la cuarta parte en el caso de sus esposas o compañeras.

Si las características anteriores, como se señala en otros estudios sobre hombres vasectomizados, son privativas de las parejas que recurren a la vasectomía sin importar la técnica quirúrgica empleada, ni la institución de salud en la que se atienden, podríamos suponer que la demanda de esta opción anticonceptiva corresponde a un segmento de población en el cual es probable que esta pauta o conducta reproductiva responda al impacto que el proceso modernizador trae consigo en cuanto a las motivaciones para tener una menor descendencia (Vernon, 1995 y Alarcón y Juárez, 1995). No obstante, este argumento también se aplica para la gran mayoría de la población, en donde la situación de crisis económica, de cambios en la valoración de los hijos, de estatus y actitud hacia el papel otorgado a la mujer y la maternidad, entre otros aspectos, son a su vez, parte de este proceso modernizador.

De acuerdo con los datos de esta encuesta, también parecería importante agregar la existencia de una anterior experiencia anticonceptiva, al parecer vivida por estas parejas antes de asumir esta opción de carácter definitivo, ya que la casi totalidad de ellas se hallaba utilizando, ya fuera el varón o su pareja, algún otro método antes de recurrir a la vasectomía "sin bisturí". Esta situación, y con la advertencia de que no se trata de universos de estudio comparables, difiere en cierta medida de la tendencia que se ha observado respecto a la práctica anticonceptiva definitiva de las mujeres, en donde 25% del total de éstas ha recurrido a la oclusión tubaria como su primer contacto con algún método anticonceptivo (Secretaría de Salud, 1989).

A su vez, como parte de la experiencia anticonceptiva de estos individuos y de sus parejas, se observa que una importante proporción de ellos era usuario directo de métodos anticonceptivos —retiro o condón, principalmente— que empleaban como único medio de regulación de la fecundidad, o bien como anticonceptivo de apoyo, es decir, para regular la fecundidad, ante otro método utilizado por su esposa o compañera. Esta situación en la que el hombre aparece como un actor más involucrado y comprometido con las decisiones reproductivas en el seno de la pareja, parecería ser un elemento importante, y que posiblemente caracteriza más claramente a este grupo de población, en su decisión de optar por la vasectomía "sin bisturí".

¿QUÉ MOTIVOS EXPRESAN LOS VARONES QUE ESTÁN RECURRIENDO  
A LA VASECTOMÍA "SIN BISTURÍ" PARA LIMITAR SU FECUNDIDAD?

La naturaleza dotó a la mujer de la capacidad de engendrar, con la participación del hombre, a otro ser humano en su cuerpo y de alimentarlo con el propio. De ahí que la maternidad sea considerada como elemento central en torno al cual se configura la identidad de género de las mujeres. También estos hechos —de naturaleza biológica y social— han sido uno de los elementos para instrumentar las acciones de la planificación familiar en las mujeres. En cambio para una buena parte o la mayoría de los hombres, su participación en el embarazo y el parto suele o aparenta ser la de un simple observador, a pesar del papel protagónico que, como mencionamos en diversos párrafos anteriores, ellos desempeñan o pueden llegar a desempeñar en el comportamiento reproductivo y, en especial, en la regulación de la fecundidad. Ello hace difícil, en cierta medida, la determinación y definición de preocupaciones e inquietudes reproductivas masculinas, aspectos que, por otra parte, han recibido poca atención o lo han empezado a hacer recientemente. Es por ello que creemos de sumo interés

incursionar en el conocimiento de las razones que impulsan a estos hombres a recurrir a la vasectomía "sin bisturí", finalizando así su función reproductora. Sin embargo, como resulta obvio por el alcance de este estudio, las razones que expresan no pueden ser generalizadas a la población masculina usuaria de algún otro método anticonceptivo.

A continuación analizamos tres interrogantes formuladas a los hombres vasectomizados, las cuales tuvieron como propósito obtener información que nos permitiera conocer las razones o motivos que los impulsaron a adoptar la vasectomía "sin bisturí" como el medio anticonceptivo para limitar su fecundidad. Las preguntas abiertas que para este fin se formularon fueron las siguientes: ¿Por qué no quiere tener más hijos?, ¿por qué optó por la vasectomía "sin bisturí"?, y ¿por qué no eligieron otro método anticonceptivo? Las diversas respuestas fueron reagrupadas en las siguientes categorías: ideales de familia, vida sexual y problemas asociados con el uso de métodos, consideraciones hacia la pareja, conciencia de responsabilidad masculina en la reproducción, vida más satisfactoria para la familia y otras razones (véase el anexo 1 para conocer las respuestas en cada categoría, así como los cuadros 2 y 3 donde se observa la frecuencia de estas respuestas según diversas características de los varones entrevistados).

#### *¿Por qué no quiere tener más hijos?*

De las respuestas ofrecidas por los varones vasectomizados a esta pregunta, la principal razón para no tener más hijos remite a la fuerte preocupación por sostener y acceder a una vida más satisfactoria para la familia (61%). Esta categoría que se denomina "vida más satisfactoria para la familia" también incluye, aunque en menor medida, la percepción del entrevistado respecto a la situación económica y de exceso de población mundial y del país, y refleja la influencia del discurso oficial y de los principios del programa de planificación familiar nacional en el discurso individual. En segundo lugar en importancia, los entrevistados mencionaron como motivo para poner fin a su fecundidad, haber alcanzado el número de hijos "ideal", "esperado", "necesario", "suficiente", o por considerar que "ya tiene muchos" (40%) (véase el cuadro 2). Una minoría no despreciable de hombres (14%) señaló como razones para no querer más hijos, las condiciones de salud de su pareja, las inconveniencias en el uso de otros métodos anticonceptivos por parte de la mujer frente a la menor complejidad de la operación del hombre y otros motivos que estarían expresando mejores condiciones de interacción entre la pareja.

Estas inquietudes o preocupaciones predominaron en el conjunto de los varones, observándose diferencias cuando se relacionan con otras carac-

## ANEXO I

<i>Respuesta</i>	<i>Categorías</i>
Paridad satisfecha, hijos suficientes, no deseo de más hijos	Ideales de la familia
Evitar el riesgo de embarazo, la falla de otros métodos, por seguridad, evitar el uso de otros métodos, la inconveniencia e incomodidad en el uso de otros métodos; relaciones sexuales más satisfactorias	Vida sexual y problemas asociados con el uso de métodos
Problemas de salud de la pareja, alteraciones en el uso de otros métodos de la pareja, por amor a la esposa, edad de la esposa, porque ella no quiere controlarse, porque la operación para el hombre es más sencilla y menos complicada, de fácil recuperación	Consideraciones hacia la pareja
Bienestar de la familia y los hijos, planes futuros, por la situación económica familiar, del país y del mundo	Vida más satisfactoria para la familia
Porque es tiempo de que participe el hombre, de que asuma su responsabilidad en la anticoncepción, porque es responsabilidad de los dos, de pareja, para no tener más problemas, por inconveniencia personal, por edad de él	Conciencia de responsabilidad masculina en la reproducción
Otras razones	Otras razones

Fuente: cuadro 1.

terísticas como su edad, su nivel de escolaridad, el número de hijos tenidos y el uso de métodos anticonceptivos anteriores a la operación. Así, como se muestra en el cuadro 2, se manifiesta mayor preocupación por razones de bienestar futuro para la familia entre los varones vasectomizados de menor edad (70%), con estudios de secundaria (71%), con menos número de hijos (68%) y entre los que de alguna manera participaban en la planeación de la descendencia mediante el empleo de un método anticonceptivo propio de su sexo (64%); en cambio el no deseo de más hijos por considerar que tienen el número de hijos "suficiente", "necesario", "esperado" o su paridad satisfecha, se encuentra más frecuentemente entre los hombres de mayor edad (35 años y más), con un nivel de escolaridad superior a secundaria o con estudios de primaria y con mayor número de hijos. Resulta importante subrayar que en el caso de la categoría que busca expresar una mayor responsabilidad masculina en torno a la práctica anticonceptiva, se



CUADRO 2 (conclusión)

Categoría de razones de respuesta agrupadas <sup>2</sup>	Edad			Nivel educativo			Número de hijos			Uso de métodos		Total
	Menos de 35	35 y más	Primaria	Secundaria	Preparatoria y más	Menos de 3 hijos	3 hijos y más	Usuaría de métodos femeninos	Usuaría de métodos masculinos			
Otras razones	1.0	3.7	0.0	1.6	3.9	1.2	3.2	2.0	2.9	2.2		
Insuficientemente especificado	1.0	1.2	0.0	3.2	0.0	1.2	1.1	2.0	0.0	1.1		
<i>¿Por qué no eligieron otro método anticonceptivo?</i>												
Ideales de la familia	14.4	13.4	12.5	14.5	14.3	17.6	10.6	16.3	10.0	14.0		
Vida sexual y problemas asociados con el uso de métodos	51.5	42.7	47.5	48.4	46.7	47.1	47.9	40.8	54.3	47.5		
Consideraciones hacia la pareja	53.6	62.2	67.5	56.4	53.2	52.9	61.7	63.3	52.9	57.5		
Vida más satisfactoria para la familia	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—		
Conciencia de responsabilidad	14.4	18.3	17.5	12.9	18.2	20.0	12.8	20.4	11.4	16.2		
masculina en la reproducción	8.2	8.5	12.5	8.1	6.5	7.1	9.6	7.1	8.6	8.4		
Otras razones	0.0	1.2	0.0	1.6	0.0	0.0	1.1	0.6	1.4	0.6		
Insuficientemente especificado	(97)	(82)	(40)	(62)	(77)	(85)	(94)	(98)	(70)	(179)		

<sup>1</sup> El total para cada variable sociodemográfica por pregunta no suma 100 ya que un individuo pudo haber mencionado más de una razón.

<sup>2</sup> Para conocer los conceptos involucrados en cada una de las categorías de razones de respuestas agrupadas consúltese el anexo 1.  
Fuente: cuadro 1.

## CUADRO 3

Varones que se vasectomizaron y que declararon afirmativa o negativamente si les hubiera gustado a él o a su esposa tener más hijos, según razones de respuesta (porcentaje)

<i>Razones</i>	<i>Razones</i>	<i>Deseo o no de más hijos<sup>1</sup></i>
<i>¿A usted le hubiera gustado tener más hijos?</i>		
Sí	25.7	
Porque son la alegría de la casa, la realización de la pareja		7.3
Si fuese varón, o mujer		5.0
Porque le gusta la familia grande, numerosa		4.5
Por compañía para los hermanos o padres		2.8
Por vanidad		1.1
Otras razones		0.6
Insuficientemente especificado		6.1
No	74.3	
Por paridad satisfecha, no deseo tener hijos		25.1
Por situación económica familiar		16.8
Por bienestar y mayor atención a los hijos		14.0
Porque son muchas las responsabilidades, los compromisos		12.3
Por la situación del país, mundial, por exceso de población		11.2
No es razonable tener otro hijo más		2.8
Otras razones		4.5
	100.0	
<i>¿A su pareja le hubiera gustado tener más hijos?</i>		
Sí	28.4	
Porque le gustan los niños, la familia grande		11.2
Si fuera hombre o mujer		3.3
Porque deseaba tener más hijos		2.8
Porque ya están solos y grandes		2.8
Porque son la alegría de la casa, la realización de la pareja		2.2
Otras razones		2.2
Insuficientemente especificado		5.0

CUADRO 3 (conclusión)

	Razones	Razones	Deseo o no de más hijos <sup>1</sup>
No		71.6	
Paridad satisfecha número de hijos suficientes, deseados			25.1
Por salud y edad de ella			16.2
Por la situación económica familiar			5.6
Por bienestar y mayor atención a los hijos que tiene			4.5
Por la situación del país y del mundo			2.8
Por disfrutar de la relación de pareja			0.6
Otras razones			7.8
Insuficientemente especificado			3.3
No sabe			1.1
		100.0	
		(179)	(179)

<sup>1</sup> El acumulado no suma 100 ya que un individuo pudo argumentar más de una razón.  
Fuente: cuadro 1.

encuentra una diferencia de comportamiento muy acentuada entre los hombres de mayor edad respecto a los de menor edad (17% para los de 35 y más años, frente a 2% para los menores de esa edad).

Esta exposición de razones aparentemente similares entre grupos generacionales tan distintos en algunos casos o con diferencias nada despreciables en otros, nos plantea la necesidad de indagar sobre el significado que para los varones tienen los términos "suficiente", "necesario" o "esperado", o más aún sobre el alcance y sentido de percepciones disímiles en el caso de las otras categorías, tarea que supone el uso de metodologías de índole más cualitativa que permitiera una explicación más clara acerca de sus ideales y patrones reproductivos.

#### *¿Por qué optó por la vasectomía "sin bisturí"?*

En relación con este tema, las respuestas dadas por los entrevistados muestran inquietudes relacionadas con la salud reproductiva de su pareja y con la responsabilidad que implica el tener más hijos, preocupaciones que de alguna manera advierten acerca de la necesidad por cambiar o poner fin a situaciones vividas, algunas de ellas tal vez de manera desfavorable. Lo anterior se apoya al observar que un porcentaje del total de varones vasectomizados (51%) respondiera haber optado por la vasectomía "sin bisturí" debido a las alteraciones en la salud de la pareja, a consecuencia del uso de anticonceptivos o de experiencias obstétricas desfavorables,

aunque también se encuentra una proporción importante de entrevistados que argumentó razones relacionados con valoraciones respecto al número de hijos, según la categoría de "ideales de familia" (41%): segundo motivo más importante en el conjunto de estas respuestas (véase el cuadro 2).

La mayor frecuencia de las respuestas que aluden a "consideraciones hacia la pareja", si bien es predominante en relación con todas las características sociodemográficas de los entrevistados, es mucho mayor entre los de más edad (35 años en adelante, 57%), los que tienen estudios de secundaria (56%), y entre parejas que usaban métodos anticonceptivos femeninos (59%). En este caso, como mencionamos, se trata particularmente de cuestiones vinculadas a problemas de salud relacionados con el uso de métodos anticonceptivos y a consideraciones afectivas respecto a su pareja ("amor hacia...").

Es posible suponer que la mayor preocupación que muestran en particular estos varones por la salud y bienestar de su pareja esté relacionada con la mayor experiencia anticonceptiva y obstétrica a la que probablemente su pareja estuvo ya expuesta, aunque también es probable que esté vinculada con un mayor y mejor conocimiento acerca de las ventajas y desventajas de los métodos anticonceptivos, en particular de los métodos de carácter definitivo.

En cuanto a las respuestas que aluden de manera directa a evitar el tener más hijos por haber cubierto o satisfecho su paridad —razones expresadas por 41% del total de los entrevistados—, llama la atención que entre los varones de menor edad (menos de 35 años) es donde se observa la mayor frecuencia de no desear más hijos (45%). Ello parecería obedecer más a la visualización de un cierto ideal de familia que corresponde a una conducta de paridad planeada una vez alcanzada la descendencia deseada, y que se manifiesta tanto por expresiones que dan cuenta de ello, tales como, "estoy satisfecho con los hijos que tengo", "porque tres son suficientes", "porque no necesito más", así como por la mayor frecuencia de uso de métodos femeninos y masculinos en esta categoría, con anterioridad a la operación masculina. A ello se agrega, que entre este grupo de entrevistados se observa mayor porcentaje de varones preocupados por mantener o acceder a una vida más satisfactoria para la familia (24%) (véase el cuadro 2).

También respecto a esta pregunta se observa mayor porcentaje de individuos cuyas respuestas hacen referencia a consideraciones que apuntan a ciertos replanteamientos en las relaciones de género alrededor de este ámbito; éstas son: "es tiempo de que el hombre participe", "de que el hombre ponga algo de su parte", "de que no recaiga todo en ella", "de asumir la responsabilidad", "de cooperar, de ayudar".

*¿Por qué no eligieron otro método anticonceptivo distinto al de la vasectomía "sin bisturí"?*

Las respuestas ofrecidas a esta pregunta por los varones vasectomizados se centraron, fundamentalmente, en preocupaciones vinculadas con la salud reproductiva de la mujer (57%), así como con problemas asociados con el uso de los métodos y el querer experimentar una vida sexual de pareja más placentera (47%). Lo anterior se apoya en expresiones señaladas por los entrevistados, tales como: "quitarse la preocupación de poder experimentar un embarazo no deseado", "dejar de usar métodos anticonceptivo cuyo uso era ya valorado como inconveniente", o de manera más general "dejar de usar otros métodos" (véase el cuadro 2).

Estas inquietudes se encuentran más acentuadas cuando se trata de los varones de mayor edad (62%), con menor escolaridad (67%), con un número mayor de hijos (62%), entre aquellos cuya pareja usaba un método anticonceptivo antes de recurrir a la vasectomía "sin bisturí" (63%), es decir, entre los entrevistados que declararon como preocupación la salud reproductiva de la mujeres. En cambio entre los de menor edad y entre los que recurrían al uso de algún anticonceptivo propio del varón, las preocupaciones antes mencionadas (vida sexual y problemas asociados con el uso de métodos) muestran un peso similar, que nos lleva a pensar en la probabilidad de ciertos cambios en las asignaciones de género construidas alrededor de este ámbito dentro de estos grupos específicos de varones vasectomizados y, por tanto, en la posibilidad de una mayor valoración de consideraciones relacionadas con la conducta sexual y afectiva vivida en pareja o en una mayor desinhibición para expresarlas.

También en esta pregunta se observa un mayor porcentaje de individuos cuyas respuestas hacen referencia a argumentos que apuntan a ciertos replanteamientos en las relaciones de género vinculados a este ámbito, y que se manifiestan en expresiones tales como: "es tiempo de que el hombre participe", "de que ponga algo de su parte", "de que no recaiga todo en ella", entre otras más.

Estas apreciaciones, incluidas en la categoría de "conciencia de responsabilidad masculina en la reproducción", son declaradas en una mayor proporción por varones vasectomizados de más edad y por hombres cuyas esposas usaban métodos anticonceptivos antes de optar por este método definitivo —a consecuencia tal vez de la mayor exposición obstétrica y experiencia anticonceptiva a la que sus esposas han estado sin duda sometidas por el mayor número de años vividos—,<sup>10</sup> aunque también se

<sup>10</sup> Es en estos grupos de individuos donde suelen también predominar razones que aluden a las inconveniencias y problemas de salud asociados al uso de otros métodos, que aparecen consideradas en la categoría clasificadora "consideraciones hacia la pareja".

observan entre los varones vasectomizados con una paridad baja. Entre estos últimos, los argumentos mayormente expresados hacen referencia a una responsabilidad compartida y a la ventaja que se obtendría de utilizar como método la vasectomía "sin bisturí", aspectos que vendrían a reforzar el supuesto planteado con anterioridad en cuanto a la presencia de ciertos cambios en los valores y creencias reproductivas de estos individuos y de sus parejas. Cabe advertir, sin embargo, que se trata aún de apreciaciones exploratorias dado el reducido número de individuos que las declaran.<sup>11</sup>

No obstante la simpleza de estas interrogantes para intentar aprehender los conflictos que surgen en el proceso que conlleva a la toma de decisiones reproductivas, suponemos, dada la distinta importancia que algunas de las respuestas llegan a tener en cada una de las preguntas aquí analizadas, que en la decisión de estos individuos y sus parejas subyace toda una serie de dimensiones y condiciones que difícilmente pueden ser consideradas a través de esta aproximación metodológica, o sea a través de un determinado número de preguntas de una encuesta.

En cambio, los resultados, todavía de carácter exploratorio, nos permiten apoyar la argumentación señalada por Rogow (1991) en cuanto a que las razones del hombre para usar eficazmente anticonceptivos, radican en preocupaciones que pudieran parecer a nuestros ojos ajenas a sus propias preocupaciones reproductivas, en virtud de que el embarazo es un evento que él no experimenta. Es por ello que nos resulta difícil admitir que su decisión sea asumida sólo por y para beneficio de él. Lo que parecería cierto es que esta elección tiene como propósito resolver al menos dos problemas para ellos latentes, el de no querer tener más hijos y las inconveniencias del uso de métodos anticonceptivos por parte de sus cónyuges.

Respecto al primero de estos problemas, veamos las respuestas emitidas por los entrevistados a la pregunta de ¿a usted le hubiera gustado tener más hijos?, a la cual la mayoría contestó que "no" (74%), y por razones básicamente relacionadas con la paridad satisfecha, aunque también hubo quienes por la situación económica familiar, por el bienestar familiar y una mayor atención a los hijos y, por la situación del país, argumentaron que no les hubiera gustado tener más hijos (véase el cuadro 3). En este mismo sentido, una proporción de individuos también mayoritaria (72%) respondió que a su mujer tampoco le hubiera gustado tener más hijos, por razones similares, o sea por haber cubierto o satisfecho su paridad, aunque también la salud y edad de ella son elementos relevantes.<sup>12</sup> Para estas mujeres, y en

<sup>11</sup> Uno de cada seis hombres entrevistados mencionó alguno de estos conceptos. Véase el peso porcentual de la categoría correspondiente que aparece en la parte final del cuadro 2.

<sup>12</sup> Es interesante advertir que en la mayoría de estos casos se trataba de esposas o compañeras en edades jóvenes.

comparación con sus cónyuges, llama la atención la menor importancia que le otorgan a la situación económica, lo que podría obedecer en parte a que la responsabilidad económica de la familia se concibe como una preocupación que le corresponde atender al hombre, aunque no corresponda a la realidad cotidiana.

Por otra parte, el grupo de entrevistados que sí mencionaron que les hubiera gustado tener más hijos, aunque sin duda este hecho no fue fundamental en su decisión de optar por la vasectomía, los argumentos expresados remiten a que los hijos "son la alegría de la casa", "la realización de la pareja", "el deseo por tener un hijo varón o una mujercita", o "el gusto por las familias numerosas" (véase el cuadro 3).

Al respecto, son sugerentes las diferencias de jerarquía entre las respuestas con que el varón responde si le hubiera gustado tener más hijos y las que proporciona él respecto a su pareja, pues mientras que para los varones vasectomizados las razones aluden a que "los hijos son la alegría de la casa", "la realización de la pareja", para su pareja, según él, obedecen a que "le gustan los niños".

¿ES SU INJERENCIA EN LA PRÁCTICA DE LA ANTICONCEPCIÓN UNA ACCIÓN MÁS DE LA PAREJA O UNA INTERVENCIÓN UNILATERAL DEL HOMBRE?

Si partimos de que el apoderamiento adquirido por la mujer en la regulación de la fecundidad es consecuencia de la distinción de espacios genéricos, la participación del varón en este ámbito reservado fundamentalmente a la mujer podría ser considerada una intromisión. Sin embargo, la aceptación por parte de ella, y la exigencia de muchas mujeres, de que el hombre se involucre más en tales cuestiones apunta a nuevos cambios en los patrones de conducta hasta ahora observados en este ámbito. Cambios que, como los apreciados al comienzo de la práctica de la anticoncepción en nuestro país, empiezan a manifestarse en determinados grupos de población, siendo que las parejas que están optando por la vasectomía "sin bisturí" podrían ser un ejemplo de este proceso en posibilidad de gestación. De acuerdo con los datos de esta investigación, la decisión de los varones de optar por la vasectomía emana en la mayoría de los casos de un acuerdo de pareja: casi la totalidad de los entrevistados lo comentó y platicó con su esposa o compañera (95%), y ella estuvo de acuerdo con esta decisión (95%) (véase el cuadro 4).

Entre los varones vasectomizados pareciera ser que el supuesto que anima la acción de la planificación familiar, en el plano microsociedad, es decir, de ser una decisión de pareja, se rescata o, por lo menos, se aprecia no sólo por la frecuencia de casos en los que el hombre se encontraba acompañado

de su pareja el día de la operación sino también por las respuestas ofrecidas a las siguientes preguntas: ¿lo platicó con su pareja?, ¿estuvo ella de acuerdo?

En la primera de estas preguntas sobresale en las respuestas de los varones, argumentos como los siguientes: "es una decisión de dos, que atañe la vida de la pareja"; "por consideración o amor hacia mi pareja"; "porque decidimos que yo me operara en vez de ella, pues es más fácil para el hombre"; "por comunicación habitual entre la pareja", así como "porque ya no queríamos más hijos", entre otras respuestas, en las que se percibe, o más bien se insinúa la necesidad por parte de la mujer de dejar de ser la responsable única en la anticoncepción (véase el cuadro 4).

Respecto a la segunda pregunta, o sea a la actitud de la esposa respecto a la opción de su cónyuge, se aprecian argumentos como los siguientes: "porque ya no deseaba ella más hijos"; "porque fue compartido, acordado, planeado en beneficio de la pareja"; "por la salud de ella"; "porque va a evitar el uso de otros métodos anticonceptivos, entre ellos la operación femenina"; "porque la operación para el hombre es más fácil, menos complicada, más segura"; "por considerarlo una muestra de amor y consideración hacia ella"; "porque considera que es tiempo de que el hombre participe", entre otras razones (véase el cuadro 4).

En estas respuestas se perciben elementos que advierten acerca de la aceptación por parte de las mujeres de que el hombre se involucre y participe más en el ámbito de la reproducción, además del frecuente deseo por parte de las mismas a no querer tener más hijos. Este último motivo constituye también una de las razones por las que los hombres vasectomizados, así como sus esposas o cónyuges, declaran estar satisfechos de haberse operado.

En este sentido, al observar las respuestas a las preguntas que se formulan en la encuesta respecto a la satisfacción de este procedimiento por parte de la pareja: ¿está usted satisfecho de haberse operado?, ¿cree que su esposa está satisfecha de que usted haya tomado esta decisión?, se reitera la actitud compartida de ambos en cuanto a las decisiones en el ámbito reproductivo: "ya no vamos a tener más hijos, más familia, más hijos no deseados"; "ya no se va ella a preocupar de quedar embarazada"; "por la seguridad de no más embarazos, de no más problemas" (véase el cuadro 5). También en otras respuestas aparecen elementos que muestran una redefinición en las relaciones de género, así como un mayor involucramiento del hombre en el proceso de toma de decisiones reproductivas: "siento que he cumplido con mi cometido, con mi esposa"; "me siento bien conmigo mismo"; "porque he asumido una responsabilidad paterna", así como por razones que, aunque en menor importancia, manifiestan una relación afectiva con su pareja. Por el lado de las respuestas que expresa el hombre respecto a la

CUADRO 4  
 Varones que se vasectomizaron y que declararon afirmativa  
 o negativamente haber o no platicado con su pareja, y si ella estuvo  
 de acuerdo, según razones de respuesta  
 (porcentaje)

<i>Razones</i>		<i>Comunicación y acuerdo con la pareja<sup>1</sup></i>
<i>¿Lo platicó con su pareja?</i>		
Sí		95.5
¿Por qué?		
Porque son decisiones de dos, que atañen la vida de la pareja		37.4
Porque ya no deseábamos más hijos		13.4
Por consideración, amor a la pareja		12.3
Porque decidimos que yo me operara en vez de ella		11.2
Por comunicación habitual, participarle		9.5
Porque quería dejar de usar métodos, por problemas de salud e inseguridad de métodos		8.4
Ella fue quien me lo comentó		6.7
Es la madre de sus hijos, mi esposa, es sólo de ella y mío		5.6
Porque podría querer tener más hijos, es joven		5.6
Por la desinformación que existe sobre la vasectomía		3.9
Otras razones		6.7
Insuficientemente especificado		1.1
No		4.5
		100.0
<i>¿Estuvo su pareja de acuerdo?</i>		
Sí		94.9
Por paridad satisfecha, no deseo de más hijos		30.7
Porque fue planeado, acordado, compartido en beneficio de la pareja		12.8
Por salud de la esposa y alteraciones en el uso de otros métodos		12.3
Por evitar el uso de otros métodos y el de la operación femenina		11.7
Porque es más fácil, menos complicada y segura que la operación femenina		8.9

CUADRO 4 (conclusión)

<i>Razones</i>	<i>Razones</i>	<i>Comunicación y acuerdo con la pareja<sup>1</sup></i>
Por ser una muestra de amor y consideración hacia ella por parte del cónyuge		8.4
Método más conveniente, ideal		8.4
Porque es tiempo de que el hombre participe, de que asuma la responsabilidad		7.3
Por relaciones sexuales seguras, satisfechas, tranquilas		3.3
Por bienestar de los hijos, de la familia, por mayor atención de los hijos		2.8
Otras razones		3.3
Insuficientemente especificado		2.2
No	5.1	
	100.0	
	(179)	(179)

<sup>1</sup> El total no suma 100 ya que un individuo pudo argumentar más de una razón.

Fuente: cuadro 1.

satisfacción de la esposa por haberse operado, subsisten motivos que remiten a los inconvenientes, tanto físicos como emocionales, respecto al uso de los anticonceptivos por parte de ella. Así, entre los argumentos expresados por los varones, sobresalen los siguientes: "ya no va a usar métodos anticonceptivos"; "ya no va a sufrir con el uso de otros métodos"; "se siente más tranquila, más segura, más contenta, se siente bien"; "no quería tener más hijos"; "nuestras relaciones sexuales son más seguras y satisfactorias", "no quería ella operarse"; "no va a tener más problemas de salud por embarazos, partos"; condiciones y razones que creemos que desempeñaron un papel importante en la decisión de estos individuos y sus parejas.

Por los motivos expuestos con anterioridad, y por la comunicación e interacción que para la toma de esta decisión parece haber existido entre los cónyuges, la injerencia de estos hombres en la práctica de la anticoncepción, y a través de un método eficaz, no puede considerarse solamente una decisión estrictamente personal, más bien es una decisión de pareja, cuya acción fue tomada fundamentalmente en aras de un beneficio familiar y de pareja. Esta opción, se percibe como si fuese la más conveniente, entre una variedad de opciones, y expresa la solución más satisfactoria a una serie de consideraciones hechas por estos individuos alrededor de una necesidad por ellos muy evidente: no querer tener más hijos.

## CUADRO 5

Varones que se vasectomizaron y que declararon afirmativa o negativamente sentirse o no, así como sus esposas, satisfechos de haberse operado, según razones de respuesta (porcentaje)

<i>Razones</i>	<i>Satisfacción o no de la decisión</i>	<i>Razones</i>
<i>¿Se siente satisfecho de haber tomado esta decisión?</i>		
Sí	99.9	
Por no tener más hijos, más familia, más hijos no deseados		30.7
Porque me siento bien conmigo, por haber cumplido, por haber tomado esa decisión		17.9
Por la seguridad de no más embarazos, de no más problemas		15.6
Porque cumplí con mi esposa, con mis hijos		12.3
Porque no ha notado cambios		10.1
Porque era lo que buscábamos, lo que deseábamos		8.9
Por salud de ella		7.3
Porque ya no se preocupará de protegerse		5.0
Porque ahora disfrutaré más a mi pareja		5.0
Otras razones		2.8
Insuficientemente especificado		5.0
No	0.1	
Total	100.0	
<i>¿Cree usted que su esposa está satisfecha de que a usted lo hayan operado</i>		
Sí	96.1	
Porque ya no se va a preocupar de quedar embarazada		19.0
Porque ya no va a usar otros métodos, ya no va a sufrir con otros métodos		16.2
Porque ya lo habíamos planeado, fue una decisión de los dos		14.0
Porque está más tranquila, más segura, contenta, se siente bien		9.5
Porque no quería más hijos		8.9
Porque nuestras relaciones sexuales son más satisfactorias, seguras, tranquilas		7.3
Porque fue lo mejor, lo más seguro		5.6
Porque ella fue la que me convenció, me apoyó		5.6
Porque ella no quería operarse		5.0

CUADRO 5 (conclusión)

<i>Razones</i>	<i>Satisfacción o no de la decisión</i>	<i>Razones</i>
Porque ya no va a tener problemas de salud por partos, embarazos		5.0
Porque lo tomó como una muestra de amor; de consideración hacia ella		3.9
Otras razones		8.4
Insuficientemente especificado		6.5
No	3.9	
Total	100.0 (179)	(179)

<sup>1</sup> El total no suma 100 ya que un individuo pudo argumentar más de una razón.  
Fuente: cuadro 1.

## COMENTARIOS FINALES

Mi propósito en este apartado es presentar algunos comentarios muy puntuales, no necesariamente expresados con anterioridad, por el hecho de que el contenido de este documento si bien se limita a la descripción inicial de los datos que se presentan en los cuadros y a la luz de las preguntas que seleccioné de la encuesta, ofrece resultados novedosos e iniciales de una de las pocas investigaciones empíricas que se han realizado en nuestro país sobre la participación del varón en el ámbito de la regulación de la fecundidad.

En primer lugar, me parece pertinente mencionar que las actitudes de los varones sujetos de esta investigación, muestran que muchos de los estereotipos que se reiteran acerca de la participación de los hombres en dicho ámbito no tienen, en un buen número de ocasiones, una fundamentación empírica. Lo que llama la atención no sólo son las consideraciones expresadas por ellos y en las que sustentaron la decisión de asumir la responsabilidad de la regulación de la fecundidad, sino, y en especial, por evidenciar que es posible incursionar en el ámbito privado relacionado con su fertilidad, lo que en ocasiones para muchos otros hombres implica vulnerar su virilidad o potencia sexual.

De acuerdo con los entrevistados, la no aceptación de la vasectomía por parte de la población masculina puede obedecer a diversas razones, entre las que señalan en orden de importancia las siguientes: posturas o pensamientos "machistas" (50%), concepciones acerca de la hombría, la virilidad o la potencia sexual (44%), o bien a un desconocimiento de la existencia y

ventajas de este método (30%), cuestiones estrechamente vinculadas a elementos que definen la identidad masculina.

En segundo lugar, queremos subrayar y reiterar que la participación de los hombres vasectomizados en la regulación de la fecundidad parece ser más bien resultado de un acuerdo o negociación en la pareja, y no sólo producto de una conducta asumida por el hombre y secundada sólo por la mujer. Lo anterior, resulta además un principio central de la filosofía en que se sustenta o se debe sustentar la planeación familiar, es decir, considerarla como un proceso que atañe a la pareja y la familia y no como una esfera privativa o exclusiva por parte de un solo sexo.

En tercer lugar, de los resultados mencionados en este estudio, parecería desprenderse que la participación del varón en la práctica de la anticoncepción adquiere un sentido adicional, en la medida en que también obedece a inquietudes relacionadas con la salud física y emocional de la pareja y de la familia y que se relaciona, en una buena parte, con la insatisfacción en el uso de métodos anticonceptivos por parte de algunas mujeres. Lo anterior se vincula a su vez, con el significado de la planificación familiar, y por ello su redefinición y alcance a través del concepto de salud reproductiva, es decir como un proceso que va más allá de la regulación o control de la fecundidad y que implica la participación responsable en la reproducción familiar por parte de ambos miembros de la pareja.

En cuarto lugar, también se evidenció que la situación económica es un elemento adicional e importante que entra en juego en la toma de decisiones del varón que lo lleva a optar por una intervención definitiva para regular su fecundidad. Elemento que ocupa un lugar importante en gran parte de la literatura sobre los determinantes de la disminución de la fecundidad y que, como en el caso de otros determinantes, actúa asociado a otras condiciones objetivas y subjetivas en el ámbito de la reproducción demográfica.

Finalmente, es importante agregar que en la actualidad la incorporación del varón en la regulación de la fecundidad es un proceso en marcha en nuestro país, así como en la mayoría o en gran número de otros países. Ello nos lleva a plantear, entre otras, las siguientes interrogantes, ¿qué tantos hombres están recurriendo a la vasectomía "sin bisturí"?, ¿cuáles son las razones por la que lo hacen?, ¿qué repercusión tendrá esta conducta de los hombres en las estructura anticonceptiva de la población mexicana? y ¿cuál es el impacto de esta práctica en el descenso de la fecundidad y en la salud reproductiva del hombre y de la mujer? Interrogantes cuyas respuestas requieren de investigaciones bajo distintas perspectivas y abordajes metodológicos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Francisco y Consuelo Juárez (1995), *La vasectomía en México: estudio sobre la toma de decisión* (GLO-II-EV-2): "Un estudio laboral sobre la decisión acerca de la vasectomía", ANSC International, Nueva York.
- Ankrah E., Maxine (1995), "El empoderamiento de la mujer retrasa la transmisión del VIH", *Elección anticonceptiva, Network en español*, Family Health International, vol. 10, núm. 1, enero, pp. 22-23.
- Bornet, Barbara (1995), "Las fases de la vida afectan el uso del método", *Grupos especiales, Network en español*, Family Health International, vol. 10, núm. 2, abril, pp. 14-17.
- Castro M., Patricia, Eduardo Liendro Z. y Noé Guarneros C. (1995), "El comportamiento reproductivo masculino. Una aproximación a su análisis desde la perspectiva de género" (*El caso de obreros de establecimientos manufactureros del Área Metropolitana de la Ciudad de México*), informe final, Secretaría de Salud, Dirección General de Planificación Familiar.
- y Sergio Correu A. (1995), "Algunas características y razones de adopción de la vasectomía "sin bisturí". El caso de la Secretaría de Salud, ponencia presentada en la V Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, México.
- Fagetti, Antonella (1995), "Los cambiantes significados de la maternidad en el México rural", en *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, Soledad González Montes y Vânia Salles, El Colegio de México, pp. 301-337.
- Figueroa P., Juan Guillermo (1994), "Anticoncepción quirúrgica, educación y elección anticonceptiva", *Memoria de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, tomo 1, INEGI-Somede, México, pp. 110-118.
- y Eduardo Liendro Z. (1994), "Apuntes para la presencia del varón en la toma de decisiones reproductivas", seminario sobre masculinidad del Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), Universidad Nacional Autónoma de México, mimeografiado.
- Finger, William R. (1995), "La elección del método implica muchos factores", en *Elección de anticonceptivos, Network en español*, Family Health International, vol. 10, núm. 1, enero, pp. 16-19, 31.
- González Montes, Soledad (1993), "Hacia una antropología de las relaciones de género en América Latina", *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, El Colegio de México, pp. 17-52.
- Gutmann, Matthew C. (1993), "Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa", *Estudios Sociológicos*, XI, 33, pp. 725-740.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (1992), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica*, Aguascalientes.
- Leñero O., Luis (1992), *Varones, Neomachismo y Planeación Familiar*, Colección Cuadernos de Trabajo 1, Fundación Mexicana para la Planeación Familiar, Mexfam, 207 pp.
- Liendro Z., Eduardo (1995), "Marco conceptual de análisis para el comportamiento reproductivo masculino", SSA, DGEF, México, mimeografiado.
- Rogow, Dobbie (1991), "Man/Hombre/Homme, Respuestas a las necesidades de la salud reproductiva masculina en América Latina", Population Council, Nueva York.
- Secretaría de Salud (1989), "Demographic and Health Surveys", *Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud*, México.

- Selva B., Beatriz (1991), "Comportamientos reproductivos y sus valoraciones. Un estudio de caso con mujeres de la colonia Guerrero", *Textos y pre-textos. Once estudios sobre la mujer*, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, El Colegio de México, pp. 463-500.
- Tuirán, R. (1994), "La esterilización anticonceptiva en México 'satisfacción' e 'insatisfacción' entre las mujeres que optaron por este método", *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, tomo I, INEGI-Somede, México, pp. 119-140.
- Vernon, Ricardo (1995), "Vasectomy operations research findings in Latin America", mimeografiado.
- Zavala de Cosío, Ma. Eugenia (1994), "Niveles y tendencias de la fecundidad en México, 1990-1995", *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, tomo I, INEGI-Somede, México, pp. 26-35.

## IV

# CONTEXTUALIZACIÓN DE LOS CAMBIOS DE LA FECUNDIDAD Y PARTICIPACIÓN MASCULINAS



# ROL MASCULINO Y DISMINUCIÓN DE LA FECUNDIDAD. EL CASO CUBANO

JUAN CARLOS ALFONSO FRAGA\*  
MAYDA ÁLVAREZ SUÁREZ\*\*

## INTRODUCCIÓN

Cuba se destaca en el contexto latinoamericano por ser un país de una transición demográfica muy avanzada. Principalmente durante este proceso la fecundidad ha descendido hasta niveles significativamente bajos, no sólo en el marco de la región sino en el nivel mundial. En 1993-1994, las tasas brutas de reproducción (TBR), fueron ligeramente superiores —0.7 hijas por mujer— a las de países como Italia, España y otros (Naciones Unidas, 1994), considerados como los de más baja fecundidad en esos momentos. Desde fines de los setentas la fecundidad en Cuba se encuentra por debajo de los niveles de remplazo y los pronósticos no indican que en lo que resta de siglo y los primeros lustros del siguiente esta situación varíe.

Con todo, lo más importante no son precisamente los valores de la fecundidad, sino su homogeneidad social y territorial y los bajos niveles de inequidad reproductiva, medida esta última a partir de las posibilidades de concretar los deseos reproductivos declarados por la mujer.

En toda esta evolución, está presente una capacidad de decisión de la mujer que se ha ido fortaleciendo como parte de un proceso social en el cual uno de sus paradigmas ha sido, precisamente, los avances logrados por el apoderamiento femenino. Obviamente con estas transformaciones sociales y el acceso a la tecnología adecuada, la fecundidad ha disminuido. El conocimiento y uso de anticonceptivos y la accesibilidad al aborto, a pesar de sus limitaciones o su utilización más allá de lo deseado, en el

\* Investigador del Departamento de Estudios Demográficos, Oficina Nacional de Estadística, Cuba.

\*\* Directora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Ministerio de las Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente, Cuba.

segundo de esos determinantes, son posibilidades concretas para determinar el número de descendientes.

Por todo lo anterior pudiera afirmarse que la mujer cubana está capacitada socialmente para decidir sobre el número y el espaciamiento de sus hijos de acuerdo con sus expectativas sobre el tamaño deseado de familia, y que cuenta con los medios para hacerlo, proceso que, con sus bondades y limitaciones, se discutirá más adelante. Aun así cabe preguntarnos: ¿Cuál es la actitud de su pareja en la toma de estas decisiones?, ¿cómo es la dinámica familiar en la cual se desarrollan esas actitudes?, ¿ha ganado o perdido terreno y responsabilidad el hombre en ese sentido?, ¿ha sido positivo o negativo para la familia y para la responsabilidad paterna este desarrollo de la mujer?, ¿cómo es la relación del padre con sus hijos?, y otras interrogantes que se pudieran plantear para valorar analíticamente el tema no sólo desde el punto de vista demográfico, sino también desde el sociológico, histórico y psicológico.

Desafortunadamente no existe información primaria abundante sobre el tema. Algunas encuestas o estudios nacionales o locales recogen información fragmentada, con preguntas formuladas directamente a los hombres o bien sobre actitudes masculinas hacia algunos aspectos de la fecundidad, *filtrados* a través del criterio femenino, lo que constituye una limitación. De ahí la necesidad de utilizar elementos cualitativos en algunos casos, procedentes de entrevistas o estudios de menor magnitud y representatividad estadística, así como de otras fuentes, que en conjunto permitan aproximarse a la problemática, que exige, tanto en el caso cubano como en el resto de los países, valoraciones más fundamentadas e integradas, en la búsqueda de factores que han incidido en el cambio del rol masculino en la fecundidad. La historia y el cambio social, la familia y la paternidad, la medición y comportamiento de la fecundidad tanto del hombre como de la mujer y la discusión de estos resultados, son elementos que a través de aproximaciones sucesivas, posibilitan indagar en los mecanismos del proceso.

El objetivo de este trabajo es intentar una aproximación inicial para conocer algunas características que den cuenta del rol masculino en la fecundidad cubana, proceso caracterizado por transformaciones del papel del hombre en el funcionamiento de la familia y el ascenso de la mujer en su vida social y familiar, así como en la reafirmación y medios para lograrlo a través del ejercicio de sus derechos, entre ellos los reproductivos.

En este sentido, y con base en estudios realizados con anterioridad, se busca exponer los elementos de análisis y discusión del ciclo de vida familiar en Cuba y la función y conducta masculina en el mismo, seguido del análisis de la evolución de la fecundidad. El descenso de niveles, la decisión en el número y espaciamiento de la descendencia, el agrandamiento de la familia en segundas o terceras nupcias, el cambio en las

edades reproductivas, la manutención y educación de los hijos, su valoración de la autoridad paterna, son entre otros, temas que se analizan en este trabajo, conjuntamente con otros de carácter psicológico y sociológico; todo ello en búsqueda de evidencias y premisas acerca de la interrelación entre la actitud masculina y disminución de la fecundidad.

#### ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y SOCIALES

Cuba es un país de inmigrantes. Ésta es una expresión, quizás demasiado rotunda y concluyente, que se ha utilizado con frecuencia cuando se analiza la evolución histórica de la población cubana, pero que no obstante tipifica una característica demográfica que se asocia con el inicio de la transición demográfica a principios del actual siglo (Hernández, 1984).

En efecto, en el primer cuarto de siglo arribaron a las costas cubanas alrededor de 1.3 millones de inmigrantes (Catasús, 1975), en un contexto de supuestas oportunidades que brindaba un país que recientemente había proclamado su independencia del dominio español y que estaba bajo la tutela de Estados Unidos, como garantía que este país impuso para el cuidado y desarrollo de sus inversiones, que en igual periodo ascendieron a aproximadamente 1 200 millones de dólares. Azúcar y población establecieron una ecuación que impulsó esa inmigración fundamentalmente española y caribeña, que no sólo motivó los mencionados volúmenes de emigración sino que hizo que ésta fuera mayoritariamente masculina (más de 80%), la que se asentó a lo largo y ancho del país; en un caso, la de los españoles, dedicada al comercio en las ciudades y zonas urbanas, y en el otro, la caribeña, más una pequeña parte de la española, en las labores agrícolas.

Lo importante en todo caso es el impacto de esta migración y su curso paralelo con el inicio de la transición y declinación de la fecundidad.

No obstante el análisis ha resultado controvertido ya que estos inmigrantes provenían de regiones y países donde la fecundidad marital aún no había descendido —aunque se encontraba con niveles inferiores a la cubana en esos momentos— siendo que en Cuba ya se iniciaba un proceso de mejoramiento de las condiciones sanitarias y educativas, y en general de las económicas. Se plantea que dicho proceso influyó como efecto *modernizador* en la declinación de la fecundidad, siendo un hecho que, alrededor de 1920 la fecundidad después de haberse incrementado notablemente a principios de siglo como consecuencia del nacimiento de niños aplazados durante la guerra independentista, comienza a declinar lentamente. En 1900-1919, la TBR se estimó en alrededor de 3.0 hijas por mujer; a partir de 1920, en 2.8 (González y Ramos, 1994) y continuó su descenso hasta

principios de los años sesenta, coincidiendo con el triunfo revolucionario, en que volvió a recuperarse.

A pesar de que no se dispone de evidencias directas, sí es posible considerar que la influencia de una inmigración, aunque era mayoritariamente masculina y en edades reproductivas (14-45 años de edad), tuvo una correspondencia con la declinación de la fecundidad, y con un impacto diferente al esperado.

Por tanto es válido como hipótesis, considerar otros condicionamientos antropológicos y sociológicos, relacionados con hábitos, costumbres, aceptación o rechazo de los inmigrantes por parte de la población nativa, así como las expectativas de aquéllos en su inserción en la sociedad cubana de principios del siglo.

Por tales razones es posible pensar que estas influencias de lenta gestación y largo alcance, fueron una consecuencia de las estrategias vitales de los inmigrantes en su nuevo medio de acogida. En general, estas estrategias estuvieron guiadas por criterios de *austeridad* ante la necesidad de asegurar una asimilación al medio y lograr una rápida acumulación de recursos con vistas a obtener estabilidad económica para su posible retorno a la tierra de origen. Este comportamiento previsor tuvo también un componente reproductivo de tipo *malthusiano*, que se manifestó en muchos casos, primero en un retraso del matrimonio o la no unión, en evitar el nacimiento de los hijos y, con posterioridad, en una preferencia por una familia pequeña.

Dados su importante peso demográfico y la movilidad social alcanzada por una parte significativa de la población inmigrante, es posible que su conducta reproductiva se convirtiera en un referente normativo para sucesivas cohortes de la población, fundamentalmente en áreas urbanas del país (Jiménez *et al.*, 1994).

Rol masculino y declinación de la fecundidad formaron en esos años una relación aparentemente contradictoria, ya que era de esperar que una población que tuviera en sus edades reproductivas índices de masculinidad de 120 hombres por 100 mujeres, o en ocasiones superior a ese valor, no se reprodujera con mayor intensidad. Todo ello en un país que, si bien tenía como concepción del matrimonio, la monogamia, con su formalización religiosa y civil, también exhibía, como sociedad caribeña al fin, una alta frecuencia de uniones consensuales, a la cual accedió la parte menos pudiente de esta inmigración en el momento de vincularse con la población nativa.

Con posterioridad, el comportamiento de la fecundidad masculina visto a través del ciclo de vida del varón, continuó con patrones que se consideran *esperados* o *tradicionales*. Hasta los años cincuenta, la sociedad cubana mostró la concepción de una familia y, por ende, una relación matrimonial basada en la autoridad masculina, con su secuela de *machismo*

y discriminación femenina, y donde la mujer se caracterizaba por asumir un papel de articuladora de las funciones familiares, incluyendo su rol de reproductora y de cuidadora de los hijos. En ese periodo se combinaron un matrimonio más tardío que en los primeros años del siglo, una disminución de la fecundidad, en la que también intervienen otros factores económicos, sociales y demográficos; situaciones de crisis y aumento de la urbanización; recurrencia no poco frecuente al aborto inducido, como medio regulador de la fecundidad; mortalidad materna e infantil relativamente altas. Aunque el divorcio estaba aprobado desde 1918, su frecuencia era relativamente baja.

• En ese contexto la declinación de la fecundidad era un hecho y a fines de los cincuenta la TBR era de 1.7 hijas por mujer (González y Ramos, 1994), uno de los niveles más bajos de América Latina en esos momentos.

A partir de 1960 Cuba asiste a un cambio social de tal profundidad y magnitud que afecta a todos los sectores de la sociedad, incluyendo pautas y valores que marcan las relaciones de pareja, la familia y en consecuencia la dinámica demográfica. Para algunos autores: [...] *el auge de nacimientos de la primera mitad de los años sesenta fue seguido por uno de los avances en la transición demográfica más acelerados y homogéneos de la historia demográfica contemporánea* [...] (Jiménez et al., 1994).

Para analizar el papel o rol del hombre en la fecundidad, inevitablemente hay que relacionar un conjunto de factores y de hechos que con sus bondades, contradicciones y limitaciones caracterizan los últimos treinta años de conducta reproductiva en Cuba. En este ámbito el pivote del cambio ha sido la transformación ocurrida en la condición de la mujer, que ha obtenido una capacidad de decisión en el número y espaciamiento de su descendencia, teniendo para ello educación, salud, participación creciente en las actividades económicas formales y acceso a servicios de planificación familiar y abortos de forma segura y gratuita.

Obviamente todo ello conduce a una redefinición de roles, hecho que no obedece a que el papel del hombre en la conducta reproductiva se haya vuelto más pasivo, sino a que lo ha comenzado a compartir, aunque no en todos los casos con igual intensidad, similares grados de resistencia. Sin embargo, a ello debe agregarse, indiscutiblemente, el mayor acceso de la mujer a una tecnología anticonceptiva y al aborto, lo que le proporciona una opción consistente para decidir sobre su reproducción que se ve reforzada por su capacidad social para poder utilizarla.

A pesar de sus limitaciones, varios indicadores, cifras y comentarios se pudieran citar en favor del aludido incremento en la condición de la mujer en Cuba y su estatus. En aras de sintetizar, pudiera señalarse que en la última edición del *Informe sobre Desarrollo Humano de 1995* (PNUD, 1995), independientemente de lo controvertido de su medición, Cuba ocupa el

lugar 72 en el mundo con valores medios de desarrollo humano, el 47 en el desarrollo de la mujer y el 16 en su potenciación; este último, como es conocido, no mide solamente capacidad básica y nivel de vida, sino principalmente *participación* —y por tanto influencia— económica, social, política y profesional. Sólo Trinidad y Tobago y Cuba como parte de América Latina y el Caribe se encuentran entre los veinte primeros países del mundo en este importante índice.

#### FAMILIA Y PATERNIDAD

Una manera de valorar algunos de los argumentos anteriormente planteados es a partir de investigaciones sociodemográficas de carácter nacional y local, así como de entrevistas u otra forma de recolección de información, con base en las cuales se han elaborado diversos análisis sobre el funcionamiento de la familia y, aunque de manera incipiente, sobre el rol del esposo (compañero) y padre.

Uno de los problemas relevantes que ha sido objeto de investigación en Cuba ha sido la *maternidad soltera*, entendida ésta como la maternidad fuera del matrimonio, ya que las mujeres que tienen hijos cada año en esta condición constituyen más de 50% del total (55% en 1994).

A partir de estos datos, podría suponerse que los varones no asumen su responsabilidad y, por lo tanto, que las mujeres enfrentan el nacimiento de sus hijos, solas. Sin embargo, en una investigación realizada por varias instituciones nacionales, con una muestra de madres solteras (1 259) y casadas (817) como grupo contrastante (Álvarez *et al.*, 1986), se encontró que en el momento de la investigación, con entre seis meses y un año de nacido el hijo, la situación en que se encontraban las parejas era la siguiente:

	<i>Solteras</i> (porcentaje)	<i>Casadas</i> (porcentaje)
Mantienen la relación aunque no conviven	3.9	2.8
Tienen otro compañero	4.9	1.7
Rompen la relación	26.6	8.6
Conviven madre-padre-hijo	64.6	86.9

Es decir, la mayoría de las llamadas *madres solteras* está unida consensualmente con el padre de su hijo y de acuerdo con la edad de las mujeres —predominantemente jóvenes— y el número de hijos, una gran parte de estas familias se encuentra en la etapa del ciclo vital familiar que corresponde al nacimiento de su primer descendiente.

Al indagar en este estudio acerca de la planificación del embarazo se constató que 46.4% de las *madres solteras* y 38% de las casadas éste no fue

planificado. En ambas categorías se encontró que la proporción es mayor cuando se trata de mujeres menores de 20 años, lo que permite suponer que en estos casos, como parecería lógico, el embarazo de la mujer no fue un producto del deseo del hombre. También se podría suponer que tampoco, o en la mayoría de casos, fue deseado por la mujer.

A su vez, los resultados del estudio muestran que la mayoría de las mujeres, una vez embarazadas, decidió continuar el embarazo, respondiendo al deseo de tener un hijo y al gusto por los niños. Sólo un grupo reducido, poco menos de 20% de las *solteras*, manifestó haber tenido a sus hijos por motivos ajenos a su decisión personal (no pudieron interrumpirlo por lo avanzado del embarazo o por problemas de salud).

En cuanto al acuerdo o decisión mutua de la pareja para continuar el embarazo, se encontró que solamente 15.7% del total de la muestra estaba de acuerdo: 13.8% en el caso de las *madres solteras* y 18.7% de las casadas. Esta situación, a su vez, ocurre fundamentalmente en las mayores de 30 años y es independiente de su estatus conyugal.

En esta investigación también se indagó indirectamente acerca de la actitud de los hombres al saber del embarazo y una vez nacido el hijo. Algunos resultados al respecto muestran que 88.9% de las *madres solteras* respondió que la actitud asumida por los varones-padres al enterarse del embarazo fue de aceptación y no de rechazo. Las principales manifestaciones de esa aceptación fueron: considerarlo un asunto de ambos, brindarle a la mujer apoyo afectivo, preocuparse por su salud, no desear la interrupción del embarazo y apoyarla económicamente.

Por su parte, 9.5% de las *madres solteras* describió diferentes reacciones del rechazo en la pareja ante el embarazo: desear la interrupción, romper la relación, no preocuparse por ellas y, aunque en menor medida, agresiones físicas y morales (3.0 %). En otro 1.5% de los casos la reacción de los hombres fue catalogada de indiferencia.

Estos datos concuerdan con los referidos respecto al reconocimiento legal del niño por parte del padre: en 87.8% de los casos el padre lo reconoció espontáneamente y la mayor parte de estos reconocimientos se efectuaron en el propio centro hospitalario. Según la declaración de las mujeres hubo que convencer a 3.5% de los padres y otro 8.8% de los niños no fue inscrito con el apellido paterno.

El hecho de que en la realidad las llamadas *madres solteras* están unidas consensualmente incide también en el señalamiento a los padres como los principales responsables de la manutención del hijo, seguido de la madre y después los abuelos. Estos últimos desempeñan un papel más importante en la medida en que la madre es más joven y, por supuesto, cuando concluye la relación de la pareja.

Existe otra investigación, también con una muestra representativa en el nivel nacional de 1 125 familias que se caracterizan por otro tipo de composición familiar, a saber: completas (por tener pareja), residentes en zonas urbanas y con hijos adolescentes y jóvenes entre 12 y 19 años (Reca *et al.*, 1990). A diferencia del estudio anterior, en esta investigación sí participaron mujeres y hombres y a ambos se les aplicó un cuestionario similar en el propio hogar, en el cual se indagaban aspectos vinculados con su conducta reproductiva y sus relaciones afectivas.

De esta forma, fueron estudiadas las funciones familiares; entre ellas la biosocial, que comprende la necesidad de procrear hijos y vivir con ellos en familia; es decir, la conducta de la pareja que, desde la perspectiva de la sociedad, es vista como reproducción de la población. Esta función incluye tanto las relaciones sexuales de la pareja como sus intensas relaciones emocionales.

De acuerdo con el universo de estudio, todas las parejas conviven con su hijo adolescente o joven, y alrededor de 75% de ellas convive en la misma residencia con dos o más hijos solteros adolescentes o jóvenes. Del total de las familias, 27% tiene un hijo en edad escolar.

Estos datos en cierta medida permiten inferir que en el caso cubano la etapa del ciclo de vida familiar que se ha denominado *nido vacío*, por lo general no se comporta de la manera en que éste se ha definido, o sea, con la sola presencia de la pareja. Esta situación obedece, por una parte, a las dificultades objetivas de vivienda que enfrenta el país, pero también es posible que responda a patrones culturales relacionados con la educación de los hijos, ya que no es frecuente abandonar el hogar de los padres hasta que no se contrae matrimonio y aun así, por lo mencionado anteriormente, ello no siempre es posible.

Como sería de esperar, la mayoría de las entrevistadas (al igual que los hombres) no señaló entre sus propósitos para los próximos años el tener un hijo. Sólo 2% de ellas lo consideró entre sus futuros propósitos. Este dato resultó congruente con el promedio de edad de las mujeres de la muestra que era de 40 años y también con el largo periodo de relaciones que tiene la mayoría de estas familias (18 años como promedio), y donde el nacimiento de los hijos ocurre en general en los años iniciales de las relaciones de pareja o de su constitución. Por ello, se puede afirmar que en las parejas estudiadas se comprobó que el aspecto reproductivo ocupa un lugar secundario en tanto han superado ya la fase de expansión dentro del ciclo de vida familiar.

Otras funciones estudiadas en la mencionada investigación fueron la económica y la cultural, en esta última, las actividades y las relaciones encaminadas a la educación o formación de los hijos desempeñan un importante papel. En este sentido se obtuvieron resultados interesantes

acerca del desempeño de los roles materno y paterno, que en cierta medida dan cuenta del mantenimiento de patrones tradicionales.

Así, al indagar acerca del ejercicio de la función económica de la familia resultó evidente que es la mujer la principal encargada de las tareas domésticas y, de la misma forma, cuando se trata de las actividades y relaciones propias de la educación y formación de los hijos, es también ella la que cumple el papel más importante. De esta forma se demostró que 68% de las familias en las cuales las mujeres son amas de casa impera un modelo tradicional de distribución de tareas domésticas por sexo, caracterizado por la sobrecarga de la mujer, y aun en las familias en las cuales la mujer es trabajadora asalariada. Este modelo está presente en 60% de los casos.

Por lo que hace al proceso de comunicación en dichas familias, los resultados muestran que son las madres las que conversan más frecuentemente con sus hijos de diversos temas. También son ellas quienes, por lo general, ejercen mayor control y regulación de la conducta de los hijos y además, las que expresan con mayor frecuencia sentimientos y vivencias experimentadas en las relaciones interpersonales. Lo anterior parecería evidenciar que el padre desempeña un papel complementario poco activo, que se relaciona menos con sus hijos y delega gran parte de su responsabilidad paterna en su compañera.

Otras investigaciones realizadas en nuestro país han comprobado la existencia de manifestaciones diversas de irresponsabilidad paterna, aunque en menor cuantía, como son no pagar las pensiones alimenticias en el caso de padres divorciados, y no visitar a los hijos durante periodos prolongados, entre otras (FMC, 1982).

En un estudio posterior, de carácter cualitativo con 14 familias, que tenía como objetivo profundizar en las expectativas que madres y padres acerca de sus roles y en la relación que dichas expectativas guardan con la comunicación que establecen con sus hijos, se encontraron diferencias de género en la forma en que se concibe el ejercicio de los roles materno y paterno (Álvarez, 1995).

La madre es percibida, y ella misma se percibe en muchos casos, como la persona encargada de satisfacer las necesidades cotidianas de los hijos, de evitar y enfrentar sus problemas, así como la principal responsable de su educación, la encargada de sostener las conversaciones sobre sexualidad y la responsable también de ocuparse de los sentimientos de sus hijos.

Para los padres es mucho más importante mostrar el ejemplo, controlar la conducta de los hijos, preocuparse por indagar con quién se reúne, cómo rinde en los exámenes escolares; es decir, al padre se le reserva sobre todo la función de control y regulación de la conducta de los hijos y también se le confiere importancia en la transmisión de conocimientos docentes, políticos, culturales, etcétera.

En correspondencia con la expectativa de roles diferenciados para cada género, se ratificaron las diferencias en la comunicación entre madre-hijo y padre-hijo ya arrojadas por la investigación nacional mencionada anteriormente.

Indiscutiblemente los roles materno y paterno están influidos por un conjunto de factores, entre los que se encuentran procesos biológicos que diferencian la maternidad de la paternidad, la historia personal del hombre y de la mujer que son padres y, sobre todo, por procesos que están profundamente condicionados social y culturalmente.

Ser una *buen madre* es objeto de una alta valoración social, no tanto ser *buen padre*. Parece ser también que está mucho más claro para las personas el significado de ser una *buen madre*, pero que la idea no es tan precisa cuando se trata del sentido que se otorga a ser un *buen padre*.

Otro estudio que también brinda resultados interesantes, por cuanto trata a la paternidad en *ciernes*, en una edad de mucha mayor complejidad en las relaciones afectivas y psicosociales, es el que se titula *Embarazo en la adolescencia. Resultado de dos* (López et al., 1995). Este estudio es la resultante de una investigación realizada en 1992, en varios hospitales ginecoobstétricos del país, a adolescentes que, o bien interrumpieron voluntariamente su embarazo (485), o que lo terminaron con el parto (316). En total se logró entrevistar a 636 mujeres y a 165 varones de forma directa.

Algunas valoraciones y aspectos concluyentes de esta investigación son los siguientes:

- Casi 70% de los entrevistados, tanto mujeres como hombres, estaba en desacuerdo con la afirmación de que el *embarazo es una responsabilidad sólo de la mujer*. Lo cual es positivo y demuestra una cohesión en la relación de pareja en un problema tan importante.
- En cuanto a la sexualidad, 83% declaró perseguir en la relación sexual la satisfacción entre ambos, lo cual parecería ser manifestación de un comportamiento sexual adecuado con elementos de igualdad.
- La mayoría de los varones que participaron en estas encuestas, trabajaba, que era lo esperado, ya que si bien las mujeres eran menores de 19 años (adolescentes) en el caso de los hombres se trataba de jóvenes o adultos. Lo anterior concuerda con la diferencia de la madurez puberal que existe entre muchachas y varones adolescentes, y que es lo que inclina a las muchachas a sentirse más atraídas por jóvenes mayores de edad, que por sus coetáneos del sexo masculino.
- De las 485 adolescentes que interrumpieron su embarazo, sólo 20% de ellas fueron acompañadas por su pareja en ese momento. Entre las que decidieron tener a su hijo, el porcentaje fue mayor.

- Del total, 65% de las parejas continuó la relación y ésta se volvió más sólida a partir del nacimiento del hijo.

A partir de los resultados de estas investigaciones y estudios, es posible realizar algunas reflexiones que apuntan a valorar positivamente el papel del hombre y su responsabilidad ante el hecho del embarazo, una vez consumado. Incluso en las edades más jóvenes se manifiesta esta percepción, lo que indica una ganancia en cuanto a ser más conscientes de la responsabilidad compartida ante un acontecimiento tan importante. Otra de las manifestaciones de paternidad en la familia más tradicional y contradictoria es, sobre todo, la responsabilidad por la educación y formación de hábitos en el hogar, incluyendo el compartir las labores domésticas donde las mujeres llevan la mayor carga, la cual en no pocos casos es compartida con otras responsabilidades sociales y laborales. Éste es un proceso más dilatado en su rectificación y que, en no pocos casos, provoca inestabilidad y rompimiento matrimonial por la sobrecarga a la que se somete a la mujer.

Lo anterior, conjuntamente con otros factores, induce a pensar que también esta situación influye en la conformación de una expectativa de familia pequeña, ya que a menor número de hijos, se dispone de mayor tiempo para poder ocuparse de todos los detalles de la vida cotidiana. En este sentido es interesante destacar que al preguntarle a las mujeres cubanas unidas o casadas, en el momento del levantamiento de la encuesta nacional de fecundidad de fines de los ochenta (Comité Estatal de Estadísticas, 1991), acerca de las causas para no desear más hijos, plantearon como primeras respuestas *el haber alcanzado el tamaño de familia deseado*. Lo anterior se puede interpretar como lo objetivamente deseado, acorde con sus posibilidades, incluyendo en ellas su inserción social, su responsabilidad familiar y las características de la relación con su pareja.

En resumen, en las concepciones acerca del rol se observan algunas diferencias según el sexo de los padres: más madres que padres valoran como importante su preocupación por los hijos y su papel en su formación y las madres incluyen en la concepción de su rol, la educación de los sentimientos de sus hijos y el satisfacer sus necesidades cotidianas, situación que no ocurre con los padres. Estos últimos valoran más frecuentemente que las madres la importancia de exigir y controlar, dar ejemplo, apoyar, ayudar a los hijos en la solución de los problemas y transmitirles conocimientos (Álvarez, 1995).

Ser padre es una función especial y compleja de la vida de un hombre y como tal está influida por una variedad de factores. Al igual que el rol materno, está claro su profundo condicionamiento social y cultural, sin embargo, para su mayor comprensión es imposible separarlos, tanto de

determinados procesos biológicos vinculados a la maternidad y a la paternidad, así como de la historia personal del hombre y la mujer que los ejercen.

Desde el punto de vista biológico no puede obviarse que es en el útero materno donde se forma y desarrolla el niño hasta su nacimiento, es la madre quien lo trae al mundo y lo amamanta. Estas diferencias biológicas entre una madre y un padre ejercen su influencia en los vínculos emocionales de madre e hijo y de padre e hijo, pero por supuesto, no los predeterminan, ya que es necesario además tener en cuenta la influencia de otros factores, tales como:

- La imagen de lo que es ser madre y padre que se obtiene de la familia de origen.
- Los modelos culturales de los roles de madre y padre.
- La preparación emocional que se tiene para enfrentar las tareas específicas inherentes a la maternidad y la paternidad.
- Las relaciones entre el padre y la madre como pareja matrimonial y como pareja paterna.
- Las relaciones emocionales ante el éxito o el fracaso en el ejercicio de los roles materno y paterno.
- La integración de madre y padre a la familia como grupo.

Todos estos factores han sufrido cambios en Cuba en los últimos años. Ha tenido lugar una variación cultural en la imagen del padre, aunque persistan rasgos de comportamiento tradicionales, como algunos descritos y otros relacionados como, por ejemplo, con la sexualidad, donde el hombre impone o trata de imponer la pauta sexual de la pareja, dado que es el papel que la sociedad le asigna, dándose el caso de que la mujer pueda ser o quedar sometida a sus deseos o acepte la actividad sexual para mantenerse a tono con su pareja (Arias, 1995).

En ocasiones, la resultante de estos procesos contradictorios puede llevar a que el padre, en una parte importante de las familias, ya no sea el gobernador omnipotente y la autoridad máxima y única, a la que se debe respeto y obediencia. Ese lugar pareciera ser más compartido, al igual que su papel en la decisión sobre el tamaño de la familia. En ese sentido la medición de la fecundidad para mujeres y hombres, y el análisis de esos procesos pueden contribuir, en cierta medida, a la constatación de esas afirmaciones.

## FECUNDIDAD FEMENINA Y MASCULINA. MEDICIÓN E INTERPRETACIÓN

Por razones que se consideran *obvias*, la casi totalidad de los estudios sobre fecundidad se enfocan desde la perspectiva de la mujer, y las investigaciones cubanas no constituyen una excepción. En realidad la naturaleza le ha dado a la mujer el don privilegiado de la procreación, pero el hombre no sólo interviene en ella, sino que condiciona en mayor o menor medida el momento, número y espaciamiento de la descendencia. Por lo tanto también puede valorarse que lo que se considera *obvio*, es en realidad una rutina inercial del análisis demográfico, en la cual las dificultades cuantitativas de su medición han creado un vacío explicativo de factores y tendencias que contribuyan a precisar la evolución de la fecundidad, a partir de una perspectiva masculina.

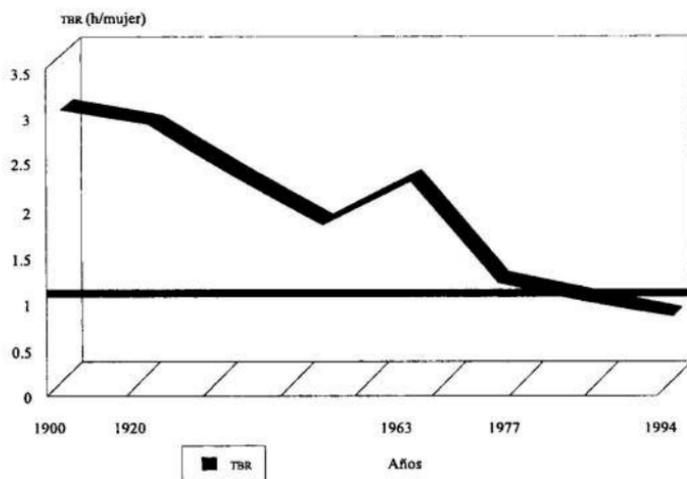
En términos de fecundidad femenina en Cuba, la declinación de sus niveles evidencia un comportamiento que se ha calificado de intenso, pero que además se caracteriza en la actualidad por atributos singulares: es baja, relativamente homogénea, con rangos pequeños de inequidad, determinada por una alta utilización de anticonceptivos, así como también por una alta recurrencia al aborto, sobre todo en las edades más jóvenes, con intervalos protogenésicos relativamente cortos e intergenésicos más dilatados, y con una estructura joven vinculada también con un patrón de uniones, en el cual se ha observado estadísticamente el nacimiento de hijos en segundas nupcias. Es en éste donde parecería ser que el rol masculino es influido, aparentemente con mayor intensidad, por las mujeres, ya que son ellas las que han decidido, en mayor medida, tener un segundo o tercer hijo en el marco de una segunda unión.

Por su parte, y no obstante los relativamente escasos elementos medibles estadísticamente sobre fecundidad masculina, o bien los obtenidos a partir de opiniones *filtradas* por las mujeres, así como considerando las limitaciones y alcance propios de estas fuentes de información, se encuentran comportamientos, no por esperados menos significativos. En primer lugar edades medias y estructuras de la fecundidad más dilatadas que las de las mujeres; presencia de nacimientos de hijos en edades avanzadas, tolerancia al uso del anticonceptivo por las mujeres y rechazo relativo a los de uso masculino —condón— y muy baja aceptación de la vasectomía, para la cual además no hay difusión suficiente.

*Niveles y estructuras*

Tal como se observa en la gráfica 1, entre principios del siglo y la actualidad, la fecundidad femenina (TBR) descendió en Cuba de un nivel alto de alrededor de 3.0 hijos por mujer a niveles muy bajos de 0.7 hijos por mujer.

GRÁFICA I  
Cuba. Evolución de la tasa bruta de reproducción.  
Años seleccionados del periodo 1900-1994



Fuentes: González F. y Ramos O. "Balance demográfico estimado 1900-1959" (en prensa), y Alfonso Fraga *et al.*, *Apuntes para el estudio de la fecundidad en Cuba*, La Habana, 1995.

Lógicamente en este largo periodo, la fecundidad presentó oscilaciones acorde con diversos factores, económicos, sociales y demográficos. Después de un aumento en los primeros años del siglo por razones ya comentadas, comienza su disminución desde la década de los veinte y hasta fines de los cincuenta. A partir de ese momento y hasta mediados de los años sesenta, se registra un auge en la fecundidad, ligado a las expectativas que despertaron en la población los cambios políticos iniciados en 1959.

Con posterioridad a estos años, la fecundidad descendió de una cúspide de 2.1 hijos por mujer en 1963 a un mínimo de 0.68 a mediados de los noventa, una reducción a menos de la tercera parte del nivel existente a inicios de los sesenta. Indiscutiblemente que este periodo resulta el más importante de todos, no sólo por la intensidad de su declinación sino también por su cercanía temporal, además de ser en el que se produjo un cambio social que potenció la condición de la mujer y por tanto su capacidad de decisión en su conducta reproductiva, incluyendo su relación con el hombre.

En el anterior contexto no deben dejar de señalarse factores que se asocian al comportamiento reproductivo y que incidieron en las transformaciones de las concepciones sobre la familia, sobre todo en su primera fase del ciclo —la formación—. Entre estos se puede citar, en primer lugar,

un aumento de la tendencia a vivir en pareja de las mujeres y hombres en Cuba, a pesar de la inestabilidad matrimonial que se registra; en segundo lugar, un aumento en la nupcialidad *no legal*, basada en el consenso de los cónyuges según destacan las investigaciones (Álvarez *et al.*, 1986) y en tercer lugar, un rejuvenecimiento de la edad de inicio de la vida matrimonial —18.4 años a fines de los ochentas—, lo cual y no casuísticamente, afectó no sólo la fecundidad femenina como se analizará más adelante, sino también la masculina.

Es decir, que a partir de una revaluación de los patrones de nupcialidad, matizada por distintas condicionantes sociales y económicas ya mencionadas —posibilidades de educación, salud, rol de la mujer, etc.— fue surgiendo una conducta diferente en la selección de la pareja y también nuevas actitudes en relación con la formación de la familia y a la segunda fase de su ciclo conocida como de *ampliación*.

En esta fase, la tolerancia y aliento (o no rechazo) por parte del hombre, a la utilización de anticonceptivos diseñados para la mujer y en cuanto a la relación, el acceso y la capacidad de ella para su utilización, han tenido una fuerte repercusión en el descenso de la fecundidad operado en el país. Este proceso también dejó y todavía mantiene, otras características como fueron el rejuvenecimiento de la fecundidad y una definición de cúspide muy temprana en su estructura.

En la tercera y última fase del ciclo familiar denominada *disolución*, desempeñan un papel determinante el divorcio y la separación. Además de la trascendencia de la separación para la familia, su influencia en la fecundidad se relaciona con el periodo de no exposición al riesgo de procreación, que forma parte de los llamados factores determinantes de la fecundidad. Los divorcios son superiores a 5.0 por mil en 1993-1994, y también se observa una alta frecuencia en la separación de uniones consensuales.

No obstante que la influencia de la nupcialidad, así como sus cambios no han sido el principal determinante en la declinación de la fecundidad, sí han tenido un efecto en su estructura. Diversos estudios realizados muestran que antes de los 20 años, y no en pocos casos, la primera relación sexual, el primer embarazo y consecuentemente, el primer hijo o el primer aborto, se asocia con la primera ruptura del vínculo marital. Todo ello hace pensar que la vida reproductiva posterior a esa edad representa una especie de eco de acontecimientos ya pasados (Jiménez *et al.*, 1994).

A principios de los años ochenta, cuando ya la declinación de la fecundidad en Cuba era un hecho —desde 1978 se encuentra por debajo del nivel de remplazo— alrededor de 30% de los nacimientos era de madres menores de 20 años. En ese periodo la edad media de las madres de los nacidos vivos por año era de 22.5 (Alfonso *et al.*, 1995) y la de los nacimien-

tos de primer orden era de 20.8 años. Por su parte, en los hombres este comportamiento de la fecundidad era de 27.0 años para el total de los nacimientos. Más de una década después, esas edades se habían incrementado a 24.9 en la fecundidad femenina total y 23.3 años en la de primer orden. Por su parte en los hombres llegaba a 29.8 años. El envejecimiento en una y otra fecundidad es evidente entre los dos periodos, y el rango de diferencia en las edades se incrementó al comparar uno y otro sexos.

Como se observa en la gráfica 2 ambas fecundidades describen una evolución paralela, aumentando o disminuyendo al unísono. Al parecer este comportamiento se produce a partir de un acuerdo de la pareja sobre cuándo tener el hijo, hecho que por supuesto se vuelve más sólido, en dependencia no sólo de la edad sino también del estado conyugal, el nivel educacional, el trabajo fuera del hogar, su complejidad y otros factores.

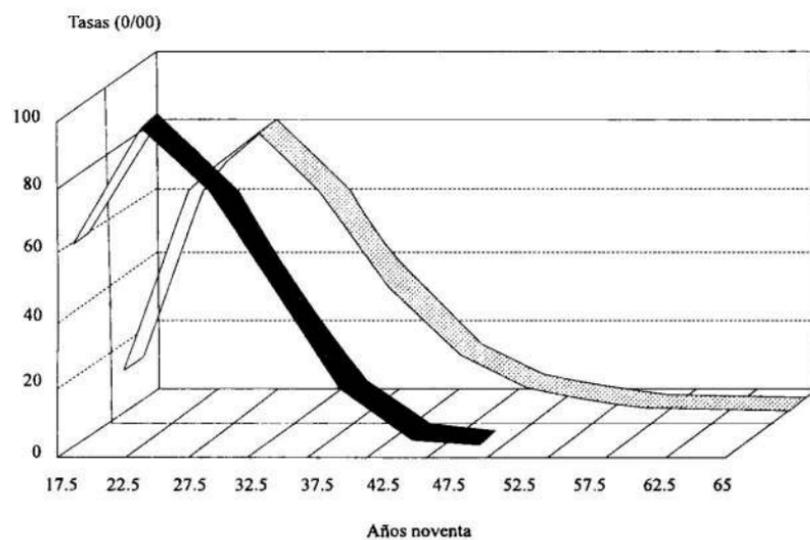
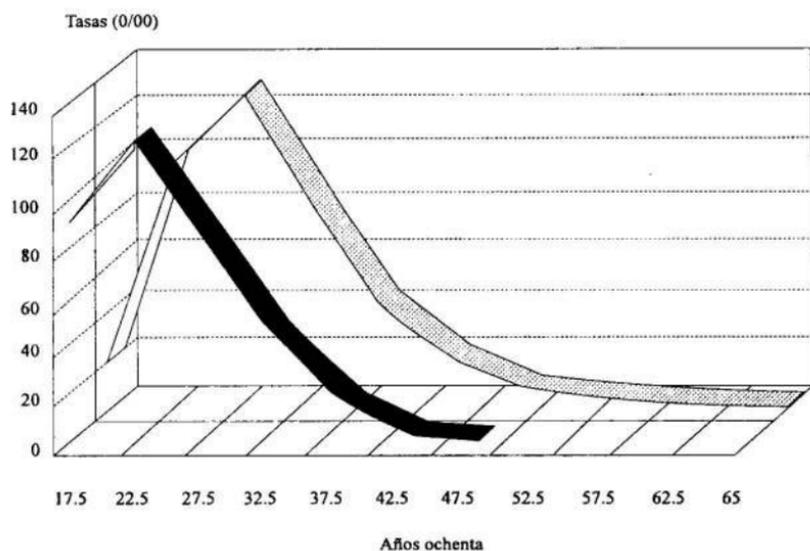
Evidentemente en estas descripciones finales están presentes dos limitaciones en los datos y en la población objeto de estudio que deben tenerse en consideración: en primer lugar, se trata de informaciones que permiten una caracterización transversal y no longitudinal del problema; y en segundo lugar, los datos son tomados de estadísticas continuas, que si bien permiten identificar comportamientos, no son suficientes para explicarlos.

Rol masculino, participación en decisiones, cambios en las condiciones de vida de la mujer, funcionamiento de la familia, declinación de la fecundidad, etc., requieren de diferentes instrumentos y enfoques de medición e interpretación, en los cuales las anteriores informaciones constituyen apenas un punto de partida.

Por otra parte, este comportamiento de la fecundidad se observa también en el análisis de los intervalos protogenésicos e intergenésicos, donde además de ser reflejo de otros aspectos, queda claro cómo la decisión de tener o no el hijo es compartida entre la pareja con una determinación final de la mujer.

A partir de las informaciones de la Encuesta Nacional de Fecundidad de 1987, se evidencia que el mayor empleo de anticonceptivos se produce una vez tenido el primer hijo, y por lo tanto su uso no es para dilatar en el tiempo el nacimiento del primogénito (Catasús y Alfonso, 1990). Esto concuerda con comentarios anteriores, ya que en el entorno de la expectativa de las familias pequeñas la pareja decide tener *rápidamente* el primer hijo y a partir de ese momento la mujer se protege con el espaciamiento del nacimiento de los hijos, o quedándose con uno solo, en un país donde las probabilidades de sobrevivencia infantil son muy altas. El rol protagónico, que el hombre podía definir en otro momento sobre el número y espaciamiento de los hijos, se ve disminuido y, por su parte, la mujer dispone de capacidad y posibilidad para decidir sobre el momento y tamaño final de su descendencia, al menos en esa unión.

GRÁFICA 2  
Cuba. Tasas de fecundidad femeninas y masculinas por edad  
a principios de los años ochenta y mediados de los noventa



■ Mujeres      ▨ Hombres

Fuente: cálculos realizados por el autor, a partir de estadísticas continuas. Oficina Nacional de Estadísticas.

En efecto, 52% de las mujeres investigadas en esa encuesta —con hijos nacidos durante los primeros cinco años de unión— declaró intervalo protogenésico de hasta once meses con relación al momento de la primera unión. Por otra parte, si se tiene presente que cerca de 27% dijo tener su primer hijo antes de los nueve meses de la unión —y 18% antes de producirse ésta— se podría concluir *a priori* que las concepciones premaritales son altas. Otros estudios también han revelado la presencia de una relativamente elevada concepción premarital (Hernández *et al.*, 1988).

Este rol *protagónico* del hombre en el curso de la fecundidad, se recupera o al menos es más nítido cuando se disuelve la unión y se contraen nuevas nupcias.

Según es posible deducir de la propia investigación reseñada sobre la fecundidad, se presentan evidencias que pueden llevar a asumir al menos, hipotéticamente, que la mujer cubana en no pocos casos está teniendo su segundo o tercer hijo motivada por una nueva unión, y por tanto se manifiesta la influencia del deseo de otro hijo en la nueva pareja.

Una manera de aproximarse a constatar esta hipótesis, como se observa a continuación, es mediante el cálculo de la proporción de mujeres según órdenes de nacimientos y de unión dentro de aquellas con dos uniones.

Proporción de mujeres con dos uniones, por grupos de edad y según orden del nacimiento y unión

<i>Edad</i>	<i>Uno en primera unión</i>	<i>Uno en segunda unión</i>	<i>Dos en primera unión</i>	<i>Dos en segunda unión</i>
15-19	34.60	16.02	2.20	2.51
20-24	59.38	22.71	13.81	18.17
25-29	74.40	35.64	32.79	27.66
30-34	83.43	27.67	54.56	31.46
35-39	89.17	21.62	64.57	27.78
40-44	88.53	19.93	73.78	21.38
45-49	90.50	18.12	78.11	18.70
Total	75.60	24.24	45.80	23.58

Fuente: Catasús, S. y Alfonso Fraga J.C., 1996.

Un primer elemento destacable del cuadro anterior, y que reitera lo ya señalado, es el hecho de que la mayoría de las mujeres con dos uniones tiene su primer hijo en la primera de ellas (75.6 por ciento).

Al compararse las proporciones de los primeros nacimientos, por edad de la madre y según el número de la unión, el cambio del sentido de la tendencia a partir del grupo de 25-29 años, podría reflejar que antes de los 30 años los altos índices de ruptura de uniones comentados y acompañados

de un relativamente corto periodo de duración de la primera unión, hacen que una importante proporción de mujeres más jóvenes tenga su primogénito en la segunda unión.

Por otra parte, si bien el mayor porcentaje de mujeres con dos uniones ha tenido su segundo hijo en la primera unión, las menores de 25 años lo están concibiendo en la segunda, lo que podría ser un indicio de cambios en tendencias por parte de las mujeres más jóvenes, a partir del deseo de sus parejas (hombres) de tener un hijo.

#### COMENTARIOS FINALES

Si bien la problemática analizada indica cambios importantes en el rol masculino en cuanto a la evolución y la estructura de la fecundidad en Cuba, son muchos los vacíos explicativos y las interrelaciones de este comportamiento no aclarados.

De lo anteriormente analizado, al menos dos conclusiones pueden sustentarse: por un lado, en el nivel de la medición de ambas fecundidades —femenina y masculina— se observa que siguen cursos paralelos y que ambas se han envejecido relativamente en los últimos años. Por otra parte, ante los avances sociales, culturales y tecnológicos que ha experimentado Cuba, el rol de la mujer en general y en particular, en relación con su comportamiento reproductivo, se ha visto modificado, *ergo*, la mujer es dueña de su fecundidad. Sin lugar a dudas, lo anterior también ha significado un cambio en el rol masculino, en donde si bien se mantienen posiciones y comportamientos tradicionales, también es posible percibir ciertos cambios en cuanto a la responsabilidad paterna y al ejercicio de la sexualidad y de los derechos reproductivos, aspectos que si bien no han sido fundamentados en este trabajo, es porque aún es necesario que sean investigados.

Evidentemente la conclusión más relevante es la necesidad de llevar a cabo investigaciones específicas y puntuales, a través de distintas alternativas metodológicas que posibiliten aproximarse sucesivamente al tema del papel del hombre en el comportamiento reproductivo y en la crianza de los hijos. Ello implica una propuesta de investigación que incluya desde el diseño del o de los instrumentos de medición, hasta el análisis de las evoluciones de ambas fecundidades, sus caracterizaciones, condicionantes, comportamientos, etc., en busca de elementos interpretativos más concluyentes sobre el rol masculino y el descenso de la fecundidad.

En este empeño, la búsqueda de elementos explicativos, en países con experiencias similares en su transición demográfica, pudieran contribuir a

explicar cualitativamente un proceso que tiene interrelaciones entre cambios socioeconómicos y reproducción, así como patrones culturales de uso intensivo de anticonceptivos y de acceso al aborto.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Alfonso Fraga, J. C. (1992), *Cuba: Bases Institucionales del Cambio de la Fecundidad*, ponencia presentada en la conferencia "El Poblamiento de las Américas", Veracruz.
- *et al.* (1995), *Apuntes para el estudio de la Fecundidad en Cuba*, Sociedad Científica Cubana para el Desarrollo de la Familia (Secudef), La Habana.
- Álvarez, M. (1995), *Maternidad y Paternidad. Roles de Género*, revista *Sexología y Sociedad*, núm. 1, La Habana.
- *et al.* (1986), *La madre soltera y la atención que recibe el hijo durante el primer año de vida*, informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) y Ministerio de Justicia, La Habana.
- (1993), *La comunicación familiar: su influencia en la formación de adolescentes y jóvenes*, tesis de doctorado, CIPS-Academia de Ciencias de Cuba (ACC), La Habana.
- Arés, P. (1985), *Algunas consideraciones acerca del papel del padre en la crianza de nuestros hijos*, informe de investigación, Centros de Estudios de la Juventud, La Habana.
- Arias, O. y W. Thompson (1995), *La Edad del Erotismo. Sexualidad en la Tercera Edad*, Revista *Sexología y Sociedad*, núm. 1, La Habana.
- Camarena, Rosa Ma. y S. Lerner (1993), *Familia y Transición Demográfica. Una Aproximación*, IV Conferencia Latinoamericana de Población, "La Transición Demográfica en América Latina y el Caribe", vol. 1, primera parte, pp. 169-201, ABEP, Celade, IVSSP, Prolap, Somede, México.
- Catasús, S. (1975), *La inmigración a Cuba entre 1900 y 1950*, Centro de Estudios Demográficos (Cedem), Instituto de Economía, serie 1, núm. 6, La Habana.
- y J.C. Alfonso (1996), *Fertility Transition in Cuba*, Guzman, José Miguel *et al.* (eds.), "The Fertility Transition in Latin America", Clarendon Press, Oxford, Londres, pp. 399-414.
- Comité Estatal de Estadísticas (1991), *Informe Final. Encuesta Nacional de Fecundidad*, La Habana.
- Comisión Nacional de Prevención y Atención Social (1989), *Problemática familiar y escolar en los menores que se encuentran en escuelas de trastornos de conducta y centros de reeducación*, informe de investigación, La Habana.
- Family Care International (1995), *Acción Para el Siglo XXI Salud y Derechos Reproductivos para Todos*, Nueva York.
- Federación de Mujeres Cubanas (FMC) (1982), *Censos de menores que requieren pensión alimenticia*, informe de investigación, La Habana.
- González, F. y O. Ramos (1994), "Balance Demográfico Estimado. 1900-1959" (en prensa).
- Hernández, R. (1984), *El Proceso de la Revolución Demográfica en Cuba*, tesis de doctorado, Cedem, La Habana.

- *et al.* (1988), *Cuba. Aspectos socioeconómicos de los diferenciales de la fecundidad: Un estudio de caso*, Cedem y FMC, La Habana.
- IPPF (1981), *La Participación del Hombre en Planificación Familiar*, reporte anual, IPPF, Londres.
- Jiménez, T. *et al.* (coord.) (1994), *Cuba: transición de la fecundidad. Cambio social y conducta reproductiva*, UNICEF-FNUAID, La Habana.
- López, M. *et al.* (1995), *El embarazo en la adolescencia. Resultado de dos*, informe de investigación, Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex), La Habana.
- Mac Donalds, A. (1994), *Comunicación personal*, Nueva York.
- Naciones Unidas (1993), *World Population Prospects, the 1992 th revision*, Naciones Unidas, Nueva York.
- (1994), *Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de 1994*, informe doc. A/ conf. 171/13, Nueva York.
- Oficina Nacional de Estadísticas, *Anuario Demográfico de Cuba de 1994* (en prensa).
- Programa de Naciones Unidas Para el Desarrollo (PNUD) (1995), *Informe sobre Desarrollo Humano*, Nueva York.
- Reca, I. *et al.* (1990), *Caracterización del modo de vida de las familias obreras y de trabajadores intelectuales y cumplimiento de su función formadora*, informe de investigación, CIPS-ACC, La Habana.
- Rosetti, J. (1991), *Hacia un Perfil de la Familia Actual en Latinoamérica y el Caribe*, taller de trabajo "Familia, Desarrollo y Dinámica de Población en América Latina y el Caribe", Santiago de Chile.



## PADRE Y FAMILIA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA: DE LA DICTADURA A LA DEMOCRACIA\*

PAU MIREI GAMUNDI\*\*

### EVOLUCIÓN DE LA FECUNDIDAD EN ESPAÑA EN CONTEXTOS HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO

En gran medida, la actual intriga por la fecundidad masculina ha surgido a causa de los bajos niveles de fecundidad en Europa occidental durante los años ochenta, aunque esta tendencia no es históricamente novedosa. Por ejemplo, en Europa occidental y Estados Unidos se registró una caída abrupta en los niveles de fecundidad durante la década de 1930, y ya entonces se hicieron sonar las voces de alarma entre políticos e intelectuales. Algunos analistas describieron la situación como reflejo de una "crisis familiar", mientras que otros se refirieron a la "huelga de nacimientos" o al "crepúsculo de la paternidad" (Gauthier, A.H., 1993). La caída se detuvo temporalmente gracias a las políticas pronatalistas fascistas en Alemania e Italia, pero fue exacerbada en España, Bélgica, Francia o el Reino Unido debido a la guerra civil española (1936-1939), en el primer caso, y a la segunda guerra mundial (1939-1944), en los otros. Como consecuencia del fin de esta última conflagración, tuvo lugar un rápido pero corto incremento en la tasa de natalidad en países como Francia y Gran Bretaña, que resultó apenas perceptible en otros como Alemania o España (Festy, 1971). Pero fue a mediados de la década de 1950 y hasta finales de la década de 1960 cuando se produjo un espectacular incremento en las tasas de natalidad por toda Europa, conocido como el *baby boom* ("explosión de nacimientos"), asociado a la prosperidad económica de aquel entonces. Algo más

\* Trabajo presentado en el Seminario Internacional Fecundidad y Ciclo de Vida Masculino en la Era de la Disminución de la Fecundidad. La traducción al español fue elaborada por el autor.

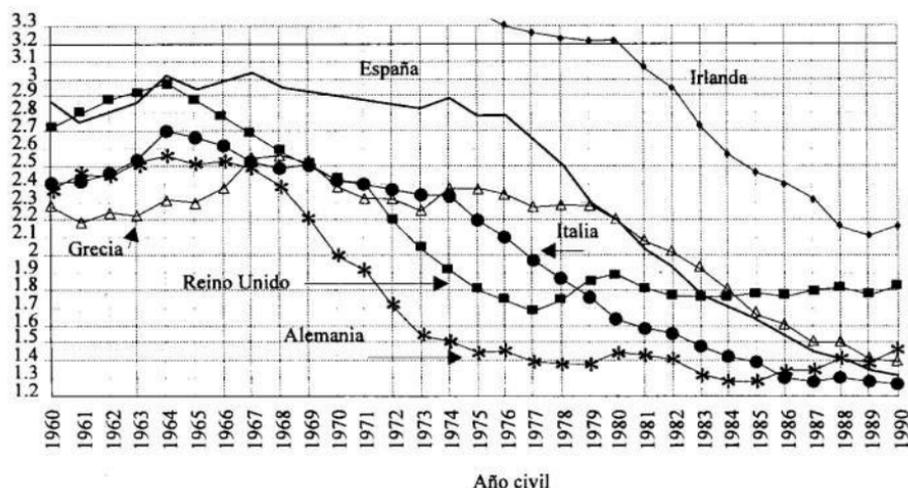
\*\* Investigador asociado en el departamento de Estadísticas Sociales de la Universidad de Southampton, Reino Unido, como parte del Programa para la Formación y Movilidad de Investigadores de la Unión Europea.

tarde, durante la década de 1970 y principios de la de 1980, los niveles de fecundidad empezaron a descender de manera muy acusada, coincidiendo con una importante crisis económica, y provocando el despertar de los rumores sobre el declive de la familia, la sociedad y la población. Como podemos comprobar, la evolución de la tasa de natalidad, al menos durante el siglo xx en Europa occidental, ha tenido sus altas y bajas.

Con objeto de analizar el nivel y la evolución de la fecundidad en el pasado reciente nos vemos obligados a utilizar el "índice sintético de fecundidad femenino", pues este indicador no ha sido elaborado para los varones. La gráfica 1 muestra la evolución de este índice sintético de fecundidad (número de hijos por mujer) para seis países representativos de Europa occidental, desde en año 1960 hasta 1990. Sólo en el caso de Irlanda la fecundidad fue significativamente superior durante este periodo en comparación con el resto de Europa occidental (alrededor de cuatro hijos por mujer durante los sesenta y principios de los setentas). Y aunque, en general, todos los países registraron un *baby boom* durante los cincuenta o durante los sesentas, su nivel de fecundidad fue siempre significativamente menor que el caso irlandés. Además, este incremento en la fecundidad tuvo diferente cronología y duración en los diversos países de Europa occidental. Por ejemplo, en el Reino Unido y Francia empezó a mediados de los cincuenta y alcanzó su cima con tres hijos por mujer a mediados de los sesentas. En Alemania, el índice sintético de fecundidad femenina fue similar al de aquellos dos países, pero su cima fue menor (2.5 hijos por mujer en 1964). En Europa del sur el incremento de la fecundidad empezó más tarde (a finales de los cincuentas) pero también acabó más tarde (a mediados de los setentas). Y debemos añadir que mientras España y Portugal experimentaron un índice sintético de fecundidad similar al del Reino Unido y Francia (el mayor nivel en España fue de tres hijos por mujer en 1964 y de 3.2 en Portugal en 1962), Italia y Grecia registraron niveles más bajos (2.7 en 1965 y 2.6 en 1968, respectivamente). En consecuencia, no podemos clasificar todo el sur de Europa en la misma categoría, pues existen muy importantes diferencias.

Como comentábamos, tras este espectacular *baby boom* Europa occidental experimentó una caída muy acusada en los nacimientos. Pero mientras el Reino Unido y Francia registraban una estabilización en el índice sintético de fecundidad femenino durante los años ochenta (alrededor de 1.8 hijos por mujer), la fecundidad siguió descendiendo en Europa del sur (en 1994, fue de 1.4 en Grecia y Portugal, y 1.2 en España e Italia), aunque debemos recordar que estos países entraron algo más tarde en la crisis de la natalidad. Además, España y Portugal, en comparación con Italia y Grecia, se distinguen por unas voluminosas generaciones (los nacidos entre finales de los cincuenta y mediados de los setentas) que se encuen-

GRÁFICA 1  
Índice sintético de fecundidad (*número de hijos por mujer*).  
Algunos países europeos



Fuente: Eurostat, 1992

tran en la actualidad en edad de ser padres (tenían entre 15 y 35 años en 1991). De hecho, los asombrosamente bajos niveles de fecundidad en España se deben a que estos jóvenes han roto con las pautas de fecundidad de sus padres, aunque no podemos saber con precisión si ello significa una drástica reducción de su fecundidad o un retraso en el calendario de procreación, o si, de manera mucho más probable, nos enfrentamos a una combinación de ambos factores.

La fecundidad en Europa en el pasado reciente ha estado vinculada de manera clara a las pautas de formación familiar. Por ejemplo, el impresionante *baby boom* en Europa occidental estuvo precedido por una "explosión de matrimonios" y por un rejuvenecimiento en la edad en que la gente se casaba (Festy, 1970). Se observa así como las pautas de nupcialidad son un factor clave en el análisis de las tendencias de fecundidad. Del mismo modo, la actual caída en las tasas de fecundidad han sido acompañadas por un repentino final en la pauta de formación familiar temprana, aunque también, en muchos casos, por la aparición de nuevos modelos de familia y de hogar.

LA EVOLUCIÓN DE LA FECUNDIDAD MASCULINA EN ESPAÑA  
Y ALGUNOS FACTORES RELACIONADOS

*España hasta finales de la década de 1950: la historia de una larga posguerra*

El final de la segunda guerra mundial trajo consigo en la mayoría de los países de Europa occidental el liberalismo político, el desarrollo económico, el surgimiento de sistemas de "estado del bienestar" y significativos cambios en los valores y en el comportamiento de la sociedad civil. En contraste, tras la guerra, España experimentó una vuelta atrás en todos estos aspectos. Respecto a su estructura económica, por ejemplo, el porcentaje de población económicamente activa en el sector industrial registrado antes de la guerra no se recuperó hasta principios de los sesentas. Desde el final de la guerra civil hasta 1960, España fue esencialmente un país agrícola, con un desarrollo industrial y tecnológico muy pobre, y aislado del resto de Europa. Fue el tiempo de "la autarquía", en que la dictadura del general Franco se propuso que España permaneciera como un ente autónomo, tanto en el aspecto económico, como social o moral, con el objetivo de contrarrestar el "antagonismo mundial". Y así la dictadura impuso la política más conservadora de la doctrina de la Iglesia católica.

Por ejemplo, desde el principio, las políticas familiares franquistas se dirigieron a un modelo familiar muy específico: el patriarcado, a saber, la pareja casada por la Iglesia impone a sus legítimos hijos una estructura de autoridad jerárquica centrada en la figura del padre. Las políticas familiares franquistas fueron fragmentarias, pero claramente pronatalistas y antifeministas. Hasta el desarrollo industrial de principios de los sesentas, la importancia de los programas familiares en el ingreso del trabajador fue pobre pero significativa, pues alguno de ellos constituyeron una ayuda adicional al salario. Las políticas estaban constituidas de subvenciones y primas familiares, y las parejas casadas eran recompensadas con créditos preferenciales cuyas condiciones mejoraban con el nacimiento de los hijos. No obstante, debemos subrayar que el nivel de los beneficios fue igual para todo tipo de familias, exceptuando las más numerosas, independientemente de su nivel de ingreso. A pesar de todo, las tendencias demográficas hasta finales de los cincuentas se mantuvieron inmutables, señalando el fracaso de las medidas (Nash, 1991 y Valiente, 1995).

En consecuencia, la fecundidad masculina suponía el matrimonio previo, y éste estaba vinculado a un específico rito de paso entre la juventud y la madurez adulta: la formación inmediata de una familia constituida por un trabajador masculino de tiempo completo que "ganaba el pan", y una mujer "ama de casa" (también de tiempo completo); una pareja que con prontitud experimentaría la paternidad, y mientras que para ella, la mujer,

el ser madre supondría su papel social principal, para él, el hombre, ser padre sería un papel que debería compaginar con su trabajo. Pero debido a la crítica situación surgida tras la guerra civil, una situación que en la mayoría de los aspectos duró veinte largos años, el "devenir adulto" tuvo que ser pospuesto. Y así, por ejemplo, la edad media al primer matrimonio para los hombres a principios de la década de los años cincuenta fue en España de 29.4 años. Es decir, los hombres formaban una pareja y, en consecuencia, se abría para ellos la posibilidad de tener hijos a una edad promedio de casi treinta años.

Para incorporar a los hombres en los indicadores de fecundidad sin eliminar a las mujeres, podemos calcular el índice sintético de fecundidad tanto para varones como para mujeres. En 1950, a diez años del final de la guerra civil, este indicador fue de 2.8 hijos por hombre y 2.5 hijos por mujer (la diferencia se debe a la mayor soltería femenina, a causa de los desequilibrios del mercado matrimonial, provocados en gran parte por la mayor mortalidad diferencial masculina durante la guerra civil). Además, 5.2% de los niños nacidos en 1950 nació de madre soltera, y al ser "hijos ilegítimos" nunca tuvieron un padre social. Pero, de repente, a principios de la década de los sesentas, la sociedad española se vio zarandeada por cambios muy significativos, que tuvieron importantes repercusiones en el tema que estamos tratando.

*España durante la década de los sesenta y principios de los setenta:  
mutación en las pautas de conducta*

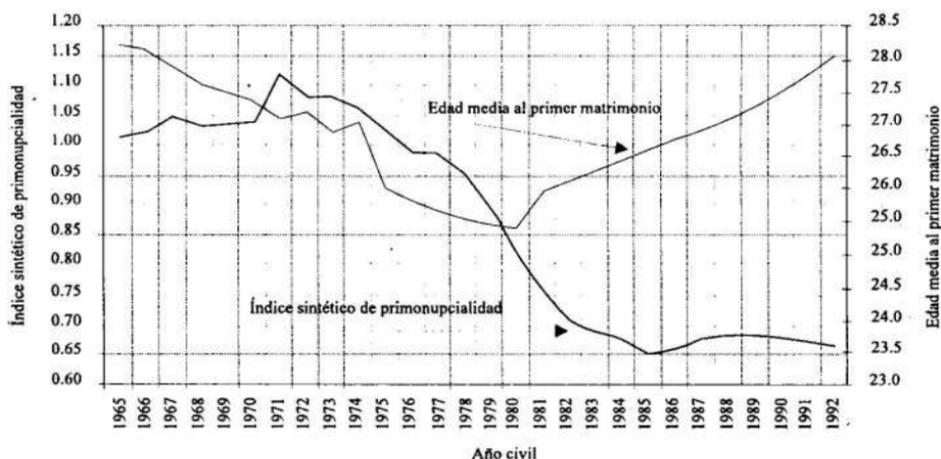
A principios de la década de 1960 la política de la dictadura se abrió al desarrollo industrial (finalizó "la autarquía" y se inició un "Plan Económico de Estabilización: 1959-1961") y la influencia exterior (turismo, inversión extranjera, etc.). A mediados de los años sesenta, la población activa creció ligeramente, pero hombres y mujeres abandonaron el sector agrícola, ellos para trabajar en la industria y ellas en los servicios. La fuerza de trabajo en la agricultura se redujo a la mitad, pero como los agricultores encontraron siempre un trabajo en el sector industrial, la tasa de desempleo se mantuvo muy reducida (Garrido, 1994 y Nicolau, 1988). Este proceso llevó a una migración desde las zonas agrícolas a las zonas industriales que modificó en forma drástica la distribución geográfica de la población.

La dictadura española gobernaba siguiendo las pautas dictadas por la doctrina católica y, por ejemplo, los métodos anticonceptivos, el divorcio, y, por supuesto, el aborto estaban proscritos. Sin embargo, las tendencias que despertaron desde finales de los cincuentas (industrialización, urbanización, migración, etc.) trajeron importantes cambios en los valores cultu-

rales, aunque la transición política de la dictadura a la democracia no empezó sino hasta la muerte del general Franco, en 1975.

¿Qué cambios demográficos se experimentaron paralelamente a todos los citados? Primero, comentaremos los cambios en las pautas de nupcialidad. Según los datos censales, las proporciones de personas alguna vez casadas, registradas por edad en España en 1930 no se volvieron a alcanzar hasta principios de la década de 1960. La gráfica 2 representa dos indicadores de nupcialidad transversal para los varones, a saber; el "índice sinté-

GRÁFICA 2  
Índice sintético de primonupcialidad y edad media al primer matrimonio: España, 1965-1992  
(hombres)



Fuente: elaboración propia a partir de registros de matrimonios y censos de población.

tico de primonupcialidad"<sup>1</sup> y la "edad media al primer matrimonio", de 1965 a 1992. Como puede observarse en la gráfica, desde mediados de los sesentas hasta 1980, la edad media de primonupcialidad masculina cayó rápidamente, desde 28.2 años en 1965, a 25.4 años que se registraron en

<sup>1</sup> El índice sintético de primonupcialidad masculina señala cuántos matrimonios se hubiesen producido en el caso de haberse obtenido las tasas de nupcialidad por edad registradas en un año. Hay quien elabora este índice en "tantos por cien o por mil", lo que representa el "número de primeros matrimonios" por cada cien o mil hombres. En nuestro caso, se ha calculado en "tantos por uno", tal y como suele aparecer en la literatura europea en el tema de la nupcialidad; es decir, los valores del "índice sintético de primonupcialidad masculino" señala el "número de primeros matrimonios para cada hombre".

1980 (la edad media a la primonupcialidad femenina descendió de 25.3 años a 23.5 años durante el mismo periodo). Esta tendencia llevó a importantes cambios en el ciclo de vida familiar; la gente formó su propia familia mucho antes y vivió por mucho más tiempo en ella, tanto porque se había casado más temprano como por el considerable aumento registrado en la esperanza de vida (por ejemplo, mientras que la esperanza de vida en 1950 era de 64.0 años para las mujeres y de 59.5 años para los hombres, en 1960 fue de 71.8 para las mujeres y 67.0 para los hombres). Por ende, debemos recordar, la posibilidad de divorciarse no estaba considerada (la actual ley del divorcio se aprobó en 1981).

En la gráfica 1 podemos observar de qué manera los “nuevos tiempos” implicaron nuevos niveles de fecundidad. En 1965 en el punto máximo de el *baby boom*, el índice sintético de fecundidad fue de 3.0 hijos tanto para mujeres como para hombres, y el porcentaje de hijos nacidos fuera del matrimonio fue muy reducido tanto como 1.6%. Pero tras la exterior fachada de cambios cíclicos y repentinos de los índices de fecundidad se esconde una tendencia de la fecundidad generacional mucho más continua. Desde esta perspectiva longitudinal, podemos utilizar la “tasa bruta de reproducción” masculina (o número de hijos varones por hombre), que ha descendido en España durante el siglo xx: de los 2.7 hijos por hombre para las generaciones nacidas en 1856-1860, a los 1.6 hijos por hombre para las generaciones nacidas entre 1916-1920 (hombres que se casaron justo antes de la guerra civil), y a 1.3 hijos para los hombres nacidos durante la década de 1930 y de 1940. Si combinamos la fecundidad con la mortalidad, obtenemos la “tasa neta de reproducción” masculina. Un valor de 1.0 para este último indicador señala que la combinación entre la fecundidad y la mortalidad masculina es suficiente para que cada hombre se remplace a sí mismo en términos puramente físicos. La tasa neta de reproducción ha decrecido para las cohortes nacidas antes de 1920 (desde 1.2 hijos por hombre para la cohorte 1871-1875, a 1.0 hijos por hombre de la cohorte 1921-1925) y se ha estabilizado para las cohortes nacidas después de la década de 1920 (en 1.0 o 1.1 hijos por hombre). En consecuencia, para los hombres nacidos en el siglo xx hasta la década de 1930 y la de 1940, a pesar de los cambios en los indicadores transversales de fecundidad, y desde un punto de vista estrictamente demográfico, el volumen de padres ha sido similar al volumen de hijos varones, o ligeramente superior (Cabré, 1989). No obstante, no es posible calcular este indicador para las generaciones más jóvenes, pues aún no han terminado su ciclo reproductivo.

En los años sesenta las subvenciones familiares y las primas familiares fueron sustituidas en su gran mayoría por beneficios ligados a la contribución a la “seguridad social”, es decir, fueron referidos básicamente al trabajo

asalariado (Valiente, 1995). Debemos recordar que en 1965 la proporción de "amas de casa" entre mujeres de 30 y 40 años era de 80% (14% de las mujeres de esta edad estaba soltera), y la proporción de hombres de 30 a 39 años de edad que estaban ocupados económicamente era de 97%. En consecuencia, los altos niveles de fecundidad fueron producto de un modelo de relación entre hombres y mujeres que cultural, económica y socialmente se basaba en la separación de roles.

Durante el periodo de desarrollo económico, la tasa de desempleo fue muy baja, en parte debido a que las mujeres casadas no trabajaban fuera del hogar. La inmensa mayoría de los hombres adultos era de trabajadores de tiempo completo. La legislación en España consideraba un "contrato permanente" después de tres años de trabajar en el mismo lugar. Todas estas condiciones crearon la ilusión de que un trabajo era para siempre. Cuando el periodo de expansión económica terminó en 1973, iniciándose uno de crisis económica, sólo habían pasado diez años desde que las pautas de actividad previas a la guerra civil se habían recuperado. Y así llegamos al "presente".

#### *Algunos aspectos de la actual situación en la España contemporánea*

El nivel de apoyo del Estado a la fecundidad no varió durante los setenta y los ochentas, y debido al impacto de la alta inflación, el valor real de los beneficios empezó a caer antes de que el proceso de transición a la democracia se hubiera iniciado, llegando a su nivel máximo a mediados de la década de 1980. Sin embargo, la concepción del trabajo "estable" permaneció. Por ejemplo, especialmente entre la gente joven, tener trabajo "estable" se considera un prerrequisito para empezar a pensar en tener un hijo, la crisis económica y el incremento de la economía sumergida diluyeron esta posibilidad.

En contraste con el modelo mostrado para los sesenta y los setentas, el proceso de emancipación desde 1980, y en adelante, se ha alargado. Por ejemplo, como muestra la gráfica 2, la edad media al primer matrimonio fue en 1992 de 28.1 años (2.7 años mayor que en 1980, lo que implica un retorno a la edad media registrada a mediados de la década de los sesentas). Además, el proceso de emancipación se ha complicado enormemente: hace veinte años la gente joven trabajaba o estudiaba (pero rara vez realizaba ambas cosas), y contraía matrimonio, obtenía un empleo estable y dejaba la casa familiar, transitando de la juventud al mundo adulto de gran homogeneidad; por el contrario, hoy en día, podemos encontrar en las pautas de actividad juvenil una amplia combinación de educación formal, desempleo o trabajos de tiempo parcial. Por ejemplo, respecto al tema, en 1991, el porcentaje de hombres en la universidad era de 27.6

entre los de 20-24 años, el doble que en 1965, y 9.8 para aquellos de 25-29 años de edad, o sea, cinco veces más que en 1965 (Garrido, 1994).

Y he aquí algunos indicadores del nivel actual de fecundidad: 2.8 hijos por hombre y 2.7 hijos por mujer en 1975; 2.1 hijos por hombre o mujer en 1980; 1.6 y 1.5 hijos respectivamente en 1985; y 1.4 para ambos sexos a principios de la década de los noventa. Desde entonces, el índice sintético de fecundidad no ha mostrado ningún incremento, aunque sí se observa una estabilización (1.2 en 1994).

No obstante, en realidad, no hay signo alguno de una transformación real de las formas familiares en España. De hecho, el modelo familiar en España hoy en día es vivir en pareja o con los hijos en el mismo hogar. España muestra (junto con Portugal) la proporción más baja de hogares no familiares (es decir, aquellos hogares en que vive una persona sola o un grupo de individuos no emparentados) en la Unión Europea: 16.9% en 1990 (Eurostat, 1995). Además, la mayoría de estos hogares en España está compuesta por mujeres mayores que viven solas. La proporción de familias monoparentales formadas por una madre con su o sus hijos es muy baja comparada con la de otras sociedades europeas (5% de las mujeres de 30 años, aumentando hasta un máximo de 10% a los 50 años de edad), y es prácticamente nula entre los hombres, cualquiera que sea la edad considerada (según datos en la encuesta sociodemográfica de 1991). En general, las formas familiares que han aparecido contemporáneamente en las sociedades de Europa noroccidental (tales como "jóvenes viviendo solos" o "jóvenes viviendo en grupos de amigos") brillan por su ausencia. En consecuencia, la "familia nuclear conyugal" continúa siendo en España la forma de convivencia absolutamente predominante, también entre los jóvenes que se emancipan.

Además, la cohabitación fuera del matrimonio es de poca relevancia en la sociedad española, en comparación con otras sociedades europeas,<sup>2</sup> aunque este tipo de unión es mucho más común entre gente joven. Por ejemplo, 10% de los hombres entre 21 y 23 años de edad viviendo en pareja es cohabitante, otro 5% de los 25 a 27 años, 4% de los de 28 a 30 años y 3% de los de 32 a 34 años (a edades más tardías la cohabitación fuera del matrimonio es nula). Además, en términos generales, el momento en que una pareja cohabitante decide o se plantea tener un hijo, suele ser aquel en que la mayoría de los cohabitantes se casa (Domingo, 1888; Heath y Miret, 1995). Sin embargo, la proporción de hijos nacidos de padres no casados

<sup>2</sup> En Dinamarca y Suiza existen entre 15 y 20% de cohabitantes en el total de parejas, esta proporción es de 9.1 en Alemania occidental, de 7.4 en Holanda, 4.4 en Bélgica, 2.3 en Austria y 1.3 en Italia (Höpflinger, 1985). El porcentaje en España se aproxima al italiano.

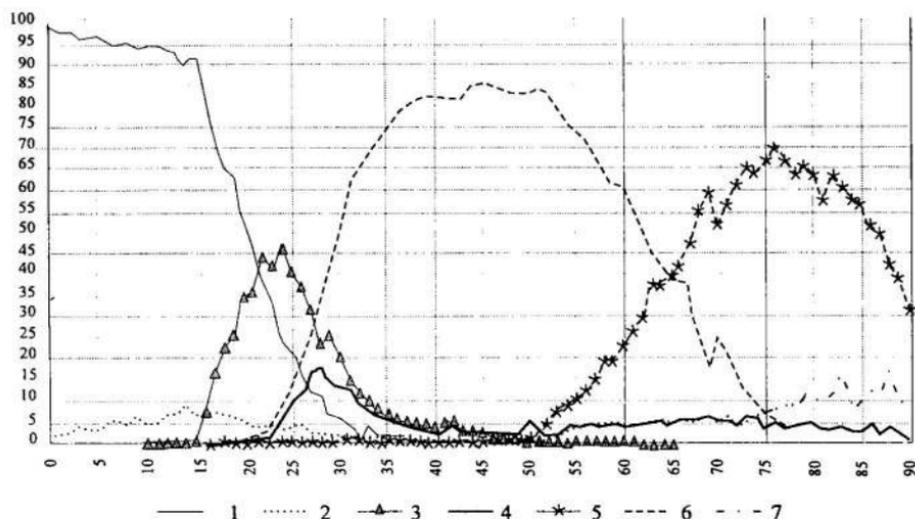
ha aumentado de 3.9% en 1980 a 10.5% en 1992, en paralelo a la caída de los indicadores de fecundidad.

La gráfica 3 ilustra la estructura familiar de los hombres españoles a principios de los noventas, como resultado de todos los cambios descritos hasta el momento. En primer lugar, podemos observar el porcentaje por edad de hombres que viven con su pareja pero no con hijos. Estas proporciones se encuentran divididas según si el hombre ha tenido hijos alguna vez o no (líneas 5 y 4 respectivamente en la gráfica), es decir, si se ubica en la etapa de "formación familiar" (según el modelo de la familia nuclear conyugal) o en la etapa de "contracción completa", es decir, cuando el último hijo ha dejado la casa familiar. Hay pocos hombres menores de 50 años en este último estadio de familia, aunque aproximadamente 5% de los hombres entre 50-90 años de edad vive con su pareja y nunca han tenido hijos. Ello indica el número de parejas en España que desde el estadio de "formación familiar" no dieron el paso hacia la siguiente fase, es decir, a la de tener hijos. Debemos añadir que alrededor de 10% de los hombres con más de 50 de edad eran solteros en 1991 (véase la pirámide en la gráfica 4), un porcentaje que podemos considerar como una estimación de los hombres que nunca constituyeron una familia. En consecuencia, podemos inferir que alrededor de 15% de los varones en España por encima de los 50 años de edad a principios de los noventas, nunca habían sido padres, y muy probablemente nunca lo serían.

También podemos comprobar en la gráfica 3, que la proporción de hombres viviendo con una pareja sin hijos era ya significativa entre los mayores de 20 años, alcanzando 10% para los hombres de 25 años, con la máxima proporción entre los 28 años (18%). El porcentaje de las mujeres es similar, pero para las mujeres dos años más jóvenes (se presenta una diferencia de edades en el mercado matrimonial español de 2.5 a 3 años). En consecuencia, un quinto de los varones con casi 30 años de edad está viviendo con sus parejas pero sin hijos. No es sencillo estimar cuántos de ellos planean ser padres en el futuro, pero muy probablemente la mayoría de los menores de 35 años de edad que viven en esta situación, lo será en un futuro próximo.

Ciertamente, la paternidad (que no la maternidad) exige de mucho más tiempo que hasta ahora. Los jóvenes afirman que los niños necesitan una ingente cantidad de cariño y de tiempo, y que ambos componentes deben ser proporcionados por los dos miembros de la pareja. Y aunque hay muchos hombres que demandan un papel más activo en el cuidado de los hijos, no es tan evidente hasta qué punto su actitud favorable produce cambios paralelos en el comportamiento. Así, las mujeres, incluso quienes son amas de casa de tiempo completo, son muy críticas respecto al cuidado de los niños por parte de sus parejas, y citan a menudo el "típico" compor-

GRÁFICA 3  
Estructura familiar de los hombres.  
España, 1991



1. Hijo dependiente viviendo con sus padres.
2. Hijo dependiente en familia monoparental.
3. Hijo parcialmente independiente.
4. Viviendo en pareja, sin hijos.
5. Viviendo en pareja, con hijos pero éstos no viven en casa.
6. Padre viviendo con su pareja y con sus hijos.
7. Hombres viviendo solos.

Nota: Un hijo es considerado "dependiente" si nunca ha vivido con su pareja, es inactivo o no ocupado y siempre ha vivido en casa de sus padres. Y es considerado "parcialmente independiente" si vive con sus padres pero está trabajando.

Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta sociodemográfica de 1991.

tamiento masculino de llegar a casa y ver televisión, olvidando por completo la paternidad (Domingo, 1988).

Aunque los cambios en los valores culturales respecto a la familia y a la fecundidad han sido muy importantes desde los años sesentas hasta la actualidad, la sociedad española contemporánea muestra aún una importante proporción de "hogares de ingreso único", en que sólo el hombre trabaja fuera de casa y gana un sustento. Y así mientras que los varones que viven en pareja con edades comprendida entre los 28 y los 35 años están ocupados en 90%, sus parejas (normalmente dos años más jóvenes) son amas de casa en 60 por ciento.

En la gráfica 3 podemos observar también el porcentaje de hombres por edad que vive en casa de los padres y sin pareja propia. Así se encontraba 75% de los hombres de 25 años en 1991 (dos tercios de ellos tenían una cierta independencia económica, pues trabajaban), otro 25% de los de 30 años de edad (con cuatro económicamente independientes por cada dependiente) y 10% de los de 35 años (70% de ellos trabajando). Resalta así de manera clara que estar empleado no es una condición suficiente para la emancipación. Podemos acusar a los jóvenes de egoísmo o de tomar la constitución familiar demasiado en serio, pero esta conducta no es en absoluto específica de la actualidad: en 1965, por ejemplo, la soltería masculina entre los 30 y 34 años era de 22% y entre los 35 y 39 años de 14%, aun cuando durante estas edades el total de los hombres se encontraba trabajando; en consecuencia, podemos estimar que una proporción muy significativa de los hombres no había constituido una familia propia y vivía en la casa paterna a pesar de tener un trabajo que les hubiese permitido la independencia familiar. En definitiva, tanto en el pasado reciente como en el presente, vivir en casa paterna durante el extenso periodo del curso vital no era ni es inusual en España, y no existe estigma social al respecto, incluso cuando el hijo o hija haya conseguido cierta autonomía económica. Por el contrario, el abandonar el hogar a edades muy jóvenes se considera un movimiento prematuro y moralmente reprochable. En términos generales se espera que la gente joven que deje el hogar paterno sólo lo haga cuando las condiciones exteriores de la salida representen algo relativamente poco problemático, es decir, cuando se tenga un trabajo "estable" y una vivienda "en condiciones".

Las opiniones más críticas acerca de esta prolongación del momento de transición desde la juventud al mundo adulto, no proceden de los padres, que han convivido con sus hijos más de lo esperado, sino en muchos casos provienen de la gente joven que acababa de emanciparse. Este último grupo expresa con claridad la opinión de que mientras ellos consideraron el proceso de emancipación como positivo en sí mismo, independientemente de las condiciones económicas que fuera necesario enfrentar, otros parecen sólo preocupados por conseguir un nivel de vida cuando menos tan confortable como el que disfrutaban con su padre y su madre (Domingo *et al.*, 1989). Es cierto que debido a los cambios radicales experimentados en las relaciones entre generaciones, el grado de libertad de la gente joven se ha incrementado considerablemente, y a causa del aumento general de las condiciones de bienestar y del papel de la madre en la familia, el nivel de comodidad del hogar es bastante elevado. Sin embargo, el retraso en apariencia interminable en la edad de emancipación durante la década de los ochentas y principios de los noventa rechaza las explicaciones simplistas. Las redes de solidaridad familiar actúan como

ayuda a la situación de crisis económica, permitiendo a la gente joven permanecer por mucho más tiempo en casa, sin embargo, la inmensa mayoría de ésta (y no tan joven) expone la necesidad de un espacio privado y de autonomía que no es fácil conseguir en la casa de los padres (Domingo *et al.*, 1989).

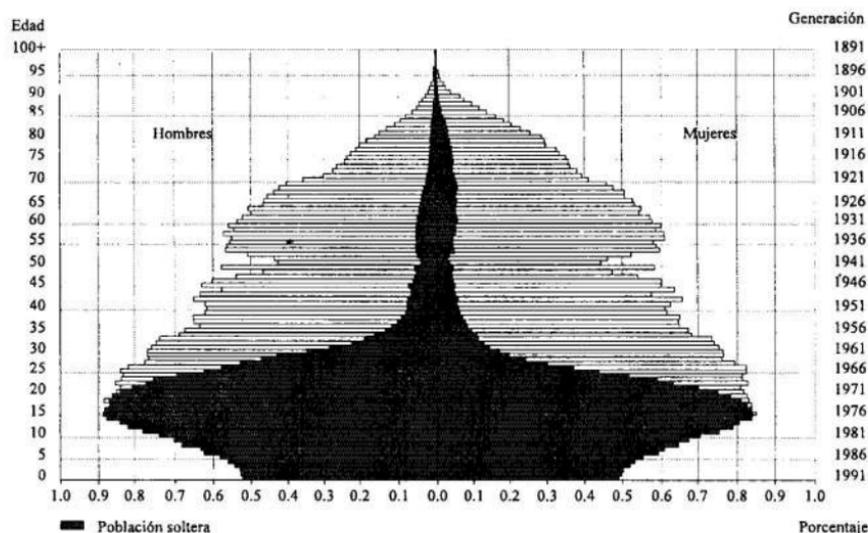
Volviendo a la gráfica 3, observamos que los hombres con casi 40 años de edad y hasta los que acaban de cumplir los 50, viven principalmente como padres, con su pareja y sus hijos (80-85%). Sin embargo, como vimos, el curso familiar de los adultos por encima de los 40 años de edad ha tenido un calendario muy específico, claramente diferente al seguido por la gente joven durante la década de 1980 y de 1990, pues los primeros se casaron y tuvieron los hijos a edades mucho más tempranas que los segundos.

### CONCLUSIÓN

A partir de la pirámide de población que se muestra en la gráfica 4, construida con base en el censo de 1991, podemos resumir la evolución de la tasa de natalidad en España. Percibimos claramente la falta de nacimientos debidos a la guerra civil (1936-1939), inferimos que hasta la mitad de la década de 1950 no hubo importantes cambios en la natalidad (incluso considerando el importante flujo migratorio desde España hacia el resto de Europa). Se observa cómo a finales de los años cincuenta y hasta 1976, la natalidad se disparó, y por ello las generaciones nacidas entre 1957 y 1976 son las más voluminosas en la España contemporánea. Finalmente, en la base de la pirámide, podemos estimar los efectos de la caída de la natalidad a partir de entonces. En consecuencia, se dibujan claramente tres grupos de edad con características sociodemográficas específicas, a saber: 1) la gente nacida desde el final de la guerra civil (1940) hasta el principio del *baby boom* (1956), que en 1991 tenía entre 34 y 50 años de edad, que experimentó como adultos la transición política de la dictadura a la democracia y que son, a grandes términos, los padres y las madres del siguiente grupo, a saber: 2) la generación del *baby boom* (1957-1976), que tenía entre 15 y 33 años de edad en 1991, que experimentó la transición política con menos de 20 años de edad, y que ha roto con el modelo de formación familiar de sus padres; y 3) las generaciones nacidas después de 1975, con menos de 15 años de edad en 1991, demasiado jóvenes para tener algo que decir acerca de la familia y de la fecundidad.

Para la inmensa mayoría de los componentes del *baby boom*, el modelo familiar de sus padres siguió el clásico esquema de la familia conyugal descrita por Talcott Parsons (1956), es decir, aquel modelo en el cual la maternidad era el principal deber de la mujer, un papel incompatible con

GRÁFICA 4  
Pirámide de población. España, 1991



Fuente: Censo de 1991.

otros, tal como el de trabajadora asalariada, y en el cual el hombre era la cabeza de familia y el que ganaba el sustento. Aunque estos jóvenes rechazan este modelo, a menudo planean una familia con similares características y, por ejemplo, los varones hablan de "llevar su propia familia". Además, aunque casi nadie habla en público contra la transformación de los papeles de hombre y mujer en la familia, la gente casada aún justifica, más o menos directamente, la atribución sexista de roles. Los hombres reconocen que ellos "ayudan" a sus parejas, pero nunca que "compartan" las tareas domésticas (por supuesto, desde su punto de vista, tener un hijo compromete mucho más a la mujer que al hombre). Las relaciones de género están cambiando pero muy lentamente (Domingo, 1988; Domingo *et al.*, 1989).

Un investigador social que intentase prever las tendencias de fecundidad proyectando las pautas actuales erraría al igual que fallaron quienes pensaron que las tendencias registradas en la década de los sesentas se mantendrían invariables. Hoy en día, existe tal cantidad de factores coyunturales que es muy complicado realizar una predicción adecuada, como lo fue en el pasado. Así, es evidente que las generaciones que contrajeron matrimonio en la década de 1960 tienen un curso familiar muy específico, que contrasta profundamente con la que presentan los jóvenes en la actualidad: mientras que quienes se casaron muy jóvenes en relación con

los estándares españoles (24.0 años de edad como media para los hombres y 23.4 años de media para las mujeres), y tuvieron hijos muy temprano (también para dichos estándares), los jóvenes actuales están retrasando mucho la etapa de formación familiar, paternidad y maternidad. Las relaciones dentro del hogar entre los miembros de la familia y en la sociedad en general son también muy distintas: mientras que en la década de 1960 el modelo familiar fue el del patriarcado, y la constitución familiar se produjo en tiempos de economía boyante, en la actualidad tanto el modelo matriarcal como la economía están en crisis.

El no tener hijos o el importante retraso en momento de tenerlos está fuertemente relacionado con la situación económica y con los niveles de vida, pero también con la manera en que la pareja y la libertad individual de cada miembro es concebida, así como la reconsideración de los papeles de género.

Tal vez hemos tratado demasiadas cosas, aunque ciertamente es difícil afirmar cuál es más o menos importante en el tema del análisis de la paternidad en la España contemporánea. Incluso hay asuntos que consideramos muy significativos pero que no hemos podido tratar aquí, como los efectos del mercado de la vivienda en las pautas de emancipación familiar. Además, no sólo entre diferentes países en Europa podemos encontrar diferencias culturales sustanciales, sino también en el interior del estado Español se halla una muy importante variación. Finalmente, existen otras características sociales que afectan a los modelos de paternidad que tampoco hemos tratado aquí como, por ejemplo, las diferencias de clase.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Cabré, A. (1989), "La reproducció de les generacions catalanes: 1856-1960", tesis de doctorado, Universitat Autònoma de Barcelona.
- (1993), "Volverán tórtolos y cigüeñas", en Garrido, L. y Gil-Calvo, E. (ed.), *Estrategias familiares*, Alianza Editorial, Madrid.
- Domingo, A. (1988). "Tenir o no tenir fills: és aquesta la qüestió?", *Papers de Demografia*, núm. 27, Centre d'Estudis Demogràfics.
- , García M. y Llonch, M. (1989), "Joventud i emancipació a la ciutat de Barcelona: família, parella i habitatge", *Papers de Demografia*, 36, Centre d'Estudis Demogràfics.
- (1990), "Relational strategies and change in family, Madrid and Barcelona, 1985", *Papers de Demografia*, núm. 43, Centre d'Estudis Demogràfics.
- Eurostat (1995), "Statistics in focus. Population and social conditions", Office for Official Publications of the European Communities, Luxembourg.

- Fernández-Cordón, J.A. (1978), "Nupcialité et fécondité en Espagne", tesis de maestría, Demography Department, University of Montréal.
- Festy, P. (1971), "Évolution de la nupcialité en Europe occidentale, depuis la guerre", *Population*, vol. 26, núm. 2, París, pp. 331-379.
- Garrido, L. (1994), *Las dos biografías de la mujer en España*, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Madrid.
- Gauthier, A.H. (1993), "Towards renewed fears of population and family decline?", *European Journal of Population/Revue Européenne de Démographie*, núm. 9, pp. 143-167.
- Haskey, J.C. (1991), "Formation and Dissolution of Unions in the Different Countries of Europe", trabajo presentado en la *European Conference of Population*, París.
- Heath, S. y Miret, P. (1995), "Living in and out the parental home in Spain and Great Britain: A comparative approach", trabajo presentado en la *European Sociological Association Conference*, Budapest-Hungary.
- Hölm, C. (1986), "The Family Life Cycle: Needed Extensions of the Concept", en Bogaarts, J. Burch, T. y Wachter, K. (eds.), *Family Demography. Methods and their Applications*, Clarendon Press, Oxford.
- Höpfinger, F. (1985), "Changing marriage behaviour: some European comparisons", *Genus*, XLI, no. 3-4, pp. 41-63.
- Nash, M. (1991), "Pronatalism and Motherhood in Franco's Spain", en Bock, G. y Thame, P., *Maternity and Gender Policies: women and the Rise of the European Welfare States, 1880's-1950's*, Routledge, Londres.
- Nicolau, R. (1988), "Presentación de las fuentes y series demográficas españolas de los siglos XIX y XX", en Carreras, A. (ed.), *Introducción a las fuentes estadísticas de la historia económica de la España Contemporánea*, Banco Exterior de España.
- Parsons, T. (1956), "The American Family: Its Relation to Personality and Social Structure", en Parsons, S.T. y Bales, R.F. (eds.), *Family: Socialisation and Interaction Process*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Tamames, R. (1986), *The Spanish Economy: An Introduction*, C. Hurst, Londres.
- Valiente, C. (1995), "Rejecting the past: central government and family policy in post-authoritarian Spain (1975-94)", *Cross-National Research Papers*, Fourth Series: Concepts and Contexts in International Comparisons of Family Policies in Europe, 3, The Family in Social Policy and Family Policy, pp. 81-96.
- Wright (1977), *The Spanish Economy 1959-1976*, MacMillan, Basingstoke.

V

REFLEXIONES Y BALANCE



## SORDOS, MIOPE Y MUDOS: LA ANTROPOLOGÍA Y LA DEMOGRAFÍA ANTE LA SEXUALIDAD MASCULINA

CARLOS ARAMBURÚ\*

Estos breves comentarios finales no pretenden resumir la variada, rica y compleja discusión tenida en este excelente coloquio sobre sexualidad y reproducción masculina. Pretendemos más bien destacar algunos aspectos de la discusión que tratan específicamente de cómo dos disciplinas, la antropología y la demografía, han abordado o ignorado las diversas dimensiones e implicaciones de la sexualidad masculina.

### ANTROPOLOGÍA Y DEMOGRAFÍA: ¿DIÁLOGO DE SORDOS?

Quisiera empezar reconociendo la complejidad y la novedad del tema y sobre todo la ausencia de paradigmas y de modelos validados en torno al tema de la masculinidad, la reproducción y la sexualidad masculina. Al respecto creo pertinente recordar lo que decía García Márquez en *Cien Años de Soledad*: *Las cosas eran tan nuevas que no había nombres para ellas; había que señalarlas con el dedo y después ponerse de acuerdo en cómo nombrarlas*. La novedad, obviamente, no se refiere a los fenómenos de la reproducción y la sexualidad masculina, sino a nuestra falta de teoría y conocimiento sobre sus determinantes y características. Me da la impresión de que gran parte de la discusión se origina en que estamos "señalando con el dedo" varias cosas para las que no tenemos nombres o tenemos nombres que encierran conceptos confusos sobre los cuales todavía no nos hemos puesto de acuerdo. Eso nos obliga a un ejercicio de modestia y de rigurosidad para priorizar y valorizar la investigación y la información empírica. En la historia de la ciencia, especialmente en las ciencias sociales, es común comprobar que cada vez que se "descubre" un nuevo tema o se abre un campo nuevo, empiezan a dominar las interpretaciones ideologizadas

\* Representante de la Oficina Regional para América Latina de la Fundación Pathfinder, México.

sobre el mismo, con ausencia del dato empírico y poca o insuficiente evidencia real. Creo que todavía es muy difícil plantear grandes globalizaciones, teorías “sombrija” para abarcar el complejo campo de la reproducción y la sexualidad masculina, y que resulta mucho más productivo empezar a trabajar en el nivel de la investigación empírica, de la acumulación de evidencias y del diálogo interdisciplinario al que me voy a referir después.

El primer punto que debe destacarse entonces, es que, a pesar de los avances empíricos presentados en esta reunión, nos enfrentamos a una realidad sin teoría, la que es necesario construir a partir de una base empírica más sólida y de la discusión teórica en torno a esta evidencia.

### ¿SORDERA CONCEPTUAL?

Los temas de reproducción, sexualidad y género han sido tratados tanto por la antropología como por la demografía. La sordera entre ambas disciplinas no se basa por tanto en la ausencia de temas de interés común. Nuestra hipótesis es que ésta se debe más bien a la forma de concebir los conceptos clave en torno a la reproducción, la maternidad, paternidad y la sexualidad por parte de cada disciplina. Se trata de una sordera epistemológica. Consideremos algunos ejemplos.

El concepto de *fecundidad*, pieza clave del proceso de reproducción, es para la demografía un concepto esencialmente biológico y centrado en la mujer como reproductora (Townsend, 1994). Para la antropología, el concepto clave es el de *maternidad*, con especial énfasis en la reproducción social como proceso más amplio que incluye, pero no se agota en la reproducción biológica. Aunque habitualmente coinciden, la maternidad biológica y la maternidad social son dimensiones culturalmente definidas y diferentes. Aun en las sociedades contemporáneas, por ejemplo en el caso de madres adolescentes, por condicionantes socioculturales, la madre de la adolescente asume el rol de “madre social” del nieto o nieta. Respecto de la paternidad la sordera interdisciplinaria es aún más complicada. Si bien la conexión biológica entre madre e hijo se reconoce en la mayoría de las culturas como la base de la maternidad social (excepto en el caso de hijos adoptivos), el reconocimiento de la paternidad social es mucho más variado y menos dependiente del vínculo biológico (Guyer, véase su trabajo en esta publicación). El concepto de “fecundidad masculina” es también inexistente en demografía por lo problemático de establecer con certeza el vínculo biológico entre padre e hijo debido, principalmente, a una mayor variabilidad de la conducta sexual masculina y un menor control social sobre ésta y la mayor ambigüedad del rol paterno. La antropología ha demostrado una enorme variabilidad intercultural en las obligaciones y

roles adscritos al padre; soporte económico, socialización, protección, educación laboral, etcétera (Whiting, 1963).

Otro ejemplo relevante es el tratamiento de la nupcialidad y el matrimonio. En la demografía la nupcialidad es tratada como categoría transcultural homogénea (Hirsch, 1995). Su principal efecto es postulado en relación con el nivel de la fecundidad, pues casi toda esta última es definida como fecundidad marital. Para la antropología el "matrimonio", o mejor dicho, la unión o cohabitación, es extremadamente variable en cuanto a su duración, edad de inicio, obligaciones recíprocas, distribución de roles domésticos (y por tanto valor/costo relativo de los hijos según género) y normas de exclusividad sexual. Todo ello incide directa o indirectamente en el *tempo* y nivel de la fecundidad. En el enfoque demográfico, el valor predictivo de la nupcialidad (edad a la unión, duración de la misma y proporciones de uniones) como determinante de la fecundidad es tanto mayor cuanto más se acomode la nupcialidad al modelo tradicional occidental de matrimonio (monogámico, estable y excluyente de actividad sexual extramarital). De paso habría que cuestionarse si este modelo normativo ha existido en la realidad con la consistencia que se le atribuye aún en las sociedades "occidentales y cristianas". Numerosos aportes de la demografía histórica dan cuenta de una importante proporción de hijos "ilegítimos" en las colonias españolas de América durante los años de la inquisición (Manarelli, 1993).

El segundo determinante de esta sordera interdisciplinaria es metodológico. La antropología y la demografía tienen tradiciones metodológicas divergentes. La demografía ha tenido un avance técnico muy fuerte en la medición de niveles y tendencias de lo que se considera que son las tres variables tradicionales en la demografía: la mortalidad, la natalidad (incluyendo la nupcialidad) y la migración. El enfoque positivista y cuantitativo ha sido priorizado en la demografía y el estilo de análisis consiste en comparar tendencias y diferenciales según categorías espaciales y sociales.

La antropología, por otro lado, ha enfatizado desde la época de Kroeber el relativismo cultural, tratando de explicar la cultura en sus propios términos, lo que ha tomado mayor fuerza recientemente, con base en un enfoque interpretativo que toma los hechos culturales como construcciones sociales. Se trata de "la interpretación de la interpretación" como señala Roberto Castro en su trabajo incluido en esta edición.

Pero, ¿son éstas, diferencias insalvables?, o más precisamente, ¿constituyen barreras infranqueables que obliguen a mantener la sordera y miopía entre estas disciplinas? Considero que no, que más bien esta sordera conceptual y metodológica ha determinado una serie de limitaciones o "miopías" que han impedido a los investigadores de una y otra disciplina tener en cuenta los avances y aportaciones de ambas en temas de interés común

como puede ser el de la sexualidad masculina y la paternidad. A continuación quisiera dar tres ejemplos de cómo las teorías demográficas, que son centrales para entender la dinámica poblacional desde el punto de vista cuantitativo, pueden ser de gran valor heurístico para reorientar los enfoques antropológicos que busquen explicar qué hay detrás de esas tendencias y niveles.

#### SUPERANDO LA MIOPIA

Desde hace treinta años, con base en la formulación de Easterlin (1969) y a través de numerosos refinamientos (Becker, 1980; Donaldson, 1991, etc.), la demografía ha utilizado como paradigma central el modelo de la transición demográfica. Este modelo, formulado originalmente para entender los descensos de la mortalidad y la fecundidad en las sociedades de Europa occidental durante los siglos XVIII e inicios del XX, ha logrado demostrar en forma detallada y para un gran número de sociedades, que a un descenso de la mortalidad le sigue generalmente un descenso de la fecundidad que es más rápido y llega a afectar a la mayoría de grupos sociales de una determinada estructura social. Sabemos muy bien que estas tendencias se han verificado en la mayor parte de las sociedades contemporáneas; sin embargo, cuando preguntamos a la demografía, cuáles son los determinantes de estos cambios, sobre todo en el caso del descenso de la fecundidad, las explicaciones se empobrecen y se vuelven sumamente simplistas. Sabemos que hay una correlación inversa entre el nivel de la fecundidad y la educación de la mujer; que existe asimismo una correlación inversa entre el ritmo de descenso de la fecundidad y el proceso de concentración urbana; comprobamos finalmente una correlación directa entre el descenso de la mortalidad y luego el de la fecundidad con el fenómeno global, de imprecisa definición, llamado modernización.

Planteados en estos términos tan generales, el modelo de transición demográfica engloba un número grande de casos históricos, pero es demasiado grueso y tosco para explicar dos dimensiones que se plantearon en este coloquio y que me parecen fundamentales. En primer lugar la evidencia recogida de los países subdesarrollados demuestra que no se puede hablar de una sola transición demográfica sino de múltiples transiciones demográficas. Aun en las dimensiones puramente cuantitativas existe una gran variación; por ejemplo, en la velocidad del descenso de la mortalidad y la fecundidad, en la gran variabilidad del tiempo que toma ésta para caer luego del inicio del descenso en la mortalidad, y en la persistencia de rezagos demográficos al interior de un mismo país como el caso de México, o Brasil, así como en la gran mayoría de países latinoamericanos. Tampoco ha sido posible determinar con precisión los niveles o umbrales que deben

alcanzar los diferentes procesos que conforman el cambio hacia la modernidad para predecir el inicio y ritmo de los descensos en la mortalidad y la fecundidad. Como hemos señalado en un trabajo anterior, esto posiblemente se deba a que los factores causales son de naturaleza distinta entre las sociedades de Europa occidental durante el siglo XVIII y XIX y las sociedades contemporáneas del mundo subdesarrollado (Aramburú, 1983). Por tanto, para explicar las diferencias en el *tempo* y en la difusión de las transiciones demográficas resulta imprescindible abordar los procesos de cambio económico, social y cultural en el nivel de los individuos, las familias y las comunidades dentro de los cuales adquiere sentido el descenso de la mortalidad y la fecundidad.

El segundo problema o dimensión de la transición demográfica que ha sido mencionado en este coloquio, sobre todo en relación con el trabajo presentado sobre Cuba, es el asunto de la *calidad* de la transición demográfica, es decir, los mecanismos específicos por medio de los cuales se produce tanto el descenso de la mortalidad, más específicamente, el de la fecundidad. En el caso de la caída sostenida de la mortalidad durante los siglos XVIII y XIX en Europa occidental, numerosos historiadores han demostrado, yendo más allá de los datos demográficos, que ésta se debió fundamentalmente a mejoras en la productividad agrícola y en el transporte y almacenamiento de alimentos, lo que determinó una reducción sostenida en los precios de los alimentos básicos, que a su vez redundó en mejores niveles nutricionales y en una baja de la mortalidad general e infantil (Coale & Watkins, 1986). Por el contrario, en la mayor parte de los países subdesarrollados el descenso de la mortalidad durante este siglo se debe principalmente a la introducción y difusión de vacunas y antibióticos en el marco de un papel más activo y eficaz de las instituciones públicas de salud (Aramburú, 1983).

En el caso del descenso de la fecundidad, los determinantes han sido asimismo diferentes en los países de Europa occidental y los del tercer mundo. Baste recordar que la anticoncepción efectiva es un producto de la segunda mitad del siglo XX, y que por lo tanto no desempeñó un papel central en las transiciones de la fecundidad del siglo XIX y principios del XX. En consecuencia, como ha argumentado McLaren, fueron los cambios culturales en el entorno familiar (en relación al valor de los hijos, el estatus de la mujer y los mayores niveles educativos) lo que determinó una nueva cultura de la reproducción (y de la sexualidad, añadiría yo) en la cual la utilización del retiro y la abstinencia, fueron los principales mecanismos del descenso de la fecundidad europea (MacLaren, 1990). En los países subdesarrollados este fenómeno se explica principalmente por la difusión y aceptación de métodos anticonceptivos. Sin embargo, como ha ocurrido en el caso de Chile, Cuba y China el aborto también ha tenido un papel central en la

baja de la fecundidad. Asimismo las diferencias en los niveles de prevalencia y en la mezcla de métodos anticonceptivos son notables entre, y sobre todo, al interior de los países latinoamericanos. Todo ello nos obliga a preguntarnos sobre los determinantes culturales de esta variabilidad en las transiciones demográficas y cuáles son los costos sociales asociados a estos procesos. Por esto se requiere necesariamente de un enfoque del proceso de toma de decisiones que está detrás de esos cambios en la fecundidad y en la nupcialidad. Obviamente entonces la antropología, la psicología, la sociología, es decir, las ciencias sociales en general, deben contribuir a dar ese paso que permita encontrar significado a estas tendencias y diferenciales.

La indagación sociológica de los factores que explican las tendencias demográficas, no sólo es pertinente a niveles microsociales, lo es también en el caso de procesos macro. En una publicación de 1990 con Delicia Ferrando demostrábamos cómo en el caso de Perú (y Carvalho y Rodríguez en su trabajo presentado en el mismo seminario señalaban algo similar sobre Brasil), las razones para el descenso de la fecundidad diferían de la teoría clásica que sostiene que la fecundidad cae como una consecuencia de una mejora en el nivel de vida, en la educación de la mujer, en el nivel de empleo, etc. La evidencia que se tenía para Brasil y Perú era exactamente la contraria; un descenso muy rápido y brusco de la fecundidad sobre todo en sectores populares urbanos ante un deterioro en las condiciones de empleo, una altísima inflación que mermó su capacidad adquisitiva real y un deterioro de los indicadores económicos. Sin embargo, esta fuerte crisis económica de los años ochenta ocurría en un contexto de modernización con altos niveles de urbanización y educación (incluyendo altas tasas de alfabetización entre las mujeres urbanas). La postergación o limitación de los nacimientos fue un ajuste de estas mujeres y parejas urbanas al deterioro económico y la incertidumbre laboral. La noción que me parece importante rescatar es que un mismo resultado cuantitativo (la baja de la fecundidad) puede depender de factores diferentes y, por lo tanto, es imprescindible darle especificidad histórica y cultural a fenómenos aparentemente tan homogéneos e impregnados como la transición demográfica.

Un segundo ejemplo de cómo los modelos demográficos se enriquecerían con una investigación de tipo cualitativo, es el caso de uno de los modelos más poderosos, más robustos para estimar los determinantes próximos del descenso de la fecundidad; el de John Boongarts. En esencia el modelo de Boongarts encuentra que 75% de la varianza en los niveles de fecundidad de una muestra muy grande de países (más de 70), se explicaba por cuatro determinantes próximos; la nupcialidad, la lactancia, el aborto y la prevalencia anticonceptiva. Innumerables estudios empíricos han utilizado este modelo y su metodología para estimar los determinantes de los diferenciales de fecundidad observados entre y al interior de la mayoría

de las sociedades contemporáneas, encontrando que hay cambios notables en el peso relativo de estos cuatro factores en diferentes sociedades. De esta comprobación surge la necesidad de abordar a los actores sociales que toman las decisiones respecto de la nupcialidad, los patrones de lactancia, el uso de anticonceptivos y el aborto. Sólo así podrá dársele sentido a las cifras demográficas.

En el caso de la sexualidad y la conducta reproductiva masculina, aún es incipiente incluso hasta la medición de sus dimensiones y diferenciales cuantitativos. Con excepción del reciente y monumental trabajo de Laumann, Gagnon y otros (1994), referido a patrones de conducta sexual entre adultos de Estados Unidos, la investigación empírica sobre este tema es en general inexistente. Son prácticamente desconocidas dimensiones como: el contexto, tipo de pareja y edad en el momento de la iniciación sexual, los patrones de enamoramiento y selección de pareja, la presencia y frecuencia de prácticas homosexuales y bisexuales, la percepción y cumplimiento de roles paternos, las actitudes y usos de anticonceptivos masculinos, la frecuencia y tipo de relaciones paralelas, etc. Al iniciarse esta prometedora línea de investigación sería deseable que "cuantitativistas" y "cualitativistas" dejen de ignorarse mutuamente para enriquecer tanto la metodología de recolección de información estadística, como la teoría sobre masculinidad y sexualidad masculina. Así podríamos ser un poco menos sordos y míopes a los aportes con que diferentes disciplinas y aproximaciones metodológicas pueden contribuir al tema.

Un tercer asunto que ilustra el potencial heurístico del diálogo entre demografía, antropología y otras ciencias sociales, es el análisis de las implicaciones que tienen para la sexualidad y la vida reproductiva, ciertos cambios demográficos bien conocidos. El primero de ellos se refiere a la prolongación de la vida. En casi todos los países del mundo, incluso entre los más pobres durante las últimas cuatro décadas, los incrementos en la esperanza de vida al nacer y en la duración de la vida promedio, han sido notables. Basta recordar un dato para ilustrar este hecho: en la década de los cuarentas el promedio de vida en América Latina era igual al que tenía Europa en el siglo XVI, a saber, 35 o 36 años. Actualmente la esperanza de vida al nacer, con pocas excepciones, se estima entre los 65 y 70 años.

Las implicaciones que tiene este fenómeno de prolongación de la vida en los patrones de nupcialidad, la estabilidad marital y la infidelidad, son enormes y han sido poco exploradas desde el punto de vista de conductas, normas y valores. El periodo de vida del adulto en el que éste es sexualmente activo o potencialmente activo, se ha incrementado de 20 a 25 años hasta 40 a 45 años, tanto por una menor edad de la maduración sexual, a consecuencia del aumento secular en talla y peso, como por la mayor longevidad. En la medida en que no ha habido cambios significativos en la

edad en el momento de la primera unión en América Latina en los últimos 40 o 50 años, no tengo duda de que por, ejemplo, el incremento en la tasa de divorcios tiene que ver con el hecho de que ahora las parejas tienen que convivir no 10 o 15 años sino 40 o 50. Algo similar podría plantearse respecto a cambios en el tipo y nivel de actividad sexual durante un periodo tan prolongado, así como en las dimensiones de género que se redefinen en la vida de pareja y fuera de ella.

Otra implicación obvia para el cambio de roles paternos y maternos se asocia no sólo al descenso de la fecundidad sino a la concentración del periodo reproductivo en una porción decreciente y en las primeras edades de la vida reproductiva; lo que los demógrafos llaman "la cúspide temprana de la fecundidad". De los 40 a 60 años de vida sexual potencial, la pareja contemporánea pasa menos de la mitad cumpliendo el rol de padre/madre y proveedor debido tanto al menor número de hijos, como al hecho que los nacimientos se concentran en ciertas edades de la mujer (habitualmente entre los 20 a 25 años y en algunos casos entre los 26 y los 30). A diferencia de las parejas en contextos de alta y prolongada fecundidad, la pareja moderna pasa sólo 30 a 40% de su vida en común como padres y madres; el resto del tiempo son pareja sin hijos o con hijos adultos que muchas veces abandonan el hogar a temprana edad. Ello es sin duda uno de los factores condicionantes de la ampliación de los roles para las mujeres y la relativización de la identidad esposa-madre, pues la mujer en la sociedad actual ya no pasa toda su vida adulta embarazada o como madre de niños pequeños. En cuanto el varón, aunque nuestra cultura otorga menos nitidez al rol paterno, desconocemos cómo estos cambios demográficos reformulan el peso del rol de esposo/compañero frente al de padre.

La caída de la fecundidad y su concentración etárea tienen además implicaciones más profundas sobre nuestra manera de concebir el concepto de salud reproductiva, la que debería definirse más bien como salud sexual. Estimaciones propias confirmadas por el trabajo de Laumann y Gagnon muestran que un adulto llega a tener unos 3 000 a 3 500 coitos durante su periodo de vida sexual activa; de este total puede estimarse que sólo dos o tres tienen intención reproductiva; iimemos de 0.07%! El creciente interés sobre la sexualidad como objeto de investigación académica se basa sin duda en este hecho, entre otros.

Pese a estos cambios la gran mayoría de los programas de planificación familiar hace énfasis en lo reproductivo y no lo sexual, como el tema principal de su accionar. En los tiempos del sida, éste es otro de los conceptos desorientadores que es necesario revisar no sólo por sus implicaciones conceptuales, sino por sus necesidades operativas y consecuencias prácticas.

Otra dimensión importante de fenómenos demográficos que tienen relevancia directa para la sexualidad en un enfoque cualitativo es la migra-

ción. La migración ha sido trabajada sobre todo en la década de los sesenta como el tema central de los estudios en población, recordemos los esfuerzos de Flasco, Clasco, Pispal, Colegio de México, etc., ya que era considerado el indicador más claro de la modernización. América Latina se modernizaba mediante la migración del campo a la ciudad, la urbanización era sinónimo de modernidad. Muy pocos estudios han planteado la relación entre migración y sexualidad, la cual no es evidente pero sí relevante. En general la migración interna en América Latina ha supuesto el traslado de población joven de contextos más tradicionales a contextos más urbanos y modernos. El cambio de residencia implica generalmente también un cambio de contexto cultural. Sin embargo poco sabemos de la adopción de los nuevos patrones de sexualidad, valores, conductas y percepciones, de los migrantes en su nuevo contexto. Mas aún, si ampliamos el concepto de migración al turismo, entendemos que en esta actividad hay un elemento muy importante de cambios en valores sexuales, de cambios en lo que son patrones de interacción sexual e incidencia de prostitución infantil y adolescente. Importantes centros turísticos como Río, La Habana, Santo Domingo, etc., experimentan cambios en la organización social de la sexualidad que si bien parecen responder al fenómeno del turismo externo, tienen importantes consecuencias y repercusiones en la vida local.

Por último es interesante en el diálogo entre demografía y antropología considerar otro tipo de migraciones: las internacionales. Las fronteras se han ido borrando con la globalización y el abaratamiento del transporte internacional; tenemos frecuentemente zonas rurales muy tradicionales como en el caso de México (Oaxaca es un ejemplo y Zacatecas también), en las que los hombres dejan sus hogares rurales y se van a trabajar a Estados Unidos por tiempo más o menos largo. ¿Cuánto sabemos sobre su sexualidad cuando están fuera y los riesgos que implica incluso desde el punto de vista del sida? Un estudio muy reciente de Nelly Salgado (1995), da cuenta de casos de migrantes mexicanos infectados por VIH que regresan y transmiten el virus a sus esposas quienes quedan atrás en las comunidades rurales y quienes no tienen idea de la actividad sexual de sus parejas y de los riesgos de salud que corren. Es probablemente muy frecuente en migrantes internacionales esta doble moral y lo que podríamos llamar la doble cultura de la sexualidad. Éste es otro tema fundamental por su creciente magnitud y sus implicaciones en la salud pública que supone recoger la evidencia demográfica respecto a los flujos, volúmenes, composición por sexo y edad, etc., pero complementándola con el estudio de sus consecuencias para la sexualidad del migrante y para su pareja.

## ASPECTOS METODOLÓGICOS

Una de las dimensiones que traba un diálogo más fluido entre la demografía y la antropología, y que propicia la incomunicación entre enfoques cuantitativos y cualitativos, es el de las diferencias metodológicas.

Tomemos en primer lugar el tema de la fecundidad y la sexualidad. El peso de la perspectiva biomédica en demografía ha llevado a centrar la medición de la fecundidad y el comportamiento reproductivo casi exclusivamente en la mujer. El concepto de fecundidad masculina o de paternidad carece de referente empírico y casi no es considerado como categoría de análisis en las encuestas demográficas. Sólo recientemente se han incluido submuestras de varones en las Encuestas Demográficas y de Salud (DHS o Endes) que se aplican en América Latina en forma regular desde los años setenta. Sin duda ellas proporcionarán valiosa información permitiendo no sólo análisis cuantitativos sino obtener pistas para realizar estudios en profundidad de las dimensiones cualitativas de la sexualidad masculina y la paternidad. Es además deseable que esta información revitalice la discusión conceptual y metodológica sobre categorías de análisis aplicables al varón.

Una segunda dimensión metodológica que es pertinente considerar en este intento de promover un diálogo informado entre antropología y demografía, es la utilización rutinaria de espacios geográficos como unidades de recolección y análisis de la información tan frecuente en las fuentes censales y en las encuestas demográficas. Una larga tradición de las estadísticas oficiales ha terminado por considerar ámbitos administrativos y políticos como entes con fecundidad, nupcialidad, migración, mortalidad etc. Si bien estas divisiones territoriales son indispensables para la cartografía censal y de encuestas, se debe superar su utilización como categorías de análisis con significación social. Para ello es indispensable recoger información de comunidades, hogares e individuos que resulten más relevantes para el análisis social.

Un avance metodológico importante ha sido la utilización del doble registro en estimaciones demográficas para áreas pequeñas. Aquí en México se hizo un trabajo muy interesante liderado por José García Nuñez que validó la utilización de técnicas de doble registro para obtener estimaciones demográficas para áreas pequeñas. Sin entrar en los detalles técnicos, básicamente consiste en usar dos tipos de fuente, generalmente encuestas y registros vitales o continuos para producir por correlación entre indicadores, estimaciones confiables de niveles de fecundidad, de mortalidad, de migración etc., para áreas pequeñas. Esta técnica que podríamos llamar microdemografía me parece que podría ser sumamente útil para la investigación antropológica sobre áreas culturales y grupos étnicos que presen-

tan una concentración geográfica conocida. La microdemografía nos puede permitir detectar a grupos étnicos o sociales que presentan variantes en sus patrones demográficos para proporcionar pistas de una aproximación más profunda a los patrones culturales y conductuales que explican estas variantes. El análisis en profundidad de los "casos desviantes" puede proporcionar valiosa información para luego, por comparación, entender los patrones más frecuentes del cambio demográfico y sus determinantes. Ello implica no ignorar la evidencia proporcionada por la microdemografía, sino más bien estructurar la muestra cualitativa en función de variables de cambio demográfico divergente para profundizar los procesos sociales y el significado que opera detrás de éste.

Hay muchos ejemplos que quisiera mencionar pero por economía me voy a referir solamente a uno en el que he trabajado directamente. En Perú hace algunos años planteamos un estudio para entender qué explicaba la variabilidad en las conductas reproductivas de mujeres, detectada a partir de enormes diferenciales de fecundidad que proporcionaban varias encuestas demográficas. La pregunta era, ¿qué explica más las diferencias en el patrón de descenso y en el nivel de la fecundidad: el contexto cultural o la generación? La información sobre patrones y niveles diferenciales de fecundidad la tomamos de encuestas demográficas que mostraban que en ciertas regiones del país había habido una caída sumamente rápida de la fecundidad entre 1970 y 1980 y en otras era muy lenta o no se percibía. Lo que hicimos fue combinar dos variables, una básicamente cultural y otra demográfica; contexto cultural y generación, para estimar el peso relativo de estos dos grandes factores en el cambio/estabilidad en la fecundidad. Escogimos tres contextos culturales con diferente tradición idiomática, étnica y económica, en los cuales trabajamos con base en el estudio de historias de vida con generaciones de mujeres mayores, de edad intermedia y mujeres jóvenes. Entre los principales hallazgos encontramos que entre las mujeres mayores existían, en los tres contextos culturales considerados, notables diferencias en las creencias, valores y el comportamiento sexual y reproductivo. Entre las jóvenes de los tres contextos se encontraron, por el contrario, muchas similitudes tanto en sus actitudes y creencias, como en su conducta sexual y reproductiva, existiendo por tanto un proceso de homogenización cultural por su mayor acceso a la educación formal, exposición a los medios masivos y la migración. Con este ejemplo quiero destacar que combinar metodologías y evidencias demográficas con investigación antropológica puede permitir una mejor comprensión del proceso cultural y social que existe detrás de los diferenciales demográficos.

## JUNTOS PERO NO REVUELTOS

Por último, quisiera referirme a otro tema que en este evento se trabajó mucho y que además es recurrente de la investigación social desde hace veinte años. Se trata del reclamo de la interdisciplinariedad, es decir, el debate entre ésta y la especialización, que podría resumirse en ese castizo dicho de "juntos pero no revueltos". Mi impresión es que, lo que resulta útil no es el renunciar a las diferentes especializaciones disciplinarias, sino el propiciar un diálogo entre ellas como el que hemos tenido aquí. Es importante que, sin renunciar a las perspectivas específicas de cada disciplina y a su avance en técnicas y métodos, puedan establecerse pesquisas conjuntas en función de agendas temáticas de interés mutuo. Para evitar sorderas, miopías y la falta de diálogo es necesario cerrar el círculo para poder replantear nuevas maneras de investigar viejos temas en que las evidencias aportadas por la demografía y la investigación cuantitativa sirvan de insumo y pistas para la investigación cualitativa y en profundidad. Esto implica un diálogo informado entre los investigadores de diferente formación, unidos por intereses temáticos similares, los más acotados posibles, para maximizar el potencial explicativo de diferentes técnicas y métodos de investigación social.

Quisiera terminar señalando que encuentro todo lo que aquí se ha discutido sumamente interesante y considero que he aprendido mucho más de lo que puedo ofrecer. Concluyo citando una frase del entonces primer ministro británico, Winston Churchill que considero pertinente en este contexto y que ponunció al empezar la invasión de Francia durante la segunda guerra mundial: "[...] esto no es el fin, ni siquiera es el principio del fin, pero quizá sea el fin del principio [...]"

## BIBLIOGRAFÍA

- Aramburú, Carlos (1983), "Tendencias Demográficas recientes en el Perú", *Población y Políticas de Desarrollo en el Perú*, pp. 11-114, Inandep, Lima, Perú.
- y Delicia Ferrando (1990), "La Transición Demográfica en el Perú", *Seminario de Transición Demográfica en América Latina*; IUSSP, Buenos Aires, abril.
- y Rosario Arias (1994), "Aproximaciones a la Sexualidad Popular", en *Estudios Demográficos y Urbanos* núm. 25, pp. 151-210, vol 9, núm. 1, El Colegio de México, México.
- Becker, Gary (1988), "A Reformulation of the Economic Theory of Fertility", *Quarterly Journal of Economics* núm. 103, pp. 1-25.
- Carvalho, Jose Alberto y Laura Rodríguez (1990), "La Transición de la Fecundidad en el Brasil", *Seminario de Transición Demográfica en América Latina*, IUSSP, Buenos Aires.

- Coale, Ansley y S. Watkins (1986), *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton University.
- Donaldson, Loraine (1991), *Fertility Transition, The Social Dynamics of Population Change*, Basil Blackwell Inc., Cambridge.
- Easterlin R. (1969), "Towards a socioeconomic theory of fertility: A survey of recent research on economic factors", en S. J. Behrman *et al.*, *Fertility and Family Planning: A World View*, Ann Arbor University of Michigan Press.
- Hirsch, Jennifer (1995), "Deconstruct Parenthood but leave Fertility alone", Brown University, junio, mimeografiado.
- Laumann, E., J. Gagnon, R. Michael, y S. Michaels (1994), *The Social Organization of Sexuality, Sexual Practices in the United States*, University of Chicago Press.
- Mannarelli, María E. (1993), *Pecados Públicos. La Ilegitimidad en Lima, Siglo XVII*, ed. Flora Tristán, Lima.
- McLaren, Angus (1990), *A History of Contraception*, Basil Blackwell Inc, Cambridge.
- Salgado, Nelly (1995), "La Relación entre Indicadores de Salud Mental y Prácticas Sexuales de Alto Riesgo para la infección por VIH en Esposas de Migrantes a Estados Unidos", en Arias, Rosario *La Sexualidad en las Ciencias Sociales, Reflexiones: Sexualidad, Salud y Reproducción*, Programa de Salud Reproductiva y Sociedad y El Colegio de México, México, p. 31.
- Townsend, Nicholas (1994), *An Anthropological Approach to the Concept of fertility, Parenthood, Fertility and Social Reproduction*, Brown University.
- Whiting, Beatrice (ed.) (1963), *Six Cultures. Studies of Child Rearing*, Wily, Nueva York.



## LA RELACIÓN ENTRE LOS ESTUDIOS SOBRE REPRODUCCIÓN Y LOS ESTUDIOS DE GÉNERO

GRACIELA INFESTA DOMÍNGUEZ \*

Los miembros de este panel acordamos reflexionar sobre algunos de los problemas o inquietudes que se plantearon reiteradamente en las discusiones que hemos tenido tanto en el coloquio latinoamericano como en el seminario internacional. Con la intención de no pecar de reiterativos decidimos que cada uno de los participantes se centraría, en particular, en uno de los temas que aparecieron como relevantes. En este sentido, a mí me gustaría referirme a la relación entre los estudios sobre reproducción y los estudios de género.

En los debates que hemos tenido en ambos foros, hubo amplio consenso acerca de la necesidad de estudiar la reproducción desde una perspectiva de género. Sin embargo, más allá de este acuerdo en lo que respecta al encuadre teórico de nuestro objeto de estudio, me parece que algunos de los trabajos presentados, así como nuestras propias discusiones, dejaron en evidencia las dificultades que tenemos para incorporar la perspectiva de género a los estudios sobre reproducción. Incluso, algunos trabajos que se proponían explícitamente abordar el problema de investigación desde una perspectiva de género, a menudo terminaron recurriendo a estrategias metodológicas que no dieron cuenta cabal de dicho marco conceptual. En relación con este punto, creo que el principal problema estriba en que, frecuentemente, cuando tenemos que tomar decisiones técnicas en una investigación, perdemos de vista el contenido teórico del concepto "género".

En tanto el género es una categoría analítica que trasciende la definición biológica de sexo para referirse a las formas en que se construye socialmente la feminidad y la masculinidad, el análisis de género implica estudiar la organización social de las relaciones entre los sexos (De Barbieri, 1992; León, 1994). Es decir, para que el concepto de género permita dar cuenta de la subordinación femenina-dominación masculina y explicar así

\* Investigadora, Centro de Estudios de Población, Cenep, Buenos Aires, Argentina.

las desigualdades entre hombres y mujeres, es imprescindible analizar las relaciones entre géneros. Creo que es en este punto donde nuestros estudios encuentran las principales dificultades metodológicas relacionadas con la utilización de la categoría género. Así, por ejemplo, algunos de los trabajos presentados en esta ocasión se limitaron a dar información sobre los comportamientos de hombres y mujeres, sin analizar en profundidad los determinantes que existen sobre unos y otras y a los que responden los comportamientos observados. En estos casos el énfasis recayó en las formas en que hombres y mujeres se relacionan, en la dinámica propia de tales relaciones y en cómo éstas inciden en el comportamiento de aquéllos. Asimismo, salvo algunas excepciones, la mayoría de los trabajos no tomó en cuenta las relaciones que se establecen de mujer a mujer y de varón a varón y el papel que las mismas desempeñan en la reproducción. En este sentido, deberíamos recordar que la propia definición conceptual de género nos obliga a considerar los sistemas de género como el objeto de estudio más amplio (De Barbieri, 1992).

A partir de esta consideración de carácter general sobre el uso de la categoría género, quisiera detenerme en algunos aspectos más puntuales de las implicaciones metodológicas que conlleva la utilización de la misma. Si bien me refiero a los trabajos presentados durante este evento, estas reflexiones pueden ser extensivas a otros documentos que se encuentran en la literatura sobre el tema del comportamiento reproductivo.

Así, algunos de los artículos presentados contenían cuadros estadísticos que mostraban, por ejemplo, información sobre niveles de fecundidad femenina y masculina bajo el título de "fecundidad por género". Sin embargo, si el concepto género excede al sexo biológico, ambos términos no pueden ser utilizados indistintamente como si se tratara de sinónimos. Cuando en un cuadro estadístico se presenta información correspondiente a hombres y mujeres con la finalidad de comparar los comportamientos de unos y otras en relación con una variable dependiente —como podría ser la fecundidad— podemos analizar las diferencias entre ambos en tanto valores distintos de una misma variable independiente: sexo. En este caso, estamos realizando un análisis que en demografía se denomina "diferenciales por sexo". En este tipo de análisis, los diferentes comportamientos de hombres y mujeres se refieren a atributos que tienen un sentido anatómico-fisiológico, pero no se analizan aquellos en términos del proceso de construcción social que tales diferencias desencadenan (De Barbieri, 1992), razón por la cual es impropio utilizar en estos casos la categoría género. Esta última implica analizar los diferentes comportamientos de hombres y mujeres teniendo en cuenta que dichas diferencias son consecuencia del distinto tipo de determinaciones sociales que deben enfrentar hombres y mujeres en tanto seres socialmente sexuados.

En otros artículos, la categoría de género aparecía recién al final del trabajo, con el fin de interpretar los resultados encontrados por el investigador. En estos casos, no había indicios de que dicha categoría haya tenido un peso decisivo al momento de diseñar el instrumento de recolección de datos y planear su obtención. Esta situación indicaría que muy probablemente la producción de información estuvo orientada por criterios empíricos que no devienen de una concepción teórica previa, por lo menos en lo que respecta al enfoque teórico de género. Así, esta categoría aparece en dichos trabajos más bien para cubrir un vacío teórico previo, el cual es imposible pasar por alto a la hora de interpretar los datos producidos en un estudio. El hecho indiscutible es que los resultados obtenidos en una investigación sólo pueden interpretarse a la luz de la teoría que los gestó. Es por este motivo que el marco conceptual desde el cual encaramos nuestro problema de investigación debe estar presente en todas las etapas de la misma y, por lo tanto, debe orientar también la producción y construcción de los datos. De esto se deduce que los indicadores seleccionados para diseñar una encuesta variarían considerablemente en función de si el investigador está interesado en analizar comportamientos de género o simplemente diferenciales por sexo.

De acuerdo con lo señalado al iniciar este comentario, si estamos interesados en estudiar las actitudes y los comportamientos de los hombres en relación con la reproducción, éstos sólo pueden interpretarse cabalmente cuando los estudiamos en relación con la trama de vínculos que los hombres entablan con las mujeres y con otros hombres, pues es por medio de ellos que los varones construyen su masculinidad. Así, por ejemplo, cuando realizamos estudios sobre los comportamientos de hombres y mujeres relacionados con el uso de métodos anticonceptivos, desde una perspectiva de género resulta de vital importancia analizar tales comportamientos respecto a los de su pareja sexual. Esto se debe a que el "otro" desempeña un papel clave en dicho comportamiento, al ser éste muchas veces el resultado de una decisión tomada en conjunto por ambos miembros de la pareja y, aunque no exista una verdadera negociación al respecto, lo que sí es indiscutible es que cada miembro de la pareja influirá de alguna forma en la decisión del otro. De esto se deduce la importancia de analizar los procesos de negociación de una pareja y los "poderes" con que cuenta cada miembro en dichos procesos.

Así, es posible que un hombre que no usa métodos anticonceptivos considere que mantiene relaciones protegidas por el hecho de que decidieron de común acuerdo que su pareja tomara pastillas anticonceptivas. Es decir que si adoptamos este enfoque al realizar una encuesta, es necesario encontrar indicadores que, por ejemplo, permitan describir el proceso por el cual una pareja negocia el uso de métodos anticonceptivos. Por este moti-

vo, hay que tener en cuenta que al indagar el o los métodos usados por el encuestado, se deben considerar todos los métodos disponibles, ya sean estos femeninos o masculinos, independientemente del sexo del encuestado.

Hasta aquí me he referido a la relación entre los estudios sobre reproducción y los estudios de género a partir de los problemas teórico-metodológicos que plantearon algunos de los trabajos presentados, señalando más bien qué caminos *no* conducen a una verdadera integración entre ambos tipos de estudios mencionados. Ahora quisiera analizar el mismo problema pero desde otra perspectiva, indicando qué elementos *sí* deben incluirse en una investigación en la que se intersecten ambos tipos de estudios. Es decir, cuáles serían las implicancias teórico-metodológicas que genera la introducción del enfoque de género a una investigación sobre temas vinculados a la reproducción.

Creo que el primer punto que se debe tener en cuenta es el relacionado con las unidades de análisis que deberían incluirse en estudios como los que aquí nos preocupan. Si entendemos que el género es una categoría relacional, cuando estudiamos la reproducción desde la perspectiva masculina es necesario interpretar la misma en relación con la visión femenina y viceversa. Por lo tanto, es deseable que en los estudios sobre hombres también se incluya a las mujeres, quienes se podría decir que funcionarían "técnicamente" casi como un grupo de control. Lo importante es que al centrar el interés en la población de un sexo debería existir la posibilidad de analizar e interpretar la información obtenida con la proporcionada por la población del otro sexo. De no ser así, corremos el riesgo de considerar cualidades masculinas o femeninas que no son propias de un género en particular.

Otro tema que hay que tener en cuenta es la necesidad de incorporar la dimensión temporal en los estudios sobre reproducción y género. En el seminario internacional varios documentos plantean la necesidad de analizar los ciclos y las trayectorias de vida. Al respecto y tal como señala Tuirán: "... la perspectiva del curso de vida ofrece el potencial para conectar el desarrollo individual y familiar con las grandes estructuras y procesos macrosociales, cada uno operando con su propio marco temporal..." en tanto que "... el concepto de trayectoria obliga al analista a moverse entre sincronía y diacronía, estructura y proceso y entre *scripts* y acciones estratégicas..." (Tuirán, 1995). Los roles que desempeñan hombres y mujeres no se mantienen invariables a lo largo del tiempo sino que experimentan cambios significativos que deberíamos registrar y analizar en nuestras investigaciones. De ahí la importancia de analizar los comportamientos reproductivos de hombres y mujeres en relación con sus ciclos de vida y, al mismo tiempo, diferenciar las variaciones que puedan registrarse en un mismo ciclo tomando en cuenta a las distintas trayectorias.

Con esto quiero decir simplemente que los actores y sus acciones sólo pueden ser definidos en un contexto espacial y temporal específico. Tal como señala Joan Scott (1983), hombre y mujer son categorías en sí mismas vacías porque no tienen un sentido último trascendente. No son categorías estáticas ya que la diferencia entre lo masculino y lo femenino está siempre contextualmente definido, construido históricamente, y toma lugar en diferentes esferas macro y micro, tales como el Estado, el mercado de trabajo, la escuela, los medios de comunicación, el ámbito jurídico, la familia y los hogares y las relaciones interpersonales (León, 1994).

En este sentido, los resultados de algunas investigaciones nos mostraron que, por ejemplo, con relación al uso de métodos anticonceptivos, un mismo hombre puede tener simultáneamente comportamientos diferentes dependiendo del tipo de vínculo que tenga con sus parejas sexuales y de la pautas culturales dominantes en su sociedad. Algo similar sucede cuando estudiamos la paternidad, es decir, el deseo del hombre de tener o no hijos, los motivos que hacen que los hombres asuman o no su responsabilidad frente a sus hijos, los factores que inciden en que los hombres se involucren o no en la crianza, etc. Es decir que en la decisión del hombre de asumir o no su paternidad intervienen factores individuales, así como también aspectos que se vinculan a la relación interpersonal con su pareja de ese momento y a las formas de organización social. De manera similar, el deseo de tener un hijo varía con la edad de la persona y también con las parejas que tenga. Así, la paternidad debe analizarse en el contexto de un momento determinado de la vida de la persona, de la familia, y, por lo tanto, de la relación de pareja. Sin embargo, en varios trabajos este tema fue analizado como si las personas tuvieran actitudes o conductas atemporales y como si el estudio de éstas no implicara necesariamente involucrar al "otro" en esta relación. También resulta necesario tener en cuenta los conceptos de ciclos y trayectorias de vida cuando analizamos las prácticas sexuales de los hombres. Sin embargo, no fueron muchos los trabajos presentados en ambos encuentros que abordaron los temas mencionados a través de los caminos sugeridos.

La importancia de analizar las relaciones entre géneros, dentro de una red mayor de relaciones sociales también quedó evidenciada en algunos de los trabajos presentados. Así, por ejemplo, en uno de los trabajos acerca del aborto en la población adolescente resultó de vital importancia analizar no sólo las actitudes y comportamientos de la pareja sino también la red de relaciones en la cual está inserta dicha pareja (Leal, véase su trabajo en esta publicación).

También hay que tener en cuenta que el género se construye simultáneamente con otras relaciones como las de clase social, etnia y edad. Si hablar de género es hablar de desigualdad, entonces es necesario analizar

cómo estas desigualdades se relacionan con otras desigualdades básicas existentes en nuestras sociedades tales como las relacionadas con la edad, la etnicidad y la clase. La dominación de los varones sobre las mujeres no es igual a lo largo de las etapas de la vida socialmente definidas, ni se manifiesta de igual forma en las distintas clases sociales o en los distintos grupos étnicos. Por lo tanto, es necesario analizar cuáles son las distintas modalidades en que se manifiesta el género y su relación con la edad, etnicidad y clase social, así como qué otros factores y variables puede también involucrar (León, 1983).

Hay un aspecto que no se debatió lo suficiente en nuestros encuentros ya que sólo apareció tangencialmente en algunas ocasiones. Nosotros discutimos mucho acerca de la importancia de tener en cuenta la perspectiva de género en los estudios sobre reproducción, pero de manera implícita nos referimos a la necesidad de analizar la perspectiva de género del entrevistado, del sujeto de la investigación, frente al problema por tratar. En cambio, no se consideró una preocupación similar, o sea el analizar el efecto que tiene la visión de género del investigador y de los entrevistadores sobre la investigación. Sin embargo, de más está decir que el género del investigador introduce un sesgo en la investigación cuya existencia es imposible negar, tema sobre el que se conoce muy poco.

En este sentido, por un lado, habría que analizar qué problemas de investigación priorizan los investigadores según su género, cómo incide éste en el enfoque teórico elegido para encarar el problema planteado y cuál es la estrategia metodológica elegida, en particular en lo que hace a la selección de las variables o dimensiones de análisis por ser estudiadas. Por otro lado, en tanto el discurso que produce un entrevistado está construido en interacción con el entrevistador, el género de este último constituye un elemento que debe ser tomado en cuenta al analizar la información obtenida del primero, así como las reacciones del entrevistado durante la situación de entrevista. Un primer paso para avanzar en este camino podría consistir en comparar investigaciones sobre problemáticas similares realizadas por investigadores de distinto género.

Una última reflexión se refiere al interés creciente por el estudio de los varones, y mi preocupación es que estos análisis se conviertan en el paralelo de lo que fueron en su momento los estudios de la mujer. Es decir que aún no tengamos la suficiente claridad de las consecuencias metodológicas que implica introducir el género en nuestras investigaciones, especialmente en lo que se refiere a la búsqueda de sentido del comportamiento de hombres y mujeres en tanto seres socialmente sexuados y a la importancia que tienen las definiciones de persona y de ciudadanía como sujetos de derechos y responsabilidades en esta búsqueda. Lo anterior, de ninguna manera significa desmerecer el aporte de los estudios de la mujer, simplemente

quiero sugerir que aprovechemos la rica experiencia de ellos para intentar superar las limitaciones y problemas detectados. Los estudios sobre la mujer se centraron básicamente en producir información sobre las condiciones de vida de las mujeres. Sin embargo, no se avanzará estudiando sólo a la mujer o al hombre, el objeto de estudio es más amplio, e implica analizar las relaciones mujer-varón, mujer-mujer, varón-varón en diversos niveles, ámbitos y tiempos. En el momento de iniciar nuestras investigaciones dediquemos el tiempo necesario para reflexionar detenidamente sobre lo que implica analizar la reproducción desde la perspectiva de género.

#### BIBLIOGRAFÍA

- De Barbieri, Teresita (1992), "Sobre la categoría de género. Una introducción teórica y metodológica", *Ediciones de las Mujeres: Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio*, núm. 17, Isis Internacional, Santiago de Chile.
- León, Magdalena (1983), "La identidad se construye ¿en la familia?", en *Ediciones de las Mujeres*, núm. 20, Isis Internacional, Santiago de Chile.
- Scott, Joan (1983). "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Cangiano, María Cecilia y Lindsay Dubois: *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales. Estudio preliminar y selección de textos*, Buenos Aires, Centro Editor de América, CEA.
- Tuirán, Rodolfo (1995), *Transición de la adolescencia a la edad adulta en México*, trabajo presentado en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, D.F., 2 al 6 de octubre de 1995.



## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS VARONES Y LOS DERECHOS REPRODUCTIVOS

JUAN GUILLERMO FIGUEROA PEREA\*

### INTRODUCCIÓN

Las siguientes reflexiones están dirigidas a mostrar algunas de las posibilidades del concepto de derechos reproductivos para profundizar en la discusión de algunas de las temáticas presentadas durante el seminario internacional sobre fecundidad y ciclo de vida masculino y el coloquio latinoamericano sobre varones, sexualidad y reproducción. Se asume que dichas temáticas pueden ser sistematizadas, retomadas e investigadas de una manera crítica y propositiva si incorporamos un análisis ético a la discusión de la reproducción.

Interpreto la moral como las reglas que avalan o rechazan ciertas conductas humanas, a partir de supuestos explícitos o implícitos compartidos por grupos de la sociedad, mientras que la ética la interpreto como la reflexión sistemática sobre los procesos de cómo se definen las normas morales. Por ello una de sus riquezas es que explicita cierto tipo de relaciones y de vinculaciones sociales, a la vez que logra evidenciar exclusiones en los procesos de definición de normas. Permite identificar a personas que nunca se han incorporado o a quienes nunca se les ha permitido incorporarse a la definición de las normas, a pesar de tener la capacidad para hacerlo; capacidad inherente a la condición de seres humanos. La reproducción, más allá de la fecundidad, es una posibilidad de pensar obligadamente la interacción de hombres y mujeres; es una visión fragmentada y parcial hablar de procesos reproductivos para los hombres y para las mujeres, ya que están en permanente interacción.

\* Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México.

## DERECHOS REPRODUCTIVOS Y VARONES

Hablar de derechos reproductivos pensando en población masculina es un tema complejo por varias de las razones expuestas en diferentes trabajos, tales como, si a los varones tradicionalmente no se les ha identificado dentro de los procesos reproductivos, ¿cómo nos imaginamos que tengan derechos en un espacio donde no han estado involucrados de una manera tan clara?, ¿cómo nos imaginamos estos términos en un contexto donde la experiencia corporal reproductiva que vivimos hombres y mujeres es diferente y donde por ello, las expectativas sociales no son necesariamente las mismas? Además, no solamente no son las mismas, sino que a veces están enfrentadas y definidas en términos excluyentes y antitéticos.

Una de las definiciones más conocidas de derechos reproductivos es el derecho que tenemos todas las personas (aunque se tiende a pensar más en las mujeres) a decidir cuántos hijos tener y cuándo tenerlos, e incluso, decidir si tenerlos o no. Con la discusión más a profundidad de este concepto se ha dicho que no puede limitarse esa decisión al ámbito cuantitativo del número de hijos que se van a tener y el momento para ello, sino que debe enriquecerse al ámbito de la reproducción, la cual implica diferentes dinamismos sociales y biológicos. La discusión más reciente va más allá de la reproducción, e incluye el ámbito de la sexualidad, si bien en la conferencia de El Cairo y de Beijing no hubo consenso para vincular los términos sexualidad y derechos y se acordó hablar de derechos en el ámbito de la sexualidad, ya que usar la expresión "derechos sexuales" coloca en evidencia valoraciones morales, relaciones de poder y situaciones irregulares que definen el entorno de los seres humanos, hombres y mujeres, al reproducirse, con lo cual muchas personas están en desacuerdo.

Existe confusión en el debate ligado a una constante demanda de los movimientos de mujeres, con el fin de reivindicar sus derechos: se dice que las mujeres tienen derechos en el ámbito de la reproducción y los hombres en cambio tenemos responsabilidades (Azeredo y Stolcke, 1991).

Cuando se mencionaron decisiones de cuántos hijos tener y cuándo tenerlos, también surgió en el debate el cuestionamiento acerca del concepto que tenemos de decisión, ¿un concepto racional de costo-beneficio, de individuos atomizados que deciden y elaboran de una manera programática, planeada y anticipada la vivencia de sus realidades específicas, o de individuos que combinan racionalidad con intuiciones, percepciones y con negociaciones sociales y familiares? La respuesta le daría una dimensión muy distinta a las propias decisiones en el ámbito de la reproducción.

En diferentes consensos internacionales, dos palabras que constantemente aparecen ligadas al término decisión son libertad y responsabilidad; se afirmó en la conferencia de población y desarrollo celebrada en El Cairo,

en la conferencia de población en 1984 en México y en otros espacios, que tenemos el derecho a decidir libre y responsablemente sobre los hijos que vamos a tener. Sin embargo, un posible conflicto que se genera es que se piensa en la libertad en el nivel individual y la responsabilidad en el nivel social; entonces ¿cómo conciliamos esa capacidad individual con esa expectativa social, la cual además no está definida y no acaba de explicitarse?

Si aceptamos que la reproducción va más allá de la fecundidad al incorporar el ejercicio de la sexualidad, que interactúan elementos sociales e individuales cuando se piensa en derechos reproductivos, la negociación trae asociadas identidades genéricas, elementos en el entorno de las relaciones coitales, en el espacio de la prevención de la concepción, en términos de qué hacer con el embarazo o qué hacer en la interacción con el embarazo producto de una relación coital; ¿qué hacer con los productos del embarazo, y qué hacer con el proceso de la crianza, cuando ello no es tan explícito en los análisis tradicionales de la fecundidad?

El entorno de los derechos reproductivos se vuelve más complejo y a la vez se enriquece: ¿qué sucede cuando esas interacciones de identidades, de relaciones coitales, de seguimiento del embarazo o de crianza se producen en un contexto que además tiene como característica la violencia? Esta violencia a veces (como lo decían varias personas) no es tan clara, y no es únicamente violencia física, sino psicológica y subliminal; a ello se añade que algunos hombres y algunas mujeres, por el tipo de socialización a que hemos estado expuestos a veces, no identificamos tan claramente dicha violencia: ello vuelve más incierto y complejo el trabajo de reflexión sobre derechos reproductivos en relación con la población masculina.

#### EL CONTEXTO QUE CIRCUNDA A LA REPRODUCCIÓN

El contexto en el que se desarrollan las interacciones que van moldeando la reproducción es un entorno estereotipado y ambivalente y lo exagero en parte porque así lo percibo, pero también porque creo que diferentes elementos de investigación presentados en las reuniones, así lo confirman. En este contexto la sexualidad y la reproducción están vinculadas de una forma ambivalente, en un contexto de masculinidades y feminidades subsumidas, que aparecen de maneras confusas en el colectivo social. Hemos constatado con algunos de los trabajos presentados, que hombres y mujeres tenemos representaciones sociales diferenciadas de nuestro ser como personas, tenemos una referencia de la sexualidad como algo subliminal que se vive como un elemento de poder y de dominio, en el marco de una paternidad y maternidad entendidas como excluyentes y no como complementarias; y ello complica las posibles interacciones.

Además, estamos viviendo en un contexto estereotipado respecto a las valoraciones morales asumidas en los otros (entendidos como los diferentes a uno mismo), en donde las relaciones no son tolerantes a las diferencias<sup>1</sup> en la vivencia cotidiana de la sexualidad: se interpreta la masculinidad como algo que puede perderse al feminizarse las conductas y actitudes del actuar humano, nuevamente bajo el supuesto de que son excluyentes el hacer masculino y el femenino. Se observan importantes temores en los varones a ser excluidos de los grupos a los que pertenecemos si decidimos hacer algunos cambios en nuestra forma de vivir la masculinidad.

Nos encontramos en un contexto de anticoncepción feminizada, de desconocimiento de nuestro cuerpo y de nuestra sexualidad, pero también de desconocimiento del cuerpo y la sexualidad de los otros y otras con quienes se interactúa; y no pienso únicamente en relaciones heterosexuales: en general existe un desconocimiento de lo que pasa en el espacio de la persona con quien se vincula en las relaciones sexuales, en su sentido integral, es decir, sin reducirlo a las coitales.

Algo que lo vuelve más complejo es que seguimos pensando que "los otros son lo que yo no soy" y eso plantea serias dificultades en las relaciones (Cervantes, 1995); es decir, no nos asumimos con ciertos supuestos y entorno común. Por ello, lo valioso de varias de las discusiones de este seminario es que se vuelven a evidenciar falsas dicotomías en las que estamos trabajando y que estamos viviendo. Se vuelve obligado pensar en los sujetos en relación y en permanente interacción, ya que no somos ermitaños sino seres sociales, por lo que nos definimos de manera diferente en interacción y de ahí se deriva la reflexión ética, en tanto reflexión sobre la normatividad en las relaciones humanas.

Si nos enfrentamos a la vida (Raguz, 1995) desde antes de empezar a hablar y a recibir el lenguaje hablado, aprendiendo otro tipo de referencias simbólicas, en tanto formas de normar y valorar la realidad, la lectura y reflexión ética nos posibilitan documentar nuestro entorno normativo y con ello fomentar un mayor dominio de nuestra propia realidad. Como ejemplo recupero cuatro categorías que desarrollamos en un proyecto de investigación y acción sobre derechos reproductivos (véase Ortiz-Ortega, 1995) y que nos sirvieron como guías de investigación: ¿cómo nos acomodamos a la normatividad a las que nos enfrenta la sociedad?, ¿cómo aceptamos dicha normatividad?, ¿cómo nos resistimos a ella? y la parte más interesante es ¿cómo la transgredimos?

<sup>1</sup> Lamas (1995) señala que la sociedad es más tolerante de lo que nos imaginamos y una muestra de ello es que existen los intolerantes: "Qué suerte tienen los intolerantes por vivir en un contexto tolerante."

En la investigación demográfica se privilegia el análisis estadístico, el cual se queda con las regularidades y para mí la parte más compleja y que aporta nuevo conocimiento al entendimiento de los comportamientos humanos es la de las excepciones y las diferencias, ya que a partir de ello se pueden ir delimitando interpretaciones más globales. Hace falta investigar a las personas que se aceptan como diferentes y que definen estrategias por querer vivir como diferentes; por ello una de las categorías que hemos encontrado más ricas en este proceso de reflexión ética, es documentar cómo y quiénes transgreden las normas, ya que ello es una de las formas de transformar la normatividad. Esa moral a la que hemos hecho referencia, que avala los estándares diferentes entre hombres y mujeres, es precisamente la que está siendo sometida a juicio por la perspectiva de género, la cual trata de hacer evidentes las contradicciones producto de la existencia de esas normatividades y esos estándares distintos. Una de las opciones de la investigación en el ámbito de la reproducción es darle espacio a las diferentes formas de construir el entorno reproductivo.

#### ÉTICA E INVESTIGACIÓN SOBRE REPRODUCCIÓN

Un esquema para ese tipo de investigación sobre análisis ético de la reproducción, es tratar de documentar de una manera más precisa los diferentes tipos de conflictos existentes en el ámbito de la reproducción identificando para ello: ¿quiénes son los otros actores sociales que participan?, ¿quién es la población afectada por el conflicto en ese tipo de interacciones?, ¿en qué momento las personas reconocen irregularidades y cuáles son los supuestos privilegiados por las personas para resolver los conflictos? y, algo muy importante, ¿quiénes son las personas o instituciones que tradicionalmente han resuelto los conflictos? (Figuerola, 1995).

Al desarrollar este tipo de análisis es factible evidenciar no únicamente que muchas mujeres han estado excluidas, sino que hombres que nos creemos con una serie de privilegios, también hemos estado marginados de los procesos de normatividad social en particular en el ámbito de la reproducción. Paralelamente tenemos temor a ser excluidos de diferentes grupos de pertenencia, pero en un marco normativo que nosotros no inventamos, sino que aceptamos, adoptamos y que pocas veces intentamos transgredir.

Otro elemento importante dentro de este análisis es hacer explícito cuáles son las participaciones de hombres y mujeres en esta interacción, pero no nuevamente para excluirnos unos y otras, sino para evidenciar las relaciones genéricas diferenciales. Ivonne Szasz (véase su trabajo en esta publicación) destacaba que de acuerdo con las interpretaciones feministas

uno de los orígenes de las desigualdades genéricas es precisamente el ámbito del control de la reproducción; por ende, es relevante hacer explícito que los hombres hemos sido excluidos de los procesos reproductivos, en especial sin hacernos "las víctimas", sino reconociendo nuestra responsabilidad en las exclusiones. Es necesario analizar si somos capaces de transgredir tales exclusiones, ya que las normas no las inventó un ente abstracto con el cual no podamos negociar, sino que las construimos y las hemos ido transformando los mismos seres humanos.

Una idea más que quisiera compartir como aprendizaje de la discusión en esta reunión es que si alguien quiere construir un discurso sobre los derechos reproductivos de los varones, inicialmente propondría socializar los conflictos que encontramos en el ámbito de la reproducción, sin subestimar a las personas y evidenciando las contradicciones que estamos viviendo. Es necesario generar un proceso para promover que dichas contradicciones sean un elemento de aprendizaje significativo para los seres humanos, ya que cuando las personas se apropian de sus contradicciones (como lo propone Freire, 1971), es más apremiante la opción de definirse al respecto. Creo que una buena forma de definir los derechos reproductivos para los varones sería hacerlo en el proceso de interacción reproductiva con las mujeres.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Azeredo, S. y V. Stolcke (1991), *Derechos Reproductivos*, Fundación Carlos Chagas, Brasil.
- Cervantes, A. (1995), "Ética, diferencia y universalización: intervenciones en la teorización sobre derechos humanos", presentado en el seminario sobre *Ética y salud reproductiva* del Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Figueroa P., J.G. (1995), "A note on ethics and reproductive rights", en *Ethics INFIRE* Newsletter of the International Network of Feminists Interested in Reproductive Health, vol. 4, Issue 2 y 3, pp. 2-4.
- Freire, P. (1971), *La educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI Editores, México.
- Lamas, M. (1995), "Desconstrucción simbólica y laicismo: dos requisitos imprescindibles para la defensa de los derechos reproductivos", presentado en la *V Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, El Colegio de México.
- Ortiz-Ortega, A. (1995) "Los derechos reproductivos vistos desde la óptica de las mujeres", presentado en la *V Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, El Colegio de México.
- Raguz, M.(1995), "Concepciones sociales y psicológicas de la masculinidad e implicaciones para la sexualidad protegida y responsable", trabajo presentado en Coloquio Latinoamericano sobre Varones, Sexualidad y Reproducción, Zacatecas, México, mimeografiado.

*Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas  
teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*

se terminó de imprimir en diciembre de 1998  
en Talleres Gráficos del D.F., Puente Moralillo 49,  
col. Puente Colorado, 01730 México, D.F.

Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Tipografía y formación a cargo de Ana María Hernández.

Patricia Alfaro y Ángeles Chávez.

Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.



El Comité Científico de Demografía y Antropología de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP), identificó como una de las actividades y temáticas prioritarias de su agenda de trabajo, correspondiente al periodo 1991-1996, el promover la reflexión y discusión en torno a la fecundidad masculina. Para ello, se llevó a cabo el Seminario Internacional sobre Fecundidad y Ciclo de Vida Masculina en la Era del Descenso de la Fecundidad en noviembre de 1995 en la ciudad de Zacatecas. Al término del mismo, se realizó el Coloquio Latinoamericano sobre Varones, Sexualidad y Reproducción, cuya iniciativa responde a cierta tradición de El Colegio de México para aprovechar las reuniones académicas internacionales que en el campo de la población se organizan por parte de esta institución en México, con el fin de abrir un espacio más amplio de reflexión y discusión entre especialistas de América Latina, y en particular de este país, interesados en este campo.

La presente publicación incluye una selección de los trabajos presentados en ambos encuentros, con objeto de ofrecer al lector un panorama, no sólo de algunas reflexiones teórico-metodológicas y experiencias concretas de investigación realizadas en Latinoamérica, sino también un espectro más amplio, y por lo tanto una perspectiva comparativa, mediante las diversas aportaciones que desarrollan en el campo de la reproducción especialistas de otras regiones.

Ilustración de portada: Eduardo Cohen, *El fetichista*, 1991.



EL COLEGIO DE MÉXICO

ISBN : 968-12-0816-8



9 789681 209162